

PAT CONROY

El principe  
de las mareas

Lectulandia

Tom Wingo, procedente de Carolina del Sur, debe dirigirse a Nueva York para ocuparse de su hermana Savannah, afectada por una profunda depresión. A partir de este viaje y del encuentro de Tom con la psiquiatra Susan Lowenstein, el autor nos presenta la fascinante historia de la familia Wingo, y pinta un cuadro compuesto por figuras, paisajes y costumbres propios del sur profundo. Un relato conmovedor en el que humor, ternura y observación psicológica se unen para confirmar una obra literaria de gran calidad. *El príncipe de las mareas* ha sido llevada al cine por Barbra Streisand, también productora y protagonista de la película, con Nick Nolte en una de las mejores interpretaciones de su carrera.

**Lectulandia**

Pat Conroy

# **El príncipe de las mareas**

ePub r1.0

Titivillus 11.04.16

Título original: *The Prince of Tides*

Pat Conroy, 1986

Traducción: Jorge Luis Mustieles

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Este libro está dedicado  
con gratitud y amor:  
a mi esposa, Lenore Gurewitz Conroy;  
a mis hijas Jessica, Melissa,  
Megan y Susannah, todas Conroy;  
a Gregory y Emilly Fleischer;  
a mis hermanos y hermanas,  
Carol, Michael, Kathleen, James,  
Timothy y Thomas;  
a mi padre, el coronel retirado Donald Conroy,  
del USMC,  
todavía grande, todavía Santini;  
y en memoria de mi madre, Peg,  
la extraordinaria mujer que  
construyó esta casa y le dio vida.

# PRÓLOGO

Mi pasión es la geografía. También es mi ancladero, mi puerto de refugio.

Crecí lentamente junto a las mareas y las marismas de Colleton; mis brazos se hicieron fuertes y atezados por las largas jornadas de trabajo en el barco camaronero, bajo el ardiente calor de Carolina del Sur. Puesto que era un Wingo, comencé a trabajar en cuanto pude caminar; a los cinco años era capaz de abrir el caparazón de los cangrejos azules. A los siete años ya había matado mi primer ciervo, y a los nueve aportaba regularmente carne a la mesa familiar.

Nací y me crié en una isla costera de Carolina, y en los hombros y la espalda, teñidos de oro oscuro, llevaba el sol de las tierras bajas. De muchacho me hacía feliz navegar en un pequeño bote por entre los bancos de arena de los canales, con su silenciosa población de ostras, que la bajamar dejaba al descubierto. Conocía el nombre de todos los camaroneros, y también ellos me conocían y hacían sonar sus sirenas cuando me veían pescando en el río.

A los diez años maté un águila calva por placer, por la singularidad de la acción, a pesar de la divina y estimulante belleza de su vuelo solitario sobre los cardúmenes de pescadillas. Fue la única vez que maté un animal que nunca antes había visto. Mi padre, después de pegarme por haber violado la ley y por haber matado la última águila del condado de Colleton, me hizo encender un fuego, asar el ave y comer su carne, mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas. Luego me entregó al sheriff Benson, quien me tuvo encerrado en una celda durante más de una hora. Mi padre recogió las plumas y confeccionó un rudimentario penacho indio para que lo llevara puesto a la escuela. Era un hombre que creía en la expiación de los pecados. Llevé el penacho durante varias semanas, hasta que comenzó a deshacerse pluma a pluma. Iba dejando un rastro de plumas por los corredores de la escuela, como un decadente ángel en desgracia.

—No mates nunca un animal poco corriente —me dijo mi padre.

—Menos mal que no he matado un elefante —repliqué.

—Te habrías dado un buen hartazgo, si llegas a matar uno —contestó él.

Mi padre no consentía los delitos contra la naturaleza. Aunque luego he seguido cazando, las águilas no tienen nada que temer de mí.

Fue mi madre quien me dio a conocer el espíritu sureño en sus más íntimos y delicados aspectos. Mi madre creía que también las flores y los animales soñaban. Cuando éramos pequeños, al llegar la noche, antes de acostarnos, adoptaba su voz de narradora para contarnos que los salmones soñaban con desfiladeros y con oscuros rostros de oso pardo que se cernían sobre el agua cristalina de los rápidos. Los zorros, decía, soñaban que hundían sus colmillos en las espinillas de los cazadores. Mientras dormían, las águilas pescadoras se veían lanzando sus emplumados cuerpos en largas

caídas en picado, a cámara lenta, sobre los bancos de arenques. Había amenazadoras alas de búho en las pesadillas de los armiños, lobos del bosque acercándose contra el viento en el reposo nocturno de los alces.

Pero jamás llegamos a saber con qué soñaba ella, pues mi madre nos mantuvo siempre al margen de su vida interior. Sabíamos que las abejas soñaban con rosas, que las rosas soñaban con las pálidas manos de las floristas y que las arañas soñaban con polillas atrapadas en sus telas plateadas. Como hijos suyos, fuimos depositarios de los deslumbradores cánticos de su imaginación, pero no sabíamos que las madres soñaran.

Todos los días nos llevaba al bosque o al jardín e inventaba un nombre para cada animal y cada flor que veíamos. Una mariposa Monarca pasaba a ser una «besaorquídeas de patas negras»; un campo de narcisos en abril era una «danza de las señoritas tocadas con sus cofias». Gracias a su penetrante atención, mi madre podía convertir un simple paseo por la isla en un verdadero viaje de descubrimiento. Sus ojos eran la llave que nos abría el palacio de la naturaleza.

Mi familia vivía espléndidamente aislada en la isla de Melrose, en una pequeña casa blanca que mi abuelo había ayudado a construir. La fachada principal daba al canal interior, y río abajo podía distinguirse la ciudad de Colleton, con sus blancas mansiones dispuestas sobre la marisma como piezas de ajedrez. La isla de Melrose era una extensión romboidal de tierra de casi quinientas hectáreas, rodeada por los cuatro costados de arroyos y ríos. La región donde me crié era un fértil archipiélago subtropical que preparaba gradualmente al océano para la gran sorpresa del continente que le seguía. Melrose era una más de las sesenta islas costeras del condado de Colleton. En el límite oriental del mismo había seis islas coralinas modeladas por sus diarios enfrentamientos con el Atlántico. Las restantes islas costeras, como Melrose, cubiertas por vastas extensiones de marismas, formaban el verde santuario al que los camarones blancos y pardos acudían a desovar en la estación adecuada. Cuando llegaban, mi padre y otros hombres como él estaban esperándolos en sus buenas y hermosas embarcaciones.

Cuando tenía ocho años ayudé a mi padre a levantar el puentecillo de madera por el que nuestras vidas se unían a una estrecha calzada que, cruzando las marismas, iba a dar a la isla de Santa Ana, mucho más grande que la de Melrose y unida a su vez con la ciudad de Colleton mediante un largo puente levadizo metálico. Mi padre, con la furgoneta, tardaba cinco minutos para ir desde casa hasta el puente de madera, y diez minutos más para llegar a Colleton.

Antes de que construyéramos el puente, en 1953, nuestra madre nos llevaba a la escuela de Colleton en bote. Por malo que fuera el tiempo, todas las mañanas nos pasaba al otro margen del río y todas las tardes la encontrábamos esperándonos en el embarcadero público. El viaje era mucho más rápido en el Boston Whaler de lo que jamás podría serlo en una furgoneta. Al cabo de tantos años de llevarnos a la escuela en bote, mi madre se había convertido en uno de los mejores pilotos que jamás haya

visto al mando de una embarcación pequeña; sin embargo, raramente volvió a utilizarlo una vez terminado el puente. A nosotros, el puente sólo nos unía con nuestra ciudad; a mi madre la unía con el mundo que se extendía más allá de la isla de Melrose, un mundo inconcebiblemente rico en promesas.

Melrose era la única propiedad digna de mención que poseía la familia de mi padre, un clan apasionado, aunque carente de suerte, cuya decadencia tras la guerra civil fue rápida y probablemente inevitable. Mi tatarabuelo, Winston Shadrach Wingo, mandó una batería que, bajo las órdenes de Beauregard, bombardeó Fort Sumter. Murió en la miseria en el Hogar del Soldado Confederado, en Charleston, y hasta el día de su muerte se negó a dirigir la palabra a ningún yanqui, hombre o mujer. Ya próximo al fin de su vida había ganado Melrose jugando al herrón y la propiedad de aquella isla asilvestrada e infestada de malaria fue transmitiéndose a lo largo de tres generaciones de decadentes Wingo hasta que, a falta de otro pretendiente, le correspondió a mi padre. Mi abuelo se había hartado de ser su propietario y mi padre era el único Wingo dispuesto a pagar los impuestos estatales y federales para evitar que cayera en manos del gobierno. En nuestra historia familiar, aquel juego del herrón llegó a adquirir dimensiones legendarias, y siempre honramos a Winston Shadrach Wingo como primer deportista notable de nuestra familia.

Lo que no sé, empero, es cuándo mi madre y mi padre dieron comienzo a su prolongado y deprimente enfrentamiento. La mayoría de sus escaramuzas parecían partidas del juego de las banderas, en las que las almas de sus hijos hacían el papel de banderas capturadas en sus campañas de agotamiento. Ninguno de los dos pensó jamás en el daño que podían causar sus peleas en algo tan frágil y todavía sin formar como la vida de un niño. Aun hoy sigo creyendo que ambos nos amaban profundamente, pero, como les sucede a muchos padres, su amor resultó su rasgo más mortífero. Eran destacables en tantos aspectos, que los dones que nos concedieron casi igualaron a los estragos que con tanta inconsciencia nos causaron.

Yo era hijo de una madre maravillosa y apasionada por las palabras, y muchos años después de que ella dejara de sentirse en la obligación de tocarme aún seguía anhelando su contacto. Pero durante toda mi vida le agradeceré que me enseñara a reconocer la hermosura de la naturaleza en todas sus formas y fantásticos designios. Fue mi madre quien me enseñó a amar las linternas de los pescadores nocturnos en la estrellada oscuridad, y el vuelo rasante de los pelícanos pardos sobre las crestas de las olas al amanecer. Fue ella quien me hizo apreciar la impecable acuñación de los dólares de arena; la forma de las platijas enterradas en la arena, semejante a la silueta de una dama en un camafeo; el recio embarrancado junto al puente de Colleton, palpitante con la actividad de las nutrias. Mi madre veía el mundo a través de un deslumbrante prisma de pura imaginación. Con la materia prima de su hija, Lila Wingo, moldeó una poetisa y una psicópata. Con sus hijos fue más suave, y los resultados tardaron más en cobrar forma. Ella preservó para mí las multiformes apariencias de mi existencia infantil, los retratos y las naturalezas muertas visibles a



través del floreciente ventanal del tiempo. A mis amantes ojos de niño, gobernó como reina de una exquisita imaginería. Pero nunca he podido perdonarle que no me contara el sueño que la sostuvo a lo largo de mi infancia, el sueño que más tarde causaría la ruina de mi familia y la muerte de uno de nosotros.

Hijo de una madre maravillosa, también era hijo de un camaronero enamorado de las formas de los barcos. De muchacho me crié en el río con el aroma de las grandes marismas envolviendo mi sueño. Durante el verano, mi hermano, mi hermana y yo trabajábamos como aprendices en la embarcación de mi padre. Nada me complacía más que la visión de la flota camaronera zarpando antes del amanecer para dirigirse a su cita con los nutridos bancos de camarones que a la primera luz del alba se precipitaban velozmente por entre las mareas endulzadas por la luna. De pie ante el timón de su nave, mi padre tomaba café solo mientras escuchaba las roncadas voces de los demás capitanes de la flota, que se ofrecían mutua compañía. Su ropa olía a camarones y ni el agua ni el jabón ni las manos de mi madre podían hacer nada para evitarlo. Cuando se esforzaba en el trabajo, este olor cambiaba. El sudor se mezclaba con el olor a pescado y lo convertía en algo distinto, algo maravilloso. De pie a su lado, cuando era un niño, apretaba mi rostro contra su camisa y me parecía oler una tierra cálida y rica. Si Henry Wingo no hubiera sido un hombre tan violento, creo que habría resultado un magnífico padre.

Un luminoso atardecer de verano en que el húmedo aire se cernía como una capa de musgo sobre las tierras bajas, mi hermana, mi hermano y yo, muy pequeños aún, no podíamos dormir. Mi madre nos sacó de la casa —Savannah y yo teníamos un resfriado veraniego y Luke una erupción causada por el calor— y nos llevó al río, al embarcadero.

—Tengo una sorpresa para mis cariños —anunció nuestra madre mientras contemplábamos una marsopa que se dirigía hacia el Atlántico a través de las quietas y metálicas aguas. Nos sentamos en el borde del muelle flotante y estiramos nuestras piernas, tratando de tocar el agua con los pies desnudos—. Quiero que veáis una cosa. Algo que os ayudará a dormir. Mirad allí, niños —añadió, señalando el horizonte hacia el este.

Comenzaba a oscurecer en aquel largo crepúsculo sureño y de pronto, en el punto exacto hacia el que su —dedo había señalado, la luna alzó un asombroso rostro dorado por encima del horizonte, se levantó resueltamente por entre las nubes afiligranadas e intoxicadas de luz que extendían su velo sobre la lejanía. A nuestras espaldas, el sol se ponía en una retirada simultánea y congruente mientras el río se encendía en un silencioso duelo de llamas de oro... El oro nuevo de la luna, ascendente y asombroso, y el gastado oro del ocaso, extinguiéndose en su pausado deslizamiento hacia occidente, interpretaban la antigua danza de los días en las marismas de Carolina, la pasmosa muerte de los días, ante nuestros ojos infantiles, hasta que el sol se desvaneció dejando como rúbrica final una cinta semejante a un lingote de metal precioso suspendida sobre las copas de los robles de agua. En

seguida, la luna ascendió rápidamente se elevó como un pájaro emergiendo sobre las aguas, sobre los árboles, sobre las islas, hasta alcanzar el firmamento; oro primero, luego amarillo, luego amarillo claro, plata clara, plata brillante y, finalmente, algo milagroso e inmaculado, algo que transcendía la plata, algo visible únicamente en las noches del sur.

Los niños permanecemos inmóviles, fascinados por aquella luna que nuestra madre había hecho surgir de las aguas. Cuando la luna se hizo de la más intensa plata, mi hermana, Savannah, aunque sólo contaba tres años, se dirigió en voz alta a mi madre, a Luke y a mí, al río y a la luna:

¡Oh, mamá! ¡Hazlo otra vez! Así se formó mi más antiguo recuerdo. Pasamos los años de nuestro crecimiento maravillándonos ante aquella encantadora mujer que nos recitaba los sueños de las garcillas y de las garzas reales, que podía conjurar lunas y desterrar soles al oeste y a la mañana siguiente convocar un sol recién creado más allá de las rompientes del Atlántico. La ciencia carecía de interés para Lila Wingo, pero la naturaleza era una pasión.

Para describir nuestra infancia en las tierras bajas de Carolina del Sur tendría que llevarte a las marismas en día de primavera, levantar a la garza azul de sus silenciosas tareas, espantar a las gallinetas de la marisma hundiéndonos en el fango hasta las rodillas, abrir una ostra con la navaja y dártela a comer en su propia concha, y decir: «Toma. Este sabor. Este es el sabor de mi infancia». Te diría «respira hondo», y tú respirarías y recordarías ese aroma durante el resto de tu vida: el penetrante y fecundo aroma de la marisma, exquisito y sensual; el aroma del cálido Sur; un aroma como de leche recién ordeñada, semen y vino derramado, todo ello perfumado con agua de mar. Mi alma pasta como un cordero en la belleza de las mareas crecientes.

Yo soy patriota de una geografía muy concreta del planeta; hablo de mi tierra religiosamente; me siento orgulloso de su paisaje. Entre el tráfico de las ciudades me muevo cautelosamente, siempre alerta, pues mi corazón pertenece a las marismas. El muchacho que hay en mí sigue atesorando el recuerdo de aquellos días, cuando salía a pescar cangrejos en el río Colleton antes del amanecer, cuando la vida del río me moldeaba gradualmente, en parte niño, en parte sacristán de las mareas.

Una vez, mientras tomábamos el sol en una playa desierta no lejos de Colleton, Savannah nos gritó a Luke y a mí que mirásemos hacia el mar. Voceaba a todo pulmón, señalando un grupo de ballenas surgido del mar en desorientada confusión. Cuarenta ballenas, oscuras y relucientes como el cordobán, pasaron como una oleada a nuestro lado, nos sobrepasaron y, más allá, quedaron encalladas y condenadas a morir sobre la arena.

Durante horas anduvimos de uno a otro de los moribundos mamíferos, hablándoles con tono infantil, suplicándoles que regresaran al mar. ¡Éramos tan pequeños, y tan hermosas las ballenas! Vistas de lejos, parecían los negros zapatos de un gigante. Les susurramos, limpiamos de arena sus espiráculos, las remoamos con agua de mar y las exhortamos a vivir en consideración a nosotros. Habían salido del

mar envueltas en misterio y gloria, y los tres niños les hablamos, de mamífero a mamífero, con los aturcidos y lastimeros cánticos de chiquillos aún no familiarizados con la muerte deliberada. A lo largo de todo aquel día permanecimos junto a ellas y tratamos de devolverlas al océano tironeando de sus grandes aletas, hasta que, con el crepúsculo, llegaron el agotamiento y el silencio. Permanecimos junto a ellas mientras iban muriendo una a una. Acariciamos sus enormes cabezas y rezamos cuando las almas de las ballenas abandonaron sus grandes cuerpos negros y se alejaron como fragatas en la noche hacia la inmensidad del mar, donde se sumergieron buscando la luz del mundo.

Cuando, más adelante, hablábamos de nuestra infancia, se nos antojaba mitad elegía y mitad pesadilla. Una vez hubo escrito mi hermana los libros que le hicieron famosa, cuando los periodistas le preguntaban cómo había sido su niñez, se recostaba en el asiento, apartaba el mechón que le caía sobre los ojos, se ponía seria y respondía: «De niña, mis hermanos y yo caminamos sobre los lomos de delfines y ballenas». No había delfines, por supuesto, pero sí los hubo para mi hermana. Así es como prefería ella recordarlo, como prefería solemnizarlo, como prefería explicarlo.

Pero no hay magia en las pesadillas. Siempre me ha resultado difícil enfrentarme a la verdad de mi infancia, porque para hacerlo tendría que comprometerme a explorar los rasgos y configuraciones de una historia que preferiría olvidar. Pasaron los años sin que tuviera que enfrentarme a la demonología de mi juventud; tomé la sencilla resolución de no hacerlo y hallé solaz en la dulce quiromancia del olvido, refugio en las frías y señoriales tinieblas del inconsciente. Pero bastó una llamada telefónica para arrastrarme de nuevo hacia la historia de mi familia y los fracasos de mi vida adulta.

Desearía no tener historia de la que hablar. Durante mucho tiempo he fingido que mi infancia nunca existió. Tenía que mantenerla encerrada, contra mi pecho. No podía dejarla salir. Seguía en esto el dudoso ejemplo de mi madre. Tener recuerdos o no es un acto de la voluntad, y yo elegí no tenerlos. Puesto que necesitaba amar a mis padres en toda su imperfecta y escandalosa humanidad, no podía interpelarlos directamente acerca de los crímenes que cometieron con nosotros. No podía acusarlos de delitos que no habían podido evitar ni condenarlos por ellos. También mis padres tenían su historia, una historia que yo recordaba con ternura y dolor al mismo tiempo, una historia que me hacía perdonar sus pecados contra sus propios hijos. En una familia no puede haber crímenes a los que no alcance el perdón.

Visité a Savannah en un hospital psiquiátrico de Nueva York tras su segundo intento de suicidio. Me incliné para besarla en ambas mejillas, al estilo, europeo. Luego, mirando sus agotados ojos, le hice la serie de preguntas que siempre le formulaba cuando nos reuníamos tras una larga separación.

—¿Cómo era tu vida familiar, Savannah? —le pregunté, fingiendo una entrevista.

—Hiroshima —musitó ella.

—¿Y cómo ha sido tu vida desde que abandonaste el cálido y acogedor seno de tu

cariñosa y muy unida familia?

—Nagasaki —contestó, esbozando una amarga sonrisa.

—Eres una poetisa, Savannah —proseguí, sin dejar de mirarla—. Compara tu familia con un navío.

—El Titanic.

—Dime el título del poema que escribiste en honor de tu familia, Savannah.

—«La historia de Auschwitz». Y ambos nos echamos a reír.

—Ahora viene la pregunta más importante —anuncié, inclinándome sobre ella y susurrando dulcemente en su oído—. ¿A quién quieres más que a nadie en el mundo?

La cabeza de Savannah se alzó de la almohada y sus azules Ojos se iluminaron con convicción mientras sus pálidos y agrietados labios respondían:

—A mi hermano gemelo, Tom Wingo. ¿Y a quién quiere mi hermano más que a nadie en el mundo?

Tomé su mano.

—Yo también quiero a Tom más que a nadie —contesté.

—No vuelvas a equivocarte, tontorrón —dijo ella débilmente.

La miré a los ojos, tomé su cabeza entre mis manos y casi me desmoroné al responder, con voz entrecortada y lágrimas corriéndome por las mejillas:

—Quiero más que a nadie a mi hermana, la gran Savannah Wingo, de Colleton, Carolina del Sur.

—Abrázame, Tom. Abrázame fuerte.

Tales eran las consignas de nuestras vidas. Este siglo no ha sido fácil de soportar. Entré en escena mediada una guerra mundial, en el alba terrible de la era atómica. Crecí en Carolina del Sur, como un varón sureño de raza blanca, con un bien cultivado talento natural para odiar a los negros hasta que el movimiento en favor de los derechos civiles me pilló de improviso al descubierto y demostró sin lugar a dudas que yo estaba en un error y que además era un malvado. Pero yo era un muchacho al que le gustaba pensar, que tenía sentimientos y era enemigo de la injusticia, y trabajé firmemente para cambiar mi modo de ser y desempeñar un pequeño e insignificante papel en dicho movimiento con lo que no tardé en sentirme sumamente orgulloso de mí mismo. Entonces me hallaba formando parte del programa universitario de la ROT dirigido exclusivamente a varones blancos, y fui escupido por manifestantes pacifistas ofendidos por mi uniforme.

Con el tiempo, yo mismo me convertí en uno de tales manifestantes, pero jamás escupí sobre quien no estuviera de acuerdo con mis ideas. Creía que iba a cumplir los treinta años con tranquilidad, como un hombre contemplativo provisto de una filosofía humanitaria e irreprochable, cuando el movimiento de liberación de la mujer cayó sobre mí como un tornado, y una vez más me encontré del otro lado de las barricadas. Parece que he sido la encarnación de todos los conceptos erróneos del siglo xx.

Fue mi hermana quien me obligó a plantar cara a mi siglo y quien finalmente me

proporcionó la libertad necesaria para enfrentarme a aquellos días pasados junto al río. Había vivido demasiado tiempo en los bajíos, y ella me condujo suavemente hacia aguas más profundas donde todos los huesos y negros carcamanes aguardaban mi vacilante inspección. La verdad es ésta: a mi familia le ocurrieron cosas, cosas extraordinarias. Sé de familias que viven su destino sin que llegue a ocurrirles ni un solo acontecimiento de interés. Siempre he envidiado a tales familias. La familia Wingo fue sometida a prueba por el destino en un millar de ocasiones, y quedó indefensa, humillada y deshonrada. Pero mi familia se aprestó a la lucha con energía, y esta energía nos permitió a casi todos sobrevivir a la acometida de las Furias. A no ser que prefiramos creer a Savannah: en su opinión, ningún Wingo sobrevivió.

Voy a contarte mi historia. No ocultaré nada. Te lo prometo.

# 1

Eran las cinco de la tarde, hora del este, cuando sonó el teléfono de mi casa, en la isla de Sullivans, Carolina del Sur. Mi esposa, Sallie, y yo acabábamos de sentarnos a tomar algo en el porche, que daba al puerto de Charleston y al Atlántico. Sallie entró en la vivienda para atender la llamada, y yo le grité:

—Sea quien sea, no estoy en casa.

—Es tu madre —anunció Sallie, regresando.

—Dile que me he muerto —le rogué—. Por favor, dile que me morí la semana pasada y que has estado demasiado ocupada para avisarle.

—Habla con ella, por favor. Dice que es urgente.

—Mi madre siempre dice que es urgente; pero nunca es urgente cuando ella dice que es urgente.

—Esta vez me parece que sí que es urgente. Está llorando.

—Lo normal es que mamá llore. No recuerdo ni un solo día en que no haya llorado.

—Está esperando, Tom.

Mientras me incorporaba para dirigirme al teléfono, mi esposa añadió:

—Sé amable con ella, Tom. Nunca eres amable cuando hablas con tu madre.

—Odio a mi madre, Sallie —le expliqué—. ¿Por qué quieres privarme de los pequeños placeres de mi vida?

—Tú haz caso a Sallie y trátala con amabilidad. Si dice que quiere venir a vernos esta noche, Sallie, me divorciaré de ti. No es por nada, pero quien me ha obligado a ponerme al teléfono eres tú. Hola, madre querida —dije alegremente por el auricular, sabiendo que mis valentonadas jamás lograban engañar a mi madre.

—Tengo que darte una noticia muy mala, Tom —comenzó ella.

—¿Desde cuándo nuestra familia produce otra cosa, mamá?

—Es una noticia muy mala. Una noticia trágica.

—Estoy impaciente por oírla.

—No quiero decírtelo por teléfono. ¿Puedo ir a tu casa?

—Si eso es lo que quieres.

—Yo sólo quiero ir si tú lo quieres.

—Tú has dicho que querías venir. Yo no he dicho que quisiera...

—¿Por qué quieres hacerme daño en un momento como éste?

—Mamá, no sé que clase de momento es éste. No me has contado qué pasa. Y no quiero hacerte daño. Ven aquí y nos enseñaremos los dientes un rato.

Colgué el auricular y grité a todo pulmón:

—¡El divorcio!

Mientras esperaba a mi madre, contemplé a mis tres hijas, que recogían conchas

en la playa, frente a la casa. Tenían siete, nueve y diez años, dos niñas de cabello castaño separadas por una rubia, y su talla y su belleza me resultaban sorprendentes: su gloriosa maduración me proporcionaba la medida de mi propia decadencia. Viendo el modo en que el viento agitaba sus cabellos, viendo cómo sus morenas manecitas se movían simultáneamente de forma encantadora para apartar los cabellos de sus ojos al mismo tiempo que sus risas se confundían con el rumor del oleaje, se le hacía verosímil a uno el nacimiento de las diosas. Me puse en pie y me aproximé a la barandilla, —desde donde vi a un vecino que se había detenido a conversar con las chiquillas.

—Señor Brighton —le grité—, ¿ha visto si las chicas estaban otra vez fumándose un porro en la playa?

Las niñas alzaron la vista, se despidieron del señor Brighton agitando sus manos y corrieron a casa por entre las dunas y las plantas de la playa. Su colección de conchas fue a parar sobre la mesa en que reposaba mi bebida.

—Papá —comenzó Jennifer, la mayor—, siempre nos pones en situaciones violentas delante de la gente.

—Hemos encontrado una caracola, papá —gritó Chandler, la más pequeña—. Está vivo.

—Está viva —la corregí, tomando el molusco en mis manos—. Nos la podemos comer esta noche para cenar.

—¡Oh, vamos, papá! —protestó Lucy—. Vaya cena, caracola.

—No —dijo la menor—. La llevaré a la playa y volveré a dejarla en el agua. Piensa en el miedo que debe de estar pasando esta caracola, oyéndote decir que nos la vamos a comer.

—Vamos, Chandler —dijo Jennifer. Eso es una tontería. Las caracolas no hablan inglés.

—¿Y tú cómo lo sabes, Jennifer? —objetó Lucy. No lo sabes todo. No eres la reina del mundo.

—Es verdad —asentí yo—. No eres la reina del mundo.

—¡Ojalá tuviera dos hermanos! —exclamó Jennifer.

—¡Y ojalá nosotras tuviéramos un hermano mayor! —replicó Lucy, con la adorable cólera de las rubias.

—¿Vas a matar a esa vieja y fea caracola, papá? —quiso saber Jennifer.

—Chandler se pondrá furiosa.

—No. Voy a dejarla otra vez en la playa. No podría soportar que Chandler me llamara asesino. Todas a las rodillas de papaíto.

Las tres niñas colocaron sin mucho entusiasmo sus encantadores y perfectamente formados traseros sobre mis piernas y rodillas, y yo las besé a las tres en el cuello y en la nuca.

—El año que viene ya no podremos seguir haciendo esto, chicas. Os estáis poniendo enormes.

—¿Enormes? Yo no me estoy poniendo enorme, papá —protestó Jennifer.

—Lámame papaíto.

—Sólo los niños pequeños llaman papaíto a su padre.

—Pues entonces yo tampoco te llamaré papaíto —decidió Chandler.

—Me gusta que me llaméis papaíto. Me hace sentir adorado. Chicas, voy a preguntaros una cosa y quiero que me contestéis con toda franqueza. No os preocupéis por los sentimientos de papaíto y decidme de todo corazón lo que verdaderamente pensáis.

Jennifer puso los ojos en blanco y exclamó:

—¡Oh, papá; otra vez este juego, no!

Pregunté:

—¿Quién es el más estupendo ser humano que habéis conocido en este mundo?

—Mamá —respondió Lucy al instante, sonriendo de oreja a oreja.

—Casi aciertas —admití—. Vamos a probar de nuevo. Pensad en la persona más espléndida y maravillosa que conocéis personalmente. Debéis de tener la respuesta en la punta de la lengua.

—¡Tú! —gritó Chandler.

—Eres un ángel. Un auténtico ángel, blanco como la nieve y muy inteligente. ¿Qué te gustaría tener, Chandler? ¿Dinero? ¿Joyas? ¿Pielés? ¿Bonos y acciones? Pide lo que quieras, cariño, y tu amante papaíto te lo irá a buscar.

—Quiero que no mates a la caracola.

—¡Matar a la caracola! Voy a enviar a esta caracola a la universidad. Le montaré un negocio.

—Papá —dijo Jennifer—, ya somos demasiado mayores para que nos gastes estas bromas. Estás empezando a hacernos quedar mal delante de nuestros amigos.

—¿Delante de quién, por ejemplo?

—De Johnny.

—¿Ese pequeño cretino masticador de chicle, lleno de granos y con la mandíbula caída?

—Es mi novio —anunció orgullosamente Jennifer.

—Es un pelotillero, Jennifer —observó Lucy.

—Es muchísimo mejor que ese enano al que tú llamas novio —replicó Jennifer.

—Ya os lo he advertido otras veces, chicas. Son todos unos repugnantes réprobos incivilizados y de mente corrupta, capaces de hacer marranadas como mearse en los arbustos y hurgarse la nariz.

—Tú también fuiste niño, papá —dijo Lucy.

—¡Ja! ¿Os imagináis a papá de pequeño? —preguntó Jennifer—. ¡Qué risa!

—Yo era distinto. Yo era un príncipe. Un rayo de luna. Pero no pienso entrometerme en tu vida amorosa, Jennifer. Ya me conoces. No pienso ser uno de esos molestos padres a quienes jamás satisfacen los chicos que sus hijas llevan a casa. No pienso entrometerme. Se trata de tu vida, y a ti te corresponde elegir. Podréis



casaros con quien queráis, las tres, en cuanto hayáis terminado los estudios de medicina.

—Yo no quiero estudiar medicina —protestó Lucy—. ¿Sabías que mamá ha de meter el dedo por el trasero de la gente? Yo quiero ser poetisa, como Savannah.

—Ah, entonces te casarás cuando hayas publicado tu primer libro de poemas. Te doy mi palabra. No soy inflexible.

—Me casaré cuando yo quiera —afirmó Lucy con energía—. No tendré que pedirlos permiso. Seré una mujer adulta.

—Así me gusta, Lucy —aprobé—. No hagas caso de nada de lo que te digan tus padres. Esa es la única norma de comportamiento que quiero que tengáis siempre muy presente.

—No lo dices en serio. Estás hablando en broma, papaíto —aseguró Chandler, apoyando su cabeza bajo mi barbilla—. Quiero decir, papá —se corrigió.

—Recordad lo que os estoy diciendo. A mí nunca me dijeron nada parecido cuando era pequeño —proseguí seriamente; pero la única tarea que tienen los padres en este mundo es la de estropear la vida a sus hijos. Esa es una de las principales leyes de Dios. Ahora, escuchadme bien. Vuestra tarea consiste en conseguir que mamá y yo creamos que vosotras hacéis y pensáis lo que nosotros os decimos. Pero, en realidad, no debéis hacerlo. Debéis tener vuestros propios pensamientos y emprender misiones secretas. Porque mamá y yo os estamos estropeando la vida.

—¿Cómo nos estropeáis la vida? —quiso saber Jennifer.

—Nos hace quedar mal delante de nuestros amigos —sugirió Lucy.

—No es eso. Pero sé que, día a día, os vamos estropeando la vida. Si supiéramos cómo lo hacemos, dejaríamos de hacerlo. No volveríamos a hacerlo nunca, porque os adoramos. Pero somos padres y no podemos evitarlo. Nuestro trabajo consiste en estropearos la vida. ¿Me entendéis?

—No —respondieron al unísono.

—Bien —dije yo, tomando un sorbo de mi bebida—. Se supone que no debéis entendernos. Somos vuestros enemigos. Así que debéis emprender una guerra de guerrillas contra nosotros.

—No somos gorilas —protestó Lucy con gazmoñería—. Somos niñas pequeñas.

Sallie apareció de nuevo en el porche, ataviada con un vestido veraniego de un blanco algo grisáceo y sandalias a juego.

—¿He interrumpido las conferencias completas del doctor Spock? —preguntó, sonriendo a las niñas.

—Papá nos ha dicho que somos gorilas —explicó Chandler, abandonando mi regazo para instalarse en el de su madre.

—He limpiado un poco la casa para cuando llegue tu madre —dijo Sallie, mientras encendía un cigarrillo.

—Te morirás de cáncer si sigues fumando eso, mamá —le anunció Jennifer—. Te ahogarás en tu propia sangre. Nos lo han dicho en la escuela.

—Pues no irás más a la escuela —dijo Sallie, exhalando una bocanada de humo.

—¿Por qué has tenido que limpiar? —pregunté.

—Porque no me gusta el modo en que mira la casa cada vez que viene. Cuando ve el desorden de la cocina, da la impresión de que le entran ganas de vacunar a las niñas contra el tifus.

—Está celosa porque tú eres una doctora y lo máximo que ella consiguió fue un premio por deletrear bien en tercer grado. No hace falta que lo limpies todo cada vez que viene a hacernos pasar un mal rato. Basta con quemar los muebles y rociarlo todo con desinfectante cuando se haya marchado.

—Eres un poco duro con tu madre, Tom. A su manera, ella trata de volver a ser una buena madre para ti —comentó Sallie, examinando la cabellera de Chandler.

—¿Por qué no te cae bien la abuela, papá? —Inquirió Jennifer.

—¿Quién ha dicho que no me cae bien la abuela?

—Sí, papá —insistió Lucy—. ¿Por qué gritas siempre «no estoy en casa» cuando ella llama por teléfono?

—Es un truco defensivo, cariño. ¿Sabes cómo se hincha el pez globo cuando advierte algún peligro? Bueno, pues lo mismo pasa cuando llama la abuela. Me hincho y grito que no estoy en casa. Es un truco muy bueno, pero tu madre siempre me traiciona.

—¿Por qué no quieres que sepa que estás en casa, papaíto? —preguntó Chandler.

—Porque entonces tengo que hablar con ella. Y si hablo con ella me acuerdo de cuando era niño, y yo odiaba mi infancia. Habría preferido ser un pez globo.

—Cuando nosotras seamos mayores y vosotros nos llaméis, ¿también gritaremos «no estoy en casa»? —preguntó Lucy.

—Desde luego —afirmé, con más vehemencia de la que pretendía—. Porque entonces yo os haré sentir mal con preguntas como «¿Por qué nos vemos tan poco, cariño?», O «¿He hecho algo malo, querida?», o «El jueves pasado fue mi cumpleaños», o «El martes que viene van a hacerme un trasplante de corazón. Estoy seguro de que no te importa», o «Podrías venir a visitarme de vez en cuando y quitarle el polvo al pulmón de acero». Cuando crezcáis y os vayáis de casa, niñas, mi único papel en la vida será el de haceros sentir culpables. Intentaré arruinar vuestras vidas.

—Papá se cree que lo sabe todo —le dijo Lucy a Sallie, y otras dos cabecitas se menearon en señal de asentimiento.

—¿Qué es esto? ¿Mis propias hijas me critican? ¿La carne de mí carne encuentra fallos en mi carácter? Puedo soportarlo todo menos las críticas, Lucy.

—Todos nuestros amigos piensan que papá está loco, mamá —añadió Jennifer—. Tú te portas como las demás madres, pero papá no se porta como los demás padres.

—Ya estamos. El temido momento en que mis hijas se vuelven contra mí y me destripan. Si estuviéramos en Rusia, me denunciarían a las autoridades comunistas y a estas horas estaría en una mina de sal en Siberia, congelándoseme el culo.

—Ha dicho una palabra fea, mamá —hizo notar Lucy.

—Sí, cariño. Ya he oído.

—El césped —dije rápidamente—. Hay que segar el césped.

—Siempre hay que segar el césped cuando dice esa palabra —explicó Jennifer.

—En este mismo instante, mi madre está cruzando el puente de Sherri Creek. Ningún pájaro canta en todo el planeta cuando mi madre está de camino hacia aquí.

—Trata de mostrarte amable, Tom —insistió Sallie con su exasperante tonillo profesional—. No te dejes llevar por los nervios.

Proferí un gruñido y torné un largo sorbo de mi vaso.

—Dios mío, me gustaría saber qué quiere ahora. Solamente viene cuando puede amargarme la vida con alguna pequeñez. Es una experta en arruinar vidas. Podría dirigir seminarios sobre este tema. Dice que tiene malas noticias. Cuando en mi familia hay malas noticias, siempre se trata de algo horripilante. Bíblico. Como recién sacado del libro de Job.

—Por lo menos, reconoce que tu madre está intentando ser de nuevo amiga tuya.

—Lo reconozco. Está intentándolo —respondí cansadamente—. La prefería cuando no intentaba nada, cuando era una madre impenitente.

—¿Qué tenemos hoy para cenar, Tom? —preguntó Sallie, cambiando de tema—. Hay algo que huele magníficamente.

—Eso es el pan recién horneado. Esta mañana, a primera hora, he cogido platijas en las rocas y las he rellenado con gambas y cangrejos. También tenemos una ensalada de espinacas frescas, más calabacines y chalotes salteados.

—Maravilloso —dijo ella—. No debería estar bebiendo esto; esta noche estoy de guardia.

—Yo quiero pollo frito —anunció Lucy—. Vayamos a cenar al Coronel Sanders.

—Además, ¿por qué cocinas tú, papá? —Inquirió de pronto Jennifer—: Al señor Brighton le da mucha risa que hagas tú la cena en vez de mamá.

—Sí —asintió Lucy—. Dice que es porque mamá gana el doble de dinero que tú.

—¡El muy cerdo! —masculló Sallie entre dientes.

—Eso no es verdad —protesté—. Lo hago porque mamá gana cuatro o cinco veces más que yo.

Niñas, de que fue vuestro padre quien me pagó la carrera de medicina. No quiero que vuelvas a decir eso de tu padre, Lucy —le advirtió Sallie. No tienes por qué ir repitiendo todo lo que dice el señor Brighton. Tu padre y yo tratamos de compartir los trabajos de la casa.

—Todas las otras madres que conozco cocinan para su familia —insistió Jennifer osadamente, teniendo en cuenta la amarga expresión que reflejaban los grises ojos de Sallie—. Todas, menos tú.

—Ya te lo había advertido, Sallie —dije yo, contemplando los cabellos de Jennifer—. Si crías niños en el Sur, obtienes sureños. Y los sureños son cabezotas de nacimiento.

—Nosotros somos sureños y no somos cabezotas —objetó Sallie.

—Una aberración, querida. En todas las generaciones aparece alguna.

—Chicas, subid arriba a lavaros. Lila ya no tardará en llegar.

—¿Por qué no quiere que la llamemos abuela? —preguntó Lucy.

—Porque eso la hace sentir vieja. Venga, a lavaros en seguida —contestó Sallie, empujando a las niñas hacia la casa.

Cuando regresó, se inclinó sobre mí y me rozó la frente con sus labios.

—Me sabe mal que Lucy haya dicho eso. Es tan horriblemente convencional...

—A mí no me molesta, Sallie. Te juro que no. Ya sabes que adoro el papel de mártir, que me siento a mis anchas en una atmósfera de autocompasión. Ahí tienes al pobre bobo de Tom Wingo, sacando brillo a la plata mientras su esposa descubre un remedio contra el cáncer. El desgraciado Tom Wingo, preparando un soufflé perfecto mientras su esposa se embolsa cien mil al año. Ya sabíamos que iba a ocurrir esto, Sallie. Hablamos de ello.

—Pero sigue sin gustarme una mierda. No confío en la vanidad masculina que acecha en tu interior. Sé que ha de dolerte. Me hace sentir la mar de culpable, porque sé que las niñas no entienden por qué no estoy yo esperándolas con las galletas y la leche cuando vuelven de la escuela.

—Están orgullosas de que su madre sea una doctora.

—Pero no parecen orgullosas de que tú seas maestro y entrenador, Tom.

—Lo era, Sallie. En pasado. Me despidieron, ¿recuerdas? Tampoco yo me siento orgulloso de ello, Sallie, de modo que no podemos culparlas por eso. ¡Oh, Dios mío! Ese ruido que se oye debe de ser el coche de mi madre. ¿Puede darme tres valiums, doctora?

—Me los he tomado yo todos, Tom. Recuerda que tu madre querrá pasar revista a la casa antes de volver su atención hacia ti.

—El alcohol no sirve de nada —me quejé—. ¿Por qué el alcohol no adormece mis sentidos cuando más lo necesito? ¿Crees que debo invitarla a cenar?

—Desde luego, pero ya sabes que no querrá quedarse. —Estupendo. En tal caso, la invitaré.

—Sé amable con tu madre, Tom —dijo Sallie—. Está tan triste, y le gustaría tanto volver a ser amiga tuya...

—La amistad y la maternidad son incompatibles.

—¿Crees que nuestras hijas también pensarán así?

—No. Nuestras hijas únicamente odiarán a su padre. ¿Te has dado cuenta de que ya están hartas de mi sentido del humor? Y la mayor sólo tiene diez años. Tendré que cambiar mi modo de proceder.

—Me gusta tu modo de proceder, Tom. Lo encuentro divertido. Esta es una de las razones por las que me casé contigo. Sabía que nos reiríamos mucho.

—Dios la bendiga, doctora. Muy bien, ya está aquí mamá. ¿Podrías ponerme una ristra de ajos alrededor del cuello e ir a buscar un crucifijo?

—Calla, Tom, va a oírte.

Mi madre apareció en el umbral, inmaculadamente vestida y acicalada, y su perfume llegó al porche varios segundos antes que ella. Mi madre se conducía siempre como si estuviera accediendo a los aposentos privados de una reina. Su acabado era tan elegante como el de un yate: de líneas nítidas, cuidado, caro. Siempre había sido demasiado bonita para parecer mi madre, y en cierta época de mi vida la gente solía tomarme por su marido. No sabría expresar cuánto disfruté aquella época.

—Hola, ¿qué tal? —comenzó mi madre—. ¿Cómo estáis, preciosos?

Nos besó a los dos. Parecía animada, pero las malas noticias acechaban pesadamente en sus ojos.

—Cada vez que te veo estás más hermosa, Sallie. ¿No opinas lo mismo, Tom?

—Desde luego. Y lo mismo puede decirse de ti —respondí, sofocando un gruñido. Mi madre tenía el don de hacerme decir naderías sin cuento, que salían de mi boca en una incesante cascada.

—Vaya, Tom, muchas gracias. Es muy agradable oírte decir eso a tu anciana madre.

—Mi anciana madre tiene la mejor figura de todo el Estado de Carolina del Sur —contesté, profiriendo mi segunda nadería en cuestión de segundos.

—Bueno, puedes estar seguro de que mi trabajo me cuesta. Los hombres no se imaginan lo que hemos de sufrir las mujeres para conservar una figura juvenil, ¿verdad, Sallie?

—Ni se lo imaginan —convino Sallie.

—Has vuelto a engordar, Tom —observó jovialmente mi madre.

—Vosotras las mujeres no os imagináis lo que hemos de sufrir los hombres para convertirnos en gordos sacos de mierda.

—Bueno, te aseguro que no lo he dicho con mala intención —respondió mi madre, con voz dolida y mojigata—. Si tanto te molesta, no volveré a decirlo. Creo que estás mucho mejor así. La cara un poco llena siempre te ha hecho parecer más guapo. Pero hoy no he venido a pelearme contigo. Te traigo muy malas noticias. ¿Puedo sentarme?

—Claro que sí, Lila. Voy a prepararte algo de beber —dijo Sallie.

—Una tonic con ginebra, querida. Y con un chorrito de lima, si tienes. ¿Dónde están las niñas, Tom? No quiero que oigan lo que he de decirte.

—Están arriba —contesté, mirando hacia el ocaso y esperando la continuación.

—Savannah ha intentado matarse otra vez.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Sallie, deteniéndose ante la puerta. ¿Cuándo?

—La semana pasada, aunque no saben exactamente cuándo. Estaba en coma cuando la encontraron. Ya ha salido del coma, pero...

—Pero ¿qué? —murmuré yo.

—Pero ahora está en ese ridículo estado en que se pone cuando quiere llamar la atención.

—Se llama episodio psicótico, mamá.

—Ella dice que es psicótica —replicó mi madre al instante—. Pero ya te aseguro yo que no es una verdadera psicótica.

Antes de que pudiera responder, Sallie se apresuró a intervenir.

—¿Dónde está, Lila?

—En un hospital psiquiátrico de Nueva York. Bellevue, o algo por el estilo. En casa tengo apuntado el nombre y la dirección. Me ha llamado una mujer. Una doctora como tú, Sallie, sólo que psiquiatra. Estoy segura de que no debía de valer para ejercer una verdadera especialidad médica, pero, como digo siempre, a cada uno lo suyo.

—Estuve a punto de dedicarme a la psiquiatría —comentó Sallie.

—Bien, no cabe duda de que es agradable ver cómo prosperan las mujeres en el terreno Profesional. Cuando yo era joven, no tuve tantas oportunidades. Sea como fuere, esa mujer ha telefoneado para comunicarme la trágica noticia.

—¿Cómo lo ha intentado, mamá? —inquirí, tratando de mantener la calma. Me daba cuenta de que estaba empezando a perder el control.

—Ha vuelto a abrirse las venas de la muñeca, Tom —contestó mi madre, empezando a sollozar—. ¿Por qué ha de hacerme una cosa así? ¿Es que no he sufrido bastante?

—Se lo ha hecho a ella misma, mamá.

—Iré por esa bebida, Lila —anunció Sallie, cruzando la puerta.

Mi madre se enjugó las lágrimas con un pañuelo que extrajo de su bolso. A continuación, comentó:

—Creo que se trata de una doctora judía. Tiene uno de esos apellidos impronunciables. Puede que Aarón la conozca.

—Aarón es de Carolina del Sur, mamá. El hecho de que sea judío no significa que haya de conocer a todos los demás judíos de los Estados Unidos.

—Pero sabrá cómo conseguir más información acerca de ella. Hay que averiguar si es de confianza. La familia de Aarón está muy unida.

—Desde luego, si es judía, la familia de Aarón debe de tener un expediente sobre ella.

—No hace falta que te pongas en plan sarcástico conmigo, Tom. ¿Cómo crees que me siento? ¿Cómo crees que me siento cuando mis propios hijos se hacen una cosa tan espantosa? Pues me siento totalmente fracasada. No te imaginas cómo me mira la gente de la buena sociedad cuando se enteran de quién soy.

—¿Vas a ir a Nueva York?

—Oh, no me es posible, Tom. Para mí, es un momento muy malo: el sábado por la noche doy una plática y hace meses que vengo preparándola. Además, piensa en el gasto. Estoy segura de que se halla en buenas manos y de que no podemos hacer nada más por ella.

—Estar a su lado ya es hacer algo, mamá. Nunca has llegado a comprender eso.

—Le he dicho a la psiquiatra que tal vez irías tú —comentó mi madre, acechando mi reacción.

—Por supuesto que iré.

—Como ahora estás sin trabajo, no hay nada que te lo impida.

—Mi trabajo es buscar trabajo.

—Yo creo que deberías haber aceptado aquel empleo de agente de seguros. Te lo digo sinceramente, aunque ya sé que no has pedido mi opinión.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Me lo dijo Sallie.

—¿Te lo dijo ella?

—Está muy preocupada por ti. Todos lo estamos, Tom. No puedes esperar que te mantenga durante el resto de tu vida.

—¿Eso también te lo dijo ella?

—No. Lo digo yo porque es verdad. Tienes que enfrentarte a la realidad. Mientras sigas en Carolina del Sur, no podrás volver a enseñar o a entrenar un equipo. Necesitas comenzar de nuevo, ir subiendo desde abajo, demostrar tu capacidad a un patrono que esté dispuesto a darte una oportunidad.

—Hablas como si no hubiera trabajado en mi vida, mamá —respondí, cansado ya y deseoso de escapar a la mirada de mi madre, anhelando que el sol se pusiera más de prisa, necesitado de oscuridad.

—Ya hace mucho que no trabajas —insistió mamá—. Y ninguna mujer puede respetar a un hombre que no contribuye a alimentar a su familia, de eso puedes estar seguro. Sallie se está portando como un ángel, pero no puedes pretender que ella os mantenga a todos mientras tú te quedas sentado aquí en el porche.

—He solicitado más de setenta empleos, mamá.

—Mi marido puede conseguirte un empleo. Se ha ofrecido a echarte una mano.

—Sabes que no puedo aceptar ninguna ayuda de tu marido. Supongo que, por lo menos, esto puedes entenderlo.

—No lo entiendo en absoluto —replicó mi madre, alzando la voz—. ¿Por qué habría de entenderlo? Él se da cuenta de que toda tu familia está sufriendo porque no eres capaz de sacudirte la pereza e ir a buscar un trabajo. Y si quiere echarte una mano es por Sallie y las niñas, no por ti. No quiere que sigan sufriendo como hasta ahora. Está dispuesto a ayudarte, aunque no ignora lo mucho que le odias.

—Me alegra que no ignore lo mucho que le odio. Sallie volvió a salir al porche con la bebida de mi madre y otro vaso para mí. Sentí el impulso de arrojar el líquido y comerme el vidrio.

—Tom estaba diciéndome lo mucho que me odia, a mí y a todo lo que yo represento.

—No es cierto. Solamente he dicho, y bajo una gran provocación, que odio a tu marido. Tú has sacado a relucir el tema.

—Yo he sacado a relucir el tema de que estás desempleado. Ya hace más de un

año, Tom, y para un hombre de tus condiciones es tiempo más que suficiente para encontrar algo, cualquier cosa. ¿No crees que a Sallie debe de resultarle embarazoso tener que mantener a un hombre hecho y derecho?

—Ya basta, Lila —protestó Sallie, enfurecida—. No tienes derecho a utilizarme a mí para hacer daño a Tom.

—Lo que pretendo es ayudar a Tom. ¿Es que no te das cuenta, Sallie?

—No. Del modo en que lo haces, no. Así no es manera, Lila.

—Tendré que ir a Nueva York mañana, Sallie —dije yo.

—Naturalmente —respondió.

—Dile que la quiero, Tom. ¿Se lo dirás?

—Claro que sí, mamá.

—Ya sé que me detesta tanto como tú —gimió.

—Ninguno de los dos te detesta, mamá.

—Oh, sí, vaya que sí. ¿Crees que no advierto vuestro desprecio hacia mí? ¿Crees que no veo lo mal que os sabe que finalmente haya encontrado un poco de felicidad en mi vida? Os gustaba que fuera una desgraciada con vuestro padre.

—No nos gustaba nada, mamá. Tuvimos una infancia horrible, que lógicamente desembocó en una horrible vida adulta.

—¡Basta, por favor! —exclamó Sallie—. Por favor, no sigáis haciéndoos daño el uno al otro.

—Yo ya sé lo que es estar casada con un Wingo, Sallie. Me imagino cómo lo estarás pasando.

—Mamá, tienes que venir a visitarnos más a menudo. Antes de tu llegada, he alcanzado a disfrutar un minuto o dos de felicidad.

—No, quiero que siga esta conversación —ordenó Sallie. Hemos de pensar en la forma de ayudar a Savannah.

—Yo ya he hecho todo lo que he podido por Savannah —dijo mamá—. Haga lo que haga, siempre me echará a mí la culpa. Savannah está enferma —observó Sallie con delicadeza—. Y tú lo sabes, Lila.

Al oír este comentario, mi madre se animó visiblemente pasó el vaso a su mano izquierda y se inclinó hacia delante para hablarle a Sallie.

—Tú eres una profesional, Sallie —comenzó—. ¿Sabías que últimamente he estado leyendo mucho acerca de las psicosis? Los principales especialistas han descubierto que las psicosis se deben a desequilibrios químicos y no tienen nada que ver con la herencia ni el ambiente.

—¡Ha habido muchos desequilibrios químicos en nuestra familia, madre! —exclamé, incapaz de contener por más tiempo mi hirviente cólera.

—Algunos doctores opinan que se debe a una carencia de sal.

—Algo de eso he oído, sí —admitió Sallie amablemente.

—¡Sal! —grité yo—. Le llevaré a Savannah una caja de sal Morton y se la haré comer a cucharadas. Si es sal lo que necesita, la obligaré a seguir una dieta que la



hará parecerse a la mujer de Lot.

—Únicamente estoy citando la opinión de los principales especialistas. Si quieres divertirme a costa de tu madre, Tom, no te contengas. Supongo que debo de ser un blanco fácil; una vieja tonta que ha sacrificado los mejores años de su vida por el bien de sus hijos.

—Mamá, ¿por qué no montas un negocio de embotellado de culpa? Podríamos vendérsela a los padres norteamericanos que aún no han logrado dominar el arte de hacer que sus hijos se sientan constantemente como una mierda. Seguro que podrías conseguir la patente.

—Y tal vez entonces tú tendrías un empleo, hijo —replicó fríamente mientras se levantaba del asiento—. Por favor, telefonéame cuando hayas visto a Savannah. Puedes hacerlo a cobro revertido.

—¿Por qué no te quedas a cenar, Lila? —sugirió Sallie—. Todavía no has visto a las niñas.

—Ya vendré a visitaros cuando Tom esté en Nueva York.

—Me gustaría llevarme a las niñas a la isla de Pawleys un par de semanas. Es decir, si no os importa.

—Al contrario, es una gran idea.

—Adiós, hijo —se despidió mi madre—. Cuida de tu hermana.

—Adiós, mamá —respondí, incorporándome para darle un beso en la mejilla—. Siempre lo he hecho.

Después de cenar, Sallie y yo ayudamos a las niñas a acostarse. Luego salimos a dar un paseo por la playa. Nos dirigimos hacia el faro, caminando descalzos por las rompientes que se extendían más allá de Fort Moultrie. Sallie me cogió de la mano y yo, distraído y preocupado, advertí de pronto el tiempo que llevaba sin tocar a Sallie, sin acercarme a ella como un amante, como un amigo o como un igual. Hacía mucho que mi cuerpo no reaccionaba como un instrumento de amor o de pasión; un largo invierno de abrumadora seriedad, durante el cual todos los sueños e ilusiones de mis jóvenes veinte años se habían ido marchitando hasta morir. Y tampoco tenía aún los necesarios recursos interiores para soñar nuevos sueños; estaba demasiado ocupado lamentando la muerte de los viejos y preguntándome cómo podría sobrevivir sin ellos. Tenía la certeza de que encontraría el modo de sustituirlos, pero ya no estaba tan seguro de que pudiera devolverles su brillante atractivo o su deslumbradora estampa. Por eso, durante muchos meses había desatendido las necesidades de mi esposa, no la había acariciado ni tocado hasta hacerla resplandecer y moverse como una gata bajo mis manos; no había reaccionado cuando ella rozaba mi pierna desnuda con la suya o posaba su mano en mi muslo mientras yacíamos en soledad a lo largo de noches de insomnio. Mi cuerpo siempre me traicionaba cuando la mente sufría y se inquietaba. Sallie se acercó más a mí y juntos volvimos el rostro hacia la brisa veraniega, mientras las olas rompían a nuestros pies. En la noche sin luna, cuajada de estrellas, Orión el Cazador, con su arma y su cinto, recorría el firmamento sobre

nuestras cabezas.

Sallie, apretando mi mano, me rogó:

—Háblame, Tom... Dime lo que piensas. Vuelves a estar cada vez más silencioso, y no sé qué hacer para llegar hasta ti.

—Estoy tratando de averiguar cómo he arruinado mi vida —le dije a Orión—. Quiero saber en qué momento exacto quedó preestablecido que debería llevar una vida completamente desgraciada y arrastrar conmigo a todos los que amo.

—Tienes algo muy valioso por lo que luchar; algo por lo que merece la pena luchar. Y me da la impresión de que estás a punto de rendirte, Tom. Tu pasado nos hace daño a todos.

—Es la Osa Mayor —señalé sin gran convencimiento.

—La Osa Mayor me importa una mierda —replicó Sallie—. No estoy hablando de la Osa Mayor, y no quiero que cambies de tema. Lo haces muy mal eso de cambiar de tema.

—¿Por qué me afecta tanto todo lo que dice mi madre, todas sus sílabas, todos y cada uno de sus hipócritas fonemas? ¿Por qué no soy capaz de ignorarla, Sallie? Sé que debería dejar que sus palabras resbalaran sobre mí; si ya no reaccionara, no podría hacerme nada. Sé que me quiere con todo su corazón. Pero nos quedamos ahí sentados, el uno frente al otro, diciéndonos cosas que hieren y hacen daño y destruyen. Ella llora y yo bebo, y entonces ella bebe también. Tú tratas de intervenir y los dos te ignoramos y quedamos resentidos contigo por haberlo intentado. Es como si estuviésemos representando una monstruosa pantomima en la cual fuéramos turnándonos para crucificarnos mutuamente. Y no es por culpa suya ni por culpa mía.

—Sólo quiere que encuentres trabajo y seas feliz —dijo Sallie. Lo mismo quiero yo. Lo necesito desesperadamente. La verdad es que me está costando mucho encontrar alguien que esté dispuesto a contratarme. He recibido docenas de cartas de las que no te he hablado. Todas muy corteses. Todas diciendo lo mismo. Todas insoportablemente humillantes.

—Habrías podido aceptar aquel empleo en la compañía de seguros.

—Sí, habría podido. Pero no era un empleo de agente de seguros, Sallie. Se trataba de hacer de cobrador, de ir llamando a las chozas de los aparceros de la isla de Edisto e ir recogiendo moneditas de los negros pobres que firmaron una póliza con la esperanza de tener un entierro decente.

Sallie estrechó mi mano y observó:

—De todas formas, habría sido un comienzo, Tom. Habría sido mejor que estar todo el día sentado en casa, recortando recetas de cocina. Estarías haciendo algo para salvarte a ti mismo.

Dolido, respondí:

—He estado pensando. No he perdido el tiempo.

—No lo digo en plan de crítica, Tom. De veras que no, pero...

—Cada vez que utilizas esta memorable frase, Sallie —la interrumpí—, es para

seguir con una crítica que parte los huesos. Pero no importa, después de mamá, podría soportar una carga de caballería de los hunos con algún que otro elefante.

—No, no se trata de ninguna crítica. Te hablo con todo mi cariño. Después de lo que le ocurrió a Luke, has estado lleno de compasión hacia ti mismo, muy analítico, muy acerbo... Tienes que olvidar lo sucedido y seguir adelante a partir de aquí, de este instante. Tu vida no ha terminado Tom. Una parte de tu vida, sí; pero ahora debes averiguar cuál será la próxima.

Durante varios minutos anduvimos en silencio en la inquietante soledad que a veces visita a las parejas en los momentos más inoportunos. Para mí no se trataba de ninguna sensación desconocida. Poseía un talento ilimitado para convertir en extraños aun a las almas benditas que más me amaban.

Luché por restablecer mi contacto con Sallie, por hallar un camino hacia ella.

—Todavía no lo tengo todo claro. No sé por qué me odio a mí mismo más que a nadie en el mundo. No le veo la lógica. Aunque mamá y papá hubieran sido verdaderamente unos monstruos, en estos momentos tendría que respetarme yo mismo por haber sobrevivido, si no por otra cosa. Por lo menos, debería haber conservado la sinceridad; pero soy la persona más insincera que conozco. Nunca sé cuáles son exactamente mis sentimientos acerca de nada. Siempre hay algo secreto que se me escapa.

—No necesitas conocer la verdad absoluta. Nadie la conoce. Sólo, necesitas saber lo suficiente para seguir adelante.

—No, Sallie —repliqué, deteniéndome bruscamente en el agua y sujetándola por los hombros para que se volviera hacia mí. Eso es lo que hacía antes. Iba tirando con mi parte de la verdad, y al final me ha costado caro. Vayámonos de Carolina del Sur. Larguémonos de aquí. En este Estado, jamás volveré a conseguir un empleo. Hay demasiada gente que conoce el apellido Wingo y a la que no le gusta lo que representa.

Sallie bajó la vista y cubrió mis manos con las suyas. Cuando habló, empero, lo hizo mirándome directamente a los ojos.

—No quiero irme de Charleston, Tom. Tengo un magnífico trabajo y me encantan nuestro hogar y nuestras amistades. ¿Por qué quieres desechar incluso las cosas buenas que tenemos?

—Porque a mí ya no me parecen tan buenas; porque no puedo seguir creyendo en mi vida aquí.

Pero yo sí creo en la mía. Y eres tú quien gana el dinero —observé, sintiéndome de inmediato embarazado por la amargura que había en mi voz, la arrogancia, el machismo.

—Eres tú quien lo ha dicho, Tom, no yo.

—Lo siento. De veras que lo siento. No quiero ir a Nueva York. Ni siquiera quiero ver a Savannah. Estoy furioso, absolutamente furioso con ella porque ha vuelto a intentarlo. Me irrita que esté loca y que se le permita estar tan loca como le

convenga. Envidio su locura. Pero sé que espera que yo acuda a su lado cada vez que le da por cortarse las venas. Es el baile de siempre, y conozco todos los pasos.

—Pues no vayas —dijo Sallie, separándose nuevamente de mí.

—Debo ir, ¿sabes? es el único papel que represento verdaderamente bien: el héroe del momento, el galante caballero, el Galahad en paro. Es el defecto fatal de todos los Wingo. Excepto mamá, naturalmente. Ella ofrece banquetes planeados con meses de antelación, y no puede ser molestada con intentos de suicidio por parte de sus hijos.

—Siempre estás culpando a tus padres, Tom. ¿Cuándo empezarás a admitir tu propia responsabilidad? ¿Cuándo tomarás las riendas de tu vida? ¿Cuándo comenzarás a aceptar el mérito o la culpa de tus propias acciones?

—No lo sé, Sallie. No logro aclararme. No soy capaz de sacar nada en claro. No sé qué significa todo esto.

Ella me dio la espalda y echó a andar de nuevo por la playa, unos pasos por delante de mí.

—Nos hace daño a los dos, Tom.

—Lo sé —admití, tratando de ponerme a su lado. Cogí su mano y la oprimí, pero no respondió a la presión—. Para mi sorpresa, no he resultado un buen marido. Antes creía que sería un marido estupendo. Encantador, sensible, amante y siempre atento a todas las necesidades de mi esposa. Lo siento, Sallie. Hace mucho tiempo que no me porto bien contigo. Y te aseguro que me duele. Quiero cambiar. Soy muy frío, muy reservado. Te juro que en cuanto nos vayamos de este Estado me portaré mucho mejor.

—No pienso irme de este Estado —afirmó ella resueltamente—. Soy muy feliz viviendo aquí. Esta es mi tierra, mi hogar.

—¿Qué quieres decir, Sallie?

—Quiero decir que lo que es bueno para ti no es necesariamente bueno para mí. Quiero decir que yo también estoy pensándome las cosas. Yo también quiero aclararme. Quiero aclarar lo que hay entre nosotros. Ya no me parece tan bueno como antes.

—Sallie, has escogido un mal momento para decirme esto.

—Nuestra relación no ha sido la misma desde que pasó lo de Luke.

—Nada ha sido lo mismo —dije yo.

—Olvidaste hacer una cosa por Luke, Tom —prosiguió.

—¿Qué?

—Te olvidaste de llorar —dijo Sallie.

Dirigí la mirada hacia el extremo de la playa, hacia el faro. Luego la volví hacia las luces de la isla de James, más allá del puerto.

Sallie continuó:

—Tu tristeza no tiene límites. Es impenetrable. Me has dejado completamente al margen de tu vida.

—¿Te molestaría cambiar de tema? —pregunté, con una voz que sonó amenazadora.

—El tema somos nosotros —respondió Sallie—. El tema es si todavía sigues queriéndome, Tom.

—¡Acabo de enterarme de que mi hermana ha intentado suicidarse! —grité.

—No —contestó Sallie con firmeza—. No, acabas de...

—¿Qué quieres que te diga? —pregunté, pues sentía su ansiedad, su necesidad de alcanzar un reducto intocable en mi interior.

Sallie estaba a punto de llorar cuando dijo:

—Las palabras son fáciles. Prueba éstas: te amo, Sallie, y no creo que pudiera vivir ni un solo día, sin ti.

Pero algo en sus ojos y en su voz trataba de transmitirme un mensaje mucho más oscuro, y afirmé:

—Hay algo más. Sallie comenzó a sollozar, y su voz adquirió un matiz de desesperanza y de traición.

—No algo más, Tom —contestó—. Alguien más.

—¡Por Dios! —grité hacia las luces de la isla de Palms—. ¡Primero Savannah, y ahora esto!

Pero, a mi espalda, Sallie añadió:

—Es la primera vez que me miras desde hace meses. He tenido que decir que estoy liada con un hombre para que mi maldito marido se diera cuenta de que existo.

—Oh, por Dios, Sallie, oh, no, por favor —susurré, mientras daba unos tambaleantes pasos hacia atrás, alejándome de ella.

—Pensaba decírtelo cuando fuera el momento apropiado. No me gusta tener que decírtelo ahora, pero te vas mañana.

—No me iré. No puedo irme de este modo.

—Quiero que te vayas, Tom. Quiero averiguar lo importante que es esto para mí, si es auténtico o no. Es posible que lo haya hecho simplemente para herirte. No estoy segura.

—¿Puedo preguntar quién es él?

—No. Aún no.

—Te prometo que no cometeré ninguna barbaridad. Por lo menos, no hasta que regrese de Nueva York. Me gustaría saberlo.

—Es el doctor Cleveland.

¡Oh, no! —grité—. ¡Ese pomposo e intolerable gilipollas, no! Por el amor de dios Sallie este tipo va en moto y fuma en una pipa de espuma de mar, una jodida pipa de espuma de mar.

—Es mucho mejor que aquella animadora de segunda categoría con la que tú te enredaste.

—Sabía que me dirías eso. Sabía que aquella insinuante idiota de grandes tetas volvería para acosarme durante el resto de mi vida. Lamento mucho aquel asunto,

Sallie. Te juro que lo siento. Fue una cosa estúpida. Estúpida, estúpida.

—Me dolió más de lo que tú te imaginas.

—Te supliqué que me perdonaras, Sallie. Y te lo suplico ahora. Lo hice, y Dios sabe que he sufrido por ello y que te he prometido de rodillas que jamás volvería a ocurrir.

—Ya no hace falta que mantengas esa promesa, Tom. El doctor Cleveland está enamorado de mí.

—¡Bravo por el doctor Cleveland! ¿Se lo ha dicho el doctor Cleveland a la señora Cleveland, ese triste y bovino pilar de la comunidad?

—Todavía no. Está esperando el momento oportuno. Los dos queremos asegurarnos de nuestros sentimientos. No queremos causar daño a nadie sin necesidad.

—¡Qué espíritu más noble! Quiero preguntarte una cosa, Sallie. Cuando tu avisadorcito portátil suena por la noche para que acudas a una de esas innumerables urgencias triviales que se presentan en el hospital, ¿has ido alguna vez a examinar la pipa de espuma de mar del buen doctor?

—Esta pregunta es ofensiva, Tom, y tú lo sabes.

—Sólo quiero saber si habéis usado en vano el avisador mágico, el más sagrado y detestable símbolo de los médicos gilipollas de Norteamérica.

—¡Sí! —me gritó—. Lo he hecho un par de veces, cuando no había otra solución. Y volvería a hacerlo si no hubiera otra solución.

Sentí un irresistible deseo de golpearla, sentí el espectro de un padre violento que reclamaba su dominio sobre mi sangre, sentí su poderío como una oleada en mi corazón. Apreté los puños y por unos segundos luché con todas mis fuerzas contra el hombre que por mi nacimiento, tenía derecho a ser. Logré controlarme y envié a mi padre nuevamente al exilio. Aflojé los puños. Respiré hondo y exclamé:

—¿Es porque estoy engordando, Sallie? Por favor, dime que es por eso. ¿O quizá es porque empiezo a perder el cabello? Quizá sea porque te he dicho que tengo la polla pequeña. Ya sabes, soy uno de los pocos norteamericanos capaces de admitir que tienen el miembro pequeño. Pero sólo te lo dije porque a ti te preocupaba tener los pechos pequeños.

—Mis pechos no son tan pequeños.

—Tampoco lo es mi pobre y calumniado pene.

El estallido de risa de Sallie me cogió por sorpresa. Había una pureza en su sentido del humor que no lograba controlar ni siquiera en los momentos más graves de su vida. Su risa estaba estrechamente relacionada con su generosidad, y no podía ser reprimida.

—Ya ves, Sallie, todavía hay esperanza. Aún te sigo pareciendo divertido. Y da la casualidad de que me consta que la última vez que Cleveland se rió fue justo después de que Woodrow Wilson saliera elegido presidente.

—Sólo tiene once años más que nosotros.

—¡Ja! Una generación diferente. Detesto a los viejos que van por ahí en moto. Detesto a los jóvenes que van por ahí en moto.

Sallie alzó la nariz, poniéndose a la defensiva. —Es un coleccionista. Solamente le interesan las motos inglesas.

—Ahórrame los detalles, por favor. No me digas que vas a dejarme por un tipo que colecciona pipas de espuma de mar y motocicletas inglesas. Me sentiría mucho mejor si me dejaras por el hombre tatuado del circo o por un enano con un monociclo.

—No he dicho que fuera a dejarte, Tom. He dicho que lo estaba pensando. He encontrado a alguien a quien le parezco maravillosa.

—Eres maravillosa —gemí.

—No sigamos discutiéndolo esta noche, Tom. Me ha costado mucho decírtelo, y te aseguro que no quería aumentar tus preocupaciones.

—¡Ja! —me reí amargamente, pateando una ola—. Una bagatela, querida.

Permanecimos largo rato sin decir nada. Finalmente, Sallie rompió el silencio.

—Me vuelvo a casa, a dar un beso de buenas noches a las niñas. ¿Vienes conmigo?

—Ya iré a besarlas más tarde. Prefiero quedarme aquí un poco más. Tengo mucho en que pensar.

—No sé qué ha pasado —dijo Sallie tiernamente—. No sé qué le ha pasado al luchador con el que me casé.

—Sí —respondí—; sí que lo sabes. Pasó lo de Luke. Me abrazó repentinamente con ansia y me besó en el cuello, pero yo, plenamente poseído de mi dignidad, era en aquellos momentos patriota y guardián del orgullo masculino. Con la rectitud patriarcal del macho desdeñado, no podía devolver su beso ni conceder valor alguno a aquel instante de gracia. Sallie se volvió sin ser besada y echó a andar por la playa en dirección a nuestra casa.

Comencé a trotar por la arena. Al principio era una carrera controlada, paciente, pero pronto empecé a esforzarme más allá de mis límites, a dejarme ir, hasta que terminé precipitándome a todo correr, sudoroso y jadeante. Tal vez castigando mi cuerpo podría pasar por alto el desmoronamiento de mi alma.

Mientras corría, medité sobre la triste decadencia de la carne. Esforzándome por aumentar la velocidad, recordé los tiempos en que había sido el defensa más rápido de Carolina del Sur. Rubio y veloz, salía disparado del fondo del campo al tiempo que los contrarios avanzaban hacia mí en un éxtasis de movimientos que se me antojaban lentos, giraba hacia el asombroso tumulto de la muchedumbre, y entonces agachaba la cabeza y me sorprendía a mí mismo con gestos instintivos que nacían en algún rápido y deleitable rincón de mi interior. Pero en los partidos de la escuela secundaria jamás lloraba mientras corría. En aquellos momentos, en la playa, estaba corriendo desesperadamente, alejándome de una esposa que había tomado un amante porque yo no había sabido ser buen amante para ella, alejándome de una hermana demasiado

rápida con las cuchillas, alejándome de una madre que nunca había comprendido la dramática historia de madres e hijos. Me pregunté si corría para alejarme de esa historia —ese amargo y ofensivo fragmento de la vida norteamericana que era mi propia vida fracasada—, o si estaba corriendo hacia una nueva etapa de ella. Exhausto, sudoroso, disminuí la velocidad. Comencé a andar hacia la casa.



Odiar correctamente a Nueva York es todo un arte. Hasta ahora, como desprestigiador de esa ciudad he sido siempre un peso pluma; hace falta demasiada energía y resistencia para consignar la infinidad de maneras en que me ofende. Si tuviera que enumerarlas todas, llenaría un volumen del tamaño de las páginas amarillas de Manhattan. Y solamente sería el prólogo. Cada vez que me someto a los desaires e indignidades de esa jactanciosa ciudad y me lanzo a la deriva entre sus prodigiosas multitudes, me invade una profunda y enervante sensación de hallarme fuera de lugar, una sensación que mata todas las células codificadas de mi tan costosamente ganada singularidad. La ciudad marca mi alma con un indeleble graffiti obscuro. Hay en ella demasiadas cosas. En todas mis visitas acudo a los muelles a contemplar el fluir del espléndido río Hudson, con el rumor de la ciudad a mi espalda, y sé una cosa que ignoran todos los neoyorquinos con los que he llegado a hablar: que esta isla estuvo en tiempos rodeada de profundos y extraordinarios estuarios y marismas, que toda la compleja civilización de una marisma yace enterrada bajo las losas de las avenidas. No me gustan las ciudades que deshonran a sus propias marismas.

Mi hermana Savannah, naturalmente, rinde a Nueva York una pleitesía, heroica y perversa a la vez, que rivaliza en intensidad con mi desprecio. Hasta los delincuentes callejeros, los drogadictos, los vagabundos alcohólicos y las señoras de las bolsas, todas las almas heridas y desamparadas que tratan de seguir su sombrío camino por entre los incontables millones, constituyen para ella una parte esencial del inefable atractivo de la ciudad. Para ella, son estas destrozadas aves del paraíso que se escabullen por los siniestros callejones las que definen los límites últimos de la ciudad. Para ella, hay belleza en sus angustias. Savannah guarda en su interior una inquebrantable lealtad hacia todos esos veteranos heridos que sobreviven a Nueva York en los bordes de la sociedad, sin ley y sin esperanza, maestros en las artes negras. A sus ojos, son el teatro de la ciudad. Ha escrito acerca de ellos en sus poemas, ha aprendido algo de sus artes negras y conoce bien su desolado territorio.

Savannah supo que quería ser una neoyorquina mucho antes de saber que quería escribir poesía. Era uno de esos sureños que desde muy temprana edad se dan cuenta de que el Sur jamás podrá ser para ellos otra cosa sino una fragante prisión administrada por un grupo de amorosos pero traicioneros parientes.

Cuando tenía quince años, mi abuela le regaló por Navidad una suscripción a The New Yorker. Todas las semanas esperaba, anhelante, que le llegara su ejemplar de la revista, y luego se pasaba horas enteras riéndose con las tiras cómicas. Más tarde, nuestro hermano Luke y yo examinábamos incrédulamente las mismas tiras cómicas,

esperando que los chistes produjeran su efecto. Cosas que hacían que en Nueva York se desternillaran de risa y se dieran palmadas en los muslos resultaban completamente incomprensibles para mí en Colleton, Carolina del Sur. Era un arcano impenetrable, una especie de escritura cuneiforme del ingenio, y cuando le preguntaba a Savannah qué diablos le parecía tan gracioso, ella se limitaba a suspirar profundamente y zanjaba el asunto con alguna réplica mordaz sacada de una revista anterior.

Llamaría a Savannah, que se veía a sí misma como una *knit keibocker* exiliada y marginada de su ciudad por la humillación de haber nacido en Carolina del Sur, resulta comprensible que yo odiara a Nueva York desde mucho antes y cruzar por primera vez sus gloriosos ríos.

Savannah abandonó Carolina del Sur, largándose hacia los «*boroughs*», poco después de que nos graduáramos en la escuela secundaria de Colleton. Lo hizo contra los deseos de nuestros padres, pero sin pedir su permiso ni consultar su opinión. Tenía una vida ante ella e ideas muy claras acerca de cómo vivirla, y no necesitaba los consejos de un pescador de camarones y su mujer, que habían elegido vivir junto a un canal interior de Carolina del Sur. Sabía intuitivamente que era una chica de ciudad y que ya había aprendido todo lo que necesitaba o deseaba saber sobre la vida en una pequeña población. Con Nueva York, había elegido una ciudad que le exigiría toda una vida de vigilancia y estudio, una ciudad digna de su talento.

Desde el primer día quedó enamorada de todo: el ritmo, la lucha, el infranqueable río de ideas y humanidad, el arrobamiento y la majestad del esfuerzo para domeñar la ciudad, amasándola, convertirla en algo personal y no tan formidable. Savannah se adaptó a la ciudad en los términos de ésta. Se hizo coleccionista y archivera de experiencias genuinamente neoyorquinas si algo era originario de Nueva York, si tenía la autenticidad y el sello de aprobación de Manhattan, ella lo adoptaba con el fervor de una tatequista. Desde el principio se mostró lírica en su defensa de la grandeza esencial de Nueva York, que ella consideraba innegable y fuera de toda discusión. Yo la negaba y se la discutía obsesivamente.

—Nunca has vivido aquí. No tienes ningún derecho a opinar —señaló alegremente Savannah cuando Luke y yo la visitamos en Nueva York por primera vez.

—Tampoco he vivido en Pekín —repliqué—, pero apuesto a que está llena de hombrecitos amarillos.

—Tienen que ser los gases de todos estos coches Savannah —observó Luke, contemplando el tráfico de hora punta, que avanzaba lentamente hacia los puentes—. Destruyen las células cerebrales. Y cuando ya te has quedado sin células cerebrales, empieza a gustarte este agujero de mierda.

—Tenéis que darle una oportunidad, borricos. En cuanto cojáis la fiebre de Nueva York, ningún otro lugar os parecerá bastante bueno. Sentid la energía de esta ciudad. Cerrad los ojos y dejad que os inunde.

Luke y yo cerramos los ojos.

—Eso no es energía —objetó Luke—. Es ruido.

—Para ti es ruido —respondió ella, sonriendo—: para mí, energía.

En los primeros días se ganaba la vida trabajando de camarera en un restaurante vegetariano del West Village. También se matriculó en la New York School, siguiendo las clases que le interesaban y prescindiendo de las que no. Alquiló un apartamento barato, de renta limitada, en Grove Street, cerca de Sheridan Square, y lo decoró con gran encanto. Allí se enfrentaba a solas con los misterios y las sutilezas del lenguaje, y allí comenzó a escribir los poemas que la hicieron famosa en un selecto círculo antes de los veinticinco años. Mis padres la dejaron en el tren del norte de mala gana y entre apocalípticas profecías, afirmando privadamente ante sus hijos que Savannah no aguantaría ni un mes en la gran ciudad. Pero ella supo adaptarse a los ritmos de Nueva York. «Estar en Nueva York es como vivir en una tira cómica de *The New Yorker*», nos escribió en su primera carta, y todos nos apresuramos a examinar los ejemplares atrasados de la revista favorita de Savannah, intentando traducir las bromas privadas que los ocho millones se gastaban entre sí para hacernos una idea de lo que debía de ser la vida de nuestra hermana juzgando por las tiras cómicas, supusimos que los neoyorquinos intercambiaban muchos comentarios inteligentes, pero oscuros, en íntimas cenas amicales. Mi padre, ignorando las tiras cómicas, estudió los anuncios y preguntó en voz alta al resto de la familia:

—¿Pero quién es esta gente, a fin de cuentas? Cuando Random House editó en 1972 el primer libro de poemas de Savannah, Luke y yo fuimos en coche a Nueva York para asistir a las fiestas y lecturas que acompañaron a su presentación. Savannah y yo nos sentamos bajo sus plantas colgantes, junto a su bonito escritorio, y ella me dedicó un ejemplar de *La hija del camaronero* mientras Luke trataba de encontrar un lugar seguro para dejar aparcado el automóvil durante la noche. Savannah abrió el volumen por la página autografiada y contempló mi rostro mientras yo leía: «Para mi hermano, Tom Wingo, cuyo amor y devoción han hecho que el camino valiera la pena. Enhorabuena, mi fabuloso gemelo». Mis ojos se inundaron de lágrimas cuando leí esta dedicatoria, y me pregunté cómo era posible que hubiera surgido alguna poesía de nuestra infancia.

—Los defensas no lloran —dijo ella, abrazándome.

—Este sí —contesté. A continuación me enseñó el último ejemplar de *The New Yorker*, del 7 de marzo de 1972, en cuya página 37 aparecía publicado el poema que daba título al libro de Savannah. Estábamos los dos aullando de entusiasmo cuando Luke llegó al apartamento. Entonces fue Luke quien empezó a aullar. Abrió la ventana, saltó ágilmente a la escalera de incendios y gritó a todos los transeúntes y vecinos de Grove Street:

—¡Mi hermana pequeña sale en *The New Yorker*, yanquis de mierda!

Aquella misma noche asistimos a su primer recital de importancia, que se celebraba en una iglesia anglicana desconsagrada, en el West Village. Lo organizaba

la Unión de Mujeres para Acabar con los Penes, o algún otro de esos grupúsculos de maníacos hacia los que Savannah había gravitado. Las primeras y más queridas amigas de Savannah en el Village pertenecían a un grupo de estudios feministas, y todas conocían de memoria a Virginia Woolf, usaban cinturones negros, levantaban pesas para desarrollar su musculatura y dedicaban los fines de semana festivos a vaciar los bares de obreros portuarios.

—Alinien defensas —susurró Luke cuando nos acercamos a la escasamente iluminada iglesia y divisamos la hosca falange de guerreras que desplegadas en abanico por el vestíbulo posterior, recogían las entradas. Tenían todo el aspecto de pasarse el tiempo leyendo a Safo y bebiendo sangre de mosca. Pero vivíamos un momento extraño en la historia de los sexos, y Savannah nos había enseñado a Luke y a mí a pasar cautelosamente ante los robustos puños de las Camisas Pardas del movimiento de liberación de la mujer. La propia Savannah estaba atravesando una fase de militancia política, y en algunas ocasiones la presencia de sus corpulentos hermanos sureños le resultaba embarazosa. Nos explicó la forma de parecer andróginos y benignos, y aprendimos a caminar arrastrando obsequiosamente los pies cuando nos veíamos rodeados por sus amistades más hostiles. Ante aquel terrorífico grupo, fingimos un estado de carencia de pene que suponíamos aliviaría la inquietud de Savannah por nuestro encuentro con sus amigas.

—Todas ellas han sido dañadas por algún macho —nos había explicado Savannah—. Sobre todo, por sus padres y hermanos. No os dais cuenta de lo duro que resulta ser mujer en los Estados Unidos.

A juzgar por el aspecto de las encargadas de recoger las entradas, tenía que ser durísimo, ciertamente. Pero éstos eran sólo fugitivos pensamientos íntimos del tipo que habíamos aprendido a no expresar nunca en voz alta delante de Savannah, que no dudaba en imprecarnos a gritos si le parecíamos insensibles a su nueva filosofía o demasiado empedernidamente masculinos en nuestros pronunciamientos. Nuestra masculinidad irradiaba inconscientemente en el mundo de Savannah y nos causaba grandes preocupaciones, pues por entonces éramos demasiado lerdos y demasiado inocentes para comprender la naturaleza del problema de mi hermana con el mundo de los hombres.

Al ir a entrar en la iglesia, Luke cometió el impensado error de cederle el paso a una bonita mujer de aspecto profesoral que venía detrás de nosotros. Como muchachos sureños, estábamos vacunados con el untuoso suero de una instintiva cortesía, y en aquella época nos habría resultado impensable a cualquiera de los dos no cederle el paso a una señora. La señora, empero, reaccionaba a distintos sueros. Con movimientos asombrosamente rápidos, cogió a Luke por el cuello y clavó dos largas y afiladas uñas bajo los globos de sus ojos.

—Vuelve a hacer eso, desgraciado, y te sacaré los ojos —le aseguro.

Luke respondió con suavidad, por respeto hacia aquellas amenazadoras uñas.

Le prometo, señora, que no volveré a ceder el paso a ninguna dama mientras esté

en Nueva York.

—Se dice mujer, desgraciado —siseó ella—. Mujer, no dama.

Luke, y la mujer, soltando su presa, entró triunfalmente en la iglesia.

Flotándose la garganta, Luke la siguió con la mirada hasta que se perdió en la muchedumbre. Entonces comentó en un susurro:

—No le cederé más el paso a ningún oso pardo en esta ciudad, Tom. Supongo que no sabía que soy un veterano del Vietnam.

—Tampoco parece que le importara un pimiento, muchacho.

—Pero hemos aprendido algo, Tom. Cuando se abre una puerta, hay que echar a correr y apartar a los demás a patadas. Así es como se hace en Nueva York.

Cuando apareció Savannah, la iglesia estaba casi llena. Su presentación corría a cargo de un barbudo y arrogante varón ataviado con un poncho, boina y sandalias de cuero. Según el programa, era uno de los principales portavoces de la New York School e impartía un curso titulado «Poesía, revolución y orgasmo» en el Hunter College. Me cayó mal a primera vista, pero no tardé en cambiar de opinión sobre él al advertir que su presentación de Savannah era cálida y generosa. Se refirió a la historia personal de Savannah: su niñez en la isla; su padre, capitán de barco; su madre, belleza rural; el tigre de la familia; el abuelo peluquero que, además, vendía biblias, y la abuela que visitaba el cementerio de Colleton para enfrascarse en largos soliloquios ante los parientes muertos. A continuación elogió su obra, el apasionado lirismo de sus himnos a la naturaleza, su virtuosismo técnico y su celebración del espíritu femenino. Todo ello, concluyó, resultaba asombroso en la obra de una mujer que había pasado la mayor parte de su vida en una isla costera del sur de los Estados Unidos. Y dicho esto, cedió su lugar a Savannah.

Los aplausos fueron sosegados y corteses, excepto un aullido rebelde, capaz de helar la sangre, que Luke lanzó espontáneamente cuando vio a su hermana pequeña alzarse en la iglesia como una llamarada, rubia, tímida y etérea, con el cabello sobriamente cepillado hacia atrás y, aun así, cayéndole en abundantes oleadas sobre los hombros.

La voz de mi hermana siempre me ha emocionado. Clara y suave, es una voz sin estaciones, como campanadas sobre una ciudad de verdor o como una capa de nieve sobre las raíces de las orquídeas. Su voz es algo floreciente, un enemigo de la tormenta, la oscuridad y el invierno. Pronunciaba todas las palabras con mucho cuidado, como si estuviera saboreando una fruta. Las palabras de sus poemas eran un huerto privado y lleno de fragancias.

Pero al principio casi no alcanzaba a oírla, y comprendí que la intimidaba su auditorio. No obstante, el lenguaje fue arrastrándola gradualmente —su lenguaje, sus poemas—, y su voz fue cobrando fuerza y seguridad. Y cuando lo hizo, Savannah Wingo se apoderó del público y aquel público neoyorquino culto, endurecido por la ciudad y ya de vuelta de todo, y se lo metió en el bolsillo. Yo me sabía de memoria todos sus poemas y mis labios se movieron al unísono con los suyos, recitando las

historias de nuestra vida al tiempo que las recitaba ella. Y sentí cómo el poder sobrenatural de la poesía subyugaba a los asistentes mientras la voz de Savannah se elevaba hacia la galera del coro, hacia las resplandecientes almenas del Empire State Building, hacia las estrellas que brillaban sobre el Hudson, llevándonos a todos a las tierras bajas de Carolina del Sur donde aquella hermosa hermana había nacido para el pesar y la tristeza; donde todos aquellos reunidos en fragmentos e imágenes, habían crecido en la oscuridad como cortantes pedazos de coral, esperando la anunciación de la poetisa, esperando aquella noche y el suspiro colectivo de aquel público, mientras ella compartía los poemas de su corazón haciendo que el lenguaje cantara y sangrara al mismo tiempo.

Hacia la, mitad del recital, Savannah alzó la vista y examinó a su público. Nos vio a Luke y a mí sentados en, la fila, con aquellas corbatas y chaquetas que nos hacían destacar de los demás. Sonrió y nos saludó con la mano, y Luke, provocando las risas del público, le gritó:

—¡Eh, Savannah! Lo estás haciendo muy bien, cariño.

—Mis dos hermanos, Luke y Tom, han venido desde Carolina del Sur para asistir a esta lectura, y me gustaría dedicarles el próximo poema.

La mujer que había amenazado con arrancarle los ojos a Luke estaba sentada en el banco inmediatamente anterior al nuestro, algo más a la izquierda, pero no nos dimos cuenta hasta que Savannah nos hizo poner en pie para que el público pudiera vernos. Hubo un aplauso contenido, pero bastante prolongado. Luke alzó ambas manos sobre su cabeza para saludar a la concurrencia, y luego se volvió hacia la mujer y la increpó:

—Te habías creído que era un don nadie, ¿verdad, mierdosa?

Tiré de su chaqueta para que volviera a sentarle y le advertí.

—Procura protegerte los ojos cuando insultes, a esa mujer, o tendremos que comprar un perro lazarillo.

La voz de Savannah nos absorbió de nuevo. Estuvo leyendo durante más de una hora, y todos sus poemas entretejían una historia. En una familia pobre de Carolina del Sur había nacido una chiquilla que creció descalza y bronceada en las marismas de Colleton, aprendió a medir el paso de las estaciones por las migraciones de los ánades y los camarones, se aferró a la luz de su intrínseca e innombrable singularidad, alimentó esa luz, cultivó su voluntad de ser distinta y sintió que en su interior despertaba el lenguaje mientras oía a los búhos en el alero del cobertizo y el canto de las boyas en el canal. Y entonces el mundo la golpeó, como es su costumbre, y la chiquilla, triste y desarmada, dio comienzo a su contienda contra toda la crueldad y el salvajismo de ese mundo. En los últimos poemas, Savannah habló de sus ataques, sus demonios, su locura. Habló de ello con voz atónita y respetuosa; y con una tristeza que rompía el corazón. Pero incluso sus demonios estaban investidos de una belleza desmesurada, consagrados con la dignidad de su atención. No había gárgolas en su obra, únicamente ángeles desfigurados que sollozaban por su hogar. Todo era

nuevo para Nueva York, pero no lo era para Luke y para mí. Habíamos sido testigos de la creación. En nuestro hogar, junto al río, habíamos visto crecer a una poeta.

Mientras escuchaba la lectura del último poema pensé en un sueño que había tenido con alguna frecuencia en el cual Savannah y yo flotábamos lado a lado dentro del útero, en el mar interior de nuestra madre: corazones que se formaban juntos, dedos que se movían, la paciente coloración azul de cuatro ojos sin visión, los cabellos rubios agitándose como hierbas submarinas, los cerebros a medio formar que ya notaban la presencia del otro y obtenían consuelo de aquella comunión sin nombre surgida entre los dos antes del nacimiento. En aquella vida antes de la vida, en el útero sin aliento y en la seguridad sin palabras, de las corrientes sanguíneas, yo soñaba que algo muy especial se producía en nosotros; que existía un instante de visión divina conocida únicamente por los gemelos, un instante de reconocimiento en el que, tras un giro que tardaba semanas en completarse, ambos nos dábamos la cara y ella me decía «Hola, Tom», y yo, que acabaría acostumbrado a los milagros, que siempre habría de creer en la magia, exclamaría «Hola, Savannah», y en seguida ambos comenzaríamos la espera, feliz y trascendente de nuestro nacimiento, para poder así emprender el diálogo que había de durar toda la vida. Fue en la oscuridad cuando por vez primera percibí la luz de mi hermana. Lo que no sabía entonces era cuánta oscuridad habría de acompañarla a lo largo del camino. Creo en el lazo de los géminis, en la perfecta y sobrehumana interrelación de los mellizos.

Cuando Savannah hubo terminado, el público, puesto en pie, le dedicó una atronadora ovación que se prolongó varios minutos. Tuve que argüir precipitadamente para que Luke saliera corriendo hacia ella y la pasara en hombros por el pasillo central de la iglesia. Finalmente, se rehusó en honor de su hermana. Yo, seguro en mi papel de sentimental de la familia, me agaché entre los bancos para anudarme el cordón del zapato y aproveché para enjugarme unas lágrimas con la corbata.

En adelante, siempre nos alegramos de haber estado presentes aquella tarde de marzo en que Savannah hizo su aparición en la subcultura del mundillo poético de Nueva York. Mucho de lo que esa ciudad tiene de perfectamente maravilloso estuvo contenido en aquella noche. Después de cenar en la Coach House, permanecimos levantados hasta tarde, contemplando el paso de la luna sobre el horizonte de la ciudad, encendidos por el triunfo de Savannah, conversando y bebiendo con sus amistades, excitados por lo fácil y predestinado que parecía todo, asombrados de que una chica de Carolina del Sur pudiera comunicar un mensaje capaz de iluminar el corazón de aquella gente nacida de la piedra.

Si me hubiera marchado a la mañana siguiente, es muy posible que hubiese terminado amando la ciudad, Pero Luke y yo prolongamos nuestra estancia, y Savannah quiso mostrarnos por qué amaba tanto a Nueva York y por qué jamás podría volver al Sur con nosotros. Así pues, fuimos de compras a Macy's, asistimos a un partido de los Yankees, hicimos el recorrido completo de la Circle Line y

almorzarnos al aire libre en lo alto del Empire, State Building. Savannah nos adiestró bien en todas las actividades placenteras que definían el estilo de vida de Nueva York. Pero había otras definiciones de la ciudad, oscuras e impredecibles, que ella no tuvo en cuenta mientras nos conducía por Manhattan a marchas forzadas.

Fue en la calle Doce, Oeste, en el Village, donde recibimos una impresión más traicionera, pero no menos definitiva de la urbe. Bastante más abajo, en la misma calle, vimos a una anciana que bajaba con grandes esfuerzos la escalera de su vivienda, deteniéndose en cada peldaño para esperar al senil perrito de lanas que la seguía, un caniche que a duras penas podía caminar. El lento descenso de la mujer y el perro tenía una imperturbable dignidad. El caniche y la señora eran de un color semejante y su respectiva forma de andar revelaba que habían envejecido armoniosamente, adquiriendo un idéntico y pronunciado cojeo. Cuando la anciana llegó a la acera no advirtió al individuo que apareció repentinamente a su espalda y nosotros no tuvimos tiempo de gritarle una advertencia. Era un tipo rápido y profesional, y sabía exactamente lo que quería. Le arrancó los pendientes de oro de sus perforadas orejas, haciéndola caer de rodillas y desgarrándole ambos lóbulos mientras se desplomaba sobre la acera. Inmediatamente cogió la cadena de oro que rodeaba su cuello y tiró de ella violentamente hasta que se rompió. La mujer, sangrando por las orejas, comenzó a chillar. El hombre le pegó un puñetazo en la cara y puso fin a sus gritos. A continuación, se alejó de la anciana con estudiada despreocupación, tranquilamente, sin apresurarse. Pero había cometido un grave error táctico. Su ruta de escape le llevaba directamente hacia los hermanos Wingo de Carolina del Sur.

Nuestra educación sureña adolecía de muchos defectos lamentables pero no nos dejaba dudas en cuanto a la forma de tratar a los jóvenes que desgarran los lóbulos de las ancianitas que sacan a pasear su caniche. Cuando vio que nos adelantábamos a cortarle el paso y oyó que Savannah soplaba con todas sus fuerzas un silbato de la policía, el individuo cruzó la calle y echó a correr. Luke, avanzando rápidamente con el cuerpo encogido, se dirigió hacia él mientras yo interceptaba su línea de retirada. A mi espalda oí el ruido de una botella al romperse. El asaltante sacó una navaja y oí el leve chasquido y vi el destello de la hoja mientras me acercaba.

—¡Voy a rajarte, cabrón! —gritó el asaltante, que se volvió y se abalanzó sobre mí esgrimiendo la navaja. Me detuve en seco en mitad de la calle, y quitándome el cinturón con un solo movimiento lo enrollé en torno a mi muñeca hasta dejar únicamente un palmo y medio de correa con la hebilla en la punta. El hombre saltó sobre mí con la intención de hundirme la navaja en el cuello, pero di un paso atrás y le azoté el rostro con el cinturón. La hebilla chocó contra su pómulo y le abrió una brecha por debajo del ojo. Lanzó un grito, soltó el cuchillo y me miró con rabia, y justo entonces fue arrollado por la impetuosa carga lateral de un jugador de fútbol de escuela secundaria, genuinamente norteamericano, que chocó contra la espina dorsal del asaltante y le hizo caer de bruces sobre la capota de un Thunderbird. Luke asió los



cabellos del hombre con una mano y con la otra le aplicó un golpe en la nuca que le aplastó la nariz contra el automóvil, abollando la carrocería. Y entonces nos envolvió una ruidosa multitud de vociferantes vecinos y vigilantes caninos que comenzaron a golpear al delincuente con sus armas mientras expresaban a las claras sus deseos de descuartizarlo antes de que llegara la policía. Savannah sostenía el filo de una botella de Coca-Cola rota sobre su yugular. A lo lejos se oían las sirenas de la policía. La anciana, atendida por sus vecinos, lloriqueaba en la escalinata de entrada de su edificio, mientras el caniche le lamía sus ensangrentadas orejas.

—Bonita ciudad tienes aquí, Savannah —comentó Luke, propinándole un nuevo golpe al asaltante—. Bonita ciudad de mierda.

—Esto puede ocurrir en cualquier parte —replicó Savannah, a la defensiva—. A pesar de todo, Nueva York sigue siendo la mejor ciudad de la historia del mundo. Pregúntale a esa señora si es la mejor ciudad del mundo.

Pero Nueva York jamás deja de poner a prueba a sus devotos y a sus habitantes. La ciudad posee una infinita variedad de aspectos de lo horroroso y lo sublime, y en cada esquina puede verse un millar de facetas. Hay en ella demasiadas historias y demasiados extraños. Durante aquella larga y memorable semana, Savannah y yo no logramos impedir que Luke prestara su ayuda a todos los vagabundos alcohólicos con que se cruzaba. Luke era constitucionalmente incapaz de ignorar a aquellos indefensos y míseros desconocidos que encontraba acurrucados en los umbrales, apestando a vómitos y a vino barato. Les obligaba a ponerse en pie, los limpiaba, les endilgaba un sermón exhortándolos a cuidar mejor de su cuerpo. Y finalmente, les deslizaba un dólar en el bolsillo, que, según le aseguró Savannah, se convertiría en otra botella de vino en cuanto la luz del sol los despertara y encontraran el billete milagroso.

—Son completamente felices así —le explicó Savannah—. Me lo dijo un policía al poco de llegar aquí, cuando traté de ayudar a uno de ellos.

Pero Luke no se dejó convencer y siguió prestando su asistencia a todos los borrachos que veía, hasta que un día, en un pequeño parque de la Séptima Avenida, halló a un adolescente tendido en un banco de madera que no respondió en absoluto a sus bienintencionados manejos. Cuando Luke le dio la vuelta, los tres advertimos que la rigidez cadavérica se había instaurado horas antes. En un bolsillo de la chaqueta llevaba una jeringuilla hipodérmica y un permiso de conducir en él que figuraba una dirección de Raleigh, Carolina del Norte.

—Es completamente feliz así, Savannah —dijo Luke mientras los de la ambulancia retiraban el cuerpo.

Aquel adolescente obsesionó a Luke, porque era sureño, y a Luke le parecía impensable que ningún sureño pudiera florecer entre los ríos Hudson y East después de haberse criado en las dulces y benignas regiones del Sur. Luke consideraba que un sureño tenía que cambiar demasiado radicalmente para poder convertirse en neoyorquino. Nos expuso esta nueva teoría a Savannah y a mí cierta mañana,

mientras desayunábamos croasanes y café con leche.

—Es como si una trucha quisiera convertirse en tranvía, Savannah —explicó Luke, agitando su croasan hacia ella—, no entra en el orden de las cosas. Ya lo verás. Puedes fingir que eres una neoyorquina, pero en realidad eres sureña hasta la medula. Eso es algo que no se quita.

—Mi hermano, el filósofo de la clase obrera —comentó Savannah, volviendo a llenar las tazas.

—No me importa ser de la clase obrera —replicó Luke—. Lo único que tienen de malo los obreros es que odian a los negros, entre otras muchas cosas. Yo no odio a nadie. Excepto a los neoyorquinos. Estoy aprendiendo a odiar a estos ocho millones de cabrones, porque permiten que los chiquillos se acurruquen a morir en los bancos y los viejos se pudran en los portales. No puedo entender qué clase de gente son.

—¿No te gustan mis amistades, Luke?

—Están bien, Savannah. No es que sean nada extraordinario, pero están bien. Quiero ser totalmente sincero. Me he fijado en la forma en que nos miran a Tom y a mí. Quiero decir que hasta les sorprendió que supiéramos hablar, viniendo de Carolina y todo eso. El gilipollas que hizo tu presentación en el recital se echaba a reír cada vez que yo abría la boca.

—Le gustaba tu acento sureño. Me lo dijo luego. Dijo que era como estar viendo una película.

—Nada de películas. Estaba hablando con Luke Wingo. Estoy seguro de que los únicos peces que ese tipo ha cogido en su vida son los que están envueltos y congelados en el supermercado.

—Es un poeta y un intelectual, Luke —protestó Savannah, cada vez más exasperada—. No tiene por qué ir a pescar.

—Tampoco tiene por qué reírse de los que van a pescar. Además, ¿qué le pasa al tipo ese? Movía todo el rato las manos de un modo muy extraño.

—Es homosexual, Luke. Muchos de mis amigos lo son.

—¿En serio? —preguntó Luke, tras un incómodo silencio—. ¿Es un tío que lo hace con otros tíos?

—Exactamente.

—¿Por qué no me lo habías dicho, Savannah? —exclamó Luke, excitado—. Eso le hace mucho más interesante. Había oído decir que aquí hay muchos tipos de éstos, pero nunca había imaginado que llegaría a ver uno. Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas, ¿sabes?, preguntas científicas. Hay algunas cosas que no logro entender acerca de este asunto, y él habría podido explicármelas en un momento.

—Gracias a Dios —intervine— que no se te ocurrió decírselo, Savannah.

—Se trata de una cuestión íntima, Luke —le hizo notar Savannah.

—¡Íntima! A ese tipo le importa un pimiento la intimidad.

—¿Y tú cómo lo sabes, Luke?

—Sólo hay que fijarse dónde vive. En la maldita ciudad de Nueva York. Una

persona que aprecie su intimidad nunca estará dispuesta a vivir aquí.

—Ahí es donde te equivocas, Luke. Alguien que quiera tener auténtica intimidad vendrá siempre a vivir a Nueva York. Puedes follar con orangutanes o con periquitos, que a nadie se le ocurrirá decir nada.

—Bueno, si alguna vez me da por joder con periquitos o con una hogaza de Sunbeam, ya te pediré que me busques un apartamento por aquí, hermanita. Allá en Colleton no estaría muy bien visto, tienes razón. Lo único que te pido es que no olvides tus orígenes, Savannah. No quiero que te vuelvas como esta gente.

—Odio mis orígenes, Luke. Precisamente por eso he venido a Nueva York, para escapar a mi pasado. Adoro Nueva York porque no me recuerda para nada a Colleton. Nada de lo que veo aquí, absolutamente nada, me trae recuerdos de la infancia.

—¿Y Luke y yo? ¿Te recordamos la infancia? —pregunté, dolido.

—Vosotros me recordáis la parte buena de mi niñez —respondió con acento de sinceridad.

—Entonces, vamos a emborracharnos y a comer.

—Eso no cambiará el pasado —objetó ella—. ¿Qué haces tú con tu pasado? ¿Por qué no te ha afectado tanto como a Mí?

—No pienso nunca en él, Savannah —dije—. Hago ver que no existió.

—Ya ha terminado, querida —añadió Luke—. Y sobrevivimos. Además ahora somos adultos y tenemos que pensar en el resto de nuestra vida.

—Mientras no resuelva el pasado, no seré capaz de pensar en el resto de mi vida. Estoy jodida, Luke y Tom. Veo cosas. Oigo cosas. Sin cesar. No hablo de esto en mis poemas, pero he estado yendo al psiquiatra desde que llegué a Nueva York.

—¿Qué clase de cosas ves y oyes? —quise saber.

—Os lo diré antes de que os vayáis, os lo prometo. Pero ahora no quiero decíroslo.

—Eso es de comer mierdas como ésta —afirmó Luke, concentrando en el marchito croasan todo el desdén que sentía por la ciudad—. Tu constitución no está acostumbrada. Mientras estuve en Vietnam, tuve diarrea constantemente por culpa de aquella comida oriental.

—Por favor, Luke, ¡cállate! —le rogué—. Está hablando de una enfermedad mental, no de diarrea.

—¿Y cómo sabes tú que la enfermedad mental no es una especie de diarrea del cerebro, espabilado? Algo se descontrola por dentro, y el cuerpo tiene mil formas distintas de avisarte de que algo anda mal. El cuerpo tiene su integridad, y hay que hacerle caso.

Durante la última noche de nuestra estancia en Nueva York me despertó una voz que procedía del cuarto de Savannah. Luke y yo dormíamos en el suelo de la sala de estar, iluminada por una farola de la calle cuya luz se filtraba tenuemente a través de la niebla. Presté atención y oí la voz de mi hermana, aterrorizada e irreal, hablando de nuevo con los seres ocultos. Me levanté, fui hasta su puerta y llamé quedamente. No

hubo respuesta, de modo que abrí y pasé al interior.

Savannah estaba sentada en la cama, dirigiéndose a algo invisible ante la pared opuesta. No pareció verme, ni siquiera cuando entré en su línea de visión. Le temblaban los labios y un hilo de saliva caía de su boca. Escuché lo que decía.

—No. No haré lo que me pides. Ni siquiera por ti. Mucho menos por ti. No ahora. Por favor, déjame. No vuelvas. No te dejaré entrar nunca más en mi casa. Tengo trabajo que hacer y no puedo trabajar con tu voz en mi casa.

Me acerqué a ella y la toqué en el hombro.

—Savannah —dije—, ¿qué te pasa?

—Han vuelto otra vez, Tom. Siempre vuelven.

—¿Quién ha vuelto? —inquirí, sentándome en la cama a su lado y enjugándole los labios con la sábana.

—Los que quieren hacerme daño. Los veo, Tom. ¿Puedes verlos tú?

—¿Dónde están, cariño?

—Junto a la pared. Y allí, al lado de la ventana. Los veo perfectamente, Tom. Tú no me pareces real, pero ellos sí. ¿No los oyes? ¿No oyes cómo me gritan? Va a ser duro, Tom. Va a ser otra vez muy duro. Tengo que luchar o se quedan mucho tiempo.

—Me hacen daño. No quieren irse. No quieren escucharme.

—¿Quiénes son, Savannah? Dime quiénes son.

Allí. —Señaló hacia la pared—. Están colgando de la pared. Tú no los ves, ¿verdad?

—Es sólo una pared, Savannah. Allí no hay nada más, querida. Sólo es una alucinación. No es real, te lo prometo.

—Real. Horriblemente real. Más real que tú y que yo. Me hablan. Me gritan. Dicen cosas horribles. Cosas espantosas.

—¿Qué aspecto tienen? Dime qué aspecto tienen, para que pueda ayudarte.

—Allí. —Extendió un dedo hacia la pared. Su cuerpo, apoyado sobre el mío, temblaba violentamente—. Ángeles. Linchados. Colgando de la pared. Docenas de ángeles. Les sangran los genitales. Me gritan. Háblame, Tom. Por favor, Tom, háblame y hazlos callar.

—Estoy hablando, Savannah. Escúchame. Esos ángeles sólo existen en tu mente. No están aquí, en esta habitación, ni en este mundo. Sólo viven dentro de ti. Tienes que repetírtelo, tienes que creerlo, y entonces podrás enfrentarte a ellos. Lo sé. Recuerda que ya he visto esto antes. Puedes expulsarlos. Pero has de tener paciencia, porque lleva su tiempo.

—¿Qué pasó aquél día en casa, Tom?

—No pienses en eso, Savannah. No pasó nada. Sólo lo imaginas.

—Están aquí, Tom, junto a la puerta. Se desabrochan los cinturones y no dejan de gritar. Sus rostros son calaveras. Gritan. Y el tigre también grita. No soporto sus gritos. Dime que son imaginaciones, Tom. Necesito oír tu voz. Están cagándose y gimiendo y aullando.

—¿Cuándo has empezado a oír estas voces, Savannah? —pregunté, alarmado—. Antes sólo veías cosas. ¿Estás segura de que las oyes?

—Ya están aquí los perros. Los perros negros. Negros y flacos. Con voz humana. Cuando llegan los perros negros, todos los demás se callan. Los ángeles quedan en silencio. El tigre los respeta. Los doberman dominan el mundo oscuro, Tom. Cuando llegan, es lo peor de todo. Me harán daño, Tom.

—Nada te hará daño, Savannah. Estoy aquí. No consentiré que nada te haga daño. Si algo se te acerca, lo mataré. Soy bastante fuerte para matarlo, y te prometo que lo haré. ¿Me oyes? Siento muchísimo que esto te ocurra a ti, cariño. Ojalá me ocurriera a mí. Si fuera yo, limpiaría este cuarto de tigres y de perros y de ángeles. Lo destruiría todo, y los dos estaríamos a salvo.

—No sabes lo que se siente cuando ves llegar estas cosas, Tom. Cuesta tanto librarse de ellas... Es tan difícil luchar contra ellas... Y siempre vienen para hacerme daño.

—Explícame lo que son. Por favor, dime qué son y de dónde vienen. No puedo ayudarte si no las entiendo, Savannah. Yo nunca he tenido alucinaciones. ¿Son una especie de sueños o pesadillas?

—Peor. Oh, muchísimo peores, Tom. Pero en cierto modo son lo mismo. Sólo que estás despierto y sabes que estás despierto y sabes que vienen porque estás débil y enfermo y no tienes fuerza para expulsarlos. Vienen cuando olfatean tu debilidad, cuando olfatean tu voluntad de morir. Y debes luchar contra ellos, pero no tienes fuerzas. Son demasiados. Millares. No se pueden contar. Intento ocultarlo. Sobre todo, intento ocultároslo a ti y a Luke. Intento hacer ver que no existen. Pero esta noche han venido a mí. Cuando paseábamos por la niebla. Veía ángeles colgados en todas las farolas. Al principio estaban callados; pero mientras seguíamos caminando han empezado a gemir y a multiplicarse, y al final estaban colgando de todas las ventanas, sangrando. Siempre vienen para hacerme daño. Hace semanas que sabía que iban a venir. No habría tenido que dar ese recital. Me ha costado demasiado esfuerzo. Me he quedado sin fuerzas para enfrentarme a ellos.

—Yo tengo fuerza. Toda la que hace falta para luchar contra ellos. Dime qué he de hacer. Dime cómo puedo ayudarte. Yo no puedo verlos ni oírlos. Para mí no son reales, y no puedo entender por qué son tan reales para ti.

—Ahora se ríen de mí porque estoy hablando contigo, Tom. Se ríen. Todos. El doberman está diciendo: «No puede ayudarte. Nadie puede. Nadie es capaz de salvarte de nosotros. Nadie en todo el mundo. Nadie puede tocarnos. Nadie cree que seamos reales, porque te pertenecemos únicamente a ti. Hemos venido otra vez a por ti. Y vendremos otra vez. Y otra. Hasta que vengas con nosotros. Te queremos con nosotros».

—No los escuches, Savannah. Es tu enfermedad la que habla. No es real. Es la forma en que la enfermedad sale a la superficie. Se presenta en estas horribles imágenes. Pero yo sí que estoy aquí. Puedes oírme. Puedes tocarme. ¿Notas mi

contacto? Esto es real. Soy yo, Savannah. Mi voz te ama.

Se volvió hacia mí. El sudor corría por su rostro, y en sus ojos había dolor y desconsuelo.

—No, Tom. No puedo fiarme de tu voz.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque ellos usan todas las voces. ¿Te acuerdas de la primera vez que me corté?

—Naturalmente.

—Aquella vez usaron las voces. Vinieron los perros negros. La habitación se llenó de perros negros que resplandecían en la oscuridad. Todos me echaban dentelladas a la cara con sus espantosos colmillos. Todos menos uno. El perro de cara amistosa. El perro bueno. También él me habló, pero no con su voz. Me gusta su voz, pero aquel día no me gustó.

—¿Qué voz, Savannah? No entiendo nada.

—El perro bueno habló y me dijo: «Queremos que te mates, Savannah. Por el bien de la familia, porque nos quieres a todos». Primero habló con la voz de mamá.

—Pero no era mamá.

—Yo grité: «¡No!». Y entonces comprendí que era una trampa. Luego oí a papá diciendo que tenía que matarme. Su voz era dulce y seductora. Pero no fue eso lo peor de todo. El perro bueno se acercó a mi oído, se acercó a mi cuello, y habló otra vez con la voz más cariñosa de todas: «Mátate. Por favor, mátate para que tu familia no siga sufriendo. Si nos quieres, coge la cuchilla, Savannah. Yo te ayudaré a hacerlo. Yo te ayudaré». Y entonces fue cuando me corté las venas por primera vez, Tom. No le había hablado a nadie de las voces. No sabía cómo decirle a nadie de Colleton que veía y oía cosas.

—Ahora no vas a hacerte daño, Savannah. Esta vez no les harás caso, ¿verdad?

—No. Pero para luchar contra ellos debo estar sola. Se quedan mucho tiempo, pero ahora sé cómo he de luchar contra ellos. Te lo prometo. Vuelve a dormir. Siento haberte despertado.

—No. Me quedaré contigo hasta que se vayan.

—Tengo que luchar sola, Tom. Es la única forma. Ahora ya lo he aprendido. Por favor, vuelve a dormir. Me siento mucho mejor ahora que te lo he contado todo. Gracias por venir a mi lado. Deseaba que lo hicieras.

—Me gustaría poder hacer —algo. No sé cómo luchar contra cosas que no puedo ver ni oír.

—Yo sí que sé cómo hacerlo —respondió—. He tenido que aprender. Buenas noches, Tom. Te quiero mucho.

La besé y la estreché contra mi pecho. Enjuagué con las manos el sudor de su rostro y volví a besarla.

Ya en la puerta de la habitación, me volví y la vi apoyada sobre las almohadas, enfrentándose a solas con los funestos ocupantes de su cuarto.

—Savannah, la voz, la última voz, la que te pidió que te mataras, ¿de quién era, esa voz? No me lo has dicho.

Giró el rostro hacia mí, su hermano, su gemelo.

—Era la voz más cariñosa y la más horrible de todas, Tom. Estaban usando tu voz. La voz que más quiero.

Cuando regresé a la salita, Luke estaba despierto y escuchando. Estaba sentado en el suelo, recostado en la pared, fumando un cigarrillo y contemplando la puerta del cuarto de Savannah. Hizo un ademán con la mano, y fui a sentarme junto a él.

—Lo he oído todo, Tom —susurró, exhalando anillos de humo hacia los helechos que adornaban la sala—. Está loca como un cencerro.

—Es algo que le sale de dentro —respondí, también en un susurro. Me había molestado su forma de expresarlo.

—¿Por qué no acepta tu palabra de que no hay nada en su habitación?

—Porque sí que hay algo, Luke. Ese es el problema.

—No hay nada. No es más que esa mierda psicológica. Me parece que le gusta.

—Has estado otra vez hablando con mamá.

—Me da miedo cuando se pone así. Siempre me entran ganas de correr, de huir de ella. Cuando empieza a hablar con las paredes se convierte en una persona distinta, alguien a quien no conozco. Y luego le echa la culpa a la familia. A mamá y papá. Si tan malos eran, ¿por qué nosotros no vemos perros en la pared? ¿Por qué no quedamos tarados como ella?

—¿Cómo sabes que no lo estamos, Luke?

—Tú y yo no estamos locos, Tom. Somos normales. Sobre todo, yo. Tú te deprimes un poco, a veces, pero creo que eso es porque te gusta leer. La gente que lee siempre está un poco chalada. Mañana la sacamos de aquí y nos la llevamos con nosotros a Colleton. La pondré a trabajar en el barco. El aire del mar le despejará la cabeza. Y el trabajo duro. Es difícil estar loco cuando vas echando el resuello detrás de los camarones. No tienes tiempo. Savannah es una prueba viviente de que escribir poesías y leer libros es dañino para el cerebro.

—Y tú eres una prueba viviente de que pescar camarones es dañino para el cerebro —susurré encolerizado—. Nuestra hermana está enferma, Luke. Es como si tuviera cáncer del cerebro o algo igual de horrible. ¿Lo entiendes mejor así? Y es igual de mortífero, además.

—No te enfades conmigo, Tom. Por favor, no te enfades. Sólo trato de comprenderla a mi manera. No es tu manera, ya lo sé, pero me sentiría mucho mejor si la tuvieramos cerca. Podría vivir conmigo y yo la ayudaría. Estoy seguro de que podría ayudarla.

—Me ha preguntado por aquel día en la isla.

—Ya lo he oído. Habrías debido decirle que no existió.

—Pero existió.

—Mamá nos dijo que no.

—Mamá también nos dijo que papá no nos pegaba nunca. Nos dijo que éramos descendientes de la aristocracia sureña. Nos dijo un millón de cosas que no eran verdad, Luke.

—No recuerdo gran cosa de aquel día. Cogí a mi hermano por los hombros y le hice volverse hacia mí. Susurré brutalmente en su oído:

—Yo lo recuerdo todo, Luke. Recuerdo hasta el último detalle de aquel día y hasta el último detalle de toda nuestra infancia. Soy un maldito embustero cuando me digo que no recuerdo nada de eso.

—Juraste que jamás hablarías de aquello. Todos lo juramos. Algunas cosas vale más olvidarlas. Vale más olvidar aquello. No quiero recordar lo que ocurrió. No quiero hablar de ello y no quiero que tú hables de ello con Savannah. No le hará ningún bien y estoy seguro de que ya no recuerda nada.

—De acuerdo —concedí—. Pero no finjas que aquel día nunca existió, porque no lo soporto. Ya hemos fingido demasiado en nuestra familia, Luke, y hemos ocultado demasiadas cosas. Creo que todos tendremos que pagar un precio muy alto por nuestra incapacidad para hacer frente a la verdad.

—¿Es eso lo que crees que está haciendo Savannah? —preguntó Luke, señalando hacia su puerta—. ¿Cuando habla con los perros y los ángeles? ¿Cuando le cae la baba en las sandalias? ¿Cuando la encierran en el asilo de locos? ¿Es así como se hace frente a la verdad?

—No. Lo que creo es que la verdad le sale al exterior como puede. No creo que ella le haga frente mejor que nosotros, pero tampoco creo que su capacidad de supresión sea tan fuerte como la nuestra.

—Está loca porque escribe.

—Está loca por lo que se ve obligada a escribir. Escribe sobre el crecimiento de una chica en Carolina del Sur, que es lo que mejor conoce. ¿Sobre qué, si no, quieres que escriba? ¿Sobre adolescentes zulúes? ¿Sobre drogadictos esquimales?

—Tendría que escribir acerca de cosas que no le hicieran daño, que no llamaran a los perros.

—Tiene que escribir sobre ellos, Luke. De ahí es de donde sale la poesía. Sin perros, no hay poesía.

—Me da miedo, Tom. Un día se matará.

—Es más fuerte de lo que creemos. Y quiere escribir muchos poemas. Eso la mantendrá viva. No hay bastantes perros en su mente para hacer que deje de escribir. Vámonos ya a dormir. Mañana nos espera un largo viaje.

—No podemos dejarla así.

—Tenemos que dejarla así. Después de todo, así es su vida la mayor parte del tiempo, Luke.

—Quiero que sepas una cosa, Tom. Quiero que me escuches con mucha atención. No entiendo qué le pasa a Savannah. No tengo capacidad para entenderlo. Pero la quiero tanto como puedas quererla tú.



—Ya lo sé, Luke. Y ella también lo sabe. A pesar de mis palabras, aquella última noche en Nueva York ya no volví a conciliar el sueño. Me pasé el tiempo pensando en cómo habíamos llegado a aquel extremo, en las bendiciones y los agravios que arrastrábamos desde la isla, en el indiscutible e inalterable papel que cada uno de nosotros debía desempeñar en el grotesco melodrama de nuestra familia. Desde su temprana infancia, Savannah había sido elegida para cargar con todo el peso de la energía psicótica acumulada por la familia. Su luminosa sensibilidad la hacía vulnerable a la violencia y el desamor de nuestra casa, y los demás la utilizamos para almacenar la amargura de nuestra crónica mordaz. Entonces lo vi claramente: a través de un proceso de selección artificial, pero mortífero, un miembro de la familia es designado para el cargo de lunático, y todas las neurosis, turbulencias y sufrimientos reprimidos se posan como el polvo sobre los aleros y los porches de esa mente más tierna e indefensa. La locura ataca a los ojos más dulces y desjarreta los costados más blandos. ¿Cuándo fue elegida Savannah para que fuera la loca? ¿Cuándo se tomó la decisión, y de qué forma? ¿Acaso yo, su hermano gemelo, estuve de acuerdo con la decisión? ¿Ayudé a colgar los ángeles sangrantes en su habitación? ¿Podía acaso ayudar a descolgarlos?

Traté de pensar en todos nuestros papeles. A Luke se le había ofrecido la fuerza y la sencillez. Había soportado la tremenda carga de ser el menos intelectual de los hermanos y había convertido en un fetiche su firme sentido de la justicia y la constancia. Como no tenía talento para los estudios, y como era el mayor de los tres, había sido el blanco de las repentinas cóleras de mi padre, el pastor herido que acompañaba al rebaño hasta la seguridad del redil antes de volverse para enfrentarse a solas con la ira de mi padre. Era difícil calcular el daño que había sufrido Luke o evaluar el total de la desolación causada por su lugar en la familia. Debido a su enorme fuerza, su presencia tenía siempre algo de inalcanzable. Tenía el alma de una fortaleza, y sus ojos habían mirado al mundo desde las almenas durante demasiado tiempo. Sus evangelios y sus filosofías los predicaba únicamente con su cuerpo. Sus lesiones eran todas internas, y me pregunté si él mismo sería capaz de apreciar alguna vez el alcance de sus heridas. Yo sabía que jamás lograría comprender la guerra de nuestra hermana con el pasado ni la larga marcha de sus inimitables demonios personales a través de sus horas de vigilia, y tampoco creía que Savannah pudiera comprender la magnitud del dilema de Luke, los deberes y responsabilidades de la fuerza inarticulada que socavaban su alma. Luke obraba cuando su corazón se lo pedía. La poesía, en él, carecía de palabras. Luke no era ni un poeta ni un psicótico. Era un hombre de acción, pues tal era la insostenible carga que nuestra familia había depositado en él por el simple hecho de haber sido el primero en nacer.

¿Y yo? ¿En qué me había convertido yo, insomne y deslumbrado por los monstruosos serafines que acechaban a mi hermana? ¿Cuál era mi papel? ¿Contenía quizá los elementos de la grandeza o los de la ruina? Mi designación en el seno de la familia había sido la normalidad. Yo era el niño equilibrado, llamado a filas por su

capacidad para el mando, por su frialdad bajo el fuego, por su estabilidad. «Firme como una roca», decía mi madre cuando hablaba de mí a sus amigas, y esta descripción me parecía perfecta. Yo era cortés, brillante, popular y religioso. Yo era el territorio neutral, la Suiza de la familia. Como símbolo de corrección, rendía homenaje a la figura del niño irreprochable que mis padres siempre habían querido ver en mí. Respetuoso de la cortesía, había entrado en la edad adulta lleno de timidez y de anhelos de agradar. Y mientras mi hermana aullaba y peleaba contra los negros perros de su lado oscuro, mientras mi hermano dormía como un niño, yo me pasé la noche despierto y comprendí que acababa de vivir una de las semanas más importantes de mi vida. Llevaba casi seis años casado, me había labrado una carrera de maestro y entrenador y estaba viviendo una vida de mediocridad.

Habían transcurrido nueve años desde aquella primera visita a Nueva York en la que presenciamos el triunfante recital de Savannah en Greerwich Village, y tres años enteros desde que Savannah y yo, otrora mellizos inseparables, habíamos cruzado palabra por última vez. No podía pronunciar su nombre sin sentir dolor. Apenas era capaz de pensar en los cinco años anteriores sin desmoronarme. Mi memoria se convirtió a la vez en regente y guardián de la pesadilla cuando crucé nuevamente en un taxi el puente de la calle 59 y entré en Manhattan como un jinete del rey, obligado por la costumbre a correr en auxilio de mi hermana.

La psiquiatra de Savannah era una cierta doctora Lowenstein, que tenía su consulta en un elegante edificio en la zona de la calle 70 Este. La sala de espera estaba decorada enteramente con *tweed* y cuero. Los ceniceros eran lo bastante pesados como para matar ardillas. En dos paredes opuestas pendían sendas pinturas modernas, lo suficientemente discordantes como para producir esquizofrenia. Parecían manchas de tinta del test de Rorschach que hubieran granado en un campo de azucenas. Antes de decir nada, permanecí un rato contemplando la que colgaba detrás de la recepcionista.

—¿Han pagado dinero por esa cosa? —le pregunté a la empleada que ocupaba el escritorio, una pulcra mujer de raza negra con aspecto de no estar para zarandajas.

—Tres mil dólares. El marchante le aseguró a la doctora Lowenstein que era prácticamente un regalo —respondió, ella fríamente, sin alzar la vista.

—¿Cree que el pintor se metió un dedo en la garganta y vomitó sobre el lienzo, o le parece que utilizó pinturas?

—¿Tiene usted cita hora? —quiso saber.

—Sí, señora. Estoy citado con la doctora a las tres en punto.

—El señor Wingo —observó, mirándome a la cara tras consultar su agenda—. ¿Piensa quedarse a pasar la noche? Esto no es ningún hotel.

—No he tenido tiempo de dejar la maleta en casa de mi hermana. No le molestará que la deje aquí fuera mientras hablo con la doctora, ¿verdad?

—¿De dónde es usted? —inquirió la mujer. Por un momento, estuve a punto de mentir y decirle que era de Sausalito, California. A todo el mundo le encanta la gente de California, pero si admites que eres del Sur todos te miran con lástima o con desprecio. He conocido negros que se han sentido tentados de cortarme en pedacitos al oírme pronunciar «Colleton, Carolina del Sur» con mi acento sureño. Se veía en sus ojos la convicción de que si libraban al mundo de este chiflado de mirada triste estarían vengando a sus antepasados raptados del veldt siglos antes y conducidos, aherrojados y sangrantes, hasta los puertos del Sur. Nat Turner sigue viviendo en el fondo de los ojos de todos los negros modernos.

—Carolina del Sur —respondí.

—Lo siento mucho —dijo ella sonriendo, pero sin mirarme.

La música de Bach llenaba la sala y se filtraba en mis oídos. Sobre un aparador, en el extremo de la habitación, había flores recién cortadas; eran lirios morados, meticulosamente dispuestos, que se inclinaban hacia mí como pequeñas y delicadas cabezas de ave. Cerré los ojos y traté de relajarme con la música, entregándome a su seducción. La música moderó el ritmo de mis palpitaciones, y las sentí como rosas debajo de mis párpados. Me dolía un poco la cabeza y abrí los ojos, tratando de recordar si había metido aspirinas en la maleta. En el aparador también había libros, me levanté para examinarlos mientras el concierto de Bach llegaba a su fin y Vivaldi llenaba la habitación. Eran libros elegidos con acierto y bien cuidados, y algunos están firmados por el autor. Las dedicatorias eran personales, y comprendí que muchos de los escritores habían permanecido esperando en aquella misma sala, estremeciéndose ante la lóbrega visión del mundo de aquel pintor. En el estante superior distinguí el segundo libro de poemas de Savannah, El Príncipe de las Mareas. Lo abrí por la página de la dedicatoria y casi lloré cuando leí las palabras. Pero era bueno sentir las lágrimas que pugnan por salir al exterior. Eran una prueba de que aún estaba vivo por dentro, muy adentro, allí donde el dolor permanecía encerrado y degradado por la amarga y desgastada cáscara de mi virilidad. ¡Mi virilidad! Cómo aborrecía ser un hombre, con todas sus lacerantes responsabilidades, con su corolario de fortaleza incesante, su apasionada y estúpida obligación de valentía. Cómo detestaba la fuerza, el deber, la firmeza. Cómo temía ver a mi adorable hermana con las muñecas cortadas, sondas introduciéndose por su nariz y ampollas de glucosa pendiendo sobre su lecho como embriones de cristal. Pero veía muy claramente cuál era mi papel, conocía la tiranía y el engaño de la masculinidad, y caminaría hacia mi hermana como un pilar de fortaleza, como un rey de la naturaleza avanzando por los campos de nuestra tierra común, centelleando mis manos con el verde de los pastos, confiado en los cielos, cantando su renacimiento, consolándola con palabras de entrenador y con buenas noticias del rey de las estaciones. La fuerza era mi don; también era mi papel, y estoy seguro de que ha de ser lo que finalmente me mate.

Volví la página, buscando el primer poema del libro. Lo leí en voz alta, acompañado por violines, lirios y Vivaldi, tratando de capturar el tono y el espíritu de la inflexión de Savannah, la palpable reverencia que llevaba al atril cuando leía sus propios trabajos.

Yo ardo en una magia taciturna y profunda, olfateo lascivia como una garza en llamas; todas las palabras las convierto en castillos que asalto luego con guerreros de aire.

Aquello que busco no se obtiene pidiendo. Aptos son mis ejércitos, y bien preparados. Esta poeta encargará a sus batallones que conviertan sus palabras en sables.

Al alba les demandaré belleza, como prueba de que su entrenamiento fue bueno. Por la noche rogaré que me perdonen mientras los degüello junto a la colina.

Mis armadas avanzan a través del lenguaje, destructores ardiendo en el mar. Preparo la isla para los desembarcos. Con palabras recluto un ejército oscuro. Mis poemas son mi guerra con el mundo.

Yo ardo en una magia profunda y sureña. A mediodía los bombarderos ruedan por la pista. Hay quejidos y pena en las grandes mansiones y la luna es una garza en llamas.

Después, volví a la dedicatoria y leí.

El hombre se interroga pero Dios decide cuándo matar al Príncipe de las Mareas.

—Cuando alcé la vista descubrí a la doctora Lowenstein, que me miraba desde la puerta de su despacho. Era una mujer esbelta, que iba ataviada con ropa cara. Sus ojos eran oscuros y los llevaba sin adorno alguno. En la penumbra de aquella sala, con Vivaldi apagándose en dulces ecos, su belleza cortaba el aliento. Era una de esas decididas mujeres neoyorquinas con el porte incorruptible de una leona. Alta y de negros cabellos, parecía rebosante de clase y buen gusto.

—¿Quién es el Príncipe de las Mareas? —preguntó, sin darse a conocer.

—¿Por qué no se lo pregunta a Savannah?

—Lo haré, cuando esté en condiciones de hablar conmigo. Pero aún falta tiempo para eso —respondió, alisándose la chaqueta—. Perdone. Soy la doctora Lowenstein. Usted debe de ser Tom.

—Sí, señora —contesté, levantándome y siguiéndola hacia su despacho.

—¿Le apetece una taza de café, Tom?

—Sí, señora, muchas gracias —dije con nerviosismo.

—¿Por qué me llama señora? Creo que tenemos exactamente la misma edad.

—Es por la buena educación recibida de pequeño. Y por los nervios.

—¿Por qué está nervioso? ¿Cómo le gusta el café?

—Con leche y azúcar. Cada vez que mi hermana se abre las venas, me pongo nervioso. Cosas mías.

—¿Ha hablado alguna vez con un psiquiatra? —siguió preguntando, mientras traía dos tazas de café de un armarito, próximo a su escritorio. Su andar mostraba gracia y aplomo.

—Sí. Creo que, en un momento u otro, he conocido a todos los doctores de Savannah.

—¿Había intentado suicidarse antes?

—Sí, en otras dos felices y radiantes ocasiones.

—¿Por qué felices y radiantes?

—Una muestra de cinismo. Lo siento. Es una costumbre familiar a la que suelo entregarme.

—¿Savannah también es cínica?

—No. Ella ha escapado a esa parte del horror familiar.

—Lo dice como si lamentara que no tuviera su cinismo.

—No. lo tiene, pero intenta suicidarse. Preferiría que fuera una cínica. ¿Cómo está Savannah? ¿Dónde está? ¿Cuándo podré verla? ¿Por qué me hace todas estas preguntas? Todavía no me ha dicho en qué estado se encuentra.

—¿Está bueno el café, Tom? —preguntó, con perfecta calma.

—Sí. Es magnífico. Y ahora, hábleme de Savannah.

—Quiero que sea paciente, Tom. En seguida llegaremos al tema de Savannah —dijo la doctora con voz paternalista, modulada por un exceso de títulos superiores—. Si hemos de ayudar a Savannah, antes debo hacerle unas cuantas preguntas sobre su vida. Y estoy segura de que queremos ayudar a Savannah, ¿no es verdad?

—No, si no deja de hablarme con ese insoportable tonillo de suficiencia, doctora, como si yo fuese un chimpancé particularmente hábil al que estuviera usted tratando de enseñar a escribir a máquina. No mientras no me diga dónde está mi maldita hermana —repliqué, sentándome sobre ambas manos para contener su visible temblor. El café y el dolor de cabeza se combinaban para irritarme, y la música de la otra habitación me arañaba los tímpanos como si fuera un clavo.

La doctora Lowenstein, avezada a la hostilidad en sus múltiples aspectos, me miró fríamente.

—De acuerdo, Tom. Le diré todo lo que sé acerca de Savannah. ¿Me ayudará entonces?

—No sé qué pretende de mí.

—Quiero que me cuente la vida de su hermana, todo lo que sepa de ella. Quiero conocer su infancia. Necesito saber cuándo se manifestaron por primera vez sus síntomas, cuándo empezó a dar muestras de su enfermedad. Usted estaba al corriente de su enfermedad mental, ¿no es cierto, Tom?

—Sí, naturalmente —respondí—. La mitad de sus poemas tratan de su locura. Escribe sobre ella como Hemingway escribía de la caza de leones. Es la demencia de harto de que Savannah esté loca, estoy harto su arte. Estoy harto de toda esta mierda a lo Sylvia Plath. La última vez que se cortó las venas, doctora, le pedí que en la próxima ocasión se asegurase de no dejar el trabajo a medias. Le dije que se metiera el cañón de una escopeta en la boca y se volara la cabeza. Pero no. Siente una especie de atracción por las cuchillas, ¿sabe? No soporto la vista de sus cicatrices, doctora. No soporto verla tendida en la cama con esos tubos saliéndole por la nariz. Soy un buen hermano, pero no sé qué decirle cuando se raja como si estuviera desollando un ciervo. No sirvo para eso, doctora. Y ningún psiquiatra, ningún jodido psiquiatra, y ha habido docenas de ellos, ha logrado nunca ayudar a Savannah a apaciguar los demonios que la torturan. ¿Puede hacerlo usted, señora? Dígamelo. ¿Puede hacerlo usted?

La doctora tomó un sorbo de café. Su calma natural me enfurecía, pues parecía formar un paréntesis que encerraba y resaltaba mi falta de control. Depositó la taza en su Platillo, encajándola perfectamente en el redondo surco con un agradable tintineo.

—¿Quiere otra taza de café, Tom? —preguntó.

—No.

—No sé si podré ayudar a su hermana —dijo la doctora Lowenstein, fijando en mí nuevamente su mirada profesional—. Su intento de suicidio tuvo lugar la semana pasada. Ahora ya no corre peligro de muerte a causa de las heridas. Casi murió la primera noche, cuando la llevaron a Bellevue, pero me han dicho que el médico de urgencia hizo un excelente trabajo. Cuando la vi por primera vez estaba en coma, y no sabíamos si viviría. Cuando salió del coma, comenzó a gritar y farfullar. Deliraba, pero, como ya imaginará, era un delirio de alto contenido poético y asociativo. Lo grabé todo en cinta, y es posible que nos proporcione algunas pistas sobre su último ciclo. Ayer ocurrió un cambio: dejó de hablar totalmente. Llamé a una poetisa que conozco y ella averiguó el número de teléfono de su madre, gracias al vecino de Savannah. Envié un telegrama a su padre, pero no ha contestado. ¿Por qué cree que no lo ha hecho?

—Porque vive usted en Nueva York. Porque es una mujer. Porque es judía. Porque es psiquiatra. Y además, porque los ataques de Savannah le producen un miedo mortal.

—¿Y reacciona negándose a responder a una petición de ayuda?

—Si Savannah le pidiera ayuda, acudiría de inmediato a su lado por poco que pudiera. Para él, el mundo se divide en Wingos, idiotas y Wingos idiotas. Savannah es una Wingo.

—Y yo soy una idiota —añadió ella, sin dar muestras de emoción.

—Ha descifrado la clave —respondí, sonriente—. También es posible que mi padre no recibiera su mensaje.

—Su familia, ¿desprecia a los judíos?

—Mi familia desprecia a todo el mundo. No es una cuestión personal.

—¿Utilizaban sus familiares la palabra negrata cuando era usted niño?

—Pues claro, doctora —contesté, preguntándome qué tendría eso que ver con Savannah—. Me crié en Carolina del Sur.

—Pero sin duda allí debe de haber personas educadas y progresistas que se niegan a utilizar esa odiosa palabra —opinó la doctora.

—No se llaman Wingo. A excepción de mi madre. Solía decir que únicamente la basura blanca, los blancos pobres y miserables, utilizan esa palabra. Ella se enorgullecía de decir negro, arrastrando mucho la «o». Consideraba que tal cosa la situaba en un lugar destacado en las filas de los humanitarios.

—Y actualmente, ¿utiliza usted la palabra negrata, Tom?

—Estudié su bonito rostro para ver si bromeaba, pero estábamos en horas de trabajo y la doctora era toda seriedad, carecía de tiempo para los pequeños auxilios y distracciones del humor.

—Solamente cuando me encuentro ante algún yanqui con aires de superioridad, como usted. En estos casos, doctora, no puedo evitar que la palabra me venga sola a

los labios. Negrata. Negrata. Negrata. Negrata. Negrata. Negrata.

—¿Ha terminado ya? —preguntó, y me complació ver que había herido su tapizada sensibilidad.

—Del todo.

—No permito que nadie pronuncie esta palabra en mi consulta.

—Negrata. Negrata. Negrata. Negrata. Negrata. Negrata —proseguí.

Seco controló con un visible esfuerzo y habló con voz tensa y contenida.

—No he pretendido darme aires de superioridad con usted, Tom. Si le parece que lo he hecho, le ruego que acepte mis disculpas. Es sólo que me ha sorprendido bastante que la familia de la poetisa Savannah Wingo utilizara una palabra como ésa. Resulta difícil creer que su familia sea racista.

—Savannah es hoy quien es porque su familia era racista. Su vida es una reacción contra su familia. Comenzó a escribir como signo de protesta por haber nacido en tal familia.

—¿A usted le sabe mal haber nacido en tal familia?

—Me sabría mal haber nacido en cualquier familia.

—Pero, puestos a elegir, habría preferido a los Rockefeller o los Carnegie.

—El hecho de haber nacido Wingo hace que todo sea más difícil.

—Explíquese, por favor.

—Creo que la vida es dolorosa para todos los seres humanos. Pero la cosa es más dura si uno se llama Wingo. Naturalmente, todo esto es sólo teoría, pues nunca he sido otra cosa sino Wingo.

—¿Qué religión practicaba su familia? —quiso saber la doctora.

—La católica, maldita sea.

—¿Por qué dice «maldita sea»? Ser católico no tiene nada de malo.

—No se imagina lo difícil que resulta ser católico en el Sur profundo.

—Puede que sí que me lo imagine —replicó—. No se imagina usted lo difícil que resulta ser judío en cualquier parte del mundo.

—He leído a Philip Roth —declaré.

—¿Y qué? —respondió ella, con auténtica hostilidad en la voz.

—Oh, nada. Sólo era un rastroso intento de establecer un frágil lazo entre los dos.

—Philip Roth desprecia tanto a los judíos como a las mujeres, y no hace falta ser ninguna de ambas cosas para darse cuenta —aseguró, soltando la frase como si con ella el tema quedara zanjado para siempre.

—Eso mismo opina Savannah —comenté, sonriendo al recordar la vehemencia y el dogmatismo de Savannah en lo tocante a aquel tema.

—¿Y qué opina usted, Tom?

—¿De verdad le interesa saberlo?

—Sí. Muchísimo.

—Bien, con los debidos respetos, creo que tanto Savannah como usted tienen comido el coco con este tema.



—Con los debidos respetos, ¿por qué habría de importarnos la opinión de un macho sureño?

Me incliné hacia ella y susurré: —Porque, doctora, cuando no estoy comiendo bayas y raíces, cuando no estoy tirándome a la mula subido en el tocón de un árbol y cuando no ando degollando cerdos junto al alambique clandestino, soy un tipo la mar de listo.

Ella sonrió y se contempló las uñas, En el silencio que se produjo, la amortiguada música parecía gotear en la habitación con notas claras y brillantes, cómo un vals que llegara desde la orilla opuesta de un lago.

Finalmente, la doctora Lowenstein volvió a intentarlo.

—En los poemas de su hermana, Tom, ¿es usted el hermano que pesca camarones o el entrenador?

Comprendí que aquella mujer era demasiado adversario para mí.

—El entrenador —admití.

—¿Por qué ha bajado la voz? ¿Le avergüenza ser un entrenador?

—Me avergüenza lo que el resto de la gente piensa de los entrenadores. Sobre todo en Nueva York. Sobre todo los psiquiatras. Sobre todo las mujeres psiquiatras.

—¿Qué cree usted que pienso de los entrenadores en general? —quiso saber, con perfecta calma una vez más.

—¿Cuántos entrenadores conoce en particular?

—Ninguno —respondió sonriente—. Parece que no abundan mucho en los círculos que frecuento.

—Si conociera a alguno, no lo admitiría en los círculos que frecuenta.

—Probablemente tenga usted razón, Tom. ¿Con quién se relaciona en Carolina del Sur?

—Tan sólo con otros entrenadores —contesté, sintiéndome atrapado en aquella fragante habitación. Percibía el perfume de la doctora y lo conocía bien, pero no recordaba su nombre—. Nos pasamos el tiempo sentados, leyendo las páginas deportivas del periódico, echando pulsos a ver quién es el más fuerte y reventándonos las ampollas el uno al otro.

—Es usted muy enigmático, Tom. No podré ayudar a su hermana si contesta a todas mis preguntas con chistes y adivinanzas. Necesito que confíe en mí, ¿comprende?

—No la conozco de nada, señora. No me es fácil hablar de cuestiones personales con las personas a las que amo, así que mucho menos con gente a la que apenas hace media hora que conozco.

—Sin embargo, parece que esta barrera intelectual que nos separa le resulta muy molesta.

—Noto su desprecio hacia mí —respondí, cerrando los ojos. El dolor de cabeza envolvía mis órbitas en una red de puro dolor.

—¿Desprecio? —repitió con incredulidad, poniendo los ojos en blanco—.

Aunque detestara todo lo que usted representa, no sentiría desprecio por usted. Necesito su colaboración para ayudar a su hermana, si es que quiere concedérmela. Conozco bien sus obras, pero debo conocer además cuantos detalles de su vida sea posible, a fin de que cuando recobre la lucidez esté yo en condiciones de ayudarla a romper esa pauta destructora en que parece hallarse sumida desde nadie sabe cuándo. Quizá en su historia encuentre pistas que me permitan ayudarla a establecer nuevas estrategias de supervivencia, de modo que le sea posible reanudar su trabajo sin sufrir tan devastadoras consecuencias.

¡Ah, ahora lo entiendo! —exclamé, poniéndome en pie y comenzando a pasear por la habitación. Me sentía desorientado y cada vez más inquieto, mareado por los tonos pastel de la oficina—. Usted es la heroína de esta tragedia del siglo xx; usted es la sensible y delicada terapeuta que salva a la poetisa feminista para la posteridad, que cubre con sus tiernas y bien cuidadas manos las sangrantes heridas de la artista y, con las sagradas palabras de Sigmund, Freud, la rescata del abismo. La doctora se convierte en una pequeña pero respetada nota a pie de página en la historia de la literatura. —Me sujeté la cabeza con ambas manos y empecé a darme masaje en las sienes.

—¿Le duele la cabeza, Tom? —inquirió ella.

—Mucho, doctora. ¿No tendrá un poco de morfina por ahí?

—No, pero tengo algunas aspirinas. ¿Por qué no me lo ha dicho antes?

—No me parece educado quejarse por un dolor de cabeza cuando la hermana de uno se ha abierto las venas.

Abrió un cajón de su escritorio y se echó tres aspirinas en la palma de la mano. Luego volvió a llenar mi taza de café y yo engullí los comprimidos.

—¿Quiere tenderse en el sofá?

—No, por Dios. Esta tarde, cuando venía hacia aquí, sentía pánico de que me obligara a tenderme en el sofá. Como en las películas.

—Procuro no obrar como lo hacen en las películas... No se asuste Tom, pero cuando la vi por primera vez estaba cubriéndose con sus propios excrementos. Eso no me asusta.

—¿Por qué no? —Ya la he visto antes embadurnarse con mierda. La primera vez resulta chocante. Quizá la segunda también. Pero finalmente se acostumbra uno, y el hecho se convierte en parte de la situación.

—¿Dónde lo vio por primera vez?

—En San Francisco. Ella había salido a dar una serie de recitales. Consiguió que la metieran en una auténtica jaula de lunáticos, el sitio más deprimente que jamás haya visto. No sabía si el hecho de embadurnarse con mierda era un acto de desprecio hacia sí misma o si solamente estaba decorando su cuarto.

—Hace chistes acerca de la psicosis de su hermana. ¡Qué extraño es usted!

—Es el estilo sureño, doctora.

—¿El estilo sureño? —preguntó.

—Según la inmortal frase de mi madre. Nos reímos cuando el dolor se hace insoportable. Nos reímos cuando la miseria de la vida resulta demasiado... miserable. Nos reímos cuando no se puede hacer nada más.

—¿Y cuándo lloran..., según el estilo sureño?

—Después de reír, doctora. Siempre. Siempre después de reír.

—Vaya esta tarde al hospital. ¿Le parece bien a las siete?

—Muy bien. Lamento haberle hablado como lo he hecho, doctora. Gracias por no expulsarme de su consulta.

—Hasta la tarde, entonces. Y gracias por haber venido —contestó. Y tras una breve pausa, añadió provocativamente—. Entrenador.

En los hospitales psiquiátricos, por humanistas y progresistas que sean, las llaves son las credenciales manifiestas del poder, los acerados asteriscos de la libertad y la movilidad. La marcha de los ordenanzas y las enfermeras va acompañada por la alienante cacofonía de las llaves, que cantan al chocar contra los muslos, puntuando el paso de los libres. Cuando uno se descubre escuchando el ruido de sus llaves sin ser poseedor de ninguna, empieza a comprender el blanco terror que sufre el alma cuando le es negado todo comercio con la humanidad. Aprendí el secreto de las llaves en uno de los poemas de mi hermana, escrito de una sentada después de que la internaran por primera vez. Para ella, las llaves eran talismanes y cifras de su dilema, de su guerra no declarada contra sí misma. Siempre que caía enferma, la despertaba el ruido sustractivo de las llaves.

Al atardecer, cuando la doctora Lowenstein me llevó a verla, Savannah estaba acurrucada en un rincón con los brazos en torno a las rodillas y la cabeza vuelta en dirección contraria a la puerta, apoyada en una pared. La habitación olía a excrementos y amoníaco, con ese aroma corrompido y familiar que degrada las largas horas de los dementes; la fragancia esencialmente definitoria de los hospitales mentales al estilo norteamericano. Cuando entramos en la habitación, no se movió ni alzó la vista. Entonces supe que aquella ocasión iba a ser de las malas.

La doctora Lowenstein se acercó a Savannah y le tocó suavemente un hombro.

—Savannah, tengo una sorpresa para ti. Tienes una visita. Te he traído a tu hermano, Tom.

Mi hermana no se movió. Su espíritu había sido sustraído de su cuerpo, había una quietud mineral en su reposo, una inmaculada divinidad en el negro conjunto de su catatonia. A mí, los catatónicos siempre me han parecido los más sagrados de los psicóticos. Su voto de silencio posee integridad y hay algo santo en su renuncia al movimiento. Es el más sigiloso drama humano del alma perturbada, un solemne ensayo general de la muerte. Ya había visto antes a mi hermana en tal estado de inmovilidad, así que me enfrenté a ella como un veterano de su incurable quietud. La primera vez me había desmoronado, ocultando el rostro entre las manos. En aquellos momentos, me vino a la mente algo que ella misma me había dicho: que en lo más profundo de su silencio e inmovilidad, su espíritu estaba sanándose en los lugares

inaccesibles, extrayendo las riquezas que yacían ocultas en los más inalcanzables recodos de su mente. Además, había añadido, mientras permanecía inmóvil no podía hacerse daño, únicamente purificarse y prepararse para el día en que se alzara nuevamente hacia la luz. Y cuando se alzara hacia esa luz, yo tenía la intención de estar junto a ella.

Cogí a Savannah por los hombros, la besé en el cuello y me senté a su lado. La abracé estrechamente y hundí mi cara en sus cabellos. No quise mirar las vendas que cubrían sus muñecas.

—Hola, Savannah. ¿Cómo estás, cariño? —dije suavemente—. Todo saldrá bien, porque ya está aquí el chico. Lamento muchísimo que te encuentres mal, pero me quedaré aquí contigo hasta que te pongas bien. El otro día vi a papá, y te manda todo su amor. No, no te preocupes, no ha cambiado nada. Sigue siendo un gilipollas. Mamá no ha podido venir a verte porque tenía que lavarse las medias. Sallie y las niñas están perfectamente. A Jennifer comienzan a crecerle los pechos. Hace unas cuantas noches, después de bañarse, vino a mi lado, apartó la toalla y dijo: «Mira qué bultos, papá». Luego echó a correr por el pasillo, riéndose y chillando, mientras yo la perseguía lujuriosamente. Carolina del Sur no ha cambiado en absoluto. Aún sigue siendo el maldito centro cultural del mundo. Incluso empieza a haber algo de cultura en la isla de Sullivans. El otro día inauguraron un nuevo asador al lado mismo de la carretera. Todavía no he encontrado empleo, pero sigo buscando. Ya sé que has estado preocupándote por eso. Hace unos días visité a la abuela Wingo en la residencia de ancianos de Charleston. Era su cumpleaños. Creyó que yo era el obispo de Charleston, y que estábamos en 1920, y que quería hacer el amor con ella. Y también vi... Estuve hablándole sin cesar durante treinta minutos, hasta que la doctora Lowenstein interrumpió mi monólogo dándome unos golpecitos en el hombro e indicándome por señas que ya era hora de marchar. Me puse en pie. Después, tomé a Savannah en mis brazos y la llevé a la cama. Había perdido peso, y sus mejillas aparecían hundidas y sin brillo. Sus ojos no reflejaban nada; eran dos fragmentos de turquesa que yacían inertes sobre un campo de blanco deslustrado. Cuando la deposité en el lecho se acurrucó como un embrión. Saqué un cepillo que llevaba en el bolsillo y comencé a peinar su húmeda y enmarañada cabellera. La cepillé con fuerza, hasta que vi aparecer de nuevo una parte del antiguo oro; acaricié sus cabellos hasta que una parte de su glorioso resplandor volvió a brillar sobre su espalda. Y entonces le canté una canción de nuestra niñez.

Llévame de regreso al lugar en que vi por primera vez la luz, al dulce y soleado Sur; llévame a mi hogar, donde los pájaros me arrullan con sus trinos cada noche. ¡Oh! ¿Por qué hube de sentir la tentación de vagar? —dije.

Permanecí un instante inclinado sobre ella, y por fin —Volveré a verte mañana, Savannah. Sé que puedes oírme, así que recuerda bien esto: ya hemos pasado por aquí antes. Y volverás a superarlo de nuevo. Sólo hace falta tiempo. Entonces cantaremos y bailaremos los dos, y te hablaré mal de Nueva York, y tú me pegarás en

el brazo y me llamarás sureño. Estoy contigo, querida, y lo estaré mientras me necesites.

Besé a mi hermana gemela en los labios y la cubrí con la sábana.

Cuando salimos al aire de finales de primavera, la doctora Lowenstein me preguntó si había comido algo, y entonces recordé que no lo había hecho. Propuso que fuéramos a un pequeño restaurante francés, La Petite Marmite, que ella conocía bien. Al instante pensé en el precio, reacción automática propia de un maestro de escuela de Carolina del Sur humillado por años de cobrar un sueldo de culí. No me acordé de que estaba sin trabajo. Todos los maestros norteamericanos estamos acostumbrados a pensar como pobres. Nos encantan las conferencias y las ferias del libro con alojamiento gratuito, gastos pagados y banquetes a base de pollo gomoso acompañado de un dulzón aderezo francés y abominables guisantes.

—¿Es muy caro, doctora? He pagado algunas cuentas de restaurante en esta ciudad que me han hecho pensar que costaba la educación del hijo del chef en una escuela privada.

—Yo diría que, para lo acostumbrado en Nueva York, sus precios son muy razonables.

—Espéreme aquí un momento. Voy a llamar a mi banco, a ver si pueden concederme un crédito.

—Le invito yo, entrenador.

—Siendo como soy un varón completamente liberado, acepto su invitación, doctora.

El maitre saludó a la doctora Lowenstein con una discreta familiaridad que le hacía a uno comprender de inmediato que la doctora era una cliente habitual. Nos condujo a una mesa situada en un rincón. La pareja que ocupaba la más cercana estaba sumida en un éxtasis de pasión, fuertemente cogida de las manos, con ojos orgásmicos resplandecientes a la luz de las velas, y se notaba que ambos estaban deseando lanzarse sobre el blanco puro del mantel para copular encima de la salsa bearnesa. La doctora pidió una botella de Macon Blanc y echó una breve ojeada a la carta con tapas de cuero.

¿Puedo pedir unos entremeses? —pregunté.

—Naturalmente. Pida lo que le apetezca.

¿Puedo pedir todos los entremeses?

—No. Quiero que tome una cena bien equilibrada.

—Es usted judía.

—Condenadamente cierto —dijo ella, sonriendo. Luego poniéndose seria, inquirió—: ¿Qué le ha parecido Savannah?

—Nunca había estado tan mal. Pero me siento mucho más tranquilo.

—No le entiendo.

—Me resulta mucho más duro tratar con ella cuando está gritando, alucinada y descontrolada. Cuando está como ahora, es casi como si estuviera descansando,

recuperando fuerzas, preparándose para salir de nuevo al mundo. Se recobraré dentro de uno o dos meses, doctora. Se lo prometo.

—¿Es usted capaz de hacer predicciones como ésta?

—Normalmente, no. Pero conozco esa pauta.

—¿Cómo es que está sin trabajo?

—Me despidieron.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Es parte de una larga historia —respondí—, y por ahora no puede preguntármelo.

El sommelier trajo el vino a la mesa y sirvió un poco en la copa de la doctora Lowenstein. Ella lo olió, lo saboreó y asintió con un gesto. Me encantan los pequeños dramas del comedor, la elegancia del ritual. Probé el vino con gratitud y lo sentí penetrar en mi cuerpo para dar comienzo al largo asedio, que duraría toda la noche, contra la jaqueca. Sabía que no debería beber, pero quería hacerlo. Se suponía que iba a contarle mi historia a aquella mujer a fin de ayudar a mi hermana; pero yo me había decidido en favor de una estrategia distinta: le contaría mi historia para salvarme de mí mismo.

—Noto que voy a tener jaqueca, doctora. No tengo trabajo ni perspectivas de conseguirlo. Mi esposa, que es especialista en medicina interna, se entienda con un cardiólogo y está pensando dejarme. Odio a mi madre y a mi padre, aunque dentro de cinco minutos le aseguraré que no lo decía en serio y que los quiero de todo corazón. Mi hermano Luke es una tragedia familiar. Usted ya ha oído hablar de Luke, aunque todavía no lo ha relacionado con Savannah. ¿Le había dicho que mi padre está en la cárcel? Por eso no contestó a su telegrama. La historia de los Wingo está llena de humor, situaciones grotescas y tragedias; pero predominan las tragedias. Ya se dará usted cuenta de que la demencia de Savannah es la única reacción natural a nuestra vida de familia. Lo antinatural es mi reacción.

—¿Y cuál ha sido su reacción?

—Fingir que nada de ello había ocurrido. Tengo un gran talento para la supresión, heredado de mi madre, y sé utilizarlo bien. Mi hermana me llama «entrenador de olvidos». Y no obstante, creo que recuerdo muchísimo más que ella.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy viniéndome abajo, y ése es un papel que nunca me ha correspondido. Mi familia siempre ha dado por supuesto que yo era una torre de fuerza, el hombre del silbato, el buen entrenador. En el melodrama familiar, yo siempre he sido el primer secretario y espectador privilegiado.

—¿No está poniéndose un poco dramático, Tom?

—Sí. Y ahora, la dejaré comer y seré encantador.

Mientras esperábamos la cena, la doctora me habló de su vida y, con la luz de las velas, fue suavizándose. Ella tomó cangrejos de caparazón blando con almendras, y le hablé de los cangrejos que se pescan en el río Colleton. Yo comí salmón cubierto de

una aterciopelada salsa aromatizada con eneldo, y ella me habló de los pescadores de salmones que había visto en Escocia. Hubo una segunda botella de vino, y una ensalada de champiñones tan fresca que era como saborear la esencia del bosque. La vinagreta estaba salpicada de hojitas de albahaca. El dolor de cabeza había desaparecido, pero lo sentía acechando en la espina dorsal, subiendo poco a poco, reuniendo lentamente sus poderes dispersos como un tren en las montañas. Para postre, pedí frambuesas con nata. Cuando llegó el sorbete de la doctora, ésta reanudó sus preguntas acerca de Savannah.

—¿Significa algo para usted la palabra Callanwolde, Tom? —quiso saber.

—Desde luego.

—¿Por qué?

—Es una de las que Savannah repetía sin cesar cuando salió del coma. Una de las cosas que gritaba. —Me tendió una hoja de papel por encima de la mesa y me pidió que la leyera—. Ya le he explicado que grabé todo lo que Savannah dijo a lo largo de aquellos primeros días. Pensé que tal vez resultaría útil más adelante, cuando esté lo bastante recuperada como para reanudar la terapia. He podido entresacar este párrafo de una docena de horas de galimatías.

Tomé la copa de vino y leí las palabras escritas. “Toque de silencio por el Príncipe de las Mareas. Perros en mi fiesta de cumpleaños. Ven a vivir en la casa blanca, las marismas no son seguras. El perro negro no tiene relación con los tigres. Papaíto, coge la cámara. Papaíto, coge la cámara. Los perros vagabundean en jauría. Por la carretera llegan tres hombres. Callanwolde. Callanwolde. Desde los bosques de Callanwolde hasta la casa de Rosedale Road. Toque de silencio por el Príncipe de las Mareas. La boca del hermano no es segura. La marisma nunca es segura. Llegan los camarones, llegan los camarones, llegan los perros. César. Gardenias y prendedores rojos. Ahora. Ahora. El gigante y la Coca-Cola. Llevad al tigre a la puerta de atrás. Tocad dixie para las focas. Una raíz para los muertos por la corneja. ¿Oyes a alguien, madre? Las tumbas están hablando de nuevo. ¿Hay alguien ahí fuera? Una persona bonita, madre. La nieve ha sido robada del río y una persona más bonita que Yo, madre. ¿Cuántos ángeles cayeron del útero que floreció a la fealdad en primavera? Donde hay fruta y abuelo hay cruz. Paren el barco. Por favor, paren el barco. Voy a quedarme contigo mucho, mucho tiempo. Daño. Prometo hacerte daño. Hacerle daño al hombre del tigre. Hacerle daño al hombre del tigre. Matar al hombre del tigre. Paren el barco. ¿Dónde está Agnes Day?

Cuando terminé de leer, exclamé:

—¡Jesús! La doctora Lowenstein recobró la hoja y la dobló.

—¿Hay algo en todo esto que le parezca significativo?

—Hay mucho. Todo parece significativo.

—¿Qué quiere decir?

—Está contándole su biografía a gritos. A usted... a cualquiera que le escuche... a ella misma.

—¿Su biografía? ¿Querrá usted quedarse en Nueva York y contarme todo lo que sepa?

—De principio a fin, doctora. Durante todo el tiempo que usted crea necesario.

—¿Podemos comenzar mañana a las cinco?

—Muy bien —asentí—. Tengo cosas horribles que contarle.

—Le agradezco su disposición para ayudar a Savannah, Tom —dijo ella.

—No —repliqué. Y, casi sofocándome, añadí—: Para ayudarme a mí mismo. Para ayudarme a mí.

Cuando entré en el apartamento de mi hermana, en Grove Street, era ya más de medianoche. En la noche sin luna, Sheridan Square parecía lánguida y surrealista, y por ella vagaban los ciudadanos sin casta de las horas nocturnas. Sus caminos se cruzaban cada noche, sin que ninguno diera signos de reconocerse. Se movían siempre por la reverberante claridad en un ceremonial de nostalgia sorprendida. Sus caras tenían el resplandor de algún persistente equinoccio interior que escapaba a la comprensión de los extraños. Paseantes nocturnos, desprovistos de temor, los había estudiado a todos cuando pasaban por mi lado sin prestarme atención. Había intentado copiar sus expresiones, etéreas, carentes de referencias, originales. Pero mi rostro es un pésimo actor. Ellos sabían cómo andar por la gran ciudad, y yo no, Forastero, visitante, cuando entré en el vestíbulo del edificio de Savannah percibí el aroma del mar, el viejo y familiar olor del litoral del Este que recorría con estruendo las avenidas.

El viejo ascensor, del tamaño y la forma de un ataúd, me subió a la sexta planta entre toses y gemidos.

Dejé mi equipaje en el suelo de mármol y probé una docena de llaves antes de descubrir las cuatro que abrían los enormes cerrojos que protegían del mundo a mi hermana.

Dejando abierta la puerta, pasé al dormitorio de Savannah y arrojé mis maletas sobre la cama. Quise encender la lámpara de la mesita de noche, pero la bombilla estaba fundida. A oscuras, fui palpando las paredes en busca de un interruptor y derribé un jarroncito de cristal tallado que se hizo añicos contra el suelo. Y entonces oí una voz que me gritaba desde la entrada:

¡Alto ahí! No te muevas, desgraciado. Soy un tirador de primera, la pistola está cargada y disfruto matando delincuentes a sangre fría.

—¡Soy yo, Eddie! —respondí desde el dormitorio—. ¡Por el amor de Dios, soy yo, Tom!

—¿Tom? —repitió Eddie Detreville, desconcertado. En seguida, comenzó a regañarme—: Tom, cuando estés en Nueva York no debes colarte en el apartamento de nadie sin avisarme a mí antes.

—No me he colado, Eddie. Tengo las llaves.

—Eso no te convierte en el Llanero Solitario. Savannah va repartiendo llaves de su casa como si fueran regalitos de fiesta.



—¿Por qué no me telefoneaste para decirme lo de Savannah, Eddie? —le pregunté, pensando en la cuestión por primera vez.

—No vayas a tomarla conmigo, Tom. No lo consentiré. Tengo instrucciones estrictas de no llamar a ningún familiar por ningún motivo a menos que haya muerto. ¿Acaso crees que no habría querido hacerlo? Yo fui quien la encontré. La oí caer en el cuarto de baño. Hacía meses que estaba fuera, ¡meses! Ni siquiera sabía que hubiera vuelto. Pensé que algún ladrón estaba asesinandola. Entré aquí, temblando, con esta pistola cargada en la mano, y la encontré desangrándose en el suelo del cuarto de baño. Era un caos total. Como supondrás, estuve a punto de desmayarme. Sólo de pensarlo se me ponen los pelos de punta.

—¿Fuiste tú quien la encontró? No lo sabía.

—Era un caos total. Tardé varios días en limpiar toda la sangre. Parecía un matadero.

—Le has salvado la vida —le dije a Eddie, que se recortaba en claroscuro contra la penumbra del recibidor.

—Sí. A mí también me gusta expresarlo en esos heroicos términos.

—Ya puedes, dejar de apuntarme con la pistola, Eddie.

—Oh, sí. Perdona, Tom —respondió, bajando el arma hacia el suelo—. En lo que va de año ya me han robado dos veces.

—¿Por qué no, pones un cerrojo en la puerta?

—En mi puerta ya no queda sitio para más cerrojos, pero esos tipos son verdaderos especialistas, unos acróbatas. Uno de ellos saltó desde la escalera de incendios del edificio de al lado y fue a caer encima de mi aparato de aire acondicionado. He engrasado todos los alféizares, pero estos ladrones son profesionales. Profesionales. No quieras saber lo que me cuesta la póliza del seguro. Es astronómico. ¿Qué tal estás, Tom? Todavía no te he saludado como Dios manda.

Me dirigí a la entrada y abracé a Eddie Detreville. Él me besó en la mejilla y yo le devolví el beso antes de pasar a la salita. Encendió una lámpara y me dejó caer pesadamente en un mullido sillón. La luz hería mis ojos y entraba en mi cerebro con un cruel voltaje que me aturdiría.

—¿Dónde está Andrew? —pregunté, con los ojos cerrados.

—Me dejó por un tipo más joven, Tom. Me llamó viejo bujarrón. Viejo y gastado bujarrón. No fue muy agradable. Pero me telefona de vez en cuando y parece que podremos volver a ser amigos. Savannah se portó como un ángel. Cuando Andrew me dejó, prácticamente me vine a vivir con ella.

—Lo siento. —Abrí los ojos. La luz cayó como un chorro de ácido sobre mis retinas—. Me caía bien Andrew. Hacíais buena pareja. ¿No hay ningún otro hermoso muchacho en el horizonte?

—¡Ja! Ni uno. A no ser que logre convencerte para que cruces la línea mientras estás por aquí. ¿O acaso sigues manteniendo la absurda afirmación de que eres un heterosexual impenitente?

—Ahora me he vuelto neutro —respondí—. El sexo ya no tiene nada que ver conmigo. Ahora me dedico a compadecerme de mí mismo.

—Deja que te prepare algo de beber —se ofreció—, y luego comenzaré con mi lenta seducción sensual.

—Que sea algo ligero, Eddie. La jaqueca va en aumento.

—¿Has visto a Savannah?

—Sí. Ha sido como hablarle a un helecho.

—Estuvo algún tiempo fuera de control. No puedes ni imaginártelo. Como el nido del cuco.

—¿Tienes alguna pastilla para el dolor de cabeza? He olvidado las mías en casa.

—¿Pastillas? —respondió—. Tengo sedantes y estimulantes; pastillas para subir y bajar, para quedarse en la mitad y para ir a cualquier punto intermedio. Tú pide, y el doctor Eddie te lo servirá. Mi botiquín parece una verdadera farmacia, pero no te conviene beber y tomar pastillas al mismo tiempo.

—¿Y cuándo he hecho lo que me convenía?

—Tienes un aspecto fatal, Tom. Nunca te había visto tan horrible. Casi has perdido todo tu atractivo.

—¿Es así como comienzas tu lenta seducción sensual? —inquirí, sonriéndole—. No me extraña que te hayas quedado solo.

—No lo decía en un sentido crítico —explicó, mientras llenaba una copa en el mueble bar que había junto al escritorio de Savannah—. Bueeeno, señor Sensible. Y ahora que lo pienso, aún no me has dicho qué tal estoy.

Vino hacia mí con el coñac. Lo contemplé mientras se acercaba. Eddie Detreville era un hombre de cierta edad, refinado y elegante. Sus patillas griseaban y entre sus meticulosamente peinados cabellos castaños relucían destellos de plata, claramente visibles. Tenía el rostro de un rey cansado. Su cutis era suave, aunque ligeramente gastado en torno a los ojos y la boca. El blanco de sus ojos estaba veteado de venillas rojas y parecía levemente amarillento, como si contemplara el mundo a través de un descolorido tejido de lino.

—Ya te lo he dicho antes, Eddie, y voy a repetírtelo: eres uno de los hombres más guapos del planeta.

—Eso lo dices porque se ha notado mucho que esperaba un cumplido. Bien, no pienso disculparme.

—Estás para que te coman —añadí.

—Vaya, vaya, quizá todavía podamos hacer algo contigo.

—No lo he dicho con esa intención, Eddie —protesté.

—Promesas, promesas. Pero ¿en serio crees que tengo buen aspecto? No he envejecido mucho, ¿o sí?

—Cada vez que nos vemos me preguntas lo mismo, Eddie.

—Me importa conocer tu opinión. Como sólo nos vemos muy de vez en cuando, estás en una posición excepcional para juzgar el grado de mi deterioro. El otro día

encontré unas fotos antiguas, Tom, y me eché a llorar. ¡Qué hermoso era! Era hermosísimo, de joven. Ahora siempre me afeito con la luz del lavabo apagada. No soporto verme la cara en el espejo. Demasiado triste. He empezado otra vez a ir de ligue por los bares, Tom. Hace unas noches, abordé a un jovencito. Un chico encantador. Quería invitarle a una copa. ¿Sabes qué me dijo? «Vete a cagar, viejales.» Me quedé atónito.

—Él se lo perdió, Eddie.

—Le temo más a la vejez que a la muerte. Pero ya hemos hablado bastante de mí. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Nueva York esta vez, Tom?

—Aún no lo sé, Eddie. La psiquiatra de Savannah quiere que le cuente todos los chismes de la familia, a ver si así puede montar de nuevo el rompecabezas. Me gustaría decirle solamente que mamá está chalada, papá está chalado, todos los Wingo están chalados, ergo Savannah está chalada.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has hablado con Savannah o has recibido noticias tuyas, Tom?

—Hace más de tres años —respondí, avergonzado por tal lapso de tiempo—. Dice que le recuerdo demasiado a Luke.

—Tom, quiero decirte una cosa. No creo que Savannah lo supere esta vez. Creo que es demasiado para ella. Creo que está agotada. Ya no tiene fuerzas para seguir luchando.

—No digas eso, Eddie. Di lo que se te ocurra, pero no quiero que vuelvas a decir eso nunca más.

—Lo siento, Tom. Es algo que vengo pensando desde hace tiempo.

—Piénsalo, Eddie. Pero no lo digas, por favor.

—Ha sido una estupidez por mi parte. Retiro hasta la última sílaba. ¿Querrás venir a cenar a casa mañana por la noche?

—Me gustaría mucho. A ver cómo te encuentro por la mañana.

Una vez Eddie se hubo marchado, recorrí el apartamento mientras esperaba a que la jaqueca avanzara por mi cerebro como la enorme sombra de un eclipse lunar. Aún faltaba un par de horas para que llegara, pero ya sentía la zona de alta presión que iba formándose en la base del cráneo. Mientras no llegara a la sien izquierda no me haría caer de rodillas. Tomé la primera pastilla contra el dolor, acompañándola con el último sorbo de coñac. Mis ojos se posaron en la fotografía que Savannah había colgado en la pared, sobre su escritorio. La había tomado mi padre, en la cubierta de su barco camaronero, al comienzo de nuestro último año en la escuela secundaria. Luke y yo sonreímos a la cámara y envolvemos, un brazo cada uno, los hombros de Savannah. Savannah está riéndose y alza la cara para contemplar a Luke con un cariño puro y sin complicaciones. Los tres aparecemos jóvenes, bronceados Y sí, hermosos. A nuestra espalda, más allá del muelle y la marisma, diminuta y apenas visible, nuestra madre saluda con la mano desde el frente de nuestra pequeña casa blanca. Si alguno de nosotros hubiera podido prever lo que aquel año iba a traernos,

no estaría sonriendo. Pero la fotografía congeló el tiempo, y los tres sonrientes chiquillos Wingo permanecerán para siempre en aquel barco, unidos por el estrecho lazo de un frágil pero imperecedero amor.

Saqué mi cartera del bolsillo trasero y busqué la carta, plegada y arrugada, que Savannah me había escrito después de mi primer partido como entrenador. Contemplé a la niña que reía en la foto y me pregunté cuándo, en qué momento exacto, la había perdido, le había permitido que se alejara demasiado de mí, la había traicionado consintiendo que el mundo se la quedara. La fotografía me desgarraba el corazón, y comencé a leer la carta en voz alta.

Querido entrenador:

He estado pensando en lo que enseñas a tus chicos, Tom. Qué lenguaje puedes utilizar por el amor de esos muchachos impulsados por tu voz a través del césped que tú mismo segaste. Cuando os vi a ti y a tu equipo ganar el primer tiempo, toda la magia del deporte vino hacia mí con voz de plata, como silbatos. No existen palabras capaces de expresar tu belleza mientras transmitías urgentes mensajes a los *quarterbacks*, pedías tiempo muerto, paseabas por la banda tan extrañamente iluminada, adorado por tu hermana a causa de tu inimaginable amor por el juego, por la suave y delicada inmensidad de tu amor hacia todos los muchachos y todos los juegos del mundo.

Pero en las vidas de los entrenadores hay cosas que únicamente sus hermanas pueden enseñarles. Enséñales esto, Tom, y enséñaselo bien: enséñales los verbos silenciosos de la amabilidad, para que vivan más allá de ellos mismos; empújalos hacia la excelencia, condúcelos hacia la gentileza, mételos en lo más profundo de ti y arrástralos a la virilidad, pero suavemente, como un ángel que ordena las nubes. Que tu espíritu se mueva a través de ellos con suavidad, como tu espíritu se mueve en mí.

Anoche lloré cuando oí tu voz por encima de la muchedumbre. Te oí gritar palabras de aliento para el tackle torpe, para el defensa lento; la música de tus dulces alabanzas. Pero Tom, hermano, león, todo oro y dolor: enséñales sobre todo lo que mejor sabes. Ningún poema, ninguna carta pueden transmitir tu inefable regalo a los muchachos. Quiero que aprendan de ti la manera de ser el más dulce y el más perfecto de los hermanos.

Savannah.

Cuando terminé de leer la carta volví a contemplar la fotografía, y luego restituí con gran cuidado el papel a mi cartera.

En el dormitorio, cambié la bombilla de la lámpara de la mesita de noche y recogí los fragmentos de cristal del jarrón roto. Me desvestí rápidamente y arrojé mi ropa

sobre una Silla, al lado de la cama. Retiré las sábanas y me tendí en la cama. Cerré los ojos, y en seguida los abrí de nuevo.

Y entonces el dolor me reclamó. Llegó como una columna de fuego por detrás de mis ojos. Golpeó repentinamente y con rudeza.

En la perfecta quietud, apreté los párpados y, tendido en la oscuridad, hice voto de cambiar mi vida.

La infancia no tiene veredictos; sólo consecuencias, y la brillante carga de la memoria. Hablaré ahora de los soleados e intensamente vividos días de mi pasado. Soy más fabulista que historiador, pero intentaré presentar, sin arreglos, el insoluble terror de la adolescencia. Al convertirlo todo, aun la tristeza, en una aventura romántica, estoy traicionando la integridad de la historia de mi familia. No hay aventura ni romanticismo en esta narración; sólo hay la narración.

Comenzaré con un hecho concreto: los perros de la isla están aullando, llamándose unos a otros.

Es de noche. Mi abuelo los escucha y no le gusta lo que oye. En esta melodía de sabuesos está contenida toda la elegíaca soledad de mi rincón de mundo. Los perros de la isla tienen miedo. Son las diez de la noche del 4 de octubre de 1944. La marea está creciendo y no alcanzará su plenitud hasta la 1:49 de la madrugada.

En la blanca casa junto al río ha nacido mi hermana. Mi madre no salía de cuentas hasta un mes después, pero eso carece ahora de importancia. Sarah Jenkins, una negra de ochenta y cinco años, comadrona desde hace sesenta, se inclina sobre mi madre mientras ésta da a luz a Savannah. El doctor Bannister, único médico de Colleton, está muriéndose en Charleston en estos instantes. Sarah Jenkins está ocupándose de Savannah cuando advierte la inesperada aparición de mi cabeza. Llego por sorpresa, como una ocurrencia de última hora.

Un huracán se aproxima a la isla de Melrose. Mi abuelo está reforzando los cristales de las ventanas con cinta adhesiva, se acerca a la cuna y se que la miran.

Vuelve a escuchar el concierto de los perros, pero le resulta difícil oírlos, a causa del viento. La corriente eléctrica se ha ido hace más de una hora, y vengo al mundo a la luz de las velas.

Sarah Jenkins nos limpia a fondo y atiende a nuestra madre. Ha sido un parto largo y difícil, y teme que sobrevengan complicaciones. La comadrona nació esclava en una choza levantada detrás de la plantación Barnwell, y es la última esclava superviviente en el condado de Colleton. Su rostro, brillante, parece de cuero; su color es café con leche.

—Ah, Sarah —observó mi abuelo, sosteniendo a Savannah ante la luz del quinqué—. Una buena señal. Es la primera niña que nace en la familia Wingo desde hace tres generaciones.

—La mamá no está bien.

—¿Puedes ayudarla?

—Hago lo que puedo. Ya lo sabes. Ahora necesita un médico.

—El viento arrecia, Sarah.

—Igual que en la tempestad del noventa y tres. ¡Esa sí que fue mala! Murió

mucha pobre gente.

—¿No tienes miedo?

—De algo hay que morir —dijo ella.

—Te agradezco que hayas venido, Sarah.

—Me gusta estar con mis hijas cuando les llega el momento. Blancas o negras, lo mismo da. En esta hora, todas son hijas mías. Tengo un millar de hijas por estas islas.

—¿Te acuerdas de cuando nací yo? —quiso saber mi abuelo.

—Eras un crío berreón.

—Gemelos —dijo mi abuelo—. ¿Qué quiere decir eso?

—Buena suerte —respondió la mujer, regresando al lado de mi madre—. Dios sonrío con el doble de fuerza a este mundo agobiado.

En el bosque que bordeaba la casa, el viento empezó a soplar con fuerza sobre los árboles y las lluvias excavaron la tierra con poderosas manos recién nacidas. Grandes olas comenzaron a romper contra el muelle. Presintiendo la inundación, las serpientes salieron de sus nidos y comenzaron a subir hacia las más altas ramas de los árboles. Un pequeño palmito arrancado de cuajo pasó rodando por la carretera que conducía a la casa como un hombre que diera volteretas. Ningún pájaro cantaba en toda la isla. Hasta los insectos habían enmudecido.

Mi abuelo pasó al dormitorio y halló a mi madre casi dormida, agotada, mientras Sarah Jenkins le enjugaba el rostro con un paño.

—Lo has hecho muy bien, Lila, querida. Un buen trabajo.

—Gracias, papá —respondió—. ¿Y la tormenta?

—No parece que vaya a ser gran cosa —mintió él—. Trata de dormir un poco, que ya me preocuparé yo de la tormenta.

Regresó a la sala de estar. Del bolsillo de la cadera extrajo un telegrama a nombre de mi madre que el Departamento de la Guerra le había enviado dos días antes. Mi padre había sido derribado en el transcurso de una incursión aérea sobre Alemania y constaba como desaparecido en acción. Se le suponía muerto. Mi abuelo lloró amargamente a su hijo, pero en seguida recordó que tenía otros deberes y que unos mellizos eran señal de buena suerte.

Se dirigió a la cocina y comenzó a preparar café para él y para Sarah. Cuando estuvo hecho, le llevó una taza a la comadrona negra. Luego notó la fuerza del viento contra las paredes de la casa y la sonora vibración de las ventanas, un canto de vidrios en peligro. Las aguas llegaban ya al borde del muelle y seguían creciendo, impulsadas con violencia por el viento. Un nido de águila pescadora, arrancado de la copa de un árbol seco, pasó volando por el patio como un sombrero de mujer. La corriente del río se lo llevó rápidamente.

Mi abuelo sacó la Biblia blanca que había regalado a mis padres como presente de bodas y la abrió por las páginas satinadas que separaban el Antiguo del Nuevo Testamento. Mi madre había elegido de antemano dos nombres, uno de niño y otro de niña. El abuelo cogió una estilográfica y bajo el nombre de Luke escribió Savannah

Constance Wingo. Más abajo, anotó mi nombre: Thomas Catlett Wingo.

Los negros de las tierras bajas llamaron Batlisheba a aquella tempestad, que mató a doscientas diecisiete personas en la costa de Carolina del Sur. Mi abuelo consultó su reloj. Ya eran casi las once. Abrió la Biblia por el libro de Job y permaneció una hora leyendo. Pensó en su hijo y en su esposa. Mi abuela le había dejado durante la Depresión. En lo profundo de su corazón, había ocasiones en que mi abuelo sentía rencor hacia el Señor. Leyó la historia de Job y obtuvo consuelo. Después, lloró de nuevo por su unigénito.

Se levantó y miró hacia el río. Había una luz ultraterrena, una fantasmagórica claridad llegada con la tormenta, pero no se podía ver el río. Se puso las botas, el impermeable de lona encerada y el sombrero; cogió una de las lámparas de la cocina; fue una vez más a ver a mi madre y a Sarah, y a los dos recién nacidos, y finalmente salió a la tempestad.

La fuerza del viento casi arrancó la puerta de sus goznes cuando mi abuelo la abrió. Tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para cerrarla. Inclinado, apoyándose en el viento, cruzó el patio en dirección al río, tambaleándose. Una rama le golpeó en la frente, cortándosela como con una espada. Se protegió los ojos con la mano. Desde el río le llegaba el violento chasquido de los árboles que se partían por la mitad. Estaba aún a veinticinco metros de la ribera cuando de pronto se encontró con agua hasta las rodillas. Asustado, cegado por la lluvia, se agachó para probar el sabor del agua. Era salada.

Dejó que el viento le llevara de regreso hacia la casa. Llegó a la puerta delantera, pero no pudo abrirla: la fuerza del viento la mantenía cerrada. Corrió hacia la puerta trasera y fue derribado por una rama desgajada del roble que crecía junto a la ventana del dormitorio de mis padres. Se incorporó, aturdido y sangrando por una brecha abierta en la nuca, y avanzó a gatas hacia la puerta posterior. La tempestad era como una montaña que se derrumbara sobre él. Abrió la puerta y al instante se formó un charco en la cocina. Permaneció un momento tendido en el suelo de la cocina, mareado. Pero las aguas estaban creciendo. Se enjuagó la sangre de la cabeza en el fregadero y, bajo la inhumana claridad de la lámpara de petróleo, se dirigió al dormitorio de mi madre. Le seguía su sombra, enorme y portentosa.

Sarah Jenkins dormía en una silla junto al lecho de mi madre. El abuelo la despertó con suavidad.

—El río —susurró—. Hay crecida, Sarah.

En aquel mismo instante, en Alemania, cerca de la ciudad de Dissan, mi padre estaba oculto en la galería del coro de una iglesia, viendo decir misa a un sacerdote católico. Mi padre tenía paralizada la mitad izquierda del rostro, su brazo izquierdo estaba entumecido y con comezón, y la sangre le impedía ver con claridad. Examinaba atentamente al sacerdote mientras éste seguía diciendo la misa en latín, que mi padre, en su ignorancia y su dolor, tomaba por alemán. Estudiando los ademanes del sacerdote, su forma de hacer la genuflexión ante un crucifijo, su



expresión cuando se volvía hacia las tres ancianas encorvadas e informes que asistían a aquella misa matutina en, mitad de una guerra, la forma en que alzaba el cáliz, mi padre esperaba hacerse una idea del carácter de aquel hombre. «¿Estará dispuesto a ayudarme?» —pensaba mi padre—. «He matado gente de la suya con mis bombas, pero ¿qué debe de opinar de Hitler un religioso? ¿Qué hará este religioso si le pido que me ayude?» Mi padre no había pisado una iglesia católica en su vida. Nunca había conocido bien a un católico. Jamás había visto un sacerdote.

—Agnus De qui tollis peccata mundi —dijo el sacerdote. Aunque las palabras carecían de significado para él, su belleza fascinó a mi padre.

—Agnus Dei —volvieron a sonar las palabras. Mi padre bajó la pistola que tenía apuntada hacia el sacerdote y observó a las tres mujeres que se acercaban al altar para recibir la comunión. Le pareció que el sacerdote les dirigía sendas sonrisas, pero no podía estar seguro. Le dolía la cabeza. Nunca había sentido tanto dolor; ni siquiera había imaginado que se pudiera sentir tanto dolor. Mi padre se desmayó antes de que terminara la misa, con la cabeza recostada en el balaustre de piedra y el cuerpo encajado entre el órgano y la pared.

El sacerdote era el padre Gunter Kraus, un muniqués de sesenta años cuyos blancos cabellos y rostro nervioso, de pronunciada nariz, le conferían un extraño aspecto inquisitorial. Era un hombre amable con un rostro maligno. Había elegido la vida sacerdotal en parte por lo que él consideraba su irremediable fealdad.

Antaño había sido párroco de la que por el número de feligreses, era la tercera congregación de Munich, pero había discutido con su obispo a causa de la colaboración de este último con los nazis. El obispo había desterrado al padre Kraus a la campiña bávara, por su propio bien. Varios de sus colegas, más valientes que él, habían dado refugio a familias judías y habían muerto por ello en Dachau. Él, en cambio, había rechazado a una familia de judíos que acudió a su iglesia en busca de refugio. En su opinión, se trataba de un pecado que ningún Dios, por misericordioso que fuera, podría jamás perdonarle. Mi padre no se había ocultado en la iglesia de un valiente, pero sí en la de un hombre bondadoso.

Después de la misa, el padre Kraus acompañó a las tres mujeres hasta la puerta y permaneció unos diez minutos charlando con ellas en los escalones de la iglesia. El monaguillo apagó las velas, lavó las vinajeras y colgó sus vestimentas en un armario que había junto al guardarropa del sacerdote. Fue este monaguillo quien advirtió el cristal roto en la ventana del cuarto de baño, aunque no se fijó en las gotas de sangre que manchaban el suelo, al lado de la pila. Cuando el monaguillo salió de la iglesia, mencionó lo de la ventana rota al sacerdote, que aún seguía en el portal.

El sacerdote estaba contemplando las lejanas cumbres nevadas de los Alpes bávaros, resplandecientes bajo el sol. La noche anterior, los aliados habían bombardeado cuatro ciudades alemanas.

Cerró la puerta principal, comprobó que aún quedara suficiente agua bendita y se dirigió hacia un altar lateral para encender un cirio ante una pequeña imagen de

mármol del Niño Jesús de Praga. Después, se arrodilló para rezar una plegaria por la paz. La primera gota cayó sobre su alba vestidura y la manchó de un rojo oscuro. La segunda fue a dar sobre sus manos unidas en oración. Alzó la vista y una gota de sangre le salpicó el rostro.

Cuando mi padre recobró el sentido, vio al sacerdote de pie a su lado, observándole, tratando de tomar una decisión.

—Buenos días, señor —dijo mi padre al sacerdote alemán.

El sacerdote no respondió nada. Mi padre observó que le temblaban las manos.

—Bonjour, monsieur —insistió mi padre.

—¿Inglés? —preguntó el sacerdote.

—Soy norteamericano.

—No puede quedarse aquí.

—No parece que ninguno de los dos nos hallemos en posición de hacer nada al respecto. Tal y como están las cosas, usted y yo formamos un equipo.

—Espacio. Mi inglés no es muy bueno.

—Necesito su ayuda. Cuando encuentren mi avión, todos los alemanes de esta parte de Krautlandl van a salir a buscarme.

—No puedo ayudarle.

—¿Porqué no?

—Tengo miedo.

—Miedo —repitió mi padre—. Yo he tenido miedo toda la noche. ¿Es usted nazi?

—No; soy un sacerdote. Debo denunciarle. No deseo hacerlo, pero será lo mejor. Para mí. Para usted. Para todos. Ellos le curarán su herida.

Mi padre alzó la pistola y encañonó al sacerdote.

—Mala tormenta —comentó Sarah Jenkins, incorporándose—. Igual que en el noventa y tres.

—Tenemos que llegar al establo y subir a lo alto —dijo mi abuelo.

—Malo para los bebés. Malo para la madre.

—No hay otro remedio, Sarah —observó él—. Te llevaré a ti primero.

—¿Qué estás diciendo? Sarah es vieja, pero todavía no está muerta. Te ayudaré a llevar los bebés, vamos. —Sarah Jenkins se reservaba el derecho de tutear a todos los que había ayudado a traer al mundo, incluso a los blancos.

Mi abuelo me sacó de la cuna y me depositó, todavía dormido, en los brazos de Sarah, que se envolvió con su chal y me estrechó firmemente sobre su pecho. A continuación, mi abuelo colocó a Savannah y a Luke sobre una manta de algodón, los cubrió y volvió a cubrirlos con su impermeable amarillo.

Abriendo la puerta trasera, se lanzaron a la cruda y rugiente lluvia y corrieron hacia el establo. A su alrededor aullaban los vientos, negros y demoníacos, con rachas que superaban los trescientos kilómetros por hora. Sarah perdió el equilibrio, o fue arrebatada por el viento, y salió despedida a través del patio posterior, con el chal ondeando a su alrededor como una vela. Aunque fue arrojada contra la pared de uno

de los edificios exteriores, en ningún momento dejó de protegerme con su cuerpo.

Mi abuelo llegó a duras penas junto a ella, le pasó un brazo por la cintura y, con un doloroso tirón, la ayudó a ponerse en pie. Por un instante la sostuvo a su lado y permanecieron los dos juntos, manchados de barro y empapados por la lluvia; acto seguido, reemprendieron la penosa marcha hacia el establo, portadores de tres sollozantes chiquillos. Nuevamente hubo que luchar contra el viento, que mantenía firmemente cerradas las puertas. Cuando mi abuelo logró abrir una el vendaval la hizo añicos contra la pared del establo. Una vez dentro, trepó por la escala que desaparecía en la oscuridad sobre sus cabezas y tendió a Luke y a Savannah, el uno junto al otro, sobre un fragante montón de heno. El pánico de los animales del establo era perceptible. En seguida, bajó del henil para reunirse con Sarah, que me llevaba en brazos.

—Sarah se ha hecho daño —anunció la mujer—. No puede subir.

Mi abuelo tomó a la comadrona en sus brazos, dejándome en el suelo del establo. Sarah era tan leve como un niño, y el ascenso por la escala la hizo gemir sordamente. El viento entraba a ráfagas por el hueco de la puerta. Finalmente, el abuelo la dejó sentada, apoyada en una bala de heno. Sarah cogió a Luke y a Savannah y trató de secarlos, pero tanto sus ropas como las mantas estaban completamente empapadas, de modo que se desabrochó la blusa y los estrechó sobre sus pechos desnudos para darles el calor de su propio cuerpo.

Cuando mi abuelo se materializó de nuevo en la oscuridad, sosteniéndome en sus brazos, ella me puso entre los otros. El abuelo se apresuró a descender y arrostró una vez más la tormenta. No sabía cómo podría subir a mi madre hasta el henil.

Cuando llegó a la casa ya empezaba a entrar agua por la puerta principal. Se volvió hacia la oscuridad, y la imagen que vio no la olvidaría, en el resto de su vida. El río, potente y majestuoso, pasaba rápidamente, lamiendo los muros de nuestra casa. Un bote de remos, rotas sus amarras, fue alzado por el huracán, y como en un sueño, mi abuelo lo vio surgir de la negrura, iluminado por la extraña luz de la tormenta, y volar directamente hacia él. Levantó la mano como si quisiera detenerlo y cerró los ojos cuando el bote atravesó la ventana del otro extremo del cuarto y cayó sobre la mesa del comedor, destrozándola. Un fragmento de vidrio se clavó en su brazo. Echó a correr hacia la habitación de mi madre, rezando mientras corría.

El sacerdote comenzó a temblar incontroladamente al ver la pistola. Cerró los ojos, se llevó las manos al pecho y bendijo a mi padre en latín. Mi padre bajó el arma. El sacerdote abrió los ojos.

—No puedo disparar contra nadie que vista como usted, padre —dijo mi padre con voz débil.

—¿Está muy malherido? —quiso saber el sacerdote.

Mi padre se rió sin alegría.

—Mucho —respondió.

—Venga conmigo. Pero luego informaré de su presencia.

El padre Kraus ayudó a mi padre a incorporarse y, sosteniendo su peso, lo condujo hacia una puerta próxima al vestíbulo que daba a la escalera del campanario, una torre que dominaba la población. Subieron lentamente, con esfuerzo, y la sangre de mi padre fue manchando todos los peldaños durante la ascensión. Cuando llegaron al cuartito en el que terminaba la escalera, el sacerdote dejó a mi padre en el suelo. A continuación, se quitó la ropa manchada de sangre, inutilizable ya, y formó una almohada para que mi padre recostara su cabeza. Luego se despojó de la casulla y la desgarró en largas tiras, con las que envolvió apretadamente la cabeza de mi padre.

—Ha perdido mucha sangre —observó el sacerdote. Iré a buscar agua para lavarle la herida.

Mi padre miró al sacerdote y dijo: —*Gesundbeit*. Habiendo pronunciado la única palabra alemana que conocía, mi padre perdió nuevamente la conciencia.

Aquella noche, cuando mi padre despertó, el sacerdote estaba inclinado sobre él, administrándole la extrema unción. El sacerdote sabía que la temperatura del piloto herido había aumentado bruscamente y que sus lesiones eran graves. Mi padre no veía con el ojo izquierdo, pero notó la suavidad de las manos del sacerdote aplicando los óleos del sacramento.

—¿Por qué? —inquirió mi padre.

—Creo que está muriéndose —respondió el sacerdote—. Estoy dispuesto a oír su confesión. ¿Es usted católico?

—Bautista...

—Ah. Entonces, estaba usted bautizado. Como no lo sabía, he vuelto a bautizarle hace unos minutos.

—Gracias. Fui bautizado en el río Colleton.

—Un río entero.

—No, sólo una parte de él.

—Le bautizo de nuevo.

—No puede hacer ningún daño.

—Traigo comida. ¿Puede comer?

Años después, mi padre describiría con una sensación de maravilla nada amortiguada por el tiempo el sabor de aquel oscuro pan alemán; de la preciosa mantequilla, conservada como un tesoro, con que el pan estaba untado; del vino tinto que el sacerdote le dio a beber directamente de la botella. El pan en la boca, la mantequilla, el vino, nos decía a sus hijos, y todos nosotros los saboreábamos de nuevo junto con él; el vino que llenaba como terciopelo nuestras bocas, la mantequilla que se disolvía en nuestros paladares, el sacerdote que sostenía nuestras manos, el aroma de los óleos mortuorios en las suyas, el miedo que hacía temblar aquellas suaves manos de azuladas venas. Fuera, en la oscuridad, una patrulla alemana había encontrado los restos del avión derribado y la población había sido advertida de que había un piloto norteamericano por las cercanías. Se ofrecía una recompensa por su captura, y una ejecución sumaria para quienquiera que fuese

descubierto prestándole ayuda.

—Están buscándole —anunció el sacerdote cuando mi padre hubo terminado de comer—. Hoy han venido al pueblo.

—¿Han venido a la iglesia?

—Sí. Les he dicho que, si lo encontraba, yo mismo lo mataría con mis manos. Les ha hecho gracia que un sacerdote diga tal cosa. Pero volverán otra vez, estoy seguro.

—Me iré en cuanto pueda caminar.

—Ojalá no hubiera venido.

—No fue idea mía. Me derribaron.

¡Ah! —exclamó el sacerdote—. Entonces ha sido Dios quien lo ha enviado aquí.

—No, señor. Yo diría que han sido los nazis.

—Hoy rezo a Dios por usted.

—Gracias.

—Rezo a Dios para que usted muera —explicó el sacerdote—. Luego siento mucha vergüenza y rezo para que viva. Un sacerdote sólo debe rezar por la vida. Es un gran pecado. Le pido que me perdone.

—Gesundheit —dijo mi padre, deseando fervientemente que el sacerdote estornudara para así poder utilizar adecuadamente la palabra. En seguida, le preguntó —: ¿Dónde ha aprendido a hablar inglés?

—En Berlín, en el seminario. Me gustan mucho las películas norteamericanas. Los vaqueros, sí.

—Yo soy vaquero —anunció mi padre.

—¿Por qué le mentiste, papá? —preguntaba siempre Luke, preocupado por este aspecto de la narración cada vez que nos era relatada. Era un hombre amable, estaba muerto de miedo, y tú le engañas diciéndole que eres vaquero.

—Bueno, Luke —solía responder mi padre, considerando sus acciones a la luz de su propia historia—. Esto es lo que yo pensé: estoy medio ciego, medio muerto, y todos los alemanes del país quieren capturarme. Entonces, me encuentro con un sacerdote muy, muy nervioso, al que casualmente le gustan los vaqueros. Así que me decido rápidamente. Le doy un auténtico vaquero en carne y hueso para que lo cuide. Quiere a Tom Mix, pues le doy Tom Mix.

—Es usted de California, ¿no? —Inquirió el sacerdote.

—De Carolina del Sur.

—Eso está en el Oeste, ¿no?

—Sí. El sacerdote se dispuso a dejar a mi padre en su escondite del campanario.

—Ahora, duerma un poco. Me llamo Gunter Kraus.

—Y yo Henry Wingo, Gunter.

El sacerdote bendijo a mi padre en latín; mi padre creyó que era alemán.

Luego se durmió, mientras los soldados lo buscaban en la oscuridad.

Le despertaron las campanadas del Sanctus a una sorprendente claridad octubreña. Oyó la voz de Gunter Kraus recitando antiguas y hermosas plegarias. Su

desayuno estaba junto a él, en una bandeja. En la bandeja había también una nota. «Póngase bien —decía—. Cómaselo todo. Le dará fuerzas. Anoche capturaron a un piloto norteamericano cerca de Stassen. Me parece que ya no seguirán buscando. Roguemos a Dios que así sea. Su amigo, el padre Gunter Kraus...»

Mi abuelo sacudió levemente a mi madre hasta despertarla.

—Lila, me sabe muy mal tener que despertarte, cariño.

—Los niños —dijo mi madre con voz soñolienta—. ¿Están bien los niños?

—Muy bien, cariño. Tienen buenos pulmones. Unos pulmones la mar de buenos.

—¿Y la tempestad?

—Tengo que sacarte de aquí, cariño. El río está creciendo.

—¡Los niños! —exclamó.

—No te preocupes. Sarah y yo los hemos llevado al establo, y están a salvo.

—Papá, ¿has sacado fuera a mis niños, con esta tempestad?

—No hay más remedio, Lila.

—Estoy muy cansada, papá. Déjame dormir.

—Yo te llevaré, cariño. Iré con mucho cuidado, porque sé que estás dolorida. Lo has hecho muy bien, cariño. Dos magníficos Wingo. Unos niños preciosos, te lo aseguro.

—Henry ha muerto, papá. Henry no podrá verlos —Se lamentó, comenzando a sollozar.

—Ayúdame, Lila. Ayúdame todo lo que puedas.

—Henry ha muerto, papá. Los niños no tendrán padre.

—No van a tener madre si no te levantas en seguida de la cama —replicó mi abuelo—. Se le supone muerto. Sponer no es saber. Henry es un muchacho del río, y los muchachos del río son difíciles de matar.

Le pasó los brazos por detrás de la espalda y la levantó de la cama. Sin detenerse, la sacó de la habitación, haciéndole daño con cada paso que daba. Al cruzar la puerta de atrás, vio que el agua le llegaba ya hasta las rodillas. El viento y las aguas casi le hicieron caer. Caminaba lentamente, con cuidado, buscando un apoyo sólido para sus pies antes de dar el siguiente paso. La lluvia le azotaba cruelmente la cara. Pensó en José, cuando conducía a María y al niño Jesús hacia Egipto, durante la persecución de Herodes. José era un hombre fuerte, pensó mi abuelo, luchando contra las crecientes aguas, y tenía fe en Dios. Pero no era más fuerte que Amos Wingo, y no había en el planeta hombre o mujer con vida que tuviera el sostén de su asombrosamente sencillo amor a Dios. Mi madre, colgada de él como un chiquillo, gimió cuando mi abuelo comenzó a trepar por la escala, sosteniéndola con un solo brazo. En aquellos momentos le hacía verdaderamente mucho daño. Cuando llegaron junto a Sarah y los bebés, la manta con que la había cubierto estaba llena de sangre.

Pasó más de una hora hasta que se le cortó la hemorragia a mi madre, y el abuelo no alcanzo a comprender en toda su vida la naturaleza de aquella hemorragia ni el papel que había desempeñado en detenerla, si es que había desempeñado alguno. Se

arrancó la camisa de los hombros para embutirla con fuerza entre las piernas de su hija, viendo correr la sangre entre sus dedos a cada latido del corazón. A su espalda, Sarah cuidaba lo mejor que podía de los tres chiquillos gritones, emitiendo leves gemidos de dolor cada vez que debía moverse.

Mi madre se debilitaba por momentos; el abuelo estaba seguro de que la vería morir ante sus ojos, pero no podía admitir tal pensamiento en su conciencia, pues ésta estaba fija en la constante subida de las ingobernables aguas, que cubrían ya el suelo del establo. Bajo sus pies, oía el pánico de los animales y el demoníaco aullido del viento que se filtraba por todas las aberturas. Sentía la tensión de todos los clavos del establo, como si la madera, de pronto animada, hubiera comenzado a hincharse con el flujo del agua por las raíces y vasos muertos mucho tiempo antes. Sentía el temblor que corría por las vetas de todas las tablas del cobertizo. La mula comenzó a cocear la puerta de su caballeriza cuando el agua llegó hasta ella, mientras Amos apretaba contra el cuerpo de mi madre la camisa que otrora fuera blanca y se esforzaba por contener el terrible flujo asesino, pues no sabía qué otra cosa podía hacer. El botecillo que él mismo había traído antes desde el río comenzó a flotar, derivando hacia la parte de atrás del establo.

«Las dos de la madrugada —pensó—. La marea tendría que estar bajando.» No lograba comprender por qué las aguas no retrocedían. Las mareas eran una de las constantes inmutables de la vida junto al río, y le resultaba incomprensible que hubieran elegido un momento como aquél para traicionarse a ellas mismas y traicionar a su familia. En el exterior, un prodigioso vendaval arrasaba los árboles de la isla en un asalto a más de trescientos kilómetros por hora. Grandes robles eran desarraigados con la misma facilidad con que un chiquillo arranca las velas de un pastel de cumpleaños. Los árboles jóvenes volaban por el aire como simples hojas. «Ah —pensó mi abuelo, escuchando el viento que se precipitaba por la puerta del establo igual que un tren entrando en un estrecho túnel—, es el huracán, lo que frena la marea.» Comprendió que aquella tempestad superaba incluso la atracción de la Luna, y que todas las leyes cotidianas quedaban anuladas ante el horror y la majestuosidad de su presencia.

«El agua no puede retroceder —pensó—. Sigue subiendo contra su voluntad.»

Redujo un poco la fuerza con que apretaba la camisa y casi se echó a llorar cuando vio que la hemorragia había cesado. Mi madre, en estado de *shock*, yacía inconsciente en un charco de su propia sangre. Sarah y los pequeños permanecían en silencio, exhaustos. Mi abuelo rebuscó por el henil y halló una lana encerada, sucia de aceite y de paja, que echó por encima de mi madre. Después, la cubrió con más paja.

Bajó por la escala, se sumergió en el agua y nadó hacia los comederos, para abrir sus puertas y liberar a los animales. Luego, amarró el bote a la escala. En el pandemónium creado por el ganado que trataba de escapar, casi fue corneado por una vaca que nadó sobre él en su desesperación por salir del establo.

Cuando volvió a subir al henil, los tres chiquillos reposaban sobre el pecho de Sarah, sujetos como un haz de leña entre sus oscuros brazos. Se agachó para comprobar si mi madre estaba viva. Aunque su pulso era muy débil, todavía respiraba.

Se dejó caer, dolorido y agotado, y escuchó la voz de la tempestad, su gemido, que casi le parecía humano. Pensó en su hijo, Henry, carbonizado y retorcido bajo la metálica escultura de un avión derribado. Imaginó el alma de su hijo, liberada de su cuerpo musculoso y vital, flotando como un ternero joven conducido por el benévolo soplo de Dios hacia un paraíso de luz y reposo.

—Ya he dado bastante, Señor —le dijo mi abuelo al viento—. No daré nada más.

Exhausto, luchó contra el sueño que lo invadía, y mientras luchaba se quedó dormido.

Lo despertó la luz del sol y el piar de los pájaros. Miró hacia abajo y descubrió el bote posado en el fangoso suelo del establo. Empecé a llorar. Los ojos de mi madre se abrieron al oír mi llanto, y su leche brotó en una reacción refleja y automática.

Sarah Jenkins había muerto, y mi abuelo tuvo que utilizar todas sus fuerzas para arrancar de sus brazos a los tres niños blancos que había ayudado a salvar. Así terminó mi primera noche sobre la tierra.

Mi padre permaneció tres semanas en el campanario, escuchando bajo él el rumor de la vida en un pueblo alemán. El sacerdote iba a visitarle todas las noches, le cambiaba las vendas, le enseñaba a hablar en alemán y le llevaba noticias de la guerra. También le llevaba salchichas, hogazas de pan, grandes botes de sauerkraut, botellas de vino y la mejor cerveza que mi padre había probado. Los primeros días fueron muy duros para él, a causa del dolor. Pero el sacerdote permaneció a su lado durante toda una larga noche en la que mi padre creyó que iba a morir, cuidándole con sus suaves y torpes manos. A partir de entonces, comenzó a recobrar las fuerzas.

Al principio, el sacerdote sólo subía de noche, porque tenía miedo. Le acosaba la imagen de las botas nazis derribando su puerta, y el rostro inocente y pecoso de mi padre, como bien sabía el sacerdote, podía convertir esa imagen en realidad. La presencia de mi padre era para él una pesadilla moral que sometía a una dura prueba el temple de su carácter. El sacerdote sentía que se le había concedido el alma de un conejo en tiempos que exigían la de un león, y así se lo confesó a mi padre cuando ya llevaban una semana juntos. La aparición de mi padre le había exigido al sacerdote que había —en él que se impusiera al hombre.

A medida que mi padre iba mejorando, las visitas del sacerdote se hacían más largas. Las noches siempre habían sido muy duras para él. A veces, la soledad impuesta por su vocación se le hacía insoportable. El sacerdote anhelaba amistades sencillas y sin complicaciones, como las que veía entre algunos hombres del pueblo. El sacerdote subía tras la puesta del sol y a menudo permanecía al lado de mi padre hasta mucho después de la medianoche. Gunter Kraus había hallado en mi padre al amigo perfecto: cautivo, herido y siempre disponible.



—¿Por qué te hiciste sacerdote? —le preguntó mi padre una noche.

—La primera guerra mundial. Estuve en las trincheras de Francia. Le prometí a Dios que, si me permitía vivir, me haría sacerdote. Conque...

—¿No has querido nunca tener una familia, una esposa?

—Soy muy feo —contestó llanamente el sacerdote—. De joven, ni siquiera me atrevía a dirigirle la palabra a una muchacha.

—Yo tengo un hijo. Se llama Luke.

—Bien. Eso está muy bien... A veces me pregunto cómo sería un hijo mío. A veces sueño en los hijos e hijas que nunca tendré.

—¿Te has enamorado alguna vez? —quiso saber mi padre.

—Una vez —admitió el sacerdote—. En Munich. Me enamoré de una mujer muy guapa que estaba casada con un banquero. Una buena mujer. Me parece que yo le gustaba mucho, pero como amigo. Era muy buena mujer, pero tiene muchos problemas. Ella viene a pedirme consejo, y yo se lo doy. Entonces empiezo a enamorarme. Lo siento en mi interior. Creo que ella también me quería, pero como amigo. Le digo que no debe abandonar a su esposo, porque es la voluntad de Dios. Pero él la golpea. Ella se va a Hamburgo, con su madre. Me besa en la mejilla cuando viene a despedirse. He pensado muchas veces en ir a Hamburgo. He pensado que la amaba más que a Dios. Pero no he hecho nada.

—¿Por qué no fuiste a Hamburgo y te presentaste en su casa?

—Porque temía a Dios.

—Mira, Gunter —comenzó mi padre—, estoy seguro de que él lo comprendería. Él hizo que esa mujer te pareciera hermosa por algún motivo. Seguramente estuvo mucho tiempo para terminarla. ¿Tenía buen aspecto?

—Por favor —protestó el sacerdote—. Soy un sacerdote. No me fijo en esas cosas.

—No, claro.

—Tenía un alma hermosa. Espero encontrarla en la próxima vida.

—Me alegro de que no la siguieras hasta Hamburgo, Gunter.

—¿Porque habría cometido un pecado?

—No. Porque no habrías estado en esta iglesia cuando yo te necesitaba.

—Ach. ¿Por qué has tenido que escoger mi iglesia? Yo no te necesitaba.

—Bueno, lo cierto es que le has salvado la vida a este viejo vaquero —observó mi padre, moviendo su cabeza sobre la almohada para mirar al sacerdote a los ojos—. Y quiero que vengas a visitarme cuando termine la guerra.

—Esta guerra no terminará nunca. Hitler está loco. Cada día rezo a Dios para que Hitler se vuelva bueno. Mis oraciones no son nada para Dios.

—No se puede hacer una ensalada de pollo con mierda de pollo.

—No comprendo.

—Es sólo un dicho.

—Rezo mucho. Pero Hitler sigue siendo Hitler. La noche en que mi padre salió

del campanario había luna llena sobre Alemania. Su brazo izquierdo había recobrado poco a poco la sensibilidad, aunque la cara seguía parcialmente paralizada. El sacerdote le había proporcionado ropa para el viaje. Tomaron su última comida juntos, y mi padre, emocionado y agradecido, intentó hallar palabras para expresarle al anciano sus sentimientos. Pero no lo logró, y consumieron la cena en un silencio casi absoluto. Después de cenar, mi padre estudió la ruta de huida que el sacerdote le había preparado, señalando los lugares en que era más probable la presencia de controles nazis y el punto exacto por el que podría entrar en Suiza.

—Te he traído un azadón para que lo lleves contigo, Henry —dijo el sacerdote.

—¿Para qué?

—Si alguien te ve, creerá que eres un campesino. Puedes dormir en los graneros cuando estés cansado. Escóndete bien, Henry. Te he preparado una bolsa de comida, pero no durará mucho. Y ahora debes irte, Henry.

—Te has portado muy bien conmigo —comentó mi padre, abrumado por una espontánea sensación de amor hacia aquel hombre.

—Necesitabas ayuda, Henry.

—Pero tú no tenías por qué dármela, y sin embargo lo has hecho. No sé cómo agradecértelo.

—Me alegro de que vinieras. Me has brindado la oportunidad de ser un sacerdote. La primera vez que Dios me puso a prueba, no respondí como un sacerdote.

—¿Qué primera vez?

—Mucho antes de que tú vinieras, lo hizo una familia. Eran judíos. Al padre lo conocía bien. Era un buen hombre, un comerciante del pueblo de al lado. Tiene tres hijas. Una bonita esposa, muy gorda. Viene a verme una noche y dice: «Padre, por favor, escóndanos de los nazis». Yo me niego a esconder judíos. Muy mal hecho. Pero tengo tanto miedo que los entrego a los nazis. Todos mueren en Dachau. Hago penitencia por la familia Fischer. Pido a Dios que haga algo para lavar de mis manos la sangre de los Fischer. Pero no, ni siquiera Dios es tan poderoso. Ni siquiera Dios puede perdonarme. No puedo escapar a los ojos de la familia Fischer. Me miran cuando digo misa. Se burlan de mi vocación. Conocen toda la verdad de Gunter Kraus. Sí no hubiera denunciado antes a los Fischer, no te habría dejado quedar, Henry. Pero no puedo soportar otro par de ojos siguiéndome. ¡Hay tantas cosas que temo! ¡Hay tantas cosas que temo!

—Lamento lo de los Fischer, Gunter. Eso significa que también yo estoy en deuda con ellos. Después de la guerra, vendré a verte. Entonces, tú y yo nos iremos a Munich a beber cerveza y a perseguir a las mujeres.

—Yo soy un sacerdote. Yo no persigo mujeres. Rezo para que Dios te deje llegar sano y salvo con tu familia, Henry. Rezo por ti cada día. Te llevaré en mi corazón. Te echaré de menos, Henry Wingo. Pero ahora debes irte. Ya es tarde.

—Antes de irme, padre, quiero hacer una cosa.

—¿Sí, Henry?

—En la misa, después del Agnus Dei... ¿sabes qué parte digo? Te oigo todas las mañanas cuando se lo dices a esas tres mujeres que vienen a la iglesia. Después de que toquen las campanillas, les das a comer algo. Lo vi el primer día.

—Es la eucaristía, Henry. Les doy el cuerpo y la sangre de Cristo.

—Quiero que me lo des a mí también antes de irme.

—No, Henry, eso no es posible —objetó el sacerdote. Tienes que ser católico para que te dé la comunión.

—Pues me haré católico —respondió mi padre, sin arredrarse—. Hazme católico ahora mismo. Puede que me traiga suerte.

—No es tan fácil, Henry. Hay que estudiar mucho. Tienes que aprender muchas cosas antes de convertirte en católico.

—Las aprenderé más adelante, Gunter. Te lo prometo. Ahora no hay tiempo. Estamos en guerra. Mira, ya me has bautizado y me has administrado la extremaunción. ¡Qué demonios! Comulgar no me hará ningún daño.

—No es muy normal —dijo el sacerdote, frotándose la barbilla con aire abstraído—. Pero ya nada es normal. En primer lugar, he de oír tu confesión.

—Perfecto. ¿De qué se trata? —quiso saber mi padre.

—Has de contarme todos tus pecados. Todo lo malo que has hecho desde que eras niño.

—No puedo, hay demasiados.

—Entonces, dime que te arrepientes de tus pecados. Bastará con eso.

El padre Kraus comenzó a recitar las sonoras plegarias del confesor. Absolvió a mi padre de todos sus pecados y la Luna resplandeció con un blanco immaculado, como un alma purificada, bañándolos en su luz bajo la gran campana que dominaba Dissan.

Acto seguido, bajaron por la escalera que conducía al interior de la iglesia. El sacerdote se acercó al altar, abrió el sagrario con un pequeño llavín y extrajo un cáliz de oro. Luego, hizo una genuflexión delante del crucifijo. La efigie del Cristo brutalmente torturado contemplaba a mi padre, que se arrodilló en la fría oscuridad de aquella iglesia de piedra para rezar por su propia salvación. El sacerdote se volvió hacia él.

—Henry, ahora ya eres católico.

—Intentaré ser un buen católico, Gunter.

—Tendrás que educar a tus hijos en el catolicismo —añadió.

—Así será —contestó mi padre—. ¿Es eso el cuerpo y la sangre de Jesús?

—Antes debo consagrarlo.

—¿Tienes que darle el Agnus Dei?

El sacerdote bendijo la ostia en una lengua muerta y a continuación se volvió hacia el católico más reciente del mundo y cambió para siempre la historia de mi familia.

El sacerdote se arrodilló al lado de mi padre y ambos, religioso y guerrero,

rezaron juntos, transfigurados por el resplandor de la Luna, por la guerra, por el destino y por los urgentes, misteriosos e inefables gritos secretos de las almas vueltas hacia el interior de sí mismas.

Cuando mi padre se puso en pie, se volvió hacia Gunter Kraus y lo abrazó, estrechándolo con fuerza entre sus brazos.

—Gracias, Gunter. Muchas gracias.

—Ojalá los Fischer pudieran decirme lo mismo, Henry. Ahora vuelvo a ser un sacerdote.

—Nos veremos después de la guerra.

—Me gustaría. Mucho me gustaría.

Tras una leve vacilación, mi padre cogió su bolsa y su azadón. Luego se detuvo y abrazó una vez más al sacerdote.

Gunter miró a mi padre a los ojos y dijo:

—Dios ha mandado un hijo a mi casa durante tres semanas. Te echaré de menos, Henry Wingo. Te echaré de menos.

Y Henry Wingo se deslizó por la puertecita lateral del vestíbulo, hacia la campiña alemana iluminada por la Luna. Volviendo la cabeza, agitó en silencio la mano hacia el sacerdote, que permanecía en el umbral. El sacerdote estaba bendiciéndole. Mi padre emprendió la marcha, bendecido y libre de pecados, y dio el primer paso hacia Suiza.

A lo largo de dos semanas mi padre avanzó por las colinas de Baviera, siguiendo las claras aguas del río Lech, estudiando la posición de las estrellas para orientarse y marcando sus progresos tan bien como podía en el mapa que le había proporcionado el padre Kraus. Le sorprendió descubrir que las estrellas de Alemania eran las mismas que brillaban en el firmamento de Colleton. Por la noche, le bastaba con mirar hacia el cielo para encontrarse en su hogar, sentía una relación fraternal con aquellas lucecitas dispuestas por encima de él.

Durante el día, dormía en graneros o cobertizos, o se acurrucaba en algún rincón del bosque. Los perros se convirtieron en su mayor némesis, cuando pasaba de noche junto a las granjas. Una noche mató a dos de ellos con el hierro de su azadón, y lavó su sangre en un claro arroyo de montaña. A medida que avanzaba, el terreno se hacía cada vez más elevado. En una ocasión, despertando en mitad del día, vio los Alpes recortarse nítidamente ante él y se preguntó cómo podría jamás un extranjero encontrar los valles adecuados y los pasos sin vigilancia que le conducirían a la seguridad. Como sureño, no estaba familiarizado con la nieve; como natural de unas tierras bajas, desconocía por completo los secretos de las montañas. Tuvo que ir aprendiendo sobre la marcha. Se movía lenta y cautelosamente.

La esposa de un granjero lo descubrió un día durmiendo en un cobertizo. Estaba embarazada, y sus negros cabellos y bonito rostro le hicieron pensar en mi madre. La mujer empezó a gritar y corrió en busca de su marido. Mi padre huyó por entre trigales y campos de maíz y se ocultó durante todo el día en una cueva, junto a un río

que descendía de las colinas. A partir de entonces, desconfió de las granjas, desconfió de todo lo que fuera humano. Sólo se acercaba a las granjas durante la noche, para robar comida. Ordeñó vacas en la más completa oscuridad y bebió la tibia leche directamente del cubo; robó huevos y se los comió crudos; saqueó huertas y árboles frutales. Vivía para la oscuridad, y la luz del sol le impacientaba. El viaje lo había convertido en una criatura de la noche. Pero al cabo llegó a las montañas, y andar de noche se hizo demasiado peligroso y desorientador.

Por casualidad, descubrió que su azadón le protegía, que era un signo de autenticidad. Un campesino que araba un ondulado prado divisó a mi padre caminando por un sendero poco después del alba. El campesino, bastante alejado, le saludó con la mano. Mi padre le devolvió fraternalmente el saludo. El incidente aumentó su confianza, y comenzó a viajar por remotos y poco frecuentes caminos a plena luz del día. En otra ocasión, una columna de camiones descubiertos que transportaba centenares de soldados alemanes pasó junto a él a gran velocidad. Mi padre saludó con entusiasmo a los soldados, sonriendo alegremente. Varios de los soldados, tal vez envidiándolo, le devolvieron el saludo. El azadón le daba derecho a estar allí. Su trabajo producía la comida que alimentaba la máquina de guerra alemana. Casi empezó a creerlo él mismo. Después de rodear la ciudad alemana de Oberammergau, cruzó sin ser visto la muy vigilada frontera de Austria.

Pero cuando llegó a las tierras altas comenzó a desesperar. Durante una semana estuvo ascendiendo sin cesar. Desaparecieron todas las granjas. Luchaba contra un territorio hermoso y desolado, lleno de cortados y vertiginosos precipicios. Se encontró por encima de la línea de los bosques, perdido y desorientado. El mapa era inútil; las estrellas carecían de significado. Descubrió que las montañas podían ser traicioneras, que tenían pasos que no lo eran y caminos sin salida. A veces, escalaba una cima únicamente para descubrir que le era imposible descender por el otro lado. Entonces tenía que volver sobre sus pasos y trepar hacia otro pico. Todas las montañas eran distintas; cada una contenía sus propias sorpresas y trampas. Allí vio la nieve por primera vez en su vida. Comió nieve. Comió lombrices y escarabajos. De noche se cubría con ramas de abeto para no morir congelado. ¿Cómo se puede morir de frío en octubre?, se preguntaba él, nacido en Carolina. Estuvo en territorio suizo dos días enteros antes de descender, medio muerto, a una aldea llamada Klosters. Lo hizo creyendo que se rendía a los austriacos. Bajó la montaña y entró en la aldea con las manos alzadas, oyendo a los atónitos lugareños que se dirigían a él en alemán. Aquella noche cenó en casa del alcalde de Klosters.

Tres días después, mi madre recibió un telegrama de mi padre en el que le comunicaba que se hallaba sano y salvo y que se había convertido al catolicismo.

Mi padre regresó a su escuadrilla y durante el resto de la guerra siguió realizando misiones sobre territorio alemán. Cuando descargaba sus bombas sobre las ciudades oscurecidas y las veía estallar en llamas bajo él, susurraba «Fischer, Fischer, Fischer, Fischer», mientras el ruido de las explosiones subía hacia él. «Fischer» se transformó

en el grito de guerra de mi padre cuando se lanzaba en picado hacia el suelo, convertido en un piloto de asombrosa y sobrenatural habilidad, para dejar tras de sí una estela de fuego y muerte.

Después de la guerra, cuando mi padre se unió al ejército de ocupación, regresó a Dissan para darle las gracias a Gunter Kraus y confesarle que no había vaqueros en Carolina del Sur. Pero en Dissan encontró a un nuevo sacerdote, un joven inexperto de rostro caballuno, que condujo a mi padre a la parte de atrás de la iglesia para mostrarle la lápida del padre Kraus. Dos meses después de que derribaran a mi padre, dos pilotos británicos se habían lanzado en paracaídas en las cercanías de Dissan. En la subsiguiente búsqueda, los alemanes encontraron el ensangrentado uniforme de mi padre, que el sacerdote, había guardado como un precioso recuerdo de su visita. Sometido a tortura, el hombre confesó que en una ocasión había ocultado a un piloto norteamericano y le había ayudado a escapar a Suiza. Gunter Kraus fue ahorcado en la torre del campanario y su cuerpo pendió de allí durante una semana, como advertencia a los lugareños. En su testamento, el sacerdote dejó todas sus posesiones mundanas, escasas como eran, a una mujer que vivía en Hamburgo. Un asunto muy extraño y lamentable, observó el joven sustituto. Además, Gunter Kraus nunca había sido muy buen sacerdote. En el pueblo, todo el mundo lo sabía.

Mi padre encendió un cirio ante la imagen del Niño Jesús de Praga, en el punto exacto en que su sangre había caído un día sobre el sacerdote que le salvaría la vida. De rodillas, rogó por el eterno reposo del alma de Gunter Kraus y por las almas de los miembros de la familia Fischer. Luego se levantó, con los ojos arrasados en lágrimas, y abofeteó al joven sacerdote en la cara, advirtiéndole que hablara siempre con respeto de Gunter Kraus. El sacerdote huyó corriendo de la iglesia. Mi padre cogió la imagen del Niño Jesús de Praga y salió del templo llevándola bajo el brazo. Era un católico, y sabía que los católicos conservaban las reliquias de sus santos.

Para mi padre, la guerra había terminado. Todos los años, el día de mi aniversario, mi madre nos llevaba a los tres al campo, Savannah, Luke y yo, a visitar el pequeño y descuidado cementerio de negros en que estaba enterrada Sarah Jenkins. La historia de Sarah Jenkins nos fue contada y recontada una y otra vez, hasta que terminé sabiéndola de memoria. En la misma fecha, mi padre se cuidaba de que llevaran rosas a la tumba de Gunter Kraus. Aquellas dos heroicas figuras eran para nosotros tan míticas e intemporales como podría serlo cualquier César. Sin embargo, más tarde habría de preguntarme si todo su coraje y sacrificio, las altruistas y mortales decisiones que llevaron a su propia ruina y a la supervivencia de la familia Wingo, no serían parte de una broma de mal gusto cuyo desenlace no conoceríamos hasta pasados muchos años.

Cuando fuimos lo bastante mayores para hacerlo, los tres hermanos Wingo compramos una lápida para Sarah Jenkins. Un año antes de casarme con Sallie hice un breve viaje a Europa y visité la tumba de Gunter Kraus. Nada de lo que vi en Europa, ni las pinturas del Louvre ni la severa belleza del foro romano, logró

conmoverme tanto como la lectura de aquel nombre grabado en la piedra gris. Visité el campanario en el que mi padre se había refugiado. Visité Klosters, donde había permanecido algún tiempo después de cruzar las montañas. Cené en casa del alcalde. Traté de revivir toda la historia. O, al menos, así lo creía. Mi padre no nos había contado toda la historia. Hubo una parte que no nos relató.

Cuando, en el curso de la siguiente sesión con la doctora Lowenstein, le narré esta parte de la historia familiar, ella me escuchó sin interrumpir.

—¿Qué es lo que no relató? —preguntó, al final.

—Omitió un pequeño detalle, algo insignificante —respondí—. ¿Recuerda que fue sorprendido durmiendo en un cobertizo por la esposa de un granjero, una mujer embarazada?

—Con un bonito rostro que le recordaba a su propia mujer —añadió ella.

—Le he dicho que empezó a gritar y corrió en busca de su marido. Hasta ahí, es cierto. Pero mi padre no huyó a esconderse en una cueva junto a un río. Lo que hizo fue coger por el cuello a aquella bonita mujer y estrangularla en el cobertizo. Como era piloto, jamás había visto las caras de la gente que mataba. El rostro de la mujer alemana estaba a quince centímetros del suyo cuando le aplastó los huesos del cuello y agonizó ante sus propios ojos.

—¿Cuándo descubrió esta parte de la historia, Tom? —quiso saber.

—Me la contó él mismo la noche en que mi madre le abandonó —respondí—. Creo que necesitaba explicarme, y explicarse él mismo, por qué se había convertido en un padre temible. Aquella mujer de Alemania era su secreto y su vergüenza. Somos una familia con secretos muy bien guardados, y al final son estos secretos los que nos matan.

—Es una historia fascinante, pero no sé si tiene nada que ver con Savannah.

—Las cintas, las transcripciones —expliqué—. Hablaba de esto en las cintas.

—¿Cómo, Tom? —preguntó—. ¿Dónde? No sale nada en absoluto de Alemania ni de una tormenta. No sale nada de un sacerdote ni de una comadrona.

—Sí, algo hay. Por lo menos, a mí me lo parece. ¿Recuerda que habla de una mujer llamada Agnes Day? Acabo de explicarle Agnes Day. Su origen. Le he dicho de dónde sale Agnes Day.

—Lo siento, Tom, pero creo que no —objetó la doctora Lowenstein, intrigada.

—De pequeños, doctora, oímos esta historia una y otra vez. Para nosotros, era como un cuento para la hora de acostarse. Nunca nos cansábamos de oírla. ¿Cómo era el padre Kraus? ¿Llevaba barba? ¿Dónde vivía Sarah Jenkins? ¿Cuántos miembros componían la familia Fischer? Veíamos claramente al padre Kraus diciendo misa, o creíamos verlo. Pero, de niños, confundíamos las historias. Al final, Sarah Jenkins cuidaba de mi padre en el campanario. O el padre Kraus salvaba a mi madre de la inundación. Ya sabe cómo elaboran los niños todas las historias. Ya sabe cómo confunden las cosas y terminan cambiándoles el significado.

—Pero ¿quién es Agnes Day?

—Fue una equivocación. Un error de Savannah, que Luke y yo adoptamos luego. Savannah lo dice bien claro en la cinta. Agnes Day es lo primero que mi padre oyó decir al sacerdote.

—No lo recuerdo, Tom.

—Agnes Day. Cuando estaba en la galería del coro. Savannah creyó que Agnes Day era la mujer de Hamburgo y que el sacerdote la amaba tanto que incluso gritaba su nombre cuando celebraba la misa.

—Maravilloso —dijo la doctora Lowenstein—. Sencillamente maravilloso.



Después de la primera semana, aquellos días veraniegos de Nueva York fueron adquiriendo forma y carácter; días introspectivos, de confesión, en cuyo transcurso fui tejiendo la historia de mi desalentada y afligida familia ante la hermosa psiquiatra de Savannah, a quien incumbía reparar los daños sufridos por un miembro de la misma.

La historia crecía lentamente, y a medida que se desplegaba comencé a sentir una fuerza interior que cobraba vida en mí. Dedicué los primeros días a escuchar las cintas que de forma tan escalofriante registraban el alcance de la enfermedad de mi hermana. Escribí sus aullidos en el papel, los estudié, y cada día me sorprendía con la clara visión de algún recuerdo por mi reprimido u olvidado hasta entonces. Todas y cada una de sus frases, por surrealistas y extrañas que pudieran parecer, tenían un fundamento real; cada uno de los recuerdos conducía a otro, y otro más, hasta que mi mente llegó a destellar con pequeñas e intrincadas geometrías iluminadoras. Había días en que apenas podía esperar a que dieran las cinco para reunirme con la doctora Lowenstein.

Pero en el inconsciente comencé a descubrir tanto frutas silvestres como vastos y ordenados viñedos. Traté de censurar lo superfluo y lo vulgar, aun sabiendo que grandes verdades yacían ocultas entre los tréboles, el césped y la hierbabuena silvestre. Como restaurador del turbulento pasado de mi hermana, pretendía no olvidarme de nada, pero sobre todo deseaba encontrar la única rosa que tal vez contuviera la imagen del tigre cuando se la viese florecer en el enrejado.

En las largas horas que pasé sentado en la sala de estar de mi hermana, rodeado de libros y de plantas, mi enemigo fue la indeterminación. La tarea que me había impuesto aquel estío era muy simple: iba a emprender un gran viaje por el Yo. Quería estudiar los acontecimientos y los accidentes que habían dado lugar a la creación de un hombre mediocre y defensivo. Aquellos días transcurrieron con lentitud. El tiempo me empujaba cortésmente mientras yo atestiguaba el tránsito del sol sobre Manhattan. Intenté situarme en la confluencia de los hechos; estudiar desapasionadamente mis propios satélites interiores, como un astrónomo observaría las doce lunas que escoltan la masa perlada de Júpiter.

El silencio de las madrugadas empezó a resultarme grato. En aquella quietud, comencé a llevar un diario en el que escribía solemnes anotaciones con mi formal caligrafía de escuela pública, que, como un reflejo de mi propia disminución, se volvía más pequeña a cada año. Al principio me concentraba exclusivamente en lo más esencial para la historia de Savannah, pero, incapaz de referir la historia sino a través de mis propios ojos, volvía una y otra vez a mi persona. No tenía derecho ni credibilidad para interpretar el mundo desde el punto de vista de ella. Lo mejor que

podía hacer por mi hermana era contar mi propia historia de modo tan franco como pudiera. Había llevado una vida singularmente carente de coraje, una vida pasiva, aunque vigilante, que rebosaba en superficies de terror. Pero la fuerza que podía aplicar a la tarea en cuestión se desprendía del hecho de que yo había estado presente en casi todas las situaciones significativas de la vida de Savannah. Mi voz emitiría un puro son testimonial, y yo la alzaría en un cántico de purificación.

Había encontrado una misión, un empleo. Quería explicar por qué mi hermana, mi gemela, se cortaba las venas, tenía espantosas visiones y sufría el acoso de una infancia tan repleta de conflictos y humillaciones que apenas le dejaba la posibilidad de reconciliarse alguna vez con ella. Y, tras dinamitar los diques de la memoria, registraría la inundación que iba a llenar las secas calles imaginadas de la única población que había amado alguna vez. Le hablaría a la doctora Lowenstein de la pérdida de Colleton, y de cómo la muerte de una ciudad dejaba manchas de encalado y restos de color cáscara de huevo que envejecían en el recuerdo. Si lograba reunir el valor necesario para contarlo todo, para hablar sin prevenciones, para tararear las melodías de aquellos oscuros himnos a cuyos sonos tan resueltamente avanzamos hacia nuestras citas con un destino inexorable, entonces conseguiría explicar la desgarradora guerra que mi hermana sostenía contra el mundo.

Pero antes tenía que sobrevivir un período de renovación, un tiempo que me permitiera llegar a establecer un nuevo enfoque en mi propio escrutinio. Había perdido casi treinta y siete años de mi vida, entregados a la imagen que yo tenía de mí. Me había atrapado a mí mismo en una encerrona al creer al pie de la letra la definición que de mí mis padres me habían dado. Me definieron a muy temprana edad, me acuñaron como una palabra por ellos traducida de un misterioso jeroglífico, y yo me pasé la vida tratando de reconciliarme con aquella especiosa acuñación. Mis padres habían logrado convertirme en un extraño para mí mismo. Me habían transformado en la imagen exacta de lo que ellos entonces necesitaban, y puesto que en mi naturaleza había algo de esencialmente complaciente y ortodoxo, les consentí que me moldearan y me conformaran a los pulidos contornos de un hijo modelo. Me adapté a las dimensiones de su visión. Ellos silbaban y yo bailaba como un spaniel en su patio. Querían un muchacho cortés, y las viejas cortesías del Sur brotaban de mí en incesante profusión. En cuanto comprendieron que Savannah sería siempre su vergüenza secreta, su crimen imperdonable, comenzaron a desear un gemelo estable, un pilar de cordura que sostuviera la estructura familiar. No sólo consiguieron que yo fuera normal, sino también que fuera aburrido. Pero su don más injusto me fue dado sin que ellos mismos llegaran a saberlo. Yo anhelaba su aprobación, su aplauso, su amor puro y sin complicaciones, y seguí buscándolo incluso años después de comprender que ni siquiera eran capaces de concedérmelo. Amar a los propios hijos es amarse a uno mismo, y ése es un estado de gracia supererogatoria que a mis padres les había sido negado por su nacimiento y sus circunstancias. Tenía la necesidad de establecer de nuevo relación con algo que había perdido. En algún momento, había

perdido el contacto con la clase de hombre que yo tenía el potencial de ser. Necesitaba reconciliarme con aquel hombre no nacido e intentar empujarlo suavemente hacia su madurez.

Una y otra vez, pensé en Sallie y en nuestras hijas. Me había casado con la primera mujer a la que había besado. Pensaba que me había casado con ella porque era bonita, porque estaba dotada de sentido común e insolencia y porque era distinta de mi madre en todos los aspectos. Pero me había casado con una muchacha excelente y llena de gracia, y a lo largo de los años, a base de talento, de astucia y de lanzar por la borda todos los instintos de conservación, había logrado convertirla en una exacta réplica de mi madre por medio de la negligencia, la frialdad y la traición. A causa de algún defecto endémico en mi hombría, no era capaz de tener esposas o amantes. Yo buscaba suaves enemigos que tararearan dulces nanas de combate en la sala de juegos; tiradores de élite con vestidos de estampados florales que disparasen sobre mí desde lo alto de los campanarios. No me sentía a gusto con nadie que no tuviera mala opinión de mí. Por mucho que me esforzara en alcanzar los niveles imposiblemente altos que mis padres me habían fijado, jamás conseguía hacer nada de forma absolutamente correcta, así que poco a poco fui acostumbrándome a aquel clima de fracaso inevitable. Odiaba a mi madre, de modo que regresé a ella haciendo que mi esposa asumiera el mismo papel. En Sallie di forma a una mujer que era una versión más sutil e ingeniosa de mi propia madre. Al igual que ella, mi esposa había llegado a sentirse ligeramente avergonzada y decepcionada conmigo. La configuración y el tenor de mi debilidad era lo que definía la furia de su resurrección; mi fracaso era el marco de su fuerza, su florecimiento y su liberación.

Aunque también odiaba a mi padre, este odio lo expresaba con gran elocuencia imitando su tipo de vida, volviéndome más y más ineficaz cada día, ratificando las lúgubres profecías que mi madre nos anunciaba a mi padre y a mí. Creía que al menos había conseguido el éxito de no convertirme en un hombre violento, pero incluso esta creencia se vino abajo: mi violencia era subterránea, se mantenía inexpresada. Mi silencio, mis largos períodos de incomunicación, se habían transformado en armas peligrosas. Mi maldad se manifestaba en un terrible invierno de ojos azules. Mi dolorida mirada era capaz de transformar el más cálido y soleado atardecer en una era glacial. Estaba a punto de cumplir los treinta y siete años de edad, y con un poco de habilidad y de talento innatos había descubierto el modo de llevar una vida del todo desprovista de significado, pero capaz de destruir, tan imperceptible como inevitablemente, la de quienes me rodeaban.

Así pues, aquel inesperado verano de libertad me pareció la última oportunidad de calibrar mi calidad humana, una especie de turbulento interregno antes de aventurarme entre los escollos y las ceremonias de la edad madura. Mediante un consciente esfuerzo de voluntad, quise hacer de él un tiempo para la reflexión y, si la suerte me acompañaba, para la curación y el restablecimiento de mi eclipsado espíritu.

A través de un proceso de rememoración, trataría de curarme y de reunir las energías que me sería necesario manifestar mientras conducía a la doctora Lowenstein por los declives y pendientes del pasado.

Habitualmente me despertaba con la primera claridad, y tras anotar mecánicamente los sueños de la noche me levantaba, me daba una ducha y me vestía. Luego, tomaba un vaso de zumo de naranja recién exprimido, cuya purificadora acidez cítrica era un placer para la lengua. Después bajaba por la escalera posterior del apartamento y salía a Grove Street. En Sheridan Square, compraba un ejemplar del New York Times a un vendedor inquietantemente anónimo, representante de toda una subespecie de neoyorquinos dedicados a tareas ingratas pero esenciales, que resultaban tan impersonales como las fichas de acceso al metro. Retrocediendo hacia Bleecker Street, compraba dos croasanes en una panadería francesa dirigida por una despreocupada lady de Lyon. De regreso hacia el apartamento me comía uno de los croasanes. Eran unas pastas admirables, ligeras y cálidas como pájaros, y se deshacían en crujientes hojuelas que aún conservaban un resto del calor de los hornos. Cuando me sentaba en la sala de estar y abría el periódico por las páginas deportivas, mis manos olían a buen pan. Yo era un prisionero vitalicio de la sección deportiva de los diarios de la mañana, y me gustaba memorizar sus largas y pulcras columnas de estadísticas. Mi temporada preferida era la del béisbol, a causa de aquella hierática obsesión por los números que enmarcaba y ennoblecía todos sus días con la lúcida numerología de las tablas de resultados.

Una vez terminado el periódico y esparcidas sus hojas a mi alrededor, me enfrentaba al terror de las mañanas estivales. Mi tema era la derrota.

El termostato del aire acondicionado de la consulta de la doctora Lowenstein estaba siempre graduado a una temperatura excesivamente baja. Viniendo de las tórridas y bochornosas calles, mugriento de polvo y de sudor, el clima de aquellas bien amuebladas salas, artificial e impropio de la estación, me producía involuntarios estremecimientos. El despacho exterior en el que trabajaba la recepcionista, la señora Barber, mantenía siempre una temperatura uno o dos grados superior a la del helado, ártico, ambiente de la sala de espera. Cada vez que así acudía a uno de mis soliloquios con la doctora Lowenstein, el sol de las cinco de la tarde dividía el rostro de la recepcionista en franjas simétricas.

La señora Barber alzó la vista cuando llegué a una de las sesiones.

—Oh, señor Wingo —comenzó, echando mano a su agenda—, hoy ha habido un cambio de programa. La doctora Lowenstein tenía la esperanza de que no le importara.

—¿Qué ocurre?

—Una urgencia. Ha llamado una amiga suya, muy preocupada. Si no le molesta esperar a que termine, la doctora Lowenstein ha sugerido que luego podrían salir los dos a tomar algo por ahí.

—Sí —asentí—, me parece muy bien. ¿Podría quedarme en la sala de espera y

ponerme al día con todos esos ejemplares atrasados de lujosas revistas?

—Se lo diré a la doctora —dijo la señora Barber. Luego, contemplándome con amabilidad, maternalmente, me preguntó—: ¿Van bien las cosas, Carolina?

—No mucho, señora Barber —contesté, y mi voz tembló por la inesperada franqueza de la respuesta.

—Pues sonrío y bromea usted mucho, para ser una persona a quien le van mal las cosas —observó.

—He logrado engañarla, ¿eh?

—Nanay —respondió, mirándome a los ojos—. No me ha engañado ni por un instante. Hace mucho tiempo que trato con personas en apuros. Se les nota siempre en los ojos. Si puedo ayudarle en algo, en lo que sea, basta con que dé un grito.

—Señora Barber, ¿podría levantarse un momento, por favor? —le rogué, repentinamente abrumado por un intenso e insoportable amor hacia aquella desconocida.

—¿Y eso por qué, querido?

—Quiero arrodillarme y darle un beso en el culo. Es un reflejo, adquirido últimamente, que se manifiesta cada vez que alguien se muestra aunque sólo sea un poco amable conmigo.

—Está usted preocupado por su hermana.

—No, no, en absoluto —protesté—. Eso no es más que un disfraz. Cada vez que me vengo abajo, la utilizo a ella como excusa y justificación. Le echo la culpa de toda mi tristeza, y lo hago de la forma más vil y cobarde.

—Tome —dijo ella, abriendo su bolso mientras dirigía una furtiva mirada por el rabillo del ojo hacia la puerta de la consulta de la doctora Lowenstein—. Cada vez que tengo una disputa con mi marido o estoy nerviosa por los niños, acudo al doctor Jack en busca de alivio.

Sacó del bolso una botella pequeña de Jack Daniel's y me sirvió una dosis en un vaso de papel que tomó de la fuente de agua fría.

—El doctor Jack siempre está a punto para visitarle en su propia casa y arreglar lo que le aflige.

Engullí el bourbón de un solo trago y sentí su dorado resplandor en mi estómago.

—Muchas gracias, señora Barber.

—No le diga a la doctora Lowenstein que le he dado esto, Carolina.

—Mis labios permanecerán sellados —le aseguré—. De paso, ¿qué tal están los pingüinos?

—¿Qué pingüinos? —inquirió con aire suspicaz.

—Hace tanto frío aquí, que he supuesto que la doctora se dedica a criar pingüinos. Si no, es que la mayoría de sus clientes está compuesta de esquimales maniaco-depresivos.

—Váyase de aquí ahora mismo, Carolina —me ordenó la señora Barber, acompañando sus palabras con un sumario ademán de despedida—. A la doctora

Lowenstein le gusta que haga frío en verano y calor en invierno. Tengo que llevar suéter todo el verano, y en febrero, cuando la nieve se apila en las calles, yo me pasearía en bikini por toda la consulta.

—O sea que la doctora cura a un montón de lunáticos para que, se le mueran luego de neumonía.

—Largo de aquí —insistió, devolviendo su atención a la máquina de escribir.

Con un nuevo escalofrío, pasé al glacial santuario donde los pacientes aguardaban hasta ser convocados por la doctora Lowenstein.

Tomé una pila de revistas de arquitectura que reposaban sobre una mesa baja y comencé a hojearlas ociosamente, riéndome ante la implícita pretensión de que algún ser humano pudiera vivir, sufrir y jugar en aquellas voluptuosas habitaciones. Todas las viviendas que estudié habían sido creadas por una sensibilidad excesiva, demasiado rebuscada. Me fijé en la biblioteca de un arquitecto italiano, tan exuberante y rococó que saltaba a la vista que jamás se había sentado nadie a leer un libro en ninguna de aquellas relucientes butacas de cuero artísticamente dispuestas a intervalos regulares junto a las paredes. Hasta los mismos libros se habían convertido en adornos. El decorador había hurtado los marcos de las ventanas de mansiones deshabitadas y había desmontado los paneles de madera del vestíbulo de algún castillo abandonado a la ruina. Nada era original. Todo era resultado de una amalgama, un botín reunido en las salas de subastas, y cualquier toque personal quedaba descartado ante las majestuosas suntuosidades de un embellecimiento sobrecargado.

—¿Dónde están la caja del gato, el parquecito del niño, las papeleras, los ceniceros? —pregunté en voz alta, de un castillo restaurado en el valle del Loira—. ¿Dónde están los Kleenex, el papel higiénico, el Drano, los cepillos de dientes?

Interpelar de Viva voz a los periódicos y revistas era un pasatiempo al que me complacía entregarme, pues lo consideraba como una especie de ejercicio necesario para la higiene mental. Enfrascado en él, no advertí que en la sala de espera había entrado una mujer hasta que la vi sentada cerca de la puerta.

Permanecía muy erguida en el asiento, casi incorpórea en su inmovilidad, cansada y pesarosa. Era una de esas mujeres de clásica belleza que suelen inspirar en mí una temerosa y muda admiración. Hay mujeres que son demasiado hermosas, cosa que a menudo resulta tan frustrante como la fealdad, y mucho más peligrosa. Hace falta mucha suerte e integridad para sobrevivir al don de una belleza perfecta, y su misma impermanencia no es el menor de sus engaños.

La mujer sollozaba sin lágrimas, emitiendo unos sonidos semejantes a los de estrangulamiento. Su rostro, contraído por los esfuerzos que hacía para dominar su desconsuelo, recordaba al de esas exhaustas y afligidas Vírgenes que se inclinan amorosamente sobre sus torturados hijos en las abundantes Pietá de Europa.

Aunque yo me hallaba en la misma habitación, hablando con las fotografías, ni siquiera me miró ni dio muestras de advertir mi presencia.

«¡Ja! ¡Una neoyorquina! —me dije para mis adentros—. Nada de charla trivial ni de pequeñas cortesías que ayuden a mitigar el embarazo de este encuentro fortuito.»

Seguí volviendo las hojas del *Architectural Digest*, aunque sin dar expresión a mis críticas. Durante varios minutos continué leyendo en silencio. Cuando volví a oírla llorar, me fijé en que entonces era con lágrimas.

Reflexivamente, consideré las posibles tácticas de acercamiento. ¿No sería mejor que siguiera ignorándola y me cuidara de mis propios asuntos? Esta alternativa fue rechazada de inmediato, pues no casaba con mi inquisitivo y bienintencionado carácter. ¿Debía, pues, mostrarme impersonalmente considerado o, por el contrario, preguntarle directamente qué le ocurría y si podía ayudarla e alguna manera?

Puesto que se trataba de una mujer hermosa, cualquier cosa que yo dijera o hiciera sería interpretada como una insinuación. Esta era a la vez la verdad y el peligro de las mujeres hermosas en apuros, y lo último que deseaba era aumentar sus inquietudes. En tal caso, pensé, utilizaré la táctica del acercamiento directo y me apresuraré a admitir que soy impotente, que soy un cantor castrado de un coro infantil turco, que soy homosexual y estoy comprometido con un estibador del puerto, que quiero ayudarla, que no soporto verla tan desgraciada.

Pero no digo nada. No sé cómo se hace en Nueva York para expresar la preocupación por un desconocido. Soy un forastero, desconocedor de los códigos y convenciones que regulan el comportamiento humano en estos gloriosos valles de cristal. Resuelvo decírselo así. De otro modo, imagino, creerá que soy como cualquier otro de esos individuos alienados, que no siento por ella sino lo que puedo sentir cuando paso ante un vagabundo alcohólico que vomita en la estación del metro. Comprendo con una absoluta certidumbre que, si fuese fea, vulgar o sencillamente bonita, le dirigiría la palabra de inmediato. Me ofrecería para conseguirle un pañuelo, irle a buscar una pizza, invitarla a un martini, mandarle flores por telégrafo, enviarle una postal Hallmark o darle una paliza al esposo que la maltrata. Pero su inexpresable belleza me paraliza, me deja sin palabras. Todas las mujeres que conocí que cruzaron por la vida marcadas y clasificadas por una extraordinaria belleza física habían recibido al mismo tiempo las llaves de una insoportable soledad. Tal era el coeficiente de su belleza, el precio que habían de pagar por ella. Dejé la revista sobre la mesa y, sin mirarla, me lancé:

—Perdone usted, señora. Me llamo Tom Wingo y soy de Carolina del Sur. ¿Puedo hacer algo por usted? Me sabe muy mal verla sufrir así.

La mujer no respondió. Meneó furiosamente la cabeza y empezó a sollozar con más fuerza. El sonido de mi voz parecía haberla molestado.

—Lo siento muchísimo —me lamenté—. ¿Quiere que vaya a buscarle un vaso de agua?

—He venido —respondió, entre lágrimas y boqueadas— para ver a una jodida psiquiatra. No necesito ayuda de uno de sus jodidos pacientes.

—¡Ah! Veo que aquí hay un ligero malentendido, señora. Yo no soy paciente de

la doctora Lowenstein.

—Entonces, ¿qué hace aquí esperando en la antesala? Esto no es una parada de autobús. —Acto seguido, abrió su bolso y comenzó a buscar algo. Oí ruido de llaves—. ¿Podría conseguirme un Kleenex, por favor? Parece que he olvidado los míos.

Eché a correr hacia la puerta, contento de poder hacer algo útil y aliviado por no tener que explicar a santo de qué había ido a encallar en aquella consulta. La señora Barber me dio un Kleenex y susurró:

—Ella sí que está mal, Carolina.

De nuevo en la sala de espera, le tendí el pañuelo. La mujer me dio las gracias y lo usó para sonarse. Siempre me ha parecido incongruente, incluso diría que obsceno, que hasta las mujeres que tiran de espaldas se vean obligadas a sonarse la nariz, tengan que someterse a las exigencias de indecorosas funciones corporales. Se enjugó las lágrimas, y al hacerlo esparció su maquillaje en desiguales deltas morados sobre sus mejillas, pero al momento extrajo un estuchito de su bolso Gucci y arregló expertamente el desaguisado.

—Muchas gracias —repitió, recobrando la compostura—. Le ruego que disculpe mi comportamiento, pero es que estoy pasando por unos momentos difíciles.

—¿Es por culpa de un hombre? —pregunté.

—¿No es siempre por culpa de algún hombre? —replicó con amargura y algo de sorpresa.

—¿Quiere que le pegue una paliza? —me ofrecí, al tiempo que cogía un ejemplar de la última edición del *The New Yorker*.

—Claro que no —contestó, irritada—. Estoy enamorada de él.

—Sólo era un ofrecimiento —dije—. Es lo que hacía mi hermano mayor por mi hermana y por mí. Si alguien se metía con nosotros en la escuela, Luke siempre nos preguntaba: «¿Le doy una paliza?». Nunca lo aceptamos, pero siempre nos hacía sentir mucho mejor.

La desconocida me sonrió, pero su sonrisa se disolvió en una mueca afectada. El hecho de que la mueca sólo realzara la hermosura de sus elevados pómulos daba la medida de su belleza.

—Hace cuatro años que estoy acudiendo al mismo psiquiatra —me explicó, llevándose de nuevo el pañuelo a los ojos—, y aún no sabría decir si me cae bien ese hijo de puta.

—Debe de tener usted un seguro muy bueno —comenté—. Mi póliza no cubre las enfermedades mentales. De hecho, mi póliza ni siquiera cubre las enfermedades físicas.

—No soy una enferma mental —protestó, agitándose en el asiento—. Es sólo que soy muy neurótica y ando siempre enamorándome de gilipollas.

—Los gilipollas constituyen un grandísimo porcentaje de la población mundial. He estado calculándolo matemáticamente y me parece que puede cifrarse en un setenta y tres por ciento, con tendencia al alza.



—¿En qué categoría se sitúa usted? —inquirió.

—¿Yo? ¡Oh, yo soy de los gilipollas! Un miembro vitalicio, con carnet y todo. Lo único bueno que tiene es que no hay que pagar ninguna cuota y que estoy con la inmensa mayoría.

Su risa fue áspera y forzada.

—¿Cómo se gana la vida?

—Soy entrenador de fútbol de escuela secundaria, o lo era —contesté, avergonzado y consciente de su reacción de incredulidad.

—No —protestó—, lo digo en serio.

—Soy abogado —afirmé, deseoso de terminar con aquel humillante interrogatorio lo antes posible. Siempre me gustaba la instantánea admiración que recaía sobre mí cuando confesaba a los desconocidos que era el representante de una corporación multinacional particularmente osada y voraz.

—No tiene aspecto de abogado —observó la mujer, examinando con suspicacia mis pantalones color caqui y mi desvaída camiseta Lacoste con la insignia del cocodrilo medio descosida—. Y tampoco va vestido como un abogado. ¿Dónde estudió?

—En Harvard —admití modestamente—. Oiga, Podría hablarle de mi vida en la facultad de Derecho, pero sólo conseguiría aburrirla: las preocupaciones que comporta ser el director de la Revista de leyes, la decepción que sentí cuando sólo logré graduarme como segundo de mi promoción...

—Lamento haber llorado antes, cuando he llegado —dijo, volviendo de nuevo al tema de ella misma.

—No se preocupe por eso —respondí, complacido de ver que aceptaba mis credenciales.

—He creído que pretendía ligar conmigo; por eso he sido tan grosera.

—No sé ligar con las mujeres.

—Pero está usted casado —observó, mirando mi anillo—. Bien tuvo que ligar con la mujer que se convirtió en su esposa.

—No, señora. Ella me atacó en un centro comercial y me abrió la cremallera de la bragueta con los dientes. Así fue cómo supe que estaba interesada en salir conmigo. De joven, yo era muy tímido con las chicas.

—Yo soy amiga de la doctora Lowenstein —explicó, echando hacia atrás un mechón de sus rubios cabellos con un distraído e indiferente movimiento de la mano—. No soy paciente suya. Mi maldito psiquiatra ha salido de la ciudad, maldito sea. La doctora me permite que recurra a ella en casos de urgencia.

—Muy amable por su parte.

—Es una magnífica persona. Tiene sus problemas, como todo el mundo, pero está usted en muy buenas manos.

—¡Oh, mierda! He tenido un día muy duro.

—¿Qué le ocurre? —Pregunté.

Me dirigió una mirada de extrañeza y contestó fríamente, aunque me parece que sin malicia:

—Mire, señor: cuando tenga que redactar un testamento, es posible que le llame. Pero mis problemas personales los dejo en manos profesionales.

—Lo siento mucho —me excusé— Le aseguro que no pretendía ser entrometido. Empezó a llorar de nuevo, ocultando el rostro entre las manos.

La doctora Lowenstein salió de su despacho y le habló:

—Por favor, Monique. Ya puedes pasar.

Cuando Monique hubo pasado junto a ella, la doctora Lowenstein se dirigió hacia mí y me dijo rápidamente:

—Espero que no le importe, Tom. Se trata de una amiga con problemas. Le invitaré a una copa en cuanto termine.

—Será un placer, doctora.

Así pues, mi hermana y yo dimos comienzo a nuestra vida en Colleton como hijos de la tormenta, como los gemelos de Bathsheba. Durante nuestros primeros seis años no salimos del condado de Colleton. Aquellos años no figuran en el ámbito de mis recuerdos; son años perdidos entre las revueltas y las superposiciones de una memoria abarrotada con las ilimitadamente pródigas imágenes de una isla costera de Carolina. Así es como mi madre recordaba la época de nuestra infancia: sus hijos se tornaron muy en serio la tarea de crecer y ella jamás se apartó de nuestro lado mientras dábamos los primeros pasos, articulábamos las primeras y mal pronunciadas palabras y nos regábamos el uno al otro con la manguera mientras jugábamos en fragantes jardines estivales.

Conforme el tiempo iba transcurriendo de un suave solsticio al siguiente en aquellas zonas ocluidas de mi primera infancia, yo me dedicaba a jugar bajo la distraída majestad de la azulina mirada de mi madre. Con sus ojos puestos en mí, me sentía como si estuviera siendo observado por flores. Me parecía que ella jamás llegaba a cansarse de nosotros. Todo lo que decíamos o pensábamos era para ella fuente de placer. El sonido de su risa sucedía a nuestras cabriolas por el césped. De acuerdo con su propia definición, mi madre era una de esas personas que adoran a los bebés y los niños pequeños. Durante seis mágicos años, rebosantes de sol, dedicó todo su corazón a las incomparables tareas formativas de la maternidad. Fueron años difíciles para ella, y luego le pareció oportuno no mencionar aquellas privaciones más que todos y cada uno de los días que compusieron el resto de nuestra vida en común. Pero éramos unos chiquillos rubios y vivaces, y nuestro anhelo era jugar y dirigirnos a los secretos del bosque y a su asombrosa visión particular del universo. Entonces no sabíamos que nuestra madre era una mujer desdichada, y tampoco sabíamos que nunca habría de perdonarnos que nos hiciéramos mayores. Pero el hecho de que nos hiciéramos mayores no era más que una travesura sin importancia en comparación con nuestro gran crimen imperdonable, el crimen de haber nacido. No es fácil describir a mi madre. Nacimos en una casa llena de complicaciones, dramas y dolor.

Eramos los típicos sureños. En todos los sureños, bajo el ligero barniz del estereotipo, se oculta un filón mucho más profundo compuesto también de estereotipos. Sin embargo, por lo que a los niños respecta, hasta los estereotipos están dotados de un poder inmenso.

Mi padre casi siempre llegaba a casa después de anochecer. Cuando sonaban sus pisadas en el porche, normalmente yo estaba ya en la cama. Comencé a asociarlo con la oscuridad. La voz de mi madre cambiaba de tono y perdía su musicalidad cuando él llegaba. En el momento en que él abría la puerta, ella se convertía en una mujer distinta y la atmósfera de la casa se transformaba por completo. Yo oía sus voces, bajas y susurrantes, mientras tomaban una cena tardía y comentaban los acontecimientos de la jornada, con cuidado de no despertarnos.

Una vez oí llorar a mi madre porque mi padre le pegaba, pero a la mañana siguiente le vi besar sus labios cuando salía a trabajar en la oscuridad previa al alba.

Había días en que nuestra madre no nos hablaba en absoluto y permanecía sentada en el porche, contemplando el río y el pueblo de Colleton con los ojos cubiertos por un velo de apatía y de melancólica resignación que ni siquiera nuestro llanto lograba disipar. Su inmovilidad nos asustaba. Pasaba sus largos dedos por nuestros cabellos abstraídamente. De sus ojos podían fluir lágrimas, pero su expresión no cambiaba jamás. Aprendimos a dolernos en silencio cada vez que se sumía en tal estado, agrupándonos a su alrededor como un rubio círculo protector. No podíamos llegar hasta ella; se negaba a compartir su pesar. Lo que mi madre mostraba al mundo y a su propia familia era una esencia blanca e inexpugnable, una fachada de brocados y filigranas que apenas representaba una minúscula parte de ella, la que menos la definía. Siempre era algo más que la suma de sus partes, pues había partes esenciales que mantenía ocultas. He dedicado toda la vida a estudiar a mi madre, y aún no puedo considerarme un experto. En algunos aspectos, era para mí la madre perfecta; en otros, constituía la imagen del Apocalipsis.

He tratado de entender a las mujeres, y esta obsesión me ha hecho sentir al mismo tiempo irritado y ridículo. El abismo es demasiado vasto, oceánico, traicionero. Existe entre uno y otro sexo una cordillera carente de una raza de sherpas capaz de desvelar los enigmas de las mortíferas pendientes que nos separan. Puesto que no logré conocer a mi madre, me fue negado el don de conocer a las restantes mujeres que se cruzaran en mi camino. Cuando mi madre estaba triste o afligida, me culpaba a mí mismo o sentía que le había hecho algo imperdonable. Para los muchachos sureños, cierta parte de culpa es de uno de los componentes del equipo habitual; nuestras vidas no son sino una tortuosa y egregia disculpa ante nuestras madres por el mal papel como maridos realizado por nuestros padres. Ningún joven puede soportar por mucho tiempo el peso y la magnitud de la desplazada pasión de su madre. Sin embargo, pocos muchachos pueden resistirse a sus solitarios e inocentemente seductores requerimientos. Hay una gran dulzura prohibida en llegar a ser el amante casto y secreto de la mujer del padre, un gran triunfo en llegar a ser el demonio rival

que recibe el amor insoportablemente tierno de una frágil mujer en la penumbra de la casa del padre. No existe en el mundo nada más erótico que un muchacho enamorado de la forma y el tacto de su madre. Es el más exquisito, el más prohibido apetito. También es el más natural y dañino.

Mi madre procedía de las montañas del norte de Georgia. Los montañeses son gente retraída; los isleños son ciudadanos del mundo. Un isleño saluda con la mano cuando ve llegar a un extraño; un montañés se pregunta por qué ha venido. El rostro de mi madre, eternamente encantador, perpetuamente sonriente, era una ventana hacia el mundo, pero sólo en apariencia. Era una experta en sonsacar a los extraños sus flacas y heridas biografías, e igualmente versada en no revelar ni un solo dato significativo o comprobable acerca de ella misma. Mi padre y ella formaban una extraña pareja. Su vida en común fue una guerra de treinta años. Los únicos prisioneros que podían tomar eran sus hijos. Pero se firmaron muchos tratados y treguas, muchas conferencias y armisticios, antes de que estuviéramos en condiciones de evaluar los daños de aquella guerra. Tal fue nuestra vida, nuestro destino, nuestra infancia. La vivimos lo mejor que pudimos, y la isla fue dulce y encantadora.

Luego, de pronto, fuimos arrancados de allí, y recuerdo casi con absoluta precisión el período de mi vida que vino a continuación.

En agosto de 1950, para su gran sorpresa y disgusto, mi padre fue llamado de nuevo por el ejército y recibió la orden de presentarse para servir en Corea. Mi madre decidió que una mujer sola con tres hijos pequeños no estaba segura en la isla de Melrose y aceptó la invitación de mi abuela para pasar aquel año en su casa de Rosedale Road, en Atlanta. Hasta entonces no supe que tenía una abuela. Mis padres jamás habían mencionado su nombre. De pronto, ella se encarnaba en nuestras vidas como un misterio y un regalo.

Fuimos a Colleton a despedirnos del abuelo Wingo, cerramos la casa blanca y nos dirigimos a Atlanta para dar comienzo al que sería el único año de vida urbana en nuestra infancia. En Rosedale Road, besé por primera vez a la madre de mi padre mientras nos acompañaba hacia su casa por el angosto camino de acceso. Por entonces, vivía con un hombre llamado Papa John Stanopoulos. Había abandonado a mi abuelo y a su hijo en el apogeo de la Depresión para encaminarse a Atlanta en busca de trabajo. Durante un año estuvo trabajando en la sección de lencería de los Grandes Almacenes Rich's, y cada mes enviaba la mitad del salario a su familia de Colleton. Una vez conseguido su divorcio, se casó con Papa John, sólo una semana después de haberlo conocido, un día en que se perdió en la sección de lencería. Le dijo que nunca había estado casada. Con gran asombro, oí que mi padre nos presentaba a Papa John como primos de mi abuela. Esta historia siguió evolucionando a lo largo de los años, pero lo hizo lentamente. Nuestros padres no eran partidarios de contar demasiadas cosas a los niños; solamente nos decían aquello que les parecía que debíamos saber. Y para cuando fuimos a la casa de Rosedale Road ya habíamos aprendido a sujetar bien la lengua y atenernos a nuestro propio

juicio. Mi padre me presentó a mi abuela, Tolitha Stanopoulos, y me ordenó que la llamara «prima Tolitha». Como chico obediente, hice exactamente lo que me decía. Por la noche, cuando le pedí a mi madre que me lo explicara, me respondió que aquello no era asunto mío y que ya me lo explicaría cuando fuera mayor.

A nuestra llegada, Papa John estaba recobrándose del primero de una sucesión de ataques al corazón que finalmente acabaron matándole. Tenía un rostro alargado y macilento, y una fabulosa nariz descomunal pegada a su cara como un refugio de piedra. Su calva testa era regia y suave. No habiendo tenido hijos propios, nos quiso con locura desde el instante en que entramos en aquella habitación en la que más tarde moriría. No se cansaba de besarnos. Adoraba el sabor y el olor y el sonido de los niños. A mi padre le llamaba «primo Henry».

La casa se alzaba en una colina, en una zona de viviendas sencillas y elegantes, de similar arquitectura. Estaba situada en una zona de Atlanta conocida como Virginia Highlilands, pero mi abuela siempre decía que vivía en Druid Hills, un barrio, de mucho más postín que quedaba unas cuantas manzanas hacia el este. La casa estaba construida con los mismos oscuros ladrillos rojos, del color de la sangre seca, que daban a toda la zona nororiental de la ciudad una especie de pátina oxidada y siniestra. Mi abuela vivía en una casa con agudos chapiteles e inclinados tejados. Vista desde la calle, su aspecto era a la vez confortable y levemente malvado. Por dentro, la casa se extendía serpenteando. Aunque los cuartos eran pequeños y claustrofóbicos, había muchos, todos llenos de formas extrañas, terroríficos rincones, nichos, hendiduras y lugares en que ocultarse. Era una casa diseñada para alimentar el fruto especial de las pesadillas de un niño.

Bajo la casa había un horrendo sótano a medio acabar, tan lúgubre y tan adecuado para sugerir fantasías que incluso mi madre evitaba entrar en él después de oscurecido.

Dos paredes de hormigón, rezumantes de humedad y agua de lluvia, se enfrentaban con dos paredes de roja tierra de Georgia excavadas en la colina, feas y desnudas.

Desde la calle, la casa quedaba casi oculta por cuatro inmensos robles cuyas ramas se extendían sobre el edificio como un oscuro parasol. Eran unos árboles tan grandes y frondosos que durante las tormentas la casa apenas se mojaba. Pero eran árboles que concordaban con la ciudad y con aquel vecindario. Atlanta es un lugar donde construyeron una ciudad y dejaron el bosque intacto. Por la noche acudían a nuestra puerta trasera zarigüeyas y mapaches, y mi madre les echaba dulce de malvavisco. En primavera, el aire se perfumaba con el verde aroma del césped recién segado, y cuando caminabas hacia Stigwood Avenue bajo los cerezos silvestres el cielo sobre ti era blanco como el baldaquín de una cama matrimonial.

Fue una época en la que sólo tuve conciencia de que era un niño. Pero un año es un período largo e instructivo, y aquel año en Atlanta me dio a conocer mi carácter de ciudadano del mundo. Llevábamos una semana viviendo en la casa cuando mi abuela

nos vio a los tres niños saliendo por la puerta de atrás, provistos de un cordel, un cubo y un par de cuellos de pollo para ir a pescar cangrejos. Nos resultaba inconcebible que, con todos los placeres de Atlanta, no fuera posible ir a pescar cangrejos. No podíamos imaginar o conjurar un mundo sin islas ni una calle que no llevara al mar. Pero la calle que habríamos de recordar siempre —la que trataríamos de borrar con el sencillo placer de ir a pescar cangrejos en una ciudad privada de océanos— era la que conducía al pie del Monte de Piedra.

Mi padre, el sábado anterior a su partida hacia Corea, llegó a Atlanta antes del amanecer, aparcó el automóvil en la oscuridad nos saco y nos condujo al sendero que ascendía hasta la cima del Monte de Piedra, desde donde vimos alzarse al sol por el firmamento oriental. Era la primera montaña que habíamos visto, mucho menos escalado. De pie en la cumbre de granito, con la luz que comenzaba a encender Georgia, nos pareció que todo el mundo se extendía a nuestros pies. Divisábamos a lo lejos la modesta silueta de los edificios de Atlanta enmarcada por los rayos de sol. En una ladera de la montaña estaban esculpidas en la piedra las efigies medio terminadas de Robert E. Lee, Jefferson Davis y Stonewall Jackson: jinetes incompletos que avanzaban por el granito a medio galope en una cabalgada intemporal.

Mi madre, que había preparado una cesta de comida, extendió un mantel blanco en la cumbre del mayor afloramiento de granito del mundo. El día era claro y no hacía viento, y el mantel se adhería a la roca como un sello de correos. Los niños forcejeamos festivamente con nuestro padre sobre aquella montaña que era sólo nuestra. Fue allí, en la cima del Monte de Piedra, donde recibí mi primera lección sobre la naturaleza del carácter de mi padre y de cómo iba a afectar a mi niñez. Aquel día despertó en mí una vívida comprensión de los peligros de nuestra familia.

—¿Por qué tienes que ir otra vez a la guerra, papi? —le preguntó Savannah a mi padre, que estaba tendido con la cabeza apoyada sobre la roca, contemplando el azul del cielo. Las venas de sus antebrazos sobresalían de la carne como sogas que cruzaran la cubierta de un barco.

—Que me cuelguen si esta vez lo sé, ángel mío —respondió, alzándola en el aire. Luke, estudiando el terreno, observó:

—Quiero volver a Colleton. Aquí no hay mariscos.

—Sólo estaré fuera un año. Luego volveremos todos a Colleton.

Mi madre cubrió el mantel con un festín de bocadillos de jamón, huevos rellenos sazonados y ensalada de patata, y se sorprendió al descubrir una colonia de hormigas que avanzaba hacia la comida en disciplinada formación.

—Echaré de menos a mis pequeñines —dijo mi padre, mirándola a ella—. Os escribiré cada semana y sellaré todas las cartas con un millón de besos. Menos para los chicos. A vosotros no os interesan para nada los besos, ¿verdad?

—No, papi —contestamos Luke y yo simultáneamente.

—Os estoy criando para que seáis luchadores. ¡Exactamente! No estoy criando a mis chicos para que se vuelvan tiernos —añadió, palmeando rudamente nuestras

cabezas—. Prometeme que no dejaréis que vuestra madre os enterezca mientras yo no esté. Es demasiado blanda con vosotros. No dejéis que os emperifolle y os lleve a tomar el té. Quiero que me prometáis una cosa, chicos. Quiero que todos los días le deis una paliza a un chico de Atlanta. No quiero volver de Corea y encontraros hechos unos jovencitos de ciudad, llenos de humos. ¿Entendido? No olvidéis que sois campesinos, y los campesinos son siempre luchadores.

—No —protestó mi madre, suave pero firmemente—. Mis niños van a ser muy tiernos. Van a ser los muchachos más dulces que jamás hayan existido. Ésta es tu luchadora, Henry —concluyó, señalando a Savannah.

—Sí, papá —asintió Savannah—. Soy una luchadora. Puedo darle una paliza a Tom siempre que quiero, y casi puedo ganar a Luke cuando pelea sólo con una mano.

—Ni hablar. Tú eres una chica, y las chicas han de ser amorosas. No quiero que te pelees. Quiero que seas dulce y tierna, una flor de melocotonero para tu papaíto.

—Yo no quiero ser dulce y tierna —replicó Savannah.

—¿Tú? —intervine yo—. Pero si no lo eres. Savannah, más fuerte y más rápida que yo, me sorprendió con un fuerte puñetazo en el estómago. Me eché a llorar y corrí hacia mi madre, que me acogió entre sus brazos.

—Savannah, deja en paz a Tom. Siempre estás metiéndote con él —le riñó mi madre.

—¿Lo ves? —preguntó Savannah, volviéndose hacia mi padre—. Soy una luchadora.

—Tom, muchacho, estoy avergonzado de ti —dijo mi padre sin hacer caso a Savannah, mirándome por encima de ella—. ¡Llorar porque te ha pegado una niña! Es repugnante. Los chicos no lloran nunca. Nunca. Pase lo que pase.

—Es muy sensible, Henry —explicó mi madre, acariciándome los cabellos—. Muy sosegado.

—¡Ay, qué sensible! —se burló mi padre—. Bueno, no quiero decir nada que pueda sentar mal a una persona tan sensible. Pero no verás a Luke llorando como una criatura por una tontería así. He azotado a Luke con el cinturón y nunca le he visto una lágrima. Ha sido todo un hombre desde el día en que nació. Tom, ven aquí y lucha con tu hermana. Dale una buena lección.

—Vale más que no lo intente o volveré a pegarle —dijo Savannah, pero comprendí por su voz que lamentaba lo que había provocado.

—No, Henry —protestó mi madre—. Ésa no es manera de arreglar nada.

—Tú educa a la chica, Lila —gruñó mi padre. De los chicos me ocupo yo. Ven aquí, Tom.

Abandoné los brazos de mi madre y recorrí cinco metros del Monte de Piedra en un viaje que se me antojó eterno. Me detuve delante de mi padre.

—Deja ya de llorar, criatura —me ordenó, haciéndome llorar con más fuerza.

—No, Henry —insistió mi madre.

—Si no paras de llorar, voy a darte un buen motivo para que lo hagas.

—No puedo parar —respondí entre sollozos.

—¡Ha sido culpa mía, papá! —gritó Savannah.

Mi padre me dio una bofetada en la cara que me hizo caer al suelo.

—¡Te he dicho que pares de llorar, nenita! —repitió, irguiéndose sobre mí.

Tenía el rostro entumecido e hinchado allí donde me había golpeado. Oculté la cara en la piedra y seguí llorando a todo pulmón.

—No vuelvas a tocarlo, Henry —le oí decir a mi madre.

—No admito órdenes de ninguna mujer, Lila —replicó, volviéndose hacia ella—. Eres una maldita mujer y nada más que una maldita mujer y más te vale tener la maldita boca cerrada cuando enseño disciplina a alguno de los chicos. No me meto con Savannah y contigo porque no me importa una mierda cómo la educas. Pero a los chicos hay que educarlos bien, porque en el mundo no hay nada peor que un chico que no ha sido bien criado.

Alcé la mirada y vi a mi padre sacudiendo a mi madre, que tenía los ojos cargados de lágrimas y de humillación. Nunca he querido a nadie tanto como la quise a ella en aquel momento. Miré a mi padre, de espaldas a mí, y sentí la creación del odio en uno de los oscuros porches del alma, sentí cómo aullaba su nacimiento en un negro éxtasis prohibido.

—Suelta a mamá —dijo Luke. Mi padre, y todos nosotros, nos volvimos hacia la voz de Luke y le vimos blandir un cuchillito que había encontrado en la cesta de la comida.

—No, Luke, cariño, no pasa nada —dijo mi madre.

—Sí que pasa —respondió Luke, con sus grandes ojos encendidos de ira—. Suelta a mamá y no vuelvas a pegarle a mi hermano.

Mi padre se quedó mirando a su hijo mayor y comenzó a reír. Yo me puse en pie y corrí de nuevo hacia los brazos de mi madre, mientras la risa de mi padre me perseguía por la montaña. Durante el resto de mi vida habría de huir de aquella risa burlona y despectiva, siempre alejándome de él, siempre corriendo hacia los lugares cálidos y acogedores.

—¿Qué piensas hacer con ese cuchillo, muchacho? —preguntó mi padre, moviéndose en torno a Luke.

—Por favor, Luke —chilló Savannah—. Te hará daño.

—No, Luke —le rogó mi madre. No le ha hecho daño a mamá. Sólo estaba bromeando.

—Es verdad, Luke —asintió mi padre—. Sólo quería bromear un poco.

—No era una broma —protestó Luke—. Eres malo.

—Dame el cuchillo —le ordenó mi padre—, antes de que te destroce el culo con mi cinturón.

—No —se negó Luke—. ¿Por qué eres tan malo? ¿Por qué has de hacerle daño a mamá? ¿Por qué quieres pegarle a un niño tan bueno como Tom?

—Deja el cuchillo, Luke —insistió mi madre, soltándome a mí para interponerse



entre mi padre y Luke.

Mi padre la apartó con rudeza de un empujón.

—No necesito que ninguna mujer me proteja de un chico de siete años.

—¡Lo protegía a él de ti! —gritó mi madre, y su grito se despegó de la montaña y cayó hacia el bosque de la falda.

—Puedo quitarte ese cuchillo, Luke —advirtió mi padre, agazapándose y comenzando a avanzar hacia su hijo.

—Ya sé que puedes —contestó Luke, con el brillante cuchillo en la mano—, pero es sólo porque soy pequeño.

Mi padre se abalanzó sobre Luke, le cogió la muñeca y se la retorció hasta que el cuchillo cayó sobre la piedra. Luego, lentamente, se quitó la correa y empezó a golpear el trasero y las piernas de Luke con rápidos y brutales movimientos de sus gruesos brazos, cubiertos de vello rojizo. Mi madre, Savannah y yo nos acurrucamos juntos, llorando, aterrorizados y pesarosos. Luke miraba hacia Atlanta desde la cima del monte, soportando la paliza, el salvajismo y la humillación sin derramar ni una sola lágrima.

La vergüenza y el cansancio, y no otra cosa, hicieron que mi padre se detuviera por fin. Volvió a ceñirse el cinturón, pasándolo por las tirillas de sus pantalones, y contempló la escena de la excursión arruinada en su último día en América.

Luke se volvió hacia él y, con la insoportable dignidad que le distinguió durante toda la vida, dijo con su temblorosa voz infantil:

—Ojalá te mueras en Corea. Voy a rezar para que te mueras.

Mi padre se desabrochó de nuevo el cinturón, comenzó a sacárselo y se detuvo. Miró a Luke. Nos miró a todos.

—Venga, venga. ¿Se puede saber qué os pasa? ¿A qué viene todo este llanto? ¿Es que en esta familia no hay nadie capaz de aguantar una broma?

Luke le dio la espalda y todos pudimos ver sus pantalones manchados de sangre.

Al día siguiente, mi padre se fue a Corea y durante un año desapareció en otra guerra. Por la mañana, temprano, nos despertó a los tres y nos besó en las mejillas con rudeza. Fue la última vez que mi padre me besó. Luke se pasó una semana sin poder caminar. Pero yo me lancé a las aceras de Atlanta, huérfano de padre y feliz como un cachorro porque ya se había ido.

Por la noche, secretamente, en prohibidos susurros, rogaba en mis oraciones que su avión fuera ametrallado. Mis plegarias florecían como fuego antiaéreo en el profundo sueño de los niños. En mis ensueños le veía caer del cielo con su aparato en llamas, fuera de control, moribundo. No se trataba de pesadillas. Eran los sueños más agradables que puede tener un niño de seis años que acaba de darse cuenta de que ha nacido en casa de su enemigo.

Desde aquel día he vuelto a subir muchas veces al Monte de Piedra; y siempre, esperándome en la cima, está un niño de seis años que teme la proximidad de su padre; este niño, este hombre incompleto, vive en la memoria de la montaña. Subo a

esa montaña y descubro las invisibles marcas en el granito donde una vez oí que mi padre me llamaba niña. Nunca olvidaré las palabras que pronunció aquel día, ni cómo me ardía el rostro después de que me hubo abofeteado, ni la visión de la sangre en los pantalones de mi hermano. No comprendía lo ocurrido, pero desde entonces supe que quería tomar como ejemplo a mi madre. A partir de aquel día renuncié a aquella parte de mí que pertenecía a mi padre y odié el hecho de ser varón.

En septiembre comenzó la escuela y Savannah y yo iniciamos el primer grado juntos. Nuestra madre y la abuela nos acompañaron hasta la parada de autobús de Briarcliff Road. Luke empezaba el segundo grado, y recibió el encargo de cuidar que llegáramos a la escuela a tiempo y sin problemas. Los tres llevábamos sendas notas sujetas con un imperdible a nuestras blancas camisas de algodón. La mía rezaba: «Hola, me llamo Tom Wingo y voy al primer grado. Si me encuentra y estoy perdido, por favor, llame a mi madre, Lila, a este número: 883-7929. Seguro que está muy preocupada por mí. Gracias, vecino».

Llevábamos fiambreras nuevas para el almuerzo y estrenábamos zapatos. La maestra de primer grado era una monja pequeña y tímida, con la complexión de un niño, que convirtió nuestra entrada en el temible mundo del conocimiento humano en algo tan tierno y enriquecedor como pueda serlo cualquier acto de amor. El primer día, mi madre subió al autobús con nosotros y nos explicó que íbamos a aprender a leer y a escribir, que estábamos emprendiendo nuestra primera aventura de la mente.

No lloré hasta que me dejó en el patio y se alejó sigilosamente, tratando de pasar inadvertida. Cuando alcé los ojos y la vi en la acera de Courtland Avenue, contemplando cómo la monja alineaba a los alumnos de primer grado, miré a mi alrededor en busca de Luke, pero Luke desaparecía ya por una puerta lateral con el resto del segundo grado.

Cuando yo lloré, Savannah también lloró, y ambos nos separamos de la fila de chiquillos repentinamente huérfanos y echamos a correr hacia nuestra madre, con las fiambreras golpeándonos en muslos y rodillas a cada paso.

Ella corrió hacia nosotros y se arrodilló para estrecharnos entre sus brazos. Llorábamos, y la sujeté con la más apasionada furia del abandono, deseando no ser arrancado nunca de aquel abrazo.

La hermana Inmaculata se nos acercó por detrás y, con un guiño a mi madre, nos condujo a los tres hacia el aula, donde al menos la mitad de sus alumnos lloraban y llamaban a gritos a sus madres. Éstas, que entre las hileras de diminutos pupitres parecían gigantes, se consolaban mutuamente mientras se desprendían de los bracitos infantiles que se aferraban a sus medias de nylon. En la sala reinaban un dolor y una aflicción terriblemente conmovedores. Los ojos de aquellas tiernas mujeres reflejaban pérdida y el paso de los días. La monja las acompañó hasta la puerta.

Luego, la monja nos mostró a Savannah y a mí el libro de lectura que utilizaríamos durante el curso, presentándonos a Dick y Jane como si se tratara de los nuevos vecinos, y, llevándonos a un rincón aparte, nos puso a contar las manzanas y

las naranjas que la clase tomaría para almorzar. Mi madre nos contempló unos instantes desde el umbral y finalmente se alejó sin ser vista.

La hermana Inmaculata, con sus suaves manos blancas acariciando nuestras caras y nuestros cabellos, inició el proceso de crear en el aula un hogar lejos del hogar. Cuando terminó el día, Savannah se había aprendido de memoria el alfabeto. Yo me sabía hasta la letra D. Savannah recitó el abecé ante toda la clase; la hermana Inmaculata, una excelente maestra que ejercía el mágico don de la enseñanza sin ser alabada por nadie, había entregado las llaves del idioma inglés a una poetisa. Más adelante, en su primer libro, el poema «Immaculata» hablaría de aquella mujer nerviosa y frágil, envuelta en el negro manto de su orden, que convertía su aula en un fragmento del paraíso terrenal milagrosamente preservado. Años después, cuando la hermana Inunaculata agonizaba en el Hospital de la Caridad de Atlanta, Savannah viajó en avión desde Nueva York para estar a su lado y le leyó el poema y sostuvo su mano en el último día de su vida.

Aquel primer día no volví a llorar hasta que encontré en la fiambra del almuerzo una nota de mi madre. La hermana Inmaculata me la leyó. Decía: «Estoy muy orgullosa de ti, Tom. Te quiero y te echo mucho de menos. Mamá». Eso era todo. Eso era todo lo que decía y lo que me hizo llorar entre los brazos de aquella buena monja. Y yo recé para que la guerra de Corea no terminara nunca.

En la casa de Rosedale Road, Papa John Stanopoulos permanecía encamado en el dormitorio del fondo, tomándose su tiempo para morir. Mi madre nos exigía absoluto silencio en el interior de la casa, y aprendimos a hablar en susurros, a reír sin hacer ruido y a jugar tan silenciosamente como insectos mientras nos movíamos por las habitaciones que conducían a la puerta de Papa John.

Cada día, al volver de la escuela, tomábamos leche y galletas en la cocina y explicábamos qué habíamos aprendido. Savannah siempre parecía aprender el doble que Luke o que yo. Por lo general, Luke recitaba las últimas atrocidades cometidas por la temible hermana Irene en nombre de la educación católica, y mi madre fruncía el ceño, inquieta y preocupada por aquellas aflictivas historias. Luego, nos llevaba sigilosamente hacia el dormitorio de atrás y nos dejaba estar con Papa John durante media hora.

Papa John reposaba con la cabeza apoyada sobre tres blandos almohadones, y su cuarto estaba siempre a oscuras. Su rostro se materializaba en la penumbra, y las celosías a medio cerrar dividían la habitación en bandas de luz simétricas y quebradas. La habitación olía a medicamentos y a humo de cigarro.

Su tez era pálida y enfermiza, y su pecho, tan lampiño y blanco como el lomo de un cerdo. Junto a él, cubierta de libros y revistas, estaba la mesita de noche. Cuando entrábamos se inclinaba a un lado y encendía la lamparilla. Nosotros nos arrojábamos sobre la cama y le cubríamos de besos el cuello y la cara, mientras mi madre y mi abuela nos advertían que tuviéramos cuidado. Ambas permanecían de pie, observando como un atento séquito. Pero Papa John, con los ojos luminosos y

brillantes como los de un perdiguero, las despedía con un ademán. Siempre se reía cuando nos revolcábamos sobre él, y nos hacía cosquillas bajo los brazos con la heroica marquesina que tenía por nariz.

—Sed buenos con Papa John, niños —insistía mi madre desde la puerta—. Ha tenido un ataque al corazón.

—Deja estar molestando a los niños, Lila —respondía él, acariciándonos.

—Enséñanos el níquel que tienes en la nariz, Papa John —le pedía Savannah.

Con unos ostentosos pases de las manos y algunas palabras mágicas en griego, extraía un níquel de su nariz y se lo entregaba a Savannah.

—¿No te queda ninguno más por ahí dentro, Papa John? —gritaba Luke, atisbando por las espaciosas y oscuras ventanas de su nariz.

—No lo sé, Luke —respondía Papa John con aire compungido—. Antes me he sonado y ha caído un chorro de monedas por el suelo. Pero mira por aquí a ver si encuentras algo. Noto una cosa extraña en las orejas.

Explorábamos sus grandes y peludas orejas, pero sin encontrar nada. Entonces él repetía las palabras griegas, agitaba teatralmente las manos, gritaba «¡presto!» y de cada uno de sus carnosos lóbulos sacaba un níquel que inmediatamente depositaba en nuestras ávidas manos.

Por la noche, antes de acostarnos, nuestra madre nos dejaba visitar de nuevo el dormitorio de Papa John. Recién bañados, limpios como la nieve, nos situábamos entorno a sus almohadas como tres resplandecientes satélites alrededor de una nueva luna. Todas las noches nos turnábamos para encender los cigarros que el médico le había prohibido fumar. Luego, Papa John se recostaba, con el rostro enmarcado por un nimbo de fragante humo, y nos contaba una historia para ir a dormir.

—¿Te parece que les hable de aquella vez que fui capturado por doscientos turcos?

—¿Tolitha? —le preguntaba a mi abuela, de pie en la puerta.

—No, no quiero que los asustes antes de ir a dormir —respondía mi abuela.

—Por favor, háganos de los pavos —suplicaba Luke.

—Eran turcos, Luke —le corregía Papa John—, no pavos.

—Si les cuentas esa historia, Papa John, luego no podrán pegar ojo en toda la noche —le advertía mi madre.

—Por favor, mamá —rogaba Savannah—. Si no nos cuenta lo de los turcos no vamos a pegar ojo.

Todas las noches, aquel hombre flaco y desmedrado nos arrastraba a improbables viajes por el globo en los que sufría el ataque de incontables batallones de pérfidos turcos, y todas las noches ideaba ingeniosas estrategias para rechazarlos y regresar sin mayor contratiempo a las blancas sábanas de su cama, donde agonizaba lenta y dolorosamente sin la compañía ni la intercesión de los soldados de Agamenón; agonizaba sin gloria, rodeado, no por los turcos, sino por tres niños entre los cuales iba debilitándose a diario, hasta que las historias que narraba se hicieron tan

importantes y esenciales para él como lo eran para nosotros. Su imaginación encendía luminarias en aquel cuarto, en un trémulo destello final. Papa John nunca había tenido hijos, y aquellas historias brotaban de él en fulgurantes torrentes.

Por detrás de nosotros, nuestra madre y nuestra abuela miraban y escuchaban. Yo no sabía quién era Papa John ni de dónde venía ni qué relación tenía conmigo, y nadie quería explicárnoslo a los niños. Habíamos dejado a mi abuelo en Colleton, y todos habíamos llorado al separarnos de él. Mi madre y mi padre nos habían ordenado estrictamente que nos dirigiéramos a la abuela por su nombre de pila y que jamás, por ningún motivo, reveláramos que era la madre de mi padre. Papa John era un brillante narrador de cuentos, pero mi abuela no tenía nada que envidiarle.

A la hora de acostarnos, Papa John nos explicaba una historia más. Luego, mi madre nos hacía salir de su habitación al corredor tenuemente iluminado y, pasando ante la puerta del temido sótano, nos conducía por la sinuosa escalera hasta el amplio dormitorio del segundo piso que nosotros, los niños, habíamos hecho nuestro hogar. Si el tiempo era ventoso, las ramas de los agitados robles arañaban los vidrios de las ventanas. En el cuarto había tres camas, una al lado de otra. Savannah dormía en la del centro, flanqueada por sus dos hermanos. La única iluminación consistía en una pequeña lamparilla de noche. Nuestras sombras sobre aquellas inclinadas paredes que nos encerraban eran enormes y sobrehumanas.

Una vez por semana mi padre nos escribía una carta, y mi madre nos la leía justo antes de meternos en la cama. Escribía en una escueta prosa militar que se leía como la orden del día. Nos describía sus misiones como si estuviera refiriéndose a una salida para comprar el pan o para llenar el depósito del coche. «Iba en vuelo de reconocimiento con Bill Lundin. Estábamos mirando un pelotón de los nuestros que subía por una pista de montaña cuando de pronto vi algo extraño justo delante de ellos. Conecté la radio y pregunté: «Eh, Bill, ¿ves tú lo mismo que yo?». Miro hacia él y veo a Bill estirando el cuello para ver mejor. Por supuesto, el viejo Bill veía lo mismo que yo. Hacia la mitad de la ladera había unos trescientos soldados norcoreanos esperando para tender una emboscada a nuestros pobres muchachos. Conque vuelvo a conectar la radio y llamo a los de tierra, y les digo: «Eh, chicos, vale más que no sigáis adelante». «¿Por qué?», me pregunta el tipo. «Porque justo enfrente os está esperando la mitad de Corea del Norte», le explico. El tipo me entiende en seguida. Entonces, Bill y yo decidimos aguarles la fiesta a esas mandarinas. Yo bajo primero y les echo un poco de napalm en la cabeza. Así consigo que se fijen todos en mí. Vi al menos una treintena de ellos tratando de sacudirse las llamas del cuerpo como si estuvieran quitándose el polvo de la chaqueta. Pero la cosa no funciona. Entonces baja Bill y les echa unos cuantos huevos más, y ya tenemos la jugera en marcha. Llamé a la base por radio y toda una escuadrilla despegó para ayudarnos. Nos pasamos tres días persiguiendo a aquel batallón. Volvíamos por combustible, y otra vez a perseguirlos; más combustible, y otra vez a perseguirlos. Al final, atrapamos a lo que quedaba de ellos cuando estaban cruzando el río Naktong.

Los pescamos al descubierto. El río se volvió rojo. Fue divertido, pero no sirvió de nada. Aquí la gente se reproduce como conejos, y hay muchos más en el sitio del que salieron éstos. «Diles a los niños que los quiero mucho. Diles que recen por su viejo papá y que cuiden bien de su mamá.»

—¿Quién es Papa John? —preguntó Savannah a mi madre, una noche.

—Es el marido de Tolitha, ya lo sabes —respondió ella.

—Pero ¿qué es para nosotros? ¿Es nuestro abuelo?

—No. Tu abuelo Amos vive en Colleton, ya lo sabes.

—Pero Tolitha es nuestra abuela, ¿no?

—Cuando estamos aquí, es vuestra prima. No quiere que Papa John se entere de que sois sus nietos.

—Pero es la madre de papá, ¿no?

—Cuando estamos en esta casa, es la prima de tu padre. No me pidas que te lo explique. Es demasiado complicado. Yo misma no lo comprendo.

—¿Por qué no sigue casada con el abuelo Wingo?

—Hace años que no están casados. Ya lo entenderás más adelante. No hagas tantas preguntas. No es asunto tuyo. Además, Papa John os trata como si fuerais sus nietos, ¿no es verdad?

—Sí, mamá —admitió Luke, pero ¿es tu padre, mamá? ¿Dónde están tu padre y tu madre?

—Hace mucho tiempo que murieron, antes de nacer vosotros.

—¿Cómo se llamaban? —quise saber.

—Thomas y Helen Trent —me contestó.

—¿Cómo eran? —preguntó Savannah.

—Personas muy elegantes. Parecían un príncipe y una princesa. Todo el mundo lo decía.

—¿Eran ricos?

—Antes de la Depresión eran muy ricos. La Depresión los arruinó.

—¿Tienes alguna foto de ellos?

—No. Se quemaron todas en el incendio que destruyó su casa.

—¿Fue así como murieron?

—Sí. Fue un incendio terrible —aseguró mí madre sin emoción, con el rostro contraído y expresión aprensiva. Mi madre, la bella. Mi madre, la embustera.

Los niños sólo teníamos una obligación. En el sótano, en hileras de polvorientos botes de vidrio de los que se usan para guardar conservas, Papa John tenía su colección de arañas viuda negra, que vendía, por afición, a profesores de biología, entomólogos, zoológicos y coleccionistas particulares de todo el país. A nosotros se nos encomendó la tarea de cuidar de aquellas pequeñas y malévolas arañas, que flotaban en el interior de sus botes como negros camafeos. Dos veces por semana, Luke, Savannah y yo descendíamos a la húmeda lobrete, encendíamos la desnuda bombilla desprovista de pantalla y alimentábamos a los mudos arácnidos, cualquiera

de los cuales, según nos había asegurado el locuaz Papa John, «podía dejarnos más muertos que una piedra». Desde que aprendimos a andar nos habíamos cuidado de alimentar las aves de corral, pero aquellos descensos exigían un coraje y una agitada sensación de compromiso que ningún pollo podría jamás inspirar. Cuando se acercaba la hora de su comida, nos reuníamos en el dormitorio de Papa John, atendíamos a sus minuciosas instrucciones y en seguida bajábamos por la escalera de madera para enfrentarnos al minúsculo y satánico ganado que nos observaba desde su inmovilidad como si fuéramos moscas acercándonos.

Los sábados le llevábamos los botes de las arañas a Papa John para que los examinara. Primero les quitaba el polvo con un trapo de lino. Observaba las arañas con ojo experto. Nos interrogaba a fondo acerca de sus hábitos alimenticios. Contaba los saquitos de los huevos, con forma de pera, y tomaba notas en una libreta pequeña cada vez que descubría una nueva cosecha de arañas. Extraía cuidadosamente una araña y la dejaba pasear de un lado a otro sobre un plato de su cena, volteándola con unas pinzas cuando se aproximaba demasiado al borde. Nos mostraba el rojo reloj de arena tatuado en el abdomen de las hembras y nos decía:

—Ahí. Fijaos bien en eso. Este reloj de arena quiere decir «Soy mortífera».

—¿Por qué haces colección de viudas negras, Papa John? —le preguntó un día Savannah—. ¿Por qué no peces de colores, o sellos, o algo que sea bonito?

—Porque yo era un vendedor de zapatos, cariño —respondió—. Un vendedor de zapatos la mar de bueno, por cierto. Pero ser vendedor de zapatos es la cosa más vulgar del mundo. Quería hacer algo que nadie más hiciera; al menos, nadie que yo conociese. Algo muy especial. Conque me convertí en el vendedor de zapatos que criaba viudas negras en el sótano. Es un buen reclamo.

—¿Es verdad que se comen a sus maridos? —preguntó Luke.

—Son unas damas muy severas —contestó Papa John—. Se comen a su esposo nada más aparearse.

—¿De verdad pueden matar a la gente? —quise saber.

—Creo que podrían matar fácilmente a un niño, —explicó—, pero no estoy seguro de que puedan matar a un adulto bien desarrollado. El tipo que me inició en este negocio había recibido un par de picaduras. Me dijo que se había sentido lo bastante enfermo como para creer que iba a morir, pero todavía caminaba.

—¿Cómo fue que le picaron? —pregunté.

—Las viudas negras son bastante apocadas, menos cuando defienden sus huevos. Entonces se vuelven un poco agresivas. A aquel hombre le gustaba dejarlas pasear por su brazo —dijo Papa John sonriendo.

—Sólo pensarlo me da náuseas —exclamó Savannah.

—Pero lo cierto es que criaba unas arañas la mar de hermosas —observó Papa John, estudiando sus animalillos.

El cuidado de las viudas negras nos inspiraba una paciencia y una concentración que rara vez se ven en los niños. Nos tomábamos nuestra responsabilidad muy en

serio y estudiábamos el ciclo vital de las arañas con el intenso celo nacido del hecho de que aquellas criaturas puestas a nuestro cargo eran capaces de matarnos. Mi amor hacia las arañas y los insectos, que debía durar toda la vida, comenzó con mi nariz pegada a aquellos botes de conserva, observando la tediosa y horripilante existencia de las viudas negras. Colgaban inmóviles de una red tejida por sus vísceras. Vivían quietas y suspendidas, una mancha de negrura en los hilos de sus vidas en forma de bote de conserva. Cuando se movían rápidamente, era para matar. A lo largo de los meses, fuimos testigos de cómo las hembras mataban y devoraban a los machos. Nos adaptamos a las temporadas de las arañas, cuyo tiempo fluía de los rojos relojes de arena en trémulas y mal formadas hebras. Vimos cómo los huevos estallaban en pequeñas arañas recién acuñadas, que se dispersaban por el interior del bote como semillas pardas y anaranjadas. El miedo que nos causaban se convirtió en fascinación y partidismo. Había una gran belleza en la económica estructura de las arañas; se movían por sus redes llevando en las entrañas el secreto de la fabricación y el tramado de su encaje de seda, como volatineros en un litro de aire de Georgia. Habían nacido para hacer algo, y lo hacían perfectamente.

Por detrás de la casa se extendía un gran bosque de hoja caediza, delimitado por un bajo muro de piedra que llegaba hasta Briarcliff Road. A lo largo del muro, a intervalos de unos trescientos metros, había carteles de «Prohibido el paso». Nuestra abuela nos explicó, en un admirado susurro de conspiradora, que en aquella finca vivía gente «muy, muy rica», y que por ninguna circunstancia debíamos cruzar jamás el muro para jugar en aquel bosque verboten. Era propiedad de la familia Candler, heredera de la Coca-Cola, y cada vez que mi abuela se refería a ellos lo hacía como si estuviera hablando de alguna asociación colegial de escrupulosa nobleza. Según mi abuela, los Candler eran lo más parecido a una familia real que existía en Atlanta, y nunca habría consentido que profanáramos su amurallado feudo.

Pero todos los días, al volver de la escuela, nos acercábamos al muro, al verde y perfumado reino vedado para nosotros, y olíamos el aroma a dinero que nos llegaba por entre los árboles. Anhelábamos divisar siquiera a un solo miembro de aquella noble y encantada familia. Pero éramos niños, y no tardamos en trepar por el muro y dar unos pasos clandestinos hacia el interior del bosque, antes de retroceder a toda prisa a la seguridad de la pared de piedra. En la siguiente ocasión, avanzarnos hasta diez pasos antes de perder el coraje y regresar a nuestro propio patio. Poco a poco, empezamos a desmitificar el bosque prohibido, y no tardamos en conocer su territorio mejor que ninguno de los Candler. Descubrimos sus secretos y sus fronteras, nos ocultamos en sus espesuras y sentimos florecer en nuestros jóvenes corazones, lo bastante intrépidos como para ignorar las extrañas leyes de los adultos, la antigua fascinación de la desobediencia. Rodeados de árboles, cazamos ardillas con honda; contemplamos desde las ramas más elevadas a los afortunados hijos de los Candler, de aspecto serio y aburrido, cuando recorrían los senderos del bosque como purasangres al paso, y espiamos al jardinero que abonaba los arriates de azaleas.



Y una tibia noche de noviembre abandonamos subrepticamente la habitación del piso superior, descendimos por el tronco del inmenso roble que gobernaba nuestra esquina de la casa y cruzamos todo el bosque hasta llegar ante la mismísima mansión de los Candler. Tendidos boca abajo, nos arrastramos por entre la espesa hierba hacia aquella opulenta mansión Tudor, y a través de la plateada luz que se filtraba por las cristaleras vimos cenar a la gran familia. Los sirvientes llevaban la comida en adornados carritos. Los Candler, pálidos y erguidos, tomaban su cena como si estuvieran asistiendo a un servicio religioso, tales eran su seriedad y su imperturbable aire eclesiástico.

Llenos de un temor reverente, contemplamos cómo consumían la cena, el fulgor de los candelabros que se alzaban sobre la mesa como encendidas cabezas de venado, la suave luminosidad de las arañas suspendidas en el techo, la letárgia y la contenida grandeza de la opulencia. Tendidos en un prado de césped recién segado, asistimos a todos los detalles de aquella cena familiar y reposada.

No dimos por supuesto que los ricos eran silenciosos como peces. Los criados se movían rígidamente por la habitación en una pinguinesca charada. Iban midiendo el ritmo de la comida, servían vino en copas aún medio llenas, flotaban de una a otra ventana como empresarios de pompas fúnebres, sin advertir nuestra presencia. Al mismo tiempo, disfrazados como criaturas de la noche, inhalamos los deliciosos aromas de aquella cena, observando como unos Candler secretos, iniciados en los extraordinarios ritos y costumbres de los príncipes de la Coca-Cola, ignoraban que éramos los dueños de su bosque.

La casa se llamaba Callanwolde. Los bosques de Callanwolde fueron para nosotros un adecuado sustituto de la isla que nos había sido arrebatada por la guerra de Corea. Construimos una cabaña en lo alto de uno de los descomunales robles de Callanwolde. Reanudamos nuestra vida campestre en el centro de la mayor ciudad del Sur. Las codornices nos llamaban a la hora del crepúsculo. Bajo un álamo caído vivía una familia de zorros grises. Acudíamos al bosque para recordar quiénes éramos, de qué procedíamos y adónde habíamos de volver. En cuanto cruzamos el muro y tomamos posesión del territorio prohibido, Atlanta se convirtió en una ciudad perfecta.

Hasta pasado el tiempo no comprendí que amaba a Atlanta porque era el único lugar de la tierra donde había vivido sin un padre. Para entonces, Atlanta ya se había oscurecido en mi imaginación. Para entonces, los bosques de Callanwolde se habían convertido en un lugar temible. Para entonces, el gigante ya había hecho su aparición en nuestras vidas, y los niños, que no temíamos a las arañas, recibimos la dura lección de que teníamos mucho que aprender y que temer en el mundo de los hombres.

Era, a principios de marzo, y los cerezos silvestres apenas comenzaban a florecer. Toda la tierra se estremecía con el verde tumulto de los cálidos y soleados días de la sazón, y nosotros vagábamos por el bosque en busca de tortugas. Savannah fue la

primera en verlo. Se quedó paralizada, y señaló algo delante nuestro.

El hombre estaba de pie junto a un árbol cubierto de zumaque, orinando. Era el hombre más alto y corpulento que había visto, y eso que me había criado junto a los marineros de los muelles de Colleton de fuerza legendaria, parecía haber crecido de la tierra como un árbol fantástico y grotesco. Su cuerpo era macizo, maravilloso y colosal. Sus ojos eran azules y vacuos. Una barba rojiza le cubría la cara, pero había en él algo extraño. Fue su forma de mirarnos, muy distinta a la forma en que los adultos suelen contemplar a los niños, lo que nos dio la señal de alarma. Los tres percibimos la amenaza de su desprendida mirada. Se abrochó la bragueta y se volvió hacia nosotros.

Su estatura superaba con creces los dos metros. Echamos a correr.

Llegamos al muro de piedra, nos encaramamos a él y corrimos gritando hacia nuestro patio trasero. Cuando llegamos al porche, le vimos de pie en el lindero del bosque, observándonos. El muro que habíamos tenido que escalar apenas le llegaba a la cintura. Al oír nuestros gritos, mi madre salió a la puerta posterior. Señalamos hacia el hombre del bosque.

—¿Qué quiere usted, señor? —gritó mi madre, dando unos pasos en dirección a él.

También ella advirtió el cambio que se produjo en su rostro: percibió la demoníaca e inconexa calidad de su mirada.

—Tú —le dijo el hombre a mi madre, con voz extrañamente aguda para su tamaño. No parecía cruel ni desequilibrado; sencillamente, parecía inhumano.

—¿Cómo? —preguntó mi madre, espantada por su ausencia de afecto.

—Te quiero a ti —dijo el gigante, avanzando un paso hacia ella.

Corrimos a refugiarnos en la casa. Mientras mi madre aseguraba la puerta trasera, vi cómo el hombre la miraba por la ventana de la cocina. No había visto un hombre que mirara a una mujer con tal lascivia primitiva hasta que vi a aquel desconocido mirando a mi madre. Nunca había contemplado unos ojos nacidos para odiar a las mujeres.

Mi madre se dio cuenta de que era observada y se apresuró a cerrar la persiana.

—Volveré —prometió el hombre. Oímos cómo se reía mientras mi madre marcaba el número de la policía.

Cuando llegó la policía ya se había ido. Aunque peinaron el bosque, lo único que encontraron fue nuestra cabaña en el árbol y una sola huella de un enorme zapato. Mi madre nos dio una zorra por haber entrado en la finca Callanwolde.

Me parece que los niños verdaderamente creíamos que habíamos conjurado la aparición del gigante; que aquel hombre era la manifestación de nuestra desobediencia consciente; que había sido convocado para que acudiera desde el otro mundo como instrumento de la implacable justicia divina, para castigarnos por haber roto el tabú que pesaba sobre las fronteras de Callanwolde. Habíamos profanado el territorio de los ricos y Dios nos enviaba al gigante para castigarnos.

Jamás volvimos a entrar en la finca Callanwolde, pero el gigante ya había demostrado la gravedad de nuestro pecado. Había venido a exigirnos su expiación. Llevaría Callanwolde a nuestro hogar. Vendría como un inquisidor y castigaría los pecados de los niños Wingo de una forma perversa e imaginativa. No serían los pecadores quienes sufrieran las consecuencias de sus crímenes, pues el gigante comprendía bien cuál era el más doloroso castigo que podía infligir a unos niños. Cuando viniera, vendría a por nuestra madre.

Así, un secreto más vino a añadirse a aquella casa de interminables intrigas. No podíamos hablarle a Papa John sobre el intruso del bosque. «Porque tiene muy mal el corazón, cielo», me explicó mi abuela. Yo creía que debíamos decírselo inmediatamente, considerando, no sin justificación, que si el gigante regresaba nos sería imprescindible la ayuda de alguien capaz de exterminar a doscientos turcos. Pero la abuela me aseguró que mamá y ella ya eran bastante mayores como para cuidarse por sí mismas.

Durante la semana siguiente nos mantuvimos alerta y precavidos, pero los días fueron transcurriendo sin que se produjera ningún incidente y en las calles de Atlanta estalló la blanca llamarada de los cerezos silvestres. Las abejas gemían en el éxtasis de los tréboles y las azaleas. Aquella semana, mi madre escribió una carta al abuelo Wingo comunicándole la fecha de nuestro regreso a la isla cuando mi padre volviera a los Estados Unidos. En la carta le pedía que contratase a una negra que limpiara y preparara la casa para nuestra llegada. También tuvo cuidado de mencionar que la abuela le mandaba sus más afectuosos recuerdos. Finalmente, nos permitió a los tres niños que escribiéramos «te quiero, abuelo» al pie de la página. En el sobre escribió la dirección de nuestra casa en la isla de Melrose, sabiendo que el abuelo examinaba nuestro buzón con más frecuencia que el suyo. El viernes por la mañana, cuando salimos hacia la escuela, dejó la carta en el buzón de Rosedale Road y alzó la roja banderita de metal destinada a advertir al cartero. Hasta que volvimos a la isla, entrado el verano, ignoramos que mi abuelo no había llegado a recibir aquella carta. Ésta tardó más de diez años en ser entregada.

Un domingo por la tarde mirábamos la televisión en la sala de estar. Mi madre y mi abuela ocupaban sendos sillones marrones, contemplando el Ed Sullivan Show. Yo estaba sentado en el suelo, entre las piernas de mi madre. Luke, tendido boca abajo, miraba la pantalla mientras trataba de terminar sus deberes de matemáticas. Savannah estaba sentada en el regazo de la abuela. Mi madre me tendió un tazón de palomitas de maíz recién hechas. Cogí un generoso puñado e hice caer dos palomitas sobre la alfombra. Las recogí y me las metí en la boca. Entonces sentí que toda la habitación se paralizaba de terror y oí a Savannah pronunciar una única y electrizante palabra: «Callanwolde».

El hombre se erguía en la penumbra del porche, contemplándonos a través de los cristales de la puerta. No sé cuánto tiempo llevaba mirándonos, pero desprendía cierto aire de inmovilidad vegetal, como si hubiera brotado igual que una enredadera

renegada y disidente, mientras nosotros le dábamos la espalda. Sus ojos estaban clavados en mi madre. Había vuelto por ella, y nada más que por ella. Su carne era morbosamente pálida, de un color semejante al alabastro, y su cuerpo llenaba el umbral como una columna que sostuviera una ruina.

Colocó una inmensa mano sobre el tirador y lo hizo girar violentamente. Todos oímos rechinar el metal. Mi madre, incorporándose, ordenó a mi abuela:

—Sal muy despacio al pasillo y llama a la Policía, Tolitha.

Luego, se volvió hacia el extraño.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Lila —respondió él, y mi madre retrocedió un paso, sobresaltada, al oírle pronunciar su nombre. Su voz, todavía aguda, parecía impropia. Esbozó una horrible sonrisa y forzó de nuevo el tirador.

Entonces mi madre vio su pene, enorme y al descubierto, que se alzaba por delante de él, con el color de la carne de cerdo. Savannah chilló al verlo, y Luke se levantó del suelo.

—La policía está al llegar —le advirtió mi madre. De pronto, el hombre rompió uno de los cristales de la puerta con ayuda de un ladrillo e introduciendo su largo brazo por el agujero, extendió la mano hacia la cerradura. Un fragmento de vidrio le hizo un corte y su muñeca comenzó a sangrar. Mi madre le sujetó el brazo, tratando de impedir que abriera la puerta. Forcejeó con él brevemente, pero el hombre la golpeó en el pecho con el dorso de la mano y la derribó. En algún lugar oí chillar a Savannah y a Luke, pero sus gritos parecían remotos y extraños, como voces oídas debajo del agua. Todo mi cuerpo perdió la sensibilidad, como una encía adormecida con novocaína. El hombre descorrió el cerrojo y se esforzó en hacer girar la llave que le separaba de nosotros. Estaba girándola ya, emitiendo un sordo gemido animal, cuando Luke se dirigió hacia él blandiendo un hierro de la chimenea. Luke descargó el atizador sobre la muñeca del hombre. El hombre profirió un grito de dolor y retiró el brazo. Intentó meterlo de nuevo, pero Luke estaba esperándole con el atizador, que manejaba con toda la fuerza que le es posible a un niño de siete años.

Oí algo a mi espalda, el rumor de las zapatillas de mi abuela deslizándose sobre el pulido piso del corredor. Me volví y la vi entrar con un pequeño revólver en la mano.

—Al suelo, Luke —ordenó, y Luke se lanzó cuerpo a tierra.

Tolitha abrió fuego contra aquella puerta de vidrio. El gigante echó a correr cuando el primer disparo atravesó un cristal muy cerca de su cabeza. Mientras corría, su oscilante pene le golpeaba las piernas a cada zancada. Abandonó el porche a toda prisa para internarse en el refugio del bosque de Callanwolde. A lo lejos, hacia Ponce de León, se oían las sirenas de policía.

Mi abuela salió al porche y le gritó a la oscuridad: ¡Eso te quitará las ganas de venir a joder a esta casa! —Cuida tu lenguaje, Tolitha— la reconvino mi madre, aún conmocionada—. Están los niños delante.

—Los niños acaban de ver a un tipo que iba a por su madre con la polla en la

mano. Un poco de lenguaje sucio no les puede hacer mucho daño.

Cuando todo hubo terminado, mi madre me encontró comiendo palomitas y mirando el Ed Sullivan Show como si no hubiera pasado nada. Pero me pasé dos días sin poder hablar. Papa John había estado durmiendo durante todo el episodio, y ni los disparos ni la llegada de la policía consiguieron despertarlo. Cuando quiso saber el motivo de mi silencio, mi madre dijo «laringitis» y mi abuela confirmó su mentira. Eran mujeres sureñas, que sentían la responsabilidad de proteger a sus hombres de peligros y malas noticias. Mi silencio, mi patética mudez, reafirmó su creencia en la intrínseca debilidad y fragilidad de los hombres.

Durante una semana, la policía tuvo apostado un coche patrulla en Rosedale Road. Un detective de paisano hacía la ronda en torno a la casa varias veces cada noche. Mi madre no podía dormir, y a veces la descubríamos junto a nosotros pasada ya la medianoche comprobando obsesivamente los cerrojos de las ventanas de nuestro dormitorio una y otra vez. Una noche desperté y vi su silueta recortándose sobre la luz de la luna. Contemplaba los bosques de Callanwolde. Mientras ella permanecía inmóvil ante mi, me fijé por primera vez en su cuerpo; observé, culpable y atemorizado, su figura suave y voluptuosa; adiviné la forma de sus turgentes senos y la curva de su cintura mientras ella escudriñaba el patio iluminado por la luna, temiendo ver aparecer a su enemigo.

La palabra Callanwolde adquirió un nuevo significado para nosotros, y, siguiendo el ejemplo de Savannah, comenzamos a utilizarla para denominar al hombre. «¿Ha venido Callanwolde esta noche?», preguntábamos a la hora del desayuno. «¿Sabes si la policía ha detenido ya a Callanwolde, mamá?», preguntábamos mientras ella nos leía algún libro, ya acostados. Callanwolde se convirtió en una especie de contraseña, un cajón de sastre en el que cabía todo lo que de malo o inicuo tenía el mundo. Cuando la hermana Inmaculata nos explicó con su dulce voz los horrores del infierno, estaba describiéndonos a Savannah y a mí los límites y el perímetro de Callanwolde. Cuando mi padre nos contó en una de sus cartas que había sido alcanzado por disparos de ametralladora y que a duras penas había podido llegar a la base, perdiendo altura y combustible, dejando una estela de humo negro, temiendo que el avión estallara en cualquier momento, nosotros llamamos Callanwolde a ese vuelo espantoso. Era una persona en concreto, un lugar en concreto, pero también la condición general de un destino incontrolable de un mundo que de pronto se había vuelto espantoso.

Tras dos semanas de persistente vigilancia, la policía le aseguró a mi madre que aquel hombre jamás regresaría a la casa.

Regresó aquella misma noche. Al anochecer, hubo una llamada telefónica. Como la otra vez, comíamos palomitas de maíz y mirábamos la televisión. Mi madre atendió la llamada en el corredor y la oímos saludar a la señora Fordham, la anciana que vivía en la casa de al lado. Vi que mi madre se ponía blanca mientras dejaba el auricular sobre la mesilla y nos anunciaba con voz tensa, carente de expresión:

—Está en el tejado. Alzamos lentamente la vista hacia el techo y oímos el leve rumor de sus pisadas sobre el inclinado tejado de ripias.

—No subáis al piso de arriba —nos advirtió mi madre. Puede que haya entrado en la casa.

Telefoneó a la policía. Durante diez minutos le oímos moverse pausadamente por el tejado. No trató de introducirse por ninguna ventana del piso de arriba. Esta vez, su visita no tenía ningún significado, salvo el de establecer nuevamente sus credenciales en nuestras vidas e inspirar un pánico renovado en nuestros corazones. Entonces sonó a lo lejos el ruido de las sirenas, ondeando sobre Atlanta como ángeles de redención. Oímos sus apresurados pasos por el tejado y percibimos su huida por las ramas del inmenso roble que crecía junto al camino de acceso. Mi madre se dirigió a los ventanales de la sala de música y le vio poner pie a tierra. El hombre se detuvo, miró hacia la casa y vio a mi madre en la ventana. Sonriendo, la saludó con la mano y se echó a correr con paso elástico y sereno hacia la oscuridad del bosque.

Al día siguiente, la policía rastreó el bosque de Callanwolde con ayuda de sabuesos, pero la pista se desvanecía junto a Briarcliff Road.

Pasaron dos meses antes de que regresara de nuevo.

Aquella noche mi madre nos leyó un capítulo de *The Yearning* mientras un vendaval inclinaba los árboles hacia la casa. Rezamos nuestras oraciones juntos y luego se despidió de nosotros con un beso para cada uno. Apagó la luz y aunque la oímos descender por la sinuosa escalera, su perfume permaneció en la oscuridad del cuarto. Me quedé dormido escuchando el viento entre las ramas.

Dos horas más tarde desperté y vi el rostro en la ventana, contemplándome. Se llevó un dedo a los labios para pedirme silencio. Oí el cuchillo que cortaba el mosquitero, con el sonido de una seda barata al rasgarse. No hablé ni me moví. Una parálisis de exquisito e insuperable terror dominó todas las células de mi cuerpo. Sus ojos me traspasaban, y yo yacía rígido como un pajarillo ante la lenta aproximación de la víbora.

Entonces Savannah se despertó y lanzó un chillido. El pie del hombre atravesó la ventana con una brutal lluvia de fragmentos de vidrio.

Luke saltó de la cama, llamando a gritos a mi madre. Yo no me moví. Savannah cogió unas tijeras de su mesita de noche, y cuando aquel robusto brazo cruzó la ventana y tanteó el alféizar en busca del cerrojo, golpeó con fuerza y le clavó la hoja en el antebrazo. El hombre emitió un aullido de dolor y retiró el brazo. Luego empezó a patear el marco de la ventana, arrancando trozos de vidrio y astillas de madera, que cayeron en la habitación.

Su cabeza, leonina y cruel, se asomó al interior, y sonrió al ver a mi madre de pie en el pasillo, mirándole.

Mi madre, temblorosa, le rogó:

—Váyase, por favor. Váyase, por favor. Savannah le arrojó un cepillo a la cara. Se echó, a reír. Y se rió de nuevo cuando vio que mi madre, trataba de dominar su

temblor.

Entonces el primer bote se estrelló contra la pared, sobre su cabeza.

Luke lanzó el segundo directamente hacia el rostro de Callanwolde, pero le falló la puntería y el bote se rompió al chocar contra el alféizar.

En seguida, la cabeza del hombre desapareció y vimos que una de sus enormes piernas se metía por la ventana, avanzando lentamente mientras él se encogía y trataba de introducirse por la abertura. Luke abrió cuatro botes y los vació sobre la pernera de sus pantalones. Savannah corrió hacia la estantería y regresó con un recipiente. Arrojó su contenido contra la pierna y el bote se hizo añicos en el suelo. Mi madre estaba chillando para advertir a mi abuela. La otra pierna del hombre penetró en el interior, y encorvaba ya la espalda para dejarse caer dentro de la habitación cuando la primera viuda negra le instiló su veneno en el torrente sanguíneo. Con el tiempo, lo que más vívidamente recordamos de aquella escena fue su ensordecedor alarido de dolor. A la luz del pasillo vimos cómo se retiraban aquellas desmesuradas piernas, llevándose una pequeña civilización de arañas, libres y alarmadas, entre los pliegues y arrugas de sus pantalones. Sintiéndonlas moverse sobre su carne, el hombre empezó a rodar por el tejado, presa del pánico, dolorido y completamente perdido el control de sí mismo. Oímos el choque de su cuerpo contra el suelo, al pie de la ventana. Aullando, confundido, no cesaba de rodar por el suelo y de darse palmadas en las piernas e ingles con sus inmensas manazas. Finalmente, incorporándose, alzó la vista hacia mi madre que le miraba desde la destruida ventana, chilló de nuevo y echó a correr hacia el bosque de Callanwolde como si estuviera envuelto en llamas.

Nunca llegamos a saber cuántas arañas le habían picado. Al día siguiente vinieron los perros, pero perdieron su rastro en las cercanías de la gasolinera en Stillwood Avenue. Aunque la policía avisó a todos los hospitales, ningún gigante de más de dos metros y barba pelirroja que hubiera sido picado por viudas negras se presentó en un hospital de Georgia en busca de tratamiento. Su desaparición fue tan misteriosa e inexplicable como lo había sido su repentina aparición.

Mi padre regresó el fin de semana siguiente, y aquel mismo día partimos hacia la isla. Nuestra madre nos prohibió que le dijéramos nada de aquel hombre que tanto había conmovido nuestras vidas, y cuando le preguntamos por qué, nos explicó que nuestro padre acababa de volver de la guerra y tenía derecho a ser recibido por una familia feliz. Más ominosamente, sugirió también que tal vez podría pensar que ella había solicitado de algún modo las atenciones de Callanwolde. Mi padre solía decirle a menudo que no era violada ninguna mujer que no se lo hubiera estado buscando. Mi madre nos dijo todo esto con naturalidad, añadiendo en seguida que había muchas cosas que los hombres no podían entender.

Luke, Savannah y yo pasamos los tres días siguientes intentando capturar de nuevo las arañas que faltaban. En nuestro dormitorio encontramos media docena. En el desván encontramos dos, y otra más en una de mis viejas zapatillas de tenis. Nunca

volvimos a dormir en aquella habitación. Después de nuestra partida, mi abuela siguió encontrando viudas negras en los lugares más insospechados de la casa. Cuando Papa John murió, ella las soltó todas en la espesura del bosque de Callanwolde. Ni ella ni ninguno de nosotros volvimos a matar nunca una araña. La araña pasó a ser la primera de las diversas especies protegidas de nuestra crónica familiar.

Muchos años más tarde, repasando viejos periódicos en la biblioteca pública de Atlanta, descubrí una fotografía con el siguiente pie: «Otis Miller, de 31 años, fue detenido anoche en Austell, Georgia, como sospechoso de haber violado y asesinado a la señora Bessie Furman, una maestra de la localidad separada de su marido».

Hice una fotocopia de aquella noticia e inscribí una única palabra sobre ella: Callanwolde.



Pasando entre magníficas palmeras y celosos botones, cruzamos el vestíbulo del Plaza Hotel en dirección al Salón de Roble y nos acomodamos ante una mesa en un rincón discreto. Pasaron cinco minutos antes de que el camarero se nos acercara con una imperturbable combinación de altanería y estudiada indiferencia. A continuación, anotó nuestros pedidos con aire imperioso, como si estuviera extendiéndonos sendas opciones para la compra de acciones. Sentí la tentación de pedir cecina de buey o morro de cerdo encurtido, pero no me pareció que fuera a encontrarlo divertido. Pedí un martini con hielo y una corteza de limón, sabiendo perfectamente que en vez de eso me traería una copa con el peso redondo de una blasfema aceituna verde. La palabra limón se interpreta siempre como «aceituna» en cierta clase de bares de los hoteles de lujo. La doctora Lowenstein pidió una copa de Pouilly Fuissé.

Cuando nos sirvieron las bebidas, extraje la aceituna de mi martini y la deposité en el cenicero.

—Dijo usted con una aceituna —aseguró el camarero mientras comenzaba a retirarse.

—Siempre cometo esta equivocación —respondí.

—¿No le parecen encantadores los camareros de Nueva York? —preguntó la doctora Lowenstein.

—Creo que prefiero a los criminales de guerra nazis, pero no estoy seguro. Nunca he conocido un criminal de guerra nazi. —Alcé mi copa en un brindis—. Por usted, sanadora de almas. Dios mío, doctora, ¿cómo puede soportar el trato constante con gente tan dolorida, un día tras otro?

Antes de contestarme tomó un sorbo de vino, dejando la marca de su pintura de labios en la copa.

—Porque siempre pienso que puedo ayudarlos en algo.

—Pero ¿no le resulta deprimente? —insistí—. ¿No se le hace insoportable, a la larga?

—Sus problemas son de ellos, no míos. Ya tengo bastantes motivos de preocupación.

—¡Ja! —me burlé—. Estoy seguro de que me encantaría tener sus problemas.

—¡Ya estamos! —exclamó—. Está usted completamente seguro de que sería capaz de enfrentarse con mis problemas, pero no puede con los suyos. Así es como me tomo yo mi profesión: cuando salgo de la oficina, a las seis en punto, lo dejo todo a mis espaldas, no pienso ni por un instante en los pacientes que he visto a lo largo del día. He aprendido a separar mi vida profesional de mi vida privada.

—Tal como lo dice, suena muy frío e inflexible —observé—. Yo no serviría para psiquiatra. Me pasaría el día pensando en esas historias y me volverían loco por la

noche.

—Entonces, no podría ayudar a nadie. Hay que mantener cierta distancia, Tom. Sin duda debió de tener alumnos con problemas emocionales cuando se dedicaba a la enseñanza.

—sí, Doc, desde luego —asentí, bebiendo un sorbo de martini. El fantasma salado de la detestada y acre aceituna me hizo dar un respingo—. Y no podía resistirlo. Puedo soportar que un adulto tenga problemas, pero cuando se trata de adolescentes es demasiado para mí. Recuerdo una chica en particular que asistía a mis clases de inglés de segundo año; una chica feúcha, pero con un espíritu admirable. Divertida como nadie. Sacaba unas notas horribles. Acné. Pero a los chicos les gustaba. Tenía un encanto especial, una alegría increíble. Un día acudió a la escuela con marcas de golpes por toda la cara. Tenía el ojo izquierdo amoratado y tan hinchado que no podía ni abrirlo. El labio, inflamado hasta aquí. No quiso dar ninguna explicación de lo ocurrido, ni siquiera cuando los demás chicos comenzaron a meterse con ella. Se limitó a devolverles las bromas. Cuando terminó la clase, la hice quedar y le pregunté qué había pasado. Se llamaba Sue Ellen. En cuanto se quedó sola en el aula, comenzó a llorar. La noche anterior, su padre les había dado una paliza a ella y a su madre. Me dijo que por lo general solía pegarles donde no se vieran los moretones, pero aquella noche les dio en la cara. Y ahí estaba yo, Doc, en calidad de profesional, mientras aquella chica estupenda me contaba que su padre le había pegado en la cara. No, no soy hombre capaz de guardar las distancias profesionales.

—¿Y qué hizo? —quiso saber la doctora.

—No sé si fue lo más conveniente para Sue Ellen, para su familia o para mí, pero algo hice.

—Espero que no fuese nada irreflexivo.

—Tal vez se lo parezca —contesté—. Comprenda, la imagen de la cara de Sue Ellen me torturó todo el día. Por la noche, después de las prácticas, fui en mi coche a la Isla de las Palmas, a la casita en que vivía Sue Ellen. Llamé a la puerta con los nudillos. Me abrió su padre. Le dije que quería tener una conversación con él a propósito de Sue Ellen. Contestó que me fuera a la mierda. Entonces oí el llanto de Sue Ellen en el interior de la casa. Aparté a su padre de un empujón y me colé en la vivienda. La chica estaba tendida en el sofá. Levantó la vista hacia mí y pude ver que le sangraba la nariz. Parecía avergonzada. Me saludó: «Hola, entrenador Wingo. ¿Qué le trae por este rincón perdido?».

—Creo que habría podido utilizar los canales oficiales —Me interrumpió la doctora Lowenstein—. Acudir a las autoridades competentes.

—Tiene usted razón, por supuesto. Y éste es uno de los motivos de que sea rica y respetada mientras que yo he de ponerme una camiseta de entrenamiento para ir a trabajar.

—¿Qué ocurrió luego?

—Cogí a su padre y le di de patadas hasta cansarme. Lo arrojé contra las paredes. Le golpeé la cabeza contra el suelo. De pronto, oí un sonido. Fue como si despertara de un sueño. El sonido venía de Sue Ellen, que me vitoreaba a voz en grito. El otro sonido era su madre, pidiendo a gritos que lo dejara. Cuando volvió en sí, le advertí que si tocaba otra vez a Sue Ellen volvería por él y lo mataría.

—¡Eso es lo más violento que he oído jamás, Tom! —exclamó ella, horrorizada.

—Me lo llevo a casa conmigo —respondí, con la vista fija en mi copa—. No soy capaz de dejarlo en la oficina.

—De todos modos, sigo creyendo que hay formas de reaccionar que resultan mucho más útiles. ¿Es siempre tan propenso a dejarse llevar por las emociones?

—Sue Ellen está muerta, doctora Lowenstein —añadí, contemplando sus ojos castaño oscuro.

—¿Qué le ocurrió?

—Al igual que muchas otras chicas, eligió un marido de la misma clase que su padre. Me parece que lo comprendo. Llegan a asociar el amor con el dolor. Buscan hombres que les hagan daño, creyendo que están buscando el amor. Sue Ellen encontró uno de los peores. La mató en el transcurso de una pelea doméstica. Le pegó un tiro con una escopeta de caza.

—¡Qué horrible! —exclamó la doctora Lowenstein con un respingo—. Pero ya ve usted que sus acciones no sirvieron de nada, que la violencia de los demás no absuelve sus propios actos violentos. ¡Qué vidas más terribles! ¡Qué falta de esperanzas!

—Esta tarde he estado a punto de hablarle de Sue Ellen a su amiga Monique. Sentía curiosidad. Nunca he visto una mujer más hermosa que Monique, nunca en la vida. Siempre había creído que Sue Ellen fue tan desgraciada porque no era bonita.

—Eso no es cierto, Tom, y usted lo sabe.

—No estoy seguro, doctora. Estoy tratando de averiguar cómo funciona el asunto. ¿Por qué el destino hace que algunas personas sean feas y desdichadas? Con una sola cosa ya basta para hacer difícil la vida. Me habría gustado oír la historia de Monique para compararla con la de Sue Ellen y ver si verdaderamente sufre tanto como parece.

—El dolor de Monique es tan real para ella como lo era el suyo para Sue Ellen. Sobre eso, no tengo la menor idea. Nadie tiene el monopolio del sufrimiento humano. La gente sufre de formas distintas y por razones distintas.

—Me parece que, como psiquiatra, yo sería un fracaso.

—Estoy de acuerdo. Como psiquiatra, sería usted un fracaso —asintió. Tras una breve pausa, prosiguió—: ¿Qué le enseñó aquel incidente con Sue Ellen, Tom? ¿Qué significado tiene para usted esta historia?

Reflexioné unos instantes, tratando de conjurar en mi memoria el rostro de una muchacha muerta, y finalmente respondí:

—Nada.

—¿Nada en absoluto? —dijo, llena de asombro.

—Mire, doctora. Durante años me he analizado a mí a la luz de esa historia. Dice algo acerca de mi temperamento, de mi sentido del bien y del mal...

—¿Considera que hizo bien yendo a su casa y pegándole una paliza a su padre?

—No. Pero tampoco hice mal del todo.

—Explíqueme eso, por favor.

—No sé si me comprenderá. Cuando era pequeño y mi padre maltrataba a uno de sus hijos o se metía con mi madre, me prometí varias veces que jamás consentiría que un hombre golpeará a su esposa o a sus hijos si yo podía hacer algo para evitarlo. Esta promesa me ha hecho participar en muchas escenas desagradables, horribles incluso. He impedido que algunos padres pegaran a sus hijos en diversos aeropuertos, me he interpuesto en riñas de esposos completamente desconocidos para mí, y le di una paliza al padre de Sue Ellen. En esos momentos, me ocurre algo que no sabría explicarle. Pero creo que estoy cambiando.

—Tal vez porque está madurando.

—No. Creo que ya no me importa.

—¿Ha golpeado alguna vez a su mujer o a sus hijos? —inquirió, con súbita vehemencia.

—¿Por qué me pregunta eso, doctora?

—Porque los hombres violentos suelen mostrar toda su violencia en el hogar. Casi siempre recurren a la violencia cuando se hallan entre seres indefensos.

—¿Ha llegado ya a la conclusión de que soy un hombre violento?

—Acaba de describirme una escena en la que obró con violencia. Es entrenador de un deporte violento.

—No —contesté, haciendo girar en la copa el hielo a medio fundir—. Soy incapaz de hacer daño a mi mujer o a mis hijas. Me prometí que no sería como mi padre en ningún aspecto.

—¿Lo ha logrado?

—No. —Sonreí—. Soy como mi padre en casi todos los aspectos, salvo en éste. Pienso que los cromosomas son muy poderosos.

—A veces, a mí me parece que no son lo bastante poderosos —replicó la doctora Lowenstein. Apuró su copa y llamó al camarero con un gesto—. ¿Le apetece otro?

—Desde luego. El camarero se acercó y se detuvo junto a la mesa, frunciendo los labios para darnos a entender que estaba dispuesto a tomar nota de nuestro pedido.

—Me gustaría un martini con hielo y una aceituna —dije.

—Otra copa de vino blanco —pidió la doctora Lowenstein.

Regresó de la barra casi de inmediato. Con una sensación de triunfo, advertí la amarilla cinta de corteza de limón brillando sobre los cubitos de hielo.

El rostro de la doctora Lowenstein se suavizó en las comisuras y vi puntos de color lila en sus ojos oscuros cuando se llevó la copa de vino a los labios y me anunció:

—Hoy he hablado con su madre, Tom. Alcé una mano ante mi cara, como para

protegerme de un golpe. —Por favor, Lowenstein, consideraría como un acto de piedad por su parte que no volviera nunca a recordarme que tengo madre. Es uno de los principales protagonistas de esta autopsia de mi familia, y ya verá que su única misión en el mundo consiste en propagar la locura. Si entra en una verdulería, hasta las coles de Bruselas se vuelven esquizofrénicas antes de que se marche.

—Tal y como habla ella, parece una mujer maravillosa —comentó la doctora Lowenstein.

—Cuando era un chiquillo, la tenía por la mujer más maravillosa del mundo —admití—. No soy el primer hijo que se equivoca por completo con respecto a su madre.

—Por teléfono me ha parecido muy amable. Daba la impresión de estar muy preocupada.

—Pura fachada —respondí—. Lo que ocurre es que una vez leyó en un libro de texto que las madres han de estar preocupadas cuando sus hijas se cortan las venas. Su llamada telefónica es producto del estudio y la estrategia, no del instinto.

La doctora Lowenstein me estudió con sus serenos pero indescifrables ojos, y añadió:

—Me ha dicho que usted la odia.

—Eso no es verdad —protesté—. Sencillamente, no creo nada de lo que dice. Llevo años observándola y todavía me asombra su capacidad para mentir. Siempre me dejo llevar por la idea de que, al menos una vez en su vida, meterá la pata y dirá la verdad en algo, pero mi madre es una mentirosa de primera clase con hojas de roble al por mayor. Tiene tanta afición a los pequeños embustes insignificantes como a las mentiras capaces de hundir una nación.

La doctora Lowenstein sonrió.

—Es curioso —observó—. Su madre me ha advertido que seguramente me contaría muchas mentiras sobre ella.

—Mamá sabe que voy a contárselo todo, doctora —respondí—. Sabe que voy a decirle cosas demasiado dolorosas para que Savannah las recuerde o para que mamá las admita.

—Su madre se ha echado a llorar cuando me explicaba lo que Savannah y usted sentían por ella —dijo la doctora Lowenstein—. Debo reconocer que me ha conmovido mucho, Tom.

—Cuando mi madre llora —repliqué—, podría conseguir un empleo de cocodrilo del Nilo para devorar a las rollizas nativas que van a lavar la ropa en las piedras de la orilla, Las lágrimas de mi madre son sencillamente un arma que no deja de tener en cuenta a la hora de decidir el orden de batalla.

—Está muy orgullosa de sus hijos. Me ha explicado lo ufana que se siente de que Savannah sea poetisa.

—¿Le ha contado también que hace tres años que no tiene noticias de Savannah?

—No —admitió la doctora Lowenstein—, no me lo ha dicho. Pero me ha dicho

que es usted el mejor profesor de inglés de la escuela secundaria que jamás haya existido, y me ha dicho también que uno de sus equipos de fútbol ganó el campeonato estatal.

—Cada vez que mamá me elogia, giro en redondo al instante para ver si alcanzo a distinguir el momento exacto en que me hundirá el puñal en la espalda —contesté, con alivio de saber que existía ginebra en el mundo y que yo estaba bebiendo una copa—. Después de decirle todas estas cosas maravillosas sobre mí, doctora, sin duda habrá añadido, con el aliento entrecortado, que yo había tenido un ataque de nervios.

—Sí —admitió la doctora Lowenstein, contemplándome con minuciosa ternura—. Ésa es la expresión exacta que ha utilizado.

—Un ataque de nervios —repetí—. Siempre me ha gustado cómo suenan estas palabras. Parece muy razonable y seguro.

—No ha mencionado a Luke ni una sola vez —comentó Lowenstein.

—Claro que no. Es el nombre impronunciable. Ya llegaremos a la cuestión de este silencio sobre el tema de Luke. Mientras le cuento estas historias, doctora Lowenstein, fíjese cuidadosamente en Luke. Ninguno de nosotros llegó a sospecharlo mientras crecíamos, pero sólo Luke vivía una vida esencial, la única que importaba —expliqué, agotado por la discusión acerca de mi madre.

—No sé qué ocurrió, Tom —observó ella con delicadeza. Su voz poseía una calidad levemente amorosa—. Pero, fuera lo que fuese, lo ha superado usted muy bien.

—Hace ya tiempo que me he convertido en objeto de compasión para mi familia de Carolina del Sur, Lowenstein —repliqué—. No tenía intención de hablarle de mi propio desmoronamiento. Pensaba mantener esa parte de la historia en secreto, porque ante usted quería probar a ser un hombre completamente nuevo. He intentado mostrarme encantador e ingenioso, y tenía la secreta esperanza de que me encontrara un poco atractivo.

Su voz sonó fría cuando me respondió:

—¿Por qué quiere que le encuentre atractivo, Tom? No veo que eso pueda representar ninguna ayuda para su hermana ni para usted mismo.

—No se inquiete, doctora Lowenstein —me quejé—. Creo que no me he expresado muy bien. Dios mío, le presento mis excusas; ya veo que he activado todas las señales de alarma feministas de su sistema nervioso central. Sólo quería gustarle porque es usted una mujer inteligente y hermosa. Hace mucho tiempo que no me siento atractivo, Lowenstein.

Nuevamente se ablandó y vi que sus labios se relajaban cuando admitió:

—Tampoco yo, Tom.

Contemplándola, me quedé atónito al advertir que acababa de comunicarme una dolorosa verdad. Tras la barra había un gran espejo, y vi que nuestros reflejos componían dos lánguidas imágenes por detrás de las relucientes copas de cóctel.

—¿Puede verse en el espejo, doctora Lowenstein? —Inquirí.

—Sí —respondió ella, apartando la vista de mí y volviéndose hacia la barra.

—Su rostro no es atractivo, doctora Lowenstein —afirmé, mientras me incorporaba para marcharme—. Según todos los cánones y todas las normas que quiera aplicar, el suyo es un rostro bello. Para mí ha sido un placer poder contemplarlo durante estas dos últimas semanas.

—Eso es muy amable por su parte —contestó—. Mi esposa no me encuentra atractiva.

—Si su esposo no la encuentra atractiva —insistí—, ha de ser un homosexual o un idiota. Es usted espléndida, Lowenstein, y creo que ya es hora de que le saque alguna satisfacción a ese hecho. ¿Le parece bien que vaya a ver a Savannah mañana por la mañana?

—Ha cambiado de tema —observó.

—Temía que pensara que estaba flirteando con usted.

—¿Estaba flirteando?

—No —respondí—. Tan sólo había pensado en comenzar a flirtear, pero las mujeres se ríen de mí cuando trato de hacerlo, y me encuentran ridículo.

—Parte del personal opina que sus visitas perturban a Savannah.

—Es cierto —admití—. La visión de mi rostro la llena de dolor. Lo mismo que ocurriría con cualquier otro Wingo.

—últimamente han estado ajustándole la medicación —Me explicó—. Creo que las alucinaciones ya están controladas, pero de un tiempo a esta parte le está aumentando la ansiedad. ¿Por qué no espera un poco más antes de ir a verla, Tom? Lo consultaré con su equipo médico.

—No le digo nada que pueda perturbarla, Lowenstein —protesté—. Se lo prometo. Solamente hablo de cosas que la hagan sentir contenta. Le leo poemas.

—¿Le ha hablado ella alguna vez, Tom?

—No —admití—. ¿Acaso le habla mucho a usted?

—Ha sido un proceso lento —respondió Lowenstein—. Me dijo que no quería que usted volviera a visitarla.

—¿Con estas palabras? —quise saber.

—Exactamente con estas palabras, Tom —dijo la doctora Lowenstein—. Lo siento muchísimo.

Mi abuela, Tolitha Wingo, está agonizando en una residencia para ancianos. Su mente, según dicen, divaga un poco, pero todavía tiene algunos momentos de perfecta lucidez en los que puede reconocerse la fuerte y luminosa personalidad que su avanzada edad ha ocultado bajo un sudario de senilidad. Al parecer, los capilares de su cerebro están secándose lentamente, como los arroyos tributarios de un río que se extingue. El tiempo ya no significa para ella lo mismo que para el resto de nosotros; ya no lo mide en horas y en días: es un río que ella recorre desde su fuente hasta su delta. Hay momentos en que se convierte en una niña que le pide una muñeca nueva a su madre. En un abrir y cerrar de ojos, es una jardinera preocupada por sus dalias o

una abuela que rezonga porque sus nietos no van nunca a verla. En diversas ocasiones me ha tomado por su esposo, por su mejor amigo, por mi padre o por un granjero rodesiano llamado Philip que sin duda había sido su amante. Cuando me acerco a su silla de ruedas, nunca se en qué parte del río voy a entrar. La última vez que la vi, alzó sus brazos hacia mí y, con su temblorosa voz, exclamó: «¡Oh, papá, papá! ¡Abrazame, papá!». La sostuve cuidadosamente sobre mis rodillas y sentí la espantosa fragilidad de sus huesos mientras ella apoyaba su cabeza en mi pecho y sollozaba como una niña de ocho años consolada por un padre que llevaba cuarenta años muerto. Ahora Tolitha pesa treinta y ocho kilos y medio. Dentro de poco tiempo morirá del modo en que mueren todos los ancianos norteamericanos: de humillación, de incontinencia, de aburrimiento y abandono.

Hay veces que me reconoce, que su mente está clara y lúcida, y nos pasamos el día riendo y recordando otros tiempos. Pero cuando me levanto para irme, sus ojos reflejan a la vez miedo y traición. Aferra mi mano entre las suyas, surcadas de venas azules y todavía fuertes, y me suplica: «Llévame a casa contigo, Tom. No quiero morir entre extraños. Por favor, Tom. Esto al menos has de comprenderlo». Mis despedidas la matan cada vez un poco más. Me destroza el corazón. La quiero tanto como pueda querer a nadie en el mundo, pero no le permito que viva conmigo. Me falta coraje para alimentarla, para limpiarle la mierda, para mitigar su dolor, para paliar las profundidades abisales de su soledad y su exilio. Porque soy un estadounidense, la dejo ir muriendo a pasos, aislada y abandonada por su familia. Con frecuencia me pide que la mate, como un acto de amor y caridad. Apenas tengo valor para ir a visitarla. Suelo pasar mucho tiempo ante el mostrador de recepción de la residencia, discutiendo con médicos y enfermeras. Les grito, y les digo que entre ellos vive una mujer extraordinaria, una mujer digna de toda su consideración y su ternura. Me quejo de su frialdad y de su falta de profesionalidad. Les reprocho que traten a los ancianos como pedazos de carne colgados de un gancho de acero en el interior de una cámara frigorífica. En la residencia trabaja una enfermera, una mujer negra de cincuenta y tantos años llamada Wilhelmina Jones, que a menudo recibe toda la furia de mis frustradas invectivas. En cierta ocasión me respondió: «Si es una mujer tan extraordinaria, señor Wingo, ¿por qué su familia la ha traído para que se pudra en este lugar repugnante? Tolitha no es un pedazo de carne, y no la tratamos como si lo fuera. Lo único que le ocurre a la pobre es que se ha hecho vieja. Y no entró aquí por su propio pie; fue usted quien la trajo a rastras, en contra de su voluntad».

Wilhelmina Jones me ha tomado la medida. Soy el arquitecto de los últimos días de mi abuela sobre la tierra, y debido a una singular ausencia de valentía y de buena voluntad he contribuido a hacérselos insoportables, días de miseria y desesperación. Cada vez que la beso, mis besos enmascaran los ardides del traidor. Cuando la llevé al asilo para ancianos le dije que íbamos a dar un largo paseo por el campo. No mentía: el paseo aún no ha terminado.



Cuando falleció Papa John Stanopoulos, a finales de 1951, Tolitha lo enterró debidamente en el Oak Lawn Cemetery de Atlanta, vendió la casa de Rosedale Road y después se embarcó en una extravagante odisea que la llevó a dar tres vueltas al mundo en tres años. Su pesar por la pérdida de Papa John se asociaba tan profundamente con la ciudad de Atlanta que sabía por instinto que la mayor felicidad es irrepetible; sabía cómo cerrar las puertas al pasado.

Tolitha viajaba en barco, siempre en primera clase, y durante aquellos años de libre vagabundear se las compuso para visitar cuarenta y siete países y enviar centenares de postales en las que pormenorizaba sus viajes. Aquellas postales, escritas con su apenas legible caligrafía, se convirtieron en la primera literatura de viajes que ninguno de nosotros leyera jamás. En el ángulo superior derecho llevaban magníficos y luminosos sellos; acuarelas en miniatura y paisajes de oscuras naciones o suntuosas reproducciones de las mayores obras de arte de los países europeos. Las naciones africanas celebraban la espléndida luz del sol sobre los bosques tropicales y las extensas sabanas; sus sellos de correos vibraban con frutos de vivos colores, papagayos que se arreglaban el plumaje sobre las ramas de un mango, mandriles que hacían muecas con sus feroces rostros irisados, elefantes que vadeaban profundas corrientes y rebaños de gacelas que cruzaban las planicies al pie del Kilimanjaro. Sin darnos cuenta, nos convertimos en apasionados filatélicos mientras tratábamos de descifrar sus crónicas apresuradamente garrapateadas en el transcurso de alguna tormenta tropical en las latitudes de los caballos, mientras navegaba por las rutas marítimas del mundo.

Cuando mandaba sus cartas, no dejaba de incluir en el sobre unas cuantas monedas de los países en los que había estado. Aquellas monedas, sólidas y exóticas, constituyeron nuestra iniciación en los ociosos goces de la numismática. Las conservábamos en un viejo bote de mermelada de uva, y a menudo las esparcíamos sobre la mesa de la cocina y tratábamos de emparejar cada moneda con el país correspondiente, colocándolas sobre un mapamundi que mi padre había comprado a fin de poder seguir los vagabundeos de Tolitha. Luego, con ayuda de un lápiz amarillo claro, coloreábamos todos los países del mapa cuyas fronteras había ella cruzado. Pronto llegamos a ser expertos en la invocación de misteriosos nombres geográficos: Zanzibar, el Congo Belga, Mozambique, Singapur, Goa, Camboya. Para nosotros, aquellos nombres sabían como humo en la boca; reverberaban con los ecos de la campana de lo primitivo y lo oscuro. De niños, teníamos a Tolitha por valerosa, pródiga y afortunada. El día en que Savannah, Luke y yo fuimos confirmados por el obispo de Charleston, un rinoceronte blanco atacó el *jeep* de mi abuela en las llanuras de Kenya. Durante la semana en que comenzamos el tercer grado, Tolitha nos escribió para contarnos la lapidación de una adúltera en Arabia Saudita. Había corrido graves riesgos, y nos los explicó todos con minucioso regocijo. En el alto Amazonas contempló durante varios minutos preñados de horror cómo un cardumen de pirañas devoraba un tapir hasta no dejar más que los huesos. Los chillidos del tapir

resonaron entre los muros de una selva impenetrable hasta que los peces llegaron a su lengua. La lengua fue como el postre, añadía perversamente, en uno de aquellos escalofriantes y exquisitos detalles que iban haciendo más vívida su prosa a medida que su visión adquiría experiencia durante la lenta circunnavegación del planeta. Después de visitar el Folies-Bergère, nos comentó que había visto más tetas en aquel escenario que en toda una granja lechera. Desde Roma mandó una postal que mostraba la macabra colocación de las calaveras de los monjes, apiladas como antiguas balas de cañón, en un altar lateral de las catacumbas de los capuchinos. Nos envió unas cajas de conchas marinas que había recogido en el litoral del África Oriental, y una cabeza humana reducida que había comprado en el Brasil, «prácticamente por nada», a un cazador de cabezas reformado con la dentadura estropeada. Una Navidad, compró para mí padre una lengua de búfalo de agua en salazón. Sucesivamente adquirió, y nos fue enviando, una flauta de las utilizadas por los encantadores de serpientes, un fragmento de la Vera Cruz comprado a un árabe tuerto, un diente de camello, los colmillos de una laquesida y un taparrabos que hasta su llegada había estado cubriendo los genitales de un salvaje (y que mi madre quemó inmediatamente, diciendo que ya había bastantes gérmenes en Carolina del Sur como para tener encima que preocupamos por los gérmenes africanos). Tolitha experimentaba un infantil deleite con lo grotesco, lo surrealista, lo decididamente único.

Reconocía, jactándose de ello, haber contraído diarreas en veintiún países distintos. Para mi abuela, un fuerte ataque de diarrea era una especie de medalla al mérito viajero, pues reflejaba la voluntad de ir más allá de lo meramente pintoresco para internarse en los más salvajes y apartados rincones del mundo. En Siria, se comió toda una escudilla de ojos de cordero, que, según nos explicó, sabían exactamente como uno imaginaría que saben los ojos de cordero. En cuestión de comidas tendía más a la aventura que a la exquisitez, pero nos mandaba detallados informes sobre su dieta. En una u otra parte del mundo había probado la cola de caimán, la carne venenosa del pez globo (que le insensibilizó los dedos), filetes de tiburón huevos de avestruz, saltamontes bañados de chocolate: angulas en salmuera (durante algunos años estuve convencido de que había comido elfos, minúsculas personitas conservadas como pepinillos en vinagre), hígado de antílope, genitales de chivo y pitón hervida.

Tras conocer este régimen, uno dejaba de extrañarse por sus recurrentes accesos de diarrea; lo único extraño era que lograra no vomitar durante las comidas.

Durante tres irrefrenables años su ocupación consistió en viajar constantemente, descubrir cosas fuera de lo común en lugares fuera de lo común, estudiarse a sí misma en el texto y las notas a pie de página de geografías extrañas. Posteriormente admitiría que había querido acumular una reserva de centelleantes recuerdos para la vejez, que sentía llegar velozmente. Viajaba para maravillarse, para convertirse en una mujer distinta a lo que su nacimiento la predestinaba. No deliberadamente, sino

por su ejemplo, se convirtió en el primer filósofo del viaje que nuestra familia había producido. Vagando de un lado a otro, Tolitha descubrió que podían aprenderse cosas en las tangentes y los extremos. Honraba los márgenes; vivir en el lado salvaje marcaba una diferencia. Durante el solsticio de verano de 1954, un amistoso grupo de sherpas condujo a mi abuela durante dos semanas en una excursión a pie por el Himalaya; una mañana, en el espantosamente frío techo del mundo, vio los niveos flancos del monte Everest revelados por la naciente luz de la aurora. Un mes más tarde, de retorno a casa, vio una migración de serpientes marinas en el mar de la China Meridional.

Llegó a Colleton exhausta y un tanto raída. Muy significativamente, llegó también sin un céntimo. Mi madre repasaba en voz alta las cifras, calculando obsesivamente el capital derrochado y quejándose de que Tolitha hubiera dilapidado más de cien mil dólares. Pero, si al dar satisfacción a una insospechada ansia viajera había sorprendido a su familia y a sus conciudadanos, todavía los desconcertó más su regreso. Sin que ninguno de nosotros lo supiera, había reanudado las relaciones diplomáticas con mi abuelo y reavivado la amistad o el afecto que la Depresión había extinguido, escribiéndole cautivadoras y fraternales misivas durante sus peregrinaciones. Ya fuera por tacto o por reservar su intimidad, nunca mencionó la existencia de tales cartas; mi abuelo Wingo fue el único habitante de Colleton que no quedó atónito cuando ella regresó a la ciudad después de más de veinte años de ausencia y se encaminó directamente hacia su domicilio de Barnwell Street, donde deshizo su equipaje y guardó sus prendas en la misma cómoda que mucho antes había abandonado. «Incluso las aves marinas tienen que descansar de vez en cuando»; tal vez fue la única explicación que ofreció a todos. Diez baúles llenos de los más maravillosos e inútiles objetos exóticos la siguieron a Colleton, y su casa se llenó a rebosar con buena parte de los excéntricos recuerdos de todo el planeta que habían despertado su interés. La sala de estar de mi abuelo, que había sido la quintaesencia de lo sureño, se pobló de máscaras y estatuillas africanas, elefantes de cerámica de Tailandia y baratijas procedentes de sus incursiones por los bazares de toda Asia. Cada objeto tenía tras de sí una historia, un país, una serie particular de aventuras, y mi abuela podía revivir de nuevo su viaje sencillamente recorriendo la habitación con la vista. Su secreto, como descubriríamos luego, consistía en que, una vez se ha viajado, la travesía no termina nunca, sino que se repite una y otra vez en las cámaras más silenciosas; en que la mente ya no puede desprenderse del viaje.

La familia de mi padre se recompuso cuando él contaba ya treinta y cuatro años de edad.

Para mi madre, denigrar la vida y la época de mi abuela constituía una inagotable fuente de placer. No existía mujer viviente a la que mi madre no viera como una rival, y el regreso de mi abuela al redil tras sus correrías por los distintos continentes le arrancó un torrente de farisaicas recriminaciones. «No puedo entender qué clase de madre es capaz de abandonar a sus hijos durante una depresión», rezongaba en

privado. «Los hombres dejan constantemente a su familia, pero no una madre. Al menos, no una verdadera madre. Vuestra abuela cometió un crimen contra la naturaleza, contra todas las leyes naturales, y jamás he oído que lo mencionara ni he visto que se arrodillara ante vuestro padre para pedirle perdón. Y no creáis que a vuestro padre no le dolió. No creáis que no le afectó. No, todos sus problemas le vienen del día en que se despertó y descubrió que ya no tenía una mamá que lo alimentara y cuidara de él. Por eso está enfermo de la cabeza. Por eso a veces se porta como una bestia. Y, para acabarlo de arreglar, Tolitha se gasta una fortuna en caprichos en lugar de invertirla en una cuenta de ahorro. Cuando llegó a la ciudad, no le quedaba ni un céntimo. Si yo fuese Amos, la habría echado a patadas. Pero los hombres son más sentimentales que las mujeres. Acordaos bien de lo que os digo.»

Estos reproches sólo los expresaba ante sus hijos.

Cuando estaba con Tolitha, mi madre elogiaba su independencia, su coraje y su absoluta despreocupación por la opinión que la ciudad pudiera tener de ella. A Tolitha le importaba una mierda la opinión pública de Colleton. Fue la única mujer que conocí en mis años de crecimiento que se había divorciado. En muchos sentidos, fue la primera mujer moderna que produjo Colleton. Nunca daba explicaciones ni presentaba excusas por sus acciones. Tras su regreso se habló de otros matrimonios por el camino, de alianzas con viajeros solitarios, de relaciones de conveniencia y del corazón, pero Tolitha jamás dijo nada. Se limitó a instalarse de nuevo en casa de mi abuelo y comenzó a vivir otra vez con él como esposa. Amos seguía aburriéndola con el embeleso de sus convicciones religiosas, pero existía entre ellos algo inefable, algo comfortable, algo amistoso. A mi abuelo le hacía feliz que hubiera regresado. Jamás había mirado a otra mujer era uno de esos escasos hombres que sólo son capaces de enamorarse plenamente una vez en la vida. En cambio, creo que mi abuela habría podido amar a un centenar de hombres.

Cuando crecí y empecé a conocerla mejor, llegué a pensar que seguramente lo hizo. A los hombres les resultaba irresistible, y era una verdadera amenaza para cualquier mujer que se cruzara en su camino. Su encanto era excepcional, indefinible y original.

Ahora creo que regresó porque ya había hecho todo lo que quería hacer; también creo que regresó para salvar a sus nietos de la furia de su hijo y de la frialdad emocional de su nuera. Sea como fuere, nos proporcionó una voz, una conciencia, un tribunal de apelación al que podíamos recurrir en los momentos de crisis. Comprendía la naturaleza del pecado, y sabía que su forma más volátil era aquella que no se reconocía a sí misma como tal. Al igual que muchos hombres y mujeres que cometen enormes e irreparables errores con sus propios hijos, ella se redimió convirtiéndose en una abuela perfecta. Tolitha jamás nos riñó, nos castigó, nos censuró ni condicionó en modo alguno su cariño a nuestro comportamiento. Se limitaba a adorarnos en todas las manifestaciones de nuestra niñez, tanto las que excitaban el afecto como las más molestas. A partir de sus errores, había llegado a

codificar una ética sin adulteraciones: el amor no era un compañero inseparable de la desesperación; el amor no tenía por qué causar dolor. Armada de este poderoso conocimiento, regresó a la vida que había abandonado. Cada vez que mi padre nos pegaba, mi madre solía decir:

«Lo ha hecho porque os quiere». Cada vez que nuestra madre nos azotaba con el cepillo, con la escoba o con sus manos abiertas, lo hacía en nombre del amor y bajo su signo. Todo el amor que recibíamos estaba marcado por el signo de Marte, frágil refugiado de algún zodíaco degradado y corrupto. Pero mi abuela trajo de sus viajes una doctrina revolucionaria. El amor no tiene armas, no tiene puños; el amor no magulla ni hace brotar la sangre. Al principio, los tres hermanos retrocedíamos cuando ella trataba de abrazarnos o sentarnos en su regazo. Tolitha nos acariciaba la cara y el cabello. Nos besaba hasta hacernos ronronear como gatos. Nos elogiaba en canciones que ella misma inventaba, Nos decía que éramos hermosos. Nos decía que éramos extraordinarios y que haríamos grandes cosas.

Su reaparición fortaleció el ya formidable matriarcado de la casa Wingo. El linaje de los Wingo producía hombres fuertes, pero ninguno de nosotros éramos rival para las mujeres Wingo. En sus ojos percibíamos el destello metálico de los zares, la fría arrogancia de los tiranos. Cuando Tolitha regresó, comenzó un duelo de poder que no debía cesar hasta que mi madre nos llevó en automóvil a la residencia de ancianos de Charleston para ingresar a la abuela, veinticinco años más tarde.

El hombre junto al que volvió, Amos Wingo, era uno de los hombres más extraños que jamás he conocido y sin duda uno de los mejores. Cualquier estudio sobre mi abuelo se convierte en una meditación acerca de la santidad. Su vida entera fue un largo himno de alabanza al Señor un largo y aburrido himno de alabanza. La plegaría su única afición; el gran Dios, Trino y Uno, su único desenfreno. Al analizar la biografía de mi abuela, hay que tener en cuenta la imposibilidad más secular de compartir la vida con un hombre dedicado a la santidad. Los santos son unos magníficos abuelos, pero muy pobres como maridos. Años más tarde, mi abuela explicó que cada vez que hacían el amor Amos gemía sin cesar «gracias, Jesús. Gracias, Jesús», mientras se retorció dentro de ella. Según decía, cuando le oía invitar a Jesús a meterse entre las sábanas no podía concentrarse correctamente en lo que estaba haciendo.

Siendo muy pequeños, mi abuelo nos llevó un día de paseo hasta el embarcadero de la isla de Melrose y nos narró la historia de su vida espiritual. Mientras el abuelo Wingo remojaba sus alargados y huesudos pies en el río Colleton, no me sorprendió en lo más mínimo oírle revelar el secreto de que el propio Dios se había aparecido al joven Amos Wingo para exhortarle a que viviera toda su vida de acuerdo con Su Palabra. Dios honró frecuentemente a mi abuelo con estas locuaces y arbitrarias apariciones, durante toda su existencia. Amos solía escribir extensas cartas al director de la Colleton Gazette, explicando minuciosamente dónde había tenido lugar la visión y refiriendo palabra por palabra qué era exactamente lo que pensaba el

Creador. De sus cartas (que Savannah conservó cuidadosamente) se deducía que Dios no se preocupaba en exceso por las exigencias de la ortografía y la gramática y que sentía una sorprendente predilección por el dialecto sureño. «Dios habla como un cuellirrojo», observó Luke tras leer una de aquellas epístolas. De hecho, Dios hablaba con una voz desconcertantemente parecida a la de mi abuelo, y aquellas cartas inconexas fueron al mismo tiempo la aflicción y la gloria secreta de mi niñez. El propio Amos admitía que le resultaba difícil llevar una vida normal cuando Dios no dejaba de interrumpirle con espectaculares y prolongadas entrevistas.

Savannah fue la primera que le preguntó.

—¿Cómo es Dios, abuelo?

—Bueno, Savannah —respondió el abuelo—, es un tipo con bastante buen aspecto. Siempre hay mucha luz a su alrededor, conque no llego a verlo muy bien, pero sus facciones son regulares y tiene el pelo más oscuro de lo que uno podría imaginar. Además, lo lleva bastante largo, y a veces he pensado que quizá debería ofrecerme a cortárselo. No le cobraría ni un céntimo. Sólo se lo recortaría un poquito, lo justo para arreglarle los lados.

Savannah fue también la primera que comentó en voz alta que el abuelo Wingo estaba loco.

Pero se trataba de una locura dulce y carente de complicaciones, si eso es lo que era. Durante los peores momentos de la Depresión, Dios se le aparecía a diario, y su familia tuvo que vivir de lo que pescaban en el río y de nada más. El abuelo dejó su trabajo de peluquero y dejó de vender Biblias, convencido de que la Depresión era un aviso celestial de que la Segunda Venida de Jesucristo estaba próxima. Tomó la costumbre de salir a predicar por las calles, entonando a grito pelado extraños salmos de fe y de perdición para todos aquellos que estuvieran al alcance de su voz, y cayendo a veces en la arcana y terrorífica gramática de una lengua desconocida que se manifestaba como una torturada epilepsia del alma.

El abuelo Wingo era también algo vagabundo. Mi abuela hablaba de su «sangre gitana», pero lo decía irónicamente, pues le parecía que Amos no ponía demasiada imaginación en sus viajes. Sencillamente, le gustaba la sensación de estar en movimiento, sin que le importara mucho el lugar al que se dirigía. La llamada le llegaba sin previo aviso, y en tales ocasiones abandonaba Colleton de inmediato y a pie para recorrer los caminos del Sur, a veces durante meses seguidos, vendiendo Biblias y cortando el pelo a la gente. Incluso en reposo manifestaba un molesto hábito nervioso que le hacía sacudir constantemente la pierna derecha como si tuviera un motor en punto muerto debajo de la rodilla. Aquella pierna vibratoria era siempre un recordatorio de que al día siguiente podía ponerse en camino —con rumbo al sur, hacia Florida, o al hacia el Mississippi— para difundir la palabra del Evangelio y para rociar de talco los cuellos recién rapados. Depositaba la palabra del Señor como polen sobre los estambres y pistilos de toda alma humana con que se cruzara en su errante e impremeditado ministerio.

Recorría las carreteras secundarias del Sur rural cargando una maleta con sus prendas de vestir y sus utensilios de barbero y otra, más grande, repleta de Biblias de todas formas y tamaños. Las Biblias más baratas eran utilitarias, negras y pequeñas, del tamaño de unos zapatos infantiles. Pero sus caracteres eran minúsculos y podían producir miopía si se leían con excesivo fervor y en malas condiciones de luz. Mi abuelo se sentía obligado a promover los ejemplares más vistosos. El Cadillac de las Biblias era un modelo encuadernado en Naugahyde de color blanco lechoso, con cintas doradas para marcar las páginas. Estaba suntuosamente ilustrado con escenas bíblicas de «los Grandes Maestros». Pero la gloria suprema de este radiante volumen consistía en el hecho de que las palabras de Jesús de Nazaret estaban impresas con un vívida tinta roja. Estas Biblias de mayor precio eran invariablemente adquiridas con avidez por las familias más pobres, que las compraban gracias a un generoso plan de pago a plazos. A su paso, mi abuelo dejaba una estela de cristianos pobres que a menudo tenían que enfrentarse con la difícil disyuntiva de pagar la cuota mensual de su llamativa Biblia blanca o poner algo de comida en la mesa. El recuerdo de la pía presencia de mi abuelo, tocado por el Señor, sin duda hacía esta elección más problemática de lo que habría debido ser. El hecho de no pagar los plazos de una Biblia era para mi abuelo un pecado nefasto e impronunciado, pero jamás quiso reclamar una Biblia impagada después de haber inscrito gratuitamente la cronología de la familia en las páginas centrales del libro. En su opinión, ninguna familia podía sentirse verdaderamente segura y norteamericana mientras no fueran enumerados todos sus miembros en las páginas de una buena Biblia en la que Jesús hablaba en rojo. Aunque esto a veces dificultaba sus relaciones con la empresa que le suministraba las Biblias, se negaba en redondo a llevarse la Palabra de Dios de la casa de un pobre. La empresa editora de las Biblias debía enviar otros agentes tras los pasos de mi abuelo para reclamar las Biblias o cobrar las sumas adeudadas. Por otra parte, mi abuelo daba salida a más Biblias blancas que ningún otro vendedor, y estas eran las que daban dinero en serio.

En su papel de vendedor de Biblias, mi abuelo se convirtió en una especie de leyenda en los pequeños pueblos del Sur. Nada más llegar a alguna población industrial, o a un pueblo en un cruce de carreteras, comenzaba a ir de puerta en puerta. Si una familia no necesitaba la Biblia, probablemente alguno de sus miembros necesitaba un corte de pelo. Estaba dispuesto a cortar el pelo a toda la familia por un precio de grupo. Le encantaba el tacto del cabello humano entre sus dedos y sentía un permanente afecto hacia los calvos. Entre el susurro de la navaja y las densas nubes de talco que se alzaban mientras cepillaba los restos de cabello del cogote de inquietos chicos y chicas, siempre hablaba de la vida de Cristo. Al retirarse, la empresa de las Biblias reconoció sus esfuerzos entregándole unas tijeras de barbero chapadas en oro y un certificado de gratitud que legitimaba algo que siempre habíamos sospechado: Amos Wingo había vendido más Biblias que ningún otro vendedor ambulante en toda la historia de la empresa. En su testimonio final, en un

último y sorprendente momento de poesía, la empresa se refería a él como «Amos Wingo, el rey de la Biblia de letras rojas».

Sin embargo, como vendedor ambulante cuyo territorio incluía cinco estados sureños, mi abuelo a menudo dejaba a mi padre al cuidado mercenario e inconstante de criadas, primas, tías solteras o, en suma, cualquiera que Amos pudiera convencer para que se ocupara de su hijo. Por motivos muy diferentes, ninguno de mis abuelos paternos se tomó nunca en serio la cuestión fundamental de criar a su hijo único. El conflicto de mi padre con el mundo tenía algo de irreconciliable: su infancia había sido una consentida debacle de negligencia, y mis abuelos eran los ejecutores, descoloridos e impunes, de los actos de violencia de mi padre contra sus propios hijos.

Mis abuelos eran como dos chiquillos mal emparejados y, para mí, su casa tenía cierto sabor a santuario y a jardín de infancia. Cuando se hablaban, lo hacían siempre con la mayor cortesía. Entre ellos no existía una auténtica conversación; no había momentos de chanza o frivolidad, no había intentos de flirtear ni intercambios de chismes. Aun después del regreso de mi abuela, no parecía que vivieran juntos. Nada humano se interponía en el afecto, admitido sin preguntas, que se profesaban mutuamente. Yo estudiaba su relación con cierto temor reverente, pues no alcanzaba a comprender en qué se basaba. Percibía la existencia de amor entre ambos, pero era un amor sin llama ni pasión. Tampoco había rencores ni fiebres, ni pleamares o bajamares del espíritu que fuera necesario sondear; era, sencillamente, un matrimonio sin tormentas, una quietud, una resignación, una serie de días sin viento en la corriente del Golfo de su tranquilo envejecer. Su alegría sin complicaciones por la compañía del otro hacía que el matrimonio de mis padres pareciera algo obscuro. Apenas habían necesitado estar media vida separados para volverse perfectos el uno para el otro.

Busqué en ellos algo que me explicara el carácter de mi padre, pero no hallé nada. A sus ojos, él no existía. Su reunión había producido algo nuevo y nunca visto. Jamás oí que Tolitha o Amos alzaran la voz. Nunca nos pegaron, y cuando nos corregían cualquier nimiedad casi parecía que fueran a disculparse. Sin embargo, ellos habían creado al hombre que me había engendrado, que me pegaba, que pegaba a mí madre, que pegaba a mi hermano y mi hermana, sin que yo pudiera hallar la menor pista o explicación en casa de mis abuelos. Su misma corrección, su calma imperturbable, me resultaban inquietantes. No podía recurrir a ellos para averiguar de dónde procedía yo; había alguna pieza que faltaba, algo roto, algo carente de respuesta. De algún modo, aquellas dos almas gentiles habían producido un hijo violento que, a su vez, me había producido a mí. Yo vivía en una casa en la que se temía al pescador de camarones. Pero nunca se decía en voz alta. Mi madre nos prohibió contarle a nadie que no fuera de la familia que nuestro padre nos pegaba, pues concedía la mayor importancia a lo que ella denominaba «lealtad familiar» y no estaba dispuesta a tolerar ningún comportamiento que juzgara desleal o sedicioso. No se nos permitía



criticar a nuestro padre ni quejarnos por el trato que nos daba. Sus golpes hicieron perder el conocimiento a mi hermano Luke en tres ocasiones antes de que cumpliera los diez años. Por lo general, Luke era siempre su primer blanco, el rostro al que primero se volvía. A mi madre solía golpearla cuando trataba de intervenir en favor de Luke. Savannah y yo sufríamos las consecuencias de su cólera cuando intentábamos separarlo de mi madre. Así fue como se creó un ciclo accidental y mortífero.

Pasé mi infancia creyendo que algún día mi padre me mataría.

Pero moraba en un mundo en el que a los niños no se les explicaba nada, salvo la supremacía del concepto de lealtad.

De mi madre aprendí que la lealtad es la bonita máscara que uno se pone cuando ha basado toda su vida en una serie de egregias mentiras.

Dividíamos los años según el número de veces que nuestro padre nos pegaba. Aunque las palizas ya eran duras de por sí, lo peor era la irracionalidad de la naturaleza de mi padre. Nunca sabíamos qué le haría saltar; nunca podíamos pronosticar los cambios climáticos del alma que desencadenaban a la bestia en nuestra casa. No había pautas a las que conformarse, ninguna estrategia sobre la cual improvisar, ni, a excepción de nuestra abuela, ningún tribunal imparcial al que pudiéramos suplicar una amnistía. Nuestra infancia discurrió esperando a que nos atacara.

En 1955, me tiró al suelo en tres ocasiones. En 1956 me derribó cinco veces. Todavía me quiso más en 1957, y su ardor siguió aumentando en 1958. A medida que yo avanzaba lentamente hacia la madurez, cada año me quería más. Desde el año que pasamos en Atlanta, recé para que Dios lo destruyera. «Mátalo. Mátalo, Señor, por favor», susurraba de rodillas. Mis plegarías lo enterraban hasta el cuello en los marjales, mientras yo rezaba a la Luna para que alzara el océano sobre su cabeza y veía los cangrejos pululando sobre su rostro, buscándole los ojos. Con mis oraciones aprendí a matar, aprendí a odiar cuando habría debido estar alabando al Señor. No podía controlar mi forma de rezar. Cuando volvía mis pensamientos hacia Dios, el veneno rezumaba de mí. Con las manos unidas, cantaba himnos de saqueo y matanza entre los muros de la ciudad, y mi rosario se convertía en una cuerda de dar garrote. Para mí, aquellos fueron años introspectivos y peligrosos. Cada vez que mataba un ciervo, veía el rostro de mi padre bajo la cornamenta; era el corazón de mi padre el que arrancaba de sus entrañas y alzaba hacia los árboles; era el cuerpo de mi padre el que colgaba de una rama y vaciaba de vísceras. Me convertí en algo infame, en un crimen contra natura.

Cuando volvió mi abuela, poco a poco empecé a darme cuenta de que mi padre la temía, así que me vinculé al destino de la mujer que había tenido el valor de dejar a su familia durante la Depresión y de no disculparse nunca ante nadie por ello. Esta mujer amable y mi amable abuelo habían creado un hombre peligroso para los niños. Mi madre nos enseñó que la forma más elevada de la lealtad consistía en disimular

nuestras heridas y sonreír ante la sangre que veíamos reflejada en el espejo. Me enseñó a odiar las palabras lealtad familiar más que cualquier otro par de palabras del idioma.

Si tus padres están en contra tuya y son astutos en la forma de manifestar su desaprobación, jamás llegará un nuevo amanecer en el que puedas quedar convencido de tu propia valía. No hay modo de arreglar una infancia estropeada. Lo mejor que cabe esperar es mantenerse de algún modo a flote.

No comencé a sentir los primeros e inconfundibles síntomas de nerviosismo neoyorquino hasta mi segunda semana en la ciudad. En Nueva York, siempre sentía una ineludible culpabilidad cuando me limitaba a dejar pasar el tiempo, sin aprovechar los espléndidos museos, bibliotecas, representaciones teatrales, conciertos y el vastísimo repertorio de oportunidades culturales que me tentaban con promesas de enriquecimiento. Empecé a tener dificultades para conciliar el sueño y me sentía como si tuviera el deber de leer las obras completas de Proust, aprender un idioma extranjero, amasar mi propia pasta o matricularme en un curso sobre la historia del cine en la New School. Cuando cruzaba sus ríos, la ciudad siempre estimulaba en mí alguna glándula adormecida de perfeccionamiento personal. Jamás me consideraría lo bastante bueno para Nueva York, pero siempre me sentiría mucho mejor si por lo menos hacía algo para ponerme a la altura de sus elevadas normas.

Cuando no podía dormir, cuando el ruido del tránsito nocturno resultaba en exceso disonante o el pasado se erguía como una ciudad saqueada en el espacio robado al sueño, abandonaba el lecho de mi hermana y me vestía en la oscuridad. Durante mi primera mañana en Nueva York había intentado llegar corriendo hasta Brooklyn, pero sólo conseguí llegar al Bowery, donde tuve que sortear las formas yacentes de los hediondos vagabundos que dormían en los soportales de cincuenta tiendas de lámparas, en una calle rebosante de candelabros y arañas de cristal. Al día siguiente fui a correr en dirección opuesta, y quedé sorprendido cuando, aún oscuro, entré en el distrito de las floristerías mientras los camiones entregaban sus fragantes cargamentos de orquídeas, lilas y rosas. Era como estar corriendo al lado de una hermosa mujer que se hubiera perfumado las muñecas con agua de colonia. Había olido muchas Nueva Yorks, pero nunca la gobernada por la dulce monarquía de un millar de jardines decapitados. En sus mejores momentos, Nueva York era una ciudad de epifanías accidentales, y me prometí que permanecería abierto a otros momentos semejantes mientras siguiera en la ciudad, aquel verano.

Redacté una lista de las cosas que haría antes de volver a Carolina del Sur: correría seis millas en menos de cincuenta minutos; buscaría en la biblioteca de mi hermana diez grandes libros que no hubiera leído y los leería uno tras otro; ampliaría mi vocabulario; aprendería a preparar una beurre blanc sin que se me cortara; iría a comer al Lutèce, al Four Seasons, a La Grenouille, a La Côte Basque y a La Tulipe; presenciaría un partido de los Mets contra los Atlanta Braves y otro de los Yankees contra los Boston Red Sox; asistiría a tres representaciones de teatro y vería cinco películas extranjeras; escribiría en mi diario todos los días y mandaría a mi familia tres cartas por semana; al despertar por la mañana, haría cincuenta flexiones; y le contaría a la doctora Lowenstein todas las historias de mi familia que pudieran

ayudarla a mantener con vida a mi hermana.

A lo largo del verano, fui ampliando la lista de vez en cuando. Mi tarea era sencilla: iluminando las mordientes y oscuras crónicas del pasado, pretendía redescubrir al vivaracho, enérgico y ambicioso muchacho que había sido yo cuando crecía en una isla costera de Carolina y conocía el nombre correcto de todas las criaturas que se derramaban sobre las cubiertas del barco camaronero de mi padre mientras yo aflojaba las rebosantes redes. Con algo de suerte deseaba regresar a mi tierra natal en espléndida forma. Mí estado físico me avergonzaba mucho, pero era un entrenador excepcionalmente dotado y sabía cómo corregir la situación. Sabía cómo hacer pagar a mi cuerpo los años de cordial negligencia.

Había transcurrido una semana desde mi última visita a Savannah, cuando le recordé a la doctora Lowenstein el asunto de la cancelación de mi derecho de visita. Me había citado un martes a avanzada hora de la tarde, pero durante la sesión se mostró seca y distraída. Cuando la vi consultar su reloj tres veces durante los últimos diez minutos de nuestra hora, apenas pude contener mi enojo.

Eran casi las siete cuando se levantó de su asiento, señalando así el fin de nuestra entrevista. Hizo un gesto para pedirme que no me fuera todavía y se dirigió al escritorio para utilizar el teléfono.

—Hola, cariño —comenzó—. Siento mucho no haber podido llamar antes, pero he estado muy ocupada. ¿Podrás venir a cenar?

El cansancio confería a su rostro un aspecto delicado e indefenso. Era una mujer que había comenzado a envejecer extraordinariamente bien. Salvo por las leves marcas que rodeaban sus ojos y su boca —surcos debidos a la risa, que más parecían una concordancia que una lucha con el tiempo—, se la habría podido tomar por una adolescente. Llevaba sus negros cabellos peinados hacia un lado y tenía el hábito de apartar los abundantes mechones de su frente, mientras hablaba, con un gesto nervioso pero encantador.

—Lamento que el ensayo esté saliendo tan mal, cariño —dijo—. Sí, claro que lo comprendo. Bernard vendrá a cenar mañana por la noche y se llevará una gran desilusión si tú no estás. De acuerdo. Ya hablaremos luego. Adiós.

Al volverse descubrí en su cara una expresión de dolor o decepción; pero se recobró rápidamente, me sonrió y comenzó a examinar su agenda para ver dónde podía encajarme.

—¿Cuándo podré ver a mi hermana? —quise saber. He venido a Nueva York porque creía que le haría bien saber que tenía a algún miembro de la familia cerca de ella. Me parece que tengo derecho a ver a Savannah.

La doctora Lowenstein, sin alzar la vista, observó: —Mañana a las dos tengo una visita cancelada. ¿Le va bien a esa hora, Tom?

—No ha respondido a mi pregunta, Lowenstein. Creo que puedo hacer algo por Savannah. Creo que necesita saber que sigo estando aquí y que he venido para tratar de ayudarla.

—Lo siento mucho, Tom —contestó la doctora Lowenstein—. Ya le expliqué que el equipo ha advertido que sus visitas perturban enormemente a Savannah. Y, como ya sabe, la propia Savannah pidió que no fuera a verla durante algún tiempo.

—¿No explicó por qué? —inquirí.

—Sí, Tom —dijo Lowenstein, sosteniendo mi mirada—. Lo explicó.

—¿Le importaría decírmelo, Lowenstein?

—Savannah es mi paciente, Tom —respondió Lowenstein—. Y todo lo que me dicen mis pacientes es confidencial. Me gustaría que confiara usted en mí y que confiara en su equipo...

—¿Quiere dejar de llamar «su equipo» a esa banda de idiotas, Lowenstein? Da la impresión de que estuvieran sometiéndola a prueba para ingresar en los New York Giants.

—¿Cómo quiere que los llame, Tom? —dijo ella—. Los llamaré de la forma que usted prefiera.

—Llámelos «esos idiotas de Bellevue». ¡Vaya mierda de equipo! Ese psiquiatra que va a verla una vez por semana y le administra drogas suficientes para anestesiarse a una ballena azul. Luego ese residente pelirrojo, totalmente irresponsable, y ese grupo de enfermeras, bastas y desprovistas por completo de sentido del humor, que más parecen levantadoras de pesos. ¡Ah!, y olvidaba al sonriente terapeuta, que sin duda pretenderá que Savannah se dedique a tejer agarradores para la cocina. ¡Su equipo! ¡Su jodido equipo! ¿Quién más hay en ese equipo tan norteamericano? Ah, sí, los ayudantes, esos animales cuyo CI es igual al punto de congelación del agua en la escala centígrada; criminales en libertad condicional contratados por un sueldo de miseria para apalearse a los locos. ¿Por qué no la saca de ese lugar, Lowenstein, y la interna en algún lujoso club de campo destinado a que los chalados de clase media perfeccionen su estilo de ping-pong?

—Porque Savannah todavía es un peligro para ella misma y para los demás —respondió Lowenstein, tomando asiento de nuevo—. Se quedará en Bellevue hasta que deje de representar una amenaza para sí misma, hasta que esté lo bastante estabilizada...

—Quiere decir lo bastante drogada, Lowenstein —la interrumpí, con un volumen de voz más elevado de lo que había pretendido—. Quiere decir cuando esté lo bastante cargada de Torazina o Stelazina o Artane o Trifalon o cualquier condenada droga del mes que esté de moda en esos momentos. ¡Estabilizada! Mi hermana no es un giróscopo, Lowenstein. Es una poetisa, y no puede escribir poesía cuando en su torrente sanguíneo hay más drogas que células blancas flotando en su cerebro.

—¿Cuántos poemas cree que escribirá Savannah si consigue quitarse la vida, Tom? —preguntó Lowenstein, airada.

—Una pregunta injusta, Lowenstein —respondí, inclinando la cabeza.

—Al contrario, Tom —dijo ella—. Una pregunta muy justa y pertinente, me parece a mí. Comprenda, Tom: la primera vez que vi a Savannah después de que se

cortara las venas quedé muy agradecida a «esos idiotas de Bellevue», porque la terapia que yo estaba aplicando no había dado resultados. Savannah, como usted, siente miedo, y desconfianza hacía toda clase de medicamentos, y no quiso que le recetara la medicina que habría evitado su intento de suicidio. Me alegra saber que se halla en un hospital donde la obligan a tomar drogas si ella se niega a cooperar, porque quiero que Savannah salga de esto con vida. Y me da igual que para ello haya que recurrir a las drogas, al vudú, a la extremaunción o a las cartas del tarot: quiero que viva.

—No tiene derecho a impedirme que vea a mi hermana, Lowenstein —repliqué.

—¡Una mierda que no! —contestó ella.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí, Lowenstein? —inquirí—. ¿Qué sentido tiene? ¿Por qué me ha puesto a descifrar una cinta que grabó cuando Savannah se encontraba en su fase más lunática, cuando fue elegida generalísimo del nido del cuco? Ni siquiera estoy seguro de lo que Savannah quería decir con todas esas incoherencias. Sé lo que me sugieren a mí, pero no tengo la certeza de que signifiquen lo mismo para ella. Tengo la sensación de ser yo, quien está sometido a terapia. ¿Cómo es posible que mi visión de mi desolada infancia sea de ayuda para Savannah? Crecer como un muchacho en aquella familia fue horrible. Crecer como una muchacha es inimaginable. Deje que sea, ella misma quien le cuente todas esas historias y permítame regresar a mi casa a freír barbos, que es lo mío.

—Usted no es mi paciente, Tom —dijo Lowenstein con voz suave—. Estoy tratando de ayudar a su hermana por todos los medios. Usted me interesa únicamente a causa de la luz que puede arrojar sobre su pasado. Su situación sigue siendo desesperada. Nunca antes había visto tal desesperación en ningún otro paciente. Necesito que siga ayudándome como hasta ahora. Ni siquiera hace falta que simpaticemos mutuamente, Tom. Eso no tiene importancia. Los dos queremos que su hermana viva.

—¿Cuánto está cobrando por este trabajo, doctora Lowenstein? —quise saber.

El dinero no influye para nada. Lo hago por amor al arte.

—¡Oh, claro! —me burlé—. Un psiquiatra indiferente al dinero es como un luchador de sumo indiferente a la grasa corporal.

—Puede reírse de mí si quiere, Tom. Me importa un comino que lo haga o no. Incluso puede intuir mis verdaderos motivos y llegar a la conclusión de que me impulsa un deseo egocéntrico de reconstruir la psique de la poetisa y devolverle su integridad. Lo cierto es que deseo de todo corazón prestarle este servicio.

—Y Savannah, curada por su mágica imposición de manos, podrá escribir interminables odas en alabanza de los milagrosos poderes de la psiquiatra que exorcizó los demonios que poseían su frágil alma —concluí.

—Está en lo cierto, Tom —admitió ella—. Si pudiera salvarla, si pudiera proporcionarle los recursos que le permitan escribir de nuevo, obtendría un enorme crédito. Pero se le escapa un aspecto de la cuestión, Tom: yo admiraba la poesía de su

hermana mucho antes de saber que un día sería mi paciente. La admiraba, y sigo haciéndolo. Lea usted los poemas de su hermana...

—¿Cómo? —la interrumpí, levantándome de mi asiento y avanzando furiosamente hacia ella—. ¿Que lea los poemas de mi hermana? Le dije que era un entrenador, doctora, no un orangután. Y sin duda ha olvidado otro pequeño detalle de mi lamentable *curriculum vitae*: soy profesor de inglés, Lowenstein, un magnífico profesor de inglés con un enorme y asombroso talento para conseguir que los imbéciles sureños de mandíbulas caídas se enamoren del idioma que por nacimiento estaban condenados a destrozar. Yo leía los poemas de Savannah mucho antes de que usted se dedicara a dialogar con neuróticos incurables, amiga mía.

—Lo siento, Tom —respondió—. Le ruego que me disculpe. No me lo imaginaba leyéndolos, por el tema de que tratan. Sus poemas son tan evidentemente para las mujeres, y acerca de ellas...

—No es verdad. —Suspiré cansadamente—. Maldita sea, no es verdad. ¿Por qué son todos tan estúpidos en esta jodida ciudad? ¿Por qué dicen todos exactamente lo mismo acerca de su poesía? Eso envilece su obra. Envilecería la obra de cualquier escritor.

—Entonces ¿no cree que la escribió principalmente para las mujeres? —quiso saber.

—No. Sus poemas están escritos para la gente. Para hombres y mujeres que sienten apasionadamente. Están escritos para edificar, para asombrar incluso, pero no hace falta compartir ninguna política en especial para entenderlos y apreciarlos. Lo extraordinario de su poesía no son sus ideas políticas: eso es lo más vulgar y trivial de su poesía. En esta ciudad hay un millón de mujeres amargadas que siguen la misma política. Pero solamente Savannah es capaz de tomar el lenguaje y hacer que se eleve como un pájaro o que cante como un ángel herido.

—No podía suponer que comprendiera usted los puntos de vista feministas —observó secamente la doctora Lowenstein.

Alcé repentinamente la vista hacia ella y algo en su aspecto me causó la impresión de excesivamente guarnecido, de estudiado hasta el menor detalle.

—Pregúnteme si soy feminista, doctora —sugerí. Se rió con desdén y, sarcásticamente, preguntó:

—¿Es usted feminista, Tom?

—Sí —respondí.

—¿Sí? —repitió, y se echó a reír de nuevo; me pareció la primera risa auténtica brotada de la seria y contenida doctora Lowenstein.

—¿Por qué se rie? —inquirí.

—Porque esperaba cualquier respuesta menos ésa.

—Blanco, sureño, machista y todo lo demás.

—Efectivamente —respondió con seriedad—: blanco, sureño, machista y todo lo demás.

—Váyase a la mierda —dije fríamente.

—¡Sabía que era un auténtico machista! —exclamó.

—Savannah me enseñó a responder así, doctora. Su paciente, feminista. Ella me dijo que no aceptara estupideces de las feministas ni de los racistas, los tercermundistas, los oscurantistas, los domadores de leones o los malabaristas mancos; me dijo que si creía que no tenían razón, confiara en mi instinto y los llamara por el nombre que yo quisiera.

—Eso es estupendo, Tom —dijo ella—. Muy progresista para un entrenador.

—¿Cuál es su nombre de pila, doctora? —inquirí, sin dejar de observarla—. Llevo aquí casi tres semanas y ni siquiera conozco su nombre de pila.

—Eso carece de importancia. Mis pacientes no me tutean.

Yo no soy su maldito paciente. Mi hermana lo es. Yo sólo soy su hermano, el Cro-Magnon, y me gustaría llamarla por su nombre de pila. No conozco un alma en esta ciudad, salvo algunas amistades de Savannah, y de pronto me siento muy solo y ni siquiera me permiten ver a mi propia hermana cuando creo que lo que más necesita en el mundo es tenerme a su lado. Usted me llama Tom, y yo quiero llamarla por su nombre.

—Preferiría que nuestra relación se mantuviese en términos estrictamente profesionales —contestó.

Me sentí atrapado en la atmósfera estéril de aquella habitación, abrumado por un empacho de colores pastel y de buen gusto no ostentoso.

—Aunque no sea usted mi paciente, ha venido aquí porque está tratando de ayudarme con una de mis pacientes. Me gustaría que siguiera llamándome «doctora» porque, en este entorno, es el tratamiento con que más cómoda me siento. Y no me atrevo a dejar que un hombre como usted, Tom, se me acerque demasiado. Quiero mantenerlo todo en el plano profesional.

—Perfectamente, doctora —repliqué, exasperado y cansado ya de todo—. Lo acepto. Pero quiero que deje de llamarme Tom. Quiero que se dirija a mí por mi título profesional.

—¿Y cuál es? —inquirió.

—Quiero que me llame «entrenador».

—El entrenador feminista.

—Sí, el entrenador feminista.

—¿Hay alguna parte de usted que odie a las mujeres, Tom? —preguntó, inclinándose hacia mí—. ¿Que las odie verdaderamente?

—Sí —contesté, igualando la oscura intensidad de su mirada.

—¿Tiene idea de por qué odia a las mujeres? —volvió a preguntar, de nuevo una profesional imperturbable, impecable en su papel.

—Sí, sé exactamente por qué odio a las mujeres: me crió una mujer. Ahora, hágame la siguiente pregunta, la siguiente pregunta lógica.

—Temo que no le comprendo.



—Pregúnteme si odio a los hombres, feminista doctora neoyorquina. Pregúnteme si odio a los malditos hombres.

—¿Odia usted a los hombres?

—Sí —contesté—. Odio a los hombres porque fui criado por un hombre.

Durante unos instantes nos trabamos en el tenso abrazo de una transfiguradora hostilidad mutua. Todo mi cuerpo temblaba, y una gran tristeza había vuelto a acampar de nuevo en mi corazón. Me consumía en la desesperación que cae sobre los indefensos y los desheredados. Parte de mí estaba muriendo en aquella habitación, pero no podía hacer nada para evitarlo.

—Me llamo Susan —dijo ella con voz contenida.

—Gracias, doctora —respondí, casi con un jadeo, lleno de gratitud hacia ella—. No utilizaré su nombre. Es sólo que necesitaba conocerlo.

Vi suavizarse el contorno de sus ojos mientras ambos emprendíamos una voluntaria retirada del terreno conflictivo. Su enojo era pronto, pero también lo era su voluntad de echarse atrás sin infligir nuevas heridas. La forma en que había logrado salvar algo esencial en nuestro peligroso torneo de voluntades estaba llena de gracia y de escrupulosa integridad. Me había concedido una pequeña victoria sin consecuencias, pero lo que la volvía importante para mí era que la había concedido voluntariamente.

—Gracias, Lowenstein —repetí—. Ha manejado usted muy bien la situación. No me importa quedar como un idiota, pero detesto quedar como un idiota machista.

—¿Por qué ha seguido viviendo en el Sur Tom? —me preguntó al cabo de unos instantes.

—Habría debido marcharme —admití—, pero me ha faltado el valor. Como mi infancia no fue buena, creí que si me quedaba en el Sur podría compensar esa infancia haciendo que mi vida adulta fuera maravillosa. He viajado un poco, pero no he encontrado nada bien. Jamás he podido confiar en ningún lugar lo bastante como para que me acogiera. Así que, como un idiota, me he quedado en Carolina del Sur. No ha sido tanto por falta de energía como por falta de imaginación.

—¿Y? —insistió.

—Y cada año voy perdiendo un poco más de aquello que de niño, me volvía especial. No pienso tanto ni me planteo tantas preguntas. No soy tan atrevido. No arriesgo nada. Hasta mis pasiones son ahora deshilachadas y patéticas. En otro tiempo, Lowenstein, yo soñaba con ser un gran hombre. Ahora, la única esperanza que me queda es la de poder llegar a ser otra vez una persona mediocre.

—Parece una vida desesperada.

—No —protesté—. Creo que es sólo una vida ordinaria. Mire, hoy le he hecho perder mucho tiempo. ¿Me permitiría que la invitara a cenar para compensar mi— inexcusable comportamiento?

—Suponía que hoy cenaría con mi marido, pero los ensayos están saliendo muy mal —respondió.

—Conozco un restaurante al que llevé a Luke y Savannah cuando se publicó su primer libro.

—¿Cuál es?

—The Coach House —contesté.

La doctora se echó a reír.

—¿The Coach House? ¿Lo eligió a propósito?

—No, en absoluto —le expliqué—. Savannah creyó que era una broma y hasta tuvo que advertirme del clarísimo juego de palabras porque yo no había caído en él. El caso es que había leído en un artículo que ese restaurante era la quintaesencia de los neoyorquinos.

—Tendría que ir a casa —observó ella—. Mi hijo vuelve mañana de la escuela.

—No rechace nunca comida y bebida gratis, Lowenstein —le advertí—. Trae mala suerte y, además, es de mal gusto.

—De acuerdo —asintió—. Al diablo con todo. Es la cuarta vez en dos semanas que mi marido me deja plantada. Pero tendrá que prometerme una cosa, Tom.

—Lo que quiera, Lowenstein.

—Durante la cena, tendrá que decirme de nuevo que le parezco hermosa. Le sorprendería saber cuántas veces he pensado en ello desde que pronunció esas palabras en el Plaza.

Le ofrecí el brazo.

—¿Será la hermosa Susan Lowenstein tan amable como para acompañar al entrenador Wingo a la quinta esencia de los restaurantes de Nueva York?

—Sí —respondió ella—. La hermosa Susan Lowenstein se sentirá muy complacida.

Hasta 1953, los Wingo fuimos los únicos católicos de la ciudad de Colleton. La conversión de mi padre durante la guerra, la única decisión radical de su espíritu en toda su vida, representó un peligroso y estimulante viaje por enmarañados campos doctrinales. Mi madre aceptó su propia conversión sin una palabra de protesta. Al igual que mi padre, consideraba su salvación en Alemania como una prueba irrefutable de que Dios existía y seguía interviniendo en los asuntos cotidianos de la humanidad. Y tal era la naturaleza de la ingenuidad de mi madre, que imaginó también que su conversión al catolicismo conllevaría un aumento automático de su prestigio social. Tuvo que aprender, lenta y dolorosamente, que no hay nada más extraño o más ajeno al Sur de los Estados Unidos que un católico.

Mis padres asumieron su rugiente conversión manteniendo toda su ignorancia resplandeciente e incólume. No sabían nada de la inmensa e intrincada arquitectura que soporta la Santa Sede. Fueron aprendiendo teología paso a paso, dogma a dogma, y al igual que la mayoría de los conversos demostraron una escrupulosa obstinación en sus esfuerzos por convertirse en los primeros papistas practicantes de su franja ribereña del Atlántico. Sin embargo, aunque se agasajaron opíparamente con aquel succulento corpus doctrinal, no dejaron de ser unos obstinados bautistas disfrazados

con los velos y oropeles de una antigua teología. Sus almas eran como campos veraniegos, hechos a los cultivos indígenas, a los que de pronto se les exigiera que produjeran una vegetación exótica y antinatural. Pero su comprensión de las normas de la Iglesia y de sus más oscuros codicilos no pasó de ser, en el mejor de los casos, muy superficial.

Durante bastantes años mi madre nos leyó fragmentos de la Biblia todas las noches, después de cenar, modulando con su hermosa voz asombrosos arpegios que recorrían todas las escalas de la versión del rey Jacobo<sup>[1]</sup>.

Había cumplido ya los diez años cuando mi madre se enteró de que su nueva iglesia proscribía la lectura de aquella prosa postisabelina y exigía el estudio de los versículos, más pedestres, de la versión Douay-Rheims. Aunque ignorante de las leyes del *imprimatur*, se adaptó rápidamente, y la última fase de nuestra adolescencia resuena con la fraseología pesada y carente de brillantez de la Biblia católica. Ni siquiera la voz de mi madre, semejante al murmullo de una corriente de agua, era capaz de extraer auténticos ritmos de la versión de Douay. Siempre sonaba un poco fuera de lugar, como una guitarra mal afinada. Pero lo que perdíamos en poesía lo recobrábamos cumplidamente con el conocimiento de que habíamos corregido un error teológico. Mi madre llegó a decir que prefería, con mucho, la versión Douay-Rheims, y que había sabido que era la auténtica desde el primer día en que abrió sus páginas al azar y comenzó a leer el Deuteronomio.

Tal era la inocencia de mis padres que parecían ser los únicos católicos de los Estados Unidos que se tomaban en serio la doctrina del Papa sobre el control de natalidad. A pesar de la frialdad de su enlace, mantenían una saludable y, supongo, vigorosa vida sexual, si hay que juzgar por el número de embarazos de mi madre. Más tarde averigüé que practicaban con diligencia el método Ogino, estudiando el calendario todas las noches y debatiendo si podían o no hacer uso del matrimonio (su lenguaje sexual no dejó nunca de ser casto y oscuro). Es probable que en los años cincuenta nacieran más hijos por causa del método rítmico que los engendrados por las relaciones sexuales aleatorias. Posteriormente, Savannah, mucho más introducida que sus hermanos en el arcano conocimiento de estas cuestiones, le puso a mi madre el apodo de Nuestra Señora de los Menstruos. A ella, cuando se enteró, el sobrenombre no le hizo ninguna gracia, pero poseía precisión y estilo.

Durante cuatro años seguidos, de 1952 a 1956, mi madre estuvo embarazada. En todas las ocasiones el embarazo duró nueve meses y en todas su fruto nació muerto. Enterramos a aquellas criaturas, desprovistas de visión y palabras, en el bosquecillo de robles que crecía detrás de la casa, bajo rústicas cruces de madera en las que inscribimos sus nombres mientras mi madre sollozaba en el lecho. Mi padre jamás quiso tomar parte en aquellas pequeñas ceremonias de aflicción, como tampoco expresó nunca en voz alta cualquier emoción que hubiera podido sentir por la pérdida de sus hijos. Los bautizaba mecánicamente en la pila de la cocina, utilizando agua del grifo, y los congelaba dentro de una bolsa de plástico hasta que mi madre se reponía

lo bastante como para volver del hospital.

—Ésta se llama Rose Aster —anunció, en el verano de 1956, mientras nosotros observábamos en silencio desde la mesa de la cocina—. De todos modos, supongo no habría sido muy útil a bordo de un pesquero.

—Yo soy útil en un pesquero, papá —alegó Savannah fijando tristemente la vista en la niña muerta.

—Tú en un barco no sirves para nada, Savannah —replicó él—. Lo único que puedes hacer es descabezar los camarones. —Acto seguido, bautizó a la frágil Rose Aster en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, con una voz llana y átona que no reflejaba tristeza ni piedad, como si estuviera bendiciendo la mesa antes de una comida. Luego salió al porche posterior, metió el minúsculo cuerpecillo en una bolsa de plástico transparente y lo depositó en la cámara frigorífica, sobre las cajas de pescado y camarones congelados.

—Ni siquiera he podido decirle hola a mi hermana, papá —observó Savannah, saliendo al porche tras de él.

Mi padre levantó la tapa del frigorífico y contestó:

—Ahora puedes decírselo. Dile hola. Dile lo que quieras. Lo mismo da, porque Rose Aster sólo es un pedazo de carne muerta. No hay nada ahí, ¿me oyes? Es como un par de kilos de camarones muertos. No hay nadie a quien decirle hola o adiós. Sólo es algo que deberemos enterrar cuando tu madre vuelva a casa.

A la mañana siguiente, cuando mi padre salió hacia el barco camaronero, permanecí despierto en la cama escuchando a un pequeño animal inidentificado que gañía en la oscuridad. No sabía si se había introducido una gata salvaje debajo de la casa para dar a luz o qué otra cosa podía ser aquel sonido. Levantándome de la cama, me vestí sin despertar a Luke. Salí a la sala y advertí que el ruido procedía del dormitorio de Savannah. Antes de llamar a su puerta, escuché el llanto violentamente reprimido de mi hermana, aquel asesino desgarramiento del alma que más adelante se convertiría en marca de fábrica e himno de su locura. Entré en el cuarto sigilosamente, temeroso, y la encontré estrechando algo firmemente contra su pecho. Había tal angustia en sus sollozos que casi no me atreví a molestarla, pero los patéticos lamentos de Savannah poseían una calidad de crudeza y abandono a la que jamás pude volver la espalda. Le di la vuelta y, en una especie de ofuscación, en un trance de piedad fraternal, separé de sus brazos el frío y yerto cuerpecillo de Rose Aster.

—Déjame que la abrace, Tom —me rogó Savannah—. Iba a ser nuestra hermana, pero nadie se ha detenido ni por un instante a darle algo de cariño. Sólo quería hablar un rato con ella. Tiene que saber que no todo el mundo es como ellos.

—No está bien, Savannah —susurré—. No puedes decirle nada. Mamá y papá te darían una paliza si supieran que la has sacado del congelador. Además, podría comenzar a descomponerse antes de que la enterremos.

—Puedo decirle algo —protestó Savannah, arrancándome la pequeña forma

inerte y estrechándola de nuevo contra su pecho—. Puedo decirle muchas cosas. Acabo de decirle que habríamos cuidado bien de ella. No habríamos permitido que le hicieran ningún daño. La habríamos protegido de ellos. Díselo, Tom. Necesita saberlo.

—Savannah, no debes hablar así. Dios lo oye todo. Es un pecado hablar así de tus propios padres.

—Es la cuarta que se muere, Tom. Eso es una especie de signo divino, ¿no crees? Me parece que estas pobres criaturas prefieren no vivir. Me parece que oyen todo lo que pasa en esta casa y se dicen «No, señor, esto no es para mí». No saben que Luke, tú y yo somos buenos.

—Mamá dice que somos malos —respondí—. Lo dice todos los días. Dice que cada año que pasa nos volvemos peores. Papá dice que la causa de que pierda todos los niños es que somos tan malos que no le dejamos a mamá ni un momento de tranquilidad.

—Ella nos echa siempre la culpa de todo. Pero ¿sabes qué creo, Tom? Creo que estos pequeñines, como Rose Aster, son los más afortunados. Creo que han sido más inteligentes que nosotros. Saben que papá y mamá son malvados. Seguramente se dan cuenta de que les llega el momento de nacer y prefieren suicidarse en el vientre de mamá. Ojalá tú y yo hubiéramos sido igual de listos...

—Deja que lleve a Rose Aster al congelador, Savannah. Creo que es pecado mortal sacar a un bebé del congelador.

—Sólo quiero consolarla, Tom. Ni siquiera ha llegado a ver lo hermoso que es el mundo.

—Ahora está en el cielo. Papá la ha bautizado. —¿Cómo se llamaban los demás? Siempre olvido sus nombres.

—Estuvo David Tucker. Robert Middleton. Ruth Frances. Y ahora, Rose Aster.

—Habríamos tenido una gran familia, si llegan a vivir.

—Pero no ha sido así, Savannah. Ahora están todos en el cielo, protegiéndonos. Eso dice mamá.

—Pues no es que nos protejan demasiado bien —observó Savannah, con una amargura que me sorprendió.

—El sol no tardará en salir, Savannah. Toda la casa olerá como Rose Aster, y estaremos metidos en un buen lío.

—He dormido con ella toda la noche. Tiene unas manos y unos piecitos tan bonitos... Son los dedos más pequeñitos que hayas visto nunca. Me he pasado la noche pensando qué bonito habría sido tener una hermana pequeña. Si mamá y papá hubieran querido hacerle daño, habría sido capaz de matarlos.

—Mamá y papá la habrían querido mucho —repliqué, lleno de inquietud—. Igual que a nosotros.

Savannah se rió sonoramente.

—Mamá y papá no nos quieren, Tom —contestó—. ¿Todavía no te has dado

cuenta?

—Acabas de decir una cosa terrible. No debes ni pensarlo. Desde luego que nos quieren. Somos sus hijos.

—Nos odian, Tom —insistió, con ojos desesperanzados y sabios bajo la pálida claridad—. Es fácil darse cuenta. —Alzó el diminuto cadáver entre sus manos y besó con ternura su pequeña cabecita sin pelo—. Por eso creo que Rose Aster ha sido afortunada. Estaba llorando porque la envidiaba. Ojalá pudiera estar con ella y con los demás.

Desasí suavemente el cuerpecillo azulado de los brazos de mi hermana y lo llevé al porche de atrás. Comenzaba a salir el sol cuando metí de nuevo a mi hermana recién nacida en la bolsa de plástico y volví a dejarla sobre el pescado y los camarones.

Cuando regresé al interior, oí a Savannah hablando sola con una voz que no le conocía, pero no volví a su habitación. Sin decirle nada, encendí el fuego en la cocina y coloqué seis lonchas de tocino en la sartén de hierro. Aquella mañana me tocaba a mí preparar el desayuno; nuestra madre debía regresar del hospital aquella misma tarde.

Al atardecer, antes de que mi padre regresara del río, enterramos a Rose Aster en tierra no consagrada. Mis abuelos habían ido a buscar a mi madre al hospital y la habían traído a casa en su automóvil, de modo que, cuando volvimos de la escuela, la encontramos acostada en su cama. No había querido que los abuelos se quedaran a hacerle compañía, alegando que deseaba permanecer algún tiempo a solas.

Luke y yo excavamos la fosa y Savannah envolvió el cadáver, dos veces congelado, en una sábana limpia que mi madre había traído del hospital. Mi madre permaneció en su habitación hasta que Luke subió a casa a buscarla. Salió al patio trasero para participar en la ceremonia, apoyándose pesadamente en mi hermano; caminaba como si cada paso fuera peligroso e insoportablemente doloroso. Tomó asiento en una silla de cocina que Savannah había sacado de la casa. Su rostro, desolado y anémico, reflejaba tanto sufrimiento como cualquier Virgen bizantina, enloquecida de angustia al pie de una cruz, esperando la muerte de su hijo transfigurado. El pesar había convertido su boca en un fino y amargo horizonte. Desde nuestra llegada de la escuela no nos había dirigido la palabra, y tampoco había permitido que le dijéramos lo acongojados que estábamos. Cuando se hubo sentado, inclinó levemente la cabeza para indicarnos a Luke y a mí que podíamos dar comienzo al entierro.

Savannah había colocado a Rose Aster dentro de la pequeña caja de madera que habíamos construido para el caso. La caja no era mucho mayor que una pajarera de buen tamaño, y hasta la propia criatura parecía una especie de pájaro desplumado y sin evolucionar. Clavamos la tapa, cogí el ataúd y lo deposité sobre el regazo de mi madre, que al ver la caja se echó a llorar. Luego la alzó entre sus manos y la cubrió de besos. De repente, levantó la vista al cielo y empezó a gritar, llena de furia y de

impotencia.

—No; no puedo perdonarte, Señor. No hay derecho. Sencillamente, no hay derecho. Ya he enterrado a cuatro debajo de este árbol y no pienso darte ningún otro. ¿Me oyes, Señor? Ya no me importa tu santa voluntad. ¡No te atrevas a llevarte otro hijo mío! ¡No te atrevas!

A continuación, bajó la vista y añadió: —Traed a vuestra hermana, chicos. Y rezad todos conmigo. Hemos dado otro ángel al cielo. Asciende a los brazos del Señor, Rose Aster, y guarda desde allí a la familia que te habría amado, cuidado y protegido de todo mal. Ahora serás uno de los angelitos de Dios. Guarda esta casa, con tus hermanos y hermanas. Ya hay cuatro ángeles Wingo y con eso debería bastar para proteger cualquier casa. Si no es así, entonces, que Dios nos ayude. Pero esta decisión corresponde al Señor y no a mí. Su voluntad en la tierra es un misterio para quienes lo adoramos. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios, maldito seas! Aunque sabíamos rezar el *Confiteor* en latín, y creemos en la transubstanciación y en la transmigración de las almas, había en todos nosotros algo extraño y no asimilado que nos hacía responder al éxtasis y a la locura antes que a la simple piedad catequística. El alma católica es mediterránea y barroca, y le cuesta arraigar y florecer en el poco hospitalario terreno del Sur de los Estados Unidos.

—Lo menos que podéis hacer es rezar por vuestra hermana. Arrodillaos. Ya os llamaré cuando sea hora de cenar.

—Viene una tormenta, mamá —le oí decir a Luke.

—Ni siquiera sois capaces de rezar por el alma de vuestra hermana —observó mi madre con voz cansada y apesadumbrada.

Nos pusimos de rodillas, inclinamos nuestras cabezas y cerramos los ojos mientras mi madre regresaba cojeando hacia la casa. El viento agitaba el musgo de los árboles, y oscuros nubarrones se acercaban amenazadoramente desde el norte. Recé fervorosamente por el alma minúscula de Rose Aster, que imaginaba leve y fragante como un bizcocho. Su alma se elevó desde aquella tumba hacia la lluvia y el trueno, por encima de la isla. Repentinamente descargas eléctricas la arrastraron hacia lo alto. Los truenos cantaron alabanzas a aquella mínima y fragilísima reliquia de nuestras desesperanzadas vidas. Comenzó a llover torrencialmente, y los tres volvimos la mirada hacia la casa esperando que nuestra madre nos llamara.

Oí que Savannah repetía de nuevo:

—Tú eres la afortunada, Rose Aster. Eres la afortunada que no tiene que vivir con ellos.

—Si cae un rayo en este árbol, mamá tendrá que enterrarnos todos —observó Luke.

—Debemos rezar —les recordé.

—Si Dios hubiera querido que rezáramos bajo la lluvia, habría hecho construir iglesias —replicó Luke.

—Están los dos locos —dijo Savannah, con las manos unidas sobre el pecho—.

Están los dos locos, Señor, y ayúdanos a salir de aquí.

—Cierra la boca, Savannah —le ordené—. Dios no quiere oír estas cosas.

—Puede que no quiera oírlas, pero yo voy a decírselas. Ha sido El quien nos ha puesto aquí con ellos, conque debe enterarse de que están locos.

—No están locos, Savannah. Son nuestros padres, y los queremos.

—Me he fijado en cómo actúa la gente, Tom. He estado estudiándolos. No hay nadie más que se comporte como ellos. No son normales.

—Tienes razón —intervino Luke—. ¿A quién se le ocurriría rezar por un bebé muerto bajo una tempestad como ésta?

—Queremos que Rose Aster vaya al cielo, ¿no? —argüí.

—A ver —dijo Savannah—, dime una sola razón por la que Rose Aster no pueda estar ahora mismo en el cielo. ¿Qué clase de Dios podría enviar a Rose Aster al infierno?

—Eso no es cosa nuestra —respondí yo beatamente.

—Una mierda que no. ¿Por qué estamos aquí bajo la lluvia si no es cosa nuestra? La pobre chiquilla ha nacido muerta, la han bautizado en un fregadero y la han congelado con cincuenta kilos de caballa y camarones, así que, Tom Wingo, quiero que me digas qué puede haber hecho la pobre criatura para merecer el fuego del infierno.

Eso es asunto del Señor. No es cosa nuestra en absoluto.

—¡Es mi hermana! ¡Es asunto mío! ¡Y más cuando me obligan a rezar por ella en mitad de una tormenta! —estalló Savannah, con el cabello oscurecido y enmarañado por la lluvia.

Comencé a temblar. La tempestad arreciaba. Me enjuagué el agua de los ojos y me volví hacia la casa, preguntándome si sería posible que mi madre no se hubiera enterado de que estaba lloviendo. Apenas pude distinguir la casa a través del agua que caía de modo que me volví de nuevo hacia la pequeña y desamparada tumba.

—¿Cómo es que mamá está siempre embarazada? —pregunté en voz alta, sin ningún motivo en particular y sin esperar ninguna respuesta.

Con las manos unidas en una parodia de oración, Savannah suspiró y, exagerando el tono, contestó:

—Porque papá y ella tienen relaciones sexuales sin parar.

—No hables así —le advirtió Luke, interrumpiendo sus plegarias. Era el único de los tres que podía seguir concentrándose en el reposo del alma de mi hermana.

—¿En serio?

—Era la primera vez que oía esta curiosa y peculiar expresión.

—Sí, en serio —dijo Savannah con decisión—. Y sólo pensarlo me da náuseas. Luke también lo sabe —añadió—, pero es tímido y no le gusta hablar de ello.

—Nanay; no soy tímido. Lo que pasa es que estoy rezando, como tendríais que hacer vosotros.

—No debes decir «nanay», Luke. Tom y tú habláis como dos cuellirrojos.



—Somos cuellirrojos, igual que tú —replicó Luke.

—Habla por ti mismo —dijo Savannah—. Mamá me explicó en secreto que descendemos de la más alta aristocracia sureña.

—Sí, claro —se burló Luke.

—Puedes estar seguro de que yo no soy una cuellirroja —insistió Savannah, cambiando de lugar sus rodillas sobre la mojada tierra suelta—. Mamá dice que tengo cierto refinamiento.

—Sí —no pude menos que decir, suprimiendo una risita—. Anoche tenías mucho refinamiento, cuando dormías con Rose Aster.

—¿Qué? —preguntó Luke.

Savannah me contempló a través de la lluvia con una desconcertada mirada de incompreensión, como si no hubiera entendido la gracia del chiste.

—¿De qué estás hablando, Tom?

—Estoy hablando de esta madrugada, cuando te he encontrado abrazada a un bebé muerto que habías sacado del congelador.

—Yo no he hecho tal cosa, Tom —aseguró seriamente, volviéndose hacia el consternado Luke con un encogimiento de hombros—. ¿Por qué habría de hacer algo así? No hay nada que me ponga más nerviosa que un bebé muerto.

—Te he visto, Savannah —insistí—. Yo mismo he vuelto a meterla en el congelador.

—Has debido de soñarlo, chico —decidió Luke.

—¿Cómo podría soñar una cosa así? —le pregunté—. Díselo, Savannah. Dile a Luke que no lo he soñado.

—Me parece que has tenido una pesadilla, Tom —dijo ella—. No sé de qué estás hablando.

Iba a responder cuando oímos la furgoneta de mi padre que se dirigía hacia la casa por el camino de tierra. Los tres inclinamos la cabeza y comenzamos de nuevo a rezar con fervor y reverencia por el ángel Wingo recién consagrado. La furgoneta se detuvo a nuestra espalda. Podíamos oír el rumor de los limpiaparabrisas, que barrían el agua de un lado a otro. Durante uno o dos minutos mi padre nos contempló con muda y atónita incompreensión, hasta que al fin preguntó:

—¿Es que habéis perdido los tres el juicio, idiotas?

—Mamá nos ha dicho que rezáramos por Rose Aster —le explicó Luke. Es lo que estamos haciendo papá. La hemos enterrado esta tarde.

—Tendremos que enterrar a los tres bajo el mismo árbol si no os quitáis en seguida de la lluvia. No hay bastante con que nazcan todos muertos; ahora quiere matar también a los que están vivos. ¡Venga, rápido, todos a casa!

—Mamá se enfadará con nosotros si volvemos demasiado pronto —protesté.

—¿Cuánto tiempo llevan arrodillados aquí, bajo la lluvia?

—Me parece que una hora más o menos —respondió Luke.

—En cuestiones de religión, no tenéis que hacerle caso a vuestra madre: de niña

solía coger serpientes de cascabel para demostrar que amaba a Dios. He bautizado a Rose Aster. Ahora mismo, seguro que se encuentra mucho mejor que ninguno de nosotros. Venga, meteos en casa y ya cuidaré yo de vuestra madre. Está pasando por lo que llaman una depresión postpartum; les ocurre a todas las mujeres cuando pierden un hijo. Durante las próximas semanas, tenéis que tratarla con más cariño que nunca. Traerle flores. Haced que se sienta especial.

—¿Le has traído tú flores? —inquirió Savannah.

—Casi las traigo. Por lo menos he pensado en traerlas —contestó, poniendo en marcha la camioneta para meterla en el cobertizo.

Mientras nos incorporábamos temblorosos y empapados, Savannah comentó:

—Vaya tipo más cariñoso. Se muere su hija y ni siquiera le lleva flores a su esposa.

—Por lo menos, lo ha pensado dijo Luke.

—Sí —añadí—. Casi las trae.

Entramos en la casa conteniendo una risa prohibida y disidente, nacida del torcido humor de unos niños en los que comenzaba a surgir el oscuro ingenio de los desgraciados, la negra risa de la subyugación. Fue aquello el termino de nuestra hora de plegaria sobre el cuerpo de mi hermana, una risa que nos dio y nos alejábamos de aquel pequeño jardín de Wingos dormidos sustentado mientras nos acercábamos a la casa.

Mi madre plantó rosas sobre cada una de las tumbas, rosas que crecieron frondosas y espléndidas, robando todo el color y la riqueza de los ricos corazones infantiles. A los niños enterrados solía llamarlos «los ángeles del jardín», y cada primavera nos referían sus narraciones en forma de rosas.

Aquella noche mi madre no salió de su alcoba. Los tres niños preparamos lo que nos pareció una cena elegante con bocadillos de jalea con manteca de cacahuete, camarones fritos y mazorcas de maíz, y la llevamos en bandeja hasta la cabecera de nuestra madre, junto con un ramillete de flores silvestres. Pero ella no pudo dejar de llorar, y sólo comió uno de los camarones y ni siquiera tocó el maíz. Mi padre, sentado en el cuarto delantero leía ejemplares atrasados del Southern Fisherman, hojeándolos furiosamente y desviando de vez en cuando la mirada hacia la habitación en que yacía su sollozante esposa; bajo la luz eléctrica, sus ojos resplandecían como si les hubiera aplicado vaselina. Era uno de esos hombres incapaces de esbozar el menor gesto de emoción. Sus emociones eran como una peligrosa cordillera oscurecida por densas nubes. Cuando yo pensaba en su alma, cuando trataba de visualizar lo más real y esencial de mi padre, únicamente veía una interminable extensión de hielo.

—Tom —comenzó, al sorprenderme observándole— ve a decirle a tu madre que deje de lloriquear. No se ha acabado el mundo.

—Se encuentra mal por lo del bebé —dije yo.

—Ya sé por qué se encuentra mal. Pero está llorando por algo que no tiene

arreglo. Ve a verla. Es cosa vuestra hacer que se sienta mejor.

Entré de puntillas en el dormitorio de mi madre. Estaba tendida de espaldas, sollozando levemente, y por sus mejillas corrían las lágrimas. No atreviéndome a acercarme más, y sin saber muy bien qué hacer a continuación, me detuve junto a la puerta. Ella me miraba con el rostro más dolorido e inconsolable que jamás haya visto. Sus ojos sólo reflejaban derrota y desesperanza.

—Papá quiere saber si necesitas algo, mamá —susurré.

—Ya he oído lo que ha dicho —respondió, entre sollozos—. Ven aquí, Tom. Échate a mi lado.

Me tendí en la cama, a su lado, y ella apoyó la cabeza en mi hombro y comenzó a llorar con más fuerza, clavándome las uñas en el brazo. Sus lágrimas humedecieron mi rostro. Permanecí inmóvil, paralizado por aquella repentina y apasionada intimidad. Su cuerpo se apretó contra el mío y sentí el contacto de sus senos, aún llenos de la leche que ya no podría utilizar. Me besó en el cuello y en la boca, y, desabrochándome la camisa, me cubrió el pecho de besos. Yo seguí quieto, sumamente alerta a cualquier ruido en la habitación principal.

—Sólo te tengo a ti, Tom —me susurró salvajemente al oído—. No tengo a nadie más. Todo queda en tus manos.

—Nos tienes a todos, mamá —respondí en voz baja.

—No. Te equivocas. No tengo nada. Cuando te casas con una nulidad, no tienes nada. ¿Sabes cómo nos mira la gente de por aquí?

—Nos aprecian, mamá. La gente te aprecia mucho. Papá es un buen pescador.

—Creen que somos mierda, Tom. Ya conoces esta palabra, ¿verdad? Tu padre la usa constantemente. Creen que somos la mierda del río. La clase más baja. Tenemos que demostrarles lo mucho que se equivocan. Y has de ser tú Tom. Luke no puede hacerlo, porque Luke es estúpido y Savannah tampoco puede porque sólo es una chica.

—Luke no es estúpido, mamá.

—Para lo que hace en la escuela, tanto daría que fuese un retrasado mental. El médico piensa que es por los fórceps que utilizaron cuando nació. Hemos de ser tú y yo Tom, quienes demos a esta ciudad de qué material estamos hechos.

—¿Qué material, mamá?

—Que somos mejores que cualquiera de por aquí.

—Y es verdad, mamá, lo somos.

—Pero tenemos que demostrárselo. Yo hubiera querido llenar la casa de niños. Quería ocho o nueve hijos, inteligentes y orgullosos, que con el tiempo se hicieran los amos de la ciudad. Pienso casar a Savannah con el muchacho más rico de la población. No sé que haré con Luke; quizá sirva como ayudante del sheriff. Pero tú Tom, tú eres mi única esperanza para el futuro.

—No te decepcionaré, mamá. Te lo prometo.

—Prométeme que no te volverás como tu padre.

—Te lo prometo, mamá.

—Dilo tú; dilo, que yo lo oiga.

—Te prometo que no seré como mi padre.

—Prométeme que serás el mejor en todo.

—Seré el mejor en todo, mamá.

—Mejor que nadie.

—Seré mejor que nadie, mamá.

—No voy a morirme en una casa como ésta, Tom; esto te lo prometo yo. Nadie lo sabe aún aparte de mí. Pero soy una mujer sorprendente. Tú eres el primero al que se lo he dicho. ¿Me crees?

—Sí, señora —respondí.

—Voy a demostrárselo a todo el mundo, incluso a tu padre.

—Sí, señora.

—No consentirás que nadie me haga daño, ¿verdad, Tom? Haga lo que haga, puedo contar contigo, ¿verdad?

—Sí, señora —repetí, y sus ojos me paralizaron con su desolación y su ardiente intensidad.

—Eres el único en quien puedo confiar —susurró—. Aquí, en la isla, me siento muy solitaria. Muy aislada. Pero hay algo que anda mal con tu padre. Nos hará daño.

—Pero ¿por qué?

—Está enfermo, Tom, muy enfermo.

—Entonces, tendríamos que decírselo a alguien.

—No. Debemos ser leales. La lealtad familiar es lo más importante de todo. Tenemos que esperar el momento adecuado. Tenemos que rezar por él, rezar para que sus buenas cualidades dominen a las malas.

—Rezaré. Te prometo que rezaré. ¿Puedo volver ya a la sala?

—Sí, Tom. Gracias por venir a mi lado. Necesitaba decirte todo esto. Y otra cosa, cielo. Una cosa importante. Muy importante. Te quiero más que a ninguno de los otros. Más que a todos juntos. Y sé que tú sientes lo mismo por mí.

—Pero Luke y Savannah te quieren igual...

—No —me cortó secamente, estrechándome de nuevo junto a su cuerpo—. Savannah es una niña odiosa y lo ha sido siempre, desde que nació. No es buena. Desobedece. Luke es un asno. Tú eres el único que me importa. Esto ha de quedar entre nosotros, Tom. Puedes compartir un secreto con mamá, ¿verdad?

—Sí, señora —contesté, empezando a dirigirme hacia la puerta—. Si quieres algo, mamá, llámame y te lo iré a buscar.

—Ya sé que lo harás, cariño. Lo he sabido siempre, desde la noche en que naciste.

Abandoné la habitación tambaleándome bajo un peso terrible e inadmisibles, que apenas me permitió sostener las desconcertadas miradas de mi hermano y mi hermana cuando me vieron salir del dormitorio de mi madre. Me sentía abrumado por la monstruosidad y la desnudez de la confesión que me había hecho mi madre, y me

preguntaba qué relación podía tener con la pérdida del bebé. Con la amargura y la sinceridad de su testimonio, me había convertido en un prisionero; al concederme su confianza, hacía de mí un conspirador involuntario en su no declarada guerra contra Luke y Savannah. Mi madre me había comprometido en un dilema insoluble: si aceptaba ser su más fiel aliado, me obligaba a consentir en la traición a las dos personas a quienes más quería en el mundo. Pero su propia crudeza, la urgencia de sus demandas, la huella de sus labios en mi pecho y en mi garganta... Todo ello estaba prohibido, según entendía yo el orden y la adecuada configuración del mundo, pero resultaba muy agradable haber sido elegido por nuestra madre en el mismo día en que se hallaba enloquecida de dolor por la pérdida de una hija. Me pareció que esta elección era emblemática y honorable, una prueba de que yo era una persona especial y extraordinaria. El carácter escandaloso de sus revelaciones garantizaba la inviolabilidad de mi juramento de silencio. De haber confesado a mi padre hasta la última sílaba de lo que mi madre acababa de decirme en aquella habitación, se habría negado a creerme. Por otra parte, tampoco podía herir a mi hermano y a mi hermana revelándoles el contexto de la apasionada negativa de mi madre a tomarlos por aliados. Ella quería lugartenientes, no familiares, y aunque sus métodos estaban lejos de resultarme claros, comprendía que mi madre, en la que hasta entonces sólo había pensado como una madre, había elaborado un plan de ataque, de forma y estructura indefinidas, que pensaba utilizar en algún momento futuro. Antes sólo había pensado en ella como una mujer hermosa e inabordable, pero a partir de entonces comencé a percibir algo insatisfecho, astuto incluso, detrás de los más bonitos ojos azules que jamás habría de ver. Cuando salí de su habitación ya no era tan niño. Avancé hacia el resto de mi familia con el corazón atenazado por un terror adulto. Mi madre se había cansado de su soledad y su martirio en aquella casa junto al río. Aquella noche di comienzo a un prolongado estudio de la mujer que durante tanto tiempo había subestimado. Revisaba mis juicios acerca de ella casi a diario. Aprendí a temer lo que dejaba sin decir. Aquella fue la noche en que ella nació para mi conciencia, y por primera vez en mi joven existencia me sentí plenamente vivo e informado.

Muchos años más tarde, les conté a Luke y Savannah lo que mi madre me había dicho aquella noche en su dormitorio. Imaginaba que reaccionarían con ira cuando les transmitiera el conocimiento del pacto secreto de mi madre, la historia de mi reclutamiento como agente suyo en la no formulada campaña contra su familia y contra Colleton. Pero no; la susurrada perfidia de mi madre no suscitó su cólera, sino una profunda diversión. Tanto Luke como Savannah se retorcieron de risa cuando les comuniqué aquella información que tanta vergüenza y culpabilidad me había hecho sentir. Tal vez mi madre careciera de experiencia en cuanto a conspiraciones, pero la facilidad con que dominaba todos los trucos y estratagemas demostraba que poseía un talento innato para ellas. En el transcurso de la semana en que enterramos a Rose Aster, mi madre tomó a Savannah y a Luke aparte, los aisló, como había hecho conmigo, y les habló en el más estricto secreto. Les dijo exactamente lo mismo que

me había dicho a mí, que sólo podía fiarse de ellos, que los demás no merecían su confianza, y les exigió un juramento personal de lealtad, una solemne promesa de que permanecerían a su lado ante cualquier penalidad, tormenta o escaramuza. Les dijo (estuvimos comparando notas) que yo era asustadizo e inestable, y que jamás podría fiarse de mí en una crisis. Reclutó a Savannah porque Savannah era una mujer y podía comprender intuitivamente la dureza y la injusticia inherentes a la situación de las mujeres. Luke era fuerte e inmovible, el perfecto soldado, y lo necesitaba como mediador y campeón. Todos los hermanos quedamos seducidos por la desnuda confesión de su dependencia de nosotros. No había lugar para el rechazo, ni posibilidad de revelar el secreto. Su fe en nosotros nos dejó anonadados. Al dividirse, aseguró su dominio y se volvió inexpugnable, el más blando enigma de nuestras vidas. Pero cuando intercambié mis recuerdos con Luke y Savannah, mi madre ya había demostrado que era la mujer más formidable que jamás había pisado las calles de Colleton.

Aquella noche, cuando nos acostamos, seguía lloviendo. Mi padre apagó las luces de la casa y antes de retirarse salió a fumar una pipa en el porche, protegido con mosquiteros. Cuando no estaba mi madre para orquestar el tenor de la vida cotidiana, daba la impresión de sentirse incómodo con nosotros. Varias veces en el curso de la velada nos había levantado la voz, irritado por algún incidente nimio y banal. Era fácil ver por dónde iba mi padre. Cuando presentaba un verdadero peligro, sabíamos instintivamente que debíamos evitarlo; poseía un auténtico talento para la tiranía, pero no una estrategia coherente. Era un hombre brutal e ineficaz, que siempre sería un extraño en su propia casa. En cuanto a los niños, nos trataba como si fuéramos una especie de trabajadores temporeros que nos alojábamos allí por casualidad. Mi padre fue la única persona que he conocido que consideraba la infancia como una vocación deshonrosa de la que uno debe desembarazarse lo antes posible. Su incompetencia y sus excéntricos arrebatos habrían podido hacer de él un personaje adorable, de no haber sido un hombre tan violento e impredecible. Creo que mi padre nos quería, pero no ha existido nunca un amor más torpe y desviado. Para él, dar un bofetón en la cara equivalía a enviar una tarjeta de San Valentín. Durante su niñez se había sentido abandonado y desatendido, y sus padres jamás le habían puesto una mano encima. Nunca advertía nuestra presencia si no era para regañarnos; nunca nos tocaba si no era movido por la cólera. De noche, rodeado por su familia, mi padre daba la sensación de estar atrapado, y me enseñó mucho sobre la autoinfligida soledad de la raza humana. Comencé mi vida cayendo prisionero en la casa de mi padre; mi edad adulta comenzó cuando me dirigí hacia la puerta pasando sobre su cuerpo.

Cuando, aquella misma noche, Savannah me pidió que entrara en su habitación para que habláramos, la lluvia que seguía cayendo sobre el tejado de cobre producía una agradable música. Me senté en el suelo, al lado de su cama, y juntos contemplamos los relámpagos difusos que destellaban sobre las islas del norte.

—Tom —susurró ella—, si te pregunto algo en serio, ¿querrás contestarme?

—Claro.

—No debes reírte ni burlarte de mí. Es demasiado importante.

—Muy bien.

—¿Es verdad que esta madrugada me has encontrado con Rose Aster en la cama?

—Pues claro que sí —respondí, enojado—. Y tú le has dicho una mentira a Luke.

—No he mentado, Tom —protestó. Su rostro, en la penumbra, reflejaba preocupación—. Lo he olvidado por completo.

—La tenías abrazada cuando he entrado. Sí papá llega a enterarse, te habría matado.

—Cuando lo has dicho antes, ahí fuera, pensaba que te habías vuelto loco —admitió.

—¡Ja! ¿Quién de los dos es el loco?

—No creía ni una palabra hasta que me he metido en la cama.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión? —quise saber.

—El colchón está mojado.

—La sacaste del congelador. Cuando he llegado yo, estaba bastante descongelada.

—Tom, no recuerdo nada de eso. Me asusta.

—Da lo mismo, Savannah. No se lo diré a nadie.

—Tom, muchas veces olvido cosas que han ocurrido. Luego, tengo que fingir que las recuerdo. Resulta muy confuso.

—¿Qué cosas?

—¿Recuerdas aquella vez, en Atlanta, cuando subimos al Monte de Piedra y yo te pegué?

—Claro que me acuerdo. No estuviste muy simpática aquel día.

—Pues yo no recuerdo nada en absoluto. Para mí, todo el día está en blanco, como si jamás lo hubiera vivido. Y el gigante. Cuando entró en nuestra habitación, y Luke y yo le arrojamos todas aquellas arañas...

—Sí, ya sé, y yo me quedé en la cama sin hacer nada.

—No tengo el menor recuerdo de aquella noche. Sé lo que ocurrió porque lo he oído contar.

—¿Lo dices en serio?

—Tom, necesito que tú recuerdes las cosas por mí. A veces, yo no puedo. Hay muchos días que se me borran, y eso me asusta más que nada en el mundo. Quise explicárselo a mamá, pero se echó a reír y dijo que no me concentraba bastante.

—Claro que lo haré. Te lo contaré todo, Savannah, pero no debes llamarme embustero y burlarte de mí cada vez que te hable de algo que haya ocurrido. Antes, cuando he dicho lo de Rose Aster, Luke me ha mirado como si yo fuera idiota.

—Tom, no te he creído hasta que he encontrado esta mancha de humedad en la cama. Y también el camisón está mojado. ¿Por qué habré hecho una cosa así?

—Porque estabas triste por la niña y creías que podía sentirse sola. No querías hacer nada malo. Te preocupas de las cosas, Savannah. Mamá dice que eres

demasiado sensible y que eso te causará muchos pesares en la vida.

—Algo anda mal conmigo, Tom —dijo ella, cogiéndome de la mano y volviéndose hacia la tormenta del río—. Algo anda muy, muy mal conmigo.

—No, no es verdad —protesté—. Eres maravillosa. Eres mi hermana gemela. Somos exactamente iguales.

—¡No! ¡No! Tom, tú has de ser el gemelo que recuerda. Yo haré todo lo demás, te lo prometo. Pero tú debes contarme todo lo que pasa. Empezaré a escribir un diario. Tú me contarás lo que pasa y yo lo pondré por escrito.

De modo que Savannah comenzó a escribir, llenando una pequeña libreta de la escuela con los apuntes cincelados de su vida cotidiana. No había nada de insurgente ni amenazador en esos escritos primerizos. Eran frescos e infantiles, y muchas veces registraban conversaciones que había sostenido con sus muñecas favoritas o con algún imaginario compañero de juegos. Ya entonces, su vida interior era mucho más importante para ella que la exterior.

Aquel fue el año en que mi madre nos hizo aprender la oración a nuestros ángeles de la guarda. Todo lo que sabíamos de religión lo habíamos aprendido por repetición mecánica, y las oraciones no eran ninguna excepción. Aquel fue también el año en que memorizamos el Acto de Contrición y el Acto de Esperanza. No obstante, nuestra madre jamás logró explicarnos a plena satisfacción quiénes eran exactamente estos ángeles de la guarda. Lo llevábamos sentado sobre nuestro hombro derecho, un ángel anónimo que nos susurraba al oído cuándo nos precipitábamos ciegamente hacia acciones que ofenderían al Señor. Asignado a cada uno de nosotros desde el momento de nacer, no abandonaría nunca su puesto junto a los omóplatos hasta que muriésemos. Llevaba la cuenta de nuestros pecados como escrupuloso contable. Sobre el hombro izquierdo, un embajador de Satán actuaba como maléfico contrapeso del ángel de la guarda. Este diablo, un locuaz serafín negro, trataba de conducirnos hacia las suculencias de la perdición.

Tal dualidad daba lugar a una gran confusión teológica. Savannah, empero, acogió de buena gana a sus dos invisibles compañeros. Al ángel bueno le dio el nombre de Aretha; el ángel oscuro se llamaba Norton.

Sin embargo, había entendido mal la pronunciación de mi madre, y cuando ponía por escrito los diálogos entre Aretha y Norton los denominaba sus «ángeles del jardín». Había muchos «ángeles del Jardín» en torno a nuestra casa, aleteando sobre nosotros como si fueran las almas de las azaleas. Había niños Wingo jamás nacidos estremeciéndose bajo las espinas de las rosas. Los ángeles del jardín se hallaban bajo la divina obligación de amar y proteger nuestra casa. Rezaban las vísperas sobre los árboles y nos guardaban, no porque Dios se lo exigiera así, sino Porque nos estimaban y no podían dejar de hacerlo. Mi hermana incluso alistó a Norton como soldado de infantería en aquel silencioso ejército de ocupación que patrullaba los vientos del río. Hasta un ángel oscuro era digno de suscitar el entusiasmo de Savannah. Savannah jamás pudo creer que Norton fuese un agente de Satán; según



decía, no era más que un presbiteriano.

Pero ni siquiera los ángeles del jardín intervinieron el día en que mi madre quemó el diario de mi hermana en la estufa de leña después de que Savannah registrara palabra por palabra una disputa entre mi madre y mi padre. Enfurecida, mi madre entregó a las llamas todo un año de trabajo, página tras página, mientras Savannah lloraba y le suplicaba que no lo hiciera. Las palabras de una niña se convirtieron en humo sobre la isla. Sus frases alzaron el vuelo y cayeron en el río en negros fragmentos. Mi madre advirtió a gritos que Savannah jamás debía volver a escribir ni una palabra sobre su familia.

A la semana siguiente encontré a Savannah arrodillada en un banco de arena del río que la marea baja había dejado al descubierto. Estaba escribiendo enérgicamente sobre la arena con su dedo índice. Durante media hora la contemplé desde la orilla. Cuando terminó, la marea crecía de nuevo y el agua comenzaba a borrar sus palabras.

Savannah se incorporó, miró hacia la casa y vio que yo la observaba.

—¡Mi diario! —exclamó alegremente.

Había en The Coach House un cierto orden y refinamiento que lo hacía parecer como si fuera tu propia casa. Una cochera conserva siempre la memoria secreta del negocio de alimentar exhaustos caballos de buena raza. Sus proporciones son elegantes, nunca ostentosas, y todavía he de encontrar una cochera que no sea susceptible de convertirse en residencia o restaurante encantadores. The Coach House, en el 110 de Waverly Place, era el paradigma del género. Su misma forma resultaba placentera a mi alma; el lugar rezumaba seriedad con respecto a la comida, y todos los camareros parecían bastante competentes como para almohazar un caballo de pura sangre sí, al salir de la cocina, se hallaran transportados a la época en que los cabriolés rodaban sobre los adoquines de Greenwich Village. Era el único restaurante de Nueva York que había encontrado sin ayuda de Savannah, y Luke y yo la habíamos llevado a cenar allí el día en que apareció La hija del camaronero. The Coach House nos sirvió una espléndida cena, mientras Luke y yo brindábamos una y otra vez por nuestra hermana y le hacíamos firmar un ejemplar de su libro para el camarero que nos atendía y otro para Leon Lianides, el propietario. Antes de irnos, el señor Lianides hizo que nos sirvieran sendas copas de coñac, cortesía de la casa. En el recuerdo, aquella velada estaba marcada por toda la grandeza de la celebración, por los exquisitos platos de un festín que considerábamos intemporal por el amor que fluía sin esfuerzo cuando los tres entrelazábamos los brazos en nuestro perfecto y desmedido afecto mutuo. Aquella velada me acompañaba siempre, eufórica e impecable, y a menudo la saqué a la superficie durante los años de tristeza, sufrimiento y desolación; la saqué de la oscuridad con el alegre sabor del champaña en mi lengua y la risa en mis ojos; la saqué cuando mi vida se hizo pedazos en torno a mí, y mi hermano abandonó el río, y mi hermana no podía confiarse un cuchillo a sí misma. Fue el último final feliz que debíamos compartir los tres.

Estaba lloviendo cuando llegué a The Coach House, a las nueve y media, para

cenar con Susan Lowenstein. El *maître* me condujo a una acogedora mesa situada en el piso superior, en un rincón apartado dominado por varias pinturas de arte popular que envejecían bien sobre los muros de ladrillo rojo. Pedí un Manhattan, en homenaje a la isla cuyo suelo pisaba, y únicamente cuando degusté el horrendo brebaje recordé por qué no había llegado a agradarme nunca aquel cóctel en particular. El camarero lo comprendió perfectamente y me sirvió un *dry martini* para limpiarme el paladar.

Solo en la mesa, observé las maneras de los demás clientes, que pedían su cena y hablaban entre sí bajo la melancólica e inescrutable luz de las velas. Sentí una íntima relación conmigo mismo mientras bebía a solas, con todas las complejas ratificaciones que un extraño podía conjurar cuando una ciudad comenzaba a permitirle el acceso a sus más rarificadas y exasperantes oscuridades. Un buen restaurante me liberaba siempre de la desolada estrechez, la definitiva flaqueza de la experiencia que es al mismo tiempo la vanagloria de un provinciano y la forma en que involuntariamente se delata. Sobre aquella impecable mantelería, podía comprar mi propio lugar en la ciudad, siquiera por una noche, y componer un ágape que recordaría con limitado placer durante el resto de mi vida. Consumiendo mi martini, pensé en todas las cenas exquisitas que en aquel mismo instante se preparaban en Manhattan. Al acudir a The Coach House me había conectado con la largueza y la sublimidad de la alta cocina de una ciudad. Aunque a menudo alzaba mi voz en una interminable Y ominosa serenata contra Nueva York, había ocasiones en que la comida y el vino de esta desconcertante e insuperable ciudad lograban convertirme en el hombre más feliz de la tierra. Mientras estudiaba una esculturalmente impecable lista de aperitivos, Susan Lowenstein se acercó a la mesa sin que la viera. Olí su perfume, que establecía un modesto acuerdo con las flores bien cortadas que adornaban la mesa, antes de alzar la mirada y distinguir su rostro.

La doctora poseía uno de esos rostros que resultan distintos cada vez que se ven. Aunque encantador en todas sus formas, nunca parecía pertenecer a una sola persona, sino a toda una nación de mujeres hermosas: le bastaba cambiar su peinado para hacer que al mismo tiempo cambiara el modo en que el mundo la percibía. Su belleza era vaga e indefinible, y habría apostado a que no quedaba bien en las fotos. Llevaba un vestido blanco profundamente escotado, y por primera vez pude advertir la espléndida figura de la psiquiatra de mi hermana. Su negra cabellera estaba peinada hacia atrás, largos pendientes de oro rozaban sus pómulos y lucía una gruesa gargantilla de oro. Esta noche se la ve peligrosa, Lowenstein —observé.

Ella se rió, complacida, y explicó:

—Este vestido me lo regalé yo misma el año pasado, pero aún no me había atrevido a ponérmelo. Mi marido opina que el blanco me hace parecer demasiado virginal.

La estudié con generosa apreciación y respondí:

—No parece virginal con este vestido, Lowenstein.

—¿Qué hay de bueno aquí para cenar, Tom? —Cambió de tema, pero mi

cumplido le había hecho sonreír—. Estoy muerta de hambre.

—Aquí todo es bueno, Lowenstein —contesté, al tiempo que un camarero nos traía la botella de Chablis frío que yo había encargado para cuando llegara mi acompañante—. La sopa de judías negras es muy celebrada, aunque yo prefiero el *bisque* de langosta. Saben cocinar el róbalo a la perfección. La preparación y la presentación de toda clase de carnes rojas son impecables; los aperitivos, espléndidos, particularmente la trucha ahumada con salsa de rábanos picantes, y los postres, pura ambrosía.

—¿Cómo es que sabe tanto de cocina? —inquirió.

—Por dos motivos —contesté, alzando mi copa hacia ella— Mi madre fue una excelente cocinera sureña que creía mejorar su posición social si estudiaba la cocina francesa. Su posición social siguió siendo precaria, pero sus salsas llegaron a ser extraordinarias. Cuando Sallie se matriculó en la facultad de Medicina, me vi en la necesidad de aprender a cocinar. Para mi sorpresa, la cosa me encantó.

—Si no pudiera permitirme tener una cocinera —dijo mi familia parecería de desnutrición. El trabajo en la cocina siempre me ha parecido una forma de esclavitud. Este vino es delicioso.

—Eso es porque es un vino muy caro, Lowenstein. Voy a cargar la cuenta en mi tarjeta American Express, de modo que la factura será enviada a mi casa de Carolina del Sur y pagada por mi esposa.

—¿Ha tenido noticias de su esposa desde que está en Nueva York? —quiso saber la doctora Lowenstein.

—No —respondí—. He hablado varias veces con los niños por teléfono, pero ella nunca estaba en casa.

—¿La echa de menos? —preguntó.

Vi el oro de su garganta reflejado en mi copa de vino.

—No, Lowenstein. He sido un esposo detestable desde hace un largo par de años, y esta oportunidad de alejarme de mi familia por algún tiempo me viene muy bien para intentar convertirme de nuevo en algo semejante a un hombre.

—Cada vez que dice algo personal, Tom —observó—, parece que estuviera poniendo más distancia entre nosotros. A veces parece muy franco, pero es una falsa franqueza.

—Soy un varón norteamericano, Lowenstein —contesté, sonriente—. No es mi función ser franco.

—¿Cuál es exactamente la función del varón norteamericano? —preguntó.

—Ser exasperante. Ser incomprensible, prepotente, testarudo e insensible.

—Le sorprendería conocer los distintos puntos de vista que me exponen mis pacientes masculinos y femeninos —comentó—. Es como si estuvieran refiriéndose a habitantes de diferentes países.

—Para las mujeres, solamente existe un crimen imperdonable —repliqué—. Ningún marido perdonará jamás a su mujer que se haya casado con él. El varón

norteamericano es una temblorosa masa de inseguridades. Si una mujer comete el error de amarlo, la hará sufrir terriblemente por su absoluta carencia de gusto. No creo que los hombres puedan perdonar jamás a las mujeres que los amen por exclusión de todos los demás.

—¿No me había dicho que Sallie tiene un amante, Tom?

—Sí —admití—, y es curioso. Eso ha hecho que me fije en mi mujer por primera vez desde hace más de un año. Sólo cuando ella ha dejado de quererme me he dado cuenta de lo mucho que la quiero yo.

—¿Le ha dicho a su esposa que la quiere? —preguntó, tomando un sorbo de vino.

—Soy el marido, Lowenstein —repliqué—. Por supuesto que no se lo he dicho.

—¿Por qué bromea, Tom? Le he hecho una pregunta seria. Siempre elude las cuestiones serias con su sentido del humor.

—El mero hecho de pensar en Sallie me resulta doloroso —contesté—. Cuando hablo de ella, apenas puedo ni respirar. La risa es la única estrategia que me ha dado algún resultado cuando mi mundo se desmoronaba a mi alrededor.

—Yo diría que, en tales casos, las lágrimas son mucho más eficaces que el humorismo.

—En mi caso —expliqué—, las lágrimas sólo aparecen en los momentos triviales. Lloro cuando veo los juegos Olímpicos, cuando oigo el himno nacional, en las bodas y en las ceremonias de graduación.

—Pero está hablándome de sentimentalismo —objetó—. Yo me refería al dolor y la pena.

—Los sureños no consideramos el sentimentalismo como un defecto del carácter, Lowenstein. Un sureño puede conmovirse hasta el llanto por casi cualquier tontería. Nos une a los demás sureños y nos hace parecer ridículos a ojos de cualquiera que haya nacido en el noreste. Creo que es más una cuestión de clima que de temperamento. En el Sur, el lenguaje del pesar es muy pobre. El dolor no se admira más que cuando es silencioso.

La doctora se inclinó sobre la mesa. —El lenguaje del pesar que utiliza Savannah no es en absoluto pobre, Tom. Sus poemas resuenan con una angustia terriblemente poderosa y excepcionalmente articulada. Y no hay ni una gota de sentimentalismo en ellos, aunque Savannah sea sureña.

—Pero está encerrada en el pabellón de los locos, doctora —repliqué—, y yo estoy bebiendo Chablis con su psiquiatra en The Coach House. Ha tenido que pagar un precio muy alto por su falta de sentimentalismo.

Me sentí aliviado cuando llegó el camarero para tomar nota de nuestro pedido. Era evidente que había enojado a Susan Lowenstein con mi indecorosa alusión al internamiento de mi hermana. Sin embargo, percibía algo inquietante en su arraigada curiosidad hacía un Sur capaz de producir al mismo tiempo una poetisa suicida de magistral talento y un entrenador en decadencia hermano gemelo de la poetisa. Había veces en que me estudiaba con una intensidad tan concentrada como la de un geólogo

que esperase hallar indicios de oro entre el lustre del gneis. Además, sentía la preocupante sensación de que la doctora Lowenstein estaba ocultándome algo acerca del estado de mi hermana. La suspensión de mi derecho de visita me parecía extraña, pero de algún modo inevitable, como si Savannah hubiera predeterminado mi exclusión desde mucho antes de entrar en el hospital. Siempre que le refería a la doctora Lowenstein algún recuerdo de mi familia, esperaba que contestara «Así es exactamente como lo recordaba Savannah», o bien «Esto arroja mucha luz sobre lo que Savannah me ha contado». Pero era como gritar hacia la boca de una caverna sin ecos en cuyo interior me estuviera vedado penetrar. Mi deber era meramente danzar al son del interrogatorio y ofrecer mi interpretación de los dolientes alaridos de mi hermana. No recibía a cambio ninguna corroboración, ningún aplauso por mi sinceridad, ninguna recriminación por mis mentiras; tan sólo recibía la siguiente pregunta de Susan Lowenstein, y seguíamos adelante. En cierto modo, me había convertido en el depositario de los recuerdos de una familia en que la memoria había establecido un concubinato fatal con el sufrimiento. No había otro testigo disponible capaz de explicar por qué la locura de mi hermana no era sino una reacción natural ante un indiscriminado historial de ruina.

Devolviendo mi atención al menú, pedí, para empezar, un par de cangrejos de caparazón blando salteados con mantequilla y zumo de limón y acompañados de una salsa *beurre blanc* con abundantes alcaparras. Lowenstein había pedido como aperitivo trucha ahumada y róbalo al horno para primer plato. No había ni un solo plato en la carta que no me resultara apetecible, pero finalmente me decidí por unas mollejas en salsa de vino y hierba mora.

—¿Mollejas? —inquirió la doctora Lowenstein, enarcando una ceja.

—Es parte de nuestra crónica familiar —expliqué—. En la grabación se menciona indirectamente. Mi madre las preparó un día para cenar y eso causó una ligera disputa con mi padre.

—Habla de su madre mitad con admiración y mitad desprecio —comentó—. Me confunde, Tom.

—Creo que eso demuestra un equilibrio imprescindible para hablar de mi madre —asentí—. Es una mujer notable en muchos aspectos, que se ha pasado la vida intentando averiguar quién era en realidad. Con sus mortíferas habilidades, tendría que haber conseguido un empleo como afiladora de guillotinas. Tal y como han ido las cosas, no ha tenido ocasión de utilizar su talento.

—¿Comparte Savannah esta exagerada opinión sobre los poderes de su madre? —preguntó.

Una vez más me sentí acosado por los intentos de la doctora Lowenstein de explorar nuevo territorio con cada pregunta.

—Eso tendría que saberlo usted mejor que yo —repliqué, mientras se acercaba el camarero con los entrantes—. Savannah es su paciente, y estoy seguro de que sus opiniones sobre este tema son muy acusadas.

—Tom —dijo la doctora Lowenstein—, Savannah sólo llevaba dos meses como paciente mía cuando cometió su intento de suicidio. En esos dos breves meses hubo cosas de las que no puedo hablarle ahora, pero procuraré contárselas algún día. Necesito el permiso de Savannah y en estos momentos no se halla en condiciones de concedérmelo.

—¿Significa eso que no conoce en absoluto a Savannah, Lowenstein?

—No, Tom; en realidad, no la conozco —admitió—. Pero estoy enterándome constantemente de cosas asombrosas. Y no tengo la menor duda de que mi impulso de pedirle que se quedara en Nueva York ha sido completamente acertado.

—Savannah podría contarle todas estas historias mucho mejor que yo —objeté.

—Tal vez. Pero ¿podría sugerirme una cena tan maravillosa como ésta? —contestó, antes de llevarse a la boca un pedacito de trucha ahumada bañado en salsa de rábanos picantes.

—No. Savannah es una de esas anoréxicas mujeres neoyorquinas que subsisten a base de ensaladas, tofu y bebidas dietéticas. Se niega a comer nada que contenga exceso de calorías o el menor indicio de grasa animal. Comer con Savannah no es una experiencia voluptuosa, sino más bien ascética.

—Una vez comparamos nuestras dietas —explicó la doctora—. Ella podía saltarse dos comidas en un día sin ningún problema. Yo, en cambio, he comprado todos los libros sobre alimentación que se han publicado en los Estados Unidos en los últimos diez años, y aún así...

—¿Y eso, Lowenstein? —inquirí, aplastando entre los dientes una pinza de cangrejo rebosante de mantequilla.

—Mi esposo opina que estoy demasiado gorda. —Hubo verdadero dolor en esta admisión.

Sonreí y seguí comiendo mi cangrejo, mientras el camarero regresaba para llenarnos de nuevo las copas.

—¿Por qué sonrío, Tom? Alcé la vista hacia ella y respondí:

—Su marido vuelve a equivocarse. No es usted virginal y no está gorda, Lowenstein, y es una vergüenza que ni usted ni su esposo estén obteniendo toda la satisfacción posible de este hecho.

Cambió de tema y comenzó a hablar de su infancia, pero había captado el cumplido y estaba complacida. Me habló de la frialdad de su madre, una reserva innata y tan inconmensurable que Susan Lowenstein no era capaz de recordar ni una sola ocasión en que hubiera merecido la aprobación incondicional de su madre. En contrapartida, había vivido exclusivamente para las alabanzas de su padre, preciosas, pero también muy caras. Al parecer, era de esa clase de padres que jamás pueden perdonar la inoportuna sexualidad de sus hijas. Susan Lowenstein había sido su preferida hasta que llegó a la pubertad, en cuyo momento fue sustituida en su afecto por un hermano menor. Aunque ambos padres se habían mostrado orgullosos de que ingresara en la facultad de Medicina, los dos quedaron consternados cuando decidió

estudiar psiquiatría pero ella había considerado que su niñez fracasada y desatendida le serviría de ayuda para comprender a aquellos pacientes que acudieran a ella con sus propias infancias desoladas reluciendo en los ojos. Creía que con su trabajo otorgaba un regalo de compasión a aquellas almas exhaustas que no habían recibido una porción justa de quienes les habían educado. Si la compasión y la terapia no daban resultados, siempre le quedaba el recurso de enviar a sus pacientes a la farmacia local para que los proveyeran de drogas. En su calidad de psiquiatra se sentía como un padre todopoderoso, pero un padre siempre dispuesto a perdonar a su hija el delito de convertirse en mujer. Estaba al mismo tiempo fascinada y asustada por el poder de la psiquiatría, por la irresistible seriedad de su asociación con los pacientes, la fragilidad de cada alianza y la responsabilidad que le exigía emprender, todas estas relaciones con humildad y buena fe.

Mientras conversábamos y consumíamos nuestra cena, comencé a percibir una vez más cierta relajación en la facciones de Susan Lowenstein, un abandono gradual de la resuelta profesionalidad con que se revestía en la oficina. Cuando hablaba de sus pacientes, su voz se volvía mansa y amorosa, e imaginé que había de ser ciertamente maravilloso caer de rodillas en Nueva York para encontrarse asistido por su cálida y benévola mirada. Su estricta profesionalidad era un frontispicio erigido para mantener a raya la perturbadora superioridad de hombres como su padre o yo mismo. Cuando hablaba de aquel padre que la había adorado para luego abandonarla, Susan lo hacía como si nadie más que ella hubiera conocido esta experiencia. Sin embargo, en su voz había algo, un algo, que cantaba con todos los acordes de un conocimiento duramente alcanzado y que sabía que la historia de su padre era la historia más antigua y más desalentadora del mundo. Me hizo pensar en todas las mujeres de mi vida —madre, hermana, esposa e hijas— y en lo fácil que les resultaría acusarme de haberlas traicionado a todas ellas mediante un estratégico colapso de mi amor cuando más necesario les era. No podía oír hablar del padre de Susan sin encogerme de angustia ante la idea del daño que había causado a las mujeres de mi propia familia. En los momentos felices, el amor manaba de mí como lustrosa miel de una colmena robada, pero en los momentos de pérdida y de dolor me retiraba tras un muro de impenetrable soledad que yo mismo construía, y las mujeres que trataban de alcanzarme allí —todas ellas— retrocedían horrorizadas ante los golpes que una y otra vez les infligía por osar amarme cuando yo sabía que mi amor era todo corrupción. Yo era uno de esos hombres que matan lentamente a sus mujeres. Mi amor era una forma de gangrena que marchitaba los blandos tejidos del alma. Tenía una hermana que había intentado matarse y que no deseaba verme, una esposa que había encontrado a un hombre que la amaba, hijas que no sabían nada acerca de mí y una madre que sabía demasiado. «Cámbialo todo», me dije a mí mismo mientras escuchaba a Susan Lowenstein, relajada por la influencia del vino y la apacible atmósfera de The Coach House. «Cámbialo todo en ti, y cámbialo por completo.»

Llegó el plato principal, y era soberbio. Las mollejas estaban tiernas y succulentas,

y la hierba mora sabía como pedacitos de tierra trufada convertidos en oscura y humosa carne. Oí a Susan proferir un murmullo de admiración cuando saboreó el róbalo, cuya carne blanca y resplandeciente se desprendía de las espinas en tiernos fragmentos. Mi boca era un lugar feliz, y di gracias a Dios por la escrupulosidad de los cocineros de talento y por la inagotable belleza de las mujeres mientras contemplaba a Susan cenando y bebiendo un vino que había envejecido para nosotros, y sólo para nosotros, en los generosos y antiguos campos de Francia. En honor de aquellos gloriosos campos, pedí otra botella.

Susan me contó que dos noches antes había soñado que nos encontrábamos casualmente durante una tempestad de nieve. Para huir de la tempestad, habíamos corrido al Rockefeller Center y subido en ascensor hasta lo más alto. Desde allí vimos la ciudad volverse blanca mientras tomábamos una copa en la Rainbow Room y luego danzamos una lenta danza cuando la tempestad arreció y no pudimos seguir contemplando la ciudad a través de la nieve.

¡Qué magnífico sueño, Lowenstein! —exclamé—. Yo nunca logro recordar el menor detalle de mis sueños. A veces me despiertan y sé que han debido de ser horribles, pero no recuerdo ni una sola imagen.

—Entonces se está perdiendo una parte maravillosa y muy importante de la vida, Tom —respondió—. Siempre he creído que los sueños eran las cartas amorosas y el correo amenazador del subconsciente. La capacidad de recordar los sueños no es más que una forma de disciplina.

—Puedo pasarme muy bien sin el correo amenazador —observé—. Tengo montones de cartas así que yo mismo me escribo.

—Pero ¿no encuentra curioso que haya aparecido en uno de mis sueños, cuando hace tan poco tiempo que nos conocemos?

—Me complace mucho que no lo describa como una pesadilla —contesté.

—Puedo asegurarle que no se trataba de una pesadilla —afirmó, riéndose—. De paso, Tom, ¿le gustan los conciertos?

—Desde luego —asentí—, salvo cuando interpretan música contemporánea. Para mí, la música contemporánea suena siempre como los estertores de una trucha en agua salada. A Savannah, por supuesto, le encanta la música contemporánea.

—¿Por qué cree que ella es tan abierta a todas las manifestaciones de la cultura moderna mientras que usted parece tan cerrado? Debo admitir Tom, que me irrita cuando se pone su disfraz de patán intimidado por la gran ciudad. Es usted demasiado inteligente para interpretar correctamente este papel.

—Lo siento, Lowenstein —dije yo—. Este papel de cuellirrojo cultural y desprestigiador de Nueva York me cansa más a mí que a nadie. Me gustaría que odiar a Nueva York no fuese una frase gastada, sino una asombrosa doctrina nueva originada por Tom Wingo.

—Cada vez que oigo a alguien como usted diciendo que odia a Nueva York, pienso automáticamente que se trata de un antisemita.



—Haga el favor de explicarme cuál es la relación entre el antisemitismo y que a uno no le guste Nueva York, Lowenstein. Soy de Colleton, en Carolina del Sur y estas sutilezas suelen confundirme.

—Hay más judíos en Nueva York que en Israel —me hizo notar.

—Y probablemente hay más albaneses que en Albania, más haitianos que en Haití y más irlandeses que en Irlanda, Lowenstein. Incluso es posible que haya más sureños aquí que en Georgia; no lo sé. Si no me gusta Nueva York es porque la encuentro demasiado enorme e impersonal. ¿Es usted siempre tan paranoica?

—Sí —admitió—. Siempre he creído que la paranoia es una postura perfectamente justificable.

—Ahora comprenderá, pues, cómo me hace sentir el hecho de ser un sureño cuando estoy en Nueva York. ¿Qué opinaba del Sur, Lowenstein, antes de conocernos a Savannah y a mí?

—Lo mismo que opino ahora, Tom —respondió—. Creo que es la parte del país más atrasada, reaccionaria y peligrosa.

—Pero ¿le gusta, Lowenstein?

Se echó a reír, y fue una risa hermosa, pero proseguí:

—¿Por qué será que hay momentos en la historia en que está bien odiar a los judíos o a los norteamericanos, o los negros o a los gitanos? En cada generación hay siempre un grupo merecedor de desprecio, e incluso resulta uno sospechoso si no los odia. Cuando crecía, a mi me enseñaron a odiar a los comunistas. Nunca llegué a ver ninguno pero ¡vaya si odiaba a esos hijos de perra!

Pero también odiaba a los negros, porque en la parte del mundo de donde yo procedo es como una creencia religiosa considerarlos inferiores a los blancos. Ha sido interesante venir a Nueva York, Lowenstein, y descubrir que me odian porque soy un sureño blanco. Es un refrescante estímulo, pero se me hace extraño. De todas formas, me permite comprender muy bien su teoría de la paranoia.

—El motivo de que le haya preguntado si le gustan los conciertos, Tom, es que mi marido va a dar uno el mes que viene —me anunció—. Tengo una entrada para usted, y me gustaría que asistiera como invitado mío.

—Será un placer —respondí—, siempre y cuando me prometa que no interpretará música contemporánea.

—Me parece que el programa es casi todo de música barroca.

—¿Cómo se llama su marido? —quise saber.

—Herbert Woodruff —contestó.

—¿El célebre Herbert Woodruff? —pregunté, sorprendido.

—El único e incomparable —asintió.

¡Está usted casada con Herbert Woodruff! Maldita sea, Lowenstein. Se acuesta usted cada noche con un famoso.

—No cada noche, me temo. Herbert se pasa la mitad del año en gira. Está muy solicitado, sobre todo en Europa.

—Tengo sus discos —le expliqué—. Un par de ellos, por lo menos. A menudo, Sallie y yo nos emborrachamos y los escuchamos juntos. Es maravilloso. Tendré que telefonarla para presumir de relaciones. ¿También es judío, Doc?

—No —contestó—. ¿Por qué lo pregunta?

—Creía que los judíos eran como los católicos —respondí—. Cuando mi padre se enteró de que no me casaba con una católica, reaccionó como si me hubiera pillado meándome en las vinajeras del altar.

—Mi padre es el judío más integrado que jamás he conocido —me explicó la doctora Lowenstein con seriedad—. Nunca íbamos al templo, nunca celebrábamos la Pascua hebrea y todos los años, en diciembre, poníamos un árbol de Navidad. No me di cuenta de lo seriamente que se tomaba su religión hasta que me casé con un cristiano. Creí que iba a decir la *shiva* por mí el día de mi boda.

—¿Qué es la *shiva*?

—La oración por los muertos —contestó.

—Pero seguramente se sentirá orgulloso de que su yerno sea famoso en todo el mundo.

—No lo sé, Tom —dijo ella—. Todavía no me lo ha perdonado. No ha visto nunca a su nieto.

—Eso me explica muchas cosas, Lowenstein. No sé por qué, tenía la impresión de que era usted una presbiteriana que se había convertido al judaísmo. ¿Por qué no tomó el apellido de su esposo después de casarse?

—Preferí no hacerlo —replicó, dando por zanjado el asunto.

—¿Qué edad tiene su hijo? —pregunté para cambiar el tema de la conversación.

—De eso quería hablar con usted, Tom. Por eso me ha alegrado que pudiéramos cenar juntos.

—¿Por su hijo? —inquirí, desconcertado.

—Mi hijo se interesa mucho por el atletismo.

—Está usted de broma.

—¿Por qué dice eso? —preguntó, sin lograr disimular la irritación de su voz.

—Es sólo que me ha sorprendido —contesté—. Dudo que haya encontrado mucho estímulo en su hogar.

—Su padre quedó consternado. Bernard estudia en Phillips Exeter. Éste ha sido su primer año. Hace poco, recibimos un ejemplar del anuario y su padre vio una fotografía de Bernard en el equipo de fútbol de primer año. Nunca le habíamos dejado practicar deportes de contacto, por miedo a que se lesionara las manos. Comprenda, queremos que Bernard se concentre en sus clases de violín. Por eso nos preocupan sus manos.

—¡Ja! —No pude por menos que burlarme—. Un deportista sorpresa en la familia.

Ella sonrió.

—No es gracioso. Lo más molesto de todo este asunto es que Bernard nos ha

mentido. O al menos, nos lo ha ocultado. También estaba en el equipo juvenil de baloncesto de la universidad. Al parecer, es bastante bueno.

—¿Por qué no le dejan jugar a fútbol sin que interrumpa sus lecciones de música?

—Mi marido quiere que Bernard sea un músico sobresaliente.

—¿Lo hace bien?

—Sí. lo hace bien. Pero no es un genio, Tom. Como comprenderá, resulta muy difícil seguir los pasos de Herbert Woodruff. Siempre he creído que sería mejor que tocara un instrumento distinto al de su padre; así, las comparaciones no serían tan duras para Bernard. Herbert ganó un concurso internacional cuando sólo tenía diecinueve años.

—Un entrenador suele ver muchos casos semejantes. No se imagina cuántos muchachos se presentan para el equipo únicamente porque su padre pretende revivir su juventud a través de su hijo. Resulta triste cuando la cosa no sale bien.

—¿Para los padres o para los hijos? —inquirió, con preocupado interés.

—Para los hijos —respondí—. Que se jodan los padres. Deberían tener más sentido común.

—No creo que éste sea el caso de Herbert, en absoluto. Me parece que en su imaginación no existe ningún otro instrumento. Adora el violín hasta tal punto que es incapaz de imaginar que haya alguien que no comparta ese amor. Especialmente alguien de su familia. Especialmente su único hijo.

—¿Qué tal se llevan? —pregunté.

Su rostro se ensombreció y algo cruzó por sus ojos. Antes de responder, eligió cuidadosamente sus palabras, y cuando las pronunció pude advertir su peso y gravedad.

—Bernard respeta mucho a su padre. Está muy orgulloso de él y de los logros que ha alcanzado.

—¿Son amigos? ¿Van juntos al fútbol? ¿Juegan en el parque? ¿Luchan en el salón? Cosas así, ya sabe.

Se rió, pero fue una risa tensa y nerviosa. Al hablar de su hijo, estaba tocando una parte esencial de su ser.

—No me imagino a Herbert luchando sobre el suelo del salón. Es un hombre muy serio y quisquilloso. Además, podría hacerse daño en las manos, y sus manos son su vida.

—Pero ¿es divertido, Doc? —insistí—. Eso es lo que creo que estoy preguntándole.

Reflexionó durante un largo instante y finalmente respondió.

—No, no puedo decir que Herbert sea divertido. No para un adolescente, por lo menos. Creo que Bernard apreciará mucho más a Herbert cuando llegue a adulto.

—¿Cómo es Bernard?

De nuevo percibí algo que se cerraba en sus ojos, como si asegurara las escotillas desde dentro ante este interrogatorio sobre su familia. Se me ocurrió que seguramente

a aquella psiquiatra le resultaba más fácil escuchar las penas de otros en su oficina que hablar de sus propias inquietudes íntimas. Su cara estaba pálida cuando echó la cabeza hacia atrás y la apoyó sobre la pared de ladrillo. En aquella posición, recordaba a las elegantes mujeres de largo cuello cuyo perfil suele verse en los camafeos sobre un oscuro fondo de ágata.

—Es difícil describir a Bernard —dijo al fin, con un suspiro. Es un muchacho atractivo que se cree feo. Es mucho más alto que su padre. Tiene unos pies enormes y el cabello negro y rizado. No suele hablar mucho, y menos con los adultos. Como estudiante es bastante mediocre. Tuvimos que utilizar toda nuestra influencia para lograr que lo admitieran en Exeter. Se ha sometido a pruebas psicológicas, con brillantes resultados, pero es perezoso y creo que disfruta molestando a sus padres con sus malas notas. ¿Qué más puedo decirle, Tom? La adolescencia es dura para todos.

—¿Está torcido? —quise saber.

—No —replicó secamente. No está torcido. Es un adolescente perfectamente normal cuyos padres son ambos profesionales. Es probable que Herbert y yo cometiéramos el error de no prestarle la suficiente atención durante sus años formativos. Lo admito, y acepto toda la responsabilidad de este error.

—¿Por qué me cuenta todo esto, Lowenstein?

—Porque pensaba, Tom —respondió, inclinándose hacia mí sobre la mesa—, que, ya que parece disponer de mucho tiempo libre, tal vez podría entrenar a Bernard un par de días por semana.

—Mi primera oferta de trabajo en muchas lunas.

—¿Lo haría?

—¿Ha hablado con Bernard al respecto?

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó.

—Puede que no quiera un entrenador. Además, lo cortés es preguntárselo. ¿Por qué no le sugiere a Herbert que vaya a Central Park con Bernard a hacer prácticas de bateo? Quizá incluso podrían jugar un poco a fútbol, con pases y bloqueos.

—Herbert detesta los deportes, Tom —me explicó, conteniendo una risita—. De hecho, se enfurecería si supiera que quiero un entrenador para su hijo. Pero Bernard me advirtió que el próximo año iba a seguir jugando fuera cual fuese nuestra opinión al respecto. Además, creo que sería usted bueno para Bernard Tom, y me parece que a él le gustaría, porque representa la clase de padre que siempre ha soñado tener: un atleta, divertido e irreverente. Y apostaría a que no sabe tocar el violín.

—No ha oído usted mis discos. Tom Wingo deja por los suelos a los viejos maestros. Ha vuelto a encasillarme, doctora.

—Y usted me ha encasillado a mí —replicó con aire retador.

—No, no es cierto.

—Sí que lo es, Tom. Admítalo. ¿Acaso no ha pensado que la vieja doctora Lowenstein, psiquiatra y sanadora de enfermos mentales, no es capaz de criar

felizmente a su hijo?

—Sí —reconocí—, lo he pensado. Tiene que haber un motivo que impide a los psiquiatras educar bien a sus hijos. Es un tópico manido, ya lo sé, pero no deja de ser un problema, ¿verdad?

—No en este caso —declaró firmemente—. Lo único que le ocurre a Bernard es que es tímido. Todos sus problemas se resolverán cuando crezca. Creo que si los psiquiatras tienen problemas con sus hijos, y permítame que le diga que no todos los tienen, es porque son demasiado conscientes de las lamentables consecuencias de una mala infancia. El exceso de conocimientos los paraliza y les impide actuar, por miedo a dar aun el más mínimo paso en falso. Lo que comienza como un exceso de preocupación termina a veces en negligencia. Pero ¿qué me dice de su remuneración?

—¿El dinero? No se preocupe por el dinero.

—No, insisto en llevar todo esto sobre una base estrictamente profesional. ¿Cuáles son sus honorarios?

—Mis honorarios... Bromea usted.

—Mire, insisto en hacerlo todo sobre una base completamente profesional. ¿Cuánto cobra a la hora?

Había sacado una libreta de su bolsa y estaba anotando algo con una esbelta estilográfica Dupont.

—¿Cuánto cobra usted a la hora? —quise saber.

—No veo qué relación tiene eso —dijo ella, apartando vista de la libreta.

—La relación es ésta doctora: ya que quiere que lo hagamos de forma estrictamente profesional, me plegaré a sus deseos. Pero no sé qué cobra la gente en la ciudad de Nueva York. Necesito que me dé una cifra para hacer mis cálculos.

—Cobro setenta y cinco dólares por hora —contestó.

—Perfecto. —Le dirigí una sonrisa—. Los acepto.

—Oiga, en ningún momento me he ofrecido a pagarle esta cantidad.

—Mire, Doc, dado que es usted amigo de la familia, le haré un descuento. Sesenta pavos la hora y no hace falta que me dé las gracias.

—Considero que una hora de entrenamiento no puede en absoluto compararse con una hora de terapia psiquiátrica. Su voz era apacible, pero no me gustó el énfasis despectivo que había puesto en la palabra entrenamiento.

—¿En serio? ¿Por qué no? ¿Dónde está la diferencia?

—No tiene usted ni idea de lo que cuestan los estudios de medicina.

—Sí que la tengo. Le pagué los estudios de medicina a mi mujer.

—¿Cuánto es lo máximo que ha ganado como entrenador?

—Un año gané diecisiete mil dólares, sin descontar los impuestos —respondí.

—¿Cuánto hace eso a la hora?

—Bien, calculemos sobre trescientos sesenta y cinco días. Doy clases y entreno durante nueve meses, y en verano entreno al equipo de béisbol. Eso hace unos cuarenta y seis pavos al día, si no me equivoco. Divídalo entre las diez horas que

trabajo al día.

Anotó las cifras en su libreta, y en seguida alzó la mirada para anunciarme:

—La hora sale a cuatro dólares con sesenta centavos. Le pagaré cinco dólares por hora.

—¡Qué generosa! —exclamé.

—Es el sueldo más alto que jamás le han pagado.

¡Oh, la humillación! —protesté, paseando la mirada por el restaurante—. ¡La profunda y constante humillación! El entrenador trata de compararse con la psiquiatra y pierde por setenta dólares de diferencia.

—Entonces, trato hecho —dijo ella, cerrando la libreta de notas.

—No —objeté—. Después de haber sido masacrado en este campo de batalla, quiero salir de la debacle con algo de respeto hacia mí mismo. Me gustaría entrenar a Bernard gratuitamente, doctora. Una vez más, he pretendido equiparar el entrenamiento con un medio decente de ganarse la vida y he sido aniquilado. Dígame que empezaremos pasado mañana. Y ahora, pidamos un postre fabuloso.

—Ya he comido demasiado.

—No se preocupe por su peso, Lowenstein. Cuando terminemos de cenar, nos agenciaremos un asaltante y haremos que la persiga hasta Central Park. Es el método ideal para rebajar calorías después de una cena en Nueva York.

—Lo cual me recuerda... —comenzó—. ¿Se acuerda de Monique, la mujer que conoció en mi oficina? ¿Por qué le dijo que era abogado? Ella me lo comentó luego, en la oficina.

—Le dije que era entrenador y no me creyó —respondí—. Además, era muy hermosa y quería impresionarla. Además, en aquellos momentos me sentía muy solo y quería seguir hablando con ella.

—Así, ¿la encuentra hermosa?

—Me pareció la mujer más hermosa que jamás he visto —admití.

—Es muy extraño, Tom. Ya es la segunda vez que acude a mi consulta histérica y descontrolada. Mantiene una desastrosa relación con un banquero especialista en inversiones que trabaja para Salomon Brothers..., o eso es lo que me ha dicho, al menos.

—Su psiquiatra está fuera de la ciudad.

—¿Acaso en esta ciudad todo el mundo va al psiquiatra o es que obligan a toda esa gente a trasladarse a Nueva Jersey?

—Toca la flauta en la orquesta de mi marido —prosiguió la doctora Lowenstein—. Volverá a verla el mes que viene.

—Oh, mierda. Me preguntará por mi trabajo de abogado —me lamenté—. Permítame que le pida una copa de coñac, Susan. Tiene usted razón, podemos saltarnos el postre.

Cuando llegó el coñac volvimos a brindar, y el sabor del licor me hizo remontar al pasado, a la última ocasión en que había cenado en aquel restaurante con mi hermano

y mi hermana. Mientras degustábamos el coñac que el propietario de The Coach House nos había ofrecido gratuitamente, Savannah sacó cuatro nuevos poemas en los que estaba trabajando y nos los leyó en voz alta a Luke y a mí. Tenía el propósito de escribir una autobiografía: a través de un largo ciclo de poemas, y los que leyó entonces hablaban de la marsopa blanca de Colleton, del paseo anual de mi abuelo cada Viernes Santo y del primer partido de fútbol de Benji Washington. Su lenguaje era exuberante y feroz y Savannah extraía de su vida brillantes imágenes, como melocotones de un fragante huerto. Recitados, sus poemas eran como un regalo de frutas, y aquella noche perfumamos las frutas con coñac.

—¿En qué piensa, Tom? —quiso saber Susan.

—Estaba pensando en la vez que estuve aquí con Luke y Savannah —respondí—. Eramos muy felices, entonces.

—¿Qué ocurrió?

—La naturaleza aborrece el vacío, pero aún aborrece más la felicidad perfecta —sentencié—. Susan, ¿recuerda que le hablé de mi ataque de nervios?

—Naturalmente —dijo con voz suave.

—No fue un ataque de nervios —expliqué—. Fue una tristeza tan abrumadora que apenas podía moverme o hablar. Entonces no me pareció que se tratara de una enfermedad mental, y sigue sin parecérmelo ahora. Durante dos años logré seguir funcionando, aunque siempre llevaba aquella pena en mi corazón. Había sufrido una terrible pérdida y no podía consolarme. Era entrenador de tres deportes y daba cinco clases de inglés cada día, y eso me mantenía en pie. Pero, finalmente, no pude seguir soportando el peso de tanta tristeza. Un día me encontraba en clase, leyendo a mis alumnos Fern Hill, de Dylan Thomas, y el poema me conmovió tanto que me hizo saltar las lágrimas. Es un poema muy hermoso y me conmueve cada vez que lo leo, pero en aquella ocasión fue distinto. No podía dejar de llorar. Los alumnos se quedaron aturridos. Yo mismo estaba aturdido, pero no podía evitarlo.

—¿Y no considera esto como una especie de ataque, Tom? —Inquirió suavemente.

—No —respondí—. Me pareció una reacción normal ante una enorme tristeza. Lo anormal había sido llevar durante tanto tiempo el peso de esa tristeza sin llorar. Una semana más tarde, estaba paseando por la playa cuando me crucé con un hombre que se parecía a mi hermano, y volví a derrumbarme. Me senté en las rocas, mirando al puerto de Charleston, y permanecí a solas con mis sollozos durante más de una hora. Luego tuve la impresión de que debería estar haciendo algo. Había olvidado algo importante, pero no sabía qué era. Entrada la noche, Sallie me encontró en la playa, temblando de frío.

—¿Qué había olvidado?

—Olvidé que mi equipo jugaba un partido aquella noche. Olvidé que mi propio equipo, al que yo había entrenado y hecho practicar e inculcado disciplina, jugaba un partido.

—¿Fue entonces cuando le despidieron?

—Sí, ahí fue cuando me despidieron. Con que me quedé en casa, negándome a aceptar ayuda de nadie. Dejé que la tristeza se apoderase de mí, y se apoderó por completo. Al cabo de un mes, mi esposa y mi madre me hicieron firmar unos papeles y me llevaron a la décima planta de la Facultad de Medicina, donde me sometieron un par de veces a un tratamiento de choque.

—No tiene por qué contarme todo esto, Tom —dijo ella.

—Puesto que voy a ser el entrenador de Bernard, he creído que debería usted saber que se lleva mercancía en mal estado.

—¿Es un buen entrenador? —inquirió.

—Soy un magnífico entrenador, Susan —respondí sin vacilar.

—Entonces, debo considerarme afortunada por que haya aparecido en mi vida en estos momentos. Le agradezco que me haya contado todo esto. Me alegra que lo haya hecho aquí, y no en la oficina. Creo que usted y yo vamos a ser buenos amigos.

—Hay algo que no me dice acerca de Savannah, ¿verdad?

—Hay mucho que no le digo acerca de Savannah —se defendió—. Hay mucho que no le digo acerca de muchas cosas. Hace un momento, cuando hablábamos de Monique, casi me mata oírle decir que la encontraba tan hermosa.

—¿Por qué?

—Creo que es la amante de mi marido.

—¿Por qué cree eso?

—Porque conozco bien a mi marido —contestó—. Lo que no entiendo es por qué ella insiste en acudir a mí en busca de ayuda; no sé si lo hace por crueldad o si simplemente se trata de curiosidad. Siempre me hace jurar que no le diré a Herbert que ha venido a verme.

—Lo siento, Susan. Pero quizá no sean sino imaginaciones tuyas.

—No lo creo.

—Bien, Lowenstein, la conozco a usted y he visto a Monique. Monique es encantadora, pero tiene un carácter muy desagradable y la encuentro un tanto mezquina.

Dado que esta noche se ha puesto este despampanante vestido, no he podido dejar de observar que su cuerpo es de categoría internacional. Es un poco seria para mi gusto, pero me encanta estar a su lado. Monique no puede hacerle sombra, querida.

—Nada de «querida», Tom. —Me sonrió—. Recuerde que soy feminista.

—Monique no puede hacerle sombra, feminista.

—Gracias, entrenador.

—¿Quiere que vayamos a bailar un rato a la Rainbow Room?

—Esta noche no, Tom —rehusó—. Pero vuelva a preguntármelo este verano.

—¿Me promete que se pondrá el mismo vestido? —pregunté.

—Tengo que volver a casa —dijo ella—. Y deprisa.

—Está completamente segura a mi lado, Lowenstein. Recuerde que me han



sometido a electroshock —la tranquilicé, al tiempo que me levantaba de la mesa—. Vamos. Pagaré yo la cuenta y le buscaré uno de esos horribles, pero pintorescos, taxistas neoyorquinos.

—Ha sido una velada maravillosa —se despidió Susan Lowenstein cuando te abrí la portezuela del taxi en Waverly Place, bajo una ligera llovizna. Me besó levemente en los labios, una sola vez, y vi desaparecer su taxi en la lluvia y la noche.

A las pocas semanas de su inesperado regreso, mi abuela acudió al establecimiento de Einthorp Ogletree para comprarse un ataúd, y averiguamos que solía visitar el cementerio de Colleton para hablar con los muertos. Al igual que la mayoría de los sureños, Tolitha había convertido el culto a los antepasados en una forma personal de expresión artística, y la auténtica intimidad de los cementerios la hacía feliz. Para ella, la muerte era una oscura e indescifrable longitud que circundaba la geografía secreta de la tierra. El tema de su propia muerte la llenaba de agradables ensueños acerca de viajes a la vez inminentes y sorprendentes.

Puesto que mi abuela no asistía habitualmente a la iglesia ni profesaba abiertamente ninguna creencia en Dios, esto le permitía abrazar prescripciones espirituales más exóticas, tónicos y destilados más vívidos que añadían carácter a su visión del mundo. Conservaba una inocente confianza en los horóscopos, y organizaba sus días en torno al orgulloso alineamiento de las estrellas y a las oscuras sugerencias e insinuaciones del zodíaco; buscaba con incesante curiosidad el consejo de videntes y adivinos; creía en los resplandecientes poderes de las bolas de cristal, en las crípticas alusiones contenidas en la configuración de las hojas de té, en las órdenes de batalla que recibía de un cuidadosamente barajado mazo de cartas de tarot.

En general, en todo aquello que se tenía por sospechoso y revolucionario en una población sureña. En Marsella, una gitana le había leído la mano a Tolitha y, tras estudiar atentamente su breve y bifurcada línea de la vida, le había predicho que no viviría más allá de su sexagésimo aniversario. Tolitha acababa de cumplir los cincuenta y seis cuando apareció en Colleton dispuesta a hacer las paces con el mundo. Todos los días consultaba el I Ching, que mi abuelo consideraba, en el mejor de los casos, un texto satánico. Creía en todas las divagaciones y advertencias de la ouija, por veladas y confusas que fueran. Su fe era un catecismo de verdades no compiladas. Se reunía con médiums, brujos y clarividentes. Todos ellos eran los meteorólogos de su alma exuberante y libre de preocupaciones. Tolitha era la mujer más cristiana que jamás he conocido.

Sin embargo, se tomó la sentencia de muerte de la gitana con estoica y divertida gravedad, y comenzó a prepararse para su propio fallecimiento como si se tratara de un viaje a un país fabuloso cuyas fronteras hubieran estado durante mucho tiempo cerradas a los turistas. Cuando llegó el momento de adquirir el ataúd y establecer las disposiciones finales para el entierro, insistió en que sus nietos la acompañaran. Maestra siempre, Tolitha quería que aprendiésemos a no temer a la muerte. Nos hablaba de la inminente compra del ataúd con gran animación y actuaba como si simplemente fuese a confirmar una reservación de hotel al final de un penoso viaje.

—No es más que la última etapa de la vida. La etapa más interesante, me parece —comentó mientras recorríamos la calle de las Mareas, pasando ante sus comercios y saludando por igual a vecinos y desconocidos.

—Pero si estás muy bien de salud, Tolitha —observó Luke, a pleno sol, alzando la vista hacia ella—. Le he oído decir a papá que vas a mearte sobre nuestras tumbas.

—Tu padre es muy vulgar, Luke. Haz el favor de no hablar como los pescadores —le reprendió mi abuela sin dejar de avanzar en línea recta, erguida como un mástil—. No, no viviré más de sesenta años. La que me leyó la palma no era una gitana cualquiera; era la reina de las gitanas. Yo sólo consulto a los especialistas. Nunca en mi vida he ido a ver a un médico de cabecera.

—Mamá nos ha dicho que es pecado hacer que una gitana te lea el futuro —intervino Savannah, que asía la mano de mi abuela.

—Tu madre sólo ha visto dos estados en toda su vida —respondió Tolitha, de forma un tanto despectiva—. No tiene mi visión del mundo.

—¿Te dijo la gitana de qué vas a morir? —pregunté yo, observándola, temeroso de que fuera a caerse muerta en mitad de la calle.

—De un paro cardíaco —anunció orgullosamente mi abuela, como si estuviera citando el nombre de un hijo muy querido—. Me desplomaré como una piedra.

—¿Vas a hacer que te entierren como a los budistas zen? —quiso saber Savannah.

—No es nada práctico —contestó Tolitha, mientras inclinaba amablemente la cabeza hacia Jason Fordham, el dueño de la ferretería—. Quería que tu abuelo me llevara a Atlanta y me dejara en el Monte de Piedra, desnuda, para que los buitres devorasen mi envoltorio carnal, pero se quedó horrorizado. En la India lo hacen así, aunque no estoy segura de que en Georgia haya suficientes buitres como para que salga bien la cosa.

—¡Es lo más horrible que he oído nunca, Tolitha! —exclamó Luke, contemplándola con auténtica admiración.

—Odio hacer las cosas del modo corriente, niños. Pero ¿qué puedo hacer? Cada sociedad tiene sus costumbres.

—No tienes miedo de morir, ¿verdad, Tolitha? —pregunté.

—Todos tenemos que pasarla algún día, Tom —respondió—. La única diferencia es que yo tengo la suerte de poder prepararme con tiempo para que la cosa no cause una conmoción en la familia. Quiero tenerlo todo arreglado.

—¿Qué clase de ataúd vas a comprar, Tolitha? —preguntó Savannah.

—Una caja de pino. Nada de lujos para mí. Quiero que los gusanos puedan llegar a mi cuerpo lo antes posible. Enfrentémonos a la realidad: así es como se ganan ellos la vida, y yo no me he opuesto nunca a que cada cual se gane la vida como pueda.

—¿Cómo hacen los gusanos para comerse a la gente, si no tienen dientes? —inquirió Luke cuando pasábamos ante la barbería de Wayne Fender.

—Han de esperar a que la tierra te ablande un poco —explicó Tolitha, y su voz se alzó a un tono más agudo. Estos sórdidos detalles excitaban y animaban a mi abuela

—. Mirad, el funerario os quita toda la sangre, hasta dejaros secos como una panocha de maíz. Luego, os llena con líquido de embalsamar para que no os pudráis demasiado deprisa.

—¿Y por qué no dejan la sangre en el cuerpo? —se extrañó Savannah, con ojos como platos a causa del horror que le producía aquella conversación.

—Porque si dejan la sangre dentro te pudres demasiado deprisa.

—Pero luego te meten bajo tierra para que te pudras, ¿no? —dije yo.

—No quieren que apestes en tu propio funeral. ¿No habéis oído nunca un cadáver que empieza a pudrirse?

—¿Cómo huele, Tolitha? —quiso saber Luke.

—Huele como cincuenta kilos de camarones echados a perder.

—¿Tan mal?

—Peor. Sólo pensarlo me da náuseas. Llegamos al cruce de Baitery Road con la calle de las Mareas, provisto de uno de los dos únicos semáforos de Colleton. Más allá, en el puerto, los veleros escoraban bajo el viento, con sus velas rebosantes de sol. Por la curva del río apareció un yate de dieciséis metros que advirtió al encargado del puente con cuatro rasposos toques de sirena. Mr. Fruit, con gorra de béisbol y guantes blancos, estaba dirigiendo el tráfico en el cruce, y esperamos a que nos diera paso antes de cruzar la calle. A Mr. Fruit no le importaba que el semáforo estuviera en verde o en rojo: para dirigir el tráfico en su rincón del mundo, Mr. Fruit se basaba en la intuición y en su propio sentido interno del equilibrio y la simetría.

Fantástico, extravagante y siempre alerta, era Mr. Fruit un hombre alto y desgarbado, de edad indefinida, que parecía considerarse personalmente responsable de la ciudad de Colleton. Aún hoy sigo ignorando si Mr. Fruit era un retrasado mental, un alucinado o un inofensivo lunático de dulce expresión al que se había dado rienda suelta para que vagara por su población natal difundiendo entre sus convecinos la alegría de un evangelio no formulado. No sé cuál era su verdadero nombre, ni si tenía familia, ni dónde pasaba la noche. Sé que había nacido en la ciudad y que nadie discutía su derecho a dirigir el tráfico en la calle de las Mareas.

En cierta ocasión, un policía nuevo trató de enseñarle la diferencia entre una luz verde y una roja, pero Mr. Fruit se resistió a todos los esfuerzos para que reorganizara algo que venía haciendo a la perfección desde muchos años antes. No sólo supervisaba las idas y venidas de la población, sino que su presencia servía para suavizar el arraigado mal que florecía en los invisibles márgenes de la conciencia ciudadana. Es posible juzgar la humanidad o la corrupción de cualquier comunidad por su forma de acomodar a los Mr. Fruit del mundo. Colleton se limitó a adaptarse a las armonías y ordenaciones de Mr. Fruit. Él hacía lo que juzgaba necesario, y lo hacía graciosamente.

—Éste es el estilo sureño —observó mi abuela—. El estilo gentil.

—¡Hey, babe! —nos gritó al vernos.

—¡Hey, babe! —le devolvimos el saludo. Lucía un silbato plateado en torno al

cuello y una imborrable sonrisa beatífica en el rostro. Hizo sonar el silbato y agitó sus largos brazos con elegantes y exagerados movimientos. A continuación, giró sobre sí mismo y avanzó como un danzarín hacia el único automóvil que se acercaba, extendiendo su mano izquierda en ángulo recto con la huesuda muñeca. El automóvil se detuvo y Mr. Fruit nos indicó con un ademán que podíamos cruzar la calle, haciendo sonar de nuevo el silbato en perfecta sincronización con los pasos de mi abuela. Mr. Fruit había nacido para dirigir el tráfico. También encabezaba todos los desfiles y procesiones de Colleton, por festiva o solemne que fuera la ocasión. Tales eran sus dos cometidos en la vida ciudadana, y los desempeñaba muy bien. Mi abuelo solía decirnos que Mr. Fruit había sacado tanto partido de sus dotes como cualquier otra persona que hubiera conocido.

Cuando nací, la ciudad de Colleton estaba habitada por diez mil almas provincianas, y cada año que pasaba perdía un pequeño porcentaje de las mismas. La población se había fundado en tierras de los indios yemassee, y el hecho de que no quedara un solo indio yemassee sobre la faz de la tierra se consideraba como una nota de distinción. Yemassee era una palabra que rielaba con el oscuro lustre de la extinción. La última batalla entre los colonos y los nativos se había librado en nuestra isla, en el extremo septentrional de Melrose. La milicia de Colleton sorprendió a la tribu con un ataque nocturno en el que mataron mientras dormían a tantos de sus miembros como pudieron; luego persiguieron a los supervivientes a través del bosque con ayuda de perros, dándoles caza como si fueran ciervos, hasta que al amanecer los rodearon en las tierras arenosas que bordean el río. Finalmente, los yemassee — hombres, mujeres y niños— fueron empujados al río y masacrados con sables y mosquetes. Una vez, buscando puntas de flecha en compañía de Luke y Savannah, encontré una pequeña calavera. Dentro del cráneo resonaba una bala de mosquete, que cayó por la boca lo alcé de entre la maleza. Mientras pasábamos ante la hilera de espléndidas mansiones blancas que bordeaban la calle de las Marcas, cruzamos ante la casa donde estaba gestándose el sueño más amenazador de nuestros días. Saludamos con la mano a Reese Newbury, erguido en su porche, de cara al río. Era el hombre más poderoso de Colleton: brillante abogado, poseía el único banco de la ciudad y numerosas fincas en todo el condado, y presidía el consejo municipal. Aquel saludo representó un gesto de reconocimiento hacia nuestro futuro, hacia el soñador más asombroso de la ciudad; lo que saludábamos, incautos y sonrientes, era la caída de la casa de Wingo.

El empresario de las pompas fúnebres, Winthrop Ogletree, estaba esperando en el vestíbulo de la amplia e irregular casa victoriana en que practicaba su oficio, al final de la calle de las Mareas. Iba ataviado con un traje oscuro y mantenía las manos unidas sobre su estómago en una actitud de forzada piedad. Era alto y delgado, y su tez tenía el color de un queso de cabra que hubiera quedado demasiado tiempo sobre la mesa. La funeraria olía a flores marchitas y a plegarias sin respuesta. Cuando nos dio los buenos días, su voz sonó untuosa y reptilesca; se advertía de inmediato que

aquel hombre sólo se sentía verdaderamente a gusto en presencia de los muertos. Él mismo daba la impresión de haber muerto ya dos o tres veces, a fin de apreciar mejor las sutilezas de su profesión. Winthrop Ogletree tenía el rostro de un vampiro desafortunado que jamás recibiera la adecuada ración de sangre.

—Iré directamente al grano, Winthrop —comenzó oficiosamente mi abuela—. Voy a morirme poco después de cumplir los sesenta y no quiero crear problemas a la familia. Pienso elegir el ataúd más barato que tengas en este osario y no quiero que me presiones con tus técnicas de venta para hacerme comprar una caja de un millón de dólares.

El señor Ogletree pareció tan dolido como ofendido por esta entrada en materia, pero respondió con voz conciliadora:

—Oh, Tolitha, Tolitha, Tolitha. Yo sólo estoy aquí para velar por tus mejores intereses, jamás se me ocurriría presionar a nadie para que comprara nada. Sólo estoy aquí para responder a tus preguntas y ayudarte en lo que pueda. Pero, Tolitha, no sabía que estuvieras enferma. Haces cara de ir a vivir mil años.

—No se me ocurre un destino más horrible —dijo ella, atisbando al interior de una habitación, a su derecha, donde yacía un cadáver en un ataúd abierto—. ¿No es ese Johnny Grindley?

—Sí. Entregó su alma al Señor ayer por la mañana.

—Trabajas deprisa, Winthrop.

—Hago lo que puedo, Tolitha —respondió humildemente el señor Ogletree, inclinando la cabeza—. Vivió como un buen cristiano, y ha sido un privilegio para mí poder proporcionarle una digna despedida.

—Johnny era el peor hijo de perra que jamás haya llevado zapatos, Winthrop —replicó mi abuela, aproximándose al ataúd para examinar el rostro inhumano de Johnny Grindley.

Los tres chiquillos nos agolpamos en torno a la caja, estudiando las facciones del cadáver.

—Parece que estuviera echando un sueñecito, ¿eh? —observó el señor Ogletree con orgullo.

—¡Qué va! Parece más muerto que una estaca.

—Al contrario, Tolitha —protestó el señor Ogletree, ofendido—. Creo que da la impresión de ir a levantarse en cualquier momento y ponerse a silbar una marcha de John Philip Sousa. Fíjate en la animación de su rostro, en esa leve insinuación de una sonrisa. No te imaginas lo difícil que es poner una sonrisa en la cara de alguien que ha muerto de cáncer. Es decir, cualquiera puede ponerle una falsa sonrisa a un difunto, pero hacen falta las manos de un artista para que esa sonrisa parezca natural.

—No quiero que nadie me ponga una sonrisa cuando la espiche, Winthrop —le advirtió Tolitha—. Vale más que tomes buena nota. No quiero estar sonriendo como un gato mientras pasan todos por mi lado para echarme un vistazo. Y otra cosa: quiero que utilices mis propios cosméticos, nada de esa basura barata que usas tú.

—Utilizo los mejores cosméticos que pueden comprarse con dinero, Tolitha — protestó él, irguiéndose en toda su estatura.

—Cuando muera, quiero estar encantadora —prosiguió Tolitha, sin hacerle caso.

—Te pondré espléndida —prometió el de la funeraria, inclinando de nuevo la cabeza con aire de modestia.

—¡Pobre Johnny Grindley! —exclamó Tolitha, contemplando el cuerpo con extraña ternura—. ¿Sabéis una cosa, chicos? Me acuerdo perfectamente del día en que nació Johnny, en casa de su mamá, en la calle Huger. Yo tenía ocho años y me acuerdo con tanta claridad como si hubiera ocurrido hace quince minutos. Esto es lo único extraño de la vida. Sigo sintiéndome como una niña de ocho años atrapada dentro de un cuerpo de vieja. Johnny fue feo como una rata almizclera desde el momento de nacer.

—Llevó una vida plena —sentenció el señor Ogletree, con voz tan solemne como el re bemol de un órgano.

—No hizo ni una sola cosa interesante en toda su vida, Winthrop —le contradijo Tolitha—. Bueno, enséñame la sala donde guardas los modelos.

—Tengo uno que parece hecho especialmente para ti, Tolitha —comentó el señor Ogletree, conduciéndonos hacia la sinuosa escalera. Pasamos ante una capilla, a nuestra derecha, y entramos en una habitación repleta de ataúdes de todos los tamaños y formas. El señor Ogletree se encaminó directamente hacia un ataúd de caoba situado en el centro de la sala y, dándole unas afectuosas palmaditas, declaró —: No hace falta que busques más, Tolitha. Éste es el único ataúd que resulta apropiado para una dama con tu prestigio en la comunidad.

—¿Dónde están las cajas de pino? —preguntó Tolitha, recorriendo la habitación con la mirada—. No quiero ser una carga para mi familia.

—Eso no es problema. Disponemos de un generoso plan de financiación aplazada. Puedes ir pagando unos cuantos dólares cada mes, y cuando finalmente entregues tu alma al Señor, tu familia no tendrá que poner ni un centavo.

Tolitha estudió el ataúd con ojo perspicaz durante un largo minuto, deslizando la mano sobre el forro de seda recamada que recubría el interior de la caja. Yo me acerqué a un ataúd que tenía el interior de la tapa adornado con una imagen, bordada en seda, de Jesucristo y los Apóstoles reunidos para la última Cena.

—Estás mirando un modelo magnífico, Tom —comentó el señor Ogletree—. Como verás, Judas no está incluido en el cuadro. Está muy bien que lo entierren a uno en compañía de Jesucristo y sus más fieles seguidores, pero los fabricantes han decidido acertadamente que no hay lugar para Judas en el último hogar de un buen cristiano.

—A mí me parece muy bonito —asentí.

—Demasiado chillón —susurró Savannah.

—A mí me gusta más el de las manos en oración —anunció Luke desde el otro extremo de la habitación.

—Por lo general, es el que suelen preferir los metodistas, Luke —explicó el señor Ogletree, complacido—. Pero, en realidad, no corresponde a ninguna religión en particular. Esas manos unidas en ademán de plegaria podrían ser budistas o musulmanas, ¿comprendes? Pero no creo que Tolitha desee ninguna imagen decorativa en su lugar de reposo definitivo. Siempre ha poseído la elegancia de la sencillez, si me permites que te haga un cumplido, Tolitha.

—Nada de cumplidos, Winthrop —contestó mi abuela ¿Cuánto vale el primer modelo que me has enseñado?

—Normalmente viene a salir por unos mil dólares —respondió, bajando la voz como si estuviera rezando—. Pero, como eres amiga de la familia, te lo dejaré por ochocientos veinticinco dólares con dieciséis centavos, puestos aparte.

—Lo pensaré, Winthrop —dijo ella—. Ahora, ¿te importaría dejarme un rato a solas con mis nietos para discutir el asunto? Me parece una decisión importante, y quiero comentarla con ellos en privado.

—Desde luego, lo entiendo perfectamente. Yo mismo iba a sugerirlo. Estaré abajo en mí despacho, Tolitha. Entra a verme cuando te vayas. Sí aquí no ves nada que te satisfaga, tengo un catálogo especial de venta por correo donde aparecen todos los modelos que se fabrican en los Estados Unidos.

—¿Cuál es la pieza más barata que tienes en exposición?

Winthrop Ogletree emitió un bufido, como si quisiera expulsar algo inmundo de sus fosas nasales, y avanzó rígidamente hacia un rincón poco iluminado, donde posó la mano, con apenas un levísimo indicio de repugnancia, sobre una caja pequeña y poco atractiva del color del cañón de una pistola.

—Este lamentable artículo cuesta doscientos dólares, Tolitha, pero jamás permitiría que una mujer con tu prestigio en la comunidad fuese enterrada en una caja así. Este modelo sólo lo usan los vagabundos sin identificar y los negros de más ínfima categoría. No, no creo que quieras avergonzar a tu familia haciéndote enterrar en una cosa como ésta.

Contempló a mi abuela como sí le hubiera sugerido que la enterrara hasta el cuello en mierda de gallina. Luego, con una profunda reverencia, se retiró para que pudiéramos conferenciar en privado.

Cuando oímos sus pasos en la escalera, mi abuela comentó:

—Me pone enferma pensar que ese vampiro me verá en cueros cuando esté muerta.

—¡Qué asco, Tolitha! —exclamó Savannah—. No se lo consentiremos. Ni siquiera le dejaremos que te mire a hurtadillas.

—Tiene que desnudarte cuando te abre las venas para sacar la sangre. Supongo que entonces me dará lo mismo, pero de todas formas me gustaría que fuera otro y no Winthrop Ogletree. Añadiéndole un poco de vinagre a la voz, se podría usar para aliñar una ensalada César. Si ve que respiras correctamente, se deprime para varios días. A ver, que alguien sostenga esto.



Extrajo de su bolso una pequeña cámara Brownie y se la tendió a Luke.

—¿Para qué es esto, Tolitha? —preguntó Luke. Mi abuela llevó una silla de respaldo recto junto al primer ataúd que Winthrop Ogletree le había ofrecido y, tras descalzarse cuidadosamente, se encaramó sobre ella con agilidad. Nosotros la observamos. No dije nada. Tolitha trepó al ataúd como si estuviera acomodándose en la litera de un coche cama de primera clase. Con una serie de contorsiones para adaptarse a la forma del ataúd, quedó tendida en su interior. Agitó los dedos de los pies y trató de estirarse. Finalmente, cerró los ojos y se quedó perfectamente quieta.

—No me gusta el tacto del acolchado —comentó al cabo de unos instantes, sin abrir todavía los ojos.

—No es un colchón, Tolitha —adujo Savannah—. Se supone que no has de estar como en una cama de hotel.

—¿Cómo diablos sabes tú cómo se supone que has de estar? —replicó Tolitha—. Mira, voy a tener que pagar una buena suma por esta caja, conquese al menos me gustaría que fuese cómoda. Además, voy a pasarme una larga temporada dentro.

—¡Corre, Tolitha! —le rogué, corriendo hacia la ventana—. Sal de la caja antes de que te vea alguien y nos metamos en un lío.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó mi abuela, sin inmutarse.

—¿Cómo que qué aspecto tienes? —respondió Savannah—. Haces una cara estupenda.

—Quiero decir, ¿qué aspecto tengo dentro del ataúd? —insistió, con los ojos aún firmemente cerrados—. ¿Queda bien con este color el vestido que llevo o sería mejor el vestido morado que me puse en Hong Kong para la Pascua?

—No estuvimos en Hong Kong para la Pascua —dijo Luke.

—Es verdad. Bueno, creo que éste queda mucho más digno. No me gusta nada la gente que parece frívola después de muerta. Hazme unas fotografías, Luke.

—No puedo hacer eso, Tolitha. No está bien.

—Mira, no pienso comprar este artefacto hasta que haya visto cómo me queda. No pretenderías que comprara un vestido sin probármelo antes, ¿verdad?

Luke le sacó unas cuantas instantáneas, volviéndose hacia nosotros con un encogimiento de hombros mientras hacía pasar la película y disparaba desde distintos ángulos.

—Está llegando la señora Blankenship, Tolitha —le advertí, casi a gritos—. ¡Por favor, sal de ahí!

—¿A quién le importa lo que piense esa vieja bruja? Fuimos juntas a la escuela. No valía un comino entonces, y sigue sin valer un comino ahora. Escuchadme bien, niños: cuando me llegue la hora, quiero que me arreglen bien el cabello. Quiero que me peine Nellie Rae Baskins, y no, repito, no, Wilma Hotchkiss, que debería tener prohibido tocarle el pelo a la gente. Decidle a Nellie Rae que quiero uno de esos ostentosos peinados franceses que se ven últimamente en las revistas. Algo vistoso. Quiero que las malas lenguas tengan algo con que entretenerse incluso después de

que me haya ido. Y también... ¿Alguno de vosotros está tomando nota? Tendríais que anotarlos. Si no, no os acordaréis de todo... Quiero el pelo teñido de rojo.

¡De rojo! —exclamó Savannah, sorprendida—. Estarás ridícula de pelirroja, Tolitha. No parecerá natural.

Tolitha, que aún no había abierto los ojos y seguía con la cabeza cómodamente apoyada sobre la almohada de satén, explicó sosegadamente:

—De joven, yo era pelirroja. Tenía una espléndida cabellera rojiza, no ese repulsivo color metálico de la chica Tolliver, la que vive en Buinchurch Road. Aún conservo un mechón de cuando tenía quince años, o sea que podrán sacar bien el color. Nellie Rae sabe preparar bien el tinte. Wilma no es capaz de teñir ni un huevo de Pascua sin armar un estropicio. Además, Savannah, ¿por qué habría de querer ser un fiambre de aspecto natural? ¡Por el amor de Dios! Sólo pretendo poner un poco de alegría en mi funeral.

—Lo normal es que no haya alegría en un funeral —arguyó Savannah—. Y ahora, por favor, sal de ahí antes de que vuelva el señor Ogletree.

—¿Qué tal me queda la boca? —prosiguió Tolitha—. Quiero la boca exactamente así, me parece. Saca otra fotografía, Luke. Recordadlo bien: no quiero que ese asno de Ogletree me ponga una sonrisa de oreja a oreja. Tiene fama de hacerlo. Ya sabéis, la felicidad de estar en el cielo con jesucristo y todas esas pamemas. Quiero tener una expresión seria y digna, como una reina regente.

—¿Qué es una reina regente? —quise saber.

—No lo sé exactamente, Tom, pero suena como algo que me gustaría ser. Lo consultaré en el Webster cuando llegue a casa. Savannah, cariño, dame la polvera que tengo en el bolso. Quiero retocarme el maquillaje.

Savannah hurgó en el gigantesco bolso y pescó una pequeña polvera dorada, que entregó a nuestra yacente abuela. Tolitha la abrió con un leve chasquido y examinó su rostro en el espejito redondo. Con rápidos toques, se aplicó polvos en las mejillas y la nariz y luego, satisfecha con el resultado, cerró la polvera, se la devolvió a Savannah y cerró nuevamente los ojos. —Perfecto. El maquillaje es perfecto. Así es exactamente como quiero que sea. Toma otra foto, Luke. Éste es exactamente el color que quiero para los labios. La pintura que utiliza Ogletree es la misma que usan para pintar los coches de bomberos. Sólo tendrían que permitirle a los negratas...

—¡Viene alguien! —chillé, señalando la puerta—. ¡Por favor, Tolitha! ¡Sal del ataúd, por favor!

—Cuando te pones histérico, Tom, no resultas nada vivo.

—No deberías usar la palabra «negrata» Tolitha. No es nada amable.

—Tienes razón, princesa. No lo haré más.

—Viene alguien, Tolitha —dijo Luke, susurrando al oído de Tolitha—. Sal de ahí, por favor.

—Ji, ji, ji... —Mi abuela no pudo contener una risita—. Esto va a ser bueno. Un ensayo general.

Ruby Blankenship irrumpió en la sala con expresión regia e inquisitiva. Sus grises cabellos estaban severamente hacia atrás, y sus ojos parecían pasas en el flácido pastel de su carne. Era una mujer enorme, de generosas proporciones, capaz de sembrar en un instante horror en los corazones de los niños; se detuvo en el umbral y nos contempló con esa característica intensidad que aquellos viejos que detestan a los niños han llegado a convertir en una forma de arte. Parte de su presencia en la ciudad se debía a su insaciable curiosidad acerca de la salud de sus conciudadanos.

—Vosotros sois los chicos Wingo. ¿Qué estáis haciendo aquí? —inquirió, precipitándose al interior de la sala—. Hace años que no ha pasado nada en vuestra familia.

Antes de que pudiéramos responder, vio a Tolitha serenamente tendida, con las manos cruzadas sobre el abdomen.

—Tiene que haber sucedido de repente. No había oído ni una palabra —dijo la señora Blankenship.

Ignorando nuestra presencia, cruzó la habitación a paso vivo y se detuvo junto al ataúd para examinar críticamente a mi abuela.

—Fijaos en la estúpida sonrisa que le ha puesto el pobre Ogletree —comentó, señalando a Luke con un huesudo y descolorido dedo índice—. Todos los habitantes de esta ciudad se van con una sonrisa. Aparte de eso, hay que reconocer que ha hecho un buen trabajo. ¿No os parece que ha quedado muy natural, chicos? Casi parece viva.

—Sí, señora —dijo Luke.

—¿De qué ha muerto?

—No lo sé exactamente, señora —contestó Luke, con voz verdaderamente afligida, mientras se volvía hacia nosotros en busca de ayuda. Savannah y yo meneamos nuestras cabezas, dándole a entender que no pensábamos intervenir en el asunto. Savannah se dirigió a la ventana y se volvió de espaldas, de cara al río. Le temblaban los hombros y parecía al borde de la histeria. Yo estaba demasiado angustiado para apreciar lo jocoso de la situación.

—¿Qué significa que no lo sabes? —insistió la señora Blankenship—. ¿Ha sido el corazón? ¿Ha sido acaso alguna especie de cáncer que cogió en África? o puede que haya sido el hígado. Apuesto a que ha sido el hígado. Era una gran bebedora; estoy segura de que ninguno de vosotros lo sabía. Abandonó a vuestro abuelo en plena Depresión. Recuerdo el día en que se marchó. Yo misma llevé una cazuela de estofado a casa de vuestro abuelo. Imagino que tendrá mucho que explicar a Dios Todopoderoso. ¿Cuándo es el funeral?

—No estoy exactamente seguro, señora —contestó Luke.

—¿No sabes cuándo van a enterrar a tu propia abuela? —se extrañó la señora Blankenship.

—No, señora —repitió Luke.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Por favor, señora. Estoy demasiado nervioso para hablar de eso ahora —se disculpó Luke, cubriéndose de pronto la cara con ambas manos mientras sus hombros se agitaban, convulsivamente por la risa contenida.

—No tienes que estar nervioso, jovencito —dijo amablemente la señora Blankenship—. La muerte es un hecho y a todos ha de llegarnos el día en que venga el negro para llevarnos ante el Juicio. Lo mejor que deben hacer es procurar estar preparados para cuando llegue la llamada. Sé que estás preocupado porque probablemente piensas que en este mismo instante tu abuela está friéndose en el infierno. Pero así lo ha elegido ella. Eligió vivir una vida de pecado, y su muerte puede servir de ejemplo a todos para que tratemos de comportarnos mejor aquí en la tierra. Toma, aquí tengo un *Juicy Fruit* para cada uno. —Sacó de la cartera un paquete de chicles ya abierto y hábilmente extrajo tres tiras envueltas en papel amarillo—. Mascar chicle os ayudará a no llorar, además os refrescará el aliento. Me he dado cuenta de que hoy en día hay muchos niños que tienen mal aliento. ¿Sabéis por qué? Porque sus madres no les enseñan a cepillar lengua. Ya sé que diréis que estoy loca pero es cierto. Mi madre me enseñó a cepillarme la lengua con el mismo afán que los dientes. Extendió el brazo para darle a Luke una tira de chicle, pero mi abuela la detuvo sujetándola por la muñeca. Tolitha, sentada erguida en el ataúd, le quitó el chicle, lo desenvolvió, se lo metió en la boca, y a continuación volvió a tenderse en el interior de la caja masticando lentamente el chicle.

En la habitación se produjo un instante de absoluto silencio hasta que Ruby Blankenship soltó un alarido y se abalanzó hacia la puerta. Oímos sus pisadas en la escalera, bajando los peldaños de tres en tres.

Tolitha salió ágilmente del ataúd, apoyándose en el borde con las dos manos, volvió a calzarse de inmediato y, con una sonrisa demoníaca, susurró:

—Sé dónde está la puerta de atrás. En el piso de abajo, una histérica señora Blankenship trataba de explicarle a Winthrop Ogletree lo que acababa de ocurrir ante sus ojos, pero estaba demasiado excitada para darle un relato coherente. Seguimos a nuestra abuela por un angosto tramo de escalera situado en la parte trasera del edificio y cruzamos el jardincillo posterior de la funeraria, rodeado por muros de ladrillo. Una vez nos hallamos a salvo y fuera de la vista, los cuatro nos arrojamamos sobre un retazo de césped y dimos rienda suelta a las carcajadas contenidas hasta que nos dolió el costado. Savannah y yo rodamos por la hierba abrazados, apretando nuestra boca sobre los hombros del otro para sofocar las risotadas. Solamente Luke reía en silencio, pero sacudiendo todo su cuerpo como un cachorro mojado.

Las carcajadas que atronaban la calle, empero, eran las de Tolitha. Era una risa poderosa y musical, como si estuviera rompiéndose una campana en su garganta. Sus carcajadas eran algo titánico y apasionado que parecía ascender como una oleada desde las puntas de sus pies hasta la boca.

Entre un paroxismo y el siguiente, oímos que nos rogaba:

—No me hagáis reír más, por favor. Por favor, paradme.

Cuando finalmente pude hablar, le pregunté:

—¿Por qué, Tolitha?

Siguió riendo un poco más, incapaz de contenerse, abandonada, y al cabo, entre jadeos, explicó:

—Cuando me río así, siempre acabo meándome encima.

Esta declaración bastó para cortarme la risa, pero a Luke y a Savannah les hizo seguir con renovado brío.

—Por favor, Tolitha, no te mees encima. Eres mi abuela —le rogué, pero el tono digno y suplicante de mi voz le hizo empezar de nuevo. Sus delgadas piernas se agitaban sobre su cabeza como las de un insecto herido. Sus braguitas blancas brillaron al sol.

—Baja las piernas, Tolitha. Se te ve la cosa esa.

—Me estoy meando. Me estoy meando. ¡Ay, Señor! No puedo aguantarme —gritó Tolitha en éxtasis, al tiempo que se incorporaba entre carcajadas.

Corrió a ocultarse tras una mata de azaleas, se quitó las bragas y siguió riendo incontrolablemente, con el rostro cubierto de gruesos lagrimones, mientras orinaba ruidosamente sobre las azaleas.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Nuestra abuela está regando las plantas en mitad de la ciudad!

—Calla, hijo —me ordenó en cuanto recobró el aliento—. Calla y dame las braguitas.

Tras volverse a poner la prenda interior reapareció por entre las azaleas, nuevamente dueña de su extática feminidad y su regio aplomo. Hasta nosotros llegaban los gritos de Ruby Blankenship, que aún seguían resonando en los vastos salones victorianos de la funeraria.

Reagrupándonos, nos tomamos del brazo y emprendimos el regreso por la calle de las Marcas, esperando una vez más a que Mr. Fruit nos indicara que podíamos cruzar.

En primavera, mi madre se ponía gardenias en el pelo. Cuando entraba en nuestra habitación para darnos el beso de buenas noches, siempre había una flor que destellaba como una blanca gema robada del invernadero de un rey. Cuando las gardenias se marchitaban en las ramas y el suelo se cubría de flores caídas, que impregnaban el aire con su dulce descomposición, entonces sabíamos que las rosas no tardarían. Podíamos anotar los días de la primavera y el verano con sólo observar el movedizo jardín que a diario nuestra madre componía en sus cabellos. Aun hoy, ver a una mujer alzar sus brazos y colocarse una flor entre los rizos sigue siendo para mí un acto de indescriptible hermosura y delicadeza. En este gesto sensual he cifrado toda la tristeza y la piedad de las madres perdidas. Y fue a causa de esta inocente y encantadora costumbre como aprendí mi primera lección inolvidable sobre la crueldad de clase en mi propia población sureña. Muchas otras la siguieron, pero ninguna me dolió tanto como la primera; no hay ninguna que recuerde con tan vívida claridad.

Mi madre se ponía sus gardenias cada vez que iba de compras a Colleton. Aunque raramente compraba mucho, adoraba los rituales y las cortesías de la compra en una pequeña ciudad, los comentarios intercambiados sobre un mostrador, la charla jovial de los tenderos, las calles bullentes con el comercio de los vecinos. Los días que iba al centro, se acicalaba cuidadosamente. Caminando por la calle de las Mareas, Lila Wingo era la mujer más guapa de Colleton, y lo sabía. Era un gozo verla andar, ver los ojos atentos y respetuosos de los hombres cuando ella se acercaba. Los ojos de las mujeres reflejaban algo distinto ante la aparición de mi madre. Yo veía a las mujeres de Colleton negar su aprobación cuando mi madre pasaba frente a las tiendas, deteniéndose brevemente para admirar su reflejo en el escaparate y para comprobar la agitación que su encantadora presencia provocaba. Sus andares tenían una impecable coherencia pero lo único que poseían era belleza. Con una gardenia en el cabello y su diestramente aplicado maquillaje, en mayo de 1955 entró en la tienda de ropas de Sarali Poston. Saludó con un «buenos días» a Isabel Newbury y Tina Blanchard, que estaban mirando vestidos para el baile anual de primavera de la Liga de Colleton. La señora Newbury y la señora Blanchard le devolvieron cortésmente el saludo. Mi madre cogió del perchero un vestido que no podía permitirse comprar y pasó al probador, al fondo de la tienda, para ver cómo le quedaba. Luke y yo nos habíamos quedado mirando cañas de pescar en la cacharrería de Fordham. De Pie en el probador, mi madre oyó a Isabel Newbury decirle a su amiga:

—No me sorprendería ver llegar a Lila a una gala con una rosa entre los labios y chasqueando los dedos como una bailarina de flamenco. Su instinto para las acciones de dudoso gusto es infalible. Me gustaría arrancarle esas flores del pelo y enseñarle a

pintarse las uñas.

Savannah estaba en la cabina con mi madre cuando estas palabras fueron pronunciadas. Isabel Newbury no las había visto regresar al probador. Mi madre sonrió y se llevó un dedo a los labios. Luego, se volvió para contemplarse en el espejo. Alzando la mano, se quitó la gardenia del pelo y la arrojó a la papelera. A continuación se estudió las uñas. Las dos se quedaron en aquel probador durante una hora, mientras mi madre fingía estar indecisa acerca de la compra de aquel vestido que no podía permitirse. Y a partir de aquel día no volvimos a ver que adornara su gloriosa cabellera con una sola flor, ni fue nunca invitada a una sola gala. Eché de menos aquellas gardenias y las ocasiones en que me cruzaba con ella por la casa y percibía su aromática estela, la irresistible túnica de perfume que llevaba consigo y que atraía por igual a las abejas y a sus amantes hijos. Aun hoy no puedo oler una gardenia sin pensar en mi madre como lo hacía de pequeño, y no puedo pensar en unas uñas de mujer sin sentir odio hacia Isabel Newbury por haber robado las flores del cabello de mi madre.

Los Wingo se dividen en dos categorías: el Wingo clemente, ejemplificado por mi abuelo, que se pasó la vida absolviendo a sus vecinos de todos los pecados y ofensas contra él, y el Wingo que recuerda un agravio durante un siglo o más. Esta parte de la familia, la más numerosa con mucho, poseía una heroica e implacable memoria racial para todas las afrentas e injusticias. Ofender a estos Wingo una vez significaba atraerse las iras de un Wingo vengador generaciones más tarde. Estos Wingo transmitían los agravios a sus hijos, y las resultantes rencillas y vendettas en embrión penetraban en nuestra corriente sanguínea como una herencia desdichada. Yo, personalmente estaba en las filas de la segunda categoría de Wingos.

Sujetando el timón de su barco camaronero, mi padre nos instruía en este aspecto de nuestro legado. Solía decirnos:

—Si no podéis pegarle a vuestro enemigo en la escuela, esperad veinte años y golpead a su esposa e hijo.

—Siempre tomas el camino fácil, ¿eh, papá? —le respondía Savannah, repitiendo una de las frases hechas que mi madre citaba a menudo.

—La gente tiene que entender cómo son las cosas, Savannah —decía él—. Si no lo entienden, a veces hay que pintarles una rosa en la punta de la nariz.

—Mamá no quiere que nos peleemos —aduje yo.

—¡Ja! —rugió mi padre—. ¡Vuestra madre! Esa chica es la auténtica asesina de la familia. Si no andáis con cuidado, os arrancará el corazón y se lo comerá ante vuestros ojos.

Y lo decía con verdadera admiración.

Había pasado un año desde aquella desdichada expedición de compras cuando volvió a plantearse la cuestión de las gardenias. Procedente de la cafetería de la escuela, me dirigía hacia mi taquilla cuando vi a Todd Newbury y tres de sus amigos señalando mis pies con el dedo. Todd era el hijo único de Isabel y Reese Newbury, y

se movía de esa manera cohibida que únicamente suele verse en los niños. Todo en él parecía consentido y mimado. En aquellos momentos se hallaba en el centro de un agitado pero coherente grupo de muchachos. Dicky Dickson y Farley Bledsoe eran hijos de directores de banco, y ambos trabajaban para Reese Newbury. Marvin Grant era hijo del abogado que representaba al banco. Los conocía de toda la vida.

—Llevas un bonito par de zapatillas, Wingo —comentó Todd cuando pasé por su lado; y los demás se echaron a reír.

Bajé la vista y vi las mismas zapatillas deportivas que me había calzado por la mañana. No eran nuevas ni viejas sencillamente, estaban algo gastadas.

—Me alegra que te gusten, Todd —respondí, y los otros tres se rieron con más fuerza.

—Parece que las hayas robado de los pies de un negrata muerto —prosiguió Todd—. Desde aquí noto el olor. ¿No tienes un par de mocasines?

—Sí —contesté—, pero están en casa.

—¿Los guardas para la labranza de primavera? —inquirió—. Vamos, reconócelo: no has tenido un par de mocasines en tu vida.

—Mi papá dice que tu familia no tiene dinero ni para un hueso de jamón en la sopa —intervino Farley. ¿Cómo van a comprarte un par de Bass Weeuns, Wingo?

—Están en casa, Farley —insistí—. No me los dejan poner para venir a la escuela.

—Eres un embustero, Wingo —dijo Todd—. En mi vida he conocido a ninguna rata de río que no fuera un completo embustero. El otro día oí decir a mamá que los Wingo eran la más baja especie de blancos sobre la capa de tierra, y pienso lo mismo que ella.

Sacó de su cartera un billete de cinco dólares y lo tiró al suelo frente a mí.

—Toma, Wingo. Con esto no podrás comprarte unos mocasines, pero ya los tienes en casa, ¿no es verdad?, compra unas zapatillas nuevas, y así no tendré que seguir oliendo tus apestosos pies.

Me agaché, recogí el billete de cinco dólares y se lo di a Todd Newbury, diciendo:

—No, gracias, Todd. Guárdatelo en la cartera. No necesito tu dinero.

—Sólo quiero ser un buen cristiano, Wingo. Quiero ayudar al pobre.

—Guárdatelo, por favor. Ponlo en tu cartera, Todd. —lo estoy pidiendo cortésmente.

—¿Después de haberlo tocado tú, mierda del río? ahora lleva tus gérmenes —replicó Todd, con una jactancia que suscitó nuevas risotadas en sus compañeros.

—Si no vuelves a guardarlo en tu cartera, Todd, te lo comerás —le amenacé y su reacción me hizo comprender por primera vez en la vida que yo era fuerte.

—No podrás con los cuatro, Wingo —respondió.

—Sí que podré —le contradije.

Golpeé a Todd y le hice callar con tres fuertes puñetazos en la cara, todos los cuales hicieron saltar la sangre. Se derrumbó contra la pared y se quedó sentado en el



suelo, llorando y contemplando a sus amigos con dolorida incredulidad.

—¡Cogedlo! ¡Me ha hecho daño! —gritó; pero los otros tres se apartaron de nosotros.

—Cómete el dinero, Todd —le ordené—, o vuelvo a pegarte.

—No lo conseguirás, mierda del río —chilló, así que volví a pegarle. Estaba tragándose el billete cuando uno de los profesores me sujetó por detrás y me llevó al despacho del director.

Cuando las noticias de la pelea se divulgaron entre los estudiantes, se creó un caos en los corredores. La sangre de Todd manchaba mi camiseta blanca, y me detuve ante el director, el señor Carlton Roe, con la prueba de mi culpabilidad marcada sobre el pecho.

El señor Roe era un hombre rubio y enjuto de carnes, que había sido deportista universitario. Su humor solía ser bueno, pero cuando era provocado se encendía fácilmente. Era uno de esos raros educadores cuya vida se centra por completo en la escuela, y no toleraba riñas a puñetazos en el pasillo. Nunca en mi vida había tenido problemas con el director.

—Muy bien, Tom —comenzó tranquilamente en cuanto el profesor se hubo retirado—. Cuéntame qué ha pasado.

—Todd dijo algo sobre mis zapatillas —respondí, con la vista fija en el suelo.

—Y tú le has pegado.

—No, señor. Dijo que mi familia era la mierda del río. Me dio cinco pavos y me dijo que me comprara unas zapatillas nuevas.

—Y entonces es cuando le has pegado.

—Sí, señor. Entonces le he pegado. Se oyó un ruido en el umbral y Todd Newbury irrumpió en la habitación, sosteniendo un pañuelo ensangrentado sobre sus labios.

—Péguele fuerte, señor Roe. Quiero que le pegue hasta que esté a punto de morir. Acabo de hablar por teléfono con mi papá y está pensando en llamar a la policía.

—¿Qué ha ocurrido, Todd? —preguntó el señor Roe—. Además, no recuerdo haberte llamado a mi despacho.

—Estaba de pie junto a mi taquilla, pensando en mis cosas, cuando este chico me ha atacado por la espalda. Tengo tres testigos que me darán la razón.

—¿Qué le has dicho a Tom? —prosiguió el señor Roe, sin que sus ojos castaños reflejaran ninguna expresión.

—No le he dicho ni una palabra. ¿Por qué habría de decirle nada? Espero que lo pases bien en el reformatorio, Wingo.

Sonó el teléfono del despacho y el señor Roe asió el auricular, sin apartar la vista de Todd. Era el inspector de escuelas, y el señor Roe le dijo:

—Sí, señor Aimar, estoy enterado de la situación. Ahora mismo tengo a los dos chicos delante mío. No. Si el señor Newbury desea verme, puede venir a mi despacho. Es un asunto de la escuela, y no veo la necesidad de ir a su oficina para

hablar de ello. Sí, señor. Yo me ocuparé. Gracias por su llamada.

—Ahora aprenderás a no meterte con un Newbury —me amenazó Todd—. Eso te lo aseguro.

—Cierra la boca, Todd —le ordenó el señor Roe.

—Será mejor que no me hable así, señor Roe. A mi padre no va a gustarle nada.

—Te he dicho que cierres la boca, Todd —repitió—. Ahora, corre a clase, que yo me cuidaré del señor Wingo.

¿Le dará una buena paliza? —quiso saber Todd, llevándose el pañuelo a los labios.

—Sí, voy a darle una buena paliza —asintió el señor Roe, tomando una palmeta de madera de encima de su escritorio. Todd me sonrió y salió de la habitación.

El señor Roe avanzó hacia mí blandiendo la palmeta. Me hizo poner en pie y me ordenó que me inclinara y me golpeo.

—¡Basta, mamá! —le rogó Luke. Para ahora mismo. Tenía toda la razón al pegarle a ese Newbury.

—¿Qué pensará la gente si permito que mis hijos se conviertan en rufianes? Los chicos educados no querrán volver a tener ningún trato contigo.

—Newbury insultó a nuestra familia, mamá —le explicó Luke—. Por eso Tom tuvo que pegarle. Yo también le habría pegado.

—¿Qué dijo de nuestra familia? —preguntó mi madre, deteniendo su brazo en el aire.

—Dijo que eramos de clase baja —respondí, bajando la guardia.

Me golpeó con fuerza en el rostro y alcé nuevamente la guardia.

—Y tú le has demostrado que tenía razón, estúpido. Mi pobre hijo, estúpido e ignorante. No habrías tenido que hacerle ningún caso. Así le habrías demostrado que tú eres mejor que él... Mejor enseñado y mejor educado. Habrías sido el perfecto caballero en que siempre he intentado convertirte.

—¡Oh, mamá! —exclamó Savannah—. Ya vuelves a hablar como las Hijas de la Confederación.

—Soy yo la que tiene que andar por las calles de esta ciudad tratando de mantener bien alta la cabeza. Ahora todo el mundo sabrá que he criado rufianes en vez de jóvenes decentes.

—¿Es que quieres que ese mocoso de Newbury vaya por ahí ofendiendo a tu familia? —preguntó Savannah.

—La gente tiene derecho a sus propias opiniones —respondió mi madre, llorando de rabia—. Creo en la Cuarta Enmienda de la Constitución, o la que sea. Todos los norteamericanos tienen derecho a opinar libremente, y lo que ese Newbury piense no debe afectarnos en lo más mínimo. Debemos mantener nuestra dignidad y demostrarles que somos demasiado orgullosos y educados para que nos importe su opinión.

—A mí me importa su opinión —dije yo.

Volvió a abofetearme y empezó a gritar de nuevo.

—Entonces, vale más que te importe también mi opinión, porque voy a enseñarte a comportarte bien en este mundo o a dejarte medio muerto en el intento. No consentiré que obres como tu padre. No lo consentiré, ¿me entiendes?

—Tú estás obrando como nuestro padre —dijo Savannah, y la casa se sumió en un silencio de tumba cuando mi madre se volvió hacia su única hija.

—Estoy obrando del único modo en que sé obrar, Savannah. Le pego a Tom porque sé en qué corre el riesgo de convertirse. Sé cual es el peligro que os acecha a todos.

Si no os educó bien, si no estoy encima vuestro, si no os empujo hasta vuestros últimos límites, esta apestosa ciudad malvada y este apestoso mundo malvado se los comerán vivos. ¿Creéis que no he aprendido nada de nuestros propios fracasos? Miradme. ¿Qué soy yo? Nada. Nada en absoluto. La mujer de un pescador sin un centavo, que vive en una minúscula casa en una isla remota. ¿Creéis que no sé lo que piensan de mí y cómo me consideran? Pero no les dejaré vencer.

—Te preocupas demasiado, mamá —opinó Savannah—. Te esfuerzas demasiado en ser algo que no eres.

—Os prohíbo resolver vuestros problemas a puñetazos. Eso es por influencia de vuestro padre.

—Tom sólo estaba demostrándoles a todos un hecho muy simple, mamá —dijo Luke—. Es fácil burlarse de un Wingo, pero no es una buena idea. La gente puede pensar que todos los Wingo somos basura, si quiere, pero más les vale no expresar esa opinión en voz alta.

—Respondiendo a puñetazos les das la razón. Los caballeros no se pelean.

—Tom estaba defendiendo tu honor, mamá. Sabe lo mucho que te importa lo que la gente opine de nosotros.

A papá no le preocupa, y a nosotros tampoco.

—A mí sí que me importa —dije yo.

—Si te importa —observó mi madre, volviéndose de nuevo hacia mí—, vendrás conmigo a casa de los Newbury y te disculparás ante Todd, de hombre a hombre. Y le pedirás perdón a su madre. Me ha llamado antes y me ha dicho cosas horribles de nuestra familia.

—Por eso estás tan enfadada —dedujo Savannah. Por eso querías darle una paliza a Tom. Por Isabel Newbury.

—No quiero pedirle perdón, mamá. Nunca conseguirás que me disculpe ante ese idiota. Nunca en la vida.

La casa Newbury se alzaba tras un protector bosquecillo de robles de agua, sobre un pequeño talud que bordeaba la calle de las Mareas. Estaba situada en el centro de un distinguido grupo de once prístinas mansiones que habían albergado a la aristocracia de las plantaciones antes con el sistema que sustentaba a aquella aristocracia. Antes de la guerra, en la casa se reunió un parlamento secreto, de

secesionistas para debatir la creación de la Confederación. La reunión estuvo presidida por el bisabuelo de Isabel Newbury, Robert Letellier, que más tarde pereció bajo el fuego de los cañones en la batalla de Tulafinny. Durante la guerra civil, Colleton cayó en poder de la Unión tras el enfrentamiento naval de Port Royal Sound, y el ejército de la Unión requisó la mansión para convertirla en hospital. Soldados heridos habían grabado sus nombres en las repisas de mármol de las chimeneas y en los suelos de madera mientras esperaban su turno para ser amputados. La casa debía su notabilidad a aquella torturada lista, aún visible, de hombres lesionados, a las inscripciones de los soldados sin anestesiar que esperaban el momento en que sufrirían bajo los escalpelos de los cirujanos en una tierra extraña y hostil. El dolor y la historia se habían fundido tras el umbral de la casa Newbury, y aquella letanía de hombres anónimos que profanaba el mármol y el maderamen impartía también un sentido de distinción e inmortalidad a la casa en que Todd Newbury había pasado su infancia.

Mientras cruzábamos el jardín delantero y nos acercábamos a la puerta principal, mi madre me susurró sus últimas instrucciones en el caballeresco arte de humillarse ante una dama.

—Dile que lo sientes muchísimo y que darías cualquier cosa por que no hubiera sucedido. Dile que anoche ni siquiera pudiste dormir de mal que te sabía lo que habías hecho.

—He dormido como un bebé —dije yo—. Ni siquiera he pensado una sola vez en el asunto.

—Calla y atiende. Te estoy explicando lo que has de decirle, conque calla y escúchame bien. Si le hablas con mucha cortesía, puede que hasta te deje ver los nombres de aquellos pobres chicos yanquis grabados en la chimenea. Eso es lo que ocurre cuando se deja entrar a los yanquis en una casa buena. Lo estropearon todo porque no estaban bien educados. Nunca oirás decir que un sureño haga lo mismo.

Subimos los peldaños del porche y mi madre golpeó la puerta de roble con el reluciente llamador de latón. Sonó como un ánora que chocara contra un casco sumergido. De pie, bajo el sol, yo carraspeaba, jugueteaba con el cinturón y trasladaba el peso de mi cuerpo de uno a otro pie. Estaba seguro de haber pasado por situaciones más desagradables que aquella, pero no habría sabido decir cuáles. Oí las leves pisadas que se acercaban a la puerta. Isabel Newbury apareció ante nosotros, en el umbral.

Isabel Newbury era una persona cuya sola presencia helaba el corazón. Sus labios eran delgados y descoloridos, y su boca reflejaba una profusa narrativa de no pronunciada desaprobación. El único de sus rasgos perfectamente proporcionado era su nariz, fina y bien dibujada, y en aquel momento, de pie en la penumbra de su casa, la crispó con un atractivo gesto como si mi olor le resultara repulsivo. Sus cabellos eran rubios, pero con ayuda.

Sin embargo, lo que más atrajo mi pasmada atención fue el frío destello

aguamarina de sus ojos, rodeados por un encaje de arrugas que se extendían hacia las sienes; eran como los rayos en un dibujo del sol hecho por un niño, surcos, espaciados por igual, que se movían simultáneamente cada vez que fruncía el ceño. Todas las heridas y afrentas de su vida habían, inscrito su firma en aquel rostro, dejando una prueba de su paso como aquellos soldados yanquis temerosos de entregarse a los cirujanos. La mujer era un año mas joven que mi madre, y por primera vez me di cuenta de que los seres humanos envejecen de distintas maneras. La generosa belleza de mi madre se intensificaba año tras año, y hasta entonces yo había creído que lo mismo les ocurría a todas las mujeres. De pie ante la puerta, mudo y avergonzado, comprendí instintivamente y para siempre por qué Isabel Newbury detestaba a mi madre, y supe que no tenía nada que ver con el hecho de que fuera una Wingo. El tiempo la había marcado anticipada y cruelmente con todas las barras siniestradas y los quincefolios de su heráldica imborrable. La rodeaba un aura enfermiza, con esa especie de decadencia que comienza en el corazón y se abre paso hasta los ojos.

—¿Sí? —inquirió finalmente.

—Mi hijo quería decirte algo, Isabel —comenzó mi madre. Su voz parecía esperanzada y arrepentida, como si hubiera sido ella la que le había hecho daño a Todd Newbury.

—Sí, señora Newbury —asentí—. Le aseguro que lamento muchísimo lo que ocurrió ayer y quiero presentarles mis disculpas, a Todd, a usted y al señor Newbury. La culpa fue toda mía, y me hago plenamente responsable de lo sucedido.

—Está preocupadísimo, Isabel —intervino mi madre—. Eso te lo garantizo. Se ha pasado toda la noche despierto. De hecho, ha venido a despertarme en mitad de la noche para decirme que hoy pensaba venir a veros para decirnos lo mucho que lo siente.

—Muy conmovedor —comentó la mujer.

—¿Está Todd en casa, señora Newbury? Me gustaría hablar con él, si es posible —dije yo.

—No sé si él querrá hablar contigo. Esperad aquí, por favor. Voy a preguntárselo.

Cerró la puerta ante nosotros y mi madre y yo quedamos en el porche, contemplándonos con nerviosismo.

—El panorama es precioso —dijo finalmente mi madre, aproximándose a la balaustrada para contemplar la bahía por entre las frondas de palmitos—. Siempre he soñado con vivir en una de estas casas. Cuando tu padre me trajo a Colleton por primera vez, me prometió que cuando le fueran bien las cosas me compraría una de estas mansiones. —Tras una pausa, añadió—: No hay bastantes camarones en esta parte del mundo para comprar una de estas casas.

—Ha sido muy amable al invitarnos a entrar, mamá —Observé, muy enojado.

—Ah, eso. No es nada. Seguramente le hemos dado una sorpresa que le ha hecho olvidar momentáneamente sus modales.

—Lo ha hecho a propósito.

—¿No te gustaría sentarte aquí fuera al atardecer, en uno de estos sillones de mimbre, para beber té helado y saludar a todos los que van pasando?

—Quiero irme a casa —respondí.

—Primero has de disculparte con Todd. Todavía sigo muy avergonzada por lo que hiciste.

La puerta se abrió de nuevo y la señora Newbury, severa y espectral en la penumbra, salió a la luz del sol. Mi madre y yo nos volvimos hacia ella.

—Mi hijo no tiene nada que decirte, muchacho —anunció, y su forma de decir «muchacho» no tuvo nada de tierna—. Quiere que salgas de su casa.

—Si Tom pudiera ver a tu hijo, Isabel, aunque sólo fuera un segundo... Estoy segura de que podrían separarse como amigos.

—¡Amigos! Nunca permitiría que Todd trabara amistad con un chico como éste.

Hace mucho tiempo que nos conocemos. ¡Vaya! Precisamente el otro día estaba contándole a Henry algo que dijiste en la reunión de la asociación de padres y maestros, y no sabes cómo nos reímos.

—Nos conocemos, Lila. Ésta es una población pequeña. Conozco a todo el mundo, pero no todos son amigos míos. Y quiero que sepas que, si este matón vuelve a tocar a mi Todd otra vez pienso llamar a la policía. Buenos días. Ya conocéis la salida ¿verdad?

—Sí —oí responder a mi madre. Su voz se había endurecido—. Conocemos bien la salida, puesto que no hemos llegado a entrar. Adiós, Isabel, y gracias por el tiempo que nos has dedicado.

Me retiré del porche, siguiendo a mamá, y la oí mascullar para sí ininteligibles maldiciones. Echó a andar por la acera a paso vivo, pasando entre dos islas de hierba impecablemente segada. Su paso natural era más bien sosegado, y cualquier incremento de velocidad daba una medida exacta de su disgusto. Cuando giró a la izquierda, en dirección a la ciudad, tropezó con Reese Newbury y casi lo derriba por tierra.

—Caramba, Lila —dijo él—. No he oído la alarma de incendio.

—Ah. hola, Reese —contestó ella, algo aturdida.

—¿Qué te trae por estos barrios? —preguntó. Su expresión se ensombreció un tanto al verme aparecer en pos de mi madre.

—Nuestros chicos tuvieron una pelea ayer, Reese. Seguramente ya te habrás enterado.

—Sí, ciertamente —asintió el señor Newbury, contemplándome fríamente.

—Bien, pues he traído a Tom para que se disculpara. Él quería hacerlo, y desde luego tu hijo se merece una disculpa.

—Eso es muy noble por tu parte, Lila —contestó, suavizando su mirada al posarla de nuevo en mi madre. Pero yo ya había distinguido la furia que se reflejaba en su acerado centelleo. Los muchachos suelen meterse a veces en esta clase de líos. Eso es

lo que les hace valer algo. Hace que sean muchachos.

—No admito este comportamiento, Reese, y no estoy dispuesta a consentirlo en mis propios hijos. Anoche, cuando me llamó el director, le di un buen rapapolvo a Tom.

El hombre me estudió de nuevo con una detenida y calculadora mirada, como si estuviera viéndome por primera vez en su vida, como si de pronto me hubiera vuelto lo bastante digno como para merecer su atención.

—Hay que ser muy hombre para pedir perdón, hijo —sentenció—. Yo mismo no sé hacerlo muy bien.

—Y tampoco su hijo —repliqué.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No ha querido bajar para aceptar mis disculpas —le expliqué—. Nos ha mandado salir de su casa.

—Venid conmigo, por favor —nos rogó, y dando media vuelta, echó a andar hacia los peldaños del porche, que subió de dos en dos.

Desapareció en el interior de la casa sin esperarnos. Tras unos instantes de vacilación en la entrada, dimos unos cuantos pasos indecisos por el vestíbulo, donde esperamos a que nos llamara. El recibidor estaba cubierto por una alfombra oriental que se extendía hasta la escalinata de caoba, al fondo del edificio.

Mi madre la señaló y observó:

—Oriental. Viene del Oriente. Apuntando a una araña que pendía sobre nuestras cabezas susurró:

—Inglesa. Hecha en Inglaterra. Lo recuerdo de la Gira de Primavera.

—¿Cómo es que nuestra casa no figura en la Gira de Primavera? —pregunté, también en susurros, tratando de hacer un chiste.

—Porque vivimos en un estercolero —dijo mi madre en el mismo tono.

—¿Por qué hablamos en voz baja?

—Porque, cuando se es un invitado en casa de Reese lo correcto es mostrarse reservado.

—¿Es eso lo que somos? ¿Invitados en su casa?

—Por supuesto. Ha sido muy amable al invitarnos. Oímos un portazo en la parte de atrás y vimos al señor Newbury entrar en el vestíbulo desde el fondo de la casa.

—Isabel ha tenido que salir a hacer algunas compras, Lila. Me ha pedido que te pongas cómoda. ¿Por qué no te tomas una copita de algo en el bar mientras yo subo con el joven Tom a ver a mí hijo?

Le ofreció el brazo a mi madre y la condujo, a través del salón, hasta una suntuosa habitación, con las paredes cubiertas con paneles de madera, donde resplandecían unos sillones de cuero y olía como una curtiduría.

—¿Qué va a ser, Lila? —preguntó, con una sonrisa dirigida a mi madre—. ¿Qué le apetece a la señora?

—Creo que un poquito de vino me vendrá bien, Reese. ¡Qué habitación más

hermosa!

Llenó una copa de vino y acompañó a mi madre hasta un sillón situado junto al hogar.

—Ponte cómoda. Volveremos en seguida —dijo el señor Newbury, con voz lo bastante pastosa como para ser exprimida de un tubo—. Los hombres vamos a celebrar una pequeña conferencia en el piso de arriba, en el estudio.

—No sabría decirte cuánto te lo agradezco, Reese —respondió mi madre—. Es muy amable por tu parte que te tomes tanto interés.

—Me gustan los muchachos con arrojo. También yo tenía cierta fama de arrojado, ¿no es cierto? —observó, riéndose—. Ven conmigo, Tom.

Le seguí escaleras arriba, alcanzando a distinguir sus blancas y carnosas pantorrillas por encima de los calcetines. Era un hombre corpulento, pero fofo. Llegamos a su estudio, una de cuyas paredes estaba cubierta de volúmenes encuadernados en piel. Me hizo sentar en una silla situada ante su escritorio y salió en busca de su hijo. Examiné los títulos de los libros: Las obras de Thackeray, Las obras de Dickens, Las obras de Charles Lamb y Shakespeare. No alcé la vista cuando Todd entró en la habitación en compañía de su padre. El señor Newbury hizo sentar a Todd en la silla contigua a la mía, y acto seguido rodeó el escritorio para tomar asiento en su enorme butacón. Luego extrajo un cigarro del humidificador, circuncidó el extremo con los dientes y lo encendió con un mechero de oro que sacó del bolsillo de la chaqueta.

—Ahora, creo que tenías algo que decirle a mi hijo —comenzó.

Cuando me volví hacia Todd, me sorprendió la hinchazón de su cara. Tenía los labios inflados y se veía un feo moretón bajo su ojo derecho. Entonces comprendí por qué se había negado a verme.

—Todd —dije yo—, he venido a presentarte mis excusas. Siento muchísimo lo que hice y te aseguro que no volverá a ocurrir. Espero que podamos estrecharnos la mano y quedar como amigos.

—No estrecharía tu mano por nada del mundo explicó Todd, mirando a su padre.

—¿Por qué pegaste a mi hijo, Wingo? —quiso saber el señor Newbury, exhalando una columna de humo azulado hacia mi rostro.

Todd se apresuró a contestar.

—Su hermano y él se lanzaron sobre mí en el patio de la escuela, papá. Yo iba caminando, pensando en mis cosas, cuando su hermano me cogió por detrás y él empezó a pegarme en la cara.

—¿Por qué no ha venido también tu hermano a disculparse? —preguntó el señor Newbury—. Nunca me ha gustado ver dos contra uno.

—¿Por qué dices mentiras, Todd? —exclamé con incredulidad—. Sabes que Luke ni siquiera andaba cerca cuando ocurrió. Además, Luke no me necesita a mí para nada. Podría comerte vivo, muchacho, y tú lo sabes.

—¿Me has dicho la verdad, hijo? —le preguntó a Todd el señor Newbury.



—Si prefieres creer a esta basura antes que a mí, papá, tú mismo. Haz lo que quieras. Por lo mucho que me importa...

—Ayer llamó basura a mi familia, señor Newbury —le expliqué, mirándole directamente a la cara.

—¿Dijiste algo acerca de su familia? Todd miró a uno y otro lado, nerviosamente, y contestó:

—Le dije la verdad de la situación, sencillamente. Quería bromear un poco con él.

—¿Llamaste basura a su familia?

—Algo por el estilo. No lo recuerdo exactamente. Volviendo su inquisitiva mirada hacia mí, el señor Newbury concluyó:

—Y tú te ofendiste y, con ayuda de tu hermano, le diste una paliza a mi hijo.

—Mi hermano no tuvo nada que ver con esto.

—Wingo, eres un asqueroso embustero —gritó Todd, levantándose de la silla.

—Señor Newbury —exclamé, apelando a su padre—, no necesito la ayuda de mi hermano para luchar con Todd. Es flojo como el agua.

Con la vista clavada en mí, le preguntó a Todd:

—¿Por qué llamaste basura a su familia, hijo?

—Porque son basura. Los Wingo han sido siempre los negratos blancos de esta ciudad —respondió Todd, volviéndose hacia mí.

—Por eso pegan a su hijo, señor Newbury —dije, enfurecido—. No sabe tener la boca cerrada.

—Aquí no tiene por qué cerrar la boca, Tom —dijo el señor Newbury—. Está en su casa.

—Y no me gusta que la ensucies —añadió Todd.

—No grites tanto, hijo. La señora Wingo está en el piso de abajo —le advirtió el señor Newbury. A continuación, se dirigió a mí—. ¿Qué opinas de tu familia? Tom. Me interesa saberlo. Me interesa mucho, en realidad.

—Estoy orgulloso de mi familia.

—Pero ¿por qué? —insistió—. ¿De qué estás orgulloso? Tu madre es una gran mujer. De aristas un poco bastas, tal vez, pero se esfuerza de veras. Aparte de ella ¿qué hay? Tu abuelo está mal de la cabeza. Tu abuela podría considerarse una puta, salvo por el hecho de que ha logrado llevar al altar a un par de bobos. Tu padre ha fracasado en todo lo que ha emprendido. Incluso conocí a tu bisabuelo, y no era más que un inofensivo borracho que solía pegar a su mujer hasta dejarla medio muerta. No entiendo por qué te enfadas tanto con Todd cuando sólo está diciendo la verdad. ¿Por qué no te enfrentas con la realidad y reconoces que tu familia es una mierda? Hay que ser un verdadero hombre para enfrentarse con la verdad; un verdadero hombre para admitir los hechos.

Me quedé mirándolo en silencio, completamente desconcertado, y él me sonrió desde detrás de su cigarro.

—Aunque no puedas reconocerlo, Tom, quiero que sepas una cosa. Si vuelves a tocar a mi hijo, quiero decir, si llegas a ponerle un dedo encima, irás a parar al río a servir de pasto a los cangrejos. Mi mujer quería denunciarte al sheriff, pero yo prefiero actuar de otra forma. Me gusta actuar a mi manera. En el momento que yo elija. Caeré sobre ti cuando menos lo esperes y nunca sabrás que he sido yo. Pero sí que lo sabrás, porque eres lo bastante inteligente como para imaginártelo. Quiero que aprendas algo de esta experiencia: un Wingo no puede osar tocar a un Newbury; es la ley de esta ciudad. Antes no lo sabías, pero ahora ya lo sabes. ¿Lo has entendido, Tom?

Sí, señor —contesté.

Eso es bueno, hijo. Ahora, Todd, quiero que le des la mano a Tom.

—No quiero darle la mano.

—En pie, muchacho. Te he dicho que le estreches la mano —le ordenó su padre—. Pero, antes de darle la mano, quiero que le des un bofetón. Y bien fuerte.

Todd contempló a su padre con absoluta incredulidad y comprendí que estaba a punto de echarse a llorar. En aquella habitación había dos muchachos a punto de llorar.

—No puedo hacerlo, papá. Se vengará en la escuela.

—No volverá a tocarte nunca. Te lo prometo.

—No puedo, papá. Por favor. No puedo abofetear a nadie.

—Dale un bofetón, Todd. Mírate en el espejo y fíjate en lo que te ha hecho. Enfádate con él. Piensa en cómo te ha humillado. Y entonces, abofetea su feo rostro. Un Newbury no consiente que alguien como él se salga con la suya. Lo tienes aquí sentado, hijo, y quiere que le pegues. Ha venido hoy aquí para que pudieras dejar zanjada la cuestión, y está dispuesto a arrastrarse ante ti porque sabe que no le conviene estar a mal con los Newbury.

—No lo haré. No voy a hacerlo, papá. ¿Por qué siempre has de empeorarlo todo? ¿Por qué?

El señor Newbury se levantó del sillón y dejó su cigarro en el cenicero. Rodeó el escritorio, pasando por delante de su hijo, y se detuvo frente a mí. Agaché la cabeza y concentré toda mi atención en el dibujo de la alfombra.

—Mírame, Tom —me ordenó.

Alcé la vista y me dio una bofetada en plena cara. Comencé a llorar y oí que Todd también lloraba. El señor Newbury se inclinó sobre mí y me susurró:

—No le digas a nadie lo que acabo de hacer, Tom. Lo he hecho por tu bien. Si se lo dices a alguien, expulsaré a tu familia de esta ciudad. Y, por favor, hijo, no vuelvas a ser tan estúpido como para meterte otra vez con un Newbury. Ahora quiero que os deis la mano y os hagáis amigos. En serio, quiero que seáis amigos. Quédate aquí arriba hasta que te hayas tranquilizado, Tom. Luego, lávate la cara y baja con nosotros. Estaré hablando con tu linda madre.

Todd y yo nos estrechamos la mano, todavía llorando, y su padre abandonó la

habitación.

Sabía que no tenía más remedio que bajar y enfrentarme a las preguntas de mi madre sobre aquella reunión. Mi humillación era pura y completa, pero no quería que ella la compartiera. De un modo primitivo, creía haber descubierto el secreto de cómo los poderosos alcanzan y mantienen su posición en el mundo. Me dirigí a un cuarto de baño, cerca del estudio, me enjuagué las lágrimas y me lavé la cara. Dejé correr el agua durante un buen rato y oriné cuidadosamente por todo el suelo del cuarto de baño pensando: «Tom Wingo, empedernidamente vulgar hasta el amargo final». Cuando salí, Todd continuaba llorando con la cabeza apoyada sobre el respaldo de cuero y las lágrimas rodando por sus rollizas mejillas.

—Por favor, Tom, no se lo digas a nadie. Te lo suplico, por favor, no lo digas en la escuela. Ya me odian bastante sin necesidad de que lo digas.

—Si no te portaras como un idiota, nadie te odiaría, Todd —le dije.

—Sí, me odiarían igual. Por culpa de mi padre. Todo el mundo lo detesta. ¿No has visto que no he podido impedir lo que ha hecho?

—Ya lo sé. No ha sido culpa tuya.

—Siempre está haciendo cosas así. Con eso es con lo que he de vivir.

—¿Por qué le has dicho que Luke me ayudó?

—Porque tenía que decírselo. Puede comprender que me peguen entre dos chicos, pero si hubiera sabido que sólo fuiste tú me haría luchar contigo otra vez. Da miedo cuando se enfada.

—Igual que mi padre.

—Pero tu padre no te odia. Mi padre me ha odiado desde el día en que nació.

—¿Por qué?

Porque no soy guapo. Porque no soy fuerte. Porque no me parezco en nada a él.

—A mí me alegraría no parecerme en nada a él.

—Es el hombre más destacado de Carolina del Sur —alegó Todd, a la defensiva.

—Dice que cuando uno es temido puede controlar a la gente.

—Y entonces puede sentarse a solas en esta gran casa y abofetear a los niños que se meten con su hijo. Me alegra mucho que seas rico y poderoso y desciendas de una antigua familia, Todd, pero por nada del mundo me gustaría estar en tu lugar.

—No habría debido decir aquello sobre tu familia, Tom.

—No —asentí—, no habrías debido decirlo.

—De hecho, no es tan miserable. En Colleton hay docenas de familias que son más miserables que la tuya. Centenares, incluso.

—Muchas gracias, mierdoso —repliqué, de nuevo encolerizado.

—No lo he dicho con esta intención. Me he expresado mal. Quería decir que puedes venir siempre que quieras. Tengo una colección de sellos y una mesa de billar. Podríamos hacer cosas juntos al salir de la escuela.

—No quiero volver nunca más a esta casa.

—Podría enseñarte los nombres que grabaron los pobrecitos yanquis.

—Como si quieres enseñarme el lugar donde cagó el general Sherman; no pienso volver a esta casa.

—Quizá podría ir yo a tu casa, algún día.

—Ni siquiera sabes dónde vivo.

—Sí que lo sé. Vives en la isla de Melrose —contestó. Poniéndose en pie, se acercó a un enorme mapa mural del condado, una carta de navegación que indicaba con minúsculos números la profundidad de todos los ríos y canales.

Contemplé el mapa y estudié el contorno de nuestra isla, un irregular diamante verde rodeado por un límite azul de agua.

—¿Por qué hay una aguja roja en nuestra isla? —quise saber. Todo el mapa estaba acribillado con una irregular falange de agujas.

—Ah, eso. Papá pone agujas rojas en todos los terrenos que piensa comprar. Los que ya son suyos llevan agujas verdes.

—Es dueño de casi todo el maldito condado —observé—. ¿Por qué quiere nuestra tierra?

—Su mayor afición es comprar tierras. Dice que la tierra es dinero.

—Pues nunca será dueño de la nuestra. Eso te lo prometo.

—Si verdaderamente la desea, la conseguirá —dijo Todd con sencillez—. Siempre se sale con la suya.

—Ven si quieres, Todd. No puedo impedírtelo.

—Pero tú no quieres que vaya, ¿verdad?

—No, me parece que no. Tengo que ir abajo, con mi madre.

—¿Sabes lo que no entiendo, Tom? No entiendo por qué los chicos de la escuela te aprecian mucho más que a mí.

—Eso es fácil, Todd. No es ningún secreto. Soy mucho más simpático que tú. Saludo a todo el mundo sin preocuparme por lo que hace su padre para ganarse la vida. Tú nunca has sido capaz de hacer lo mismo. No saludas a todo el mundo.

—No me resulta fácil saludar a cualquiera.

—Perfecto. Pero luego no te molestes si la gente te considera un gilipollas.

—Te acompañaré abajo.

Mi madre seguía sentada junto al hogar, riéndole todas las gracias al señor Newbury. Estaba sentada con las piernas atractivamente cruzadas, tomando sorbos de vino. —El señor— Newbury, jovial y encantador, subrayaba sus historias con ademanes solemnes y precisos. Mientras esperaba a que concluyera uno de sus relatos, tuve tiempo de observar bien sus facciones. Perteneecía a la misma raza de ojos azules que su esposa, pero los suyos estaban moteados de verde y cambiaban de color, o parecían hacerlo, cuando captaban la luz que penetraba en el cuarto desde el patio de atrás. Todos sus gestos eran letárgicos, como si su sistema nervioso central estuviera aislado por una capa de seda. Su voz era grave y glutinosa. Al hablar, sus palabras brotaban en rotundos y pontificales ensayos de autoelogio. Mi madre, por descontado, estaba fascinada.

—Y entonces le dije al gobernador, Lila, le dije: «Fritz, ya sabes que es inútil discutir aquí el asunto con unas copas; Pásate por Colleton la semana que viene y arreglaremos las cosas en mi despacho». Y allí se presentó el lunes por la mañana, con el sombrero en la mano. No creas, Lila: siento todo el respeto del mundo por nuestro gobernador. De hecho, incluso formé parte de su comité electoral durante la última campaña, pero mi filosofía es que los negocios son los negocios.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Reese —exclamó mi madre con entusiasmo—. Siempre he creído que no hay que mezclar la amistad con los negocios.

El señor Newbury alzó la mirada y, viéndonos a Todd y a mí en el umbral, nos hizo un gesto para que entráramos en la habitación. Antes de que pudiera decir nada, mi madre emitió una boqueada al ver por primera vez la cara de Todd.

—¡Oh, Todd! ¡Qué cara tienes, cielo! —exclamó, levantándose del sillón y adelantándose para acariciarle solícitamente el rostro—. ¡Oh, no sabes cuánto lamento todo este asunto! Supongo que Tom te habrá contado que ayer le pegué una buena tunda. ¡Oh, Todd, pobrecito mío!

—No tiene importancia, señora Wingo. Me lo merecía —contestó Todd, para mi infinito alivio.

—¿Habéis tenido una buena charla, muchachos? —preguntó severamente el señor Newbury.

—Sí, señor —dije yo.

—Si alguna vez tienes un problema, Lila —añadió el señor Newbury, poniéndose en pie para acompañarnos hasta la puerta—, no dudes en acudir a mí. Después de todo, para eso están los vecinos.

Ya en la puerta principal, el señor Newbury me rodeó los hombros con su brazo y me acompañó hasta el pie de la escalera. Su mano apretaba con fuerza mi hombro izquierdo: un aviso.

—Hay que ser muy hombre para pedir perdón, Tom. Te agradezco que hayas venido a aclarar las cosas. Yo no diré nada a nadie, y sé que tú tampoco lo harás. Me complace mucho haber tenido ocasión de conocerte un poquito mejor. Siempre me he interesado mucho por los jóvenes. Son el futuro. Sí, señor; el futuro de toda esta ciudad.

—Adiós, Tom. Me alegro de haber hablado contigo —añadió Todd, de pie tras su padre.

—Adiós, Todd.

—Hasta otra, Reese. Adiós, Todd, cariño —se despidió mi madre.

Habíamos recorrido la mitad de la manzana cuando mi madre, embriagada por el vino y por la media hora que había pasado como invitada en la mansión Newbury, comentó:

—Siempre se lo he dicho a todo el que ha querido escucharme: los hombres de más éxito son también los más agradables.

—¿Por qué me ha contado esta historia, Tom? —preguntó la doctora Lowenstein. Llevaba casi una hora hablando en su oficina—. No veo que tenga ninguna relación con Savannah. Arroja mucha luz sobre el hecho de que llegara usted a ser el hombre que es ahora, pero ¿cómo encaja en la historia de ella? Ni siquiera estuvo presente cuando el señor Newbury le dio la bofetada.

—Savannah fue la única persona a la que conté lo sucedido. No se lo dije a papá ni a Luke, porque temía que cogieran a Todd en mitad de la calle y le rompieran las piernas, pero se lo conté todo a ella y nos quedamos despiertos hasta muy tarde tratando de deducir qué significaba.

—Pero no la afectó a ella directamente. Quiero decir, que estoy segura de que compartió sus sentimientos, Tom; sin duda sentiría idéntico dolor y humillación, pero no creo que realmente produjera un impacto directo en su vida.

—En cierto modo, esta historia es esencial en la historia de ella, doctora. Todavía no se da usted cuenta, pero en seguida la comprenderá. Estoy hablando tan deprisa como puedo. Intento suprimir las partes que únicamente me afectan a mí, pero ahora todo me parece relacionado. Las piezas comienzan a encajar en mi mente como nunca lo habían hecho.

—Pero a mí aún no me lo ha explicado. Tiene que decirme cuáles son las implicaciones tan pronto como las advierte. Entiendo que la paranoia de su madre con respecto a su posición social haya ejercido un profundo efecto en Savannah, eso ha quedado muy claro; pero ¿estuvo alguna vez Savannah relacionada con los Newbury, del modo que fuera?

—¿Le ha escrito alguna vez mi madre?

—Sí; poco tiempo después de que habláramos por teléfono.

¿Conserva esa carta? Se dirigió a un archivador, junto a su escritorio, y regresó con una carta. En el sobre reconocí la escritura de mi madre.

—Aquí está. Una carta muy hermosa, por cierto.

—Mi madre escribe unas cartas maravillosas. Es buena escritora. El talento de Savannah no ha surgido de la nada. ¿Se ha fijado en la dirección del remitente?

—Es de Charleston —respondió, tras examinar el sobre.

—¿Qué otra cosa advierte?

—¡No! —exclamó, atónita.

—Sí —afirmé yo.

En Central Park vi a un oso polar sufriendo con muda dignidad un sofocante día de finales de junio. A mi espalda, el enorme concurso de edificios de Central Park South proyectaba sombras de más de un kilómetro de longitud que eclipsaban casi toda la luz solar del zoológico, pero que apenas contribuían a aliviar la incomodidad del oso. Una paloma que flotaba en las corrientes de aire entre el hotel Sherry-Netherland y el zoo no vio al halcón que, encrespaba sus plumas y se lanzaba en un picado de setenta metros con los espolones extendidos. El halcón rompió la espalda de la paloma, y cayeron plumas pequeñas sobre la jaula del babuino. La paloma probablemente había creído, como yo, que el hecho de vivir en la ciudad de Nueva York ofrecía al menos seguridad contra los halcones, pero Nueva York jamás renuncia a sus derechos de sorpresa. Cuando cruzaba el zoológico, siempre esperaba ver animales extraordinarios contemplándome desde el interior de sus sórdidas celdas; animales dignos de la ciudad, como por ejemplo unicornios afilando sus espirales cuernos contra los barrotes oxidados o dragones que inflamaban con su aliento las hojas del *Daily Express* que el viento hacía revolotear por el paseo. En lugar de ellos, algunos adormilados ciervos escarbaban tímidamente el suelo apisonado y los ocelotes buscaban pulgas de Manhattan en sus relucientes lomos.

Desde el zoo, atravesé perpendicularmente el parque hacia el lugar de mi cita con el hijo de Susan Lowenstein. Iba escrutando el cielo con la esperanza de divisar otro halcón, pero solamente pude ver las hileras de enormes edificios que por todas partes se apiñaban en los límites del parque.

Bernard Woodruff me esperaba de pie bajo un roble joven, no lejos del apartamento de sus padres en Central Park West. Al acercarme, advertí que había heredado el expresivo y hermoso rostro de su madre, excepción hecha de su nariz, más augusta y prominente. Era más alto de lo que había imaginado, y sus manos, largas y elegantes. En reposo, los dedos casi le llegaban a las rodillas. Poseía una magnífica mata de pelo negro que enmarcaba su enjuto rostro con una abundante corona de rizos. Pero su actitud me preocupó desde el primer momento. Su rostro era una ensenada de insolencia reprimida. Percibí el sobresaliente labio inferior, la indisciplinada jactancia y el vulnerable desdén con que los adolescentes, en su impotencia, pretenden a veces enmascarar su temor a quedar al descubierto. Bernard quería presentarse ante mí como un tipo duro, un habitante de Manhattan curtido en las zonas de guerra, un chico de la calle. Antes de cruzar palabra, este viejo entrenador, veterano de una generación de adolescentes, ya había visto la nocturna luz que se movía tras el horizonte de sus ojos oscuros y oído el lejano trueno de su pequeña pero decisiva guerra con el mundo.

—Hola, Bernard —grité para advertirle de mi llegada—. Soy Tom Wingo.

No dijo nada pero alzó la vista y me estudió con ojos aburridos y suspicaces.

—Sí, ya suponía que sería usted —contestó cuando llegué junto a él.

—¿Cómo estás? —le saludé, extendiendo la mano.

—Estoy bien —respondió, mirando más allá del tránsito de la avenida. Ignoró la mano que le ofrecía.

—Parece un buen día para pasarse una pelota de futbol, ¿no crees?

—Está bien —admitió con una voz hostil que me hizo comprender que Bernard no pensaba facilitar nuestro primer encuentro.

—¿Hace mucho que me esperas?

—Bastante —respondió.

—Me he perdido —reconocí—. Siempre me pierdo en Central Park. Siempre es mayor de lo que yo recordaba.

—Nadie le ha pedido que venga —replicó, mirándome fugazmente.

—Ahí te equivocas, tigre —objeté, bajando el tono de voz. Empezaba a cansarme de su desgarrada insolencia—. Me lo ha pedido tu madre.

—Siempre está obligándome a hacer cosas que no quiero hacer.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —contestó—. En serio.

—No quieres que te entrene.

—¡Vaya! Comprende rápidamente las cosas, ¿eh? —dijo Bernard—. Además, ya tengo un entrenador en la escuela.

—¿Jugaste algún partido en la última temporada? —quise saber, y advertí que percibía mi tonillo de duda.

—Sólo era un estudiante de primer curso.

—¿Jugaste algún partido en la última temporada? —repetí.

—No. De todos modos, ¿dónde entrena usted?

—En Carolina del Sur.

—¡Vaya! —Se rió—. Un auténtico primera división.

—No; no en primera división, Bernard —reliqué, con voz que casi se helaba en mi garganta—. Pero puedo asegurarte una cosa: he entrenado a equipos que podrían enfrentarse a cualquier equipo que haya tenido Phillips Exeter en toda su historia y empujarlo hasta el océano Atlántico.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió despectivamente.

—Porque no entreno a niños ricos que están en un internado porque sus padres no soportan tenerlos en casa.

—¿Y qué? —replicó.

Comprendí que había tocado un punto sensible de su vida. Pero todavía no había terminado con él.

—Y ninguno de mis chicos toca el violín, Bernard. A los chicos que tocan el violín se los comen crudos.

—Sí —replicó—, y apuesto a que a ninguno de ellos le obligan a tocar el violín.



—Tampoco voy a obligarte a que me dejes enseñarte a jugar al fútbol. No me gusta perder el tiempo con sabelotodos presumidos. Entreno a chicos a quienes les gusta el juego, no a quienes vienen obligados por su madre.

—Mi madre ni siquiera sabía que en la última temporada jugaba a fútbol.

—En la última temporada no has jugado a fútbol, Bernard —observé, todavía sorprendido por su forma de evitar mi mirada—. Tú mismo me has dicho que no participaste en ningún partido.

—¡Usted no quiere entenderlo! —se quejó—. Estaba por debajo de los demás chicos. Nunca había asistido a una escuela que tuviera equipo de fútbol.

—¿En qué posición juegas? —quise saber.

—*Quarterback*.

—Yo también jugaba de *quarterback* —le expliqué.

—¿Y qué? —replicó, con una mueca de desdén que le desfiguró toda la mitad derecha del rostro—. Sólo he venido aquí para decirle que no necesito nada de usted.

Le arrojé lateralmente el balón y lo recogió correctamente. Me alejé unos diez metros, corriendo, y le dije:

—¡Lánzame un pase!

Me lanzó un pase algo inseguro, pero preciso. Tenía un buen dominio del balón, un toque suave. —Recogí la pelota y sin decir palabra, le volví la espalda y eché a andar hacia la salida del parque. Sabía que tenía los ojos clavados en mí.

—¡Oiga! ¿Qué hace? —me gritó.

—Me voy a casa —respondí, sin volverme. Le oí correr hasta mi lado.

—¿Por qué?

—Porque no vales una mierda, chico —contesté cruelmente—. Vete a hacer prácticas de violín, como les gusta a tus padres. Además, no puedo soportar tu actitud. Y si yo no puedo soportarla, ¿cómo quieres llegar a dirigir nunca un equipo? ¿Cómo vas a convertir a esta criatura quejumbrosa y lastimera en un auténtico *quarterback*?

—Oiga —se excusó—, ha sido el primer pase que lanzo desde hace seis meses.

Mi estado de ánimo no era propenso al perdón ni a la misericordia, de modo que contesté:

—A mí me ha parecido el primer pase que lanzabas en tu vida.

—Tíreme el balón y lo intentaré otra vez —me pidió. Su voz había cambiado por primera vez desde mi llegada. Me detuve y me volví hacia él—. Antes hemos de hablar.

—¿De qué quiere que hablemos? —preguntó.

De tu boca, para empezar.

—¿Qué le pasa a mi boca?

—Quiero que la cierres, chaval —dije fríamente—. Mira, Bernard, me importa un comino si te gusto o no. Y todavía no estoy seguro de que vaya a entrenarte. Pero cuando te hablo, quiero que me mires a los ojos. Eso es.

No te hará ningún daño. La próxima vez que te tienda la mano y tú finjas no verla, te romperé todos los huesos de la tuya. Luego, cuando te dirijas a mí, quiero que me hables con respeto y educación. Ahora... Ahora quiero que me digas por qué estás tan enfadado con el mundo. No le diré a tu madre ni una palabra de lo que me cuentas, eso te lo prometo; pero eres un insoportable hijo de perra y me gustaría ayudarte a descubrir por qué.

Bernard respiraba entrecortadamente y había comenzado a temblar, excitado.

—¡Ande y que le jodan, compañero! —exclamó, con una voz que pronosticaba lágrimas.

—Ya quedé bien jodido cuando acepté tener tratos contigo.

—¡A mí no me pasa nada malo! —insistió, esforzándose por controlar su voz.

—Ahí te equivocas, Bernard —respondí, lanzándome a matar, odiándome a mí mismo a medida que mi voz se hacía cada vez más fría y cruel—. Eres uno de los chicos más desdichados que he visto en mi vida. Y aunque sólo hace cinco minutos que nos conocemos, sé una cosa acerca de ti: no tienes ni un amigo en todo el mundo, muchacho. Has pasado un invierno muy solitario en Phillips Exeter, ¿no, Bernard? ¿Se meten contigo, Bernard? ¿Te provocan? Ya sé que te dan de lado, pero ¿convierten también tu vida en una constante pesadilla, Bernard? ¿Te maltratan? Ya lo ves, conozco bien a los jóvenes, y sé cómo tratan a los inadaptados. ¿Cómo se llama tu amigo, Bernard? Dime su nombre.

Comenzó a llorar. Aunque trataba de contenerse, las lágrimas inundaron su rostro como el agua de una crecida rebosa sobre un dique. Sus hombros se agitaron y empezó a sollozar ruidosamente, ocultando la cara entre las manos. Las lágrimas fluían por entre sus dedos y caían sobre el césped.

Finalmente, alzó la cabeza y se miró las manos humedecidas.

—Estoy llorando —dijo, asombrado—. Me ha hecho llorar.

—Te he intimidado, Bernard —admití—. Pretendía hacerte llorar, para ver si aún quedaba algo humano en tu interior.

—Con un chico como tú, sí —respondí—. Así es como entreno.

—No me gusta.

—Me importa una mierda, muchacho.

—Mi madre me había dicho que era usted muy simpático —insistió Bernard—. Estaba mintiendo.

—Soy la mar de simpático cuando trato con gente simpática. Soy muy agradable con las personas que me encuentran agradable.

—Pienso contarle todo o que me ha dicho —me amenazó—. Y cómo me ha tratado, y todo.

—Me tiemblan las rodillas, chico.

—Ella opina que los adultos deben tratar a los niños como si fueran adultos.

—¿En serio?

—En serio. Todo esto no va a gustarle ni un poquito, se lo aseguro —añadió

Bernard, incapaz de controlar su respiración.

—Vamos a verla, pues —le propuse—. Ahora mismo, Bernard.

—Está trabajando. Ahora está con sus pacientes.

—¿Y qué? —insistí—. Podemos aprovechar una de sus pausas de diez minutos. Así podrás contarle todo lo que te he dicho, y yo le explicaré mis razones.

—No le gusta que le hagan perder el tiempo cuando está trabajando.

—Tampoco a mí, chico. Y ya me has hecho perder bastante.

—¿Llama trabajar a esto? —replicó, nuevamente desdeñoso.

—A esto le llamo trabajos forzados, Bernard —dije, volviendo a levantar la voz—. Le llamo un castigo cruel e inaudito. Tortura. Odio tener que relacionarme con chicos como tú.

—Bueno, ¿y quién le ha pedido que lo haga? —dijo, ofendido.

—Tu madre. Conque vale más que vayamos a su oficina y zanjemos la cuestión de una vez por todas. —No. Me crearía un problema.

—No, Bernard —le contradije, incapaz de resistirme a la burla—. Solamente te hablará como si fueras un adulto.

—Sí, bueno, se lo diré a mi padre y entonces tendrán problemas los dos.

—No puedes crearme problemas, Bernard.

—¿Ah, no? —exclamó, señalándome con el dedo—. ¿Sabe quién es mi padre? ¿Lo sabe?

—No. ¿Quién es?

—Es Herbert Woodruff.

—El mismo apellido que tú, ¿eh? —comenté, cada vez más harto de Bernard.

—¿No sabe quién es? —me gritó Bernard—. Es uno de los violinistas más famosos del mundo.

—Los violinistas siempre me han producido un miedo atroz.

—Conoce a gente muy poderosa. Gente muy, muy poderosa, señor —insistió Bernard, con voz tan desquiciada y patética que creí que iba a echarse de nuevo a llorar.

—¿Es difícil, Bernard? —pregunté, con voz cansada—. ¿Es muy difícil ser un gilipollas? Cada vez que me encuentro con uno me entran ganas de hacerle esta pregunta, pero nunca había tenido ocasión.

Alzó ambas manos en un ademán extraño e inapropiado y exclamó:

—Conque eso es lo que piensa de mí, ¿eh? Usted no me conoce. No se puede conocer a una persona con sólo quince minutos de conversación.

—Te equivocas otra vez, Bernard. Hay casos en los que se puede llegar a saber todo lo que te interesa de una persona en sólo treinta segundos.

Dio media vuelta como para alejarse de mí, pero se detuvo y comenzó a respirar entrecortadamente de nuevo.

—Preferiría que no fuera a hablar con mi madre —dijo con voz contenida.

—Como gustes —contesté.

—¿Quiere decir que no lo hará? —preguntó, volviéndose de nuevo hacia mí.

—No. Es una solicitud razonable y la has expresado educadamente. Me gusta corresponder al buen comportamiento.

—Entonces, ¿qué le dirá cuando la vea?

—Que eres un muchacho encantador que por propia iniciativa ha decidido que prefería practicar con su violín en vez de entrenarse para jugar a fútbol.

Bajó la vista al suelo y comenzó a remover la tierra con la punta de su zapatilla deportiva.

—El año pasado no jugué a fútbol.

—Tu madre me dijo que tu padre te vio en una foto del equipo.

—Era el encargado de material. Me presenté para el equipo pero no fui aceptado. El primer día, el entrenador nos pidió que le mostráramos cómo placábamos. No había placado a nadie en toda mi vida. Todos se rieron de mí.

—¿Recuerdas quiénes se rieron de ti?

—Claro, pero ¿por qué lo pregunta? —se extrañó.

—Porque, si dejas que te entrene, Bernard, les borraremos la sonrisa del rostro a todos ellos... Te enseñaré a placar con tanta fuerza que, cuando caigas sobre ellos, creerán que han sido atropellados por un Buick. Pero ¿por qué le dijiste a tu padre que estabas en el equipo?

—Porque quería que creyera que estaba en el equipo.

—¿Por qué, Bernard?

—No lo sé —respondió—. Porque sabía que no iba a gustarle nada. Odia los deportes, y le molesta mucho que me interese por ellos.

—No te interesan, Bernard. Llevas toda la tarde demostrándomelo.

—No le gusto mucho, ¿verdad? —afirmó, medio suplicante y medio quejumbroso.

—Bernard —contesté—, no me gustas lo más mínimo. No me gusta cómo me has tratado. No me gusta tu actitud. Eres un desgraciado insoportable, y no sé si el fútbol te servirá de ayuda o no. Porque lo único bueno que tiene el fútbol, Bernard, verdaderamente lo único bueno, es que puede ser muy divertido jugar a él. Ésa es la verdad. Por lo demás, es un juego estúpido e inútil. Y tú no das la impresión de haberte divertido nunca en tu vida. Pero lo más importante es que me parece que entrenarte tampoco va a ser divertido para mí, Bernard. Porque a mí me gusta el fútbol. Me lo tomo en serio. Para mí, el fútbol es algo lleno de alegría, y no quiero que me lo estropees.

—Mi padre me hace practicar el violín dos horas al día —anunció él con firmeza.

—Bernard, preferiría saber tocar el violín que saber jugar al fútbol. Te lo aseguro. Si pudiera tocar el violín, lo tocaría tan bien que haría salir a los pájaros de los árboles.

—¿Toca algún instrumento? —quiso saber.

—No. ¿Sabes qué sé hacer? Aún soy capaz de lanzar un balón de fútbol a

cuarenta metros. Eso me da mucho éxito en las fiestas. Bueno, mira, Bernard, tengo que irme ya. Ha sido un placer conocerte. Lamento que no hayamos podido entendernos mejor. Tu madre me gusta mucho. No le diré nada de lo ocurrido, te lo prometo.

Me alejé de aquel muchacho hosco y desconsolado y comencé a cruzar el parque hacia la Quinta Avenida. Anduve unos veinte metros con el balón en la mano derecha, deleitándome con su contacto, con el roce de los cordones sobre las articulaciones de mis dedos. Bernard no me dijo adiós, no dijo nada..., hasta que le oí gritar mi nombre:

—¡Entrenador Wingo!

Hacía tanto tiempo que nadie me llamaba «entrenador» que la palabra me sorprendió y me conmovió al mismo tiempo. Me volví y vi sus manos a medio alzar, en un ademán melancólico y suplicante. Su voz, temblorosa, se elevó y se quebró en un desesperado intento de encontrar las palabras precisas, de establecer contacto conmigo.

—Enséñeme —me rogó, con ojos nuevamente inundados de lágrimas—. Enséñeme, por favor. Quiero que dejen de reírse.

Di media vuelta y regresé hacia él, acercándome como algo nuevo y desconocido en la vida de Bernard Woodruff. Regresé a él como su maestro, su entrenador.

—Les haremos sangrar —le aseguré—. Primero se reirán, y luego sangrarán. Te lo prometo. Pero ahora tú has de prometerme algunas cosas.

—¿Qué cosas? —inquirió con suspicacia.

—Tienes que cerrar el pico, Bernard —comencé—. Tu forma de hablar me cabrea.

—Sí —asintió—. De acuerdo, de acuerdo.

—La contestación correcta es «sí, señor», Bernard —le informé—. Hay que respetar ciertas cortesías y formalismos. Cuando nos encontremos en este campo, puedes llamarme «entrenador» o «señor», lo que más te guste. No llegarás nunca tarde, por ningún motivo. Harás todo lo que te diga, y lo harás con entusiasmo. Comenzaremos inmediatamente un programa de peso. Te haré sudar sangre todos los días. No me interesa tu vida doméstica, ni tus clases de música, ni tu vida sexual, ni tus granos ni ninguna otra cosa. No pretendo impresionarte ni convertirme en camarada tuyo. Voy a enseñarte a parecer un jugador de fútbol y a actuar como tal. Voy a enseñarte a bloquear, placar, patear el balón, correr y lanzar pases, y voy a enseñarte bien. Tienes una buena complexión, una complexión muy buena. Te haré fuerte, Bernard. Te haré más duro de lo que jamás has imaginado que podrías llegar a ser. Porque el contrario que tendrás que bloquear y placar será yo mismo, Bernard.

—¡Pero usted es mucho más grande que yo! —objetó.

—Cierra la boca, Bernard.

—Sí, señor —respondió.

—Y, Bernard, después de que te haga correr hasta que caigas al suelo, de que te

haga levantar pesas hasta que no puedas moverte, de que te haga hacer flexiones hasta que estés respirando pura hierba, de que te haga placarme hasta que tengas calambres en los brazos, después de todo eso ocurrirá una cosa que nunca en tu asquerosa vida te ha ocurrido antes.

—¿Qué cosa, señor? —preguntó.

—Vas a adorarme, Bernard —le auguré.

Mi madre nunca llegó a dar fin a la tarea de crearse a sí misma; aquél siempre fue un trabajo en marcha. Casi nunca nos contaba una historia acerca de su infancia que no fuera falsa, y practicaba el estudio de su propia historia con el ojo inflexible y renegado de un fabulista. Sin amilanarse jamás ante algo tan inconveniente como la verdad, convirtió sus mentiras en parte esencial de la identidad de sus hijos.

En un millar de días de mi infancia, me ofreció un millar de madres distintas para mi examen. De niño, jamás tuve una visión clara de mi madre; como varón, jamás recibí una señal clara por su parte. Me convertí en geógrafo vitalicio del carácter de mi madre, pero nunca logré resolver las irregularidades de las antípodas o de las zonas tórridas. En un momento dado, sonreía y me hacía pensar en el tímido comercio de los ángeles; al instante siguiente, la misma sonrisa podía sugerirme un eremitorio para murenas y un asilo para terroristas. Siempre fue demasiada mujer para mí.

En su secreto yo, promulgó una completa serie de leyes de conducta que llegaron a convertirse en su particular masonería del artificio y la astucia. No había una sola persona en Colleton, ni siquiera ella misma, que no subestimara los poderes de Lila Wingo. Tuvieron que pasar treinta años para que me diera cuenta de que la mujer que me había criado era un guerrero de inalienable talento. Discutiendo sus diversas aptitudes, sus hijos elaboramos más tarde una lista de ocupaciones en las que mi madre habría podido destacar. En nuestra opinión, habría prosperado como princesa de algún oscuro reino del Himalaya, como asesina de funcionarios subalternos del gabinete, como tragafuegos, como esposa del presidente de AT &T o como especialista de la danza del vientre, de las que piden a los reyes las cabezas de los santos. Cuando le pregunté a Luke, en cierta ocasión, si creía que nuestra madre era hermosa, me recordó que su belleza había sido bastante poderosa como para tentar a un gigante homicida en los bosques de Atlanta, bastante atractiva como para inspirar la demoníaca obsesión de Callanwolde.

—¿Demostró aquello que era hermosa? —le pregunté.

—A mí me lo demostró —contestó él.

Su infancia en las montañas de Georgia había sido horrible. Su padre, un borracho con mal carácter, falleció de cirrosis hepática en su duodécimo aniversario. Su madre trabajaba por las noches en una fábrica textil, y murió de una enfermedad pulmonar cuando Lila contaba dieciséis años. Tras el fallecimiento de su madre, mi madre subió a un autobús con destino a Atlanta, tomó una habitación en el Imperial Hotel y obtuvo un empleo de aprendiz en los Grandes Almacenes Davidson's. Dos meses después conoció a mi padre y cometió un error infantil al enamorarse de aquel jovial y charlatán piloto de Carolina del Sur. Mi padre se presentó como un importante

propietario de las tierras bajas, un terrateniente con intereses en la «industria pesquera». No le dijo que era un pescador de camarones hasta después de llegar a la isla de Melrose.

Pero mi madre ya había iniciado el proceso de revisión de su propia vida. A la gente de Colleton le contó que su padre había sido un próspero banquero de Dahlonga, Georgia, que se había arruinado durante la Depresión.

Mediante un simple esfuerzo de voluntad, su austera madre —cuya fotografía mostraba un rostro plano y torturado, tan carente de personalidad como una chuleta— quedó transformada en una refinada grande dame con acceso a los más selectos sectores de la sociedad. «Los más selectos sectores», repetía mi madre, sin aliento, años más tarde. Su voz conjuraba una subcultura privilegiada y esencial que flotaba por los campos de golf y se acomodaba lánguidamente junto a piscinas color aguamarina, con sorbetes servidos por manos enguantadas de blanco y el sedoso murmullo de los caballeros en un interminable crepúsculo. Aunque de hecho descendíamos de los camarones y del textil, empezamos a hacernos una imagen inexacta de nosotros mismos basada en el cristalino palacio de mentiras que mi madre edificaba en sus sueños. Savannah fue el primer poeta surgido de nuestra familia, pero no cabe duda de que Lila Wingo fue la primera en practicar el oficio de la ficción.

En tanto que hijos suyos, nos consideraba indistintamente sus compañeros de conjura y sus enemigos. Era la única madre que jamás he conocido que hacía responsables a sus hijos por su desacertada elección de marido. Consideraba nuestro nacimiento como un verdadero crimen contra ella. Y, no obstante, muy rara vez se la oía quejarse de su destino: salvo en excepcionales destellos de espontaneidad, era incapaz de admitir que nada le resultara desagradable. Poseía un heroico glosario de frases optimistas. En público, exageraba su felicidad. Era jovial hasta la militancia. Cuando alcanzamos la edad escolar, se ofreció voluntaria para todas las tareas de beneficencia de Colleton. Poco a poco llegó a ser conocida en la ciudad como una persona con la que se podía contar en caso de apuro. Fuera de la familia, la gente la consideraba dulce, bella, industriosa y sin lugar a dudas demasiado buena para mi padre. Lila Wingo era todo eso y, además, un mariscal de campo.

De mi padre heredé el sentido del humor, la capacidad de trabajar duramente, la fuerza física, un carácter peligroso, el amor por el mar y cierta atracción hacia el fracaso.

De mi madre recibí dones mucho más oscuros y valiosos: el amor por el lenguaje, la capacidad de mentir sin escrúpulos, un instinto asesino, una pasión por la enseñanza, cierta locura y el romanticismo de los fanáticos.

Luke, Savannah y yo heredamos todas estas tendencias con un mortífero y variado mosaico de genes. Más adelante, en un estallido de amargura, mi madre las resumió todas diciendo: «Luke, el fanático; Tom, el fracasado; Savannah, la lunática».



Para entonces, mi madre ya había devastado la ciudad y la familia que no habían sido capaces de apreciar las temibles resonancias de su vergüenza por no ser más que la esposa de un pescador de camarones.

Durante mi crecimiento, mi corazón estaba lleno de lástima por mi madre y de cólera no declarada contra mi padre. No había necesidad. Henry Wingo no estaba a su altura, sencillamente. Si bien mi padre tenía su temperamento, su inmensa fuerza, sus desventuradas ideas de riqueza instantánea y sus dos puños, mi madre tenía un plan, y nos demostró a todos que nada es tan poderoso o inconquistable como un simple sueño lentamente madurado. Ella quería ser una mujer con la que hubiera que contar, una mujer de notables cualidades. En Colleton, su posición en la vida ciudadana estaba decidida, pero ella se negaba a aceptar esa dolorosa realidad social. En 1957, no sé cómo, logró ser propuesta como candidata para la Liga de Colleton, y así comenzó una historia fatal.

La Liga de Colleton. La Liga fue fundada en 1842 por la bisabuela de Isabel Newbury, con el propósito, declarado en los estatutos, de promover buenas obras y proyectos que valieran la pena entre los habitantes de Colleton. La Liga reclutaría sus mujeres entre las mejores familias e incluiría en todo momento a las más destacadas de entre las que vivieran en el interior de los límites del condado de Colleton. Fue esta última disposición la que suscitó en mi madre la esperanzada convicción de que algún día se vería aceptada como miembro de pleno derecho. Lo que había comenzado como una aspiración no tardó en convertirse en un ansia inextinguible. La candidatura de mi madre para el ingreso en la Liga de Colleton fue unánimemente rechazada por el comité de selección, ante el que Isabel Newbury pronunció una fulminante sentencia que más tarde llegaría a oídos de mi madre: «Lila Wingo no es en absoluto el material que busca la Liga».

No es el material que busca la Liga. ¡Qué desolación debió de experimentar mi madre cuando oyó esta delicada y sumaria expresión! No existe mucha discreción ni protocolo en estos incruentos autos de fe de la vida provinciana sureña. Mamá desempeñó bien su papel y nunca se lamentó; simplemente, siguió dedicándose a la tarea de convencer a las damas de la Liga de que podía constituir una valiosa aportación a su club. Pero no fue hasta 1959 cuando por fin percibió su primera auténtica oportunidad de persuadir de su valía a las damas de la Liga de Colleton.

En abril de aquel año, la Liga proclamó en un anuncio a toda página en el semanario local que todas las mujeres de la ciudad quedaban invitadas a presentar sus recetas culinarias para estudiar su inclusión en un libro de cocina que contuviera las mejores recetas de las tierras bajas. A mi madre le pareció una espléndida oportunidad para impresionar a las componentes del comité, entre las que figuraba un gran número de sus más conspicuas detractoras, con su habilidad culinaria. Inmediatamente, se dirigió a su armario y sacó todos los ejemplares atrasados de la revista Gourmet. En 1957, Tolitha le había regalado a mi madre una suscripción a Gourmet, y fue esta revista la que dio entrada a mi madre en el mundo de la alta

cocina. Asimismo, fue esta revista la que le ayudó a convertirse en una de las mejores cocineras que jamás hayan hervido un cazo de agua en Carolina.

Mi madre no sólo leía la revista *Gourmet*, sino que la estudiaba exhaustivamente. Siempre había sido una excelente cocinera sureña, capaz de crear una personal obra de arte a base de bollos, un puñado de habichuelas y un pollo recién sacrificado. Bajo sus manos, hasta la grasa tenía buen sabor. Pero, gracias a sus cuidadosas lecturas de *Gourmet*, llegó a observar que la preparación de la comida era un elocuente indicador de la clase social. Una vez realizado el descubrimiento de que existía un nivel de cocina superior al de la sureña, dio inicio a otro de sus obsesivos proyectos de perfeccionamiento personal que contribuían a alejarla de mi padre y aumentaban nuestro cariño hacia ella. Henry Wingo era hombre de carne con patatas, y consideraba la salsa bearnesa de mi madre como una especie de conspiración afrancesada para estropear un bistec perfectamente bueno.

—¡Por el amor de Dios, Lila! ¡Si lleva vino! —protestó una noche que mi madre había preparado *coq-au-vin*—. El vino es para beberlo, no para echarlo encima del pollo.

—Es sólo un experimento, Henry. No sé si enviar un puñado de recetas o una nada más. ¿Cómo ha quedado?

—Sabe a pollo borracho —respondió él.

—Está estupendo, mamá —dijo Luke. Las líneas de batalla estaban trazadas.

Durante varios meses embriagadores mi madre se absorbió en la lectura de los manoseados ejemplares de la revista *Gourmet*, tomando asiduas notas con su sensual caligrafía y utilizando las cenas para sus experimentos e improvisaciones. Tras estudiar su vasta colección de recetas, comenzó a introducir sutiles correcciones y enmiendas, tomando prestados los ingredientes de una receta para darle a otra más cuerpo o consistencia. Poco a poco, llegó a la conclusión de que debía elaborar su propia receta, algo cautivador y original, nacido de su propia imaginación y de su conocimiento —tal vez limitado, pero profundo— de la comida y sus propiedades. Los cuatro quemadores de gas empezaron a trabajar horas extra, y la cocina rezumaba un sofocante calor mientras las azulinas llamas hervían a fuego lento los extractos blancos y marrones que mi madre convertía luego en brillantes y aterciopeladas salsas que se adherían a los cuchillos como pintura al óleo. Durante todo abril y todo mayo, las cacerolas exudaron la fragancia de los huesos aplastados y el tuétano de aves y vacuno, sazonados con las rizadas hierbas y verduras de su propio huerto exuberante. Los aromas se fundían en un oscuro perfume que acariciaba la lengua como un manto de seda. Mi nariz se volvía señorial cuando me aproximaba a la casa, donde se cocían los olorosos extractos marrones con el color de la piel curtida, los ligeros y alegres extractos blancos y los extractos de pescado, en ollas rebosantes de hervidas cabezas de trucha que olían como una comestible ración de marisma.

En junio, tras una jornada en el barco de pesca, solíamos regresar a casa quemados por el sol, agotados y hambrientos. Al bajar de la furgoneta, la fragancia de

los trabajos de mi madre asaltaba las ventanas de mi nariz, y mi boca, seca y salobre, cobraba de pronto vida como el nacimiento de un arroyo; el camino de mi casa era un concurso de olores para los que no existe glosario adecuado. En la cocina, mi madre, sudorosa y feliz en la vanagloria de su arte, solía entonar alguna canción montañesa. Nunca había comido tan bien, ni he vuelto a hacerlo desde entonces. Aquel verano crecí casi ocho centímetros y gané cinco kilos de robusta carne adolescente. Y todo se lo debí al melancólico hecho de que mi madre no formara parte de la Liga de Colleton.

Fue a finales de junio cuando mi madre llegó al apogeo de sus esfuerzos, preparando lo que denominaba «su gran sorpresa del verano». Había establecido un acuerdo con el carnicero del Piggly-Wiggly, a raíz del cual el hombre comenzó a reservarle las vísceras y órganos que por costumbre solía desechar por considerarlos inadecuados para el consumo humano. Fue así como los miembros de la familia Wingo se convirtieron en los primeros habitantes de Colleton que saborearon mollejas preparadas según una receta de la revista Gourmet.

Papá tomó asiento en la cabecera de la mesa. Luke y yo nos duchamos, nos cambiamos de ropa y nos sentamos con él. Savannah salió de la cocina llevando las mollejas y, con una amplia sonrisa en el rostro, empezó a servir a papá. Papá contempló morosamente su plato y empezó a remover su contenido con el tenedor. Mi madre entró en el comedor y se sentó ante mi padre, al otro extremo de la mesa. A juzgar por su expresión, mi padre parecía estar esforzándose por descifrar algún augurio de las entrañas de una bestia sacrificada. Mamá estaba radiante, y sobre la mesa había rosas recién cortadas.

—¿Qué diablos es esto, Lila? —quiso saber mi padre.

—Son mollejas, guisadas con una salsa a base de crema de leche y vino blanco —respondió ella orgullosamente—. Es una especialísima Sauce Francais Wingo.

—A mí me parecen coños de Calcuta —replicó mi padre.

—¡Cómo te atreves a hablar así en la mesa, delante de mis hijos! —protestó ella con voz dolorida—. Ahora no estamos en la cubierta de un barco, y no te consiento que utilices este lenguaje en la mesa. Además, ni siquiera has probado las mollejas, conque no puedes saber si te gustan o no.

—Esto no es pan, Lila. Me importa un bledo lo que diga tu libro de cocina gabacho. He comido pan toda mi vida, y esto ni siquiera se le parece. No es pan de trigo ni de centeno, ni en hogaza ni en galletas.

—¡Bobo! ¡Me casé con un bobo bajado de la higuera! —exclamó mi madre, enojada—. Esto que tienes en el plato es el timo, una glándula de la vaca.

—Cariño —dijo él—, no quiero comer cojones de vaca cuando podría estar comiendo solomillo. Me parece que no es mucho pedir. Llevo ya tres meses comiendo esta basura y estoy empezando a hartarme.

—¿Son cojones de vaca, mamá? —preguntó Luke, dando vueltas a una molleja en su plato.

—Claro que no, y más te vale que tú cuides también tu lenguaje, Luke Wingo. El timo está en otra parte de la vaca.

—¿Dónde? —pregunté yo.

—No estoy segura —reconoció mi madre—. Pero muy lejos de los genitales, de eso sí estoy razonablemente segura.

—¿Por qué no puedo comer un poco de carne roja cuando termino de trabajar? —preguntó mi padre, soltando el tenedor—. Es lo único que pido. O aunque sólo sea pescado frito, o un revoltillo de camarones con salsa. Estamos comiendo cosas que hasta un negro se negaría a tocar. O un perro. ¿Dónde está Joop? Ven aquí, muchacho. Ven aquí, Joop.

Joop estaba dormido en su sillón, y alzando su amistosa cabeza moteada de gris, en el que iba a ser el último verano de su vida, saltó pesadamente al suelo. Se acercó a mi padre cautelosamente, con las pupilas lechosas a causa de las cataratas y temblando por culpa de las lombrices que acabarían con su vida.

—Ven aquí, Joop. Ven aquí —gritó mi padre, impaciente—. ¡Maldita sea, perro! ¡Mueve de una vez tu negro trasero!

—Se nota que Joop es listo —observó Savannah—. Siempre ha detestado a papá.

Joop se detuvo a un metro y medio de mi padre y se dispuso a esperar nuevos acontecimientos. Papá era el único ser humano sobre la faz de la tierra al que Joop no adoraba sin reservas.

—¡Toma, Joop, perro tonto! ¡Cómete un plato de mollejas, muchacho!

Mi padre depositó su plato en el suelo y Joop se aproximó lentamente a las mollejas. Tras olfatearlas desdeñosamente, lamió un poco de salsa y, dando media vuelta, volvió a su sillón.

—Me he pasado todo el día preparando esta comida —dijo mi madre.

—Ya lo has visto —respondió mi padre, cacareando—. Tú misma has sido testigo. Me sirves una cena que ni los perros quieren tocar. Me levanto a las cinco de la mañana, me rompo el culo para pescar uno o dos camarones, trabajo como un negro de los muelles de la mañana a la noche, y cuando llego a casa me encuentro una cena que ni el perro más idiota del mundo quiere tocar.

—Intenta verlo como una aventura culinaria, querido. Solamente una aventura. Quiero que los niños experimenten con toda clase de comidas. Intento ampliar sus horizontes. Se trata de un plato clásico de la cocina francesa. Un clásico. Encontré la receta en Gourmet —explicó, con voz cansada y derrotada.

—¡Francés! —aulló mi padre—. ¿Acaso soy yo francés? Odio a los malditos franceses. ¿Has oído alguna vez cómo hablan? Dios mío, Lila, si parece que les hubieran embutido diez kilos de queso Cheddar por el trasero. Yo soy norteamericano, Lila. Un sencillo trabajador norteamericano que sólo trata de ganarse un dólar. Me gusta la comida norteamericana: bistecs, patatas, camarones, quimbombó, maíz y toda esa mierda. No me gustan los caracoles, el caviar, los higadillos de rana, los cojones de libélula ni el resto de esa basura de la que tanto

presumen los franceses. No quiero aventuras culinarias, cariño. Sólo quiero comer. No te lo tomes a mal.

Luke había comenzado a devorar sus mollejas con exagerado deleite.

—Esta comida es estupenda, mamá —anunció—. De hecho, me parece que es lo mejor que he probado nunca.

Tomé un pequeño y cauteloso bocado y me sorprendió comprobar que el sabor era agradable.

—Fabuloso, mamá —proclamé—. Verdaderamente fabuloso.

—Está estupendo, mamá —asintió Savannah—. Tranquilo, papá, que ahora mismo iré a freírte un pescado.

—Este perro idiota no ha querido ni probarlo —dijo mi padre, sintiendo la presión de la familia que se solidarizaba contra él.

—Es que se niega a comer ninguna cosa que no haya salido de una lata —explicó Luke.

—Se dice cualquier cosa —le corrigió mi madre, sonriendo de nuevo—. La gramática hay que pulirla hasta que se convierta en un hábito.

—¿Por qué no le sirves a papá una lata de Alpo? —sugirió Savannah.

—¡Eso! ¡Y que se pelee con Joop por ella! —añadí yo.

En aquellos instantes, si mi madre nos hubiera servido boñigas de caballo al vino blanco, habríamos elogiado su textura y su delicadeza. Era todo parte de un complejo sistema de ética no escrita que nos hacía unirnos irreflexivamente en torno a nuestra madre cada vez que nuestro padre emprendía una de sus gratuitas expediciones contra el espíritu de ella. Por más que le asistiera la razón, Henry Wingo jamás lograba desprenderse de su imagen, arquetipo de matón jactancioso. Esto le aislaba y le enfurecía, pero era su destino. Ante sus propios ojos, sus hijos saboreamos alegremente aquellas glándulas frescas como un acto de desafío contra el hombre de la casa.

—Bien —observó él—, veo que has conseguido volver a mis hijos contra mí, Lila. Supongo que yo soy el malo de la película.

—Trata de ser cortés, papá —le pidió Luke con delicadeza—. Mamá ha trabajado mucho para prepararnos esta cena.

—Oye, bocazas, también yo trabajo mucho para que tu madre pueda servirnos estas mierdas. Soy el que gana el dinero en esta familia de deslenguados, así que si quiero protestar, tengo todo el derecho a hacerlo.

—¡Habla bien, papá! —intervino Savannah, con voz serena pero audaz—. ¡Sabes ser tan simpático cuando no actúas como un matón!

—Cierra la boca —replicó papá.

—Tengo derecho a expresar mis opiniones —dijo ella, sin dejar de cenar—. Estamos en los Estados Unidos y yo soy ciudadana de los Estados Unidos. No tienes derecho a ordenarme que me calle.

—Te he dicho que cierres la boca —repitió él.

—¡Qué valiente! ¡Qué hombre más valiente! —exclamó mi madre, de forma completamente inoportuna.

—Tú, Lila, ve ahora mismo a prepararme una cena decente —le ordenó papá—. Ahora mismo. He estado trabajando todo el día y tengo derecho a comer algo.

—Tranquilo, papá —dijo Luke, con voz dolida y conciliatoria.

Mi padre abofeteó a Luke en plena boca. Luke se lo quedó mirando, sorprendido, y agachó la cabeza sobre su plato.

—Ahora, tráeme algo de carne —insistió mi padre—. Cualquier clase de carne, me da igual. Tengo que enseñar a esta familia a respetar un poco a los trabajadores.

—¿Estás bien, Luke? —inquirió mi madre.

—Sí, señora —respondió él—. Estoy bien.

—Hay algo de picadillo que ha sobrado de la comida.

Y un poco de arroz. Voy a calentarlo, Henry —dijo ella.

—Yo te ayudo, mamá —se ofreció Savannah.

Eché mi silla hacia atrás y me apresuré a añadir: —Yo también.

Sólo Luke se quedó en el comedor con mi padre.

Fui a refugiarme en la cocina, pues una larga experiencia me había enseñado a retirarme del ángulo de ataque de mi padre cuando éste entraba en erupción.

—¿Quieres picar una cebolla, Tom? —preguntó mi madre.

—En seguida.

—Y tú, Savannah, ¿quieres ir calentando el arroz, cariño? Está en el frigorífico, en un plato cubierto.

—Lo lamento muchísimo, mamá —dijo Savannah, abriendo la puerta del frigorífico.

—¿Lo lamentas? —contestó mi madre—. No hay nada que lamentar. Ésta es la vida que yo elegí, la vida que merezco.

Estaba en la despensa, revolviendo las latas de conservas, y salió con un bote de comida para perros. Ignorando nuestras miradas de incredulidad, abrió la lata y empezó a saltear en mantequilla la cebolla picada.

—Pica otra cebolla, Tom, por favor —me pidió, cuando el olor a cebolla frita comenzaba a llenar la cocina—. Y pela un par de dientes de ajo.

Cuando las cebollas y el ajo se hubieron vuelto transparentes en la sartén, mi madre vació encima la lata de Alpo y comenzó a mezclar vigorosamente los ingredientes. Sazonó la carne con sal y pimienta, la regó con unas gotas de salsa Worcestershire y Tabasco, y le añadió una taza de salsa de tomate. A continuación, echó a la sartén un puñado de cebollinos picados y el arroz del día anterior y esperó hasta que la mezcla empezó a crepitar. Luego, pasando el guiso a un plato limpio, lo completó con una guarnición de escalonias y perejil fresco. Cuando hubo terminado, lo sacó orgullosamente al comedor y lo depositó ante mi padre con un floreo.

Joop despertó de nuevo, se dejó caer pesadamente al suelo y se acercó a mi padre.

—Mirad, el perro idiota sabe lo que es bueno.

Mi padre tomó un platillo para el pan, le echó unas cuantas cucharadas para Joop y lo dejó en el suelo. Joop devoró rápidamente la comida y regresó a su sillón, con un resoplido de placer.

—El catador del rey —comentó Savannah, disponiéndose a reanudar su cena.

Habiendo restablecido su autoridad, mi padre probó el revoltillo y lo declaró satisfactorio.

—Bueno, Lila, esto es comida. Comida sencilla, pero buena. Soy un hombre sencillo y no me avergüenza reconocerlo. Pero sé lo que es bueno y lo que es sano. Ésta es una cena adecuada, y te agradezco que te hayas tomado la molestia de preparármela.

—No tiene importancia, querido. Ha sido un placer —respondió ácidamente mi madre.

—Es horrible que siempre tengamos que pelearnos en la mesa —dijo Luke—. Cuando me siento a la mesa, siempre tengo la sensación de estar preparándome para desembarcar en una playa de Normandía.

—Es uno de los placeres de la vida familiar, Luke —le explicó Savannah—. Ya tendrías que estar acostumbrado. Te comes unos cuantos guisantes para cobrar fuerzas y luego te pegan en la boca.

—Basta, jovencita —le advirtió mi madre.

—Fortalece el carácter, Luke —intervino mi padre, engullendo con toda inocencia una buena porción de Alpo y hablando con la boca llena—. Ojalá mi padre me hubiera calentado el culo cada vez que me pasaba de la raya, en vez de obligarme a leer diez páginas de la Biblia.

—La Biblia ayudó a tu padre a convertirse en el magnífico triunfador que es hoy en día —observó mi madre con amargura.

—Lamento mucho no ser un cirujano del corazón o un banquero de cuello blanco, Lila —respondió mi padre—, pero me parece que ya es hora de que dejes de avergonzarte por el hecho de que yo sea un pescador de camarones.

—Lo que me avergüenza es que ni siquiera eres el mejor pescador. Hay diez hombres en el río, la mitad de ellos negros, que vuelven con más camarones que tú.

—Pero no tienen ideas comerciales como yo. Su cerebro no está rebotante de ideas para ganar dinero.

—Has perdido más dinero del que muchos hombres han ganado jamás.

—Eso es porque mis ideas siempre se han anticipado a la época, Lila. Incluso tú tienes que reconocerlo. Tengo más seso que la mayoría de la gente. Lo único que necesito es que me presten algún capital y que Dama Fortuna me sonría.

—Eres un perdedor nato y hueles a camarones —le acusó cruelmente mi madre.

—Me gano la vida pescando camarones —se defendió mi padre, con voz cansada—. El olor es parte del oficio.

—Si te frotaras un diente de ajo por el pecho, olerías a camarones al ajillo —insistió mi madre.

—A mí me encanta el olor de los camarones frescos —observó Luke.

—Gracias, Luke —dijo mi padre.

—¡Ja! —se burló mi madre—. ¿Qué te parecería acostarte cada noche con un camarón de ciento diez kilos?

—Ya veis lo que decía —protestó Luke—. Todo acaba en peleas.

—Es difícil imaginarse a papá como un camarón-adujo Savannah, contemplando cómo mi padre daba fin tristemente a su plato de Alpo.

—¿Por qué no hablamos y reímos y conversamos sobre las actividades del día como hacen las familias que salen por televisión? —sugirió Luke—. Esos padres siempre se ponen chaqueta y corbata para cenar, papá.

—¿Acaso me imaginas tendiendo las redes en una tempestad vestido con chaqueta y corbata, Luke? Además, esos que dices no son verdaderos padres. Soy payasos de Hollywood.

—Pero a la hora de cenar siempre están contentos —insistió Luke.

—También tú estarías contento si tuvieras un par de millones de pavos bien guardados en tu vieja caja de seguridad —alegó papá, terminando su cena con un regüeldo animal de pura satisfacción—. Estaba muy bueno, Lila. Recuerda siempre que cocinas para un norteamericano, no para un gabacho.

—Podría freír pedruscos en manteca, Henry, y te los tragarías como un cerdo de culo negro. Pero estoy intentando educar a estos niños en las costumbres del mundo, y al mismo tiempo intento también perfeccionarme yo misma. Estoy buscando la receta precisa, una receta capaz de impresionar a esas mujeres de la Liga de Colleton que votan en contra mía, así que voy a seguir experimentando platos hasta dar con algo original que les haga comprender a todas que yo sería una persona muy útil para su organización.

Papá miró directamente a mi madre y dijo las palabras que jamás se habían pronunciado en torno a nuestra mesa:

—Cariño, nunca te admitirán en esa Liga de Colleton. ¿Aún no lo has comprendido? Tienen una Liga de Colleton únicamente para poder dejar fuera a la gente como tú. Puedes cocinar todos los platos de Francia y de Italia como nadie los ha cocinado jamás, y aun así seguirán sin dejarte entrar. Es mejor que sea yo quien te lo diga. Tienes que enfrentarte a la realidad.

—No te molestes en mandarles ninguna receta, mamá —le rogué—. Por favor, mamá, papá tiene razón. Savannah añadió con ternura:

—Mamá, ¿por qué has de ayudar a esas señoras de la Liga de Colleton enviándoles una receta? Lo único que hacen es herir tus sentimientos.

—Sólo pueden herir tus sentimientos cuanto tú permites a la gente que los hiera —replicó ella con orgullo—. Sé que soy tan buena como cualquiera de esas mujeres, y en lo profundo de su corazón también ellas lo saben. A mi manera, silenciosamente, contribuyo tanto a esta ciudad como cualquiera de ellas. Pero no se construyó Roma en un día. Ellas tienen ventajas que yo jamás he tenido, pero yo sé utilizar a fondo los



recursos de que dispongo. Algún día ingresaré en la Liga. De eso no cabe duda.

—Pero ¿por qué quieres ingresar, mamá? —preguntó Savannah—. A mí no me gustaría entrar en un club donde no me quieren.

—Ellas me quieren —dijo mi madre—. Lo que pasa es que todavía no lo saben.

Mi padre se puso en pie y concluyó:

—No tienes ninguna posibilidad de ser admitida en la Liga de Colleton, Lila. Y es por culpa mía, cariño, no tuya.

—Ya lo sé, Henry —asintió mi madre, ignorando su desacostumbrada muestra de gentileza—. No eres precisamente ningún punto a favor mío.

Durante el resto del verano, mi madre se dedicó a trabajar con los ingredientes propios de la tierra. Su capacidad de concentración era sorprendente y heroica. Preparaba el pollo de diez formas distintas, y cada variación parecía la creación de un ave nueva bajo las atentas manos de mi madre. Cuando mi padre protestaba, terminaba la cena con Alpo y arroz, pero incluso este plato fue mejorando con el tiempo. Con el cerdo hacía cosas mágicas, y cambió para siempre mi forma de considerar la carne de este animal. Si hubiera publicado su receta para la barbacoa, habría modificado la calidad de vida en el Sur como nosotros la conocíamos, pero la barbacoa —formaba parte inseparable de su pasado y fue eliminada de sus deliberaciones por excesivamente sencilla y pedestre. Nuestras opiniones acerca de qué receta debía ser la elegida para su remisión a las damas de la Liga de Colleton daban lugar a interminables disputas familiares. En cierta ocasión, preparó una *mousse* de camarones que me pareció la mejor que jamás me había llevado a la boca. Savannah, por su parte, prefería una bullabesa que mi madre había cocinado con el producto de un día de trabajo del barco pesquero. Mi padre se mantenía fiel al pollo frito. Mi familia no volvió a vivir otro verano tan feliz. Incluso cuando Joop murió, hubo dulzura en su fallecimiento, serenidad en nuestro modo de llorar, cierta belleza sosegada en su entierro. Lo encontramos muerto en su sillón y le hicimos una caja que decoramos con fotografías de Joop y de todos nosotros juntos, desde la época en que Joop era un cachorro hasta el último año de su vida. Siempre había estado en nuestra compañía, y representaba lo mejor de nosotros, aquella parte capaz de amar sin esperanzas y recompensas. Lo enterramos al lado de nuestros hermanos que habían nacido muertos, y con él enterramos también dos latas de Alpo para que le acompañaran en su viaje e hicieran saber a quienquiera que diese con sus restos que Joop había sido un perro amorosamente cuidado por una familia que lo quería bien.

El día siguiente al entierro de Joop, Luke pescó desde el muelle una caballa de cinco kilos, justo antes de la cena del domingo. Mamá la rellenó de camarones, mejillones y almejas pequeñas, y la escalfó con vino, crema de leche y un puñado de hierbas que eligió al azar. Cuando la comimos, la blanca carne se desprendió ligeramente de las espinas y el marisco estalló con los sabores perfectamente combinados del viñedo, la lechería y el mar. Dos horas antes de comerla, la caballa había estado alimentándose en el río Colleton. Luke halló un camarón entero en su

estómago, ingerido instantes antes de que el pescado mordiera el cebo del anzuelo de Luke. Luke limpió aquel único camarón y mamá lo añadió al relleno, como prenda de buena suerte.

—Ésta es la receta —sentencié yo—. Tiene que ser ésta.

—No sé —discrepó mi padre—. A mí me gusta el pescado frito.

—No podrías conseguir un plato así ni en los mejores restaurantes —dijo Luke.

—¿Y tú cómo lo sabes, Luke? —le provocó Savannah—. Nunca has estado en los mejores restaurantes, si no llamas así a los que sirven maíz amarillo.

—Lo encuentro un poco excesivo —opinó mi madre, masticando lentamente—. Demasiado pesado y demasiado abundante. Y, en algunos aspectos, hasta un poco ordinario. Hoy he leído que la sencillez es siempre la clave de la elegancia, pero me parece que hay cosas que son demasiado sencillas.

—Sí —se apresuró a asentir Savannah—. Fíjate en papá, por ejemplo.

—¡Ja! —exclamó jovialmente mi padre—. Conque la sencillez, ¿eh? Eso debe de significar que soy uno de los hijos de perra más elegantes del condado.

—No —respondió mi madre—, estoy segura de que no quiere decir eso.

—¿Has encontrado alguna receta nueva, mamá? —inquirí.

—He encontrado una para hacer sopa, napolitana, a base de trozos de pulmón, corazón y tráquea de cerdo. Pero he decidido no hacerla.

—Mejor —observó mi padre, con la boca llena de caballa—. Me dan ganas de vomitar sólo de oír cómo está hecha.

—Apuesto a que es buena —replicó mi madre—. Lo desagradable es la idea. Apuesto a que la primera persona que probó los caracoles sintió una leve punzada de repugnancia.

—Apuesto a que vomitó —dijo papá.

A principios de agosto nos anunció, triunfante y serenamente, que por fin había descubierto la receta perfecta. Había descongelado ocho patos salvajes cazados por Luke el invierno anterior. El extracto que hizo con los huesos y partes desechadas de los patos era oscuro como el chocolate y tenía un aroma asilvestrado e impregnado de sol, pero ligeramente abrumador. Añadió algo de vino tinto y un chorrito de coñac, para reducir esta cualidad de salvaje, y luego permaneció sentada una hora entera, rememorando todo lo que sabía acerca del sabor del pato salvaje. Guisó las aves a fuego lento con nabos, cebollas, manzanas ácidas y uvas *scuppernong* que ella misma cogió del emparrado. Meditó sobre los misterios del equilibrio y la proporción que hacen perfecta una comida. Cuando nos sentamos a la mesa, pude percibir su aprensión. Estaba preocupada por las uvas. No había consultado ningún libro de cocina; había osado lanzarse a lo desconocido sin la asistencia de sus ejemplares de Gourmet. Utilizando únicamente aquello que tenía en su despensa, se encontraba librada a sus propias fuerzas.

Lo que a mí me preocupaba eran los nabos, pero mi madre me aseguró que la única carne que conocía capaz de mantener su integridad ante el sabor de los nabos

era precisamente la del pato salvaje. Eso no me importaba en absoluto; el problema era, sencillamente, que a mí jamás me habían gustado los nabos. Sin embargo, la fruta atemperaba el sabor amargo de los nabos y los nabos desempeñaban impecablemente su papel mitigando la empalagosa dulzura de las uvas. La carne tenía el color de las rosas silvestres, y hasta mi padre olvidó por una vez sus cotidianas lamentaciones acerca de las bondades de las frituras y comió con silencioso placer. Era una creación personal de mi madre, era un plato maravilloso, y cuando hubimos terminado de cenar, nos pusimos todos en pie y le dedicamos una ovación. Fue la séptima ovación del verano.

Mamá nos saludó con reverencias y repartió besos desde sus manos, mientras sus ojos relucían con un gozo que rara vez se veía en nuestra casa. En una desacostumbrada demostración de afecto, rodeó la mesa y nos fue besando a todos, uno tras otro. Besó incluso a mi padre y los dos empezaron a bailar un vals, moviéndose hacia la sala, mientras mi madre se reía y tarareaba una melodía recordada de los dulces tiempos de su noviazgo en Atlanta. Mi madre aparecía cómoda y natural entre los brazos de mi padre, y por primera vez advertí qué hermosa pareja formaban. Aquél fue un verano de felicidad exagerada, casi elegíaca, para todos nosotros. En la cocina, mi madre se afanaba sobre los fogones como un alquimista inspirado; mi padre llenaba de camarones la bodega de su barco. Nuestro hogar comenzó a parecer un verdadero hogar, el ancladero que yo había anhelado durante toda mi vida. Fue un verano alegre y tostado por el sol. Mis padres eran apuestos y yo, después de trabajar todo el día capturando camarones, cenaba como un rey todas las noches.

Después de cenar, mi madre tomó un sobre y, sonriendo para sí, escribió en él la dirección del comité que preparaba el libro de cocina. Las puertas de la casa estaban abiertas y una fresca brisa del río penetraba en todas las habitaciones. Contemplé a mi madre mientras lamía el dorso del sello y lo adhería en una esquina del sobre. Luego, advertí que Savannah estaba observándola con aire de tristeza. Savannah volvió la vista hacia mí. Nuestros ojos se cruzaron por un instante en aquella cegadora presencia telepática que a veces conocen los gemelos. Sentíamos que nuestra madre estaba ofreciéndose una vez más como víctima, y éramos impotentes para evitarlo.

La respuesta llegó al cabo de una semana. Supimos que había llegado porque aquella noche, cuando la furgoneta se acercó a la casa, no salía ningún olor de la cocina. La casa estaba vacía, y Luke y yo nos dirigimos al patio trasero y encontramos a Savannah consolando a nuestra madre, que había salido a llorar a solas bajo la parra tras recibir la carta. Savannah nos la entregó a Luke y a mí. Rezaba:

*Estimada Sra. Wingo: El comité y yo le agradecemos de todo corazón que nos haya enviado su «antigua receta familiar» para la preparación del Canard Sauvage de Casa Wingo. Lamentablemente, todas nosotras estamos de acuerdo en que nuestro libro de cocina sólo debe representar lo mejor de*

*la cocina regional, pues no disponemos de espacio para incluir las especialidades exóticas de los mejores cocineros de la ciudad. Muchas gracias por su interés y por su tiempo.*

*Sinceramente, Isabel Newbury*

*P.S. Lila, tienes que decirme de qué libro de cocina has copiado esta receta. Suena absolutamente divina.*

Yo estallé:

—Dile que la has copiado de la Guía de los hongos venenosos de América y que tendrás mucho gusto en servírsela en su próxima merienda.

—¡Esto ya es el colmo! —exclamó Luke—. Cuando vea a su hijo, voy a darle una que se va a cagar.

—Por favor, por favor —intervino mi madre, entre lágrimas—. No quiero que hables así, y su hijo no tiene nada que ver con esto. No tiene importancia, en serio. Estoy segura de que sólo quieren determinados apellidos y determinadas familias en su libro. Me doy por satisfecha con la oportunidad de haber sido tenida en cuenta. Ya es bastante honor haber podido enviar una receta, y no voy a molestarme por una insignificancia como ésta. Tengo demasiado orgullo para darles a entender que me ha dolido su decisión. ¿Qué os ha parecido el nombre de mi plato? Tenía miedo de que resultara un poco rimbombante.

—Ni siquiera puedo entenderlo —respondió Luke, que aún seguía examinando atentamente la carta—. Yo creía que habías preparado pato.

—Me pareció que en francés quedaba más elegante —explicó mamá, enjugándose las lágrimas.

—Es un nombre perfecto para un plato maravilloso —le aseguró Savannah.

Mamá se volvió hacia ella.

—Estoy segura de que les encantaría, si le dieran una oportunidad. ¿No crees, querida?

—Les iba a ser muy difícil saborear el plato donde a mí me gustaría meterse, mamá —dijo mi hermana.

—Quiere decir que se lo metería por sus gordos culos, mamá —tradujo jovialmente Luke.

—Quizá sepan que mis hijos son ordinarios —dijo mi madre, levantándose del banco en que estaba sentada—. Quizá crean que si no soy capaz de controlar a mis propios hijos es que no merezco estar en la Liga.

Luke se acercó a ella y, alzándola en vilo, la besó tiernamente en las mejillas. Entre sus brazos, mamá parecía un maniquí de una tienda de ropa para niños.

—Mamá —dijo Luke, sin soltarla—, me sabe muy mal que te hayas puesto triste por su culpa. No soporto verte llorar. Si vuelven a hacerte otro desplante, me colaré en una de sus reuniones y les daré de patadas en el culo a todas. Las obligaré a comer pato salvaje con nabos y uvas hasta que se vayan volando al sur para pasar el

invierno.

—No es más que un club, Luke —respondió mi madre, arreglándose delicadamente el vestido en cuanto mi hermano la depositó de pie sobre la hierba—. Os juro que le dais más importancia vosotros que yo. Lo único que pretendo es mejorar un poquito nuestra posición para que vosotros podáis tener algunas ventajas que yo no tuve. Si lloraba es porque me parece que he escrito mal el nombre del plato. Tiene algo que no acaba de convencerme. No me he dado cuenta hasta ver que Isabel Newbury había escrito el nombre completo en su nota, como si se tratara de una magnífica broma. Como si este nombre le hubiera hecho reír con ganas. «Casa» es una palabra francesa, ¿no, queridos?

—Sí —contestamos los tres al unísono, aunque ninguno de nosotros sabía decir «francés» en francés.

Aquella noche permanecemos despiertos en la oscuridad, escuchando los vientos que rugían desde el norte y las olas que se estrellaban contra el dique que bordeaba el río. Por debajo del tremendo sonido del viento y el mar, distinguíamos el llanto de mamá en su habitación y el murmullo de las toscas e ineficaces palabras de mi padre tratando de calmarla. Después de cenar, mi madre había averiguado que la palabra francesa que habría debido utilizar era *chez*. Podía soportar casi cualquier humillación, salvo aquellas que delataban las inmensas lagunas de su educación.

—¿Puede alguien explicarme, por favor, por qué mamá desea tanto ingresar en la Liga de Colleton? —pregunté.

—No le gusta ser quien es —contestó Savannah.

—¿De dónde habrá sacado estas ideas? —se extrañó Luke—. No logro entenderlo. ¿De dónde le vienen?

—Las ha recogido por el camino —le explicó Savannah.

—¡Qué diablos! —exclamó Luke—. El año que viene va a ser presidenta del Club de jardinería. Tendría que estar contenta.

—En el Club de jardinería puede ingresar cualquiera —dijo Savannah—. Sólo hace falta ser blanco y saber enterrar una semilla. No, mamá quiere tener lo que no puede conseguir. Eso es lo único que significa algo para ella.

Después, mi familia se vio asaltada por una mala temporada, una temporada letal en que el río nos traicionó a nosotros y a los demás habitantes de Carolina que se ganaban la vida en el mar. Comenzó en enero, seis meses después del pato, con un frío que jamás habíamos conocido. Por primera vez en nuestras vidas, despertamos en una isla cubierta de nieve, diez centímetros de nieve que lo ocultaba todo y había congelado el negro estanque del centro de la isla. La marisma tenía contornos blancos, y las liebres y los ratones de campo que salían en busca de grano eran presa fácil para los halcones. El firmamento era mordiente y grisáceo y durante toda una semana la temperatura osciló en torno a los doce grados centígrados bajo cero. Una rama congelada cortó las líneas que suministraban electricidad a la isla, sumiéndonos en la oscuridad. Vivimos bajo el leve resplandor de los quinqués de queroseno.

Hacíamos grandes fogatas, y mi madre, cuando regresábamos de buscar leña, ponía nuestros zapatos sobre la estufa para que se derritiera la nieve acumulada. En nuestra casa reinaba una sensación de júbilo y una atmósfera de festejo inesperado e ilícito, y las escuelas no abrieron durante cinco días. No había ni una sola máquina quitanieves en todo el estado, ni un solo trineo en el condado de Colleton. En el patio delantero tuvimos nuestra primera pelea con bolas de nieve y construimos nuestro primer muñeco de nieve.

Un negro viejo y artrítico, Clem Robinson, murió de frío a menos de cinco kilómetros de nuestra casa. Antes de que la nieve pudiera fundirse definitivamente, una helada azotó las tierras bajas y nos dio a conocer las traiciones del hielo. Por las noches oíamos el desconsolado sonido de los árboles que se quebraban bajo el peso de su reluciente y antinatural carga. Las ramas se rompían con una violencia sobrecogedora, como el chasquido de un hueso sano. No sabíamos que los árboles pudieran morir bajo una lente de hielo. No sabíamos que pudieran morir ruidosamente, entre secos estallidos que hacían resonar todo el bosque con las detonaciones espectrales de una estación alzada en armas. En el Atlántico, la temperatura del agua cayó por debajo de los siete grados centígrados, y los camarones con que mi padre estaba citado para la siguiente primavera empezaron a morir. Perecieron en incontables miles de millones, y la catástrofe pasó inadvertida hasta que todos los pescadores de Carolina regresaron, en marzo, con las redes vacías. Los camarones no acudieron a las caletas y arroyos en ingentes cardúmenes; parecían llegar de uno en uno o en parejas, y las hembras grávidas, que inundaban de huevos las marismas y se internaban hacia los arroyos de desove impulsadas por el instinto, llevaban consigo la terrible responsabilidad de la preservación de la especie. Aquel año, el banco embargó diecisiete pesqueros por falta de pago y los vendió en subasta pública. En dos semanas de implacable y esforzado trabajo, desde el alba hasta el anochecer, el barco de mi padre no pescó más que veinte kilos de camarones. El mar se había vuelto estéril. Los peces y las aves marinas se comportaban extrañamente. Había insuficiencia y hambre en las mareas. Por primera vez en la memoria de los vivos, los camarones se convirtieron en un manjar exquisito y poco usual en las mesas de Colleton.

En mayo, mi padre dejó de pagar el primer plazo de su barco pesquero y al día siguiente puso rumbo al sur, hacia las aguas de Georgia. Pero también allí las redes proporcionaban una cosecha tan menguada que ni siquiera llegó a capturar suficientes camarones para cubrir el coste del combustible. Siguió hacia el sur, hablando con otros pescadores y escuchando rumores acerca de pescas fabulosas en los cayos de Florida y en las aguas del Golfo. En San Agustín, las autoridades le atraparon faenando en un canal vedado a los pesqueros a causa de las heladas. Había sido un riesgo calculado y un acto de desesperación, y su resultado fue que le confiscaron el barco y le impusieron una multa de quinientos dólares. Mi padre tuvo que emplearse como mecánico de automóviles en un taller de la carretera 17. Tardaría seis meses en

reunir el dinero suficiente para pagar la multa y devolver su barco a las aguas de Carolina. Telefonó a mi madre y le anunció que tendríamos que ocuparnos nosotros de seguir pagando los plazos del barco.

Luke, Savannah y yo iniciamos el ritual de levantarnos a las cinco de la mañana para tender en el río una cuerda de trampas para cangrejos. Luego retirábamos los cangrejos azules de las trampas y los echábamos a un gran barril, en el centro del bote, para cebar de nuevo las trampas con mújol fresco y desechos de pescado. Comenzamos con veinte trampas, y a finales del verano ya teníamos cincuenta de ellas a lo largo de treinta kilómetros de río y arroyos. Dado que éramos nuevos en el río, debíamos respetar los derechos de los pescadores comerciales y poníamos nuestras trampas en remotos canales muy alejados del río en sí. Tras atar boyas blancas a una cuerda, tirábamos de las bien cebadas trampas contra la marea creciente o menguante. Se nos podía seguir de boya en boya por los rincones más desolados y agrestes de nuestro condado. Al principio trabajábamos lentamente y nuestros movimientos eran torpes e inexpertos. Pero nos introdujimos en la tarea, aprendimos el ritmo del trabajo y acabamos adquiriendo una habilidad basada en nuestros errores iniciales. Durante el primer mes, tardábamos diez minutos en vaciar una trampa de cangrejos y volver a cebarla para la siguiente marea; en el segundo, la misma operación nos llevaba apenas dos minutos por trampa. Refinamos nuestros movimientos; aprendimos la elegancia y la economía de los gestos precisos; aprendimos que la pesca del cangrejo, como todo en este mundo, tenía su propia belleza intrínseca, sus propias cualidades de danza. El primer mes no sacamos ningún rendimiento a nuestros esfuerzos, pues invertimos todos los beneficios en comprar más trampas. El segundo mes pudimos pagar el plazo del barco de nuestro padre. Los pescadores veteranos calibraban nuestros progresos cuando llevábamos a pesar las capturas. Al principio, nos hacían blanco de sus risas y sus chistes. En agosto, éramos iniciados de su hermandad. Se congregaban a nuestro alrededor para admirar las ásperas y callosas manos de Savannah. Nos daban certeros consejos. Nos enseñaban los misterios de su rudo oficio. Más tarde, cuando llegamos a dominar los rudimentos, nos honraron con su silencio. Habíamos nacido en el río, y lo menos que se esperaba de nosotros era que hiciésemos bien aquello que nuestro nacimiento nos destinaba a hacer.

No obstante, por mucho que nos esforzáramos sobre las aguas, no lográbamos apaciguar los temores de nuestra madre. No había bastante dinero para pagar las facturas. En septiembre, cortaron la electricidad de la isla. Bajo la leve claridad del queroseno, el rostro de mi madre aparecía vulnerable y preocupado. Poco después, no pudimos pagar el seguro del barco. Cortaron también el teléfono. En la escuela se burlaban de mí porque llevaba unos pantalones demasiado cortos para mi talla. Mi madre buscó trabajo en todos los comercios de Colleton, pero no lo había. Todas las noches, al salir de la escuela, yo iba a los arroyos y lanzaba el esparavel para capturar nuestra cena. Cazamos venados en época de veda, matando incluso a corzas y

cervatos para llevar algo de carne a la mesa. El terror de mi madre, silencioso pero explícito, nos llevaba al borde de la desesperación. No consentía que le habláramos a nadie de la gravedad de nuestra situación, ni siquiera a nuestros abuelos. Las exigencias de su inalterable orgullo le impedían pedir ayuda a los vecinos. Su retirada de la vida ciudadana tuvo algo de aborigen y primitivo. No podía pagar las cuentas de la verdulería o la quincallería, así que, sencillamente, dejó de ir a la ciudad. Se volvió hacia su interior. Sus silencios se hicieron prolongados e inquietantes. Trabajaba en el huerto con obsesiva furia. Todo en nuestra casa cobró un aire de provisionalidad mientras esperábamos que cambiara nuestra suerte. Los camarones regresaron al río y las redes volvieron a hincharse con enormes capturas de camarón blanco, pero nuestro padre seguía tratando de ahorrar el dinero necesario para rescatar su barco de un dique seco de Florida.

El día anterior al de Acción de Gracias, oímos un coche que se acercaba por la carretera del otro lado de la isla y, diez minutos más tarde, se detenía en el patio de casa. Cuatro mujeres impecablemente ataviadas se aproximaron a la puerta. Al abrirla, me hallé ante Bettina Potts, Martha Randall, Thelma Wright e Isabel Newbury, dignatarias las cuatro de la Liga de Colleton, y la señora Newbury me preguntó si podía hablar con mi madre.

Mi madre salió a la puerta y algo murió en sus ojos en el instante en que las vio. Se enjugó las manos en el delantal y las invitó a pasar al interior.

—No podemos quedarnos mucho rato, Lila. Aún tenemos que entregar tres pavos más antes de que oscurezca —respondió Isabel Newbury con voz dulce.

—No comprendo —dijo mi madre, mientras las cuatro damas se aposentaban incómodamente en la sala, observando todos los detalles de la habitación.

—Seguramente sabrás que una de las funciones de la Liga es distribuir pavos el Día de Acción de Gracias entre las familias menos afortunadas del condado, Lila. Hemos querido que a vosotros no os faltara durante estas fiestas —explicó Bettina Potts.

—Tiene que haber algún error, Bettina. A mi familia no le falta nada.

—¿Podrías encender la luz, Lila? —preguntó la señora Newbury—. Es difícil ver bien en esta penumbra.

—Les agradezco que hayan pensado en nosotros, señoras —comenzó mi madre, conteniendo a duras penas su rabia—, pero en este condado hay muchas familias que necesitan de su caridad más que nosotros.

—Por favor, Lila, no lo consideres como una obra de caridad —dijo Thelma Wright—. Considéralo un gesto de buena voluntad por parte de unas amigas que se preocupan por vosotros.

—Por favor, no me hagáis esto —oí rogar a mi madre—. Por favor, os lo ruego.

—Piensa en tus hijos y en su Día de Acción de Gracias, Lila —adujo la señora Potts—. No pienses sólo en ti misma.

Entonces oí alzarse la voz de Luke, una voz temblorosa y preñada de furia



asesina. Luke salió rugiendo de la cocina, gritando:

—¡Salgan de la casa de mi madre!

—¡Qué joven más grosero! —exclamó Martha Randall mientras Savannah y yo salíamos del dormitorio al que nos habíamos retirado.

—No puedo ver las caras de tus hijos con esta luz, Lila —repitió Isabel Newbury—. Enciende alguna lámpara, por favor.

—Mi hijo os ha pedido que os vayáis, Isabel.

—Nos iremos en cuanto te hayamos entregado el pavo —insistió Bettina Potts.

—Entonces, dejadlo en el patio al salir. Ya enviaré luego a uno de los chicos para que lo recoja —replicó mi madre, recobrando la compostura con un gran esfuerzo.

—Nos lo has puesto muy difícil, Lila —observó la señora Randall.

—No es tan difícil como vosotras me lo habéis puesto a mí, Martha —respondió mi madre mientras las señoras se incorporaban para salir.

Dejaron el pavo congelado sobre la hierba y subieron a su automóvil. Oímos el sonido del motor al abandonar el patio.

Mi madre, con lágrimas de rabia en los ojos, se dirigió al armero de la sala y sacó su escopeta de caza. Acto seguido, cogió un puñado de cartuchos, cargó el arma y se guardó los restantes en el bolsillo del delantal. Salió al patio y se quedó mirando el pavo que la Liga de Colleton le había ofrecido como gesto de caridad y de humillación.

—Estaban esperando que sucediera algo como esto. Esperaban su momento —dijo en voz alta mientras se echaba la escopeta al hombro. El primer disparo hizo saltar al pavo al otro lado del jardín; el segundo lo destrozó en mil pedazos.

—Quiero que os acordéis bien de esto, chicos. Así es como son todos ellos. Todos, hasta el último.

Bajó el arma y regresó hacia la casa. No recuerdo que aquel año hubiera cena de Acción de Gracias.

A finales de diciembre, después de que mi padre hubiera regresado de Florida, una tortuga mordedora encalló en la marisma, junto a nuestro embarcadero. La tortuga ya estaba muerta cuando la encontramos. Papá nos ordenó a Luke y a mí que la retirásemos antes de que comenzara a descomponerse e impregnara el patio con su hedor. Aquella mañana, durante el desayuno, había leído en las notas de sociedad que Reese e Isabel Newbury, con su hijo Todd, estaban pasando sus acostumbradas vacaciones de invierno en Barbados. Fue Luke quien vio la relación entre la tortuga y Barbados. Luke y yo alzamos la tortuga mordedora y la colocamos en el Boston Whaler, y más tarde, antes de irnos a la cama, Luke nos reveló su plan a Savannah y a mí.

Nos levantamos a las tres de la madrugada y salimos de casa por la ventana del dormitorio. Bajamos sigilosamente al embarcadero y dejamos que la corriente nos arrastrara durante casi medio kilómetro antes de que Luke pusiera en marcha el motor. Luego, sacó el bote al canal principal y enfiló hacia las luces de Colleton, al

otro lado del río. Abrió la válvula del acelerador y volamos con la marea alta sobre un mar ligero y agitado. Íbamos riendo cuando pasamos bajo el puente, pero, a medida que nos aproximábamos al embarcadero del final de la calle de las Mareas, fuimos quedando en silencio. Luke paró el motor y derivamos los últimos treinta metros hasta la orilla, donde salté y amarré el bote al muelle comunal. Sacamos la tortuga de la embarcación y, deteniéndonos frecuentemente a descansar, cruzamos las oscuras y desiertas calles de nuestra ciudad hacia la mansión de los Newbury. Así pasamos bajo los robles que formaban un verde dosel sobre la más elegante hilera de casas entre Savannah y Charleston. A lo lejos, en la ciudad, ladraban algunos perros. Yo me hice un corte en la mano con uno de los percebes adheridos al caparazón de la tortuga. El aire era frío, y en algunas ventanas se veían brillar las luces de los árboles de Navidad.

Cuando llegamos a casa de los Newbury, dejamos la tortuga en el patio posterior y Luke y yo fuimos a comprobar si había alguna ventana abierta. Luke se encaramó por una de las columnas, y en el segundo piso encontró abierta la ventana de uno de los cuartos de baño. Savannah y yo oímos un sonido en la puerta trasera y vimos a Luke que nos llamaba por señas. Levantamos de nuevo la tortuga y, moviéndonos tan deprisa como podíamos, subimos por la escalera de atrás. Nos dirigimos directamente al dormitorio principal, donde Luke ya había retirado cuidadosamente el cobertor de la inmensa cama con dosel de Reese e Isabel Newbury. Depositamos la tortuga entre las sábanas y le colocamos una almohada bajo la cabeza. A continuación, la cubrimos con las mantas. Savannah graduó la válvula del radiador a plena potencia. Luke había encontrado uno de los gorros de dormir de la señora Newbury y lo encasquetó gallardamente en la enorme cabeza del animal. La habitación olía como la bodega de un barco camaronero. La tortuga ya había empezado a pudrirse. Cuando nuestra madre nos llamó para el desayuno, estábamos los tres en nuestras respectivas camas.

Cuando regresaron de su viaje anual a Barbados, los Newbury no pudieron vivir en su hogar durante más de seis meses. Tampoco volvieron más a Barbados. La descomposición de la tortuga, en el intenso calor del cuarto, había sido horrenda. La cama con dosel y los colchones tuvieron que ser quemados. Durante todo un mes, ninguna doncella pudo entrar en la habitación sin vomitar. Reese Newbury ofreció un millar de dólares a cualquiera que pudiera proporcionar informes que condujeran al arresto y condena de la persona que había dejado la tortuga en su cama. La *Colleton Gazette* publicó un editorial condenando el hecho. Nunca he visto a mi madre más contenta que mientras leía aquel editorial.

En el siguiente cumpleaños de mi madre, Savannah le compró un ejemplar del libro de cocina editado por la Liga de Colleton. Era un regalo de parte de los tres. Cuando tomó el libro entre sus manos, vi aparecer de nuevo en sus ojos la antigua mirada de dolor y decepción.

El regalo la había perturbado, y comprendí que se preguntaba si acaso pretendíamos burlarnos de ella.

—Ábrelo por la última página, mamá —le pidió Savannah—. Luke, Tom y yo te hemos escrito una receta.

En la última página, Savannah había copiado la receta completa del *Canard Sauvage* Chez Wingo. En la página de enfrente figuraba otra receta inventada por nosotros:

### **TORTUGA MORDEDORA CHEZ NEWBURY**

*Tómese una tortuga mordedora, a poder ser bien madura. Elija una noche oscura y lleve la tortuga al otro lado del río mientras sus padres están durmiendo. Vaya con cuidado para no ser visto por nadie. Encuentre una ventana sin cerrar. Abra la puerta de atrás. Coloque la tortuga en una cama con dosel y ponga la calefacción al máximo. Deje cocer la tortuga hasta que quede bien hecha, normalmente un par de semanas. Sírvala con picatostes y un vino tinto de fuerte graduación. Desee a su madre un feliz cumpleaños. Dígale que la quiere. Acuérdesse del pavo.*

*Con todo cariño, Savannah, Luke y Tom*

Siempre creeré que aquella receta constituyó el primer auténtico poema de mi hermana. Al principio, mi madre nos riñó, exclamó a grandes voces que pretendía educarnos para que fuésemos ciudadanos decentes y respetuosos de la ley y no rateros nocturnos, nos amenazó con contárselo todo a Reese Newbury y cobrar la recompensa, nos dijo que deberíamos ir a entregarnos al sheriff, que una vez más habíamos deshonrado a la familia y que íbamos a convertirla en el hazmerreír de Colleton. Luego dejó de regañarnos y leyó de nuevo la receta. De pronto, comenzó a emitir risitas de colegiala y ya no pudo contenerse. Nos atrajo a los tres a la vez y nos estrechó en un infrecuente abrazo físico. A continuación, nos susurró (y en aquel susurro había tanta furia como excitación):

—Mis hijos son algo serio. Es posible que Lila Wingo no sea nada, pero, por Dios, sus hijos son cosa seria.

Justo en mitad de una adolescencia problemática, Bernard Woodruff conseguía convertir la tarea de enseñarle a jugar a fútbol en un verdadero placer. Era uno de esos muchachos inseguros y lastimados que solamente necesitan una pequeña oportunidad para conquistar la admiración de sus iguales. Anhelaba ser un deportista, y por grandes que fueran los esfuerzos que yo le exigía pronto aprendió a pedirme más. Parte de su entrenamiento consistía en dominar la difícil asignatura de ganarse la buena voluntad y el respeto de los entrenadores con su inextinguible entusiasmo. Los entrenadores eran gente sencilla, le expliqué a Bernard, y pretendían que todos sus muchachos se condujeran como fieras rabiosas en el campo de juego y como perfectos caballeros en los salones de la escuela. En el campo, los entrenadores querían ver un aura deliberada de intrepidez; fuera del campo, recompensaban la tranquila virtud de la cortesía. Los entrenadores querían que uno se cargara al rival que llevaba el balón, pero que luego ayudara a retirarlo del campo y le mandara al hospital una atenta carta llena de buenos deseos y sin faltas de ortografía. Si no eres un gran atleta, le dije a Bernard, al menos finge serlo. Los grandes atletas no tienen necesidad de ser también actores, pero el resto debemos serlo, le expliqué durante la primera semana mientras le enseñaba a comportarse y a pensar como un atleta.

Le instruí en los rudimentos del juego, y comenzando desde el principio, avanzando lentamente, procedí a enseñarle a aquel muchacho todo lo que yo sabía acerca del fútbol. El primer día empezamos con la postura de tres puntos y durante una hora estuvimos practicando el lanzamiento de tiros bajos desde esa postura. Le expliqué la forma correcta de arrojar un balón de fútbol, la manera de alzar el brazo, el número de pasos que debía retroceder hacia la protección del área defendida, cómo tenía que avanzar hacia el receptor en el momento de lanzar el pase y cómo tenía que cubrir el balón cuando se deshacía la protección del pase. Di comienzo al largo proceso de enseñarle a Bernard cómo jugar en todas las posiciones del campo, tanto las ofensivas como las defensivas. Mi hermana seguía negándose a verme, así que yo disponía de abundante tiempo libre. Me hacía bien volver a entrenar de nuevo, y me complació descubrir que Bernard poseía una buena velocidad de carrera, que era capaz de lanzar espléndidos pases y que necesitaba un entrenador tan desesperadamente como yo necesitaba un equipo.

Le enseñé a correr en un esquema de pase frente a un defensa posterior más rápido y a pasar y bloquear frente a un defensa delantero que cargara contra él. Nos tomábamos las cosas con calma, de una en una, repitiéndolo todo cada día hasta que los movimientos de Bernard en el terreno de juego llegaron a parecer instintivos en vez de ensayados.

Todas las mañanas nos encontrábamos a las ocho, y siempre estaba allí

esperándome cuando yo llegaba al parque trotando desde el Village. Terminábamos nuestras sesiones de prácticas con una serie de carreras cortas para ejercitar los pulmones, en las que Bernard y yo competíamos sobre la distancia de cuarenta yardas. El primer día hicimos diez carreras y yo gané en seis de ellas; el viernes de la misma semana, Bernard me ganó en siete. Al terminar el entrenamiento, le pagaba una Coca-Cola, y lo mandaba a su casa para que se duchara antes de comenzar sus clases de violín. Como entrenador suyo, le enseñaba a aceptar con docilidad una fría y agotadora disciplina; debido a su gran interés, y para su grata sorpresa, Bernard descubrió que le encantaba. Al terminar la primera semana, empezaba a considerarse a sí mismo jugador de fútbol. Yo lo había convertido en algo que no era lo que se esperaba de él, y él me devolvía el favor haciendo que me sintiera otra vez entrenador. Su lenguaje seguía molestándome, y me hacía demasiadas preguntas. Le costaba muchísimo aprender los elementos básicos del juego. Pero no cesaba de intentarlo y estaba inflamado de amor por el deporte. Me excitaba y me hacía comprender de nuevo el misterio de por qué me gustaba tanto enseñar a los jóvenes los rudimentos de un juego al que había jugado en mi niñez. Si un muchacho se dirigía a mí de buena fe y verdaderamente quería aprender a jugar a fútbol, yo hacía de él un jugador mejor de lo que él había supuesto que llegaría a ser jamás. Encendía en él un fuego que hacía que los demás muchachos detestaran verlo sobre el mismo terreno de juego. Yo tenía la certeza de que había estudiantes de Phillips Exeter, entonces durmiendo en su cama, de Newport o Westchester, que al llegar el otoño lo pasarían mal porque Bernard Woodruff había dedicado el verano a aprender las sutilezas del juego en Central Park.

Durante diez días apliqué todos mis esfuerzos a poner a Bernard, y a mí mismo, en buena forma. Al cabo de ese tiempo, fui a hablar con su madre para pedirle que le comprara un equipo a su hijo.

Desde que entrenaba a su hijo, cada vez que acudía a la consulta de Susan Lowenstein trataba de decidir cuáles de sus rasgos había transmitido a Bernard. Sin duda el muchacho había heredado las largas piernas de su madre, sus labios carnosos, los oscuros y expresivos ojos y la tez, tan suave como urda fruta recién cogida. Salvo por su habitual mueca de desdén, era un muchacho excepcionalmente apuesto. Cada mañana, nuestro primer ejercicio consistía en que Bernard practicara su sonrisa conmigo.

Lo hacía de mala gana, como si sonreír fuese un ejercicio insoportable. Era la única parte de las sesiones que parecía desagradarle profundamente.

Empezaba ya mi cuarta semana en Nueva York sin que Sallie me hubiera telefoneado ni escrito una sola vez. Yo elaboraba complejos planes para pintar el apartamento de Savannah, y tras completar uno de mis diarios había comenzado otro volumen. Todas las semanas escribía una carta para Savannah, en Bellevue, y la metía en un paquete con el resto del correo que recibía en el apartamento. Por las mañanas, hacía ejercicio y entrenaba a Bernard; entrada la tarde, iba andando hasta la

consulta de su madre y seguía relacionando los alaridos de mi hermana grabados en la cinta con los sucesos de su infancia. También leía libros maravillosos, de los tres mil volúmenes que componían la biblioteca de mi hermana. Comenzaba a poner en orden mi lastimada vida. Por primera vez en un año, comencé a tener sueños en los que volvía a dedicarme a la enseñanza. Me encontraba en un aula y el tema era Tolstoi, y yo explicaba a una clase formada por todos aquellos estudiantes que me habían querido como maestro que la razón de que Tolstoi fuese grande era su carácter de hombre apasionado. ¿Por qué, me preguntaba, yo mismo me apasionaba más cuando hablaba de los libros que había amado? En el sueño, la respuesta era fácil: aquellos libros me hacían honor, aquellos libros cambiaban mi vida. Los mayores escritores se sentaban conmigo a solas, y con su propia voz me explicaban todo lo que había que saber acerca del mundo. Cuando despertaba del sueño, me daba cuenta de que no tenía ningún aula en la que entrar cuando algún libro nuevo se posesionaba de mí. Para estar completo, necesitaba estudiantes. Comencé a escribir de nuevo cartas de solicitud de empleo a todas las escuelas secundarias de Charleston. Como profesor, había sido un hombre feliz. En aquellos momentos, sólo me sentía disminuido.

Cuando terminé de referirle a Susan los infructuosos esfuerzos de mi madre para ser admitida en la Liga de Colleton, la doctora echó una ojeada a su reloj.

—Creo que, por hoy, ya hemos consumido nuestro tiempo, Tom —dijo. Tras una pausa, añadió—: ¿Sabe cuál es el detalle que más me choca en la historia que acaba de contarme? El hecho de que su familia estuviera suscrita a *Gourmet*.

—No olvide que mi abuela estuvo tres años viajando por el mundo y eso le dio toda clase de ideas extrañas —respondí—. A mí me pareció mucho más raro que le regalara una suscripción a *The New Yorker*. ¿Quién iba a suponer entonces que un día Savannah pasaría buena parte de su vida adulta en los más renombrados asilos de locos de Nueva York?

—Ha estado usted escribiéndole a Savannah, Tom —dijo Susan.

—En efecto, Lowenstein —asentí, enojado por su tono de reprobación—. Comprenda, se trata de mi hermana, y en mi familia mantenemos una larga tradición de escribir cartas cuando queremos decirle a una persona que la queremos y le deseamos lo mejor.

—Sus cartas la están alterando —prosiguió—. Ayer recibió una de su madre, y tuvieron que suministrarle sedantes.

—Es lógico —dije yo—. Cuando uno lee una carta de mi madre, empieza a rezumar culpa por todos los poros. Mis cartas, por el contrario, son un modelo de decoro. Poseo una gran experiencia en calmar las susceptibilidades de los lunáticos, incluso cuando se trata de parientes míos.

—Savannah no es una lunática, Tom. Es sólo una mujer sumamente perturbada.

—Lo he dicho en broma, Lowenstein. —No tiene gracia.

—Reconozco que no es un humor de categoría internacional, Lowenstein, pero

¡Dios mío!, resulta difícil ser gracioso con una persona a la que le han extirpado quirúrgicamente el sentido del humor.

—La mayoría de las cosas no me divierten —dijo ella—. No puedo evitarlo.

—Sí que puede, Susan —protesté—. Y, puesto que nos hemos encontrado en la situación de tener que vernos a diario, bien podría aprovechar para mejorar su personalidad.

—¿Y cree que usted, Tom Wingo de Carolina del Sur, puede ayudarme a mejorar mi personalidad? —inquirió, con voz cargada de ironía.

—Advierta que prefiero pasar por alto su despectiva mención de mi estado natal y atenerme a la cuestión. Mire, Lowenstein, yo soy un hombre muy divertido. Hay veces, cuando cuento un chiste o salto de pronto con un sorprendente y jocoso juego de palabras, en las que no le costaría nada responderme con algo tan sencillo como una sonrisa. Fíjese que no le pido carcajadas estentóreas. Aparte de eso, la considero un ser humano perfecto.

—Bernard me ha contado que le obliga a hacer prácticas de sonreír todos los días, Tom —comentó, y me dirigió una sonrisa.

—¿Por qué sonrío ahora? —quise saber.

—Porque Bernard se queja de tener que hacerlo —respondió—. Dice que le hace sentir como un idiota verse obligado a sonreír veinticinco veces antes de que usted le permita tocar el balón.

—Está muy guapo cuando sonrío —dije yo—. En cambio, cuando pone esa cara de desprecio parece un matón callejero.

—¿Le gustaría que yo también sonriera veinticinco veces antes de comenzar nuestras sesiones? —preguntó, para pincharme.

—Está usted estupenda cuando sonrío, Lowenstein —le aseguré.

—¿Y cómo estoy cuando no sonrío?

—Absolutamente sensacional —respondí—. Pero me alegraría mucho que Bernard y usted disfrutaran, un poco más de sus vidas. De paso, Susan, ¿querría invitarme a cenar en su casa alguna noche que Herbert esté fuera de la ciudad?

—¿Por qué? —replicó.

Comprendí que mi petición le resultaba inquietante.

—Porque Herbert no sabe que su hijo es un defensa y supongo que usted prefiere que siga sin saberlo.

—Mañana por la noche tiene un concierto en Boston.

¿Le va bien mañana?

—Permítame que prepare una cena fabulosa —le rogué—. Comeremos como reyes.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Tom? —inquirió.

—¿Acerca de la cena?

—No, acerca de mi hijo —contestó—. ¿Cree que está dotado para el fútbol?

—Sí —dije yo—. Para gran sorpresa mía, Bernard no es nada malo.

—¿Por qué le sorprende tanto?

—Porque no se ha criado precisamente en casa de Bear Bryant, ¿verdad? —respondí.

—¿Quién es Bear Bryant? —se extrañó ella.

—Lo pregunta en broma, ¿no, Lowenstein? —dije yo, totalmente atónito—. Quiere burlarse de mí. No, perdóneme. En el lugar de donde vengo, no conocer a Bear Bryant sería como si su marido no supiera quién es Yehudi Menuhin. Se trata de un entrenador de fútbol.

—¿Qué es una línea de choque? —preguntó a continuación.

—¿Por qué diablos le interesa saber eso, Susan?

—Porque cada vez que trato de hablar con Bernard acerca de su interés por el fútbol, me mira como si yo fuera la tonta del pueblo —me explicó—. Ahora Bernard sólo habla de fútbol, de cosas rarísimas, como tácticas de despliegue, jugadas de potencia, pases cubiertos o *buttonhooks*. Es como si repentinamente se hubiera marchado a algún país extranjero.

—Está aprendiendo bien la jerga, doctora —observé.

—¿Es imprescindible que levante pesas, Tom?

—Sí —contesté—. Forma parte de la disciplina, Susan.

—¿Qué piensa de Bernard, Tom? Me gustaría que contestara con sinceridad. —Su voz era cruda y tensa.

—¿Con cuánta sinceridad?

—Tanta sinceridad como pueda sin hacer que me enoje con usted —respondió. Creí que iba a sonreír, pero no lo hizo.

—Es un buen chico, Susan.

—Un poco más de sinceridad, Tom —me urgió—. Seguramente ya se habrá dado cuenta de que soy más dura que eso.

—Es desdichado, Susan —contesté. Su rostro había quedado en la penumbra—. Por razones que se me escapan, parece profundamente desdichado. De algún modo, su desdicha me afecta; tal vez porque concuerda con la mía, tal vez porque soy capaz de ver una salida para Bernard mientras que no encuentro ninguna para mí.

—Me refirió lo que le dijo el primer día —prosiguió—. Estaba furiosa con usted. Me dijo que le hizo llorar dos veces.

—Me faltó al respeto —le expliqué—. No sé cómo entrenar a un chico que no demuestra una mínima cortesía. Le exigí que fuera cortés conmigo. No le causará daño permanente, se lo prometo.

—Estuvo sometido a terapia durante tres años, Tom —me informó en un susurro.

—Pues no acabó de dar resultado, doctora. Hay algo que falla. Todo en Bernard proclama abandono. Jamás en su vida se ha sentido respaldado. A veces, incluso respirar le resulta doloroso.

—Lo sé —admitió—. Me pareció que le iría bien marcharse a estudiar fuera. Me pareció que así tendría la oportunidad de hacer amigos. ¿Sabía que nunca ha pasado



una noche fuera de casa con algún amigo? Ha sido un chico difícil desde el día en que nació. Nunca fue dulce y mimoso como otros niños que veía en el parque. Hay algo en Bernard que jamás he llegado a conocer en toda mi vida, algún lugar solitario.

—Esa soledad, ¿le viene de usted o de Herbert? —inquirí.

—La soledad le viene de mí.

—El fútbol es un deporte en el que nadie puede sentirse solitario —observé—. Quizá sea eso lo que atrae a Bernard. Sé que a ustedes les molesta que juegue a fútbol, pero es algo que produce en él un acorde de belleza. Y es cosa exclusivamente suya. Lo decidió sin pedir permiso a sus padres. No estoy mintiendo cuando le digo que me parece que Bernard es desdichado, pero cuando le hago practicar pases largos o hacer carreras de entrenamiento el chico es más feliz que un cerdo en la mierda.

—Tom —comentó ella—, nunca he asistido a un partido de fútbol.

—No se ha perdido nada, Lowenstein —dije yo.

—Y no pienso asistir a ninguno en el futuro —añadió.

—¿Hacemos una apuesta? —le propuse—. Apuesto a que Herb y usted irán el año que viene a Phillips Exeter para ver jugar a Bernard.

Emitió un ruidoso gruñido y exclamó:

—¿Eso será antes o después de divorciarnos?

Extendí la mano y cogí el bolso de la estantería, detrás de su escritorio, para depositarlo en el centro de la habitación. Con un gesto a Susan para que se levantara, la situé a un lado del bolso y yo me coloqué justo enfrente de ella.

—Muy bien, Susan —comencé, señalando el bolso y adoptando una postura de tres puntos—. Este bolso es el balón. Usted es el equipo que defiende y yo soy el equipo atacante. Voy a intentar coger el balón y llevarlo más allá de la línea de gol que tiene a su espalda. Usted tratará de detenerme. Su equipo siempre debe alinearse a ese lado del balón hasta que el balón haya sido movido por mi equipo. Mi equipo siempre debe alinearse a este lado del balón hasta que el balón entre en juego.

—Tom, todo esto es insoportablemente aburrido —protestó, pero estaba riéndose.

—No vuelva a interrumpir al entrenador, Lowenstein —le advertí—, o la pondré a correr alrededor del depósito de Central Park. El lugar del campo en que queda situado el balón se conoce como línea de choque. ¿Me sigue?

—No he entendido ni una palabra de lo que ha dicho —replicó.

—Lowenstein, es antinorteamericano no saber que es una línea de choque.

—Quizá sea que su talento de entrenador está un poco oxidado —sugirió.

—Podría ser —admití—, pero todavía sé unas cuantas cosas. Mañana por la noche, fíjese en los ojos de Bernard después de la gran sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —quiso saber.

—Es un momento sagrado para cualquier deportista —le expliqué—. Mañana por la noche entregaré los uniformes y accesorios a los chicos que han logrado ingresar en el equipo. Bernard está ya con los titulares. ¿Quiere que le traiga un libro sobre los principios básicos del fútbol, Susan?

—No lo haga, por favor-respondió, aproximándose hacia mí, mientras me incorporaba, para tocarme ligeramente el brazo.

—Fuera de juego —sentenció. En mi interior, sentí que un deseo se agitaba como una bestia casi extinta que despertara por fin de una larga y dificultosa hibernación.

Mi vida no empezó realmente hasta que reuní las fuerzas suficientes para perdonar a mi padre por haber convertido mi infancia en una larga marcha de terror. El hurto no es un crimen difícil de perdonar, salvo cuando lo hurtado es la propia infancia. Sin miedo a equivocarme, puedo afirmar que el mío fue un padre temible y destructor. Con todo, no deja de ser uno de los misterios de la vida el que un día llegara a sentir una duradera compasión por aquel hombre y un amor nervioso y deshilachado. Las columnas que sustentaban su dominio y su poder eran sus puños. Pero sus ojos eran los ojos de mi padre, y siempre hubo en ellos algo que me amaba aun cuando sus manos no podían hacerlo. Mi padre no aportó ningún talento natural al dilema de amar debidamente a su familia. No había cultivado ninguno de los tiernos dones de la paternidad, y confundíamos sus canciones de amor con himnos de batalla. Sus intentos de reconciliación eran tomados por breves e insinceras treguas en una feroz guerra de desgaste. Carecía por completo de tacto y de ternura; había minado todos los puertos, todos los accesos a su corazón. Solamente cuando el mundo le hizo caer de rodillas pude extender mi mano y tocar el rostro de mi padre sin que él ensangrentara el mío. Al cumplir los dieciocho años ya sabía todo lo que hay que saber sobre un estado policíaco, y únicamente cuando me fui de su casa finalizó el prolongado estado de sitio.

Cuando nació Jennifer, mi primera hija, Savannah voló desde Nueva York para ayudar a Sallie cuando regresara del hospital a casa. Brindamos con coñac por la salud de Jennifer, y Savannah, con voz teñida de una tristeza inefable, me preguntó:

—¿Quieres a papá, Tom?

Tardé un largo momento en contestar, pero finalmente le dije:

—Sí. Le quiero. Te aseguro que quiero al muy idiota. ¿Le quieres tú, Savannah?

También ella tardó algún tiempo en responderme, y también dijo:

—Sí, Tom. Es la cosa más extraña del mundo. También yo quiero a papá, y no tengo la menor idea de por qué.

—Quizá sea por alguna deficiencia cerebral —sugerí.

—Quizá sea porque hemos comprendido que no podía evitar ser quien era. Al amarle, no hacemos sino ser lo que somos, y tampoco podemos evitarlo.

—¡Ca! Yo creo que es una deficiencia cerebral —concluí.

Hombre corpulento y de tez encarnada, Henry Wingo parecía llenar con una superabundancia de energía cualquier habitación en la que entrara. Se tenía por un hombre que se había hecho a sí mismo y por la sal de la buena tierra sureña. Le faltaban todas aquellas profundidades, incomunicables y límpidas, que tal vez la introspección podría proporcionarle. Se precipitaba temerariamente contra el mundo a todo gas, maníaco y exuberante, inclinándose hacia el interior de las casi

infranqueables galernas suscitadas por la violencia de su paso. No era tanto un padre como una fuerza de la naturaleza, y la escala de Beaufort siempre indicaba peligro de huracanes cuando él entraba en el hogar de mi infancia.

Pero, puesto que no existía un sistema establecido para calibrar mi odio secreto hacia él, pronto descubrí las estrategias del silencio y la desaparición. Tomé lecciones de mi madre sobre las acciones de retaguardia y aprendí el arte mortífero del francotirador examinando a mi padre ocultamente con los sublevados e implacables ojos de un niño lastimado. Le estudié a través de una mira telescópica que apuntaba a su corazón. Lo que sé del amor humano, lo adquirí en primer lugar de mis padres; con ellos, el amor era una privación y un agostamiento. Mi infancia se caracterizó por el desorden, el peligro y los avisos a pequeñas embarcaciones.

Los fracasos parecían simplemente estimular a mi padre. Mi hermana describía este rasgo con la expresión «el toque de Sadim». No recuerdo cuándo acuñó tal frase, pero debió de ser en la escuela secundaria, cuando adoptó con entusiasmo la falta de respeto como método para expresar con mayor claridad sus ideas y opiniones. Con la llegada del otoño, al terminar la temporada de pesca, mi padre dedicaba toda su atención a nuevos y más creativos sistemas para mantener a su familia. Su cerebro rebosaba de proyectos irrealizables para ganar dinero rápida y fácilmente. Planes, ideas y programas de acción manaban de él en incesante fluir, y nos prometió a todos sus hijos que al terminar la escuela secundaria seríamos millonarios. Fundamentaba toda su vida en la premisa de que sus ideas, brillantes y originales, serían fuente de incalculables riquezas y honores para todos nosotros. Por lo demás, aportó a la empresa norteamericana un rasgo que muy poca gente poseía: jamás aprendió ni una sola lección de sus errores. Todos sus fracasos, y hubo docenas de ellos, solamente servían para persuadirle de que estaba a punto de llegar su hora de gloria y que su aprendizaje en los crudos ambientes comerciales estaba tocando a su fin. Lo único que necesitaba, según nos decía una y otra vez, era un poco de suerte.

Sin embargo, sentado al timón de su nave, cuando el amanecer derramaba sus finos matices sobre las aguas y las cabrias gemían bajo el peso de las redes, mi padre era el perfecto señor de su entorno. El tiempo pasado en el río había dejado su marca sobre él, y siempre habría de parecer diez años más viejo de lo que era. Cada año, su rostro torturado por el viento cedía un poco más en los contornos, y el sol de mediodía de Carolina aflojaba y despellejaba las bolsas bajo sus ojos. Su tez era dura, como un cuero curtido, y parecía que uno pudiera encender una cerilla raspándola sobre su hirsuta barbilla sin afeitarse. Sus manos eran ásperas y sus palmas estaban recubiertas de sucesivas capas de callos del color del pergamino. Era un esforzado pescador de camarones, y como tal muy respetado, pero su talento no era anfibio: no le seguía a tierra firme. Desde muy joven, mi padre se obsesionó con la idea de abandonar el río; para él, la pesca fue siempre una solución «provisional». Ni mi padre ni mi madre pudieron admitir jamás que pescar camarones era una hermosa manera de vivir. Se mantuvieron siempre al margen de la fraternidad de pescadores,

renunciando a todas las alianzas naturales que tan corrientes son entre iguales. Los pescadores y sus esposas, por supuesto, eran demasiado vulgares para los especiosamente cultivados gustos de mi madre. Mis padres no tenían amigos íntimos. El uno junto al otro, se pasaban la vida esperando que cambiara su suerte, como si la suerte fuese una especie de marea fabulosa que algún día inundaría y consagraría las marismas de nuestra isla, bautizándonos con los iridiscentes ungüentos de un destino encantado. Henry Wingo tenía como dogma de fe que él era un genial hombre de negocios. Jamás el concepto básico de hombre alguno acerca de su propia persona ha sido tan descorazonadoramente erróneo ni ha causado tan prolongado e innecesario pesar a él mismo y a su familia.

Cuando mi padre no estaba en el río, era capaz de tomar magníficas ideas y ejecutarlas desastrosamente con, al parecer, muy poco esfuerzo por su parte. Algunos de sus proyectos habrían podido funcionar; eso, casi todo el mundo lo admitía. Inventó y construyó máquinas para descabezar camarones, para descascarar cangrejos, para limpiar el pescado, y todas ellas funcionaban... hasta cierto punto. Ninguna fue un fracaso total ni un éxito resonante. No eran sino un puñado de máquinas de extravagante apariencia que llenaban desordenadamente el pequeño taller que había construido detrás de la casa.

Y, sin embargo, era en el río donde mi padre tejía sus más fabulosas y desencaminadas ideas en una interminable libre asociación de palabras, mientras guiaba su embarcación por los poco profundos canales en la oscuridad de la madrugada. Sentado al timón, escuchaba el zumbido del diésel y dirigía su barco por los canales, desprovistos de marcas, que conducían al cauce principal del río. La marisma era una presencia enorme, pero invisible, y mi padre, en el lóbrego reducto de la timonera, aprovechaba esa dulce hora de la mañana en que los pájaros aún no han sido despertados por la salida del sol sobre el Atlántico para enzarzarse en largos monólogos. Cosa rara entre los pescadores, llevaba consigo a sus tres hijos siempre que podía arrebatarnos del control de nuestra madre, y creo que nos llevaba para mitigar el filo de la soledad en la vida del pescador.

En las madrugadas estivales, bajo la estrellada oscuridad, mi padre nos despertaba suavemente y, tras vestirnos en silencio, salíamos de la casa estampando levemente nuestras pisadas sobre el rocío del patio. En la parte de atrás de la furgoneta, escuchábamos la radio mañanera mientras nuestro padre avanzaba por la pista de tierra que conducía al puente de madera, al otro lado de la isla. Respirábamos el aire de las marismas oyendo al locutor que leía el parte meteorológico y los avisos para pequeñas embarcaciones situadas entre el cabo de Hatteras y San Agustín, anunciaba la velocidad y la dirección del viento y proporcionaba a todos los pescadores, en un radio de ciento cincuenta, kilómetros, las cifras exactas que necesitaban conocer. Lester Whitehead, que llevaba quince años trabajando para mi padre, ya estaba cargando las bodegas con doscientos cincuenta kilos de hielo cuando nosotros llegábamos. Las redes pendían de los alzados botalones como oscuras casullas. Al

recorrer el largo camino de tablones entre la zona de aparcamiento y el muelle, olíamos el gasóleo, el café que hervía en las cocinillas de las embarcaciones y, sobre todo, el abrumador aroma del marisco fresco. Pasamos junto a la gigantesca balanza, plateada bajo la luna, donde, a nuestro regreso con las capturas del día, nos esperarían las mujeres negras capaces de descabezar los camarones más deprisa de lo que la vista podía seguir. Aquel penetrante perfume de pescado y camarones frescos siempre conseguía que la caminata hasta el barco me pareciera un paseo submarino, un paseo en el que respiraba inmaculadas mareas de sal por todos los poros de mi piel. En tanto que hijos de un pescador de camarones, sólo éramos una especie más de las muchas que componían la fauna marina de las tierras bajas.

Cuando mi padre daba la orden y oíamos que el motor cobraba vida de pronto, soltábamos las amarras y saltábamos a bordo mientras el barco ponía proa hacia los estrechos y canales que configuraban nuestro acuático reino salpicado de islas. A nuestra derecha quedaba la dormida ciudad de Colleton y las mansiones y comercios de su calle de las Mareas. Mi padre tocaba entonces la sirena, para que el cuidador del puente levadizo lo abriera ante el señorial paso del Miss Lila rumbo al mar. La embarcación de mi padre era una belleza de diecinueve metros, con un calado increíblemente pequeño para su tamaño. Desde nuestra más temprana edad, mi padre nos hizo aprender a los tres las cifras esenciales de su barco, antes de conferirnos una posición oficial como miembros de su tripulación. La pesca del camarón siempre conlleva un incansable culto a la numerología, y cuando los pescadores hablan de sus barcos siempre intercambian números arcanos que definen las capacidades de sus respectivos navíos. El motor principal de mi padre era un Buda 6-386DAMR-844 fabricado por la Allis-Chalmers Company de Boston, capaz de proporcionar 188 caballos de vapor a 2.100 rpin. El engranaje de reducción era un Capitol de 3.88:1. El eje de bronce accionaba una hélice federal de cuatro aspas, de 44 por 36 pulgadas. La bomba de sentina principal era una Jabsco de 1 1/4 pulgadas. En el castillo había una rueda de timón Marty de 42 pulgadas, una brújula Ritchie, controles Marmac para la válvula de aceleración y el embrague y un piloto automático Metal Marine. Había también una sonda de profundidades Bendix DR16 y una radio Pearce Simpson Atlantic 70. Sobre cubierta, el Miss Lila llevaba un doble torno izador Stroudsburg 112, cable Wickwre y cuerdas de cáñamo Wall. El anda era una Danforth de 65 libras y la sirena una Spartan de 32 voltios. En el lenguaje de los pescadores, había otras marcas comerciales que impartían una información específica: bloques de cilindros Oil City Brass, baterías Surette Marine, chumaceras Dodge, rodamientos Timken y un centenar más. Como todos los oficios, la pesca del camarón exigía un lenguaje propio de precisa comunicación. Para mí, este lenguaje era tan reconfortante como la leche materna y constituyó la música de fondo de aquella parte de mi infancia que pasé a flote.

En resumen, todo aquello significaba que el barco de mi padre, si era correctamente manejado, podía capturar una enorme cantidad de camarones.

A la luz de las estrellas, nos congregamos junto a él en un millar de brillantes madrugadas. Cuando éramos pequeños, sentaba a alguno de nosotros sobre su regazo y nos dejaba dirigir la embarcación, corrigiendo nuestros errores con una leve presión sobre la rueda.

—Creo que deberíamos estar un poco más a estribor, cariño —le susurraba a Savannah.

—Harías bien en recordar ese banco de arena que sobresale de Gander's Point, Tom. Eso es. Así vamos bien.

La mayoría de las veces, empero, se limitaba a hablar para sí mismo, ya fuera acerca de negocios, de política, de sus sueños o sus desilusiones. Puesto que éramos unos chiquillos callados y desconfiábamos del hombre en que se convertía mi padre cuando volvía a hallarse en tierra, aprendimos mucho sobre él escuchándole mientras hablaba a la oscuridad, a los ríos y a las luces de otros pesqueros que se internaban mar adentro rumbo a su magna cita con los bullentes bancos de camarones. De madrugada, mientras avanzábamos lentamente hacia las islas de la barrera, su voz era inagotable. Todos los días de su vida laboral eran una repetición del anterior; el mañana era siempre una continuación del esfuerzo de hoy; el ayer era siempre un ensayo de los incontables días futuros, un desarrollo de las costumbres consagradas por la experiencia.

—Muy bien, chicos —dijo una de aquellas largas madrugadas—, os habla el capitán. El capitán y primer oficial del Miss Lila, una embarcación de diecinueve metros para la pesca del camarón, con licencia del estado de Carolina del Sur para faenar desde el Grand Strand hasta la isla de Daufuskie. Hoy pasaremos al este del faro de la isla de Gatch y lanzaremos nuestras redes sobre cinco metros de agua a media milla a estribor del pecio del Windward Mary. Ayer capturamos doscientas libras de camarón blanco de calibre treinta-cincuenta. ¿Qué quiere decir camarones de treinta-cincuenta, Savannah?

—Quiere decir que en cada libra entran de treinta a cincuenta camarones, papá.

—¡Esa es mi chica! Tendremos viento del norte de ocho nudos y los avisos para pequeñas embarcaciones son efectivos entre Brunswick, Georgia, hacia el sur, y Wilmington, Delaware, hacia el norte. La cotización de las acciones en la bolsa descendió ayer cinco puntos en intercambios moderados porque los inversionistas están preocupados por lo que sea que preocupa a los inversionistas. Reese Newbury le compró ayer a Clovis Bishop doscientos acres de tierra cultivable a razón de quinientos dólares el acre, lo cual, según mis cálculos, quiere decir que la isla de Melrose debe de valer aproximadamente medio millón de pavos a los precios actuales. El año pasado, el muy hijo de perra me ofreció veinticinco de los grandes por toda la isla y respondí que lo consideraba un insulto. Y bien que hice. Seguramente piensa que el viejo Henry Wingo no está enterado del precio de la tierra en este condado. Soy dueño del mejor pedazo de tierra en todo el estado y lo sé muy bien. Igual que vuestra madre. Estoy tan por delante de Newbury y los demás

gilipollas que es casi un crimen. Tengo planes para nuestra isla, chicos. Planes grandiosos. Planes a largo plazo que pondré en funcionamiento en cuanto consiga un poco de capital con el que jugar. No se lo digáis aún a vuestra madre, pero estoy pensando en montar una pequeña granja de chinchillas justo al lado de la casa. En este mismo instante, el país está lleno de tipos que se forran a costa de las chinchillas, y yo no soy hombre que deje escapar una oportunidad como ésta. Supongo que vosotros, chavales, podríais encargáros de alimentar a esos bichejos mientras yo trato con los grandes peleteros de Nueva York y llevo la pasta al banco. ¿Qué os parece? Muy astuto, ¿eh? Tenéis razón. Había pensado montar un rancho de visones, pero las chinchillas dan mejor rendimiento. Tengo el asunto bien estudiado. Sí, señor, si no se estudian bien las cosas, no se puede competir con los grandullones. Vuestra madre se ríe de mí, chicos, y debo reconocer que he cometido algunos errores, pero siempre ha sido por no acertar con el momento adecuado. Las ideas en sí eran de primera clase. Vosotros, chavales, hacedme caso. Voy tan por delante del ciudadano medio que es casi criminal. Siempre hay ideas cociéndose en la vieja sesera. Estoy rebosante de ideas. A veces, me despierto en mitad de la noche para ponerlas por escrito. ¡Oídmeme! ¿Os gusta el circo?

—No hemos ido nunca al circo —respondió Luke.

—Oye, pues es lo primero que hemos de hacer. Obligatoriamente. La próxima vez que pase alguno cerca de Charleston o Savannah, iremos en la furgoneta y tomaremos asientos de primera fila. Ya habéis visto cómo son esas ferias de pacotilla que recorren las pequeñas poblaciones, pero yo hablo de otra cosa. A mí me gusta el circo de Barnum & Bailey. ¡Eso sí que es auténtico! Pero no habléis de esto con nadie. Si alguna vez consigo reunir un rinconcito, me instalaré por cuenta propia. Ya estoy harto de que los estúpidos se hagan millonarios con mis ideas. Con cuidado ahora, Luke. Hay una boya justo enfrente. Cuando la pasemos, pon rumbo al río, en un ángulo de cuarenta y cinco grados con respecto a la estrella Polar. Buen chico. Eres un piloto nato. Ahí delante está el montón de rocas en el que el viejo Winn se destrozó el casco hace un par de años. Una vez, con marea alta, saqué doscientas libras de este arroyo, pero por lo general no es muy productivo. Nunca he podido averiguar por qué un arroyo tiene más camarones que otro, año tras año, pero así son las cosas. Los camarones son muy curiosos. Tienen sus propias preferencias, igual que la gente.

Estaba enfrascado en un soliloquio vitalicio, un monólogo en la octava alta, apenas hilvanado y dirigido a nadie en particular. Aquellas peroratas matutinas poseían tal fluidez y elocuencia que no me costaba imaginarle declamándolas incluso cuando sus hijos estaban ausentes de la timonera. Eran sus discursos privados, sus meditaciones con el universo, y no prestaba mayor atención a la presencia de sus mudos y atentos hijos que la que dedicaba a las estrellas del cinturón de Orión. Allí en el barco, mientras hablaba, igualmente habríamos podido ser paisaje, naturaleza muerta, oyentes inanimados. Desde la cocina de la embarcación, bajo cubierta, nos



llegaban los aromas del desayuno, y aquellas almohadas de olor se filtraban a través de la voz de mi padre. Mientras Lester Whitehead cocinaba, el olor del café, del tocino y los bizcochos envolvía la embarcación con las invisibles estelas de los más penetrantes aromas. Al pasar ante la entrada del estrecho principal, preparábamos la mesa para desayunar en el sueño de los durmientes que dormían junto al río con las ventanas abiertas. La máquina murmuraba por debajo nuestro y su música resonaba por los vibrantes tablones del armazón del barco, y antes del alba el río, era de color pantera y cantaba a la ciudad con los cánticos suaves de aquellas mareas que nos impulsaban gloriosamente hacia el mar, hacia las rompientes que se extendían más allá de las islas costeras más hermosas del mundo. Allí, mi padre se sentía completamente relajado y a sus anchas. Únicamente en el río podíamos tratar con él sin peligro. A bordo de su embarcación, no nos pegó ni una sola vez. Allí éramos trabajadores, hermanos de red, y nos trataba siempre con la misma dignidad que reservaba para todos los marinos que se ganan la vida en las aguas.

Por desgracia, nada de lo que mi padre pudiera conseguir como pescador de camarones tenía valor alguno a los ojos de mi madre. Para ella, mi padre era vulnerable, incompetente y chillón. Él, por su parte, hacía grandes esfuerzos para remodelarse según la imagen del hombre que, en su opinión, a ella le gustaría que fuese. Anhelaba el respeto incondicional de mi madre. Y aunque sus esfuerzos resultaban autodestructores y patéticos, no podía obrar de otro modo. Su matrimonio era áspero y disonante. Los éxitos de mi padre en la pesca servían para financiar sus desastrosos proyectos comerciales. Los banqueros se burlaban de él a su espalda. En la ciudad, llegó a convertirse en un chiste. Sus hijos oíamos los chistes en la escuela; su esposa los oía en las calles de Colleton.

Pero, en el río, Henry Wingo estaba en armonía con el planeta y los camarones parecían acudir a sus redes cantando de gozo. Cada temporada capturaba toneladas de camarones, y conservaba minuciosos y precisos registros de sus capturas, Consultando su diario de navegación, podía decir dónde había pescado hasta la última libra de camarones que jamás hubiera extraído de las aguas de Colleton, la profundidad de las mareas en aquel momento y las condiciones climatológicas. «Toda la banana», según decía él. El río era el oscuro texto que mi padre había memorizado con alegría. Yo confiaba plenamente en él cuando había agua bajo sus pies y camarones llenando sus hinchadas redes. Pero era en las mismas aguas donde elaboraba los proyectos que le mantenían oscilando precariamente sobre la cuerda floja, entre la ruina y sus sueños de súbita riqueza.

—El año que viene, creo que voy a plantar sandías —anuncio una noche, durante la cena.

—No, Henry; por favor, no lo hagas —saltó mi madre—. Si plantas sandías, todo Colleton se arruinará por una ventisca, una inundación o una plaga de langosta. Por favor, Henry, no plantes nada. Piensa en algún otro sistema para perder todo nuestro dinero. Eres la única persona que conozco que no es capaz de cultivar kudzús.

—Tienes razón, Lila. Como siempre, tienes toda la razón. Tengo mucho más de tecnócrata que de granjero. Me siento más a gusto operando con los principios económicos y comerciales que en la agricultura. Creo que lo sabía desde un principio, pero al ver a todos esos peces gordos que están ganando montones de dinero cultivando tomates, pensé que también podía subirme al carro.

—No vuelvas a subirme a ningún carro, Henry. Vale más que invirtamos lo que podamos en acciones bien escogidas y estables, como las de South Carolina Electric & Gas.

—Hoy he comprado en Charleston una filmadora Bell & Howell, Lila.

—¡Por el amor de Dios, Henry! ¿Para qué?

—El futuro está en el cine —respondió mi padre, con ojos brillantes.

Mientras mi madre comenzaba a gritar, mi padre sacó tranquilamente su nueva cámara portátil, conectó un cable en un enchufe de la pared, encendió el foco y registró toda su diatriba para regocijo de la posteridad. En los años que siguieron, no dejó de manejar implacablemente su cámara. Filmó bodas, bautizos y reuniones familiares, y se anunció en la prensa local bajo el descabellado nombre comercial de «Cinemática Profesional Wingo». Por lo demás, perdió menos dinero en la cinematografía que en cualquiera de sus restantes negocios. Cuando miraba por el visor de su filmadora, mi padre era un hombre completamente feliz y completamente ridículo.

Mi padre no carecía de coraje para defender sus convicciones, y fue Savannah la primera que observó que esta peculiaridad de su ingobernable talento era seguramente su mayor defecto.

De modo que mi padre prosiguió su brillante carrera en el río, sólo empañada por su apasionada y fútil atracción hacia la libre empresa. Hubo otros planes fracasados de los que no supimos nada hasta mucho después de llegar a la edad adulta. Así, fue uno de los anónimos promotores de un campo de minigolf de Myrtle Beach que cerró tras una sola temporada. Invirtió dinero en un puesto de tacos dirigido por un auténtico mexicano que hablaba un inglés chapurreado y que no sabía preparar tacos.

Mis padres sostenían furiosas disputas a propósito del dinero y de cómo se gastaba. Mi madre se burlaba de él, le gritaba, le reñía, le hacía carantoñas y le suplicaba, pero todo en vano; él no compartía en absoluto su inclinación al ahorro y la moderación. Los argumentos de ella siempre tomaban la forma de una parábola admonitoria, y cuando eso fracasaba venía un terrorífico resumen, expresado a gritos, del Apocalipsis que con toda certeza se produciría si mi padre seguía derrochando indiscriminadamente el dinero. Sus tormentas y erupciones desfiguraban cualquier tranquilidad que hubiera podido reinar en nuestra casa. Puesto que sus disputas eran tan frecuentes, no advertimos el momento exacto en que el resentimiento de mi madre y su arisca cólera se convirtieron en un odio mortal hacia mi padre. Pero este ciclo de furia impotente comenzó muy pronto, y pasaron años de infructuosas discusiones antes de que mi madre entrara en el campo de batalla con sus propias y

amargas represalias. Henry Wingo creía que jamás había que hablar de negocios con las mujeres. Existían dos clases de sureños: los que escuchaban a sus esposas y los que no lo hacían. Mi padre era cinturón negro en el arte de hacer oídos sordos a mi madre.

Si te crías en la casa de un hombre que te quiere y te maltrata al mismo tiempo, y que no es consciente de la paradoja de su comportamiento, acabas convirtiéndote, por puro reflejo defensivo, en un tenaz estudioso de sus hábitos y un meteorólogo de su temperamento. Yo elaboraba listas con los más conspicuos defectos de mi padre y muy temprano llegué a la conclusión de que era a la vez ópera bufa e instrumento ciego. De no haber sido cruel, creo que sus hijos hubiésemos adorado a Henry Wingo, y este sentimiento de adoración habría sido ilimitado y adaptable a la extraña geodesia de su fortuna—. Pero, desde mi más temprana infancia, mi padre se instaló como emperador de pacotilla en una casa en que, para las mujeres y los niños, sentir temor era una muestra de sabiduría. Sus acercamientos eran siempre duros e inconscientes. La política que utilizó para educar a sus hijos y domesticar a una esposa de férrea voluntad fue una política de tierra quemada.

En uno de sus primeros poemas, Savannah le llamó «señor feudal de las tempestades, gentilhomme de los vientos», y cuando se fue a vivir a Nueva York siempre afirmaba, sonriendo, que ella y sus hermanos habían sido criados por un practicante de la *blitzkrieg*. Mi padre evitaba cuidadosamente todo lo que era encantador. Temía la delicadeza como si se tratara de una corrupción capaz de carcomer todos los escrúpulos fundamentales que él tenía por sagrados. Lo único que le faltaba, aseguraba mi madre entre lágrimas, era cerebro.

—El toque de Sadim —me susurró Savannah un día de Navidad, a puerta cerrada, después de que mi madre descubriese que mi padre tenía en su poder tres mil cajas de tarjetas navideñas adquiridas en consignación y no vendidas. Solamente había podido vender setenta y cinco cajas, yendo de puerta en puerta por todo Charleston.

—Es lo completamente opuesto al toque de Midas —explicaba Savannah—. Todo lo que papá toca se convierte en mierda.

—Y eso que no le ha dicho a mamá que también había comprado miles de tarjetas de Pascua —comentó Luke—. Las he encontrado en el cobertizo.

—Siempre pierde montones de dinero —añadió Savannah.

—¿Habéis visto las tarjetas de Navidad que vendía? —preguntó Luke desde su cama.

—Jesús, María, José, los pastorcitos, los Reyes Magos, los ángeles... Todos eran de color.

—¿Qué?

—Lo que os digo. Papá sólo las vendía a las familias negras. Había oído decir que en el Norte se vendían como panecillos calientes, y se le ocurrió subirse al carro.

—Pobre papá —suspiré—. Qué bobo.

—Le da a uno mucha confianza saber que lleva su sangre en las venas —observó

Savannah—. ¡Qué humillación!

—¿Ha ganado alguna vez dinero con algo?

—Con la pesca de camarones —dijo Luke—. Es el mejor pescador que jamás ha existido. Lástima que ninguno de los dos se conforme con eso.

—Entonces, no existiría el toque de Sadim —replicó Savannah.

—Puedes burlarte de él tanto como quieras, Savannah —prosiguió Luke—, pero no olvides nunca que cuando nuestro padre echa las redes al agua se convierte en Midas.

Creo que el matrimonio de mis padres habría podido sostenerse por puro hábito si mi padre no hubiera comprado la gasolinera y si no hubiéramos acudido al circo ambulante que, por primera vez en la historia, se detuvo no lejos de Colleton. Creo que su vida en común habría sido aceptable, ya que no gozosa, si mi padre hubiera podido aprender a controlar los impulsos que le conducían a gastos tan excesivos e inútiles. Además, siempre tomaba sus más extravagantes decisiones sin conceder a mi madre la acostumbrada cortesía de escuchar su opinión. Se lanzaba a sus empresas comerciales como si se tratara de operaciones clandestinas; la obra de un oficial de inteligencia que, sin contacto ni comunicaciones con su base tuviera que actuar por libre en un territorio hostil. Cada uno de sus negocios tenía que conducir a la recuperación de su honor y su capital perdidos. Jamás perdía la fe en su capacidad para regenerar sus sueños mediante la satisfactoria conclusión de una de sus extraordinarias improvisaciones. En el caso de mi padre, los negocios eran su enfermedad y su refugio; eran una enfermedad incurable, una forma de autodestruirse y un juego de azar. Creo que si alguien le hubiera entregado un millón de dólares habría logrado imaginar un millar de formas ingeniosas para derrochar hasta el último centavo. No era éste su defecto fatal —no, de éstos tenía al menos una docena—, pero sí uno de los más espectaculares y el que más contribuía a mantener a su familia en una situación precaria. Su fe en sí mismo era endémica e incorregible. Para protegerse ella misma y protegernos a nosotros, mi madre acabó recurriendo a la astucia en el manejo del dinero y al secreto en el manejo de su esposo. Ambas cosas minaron la superestructura de su vulnerable amor a lo largo de toda una vida de evasivas y subterfugios. Ambos llegaron a ser expertos en el arte de matar las mejores cualidades del otro. En cierto sentido, su matrimonio tenía algo de clásico y esencialmente norteamericano. Comenzaron como amantes y terminaron como los más peligrosos e indecibles enemigos. En tanto que amantes, engendraron hijos; en tanto que enemigos, crearon hijos lastimados y en peligro.

Como en todas sus declaraciones, mi padre esperó hasta la hora de la cena para anunciar el hecho de que había comprado la extinta gasolinera Esso cercana al puente de Colleton. Creía implícitamente en los buenos modales de mi madre cuando estaba en la mesa.

—Tengo una gran noticia —comenzó mi padre, pero su voz estaba teñida de incertidumbre, de una rara vulnerabilidad—. Sobre todo, para los chicos.

—Muy interesante para la chica —comentó Savannah, engullendo silenciosamente la sopa.

—¿Qué es, papá? —preguntó Luke—. ¿Me has comprado un nuevo guante de *catcher*?

—No. El viejo te sirve perfectamente. Cuando yo jugaba al béisbol éramos más duros. No lloriqueábamos pidiendo un guante nuevo cada año.

—La mano de Luke ya no entra en el guante, papá —dije yo—. Y tampoco la mía. Tiene ese guante desde que jugaba en la liga infantil.

—Hoy he comprado un negocio —prosiguió, evitando la mirada de mi madre—. Siempre he creído que la clave del éxito está en la diversificación. Después de aquella temporada de pesca tan desastrosa, he pensado que necesitábamos alguna reserva para los malos tiempos.

—¿Qué ha sido esta vez, Henry? —inquirió mi madre, dominándose a duras penas—. ¿Qué nos has hecho ahora y cuándo aprenderás? ¿Cuándo tendrás bastante? ¿Cómo puedes pensar en comprar nada si no tenemos ni un níquel en la cartilla de ahorros?

—Los bancos están para prestar dinero, cariño. Ese es su trabajo.

—Pero sólo prestan dinero a la gente que tiene dinero. Ese es su verdadero trabajo —replicó ella—. ¿Qué avales has presentado, Henry? ¿Has hipotecado otra vez el barco?

—No —admitió mi padre—, todavía no he acabado de pagar del todo la última hipoteca. Para hacer este negocio he tenido que ser un poco creativo. Financiación creativa, la llaman.

—¿Quién la llama así?

—Los peces gordos. Esos son quienes la llaman así.

—Dado que estamos prácticamente en la miseria, tienes que haber sido realmente creativo, Henry —observó mi madre. Su boca era una fina línea que le cruzaba el rostro como un corte de cuchillo en la superficie de una fruta—. No habrás hipotecado la isla, ¿verdad, Henry? Dime que no has hipotecado lo único que verdaderamente poseemos. Dime que no has hipotecado nuestro futuro y el futuro de nuestros hijos. Ni siquiera tú eres tan estúpido, Henry.

—No he hipotecado toda la isla —se defendió él—. Sólo cuarenta acres, al lado del puente. Allí es tan pantanoso que no se puede cultivar nada. Si quieres saber mi opinión, creo que he sido más listo que ellos. Además, me ha parecido que ya era hora de entrar en otras actividades. Ahora que tengo mi propia gasolinera, incluso tendré combustible para el barco.

—¿Y cómo vas a llevar tu barco de pesca hasta la gasolinera a través de trescientos metros de marisma herbosa? —replicó furiosamente mi madre—. No lo soporto, Henry. Sencillamente, no puedo consentirlo. Los chicos pronto irán a la universidad.

—¿A la universidad? —repitió mi padre—. Yo nunca fui a la universidad. Si

tantas ganas tienen, que trabajen y se la paguen ellos.

—Nuestros hijos irán a la universidad. Precisamente para eso estamos pagando una póliza desde que nacieron, y es lo menos que vamos a darles. Tendrán una oportunidad que nosotros nunca tuvimos, Henry. No consentiré que se queden atrapados como nosotros. Ya discutimos la cuestión cuando nos casamos y estabas totalmente de acuerdo conmigo.

—He tenido que hacer efectivas esas pólizas —explicó mi padre—. Pedían una parte del precio al contado. Pero ganaré suficiente dinero como para comprarles una universidad, si es eso lo que quieren.

—¿Has vendido la educación de tus hijos por una gasolinera, Henry Wingo? —preguntó mi madre, con sorpresa no fingida—. ¿Has vendido sus tierras y su futuro a cambio de llenar depósitos de gasolina y comprobar el nivel del aceite?

—Los chicos podrán trabajar allí durante el verano. Lanny Whittington me ha prometido que llevará la gasolinera. Ahora tenemos empleados, Lila. Algún día, los chicos se harán cargo de la gasolinera.

—¿Crees que quiero que Tom y Luke se ganen la vida despachando gasolina?

—A mí no me importa despachar gasolina, mamá —dijo Luke.

—Tengo mejores proyectos para ti, Luke. Para todos vosotros —contestó ella.

—Vuestra madre sólo quiere que sus preciosos hijos despachen gasolina de primera calidad —se mofó mi padre, con voz desdeñosa—. Además, no vale la pena seguir discutiendo. Wingo Esso se inaugura el martes que viene. Será todo un acontecimiento, con globos, Coca-Cola gratis, serpentinas y fuegos artificiales. Hasta he contratado un payaso del circo ambulante para que entretenga a los chicos.

—No te hace falta contratar ningún payaso, Henry. Ya hay uno que es dueño de la gasolinera.

—Siempre te ha faltado visión, Lila —protestó mi padre, dolido—. ¿Quién sabe qué habría podido conseguir si me hubiera casado con una mujer que tuviera fe en mí?

—Yo lo sé, Henry. Lo sé muy bien. No habrías conseguido ni una maldita cosa —replicó mi madre, levantándose de la mesa y retirándose apresuradamente a su dormitorio, que cerró de un portazo.

Cuando se hubo ido, mi padre se volvió hacia nosotros y preguntó:

—¿Es que nadie va a felicitarme? Este es un gran momento en la historia de la familia Wingo.

Felicidades, papá —dijo Savannah, alzando su vaso de leche para brindar.

—Esta vez es la buena —prosiguió mi padre—. Es la oportunidad que estaba esperando. No os preocupéis por vuestra madre. En realidad, está muy contenta con mi decisión. Lo que pasa es que siempre le ha costado expresar sus verdaderos sentimientos.

Savannah respondió:

—Pues esta vez no parece que le haya costado mucho expresar sus verdaderos

sentimientos, papá. Tiene la impresión de que vas a perder hasta la camisa una vez más.

—Te equivocas. Esta vez puedo oler la fortuna. El número de Henry Wingo está a punto de salir. Espera y verás. Esta gasolinera será un éxito y tu madre tendrá abrigos de armiño y collares de perlas auténticas que le llegarán hasta los tobillos. Lo que pasa es que no entiende que a veces hay que arriesgarse. Yo soy quien se arriesga en esta familia. Soy como un jugador de los que trabajan en los barcos fluviales. Soy capaz de correr riesgos que la mayoría de la gente ni siquiera soñaría correr.

La gasolinera Esso que mi padre había adquirido estaba situada justo enfrente de la gasolinera Gulf de Ferguson, la más próspera, con mucho, de todo el condado de Colleton. Antes de que a mi padre se le metiera la idea en la cabeza, tres hombres habían tratado de sacar adelante aquella gasolinera y los tres habían fracasado. No existía ningún motivo lógico por el que la gente prefiriera detenerse en la gasolinera de Gulf en lugar de en la Esso, excepto el nebuloso concepto de la ubicación. En todas las poblaciones pequeñas existen esquinas buenas y esquinas malas, y la distinción entre unas y otras pertenece más al ámbito de la metafísica que al de la geografía; sencillamente, hay esquinas que acogen una gasolinera mejor que otras. Mi padre compró la gasolinera de la esquina que no era buena. Creía que su olfato y su talento comercial le proporcionarían el éxito allí donde otros habían fracasado miserablemente.

Lo cierto es que tenía un singular talento para la extravagancia, e inauguró Wingo Esso con la suficiente fanfarria como para atraer a media ciudad hacia su rincón del mundo. Persuadió al director de la banda de la escuela secundaria para que la hiciera desfilar por la calle de las Mareas a las doce del mediodía en punto, precedida por las *majorettes* con sus remolineantes bastones y por el insustituible Mr. Fruit, contorsionándose y agitándose en una danza improvisada, marcando el compás con su silbato, echando la cabeza hacia atrás, cara al sol, para doblarse luego por la cintura hasta que su nariz casi tocaba los cordones de los zapatos. Cuando la banda dobló la esquina de la gasolinera, mi padre soltó trescientos globos llenos de helio que se elevaron en derecha hacia el cielo y flotaron sobre la ciudad como flores perdidas. Repartió piruletas y chicles entre la chiquillería. En el tejado de la gasolinera estallaron candelas romanas, enviando una lluvia de chispas hacia el suelo. El payaso del circo se presentó con retraso, y mi padre quedó sorprendido y deleitado al constatar que era un enano. El payaso estaba borracho y rompió una docena de botellas de Coca-Cola cuando intentaba hacer juegos malabares con ellas, encaramado en la parte trasera de nuestra furgoneta. El alcalde de Colleton, Boogie Weiters, procedió a cortar la cinta y pronunció un discurso bastante apasionado acerca de la importancia de atraer nuevas industrias al condado de Colleton. El payaso borracho le gritó que eso debía resultar fácil, ya que el condado de Colleton no había atraído nunca industrias antiguas. La multitud aplaudió al payaso, que respondió con una espectacular vertical sobre la cabina de la furgoneta. A

continuación llegó el Departamento de Bomberos Voluntarios con su camión nuevo y llenó el depósito de gasolina de forma completamente gratuita porque Henry Wingo quería demostrarles lo mucho que les agradecía el excelente trabajo que estaban haciendo para proteger los bienes de Colleton. Un periodista de la Colleton Gazette entrevistó a mi padre y le tomó una foto con el payaso enano sentado en sus hombros. La banda de la escuela secundaria interpretó un popurrí de canciones patrióticas y mi padre izó una bandera de los Estados Unidos sobre su flamante gasolinera cuando empezaron a tocar «The Star-Spangled Banner». Hacia el final de la jornada, la bandera se incendió por culpa de una candela romana y los miembros del Departamento de Bomberos Voluntarios la apagaron de inmediato.

Aquella noche celebramos el éxito de la ceremonia inaugural de Wingo Esso con una visita al circo. Aunque mi madre había rehusado asistir a la inauguración y acompañarnos al circo, yo jamás había visto a mi padre de un humor tan efervescente e incontenible como aquel día. De haber sido un hombre más ágil, estoy seguro de que habría llegado hasta el circo dando saltos mortales hacia atrás. Su forma de andar había adquirido nuevo vigor y engreimiento, y se abría paso con facilidad entre la multitud, que se movía al ritmo de la música carnavalesca. Antes de entrar en la carpa del circo, se entretuvo lanzando pelotas de béisbol en un puesto de atracciones hasta que consiguió un osito de peluche para mi madre, y aplaudió mientras Luke y yo lanzábamos tiros libres con una pelota de baloncesto barata hacia un inclinado aro de acero.

De ahí pasamos a la exhibición de fenómenos y vimos con asombro a la mujer barbuda escupiendo jugo de tabaco en una botella de Dr. Pepper. Luke estrechó la mano del bebé de cien años, y escuchamos a los hermanos siameses cantar «Qué amigo tenemos en Jesús». Ambos vitoreamos cuando Altus Rossiter, el matón de la ciudad, fue noqueado por un canguro con guantes de boxeo.

El propietario del circo, Smitty Smith, se acercó a conversar con mi padre. Se habían conocido en el muelle de los pescadores la mañana que el circo llegó a Colleton y Smitty compró todo el pescado capturado aquel día por mi padre para alimentar a las cinco focas que, según él, constituían la columna vertebral del circo. Smitty aseguraba que el suyo era el mejor número de focas de todo el Sudeste y que el espectáculo del tigre y el elefante era el peor del mundo. El elefante era demasiado viejo, reconocía Smitty, y el tigre demasiado joven. Aquella tarde, después de que el enano se desmayara en la parte de atrás de la furgoneta, mi padre había declarado que no existía nada más bajo que un circo con un solo payaso, pero vimos a éste arengar a la muchedumbre a la entrada de la tienda principal y, aunque parecía tambalearse un poco, logró realizar una vertical aceptable.

Nos llevamos a rastras a nuestro padre y tomamos asiento arriba del todo, en la hilera superior de las gradas. Una mujer vestida con un traje de lentejuelas doradas dio la vuelta a la pista montada sobre un elefante. El elefante estaba arrugado por los muchos años, y cuando se arrodilló para saludar necesitó la ayuda de la mujer, el



payaso y Smitty para ponerse otra vez en pie. El animal parecía muy cansado y tenía un aspecto raído. El payaso hizo malabarismos con dos bolas, y Savannah comentó que hasta ella podía hacer malabarismos con dos bolas.

—¿Cuánto puede pedir por ese elefante? —oí musitar a mi padre—. Quedaría magnífico en la gasolinera.

—Sí —asintió Luke—. Podría llenar los depósitos con la trompa.

El foco se centró en Smitty, que, ataviado con un vistoso esmoquin rojo y sombrero de copa, comenzó a hablar por un rasposo micrófono. Los ecos creaban la impresión de que eran cuatro los hombres que se dirigían al público; sus palabras se superponían como olas sucesivas.

—Señoras y caballeros, dentro de un instante voy a introducirme en la jaula de nuestro gran tigre de Bengala, César, que fue traído de su selva natal, en la India, después, de que matara tres rajás y trece aldeanos. Trece aldeanos muy humildes. César es un recién llegado a nuestra familia del circo y la presencia del público suele ponerle nervioso. Así pues, debo rogarles que mantengan el más absoluto silencio durante la realización de este número. César hirió a nuestro anterior domador en las afueras de Aiken, Carolina del Sur, y por eso me veo obligado a sustituirle, pues como ustedes saben, damas y caballeros, el espectáculo debe continuar.

Puede que el elefante fuese viejo y el canguro un poco zarrapastroso, pero el tigre era un animal joven y espléndido. No aparté los ojos de Smitty cuando, con su atavío de maestro de ceremonias, penetró en la jaula armado de un látigo y una silla. Todo en el tigre parecía destilar amenaza. Le faltaba la humildad de los animales de circo, esa apaciguada cualidad de servilismo automático que se adquiere tras años de cautividad y de actuar bajo las cegadoras luces. La mirada del tigre era absolutamente salvaje. Smitty hizo chasquear el látigo sobre la oreja del animal y le ordenó que diera una vuelta en torno a su jaula circular. El tigre no se movió, sino que se quedó mirando a Smitty con una concentración que intimidó a la multitud. El látigo sonó de nuevo y la voz de Smitty se alzó una vez más sobre el zumbido de la muchedumbre. El animal abandonó su posición y, de mala gana, dio una vuelta a la jaula, gruñendo de irritación. Smitty lanzó su sombrero cerca del tigre y le gritó «¡Busca!». El felino saltó sobre la chistera, la arrojó al aire y la despedazó con sus garras antes de que volviera a caer a tierra. El látigo azotó al tigre en el lomo. Smitty hizo retroceder a la fiera hasta acorralarla en un rincón y se agachó, enfurecido, para examinar lo que quedaba de su sombrero, convertido en algo semejante a los restos de un neumático recauchutado después de un estallido. Se advertía claramente que no le había sentado nada bien la pérdida de su sombrero de copa. La actuación pasó a un segundo plano, empequeñecida por el trémulo y palpable odio con que se enfrentaban el tigre y el maestro de ceremonias.

Smitty encendió un aro de fuego, y por medio de repetidos latigazos obligó al tigre a saltar a través del ardiente círculo, con el resplandeciente lomo iluminado por las llamas. La audiencia le ovacionó. Smitty, bañado de sudor, se acercó a César,

enarbolando la silla y, con un latigazo que chasqueó sobre los amarillos ojos del tigre, le gritó otra orden. Esta vez, empero, César se abalanzó sobre Smitty, cortando el aire con sus zarpas extendidas. Smitty retrocedió vertiginosamente y el tigre emprendió su persecución por la pista, lanzando zarpazos que suscitaban escalofríos de temor reverencial entre la excitada muchedumbre. Smitty corría hacia atrás, blandiendo la silla que constituía su única defensa contra una indudable decapitación. Dos peones se precipitaron hacia la jaula provistos de largas pértigas y contuvieron el feroz ataque del tigre, dando a Smitty la oportunidad de escapar de la jaula. César cogió una de las pértigas entre sus mandíbulas y la partió por la mitad; acto seguido, regresó dignamente al centro de la jaula y se sentó sobre los cuartos traseros en una regia actitud de reposo. Smitty, en su frustración, azotó los barrotes de la jaula con su látigo mientras el público se ponía en pie para aplaudir al indomable felino. César se tendió y se estiró voluptuosamente en pliegues de negro y oro. Luego, oyendo los ladridos de las focas al salir a la pista principal, alzó la cabeza. Los focos se apartaron de él y el tigre desapareció en la noche.

Las focas eran vivaces y entusiastas, y cuando aparecieron saltando bajo las luces, llevando en equilibrio grandes pelotas amarillas, lo hicieron como si hubieran nacido para actuar en el circo. Smitty había recobrado la compostura y dirigió la actuación como quien teje seda en un telar. Después de cada truco les arrojaba a cada una un pescado, que las focas atrapaban y engullían en un único gesto fluido. Sus cabezas eran astutas, angélicas y esbeltas, y con las aletas anteriores se aplaudían vigorosamente a sí mismas.

—Esos pescados que están comiéndose son los míos, chicos. Mis pescados. Me parece que deberían anunciarlo —opinó mi padre.

Las focas se llamaban Sambone, Helena de Troya, Nabucodonosor, Cleopatra y Nashua, y estaba claro que la estrella de su frívola y satinada actuación era Sambone.

Se movían como nutrias que se hubieran apareado con delfines, y sus fogosas cabriolas poseían una desgarrada elegancia. Las cinco se fueron pasando una pelota que giraba de negro morro en negro morro, haciéndola rebotar y lanzándola a lo alto para ser hábilmente recogida por el morro de otra foca, que ejecutaba los mismos movimientos precisos hasta enviar de nuevo la pelota hacia las alturas. Cuando, finalmente, Cleopatra advirtió mal la trayectoria y mandó la pelota hacia la oscuridad, se enfurruñó al ver que no era recompensada. A continuación, las focas disputaron una partida de bolos y otra de béisbol antes de que Sambone trepara a una pequeña plataforma y comenzara a interpretar «Dixie» en una hilera de cornetas. Las restantes focas empezaron a ladrar en armonía y el público se unió a la canción. No habíamos llegado más que a «*look away, look away*» cuando César emitió un poderoso rugido desde su jaula en la oscurecida pista lateral. Al terminar la canción los focos se movieron y pudimos ver al tigre con la cabeza apretada contra los barrotes, agitando sus imponentes zarpas fuera de la jaula y rugiendo su odio hacia las focas. Sambone no le hizo el menor caso y comenzó de nuevo su cacofónica versión de «Dixie». Sin

dejar de controlar a las focas, Smitty salió de la pista central y apartó a César de la luz, fustigando su fiera cabeza hasta que le obligó a batirse en retirada.

—Debe de odiar a las focas, o puede que las cornetas le hagan daño en los oídos —sugirió mi padre.

—A lo mejor es que no le gusta «Dixie» —replicó Savannah.

Para el gran final, las focas se dispusieron en un amplio círculo y comenzaron a pasarse de nuevo la pelota pero esta vez lanzándola a más de seis metros de altura. Cada una de las focas intentaba hacerla llegar más y más arriba, y a cada lanzamiento se iba abriendo el círculo. Cada vez que parecía que la pelota se había alejado demasiado del perímetro, una de las focas emprendía una espectacular carrera para capturar la pelota y tras detenerse un instante para dominarla, la lanzaba de nuevo hacia el otro lado de la pista. Por segunda vez, fue Cleopatra la que cometió el error de cálculo que dio fin a la actuación. Nashua le había enviado la pelota en un pronunciado arco que casi rozó el trapecio suspendido de los soportes del techo; Cleopatra no logró recogerla y ésta, tras rebotar en su morro, se perdió en las tinieblas. Sambone que se entregaba al juego con la pasión de un centrocampista, se hundió en la oscuridad en pos de la pelota mientras Smitty hacía sonar su silbato para que las focas se reunieran para el saludo de despedida.

Por encima de los aplausos resonaron los chillidos de agonía de Sambone. Las luces se volvieron hacia la pista lateral e iluminaron el instante en que el tigre atraía a la foca hacia los barrotes y le arrancaba la cabeza de un mordisco. Smitty estaba allí, silueteado sobre una penumbra espectral, azotando al tigre. Los niños abandonaron corriendo sus asientos y se oyó una exclamación general cuando el tigre depositó a Sambone en el suelo y de un solo zarpazo, le abrió el vientre. Los intestinos de Sambone brotaron de su abdomen en una reluciente oleada; el tigre tenía la boca enrojecida de sangre. La muchedumbre, poseída por la histeria y la repugnancia, se precipitó hacia las salidas, y las madres cubrieron con las manos los ojos de sus pequeños. El tigre comenzó a devorar la foca delante de trescientos escolares.

Aquella noche mi padre compró el tigre. Yo estaba seguro de que mi madre, cuando nos viera llegar a casa remolcando la jaula del tigre detrás de la furgoneta, sacaría su escopeta del armero y mataría a César y a mi padre. César seguía masticando la foca medio devorada cuando mi madre empezó a gritar. No estaba exactamente enfadada, más bien parecía poseída de un furor homicida. Después del espectáculo, Smitty estaba decidido a liquidar personalmente a César, cuando intervino mi padre y ofreció hacerse cargo del animal. Alguien había olvidado dar de comer al tigre antes de la función, y mi padre le defendió alegando que la bestia se había limitado a obrar según su naturaleza. Acto seguido, mi padre extendió un cheque de doscientos dólares a nombre de Smitty y le convenció para que incluyera en el trato su látigo, la jaula y el aro de fuego. Sambone había sido el corazón y el alma del número de las focas, la única de ellas que sabía tocar «Dixie» en las cornetas. Las demás, explicó un histérico Smitty, sólo sabían lanzar la pelota y comer

salmonetes. Cuando el payaso se burló del talento de Smitty como domador de animales, éste colgó al enano de una percha en su remolque. Las maldiciones y juramentos del payaso añadieron un toque de irrealidad a la adquisición de César. Mientras esperábamos de pie en la oscuridad, contemplando cómo engullía el tigre las entrañas de la foca que había logrado introducir por entre los barrotes de la jaula, Luke comentó que seguramente Sambone debía de ser la primera foca de la historia devorada por un tigre.

—En la naturaleza, las focas no se preocupan demasiado de los tigres —nos explicó Luke mientras papá regateaba el precio con Smitty—. No es uno de sus mayores problemas.

—Me gustaría saber si las demás focas del mundo recibirán el mensaje —dijo Savannah en tono meditativo—. «Cuando toquéis “Dixie” en las cornetas, cuidaos de los tigres». ¿No es así como funciona la ley de la evolución?

—Yo procuraría tener cuidado con todos los animales de este tamaño —comenté con una admiración no exenta de temor—. ¿Para qué, en nombre de Dios, puede querer papá un tigre de Bengala?

—No hemos tenido ningún animal doméstico desde que murió Joop —observó Savannah—. Ya sabes lo sentimental que es papá.

—Has vuelto a hacerlo, Henry —exclamó mi madre, examinando el tigre desde cierta distancia—. Otra vez vamos a ser el hazmerreír de Colleton. Quiero ese tigre fuera de casa antes de que amanezca. No quiero que vuelva a decirse que me casé con el mayor estúpido de Carolina del Sur.

—No puedo soltarlo por las buenas, Lila. Seguramente se comería a algunas de esas agradables familias mientras se están riendo de los Wingo. Esa foca que está mascando la mató él mismo. Por eso he podido comprarlo a tan bajo precio.

—Supongo que no podías dejar escapar tan magnífica oportunidad, ¿verdad, Henry?

—Es un truco publicitario para mi gasolinera —explicó mi padre, lleno de orgullo—. Se me ocurrió en el mismo instante en que oí chillar a esa foca. Me vino de golpe, bang, como una inspiración: «Esto atraerá montones de clientes».

—Papa le enseñará a tocar «Dixie» con una corneta —anunció Savannah.

—¡Qué va! —Intervino Luke, partiéndose de risa—. Cada noche le echará una foca viva, y los clientes podrán apostar sobre quién será el ganador.

—Puede que le eche a mis deslenguados hijos si no cierran el pico y muestran un poco de respeto hacia su padre. Estoy de muy buen humor y no quiero que nadie me fastidie, ¿entendido? Si prestáis atención, os enseñaré un par de cosas sobre el funcionamiento del mundo moderno. Acabamos de comprar una gasolinera Esso, ¿verdad?

—Verdad —asintió Luke.

—Esso hace publicidad en todo el mundo, ¿verdad? ¿Me seguís? Se gastan millones de dólares anunciando sus productos para que los sonrientes ciudadanos se

lleven sus automóviles a las gasolineras Esso en vez de llenar el depósito en las Shell, las Texaco o las Gulf, como fácilmente pueden hacer. ¿Me seguís todavía?

—Sí, señor.

—Muy bien, mandarinas. ¿Cuál es su anuncio ahora mismo, en este preciso instante? —preguntó, alzando la voz a causa de la excitación—. Un anuncio que aparece en todas las emisoras de radio y televisión del mundo libre; que hace que la gente compre Esso en lugar de la demás basura; que lleva hordas de clientes cargados de dinero a las gasolineras Esso pidiendo un combustible en particular, porque una brillante campaña publicitaria les a lavado el cerebro para que lo hagan así. ¿No habéis caído? ¿No habéis caído?

—¡Oh, no! —exclamó Savannah, al borde del histerismo—. ¡Ya caigo! ¡Ya caigo!

—Bien, Savannah, ¿de qué está hablando ahora? —preguntó mi madre con impaciencia.

—Cuando compras Esso, mamá —dijo Savannah—, pones un tigre en tu motor.

—¡Exactamente! —estalló mi padre—. ¿Y quién es el propietario de la única gasolinera Esso de todo el país que tiene un auténtico tigre sentado justo al lado de los surtidores? Wingo Esso. Ese es el hombre. El genial Henry Wingo. Ése es.

El genial Henry Wingo mantuvo su gasolinera en funcionamiento durante seis meses y demostró estar en lo cierto con respecto al tigre. Instaló la jaula del tigre en la esquina más próxima al puente, de modo que los automovilistas pudieran verle pasear y gruñir mientras su vehículo era atendido. Los niños suplicaban a sus padres, que los llevaran a ver el tigre, aunque no necesitaran comprar gasolina. César tenía a los niños en tan alta estima como a las focas, y al principio hubo el temor de que a César le diera por almorzarse a la población preescolar de la ciudad, pero la presencia del tigre inspiraba una extrema vigilancia entre las madres de Colleton. Los más frecuentes estados de ánimo del tigre eran la apatía y la ferocidad, pero la aparición de chiquillos siempre estimulaba en él interludios de extraordinario salvajismo. Se abalanzaba contra los barrotes, agitando sus zarpas con las garras extendidas de una forma que hacía retroceder apresuradamente a los niños y a sus padres entre chillidos y exclamaciones. En general, el público se lo pasaba de maravilla. Mi padre opinaba que César actuaba como un perro rabioso, con la salvedad de que su peso superaba al de cualquier perro rabioso en doscientos kilos o más.

La alimentación de César era un problema que mi padre asignó alegremente a sus hijos. Yo jamás había sentido el menor prejuicio contra los tigres hasta que advertí que César estaba tan dispuesto a comerme a mí como a comerse un cuello de pollo. Desde un principio, César y yo establecimos una relación franca y sencilla, una relación basada en el firme fundamento de un mutuo desagrado. Con el tiempo, César llegó a querer a Luke e incluso le permitía que le rascara el lomo por entre las rejas, pero esta relación se desarrolló lentamente y no existía durante los primeros meses de Wingo Esso. De costumbre, Luke me hacía una señal para que me acercara a la parte delantera de la jaula, donde entretenía al tigre con palabras conciliadoras mientras él

trataba de arrancarme la cabeza con sus imponentes garras. Mientras yo arriesgaba así la vida, Luke se deslizaba subrepticamente hacia la parte de atrás de la jaula e introducía por entre los barrotes un tapacubos de automóvil rebosante de cuellos de pollo y comida seca para gatos. César olía siempre a Luke, se desentendía de mí, y con uno de los movimientos más rápidos e impredecibles que jamás haya observado en el reino animal intentaba alcanzarlo con uno de sus violentos manotazos, mientras Luke se alejaba de un salto y caía de espaldas al suelo.

—Tienes que entretenerlo, Tom —protestó Luke un día.

—¿Qué quieres que haga? ¿Le dejo que me muerda la mano?

—Silba «Dixie» —sugirió Luke, quitándose la gravilla de la espalda—. Haz lo que sea.

—No quiero que me relacione con aquella foca de ninguna manera.

Luke se detuvo cerca de la jaula y contempló cómo César engullía los cuellos de pollo igual que si estuvieran hechos de mantequilla que se derritiera en su lengua.

—Es el príncipe del reino animal —observó—. El animal más hermoso del mundo.

—¿Por qué no se les ocurriría una campaña de publicidad distinta, Luke? —me quejé—. Ya me entiendes, algo así como «Ponga una palomina en su motor» o «Ponga un hámster en su motor».

—Porque no son animales interesantes, Tom. No son como César. César no se entrega fácilmente. Me gusta eso.

De veras que me gusta. Con él, te lo has de ganar todo.

La gasolinera Gulf de Ferguson inició la primera guerra de la gasolina a gran escala en la historia de Colleton. Ferguson rebajó el precio de la gasolina en un níquel por galón, y a mi padre no le quedó más alternativa que seguir su ejemplo. Hizo todo lo posible por mantener abierta su estación, pero fue en vano; en la ciudad se rumoreaba que Ferguson había encontrado un poderoso respaldo financiero. Cuando el banco embargó por fin nuestra gasolinera, el precio del galón de gasolina había pasado de treinta centavos a solamente diez centavos. Papa trató de incluir el tigre entre los bienes embargables, pero el banco se negó a aceptarlo. Una vez más comenzaron las disputas, tristes e interminables disputas en casa de los Wingo. Papá había conseguido rescatar la hipoteca sobre la isla, pero había perdido todo lo demás. Una vez más nos encontramos en desesperados apuros financieros, y una vez más mi padre nos devolvió la solvencia con uno de sus mejores años como pescador. Poco después de la pérdida de la gasolinera, Reese Newbury se presentó en la isla en su Cadillac y se ofreció a comprarla por cincuenta mil dólares, sin preguntas. Mi padre rehusó. Una semana más tarde, mi padre averiguó que el misterioso socio financiero que había asegurado el éxito de Ferguson durante la guerra de la gasolina no era otro que Reese Newbury.

—Creía que así conseguiría mi isla —exclamó mi padre—. Arruinó mi negocio porque quería la isla.

Así pues, mi padre regresó al río y mi madre se volvió más silenciosa y más amargada, y los Wingo terminaron siendo la única familia del condado de Colleton que tenía como mascota un tigre capaz de saltar a través de un aro en llamas.

A lo largo de toda mi infancia me encontré una y otra vez estudiando a mis padres cuando se hallaban en reposo y en paz en su hogar. Secretamente, intentaba averiguar por qué funcionaba, qué fuerzas siniestras o benévolas mantenían intacta su militante alianza, qué elementos explosivos o tiernos yacían bajo la superficie de su extraño e incandescente amor mutuo. Porque, en efecto, siempre podía percibir entre ellos la furia de cierta clase de amor más elevado, aun en sus peores y más peligrosos momentos. Era algo que podía únicamente sentir, jamás tocar. No lograba imaginar qué veía mi madre en mi padre ni por qué permanecía, gobernante y prisionera al mismo tiempo, en aquella casa. Sus señales aparecían siempre mezcladas y confusas, y nunca pude sondear las profundidades de su permanentemente volátil relación. Estaba claro que mi padre adoraba a mi madre, pero lo que no estaba tan claro para mí era por qué un hombre debía sentirse obligado a maltratar aquello que más amaba. Mi madre parecía despreciar con gran frecuencia todo lo que representaba mi padre, pero había instantes de extraña complicidad en los que les veía cruzar una mirada tan cargada de pasión y de conocimiento del otro que el simple hecho de haberla compartido me hacía ruborizar. Me preguntaba cómo llegaría yo a amar a una mujer; y con placer y terror a un tiempo pensaba que en algún lugar del mundo había una muchacha risueña y cantarina que un día se convertiría en mi esposa. En mi mente, la veía danzar, jugar y flirtear, preparándose para el día reverencial y maravilloso en que ambos nos encontraríamos y, en un éxtasis mutuo, declararíamos: «Vivir siempre contigo». ¿Cuánto de mi padre llevaría yo a la vida de esa muchacha cantarina? ¿Cuánto de mi madre? ¿Y cuántos días habrían de transcurrir antes de que yo, Tom Wingo, hijo de la tempestad, silenciara para siempre sus risas y sus cantos? ¿Cuánto tiempo tardaría en poner fin a la danza de esa chica risueña que no podía saber con qué dudas e imperfecciones me aproximaba yo a la tarea de amar a una mujer? Me enamoré de esta muchacha mucho antes de conocerla, y hubiera querido advertirle de que tomara todas las precauciones posibles el día en que yo entrase en su vida. Ella estaba esperando en algún lugar de los Estados Unidos a que transcurriera su infancia, desconocedora de su destino. No sabía que se hallaba en un rumbo de colisión con un muchacho tan lastimado y desconcertado que se pasaría toda la vida preguntándose cómo se creía que era el amor, cómo se manifestaba entre dos personas y cómo podía practicarse sin ira, sin pesar y sin sangre. Tenía trece años cuando decidí que aquella maravillosa muchacha se merecía algo mucho mejor, y que le advertiría de antemano antes de interferir en su adorable camino y su danza transfiguradora.

Durante estas reflexiones sobre la naturaleza del amor me aferraba a una historia que mi padre solía narrar una y otra vez mientras dirigía su barco en la oscuridad hacia las rompientes del Atlántico. Era la historia de su primer encuentro en Atlanta,

cuando mi padre era un joven teniente de permiso que visitaba por primera vez la ciudad y mi madre vendía ropas de niño en los Grandes Almacenes Davidson's de la calle Peaclitree. Cuando hablaba de su casual encuentro, siempre había arrobado en el rostro de mi padre y gozo en su voz. Él era un forastero que quería conocer algunas chicas de la ciudad, y un barbero le había dicho que encontraría a las muchachas más hermosas del Sur paseando por la calle Peaclitree. Iba, vestido de uniforme y se sentía apuesto, como sólo pueden sentirse los jóvenes a punto de ir a la guerra. Divisó a mi madre cuando salía de los Grandes Almacenes Davidson's, terminado su trabajo, y se dijo que nunca en su vida había visto una muchacha más bella. Ella llevaba una bolsa de compras y un bolso rojo, y cruzó la calle por entre el tráfico hacia la parada del autobús. Él la siguió, tratando de hallar una forma de abordarla, de hablarle, de preguntarle su nombre. Era tímido con las chicas, pero temía que llegara el autobús y ella desapareciera para siempre de su vida antes de que él hubiera tenido ocasión de ensalzar su belleza u oír el sonido de su nombre. Con gran atrevimiento, se presentó y le explicó que era un piloto del Cuerpo Aéreo del Ejército, que estaba en Atlanta con permiso y que le quedaría muy reconocido si accedía a mostrarle su ciudad. Ella le ignoró y siguió mirando Peaclitree abajo, por si veía el autobús. Desesperado, añadió que estaba demostrando muy poco patriotismo, que dentro de poco él tendría que irse a la guerra y que probablemente lo matarían, pero que podía aceptar ese destino si ella le permitía que la invitara a cenar. Bromeó y trató de hacerla reír. Le dijo que era el hermano pequeño de Errol Flynn, que su padre era el dueño de Davidson's, que deseaba que hubiera estado lloviendo para así poder echar su chaqueta sobre un charco de barro y que ella la pisara. El autobús se acercaba desde el sur y él no podía dejar de hablar. Al igual que cualquier otra chica sureña correctamente educada, mi madre siguió sin hacerle caso, pero mi padre advirtió que la situación le divertía. Sacó una carta de su madre del bolsillo de atrás del pantalón y le aseguró que era una carta de recomendación de Franklin D. Roosevelt, certificando que el teniente Henry Wingo era un hombre de excelentes cualidades y merecedor de la confianza de cualquier joven norteamericana, especialmente la de la mujer más hermosa que jamás se había visto en la calle Peaclitree en toda la historia de Atlanta. Mi madre se ruborizó, y subió al autobús, y pagó su billete sin volver la vista atrás. Luego avanzó por el pasillo y tomó asiento al lado de una ventanilla abierta. Mi padre se quedó junto al autobús, bajo aquella ventanilla, y le rogó que le diera su número de teléfono. Ella sonrió y sopesó su petición. El autobús comenzó a separarse del bordillo y mi padre echó a correr tras él. Cuando el conductor puso la segunda, mi padre, que corría más velozmente que en ningún otro momento de su vida, comenzó a quedarse atrás y perdió la imagen del rostro de mi madre enmarcado en la ventanilla. Seguía corriendo, aunque el autobús ya casi le había rebasado por completo, cuando vio que mi madre asomaba la cabeza por la ventanilla y oyó las primeras palabras que le dirigía en su vida: «Macon treinta y siete, dos, ocho, cuatro».

Cada vez que mi padre nos contaba esta historia, Savannah solía susurrar: «Dale



un número equivocado, mamá. Por favor, dale un número equivocado». O bien: «Olvida ese número, papá. Olvídalo».

Pero no lo olvidó. Mientras dirigía su barco a través de las mareas, Henry Wingo no lo había olvidado.

El tigre del patio trasero se convirtió en una fuente de embarazo para mi madre y una fuente de constante deleite para Luke. Para mi madre, César representaba la más absurda y peor administrada locura de mi padre, un viviente símbolo heráldico del fracaso tendido entre un montón de huesos. Pero Luke descubrió en sí mismo una afinidad natural y espontánea hacia los tigres e inició un lento aprendizaje dirigido a ganarse la confianza y el afecto de César. Luke estaba convencido de que Smitty había maltratado a César y creía que el tigre, como cualquier otro animal, respondería positivamente al suave contacto de sus manos y a una larga y estratégica temporada de amabilidad.

Luke era el único que podía dar de comer a César y tuvieron que pasar más de dos meses antes de que pudiera acercarse a la jaula sin que César intentara atraparlo por entre los barrotes. Luego, llegó el día en que encontré a Luke rascando la espalda del tigre con un rastrillo de jardín. El tigre ronroneaba de placer. Atónito contemplé cómo Luke introducía la mano en la jaula y rascaba la dorada cabeza del animal.

Tres meses después de la llegada del tigre a casa, Savannah me despertó en mitad de una tormenta y susurró:

—Esto no te lo vas a creer.

—Son las dos de la madrugada, Savannah —protesté, irritado—. Ningún jurado condena a las personas que asesinan a su hermana después de ser despertadas a las dos de la madrugada.

—Luke está con César.

—Por mí, como si está con los tres Reyes Magos. Quiero dormir.

—Ha sacado el tigre de la jaula. Lo tiene en el establo, Tom.

Salimos por la ventana y nos encaminamos sigilosamente hacia el establo. Con cuidado, atisbamos por la estrecha rendija de la puerta y, a la luz del quinqué, vimos a Luke con una cadena y un látigo haciendo andar a César en controlados círculos por el establo. Acto seguido, Luke encendió unos trapos empapados en queroseno y ordenó al tigre que saltara a través del aro en llamas.

—¡Ahora César! —le urgió, y el tigre pasó fluidamente por el aro como un rayo de sol por el vidrio de una ventana.

César dio otra vuelta al establo y regresó velozmente con el mismo movimiento fluido, saltando el círculo de fuego en una celebración de su fuerza y su velocidad. Luego, Luke hizo chasquear el látigo tres veces en rápida sucesión y el tigre anduvo hacia la puerta de su jaula y saltó al interior. Luke le recompensó con filetes de venado y, una vez devorada la carne, frotó su cabeza contra la de César.

—Está loco —le susurré a Savannah.

—No —dijo ella—, ése es tu hermano Luke. Y es magnífico.

Crecí odiando los Viernes Santos. Era una aversión estacional que tenía muy poco que ver con la teología y mucho con los ritos del culto y con el peculiar cariz que mi abuelo daba a su exageradamente entusiasta conmemoración de la Pasión de Cristo.

Cada año, el Viernes Santo era el día en que Amos Wingo se encaminaba al cobertizo que se alzaba detrás de su casa, en la misma Colleton, y desempolvaba la cruz de madera de cuarenta y cinco kilos de peso que había construido durante un violento ataque de extravagancia religiosa cuando sólo era un muchacho de catorce años. Desde el mediodía hasta las tres de ese día conmemorativo recorría de un extremo a otro la calle de las Mareas, en toda su longitud, para recordar a los descarriados y pecadores ciudadanos de mi ciudad natal los inimaginables sufrimientos de Jesucristo en aquella melancólica colina próxima a Jerusalén, tantos años antes. Ese gesto era la cumbre y el gran guiñol del año litúrgico de mi abuelo, y conjugaba las características de la santidad y del asilo. Su caminata poseía siempre cierta belleza lunática.

Yo habría preferido que mi abuelo celebrase el Viernes Santo de una forma más tranquila, más contemplativa. Me resultaba sumamente embarazoso contemplar su cuerpo demacrado y anguloso doblado bajo el peso de la cruz, avanzando penosamente por entre el denso tránsito, deteniéndose en los cruces, indiferente a la mezcla de mofa y reverencial admiración con que le observaban sus conciudadanos, con su ropa descolorida por el sudor y sus labios moviéndose constantemente en inaudibles preces a su Creador. Para algunos, era una figura majestuosa; para otros, un perfecto imbécil. Todos los años, el sheriff le imponía una multa por entorpecer el tráfico, y todos los años los feligreses de la iglesia bautista realizaban una colecta especial para pagar su importe. Con el tiempo, su inusitado recorrido espiritual de remembranza se fue convirtiendo en una especie de venerado fenómeno anual y comenzó a atraer un considerable número de peregrinos y turistas que se congregaban a lo largo de la calle de las Mareas para orar y leer la Biblia mientras el abuelo Wingo, entre bufidos y jadeos, efectuaba su solemne representación de la única caminata que cambió la historia del alma occidental. Cada año, la semana siguiente al domingo de Pascua la *Colleton Gazette* publicaba una fotografía de su caminata.

Cuando éramos niños, tanto Savannah como yo solíamos rogarle que llevara su actuación a Charleston o a Columbia, ciudades que considerábamos incomparablemente más llamativas y reprecensibles a los ojos del Señor de lo que la pequeña y pacífica Colleton jamás podría llegar a ser. Mi abuela expresaba su mortificación retirándose a su dormitorio con una botella entera de ginebra Beefeater y una colección de ejemplares atrasados de la *Police Gazette* requisados en la barbería de Fender. Cuando, a las tres, el recorrido quedaba terminado, terminada

también estaba la botella de ginebra, y comatosa mi abuela hasta bien entrada la mañana siguiente. Al despertar, con su conmemorativo dolor de cabeza, encontraba a mi abuelo rezando de rodillas por su achispada y dulce alma.

Durante toda la vigilia de Pascua, Amos velaba el cuerpo yaciente e inmóvil de su esposa, que había elaborado sus propios rituales como un gesto defensivo de protesta por la ceremonia que él insistía en llevar a cabo.

Había una extravagante eufonía en el simétrico equilibrio de sus espíritus. El domingo por la mañana, asqueada por su libertinaje pero habiendo expuesto claramente su postura una vez más, mi abuela, —en sus propias palabras «se alzaba de entre los malditos muertos» a tiempo para acompañar a mi abuelo a los servicios del domingo de Pascua. Era su única visita a la iglesia en todo el año, y a su manera llegó a ser tan tradicional en la vida espiritual de la población como el paseo de mi abuelo. Durante mi penúltimo año en la escuela, el miércoles anterior a Pascua, después de terminar las clases anduve hasta casa de mi abuelo en compañía de Savannah. Pasamos por la farmacia de Long para comprar una Coca-Cola y nos detuvimos a beberla junto al río, sentados sobre el muro de contención, mientras contemplábamos los cangrejos de mar, que agitaban sus pinzas en el lodo por debajo nuestro.

—Se acerca otra vez Viernes Santo —comenté—. Odio ese día.

Ella sonrió y me dio un golpe en el brazo.

—Es bueno para la familia enfrentarse a la más completa humillación una vez al año. Fortifica el carácter ver que toda la ciudad se ríe de tu abuelo, y luego de ti.

—No me importaría si no tuviera que estar presente —respondí, con la vista fija en el hipnótico movimiento de los cangrejos. Eran como monedas de un cuarto de dólar dispersas al azar por entre el barro—. Este año, papá quiere que te ocupes tú del puesto de limonada. El piensa filmar de nuevo los momentos culminantes de la caminata.

—¡Es grotesco! —exclamó Savannah—. Ya lleva cinco años haciéndolo. Tiene cinco años de película para demostrar ante cualquier tribunal que el abuelo es un lunático.

—Papá dice que es para los archivos de la familia y que algún día le agradeceremos que haya conservado un recuerdo de nuestra infancia.

—Sí, claro —dijo ella—. Es mi mayor ilusión; Una historia fotográfica de Auschwitz. Naturalmente, tú crees que nuestra familia es normal.

—No sé si es una familia normal o no —contesté—. Es la única familia en la que he vivido.

—Es una fábrica de locos. Recuerda mis palabras.

La casa de mi abuelo era un sencillo edificio de madera de una sola planta, pintado de blanco con los detalles rojos, que se alzaba en una parcela de unas veinte áreas junto al río Colleton. Cuando entramos en la vivienda encontramos a mí abuela en la cocina, contemplando a mi abuelo, que estaba atareado con su cruz en el pitio

trasero.

—Ahí lo tenéis —observó, con voz teñida de cansancio y exasperación, mientras señalaba hacia el patio con un gesto de cabeza—. Vuestro abuelo. Mi marido. El tonto del pueblo. Lleva todo el día ocupado con su aparato.

—¿Qué está haciendo, Tolitha? —quise saber, dirigiéndome a ella por su nombre de pila conforme a sus deseos.

—Le pone una rueda —respondió Savannah riéndose, al tiempo que echaba a correr hacia la ventana.

—Dice que a la gente no le importará que un hombre de sesenta años le ponga una rueda a su cruz. Dice que Jesús no tenía más de treinta y tres años cuando subió a aquella colina, conque nadie puede exigir que un hombre de sesenta lo haga tan bien como Él. Cada año está peor de la cabeza. Dentro de poco voy a tener que meterlo en un asilo, eso está claro. La patrulla de la carretera ha venido otra vez esta semana para pedirle que devuelva su permiso de conducir. Dicen que cada vez que saca su Ford para dar una vuelta se convierte en un peligro público.

—¿Por qué te casaste con él, Tolitha? —preguntó Savannah—. Parece imposible que dos personas tan distintas en todos los sentidos sean capaces de vivir juntas.

Mi abuela se volvió de nuevo hacia el patio. Sus gafas reflejaban la ventana como un trapezoide de luz, repitiendo en el cristal lo que ella veía por la ventana. La pregunta la había cogido por sorpresa. Advertí que Savannah había hecho una de esas preguntas prohibidas, de intimidantes implicaciones, cuyo misterio había plagado nuestro propio nacimiento.

—Dejadme antes que os sirva un poco de té helado —dijo al fin Tolitha—. Él aún seguirá un rato atareado ahí afuera, y no tengo muchas ocasiones de charlar con vosotros ahora que habéis crecido y salís por vuestra cuenta y demás.

Llenó tres enormes vasos de té y echó hojas de menta sobre el hielo picado de su interior. Luego tomó asiento en su taburete y se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz.

—Desde el primer momento supe que vuestro abuelo era cristiano, porque entonces todo el mundo era cristiano en esta ciudad. Yo también era cristiana, pero, como sólo tenía catorce años cuando nos casamos, era demasiado joven para entender bien las cosas. Tardé algún tiempo en darme cuenta de que él era un fanático. Cuando éramos novios no se le notaba tanto, porque estaba obsesionado y sólo pensaba en ponerme las manos encima.

—¡Tolitha! —exclamé, sintiéndome muy violento.

—A veces te portas como un chiquillo, Tom —me reconvino Savannah—. Cada vez que surge la cuestión del sexo, saltas como si te hubiera mordido una serpiente.

Mi abuela se rió y reanudó su relato.

—Cuando era una jovencita lo excitaba mucho y os aseguro que en aquellos primeros años no hablaba para nada de Jesús cuando estábamos bajo las sábanas.

¡Tolitha, por favor! ¡Por el amor de Dios! —insistí—. No queremos saber nada de

eso.

—Sí que queremos —me contradijo Savannah—. Es fascinante.

—Desde luego, sólo a alguien tan raro como tú puede interesarle escuchar una descripción jugada por jugada de las relaciones sexuales de sus abuelos.

—Luego, conforme fueron pasando los años, se cansó de mí, como hacen todos los hombres, y comenzó a rezarle al Señor las veinticuatro horas del día hasta que finalmente se le reblandeció el seso. Nunca fue capaz de ganarse la vida de una manera decente. Sólo cortaba el pelo, vendía unas cuantas Biblias y disertaba sobre el cielo y el infierno y todo lo que hay en medio.

—Pero es muy buen hombre —aduje yo.

Ella se volvió y contempló a mi abuelo a través de la ventana. No había ardor en su mirada, pero sí ternura y un perdurable afecto. El abuelo seguía encorvado sobre la cruz, tratando de fijar en su base una rueda de triciclo con cubierta de caucho.

—La gente me pregunta constantemente cómo es estar casada con un santo. Muy aburrido, les digo. Vale más casarse con un diablo. A lo largo de mi vida, he saboreado un poco de cielo y un poco de infierno, y me quedo con el infierno sin dudar. Pero lo que acabas de decir es cierto, Tom: es una excelente persona.

—¿Por qué lo abandonaste cuando la Depresión? —preguntó Savannah, alentada por su franqueza, su pródiga revelación de antiguos secretos—. Papá no quiere ni hablar del asunto.

—Supongo que ya sois bastante mayores para saberlo —dijo ella, volviéndose hacia nosotros. Su voz se había vuelto abatida, casi soñadora—. En mitad de la Depresión, se le ocurrió dejar su trabajo y empezó a predicar la palabra del Señor justo enfrente de la farmacia de Baitery. Eso aún daba menos beneficios que cortar el pelo. Se le metió en la cabeza que la Depresión era un signo de que se aproximaba el fin del mundo. Resultaba fácil pensar así. En aquella época, a mucha gente se le ocurrió la misma idea. Nos moríamos de hambre, o casi, y a mí no me hacía ninguna gracia morirme de hambre, así que le dije a Amos que me iba. Por supuesto, no me creyó, porque entonces la gente no se divorciaba. Le dije que cuidara bien a vuestro padre o volvería para matarlo. Luego, me fui hasta Atlanta haciendo autostop, y aquella misma semana conseguí un empleo en los almacenes de Rick's. Al cabo de algún tiempo, conocí a Papa John y me casé con él un par de días más tarde.

—¡Eso es horrible, Tolitha! —exclamé—. ¡Es lo peor que he oído en mi vida!

—El santo es el que está en el patio, Tom —replicó, entrecerrando los párpados tras los cristales de sus gafas. Las pestañas se tocaron como un par de orugas ligeramente desplazadas—. La mujer está aquí, en la cocina. No estoy orgullosa de todo lo que he hecho, pero os cuento todo lo que he hecho.

—No es de extrañar que papá esté tan mosqueado —comenté, con un silbido.

—Cállate ya, Tom. Eres demasiado tradicional —me reconvino Savannah—. No sabes nada de la supervivencia.

—Hice lo mejor que podía en aquellas circunstancias. En aquella época, parecía

que todo el mundo se hubiera vuelto loco, y yo no fui ninguna excepción.

—Continúa —le urgí—, antes de que vuelva el abuelo.

—No te preocupes por el abuelo. Se quedará jugando con su cruz hasta la hora de cenar. Bien, para vuestro padre fue mucho más duro, eso no lo niego. No debía de tener más de once años cuando me lo llevé a Atlanta, y hacía quizá cinco que no me veía. Apenas me conocía ya, y no lograba entender por qué me había ido ni por qué debía llamarme Tolitha en vez de mamá. A veces, mientras dormía, se ponía a gritar «mamá, mamá, mamá», y Papa John lo oía y se le rompía su dulce corazón. Entonces iba a su cuarto y le cantaba canciones griegas hasta que vuestro papá se quedaba otra vez dormido. Vuestro padre no conocía a ninguna Tolitha, ni quería conocerla. Ahora yo haría las cosas de otra forma. De veras que sí. Pero ahora no es entonces, y no hay forma de rehacer lo pasado.

—Se me hace difícil ver a papá como una figura trágica —observó Savannah—. Y menos como un niño trágico. Ni siquiera consigo imaginármelo de pequeño.

—¿Has tenido otros esposos, Tolitha? —inquirí.

—¡Ja! —se rió—. Ya ha estado vuestra madre hablando de nuevo.

—No —me apresuré a responder—, es sólo que he oído rumores por la ciudad.

Cuando murió Papa John me quedé medio loca de tristeza. Cogí el dinero que me había dejado, y os aseguro que era una bonita cantidad, y zarpé rumbo a todos esos lugares de que había oído hablar: Hong Kong, África, la India... Di la vuelta al mundo en barco. En primera clase de puerto a puerto. Y encontré que tenía un problema. La gente siempre me ha querido, sobre todo los hombres. Sencillamente, soy de esa clase de personas. A los hombres les encanta hacer de moscones a mi alrededor, como si yo exhalara algún dulce perfume. Yo solía divertirme viéndolos hacer cola ante mí, intentando hacerme reír o invitándome a un par de copas. Me casé con un par de esos muchachos. El que más, duró unos seis meses; el tiempo exacto que nos llevó la singladura desde Madagascar hasta Ciudad del Cabo. Quería que le hiciera cosas sucias e impronunciables.

—¿Qué cosas sucias e impronunciables? —preguntó Savannah, sin aliento, inclinándose hacia mi abuela.

—No, no. No le preguntes eso —supliqué—. Por favor, no se lo preguntes.

—¿Por qué no? —se extrañó Savannah.

—Porque nos lo dirá, Savannah. Nos lo dirá y seguro que será algo horrible y embarazoso.

—Quería que le chupara la zona en que se juntaban sus piernas —explicó mi abuela. Tuve que admitir que, para ser ella, se había expresado de forma bastante remilgada. Por lo general, siempre decía un poco más de lo que uno quería oír.

—¡Qué repugnante! —exclamó Savannah.

—Aquel hombre tenía apetitos animales —añadió Tolitha—. Fue una pesadilla.

—¿Por qué volviste con el abuelo? —pregunté, anhelando desviar la conversación de los apetitos animales.

Mi abuela me contempló fijamente y se llevó su vaso de té a los labios. Por un instante, creí que no quería contestarme. O no podía.

—Llegué a cansarme, Tom. Llegué a estar muy cansada. Además, empezaba a hacerme vieja, a parecer vieja, a sentirme vieja. Sabía que Amos seguiría siempre aquí, junto al río, esperándome siempre. Sabía que podía aterrizar aquí sin que él me dirigiera jamás una palabra de reproche. Se limitaría a seguir agradecido por mi regreso. Vuestro papá es igual con Lila. En toda su vida, solamente le ha interesado una mujer. Es como su padre. Y eso demuestra que a la sangre le resulta mucho más fácil transmitir el fanatismo a la siguiente generación que la cualidad, cualquiera que fuese, que hacía que todo el mundo me quisiera.

—Pero al abuelo también lo quiere todo el mundo —objeté, sintiendo una repentina compasión hacia el hombre del patio.

—Le quieren porque es un fanático, Tom. Porque cada año sale con esa cruz a la calle. Pero, lo que yo digo, ¿a quién le hace falta un santo? Preferiría una copa y un par de carcajadas.

—Pero tú quieres al abuelo, ¿no es verdad, Tolitha? —insistí.

—¡Querer! —Paladeó la palabra en su boca como si se tratara de una tableta insípida—. Sí, supongo que lo quiero. Hay que querer aquello con lo que siempre se puede contar, lo que siempre está en casa esperándote. El otro día estuve pensando en el tiempo. No en el amor, sino en el tiempo. Las dos cosas están relacionadas de algún modo, pero no soy lo bastante inteligente como para saber exactamente de qué modo. Estuve casada con vuestro abuelo y con Papa John aproximadamente el mismo tiempo. Sin embargo, cuando vuelvo la vista atrás, me da la impresión de que sólo estuve casada con Papa John durante unos cuantos días. Así de feliz me sentía. En cambio, tengo la sensación de haber estado casada con vuestro abuelo durante un millar de años.

—Ésta es una conversación de adultos anunció Savannah orgullosamente. Hace mucho tiempo que esperaba tener una conversación verdaderamente adulta.

—Vuestros padres sólo intentan protegeros de ciertas cosas que, en su opinión, los niños no deben conocer, Savannah. No aprueban la vida que he llevado. Pero, puesto que es una conversación de adultos, creo que no es necesario que se enteren de lo que hemos estado hablando.

—Nunca se me ocurriría decirles nada —le aseguró Savannah—. Pero a veces Tom es muy infantil.

Sin hacer caso al comentario de Savannah, le pregunté a Tolitha:

—¿Crees que papá ha podido superar el hecho de haber sido abandonado cuando era un niño pequeño?

—¿Quieres decir si creo que me ha perdonado Tom? —Preguntó ella a su vez—. Creo que sí. En los asuntos de familia, todo puede superarse. Esto es una cosa que aprenderéis cuando seáis mayores. Os quedan muchas cosas por aprender que son peores que ésta. Si algunas de las cosas que os hacen vuestros padres os las hiciera un

amigo, jamás se lo perdonaríais. Pero con los amigos es distinto. Los amigos no son una tirada de dados.

—Voy a ayudar al abuelo a arreglar su cruz —anuncié.

—Sí, y yo voy un momento a la licorería —dijo Tolitha.

—¿Piensas volver a emborracharte este Viernes Santo? —inquirí.

—Tom, eres un grosero —dijo Savannah.

Tolitha se echó a reír.

—No se me ocurre otra respuesta civilizada a su paseo. Además, le recuerda que no es mi dueño y que nunca lo será. Es mi forma de decirle lo ridículo que me parece todo este asunto. Desde luego, vuestro abuelo lo estuvo discutiendo con Dios hace unos días y recibió luz verde, aunque no vale la pena tratar de razonar con él.

—No hace más que portarse como un buen cristiano. Eso me dijo él mismo —argüí—. Dijo que si la gente se comportara correctamente toda la población de Colleton saldría a la calle con cruces para caminar a su lado.

—Y entonces encerrarían a toda la población. No, Tom. No digo nada en contra de ser un buen cristiano, créeme. Quiero que tú seas un buen cristiano, pero tampoco hay que tomárselo tan condenadamente en serio.

—¿Eres una buena cristiana, Tolitha? —quiso saber Savannah—. ¿Crees que irás al cielo?

—Nunca en mi vida he hecho nada que me haga merecedora de arder en el infierno durante toda la eternidad. Cualquier dios que haga eso no es digno de su nombre. He intentado con todas mis fuerzas llevar una vida interesante, y no veo que eso pueda hacer ningún mal a nadie.

—¿Crees que el abuelo ha llevado también una vida interesante? —pregunté yo.

—Tom, siempre has de hacer las preguntas más tontas —me reprendió Savannah.

—Recuerda esto Tom. Cada vez que te preguntes qué es lo que hace que una vida sea interesante, piensa en esto: cuando tu abuelo estaba cortando el pelo a la gente, y tu papá y tu mamá pescaban cangrejos y descabezaban camarones, yo estaba cabalgando por el paso de Khyber, entrando en Afganistán disfrazada de guerrero afgano. Seguramente nunca conocerás a otra persona que haya hecho lo mismo.

—Pero vuelves a estar aquí, Tolitha —objeté—. ¿De que te ha servido hacerlo si has terminado otra vez en Colleton, en el punto de partida?

—Eso significa que me quedé sin dinero —respondió—. Significa que no logré conseguir lo que me había propuesto.

—Hola, abuelo —respondimos, y los dos corrimos a besar sus mejillas bajo la cruz.

—¿Qué os parece esta cruz, chicos? —preguntó con inquietud—. Contestadme sinceramente. No tengáis miedo de herir los sentimientos de vuestro abuelo. ¿Os parece bien?

—Es una cruz estupenda, abuelo —dijo Savannah—, pero es la primera vez que veo una cruz con una rueda.



—El año pasado, después de la última caminata, tuve que pasarme una semana en la cama —nos explicó—. He pensado que una rueda me ayudaría bastante, pero temo que la gente pueda interpretarlo mal.

—Todos lo entenderán, abuelo —le aseguré.

—El invierno pasado, con la lluvia, la cruz se mojó y ahora empieza a pudrirse el madero central. Puede que tenga que construir una nueva para el año que viene. Un modelo más ligero, tal vez, si encuentro la madera conveniente.

—¿Por qué no te retiras, abuelo? —preguntó Savannah—. Deja que te sustituya alguno de los jóvenes de la iglesia.

—He reflexionado mucho sobre eso, chiquilla —contestó él—. Siempre he tenido la esperanza de que Luke o Tom siguieran mi ejemplo cuando yo falte. Eso es lo que pido al Señor en mis oraciones. Sería muy bonito mantener la tradición en la familia, ¿no os parece?

—Estoy segura de que a Tom le encantaría —asintió graciosamente Savannah—. De hecho, también yo se lo pido al buen Dios.

Pellizqué disimuladamente su brazo y observé:

—Tolitha quiere que vayamos al río a buscar unas cuantas ostras, abuelo. ¿Quieres venir con nosotros?

—Con muchísimo gusto, hijos. Tom, ¿quieres cargar la cruz hasta el garaje? Tengo que averiguar de dónde sale este chirrido.

—Lo hará encantado, abuelo —dijo Savannah—. Además, le servirá de práctica para cuando tenga que sustituirte.

Tomé la cruz que me ofrecía mi abuelo y, apoyándola sobre mi hombro derecho, comencé a llevarla rápidamente a través del patio. Oí la rechifla de la abuela, desde la cocina.

—Un momento, hijo —dijo el abuelo—. Ya veo de dónde sale el chirrido.

Se agachó y aplicó en la rueda un poco de aceite de una lata oxidada.

—Me parece que ahora ha de ir bien. A ver, prueba otra vez.

Reanudé mi hosca andadura, tratando de ignorar el rostro sonriente de Savannah y el pitoreo de la abuela, enmarcada en la ventana de la cocina. Mi abuelo, naturalmente, nunca se percataba de las ocasiones de mofa y humillación.

—Yo diría que esta cruz le queda muy bien, ¿no crees, niña? —preguntó el abuelo a Savannah.

—Le queda divina, abuelo —asintió Savannah—. Parece que el chico hubiera nacido para llevar esta cruz.

—Pesa mucho —protesté, sintiéndome desdichado.

—Tendrías que llevarla sin la rueda. Eso sí es trabajo de hombres. Pero cada vez que pienso en los padecimientos del Señor y en todo lo que debió sufrir por mi causa...

—Eso mismo, Tom. Deja ya de quejarte. Piensa en lo que el Señor sufrió por ti —se burló Savannah.

—Vuelve hacia aquí una vez más, hijo —me pidió el abuelo—. Quiero asegurarme de que ya no chirría.

Tras devolverle la cruz al garaje, los tres nos embarcamos en el botecillo verde del abuelo. Arrancó manualmente el motor, yo recogí las amarras e inmediatamente comenzamos a cruzar el río Colleton rumbo al banco de ostras que se extendía junto al pecio de Hardeville, en la isla de St. Stephen. El Hardeville era un antiguo vapor con rueda de paletas que había naufragado durante el mismo huracán bajo el que nacimos Savannah y yo. Su enorme rueda yacía enterrada en el fango, y desde cierta distancia parecía un reloj a medio montar. En torno a la base del casco se arracimaban miles de ostras y durante la marea alta era uno de los lugares de pesca más productivos de todo el condado. En el parduzco casco de la nave, lleno de incrustaciones, habitaba una familia de nutrias; habían vivido allí por lo menos desde que me alcanza memoria. La tradición hacía a aquellas nutrias sacrosantas e inviolables, y ningún cazador había intentado jamás capturarlas. Dos cachorros de nutria se perseguían por entre las cuadernas del navío embarrancando cuando mi abuelo apagó el motor y nos deslizamos suavemente hacia la lodosa superficie que la marea baja había dejado al descubierto.

—¿Verdad que Jesús ha sido muy amable al poner estas ostras tan cerca de casa? El sabe lo mucho que me gustan —comentó mi abuelo mientras Savannah y yo nos inclinábamos sobre la borda del bote y empezábamos a arrancar ostras del banco. Recogimos una docena de ostras sueltas del tamaño de la mano de un hombre, y luego un racimo de diez más pequeñas, que separamos a martillazos sobre la proa del bote.

Salté al fango, hundiéndome hasta las rodillas, y comencé a avanzar cuidadosamente, seleccionando las ostras sueltas de mayor tamaño y arrojándolas al interior del bote.

—Las ostras siempre me dan la impresión de estar rezando —dijo el abuelo—. Dos manos unidas, dando gracias al Señor.

También eran cortantes y ominosas. Yo caminaba con inseguridad, cautelosamente, como si estuviera danzando sobre un campo de navajas. Sentía cómo las conchas de las ostras muertas rajaban la goma de mis zapatillas de tenis mientras manejaba las tenazas de arrancar ostras y las iba sacando a la moribunda luz del día.

Cuando hubimos recogido unas cuarenta, trepé por el costado del bote y de una patada lo empujé de nuevo hacia el río. El abuelo no consiguió arrancar el motor en seguida y durante algún tiempo flotamos como hoja de roble sobre las aguas suavemente perladas, mientras las nutrias cabrilleaban a nuestro alrededor en resplandecientes círculos. Sus fugaces estelas agitaban el agua dándole un matiz igualmente perlado pero más oscuro. —Entretanto, el abuelo, con la frente sudorosa, tiraba una y otra vez del cordón de arranque. En el pecio, una nutria adulta de cara plateada se encaramó a una de las cuadernas inferiores del buque con una trucha aún temblorosa entre sus mandíbulas. La nutria se irguió sobre sus cuartos traseros, y tras

examinar su presa sujetándola entre las patas comenzó a devorarla del mismo modo en que una persona comería una mazorca de maíz. Savannah fue la primera en ver a Nieve.

—¡Nieve! —exclamó, levantándose bruscamente de forma que casi hizo volcar el bote.

Yo intenté estabilizarlo con ambas manos, desplazando mi peso hacia delante y hacia atrás hasta que volvimos a seguir el cabeceo de la marea. El abuelo abandonó sus tentativas de poner en marcha el motor y miró corriente abajo, hacia donde señalaba el dedo de Savannah. Entonces, a unos doscientos metros de distancia, vimos el delfín blanco surcando las olas en nuestra dirección.

Yo contaba diez años cuando vi por primera vez el delfín blanco llamado Nieve siguiendo nuestro pesquero cuando regresábamos a puerto tras toda una jornada de faenar ante las playas de Spaulding Point. Era el único delfín blanco jamás divisado en la costa del Atlántico hasta donde alcanzaba la memoria de la fraternidad de los pescadores de camarones, y algunos incluso afirmaban que era el único delfín blanco que había existido jamás en el planeta. En el condado de Colleton, con sus interminables kilómetros de ríos salados y arroyos producidos por el flujo de las mareas, la visión de Nieve nunca dejaba de maravillar a la gente. Jamás se le había visto en compañía de otros delfines, y algunos pescadores, entre los que se contaba mi padre, deducían que los delfines, al igual que los seres humanos, no son amables con los fenómenos, y que Nieve, por su extraordinaria blancura, había sido sentenciado a vagar por las verdes aguas de Colleton como un exiliado solitario. En aquella primera ocasión, nos siguió durante casi todo el camino hasta el puente levadizo antes de volver a internarse en el mar. Nieve confería a nuestro condado cierto sentido de distinción, y quienes alguna vez lo veían recordaban aquel momento durante toda su vida. Era como ser tocado por el descubrimiento de que el mar jamás renunciaría a su capacidad de crear y asombrar.

Con el tiempo, Nieve había llegado a convertirse en una especie de símbolo de la fortuna de Colleton. La ciudad prosperaría y florecería mientras Nieve siguiera honrando aquellas aguas con sus visitas. A veces desaparecía durante largos períodos, y de pronto regresaba a las aguas de las islas costeras de Carolina. Incluso el periódico daba cuenta de sus idas y venidas. Su entrada en el canal principal y su paso a través de la ciudad, lento y sensual, lograban atraer a todos los habitantes a las orillas del río. El comercio se interrumpía y todo el mundo en la ciudad interrumpía lo que estaba haciendo para testificar colectivamente su regreso. El delfín muy rara vez visitaba el canal principal; precisamente por lo poco frecuentes, sus apariciones eran un acontecimiento precioso que detenía la vida ciudadana. Llegaba siempre a nosotros como un símbolo, un monarca y un regalo; llegaba siempre solo, desterrado, y la gente de la orilla, que lo llamaba por su nombre y lo saludaba a gritos, testimoniando así su divina presencia blanca, constituía la única familia que aquella criatura jamás conocería.

El abuelo puso el motor en marcha y dirigió el pequeño bote hacia el canal. Nieve asomó sobre las aguas del río por delante nuestro, un delicado lirio bajo la menguante claridad.

—Lleva nuestro camino —observó el abuelo, poniendo proa hacia el delfín—. Si esto no demuestra la existencia de un Dios viviente, no hay nada que la demuestre. Cualquiera diría que Él podía darse por satisfecho con un delfín corriente. Son tan hermosos como cualquier criatura que pueda haber en el planeta. Pero no, El sigue ahí arriba imaginando cosas todavía más hermosas para deleitar los ojos del hombre.

—Nunca lo había visto tan de cerca —exclamó Savannah—. Es de un blanco perfecto, como un mantel.

Pero no fue un blanco perfecto lo que vimos cuando salió a la superficie, a menos de veinte metros de nosotros. Tenues matices de color se reflejaban sobre su lomo mientras surcaba las aguas, un breve destello plateado de sus aletas, tonalidades evanescentes que no podían tener sustancia. Era evidente que no podía presentar dos veces el mismo color.

Lo observamos mientras nadaba en círculo en torno al bote, lo vimos debajo de nosotros, y era un fluir como de leche en el agua. Ascendiendo, quedó suspendido, del color de los melocotones y las altas lunas; luego, descendió como leche de nuevo.

Éstos son momentos mercuriales de mi niñez que no puedo recapturar enteramente. Irresistibles y emblemáticos, sólo puedo recordarlos a trozos y con estremecimientos del corazón. Hay un río, una ciudad, mi abuelo dirigiendo un bote por el canal, mi hermana perdida en ese suspendido arrobo que más tarde traduciría en sus más poderosos poemas, el perfume metálico de las ostras recién cosechadas, las cantarinas voces de los niños en la ribera... Cuando llega el delfín blanco, hay todo esto y además transfiguración. En los sueños, el delfín mora para siempre en las aguas de la memoria, una pálida divinidad que alimenta el fuego y el más profundo frío de todas las aguas negras de mi historia. En mi infancia hubo muchas cosas lamentables, pero el río no fue una de ellas, y las inestimables riquezas que de él emanaban no pueden ser cambiadas ni vendidas.

Al pasar bajo el puente volví la vista atrás y distinguí las sombras de la gente que se había congregado para contemplar el paso de Nieve. Sobre la balaustrada de cemento del puente, las cabezas se arracimaban a intervalos irregulares, como las cuentas de un rosario roto. Oí la voz de una chiquilla que le rogaba a Nieve que volviera a pasar bajo el puente. Hombres y mujeres empezaron a llenar los muelles flotantes, que cabeceaban con la marea; todos señalaban hacia el punto en que el delfín había salido a la superficie por última vez.

Cuando llegó el delfín blanco, para mi abuelo fue como ver el blanco rostro de Dios sonriéndole desde las profundidades.

—Gracias, Señor —exclamó el abuelo, a nuestra espalda, en una de aquellas plegarias no estudiadas que surgían de él espontáneamente cuando se sentía conmovido por el mundo exterior—. Muchas gracias por todo esto.

Me di la vuelta. Mi hermana se dio la vuelta. Y aquel hombre nos sonrió a los dos.

Más tarde, después del fallecimiento de mi abuelo, tuve ocasión de lamentar no haber podido ser el mismo tipo de hombre que él. Aunque de niño le adoraba y me sentía atraído hacia el seguro protectorado de su masculinidad, tierna y desprovista de críticas, jamás pude apreciarlo del todo. No sabía cómo estimar la santidad; no conocía ningún modo de honrar, de expresar mis alabanzas a su inocencia natural, su generosa sencillez. Ahora sé que a una parte de mí le habría gustado viajar por el mundo como él viajó, un bufón de ardiente fe, un loco, un príncipe de los bosques rebosante de amor a Dios. Me habría gustado caminar por su mundo sureño, dando gracias a Dios por las ostras y los delfines, ensalzando a Dios por el canto de los pájaros y por los relámpagos, viendo a Dios reflejado en los remansos de los arroyos de montaña y en los ojos de los gatos sin dueño. Me habría gustado hablar con los perros del patio y las tanagras como si fueran amigos míos y compañeros de viaje por las carreteras torturadas por el sol; intoxicado de amor a Dios, inflado de caridad como un arco iris que, en la impensada combinación de sus matices, conecta dos campos lejanos con su glorioso semicírculo. Me habría gustado ver el mundo con ojos capaces solamente de maravillarse, con una lengua experta únicamente en la alabanza.

Cuando el delfín blanco comenzó a remontar el río en la completa marginación del solitario, yo me sentí partícipe de la soledad de aquella criatura. Pero mi abuelo...

¡Ah! Siempre supe lo que sentía mi abuelo cuando vio a Nieve moviéndose río arriba. Contempló la desaparición del delfín, siguiendo las aguas profundas en torno a una curva del canal y destelleando una vez más antes de perderse tras un verde istmo de tierra donde el río tuerce hacia la derecha.

Luke estaba de pie en el muelle, esperando nuestra llegada. Con el sol a su espalda, era una silueta que nos miraba sin rostro, un remoto claroscuro, una columna de luz y sombras. Cuando el abuelo detuvo el motor, Luke acercó el bote al muelle con un pie y asió la cuerda que yo le tendía.

—¿Habéis visto a Nieve? —preguntó.

—Era vivaracho como un perrito —respondió mi abuelo.

—Tolitha nos ha invitado a todos a cenar.

—Traemos bastantes ostras —dije yo.

—Papá ha traído casi tres kilos de camarones. Tolitha va a freírlos.

—Visto desde el río, Luke, parecías un gigante de pie en el muelle —comentó Savannah—. Te juro que me parece que aun sigues creciendo.

—Tienes razón, pequeña. Y no quiero ser un enano trepando por el tallo de las habichuelas.

Comencé a recoger las ostras y las arrojé al muelle donde Luke las metió en una tina. Amarramos el bote echamos a andar hacia la casa, pisando la hierba.

Savannah, Luke y yo nos quedamos afuera, en el porche posterior, y abrimos las

ostras, para ir las poniendo en un cuenco que mi abuela nos pasó por la puerta de la cocina. Abrí una gran ostra suelta, y sorbiéndola de su concha la retuve por unos instantes en la boca, saboreé su licor sobre mi lengua, inhalé su perfume y la dejé resbalar por la garganta. Para mí, no existe nada más perfecto que el frescor y el aroma de una ostra cruda. Es el sabor del océano a duras penas hecho carne. Oíamos las voces de mi madre y mi abuela en la cocina, las serias voces intemporales de las mujeres que preparan la comida para su familia. Venus, una pepita de matizada plata, se elevó por el este. En los árboles, las cigarras iniciaron su lunático parlamento. Alguien conectó el televisor dentro de la casa.

—Hoy he hablado con el entrenador Sams —comenzó Luke, abriendo una ostra con un hábil giro de muñeca—. Me ha dicho que ese chico de color sí que vendrá a la escuela.

—¿Quién? —quiso saber Savannah.

—Benji Washington; el hijo del enterrador.

—Lo he visto por ahí —asintió Savannah.

—Es un negrata —dije yo.

—No digas esa palabra, Tom —saltó Savannah, fulminándome con la mirada—. No me gusta. No me gusta lo más mínimo.

—Puedo decir lo que quiera —repliqué—. No tengo por qué pedirte permiso para decir lo que me dé la gana. Lo único que conseguirá es crear problemas y estropear nuestro último año.

—Es una palabra sucia y repugnante —insistió ella—, y hace que parezcas malo cuando la dices.

—No la dice con ninguna intención, Savannah —observó suavemente Luke— en la oscuridad—. Tom siempre quiere parecer más duro de lo que realmente es.

—Es un negrata. Entonces, ¿qué tiene de malo que le llame negrata? —insistí, más duro que nunca.

—Porque la gente amable no usa esa palabra, hijo de puta —contestó ella.

—Vaya, vaya —exclamé, irritado—. Supongo que la gente verdaderamente amable prefiere usar «hijo de puta» como muestra de cariño.

—Es hora de cenar —comentó Luke, abatido—. Supongo que ya es hora de que tengamos otra disputa. Por el amor de Dios, olvidad ya este asunto. Me arrepiento de haber sacado a relucir el tema.

—No vuelvas a decir esa palabra, Tom. Te lo advierto.

—No me había enterado de que te hubieran nombrado reina de belleza de la NAACP<sup>[2]</sup>.

—Sigamos abriendo ostras y escuchando a las ranas —Propuso Luke—. No me gusta veros pelear de esta manera.

—No vuelvas a decir esa palabra delante mío. Te lo advierto, Tom, odio esa palabra y odio a la gente que la usa.

—Papá la usa todo el tiempo —observé yo.

—El tiene una excusa, porque es idiota. Tú no lo eres.

—No me avergüenzo de ser sureño, Savannah —le anuncié—. No como otras personas que conozco, que leen *The New Yorker* cada semana.

—Lo que tendría que avergonzarte es ser esta clase de sureño, esta clase de basura miserable.

—Mil perdones, alteza real.

—Vosotros dos, callad de una vez —intervino nuevamente Luke, mirando hacia la ventana de la cocina. Los bizcochos de mi abuela perfumaban el aire de la noche. Mamá no quiere que pronunciemos esa palabra, Tom, y tú lo sabes.

—No tienes ningún derecho a pensar como lo peorcito del Sur. No consentiré esta bajeza en ti. Te la arrancaré a bofetadas, si es necesario —prosiguió Savannah.

—Puedo machacarte a golpes, Savannah —repliqué, dirigiéndole una mirada de desafío—, y tú lo sabes bien.

—Cierto, muchacho. Puedes hacerlo —admitió, con un bufido de desdén—. Pero si me pones un dedo encima, el grandote de Luke te partirá por la mitad. Y, comparado con Luke, eres más flojo que el agua.

Me volví hacia mi hermano, que nos sonreía a los dos. Hizo un ademán de asentimiento.

—Es verdad, Tom. No puedo permitir que le hagas daño a mi cariñito.

—Oye, Luke, reconócelo: ha sido ella la que ha comenzado esta pelea, ¿no? Yo sólo he hecho un comentario inocente acerca de los negratos.

—¡Ajá! —asintió—. Ella la ha comenzado y ella la va ganando, hermanito. —Sonrió.

—No eres imparcial —me quejé.

—Pero soy grande —replicó Luke.

—Un príncipe —dijo Savannah, abrazándose a Luke y dándole un beso en los labios—. Mi cuellirrojo príncipe futbolista.

—Nada de contactos, Savannah —protestó él, ruborizándose—. El cuerpo no se toca.

—Supongamos que le pego a Savannah —dije yo—. Sólo en teoría. Supongamos que le doy un golpecito en la mejilla para defenderme, Luke. No me harías nada, ¿verdad? Quiero decir que me quieres tanto como a Savannah, ¿no?

—Te quiero tanto que me hace daño —respondió Luke, abriendo una ostra—. Ya lo sabes, Tom. Pero si alguna vez tocas a Savannah, te romperé los huesos. Me dolerá mucho más que a ti, pero te romperé todos los huesos del cuerpo.

—No tengo miedo, Luke.

—Sí, Tom, sí que me tienes miedo —respondió sin darle importancia—. No has de sentirte avergonzado. Soy mucho más fuerte que tú.

—¿Te acuerdas de cuando mamá nos leyó El diario de Ana Frank, Tom? —inquirió Savannah.

—Pues claro.

—¿Te acuerdas de cómo llorabas cuando terminó el libro?

—Eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando. No había ni un negrata en toda Amsterdam estoy seguro.

—Los nazis, Tom. Había nazis que usaban la palabra «judío» igual que tú usas la palabra «negrata».

—Déjalo estar, Savannah. —Y el año que viene, cuando Benji Washington cruce la puerta de la escuela el primer día de clase, quiero que te acuerdes de Ana Frank.

—Dios mío, déjame abrir ostras en paz.

—Te ha dado una buena zurra, muchacho. Siempre me encanta escuchar cómo os peleáis: Comienzas cómo si fueras a comerte el mundo, Tom, pero al final no puedes ni decir palabra.

—Es que no me gusta mucho discutir —alegué—. Ésa es la principal diferencia entre Savannah y yo.

—No es ésa, la principal diferencia entre nosotros, Tom —objetó Savannah, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la puerta de atrás.

—¿Cuál es entonces? —pregunté volviéndome hacia ella.

—¿De verdad quieres saberlo? ¿Aunque hiera tus sentimientos?

—No puedes herir mis sentimientos.

—Al fin y al cabo, sé todo lo que piensas. Somos gemelos, ¿recuerdas? Esto no lo sabes.

—Pues dímelo.

—Soy mucho más inteligente que tú, Tom Wingo.

Desapareció en la cocina y nos dejó a Luke y a mí en la oscuridad, terminando de abrir las ostras que quedaban. Las risotadas de mi hermano resonaron en el porche.

—Una buena zurra, muchacho. Te ha dado una buena zurra.

—Yo también he tenido un par de frases buenas.

—Ni una. Ni una sola.

—Ana Frank no tiene una mierda que ver con esto.

—Tal como ella lo ha dicho, parecía que tuviera mucho que ver.

El Viernes Santo, a mediodía, mi abuelo alzó la cruz de madera y la cargó sobre su hombro derecho. Iba vestido con una túnica blanca y calzaba unas sandalias que había comprado en un KMart de Charleston. Con ayuda de unos alicates, Luke hizo unos ajustes de última hora en la rueda.

Mr. Fruit dirigía el tráfico, esperando que mi abuelo le diera la señal de que iba a comenzar la caminata. Puesto que Mr. Fruit dirigía el tráfico y encabezaba todos los desfiles, el Viernes Santo siempre debía cumplir una doble función. Por razones que sólo él conocía, Mr. Fruit consideraba la caminata de mi abuelo como un desfile. Un desfile pequeño y no muy divertido, cierto, pero un desfile al fin y al cabo.

Mr. Fruit se llevó el silbato a los labios y mi abuelo asintió con la cabeza. Mr. Fruit hizo sonar el silbato y echó a andar pavoneándose por la calle de las Mareas, marcando el paso como un tamborilero y alzando las rodillas hasta la altura del



mentón. Mi abuelo le seguía a unos diez metros de distancia. Oí reírse a un par de personas cuando vieron la rueda. A la altura de la farmacia de Baitery, vi a mi padre filmando la primera parte del paseo.

Hacia la mitad de la calle, más o menos, mi abuelo cayó por primera vez. Fue una caída espectacular. Golpeó el suelo con fuerza, aplastado por el peso de la cruz. En su caminata de tres horas, lo que más le gustaba eran las caídas: siempre sorprendían a la muchedumbre y, además, sabía caer bien. Cuando el abuelo cayó, mi padre estaba enfocando el lugar preciso; y me resultó evidente que ambos habían concertado un sistema de señales para todos los momentos culminantes de la caminata. Además de saber caer, Amos también sabía tambalearse muy bien, y cuando trató de incorporarse le fallaron las rodillas. Mi abuelo no sabía nada sobre el teatro del absurdo, pero año tras año lograba inventarlo por sí solo.

Al cabo de una hora, la rueda se rompió y hubo que desecharla. En el semáforo del puente apareció el sheriff Lucas para entregarle la multa anual por obstrucción del tráfico. Mr. Fruit dejó de desfilarse y comenzó a dirigir la circulación del cruce mientras algunos de los espectadores abucheaban al sheriff. El señor Kupcinec, diácono de la iglesia de mi pueblo, leía fragmentos de la Biblia en voz alta: el recorrido de Jesús por las calles de Jerusalén, su crucifixión en el Calvario entre dos ladrones, la oscuridad que cubrió la ciudad, el gran grito de agonía *Efi, Efi lama sabachtbani* «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» y el centurión que repetía una vez más, como seguiría repitiendo en los siglos venideros, «Verdaderamente, éste es el Hijo de Dios».

Y mi abuelo seguía caminando arriba y abajo, pasando ante comercios que vendían calzado, bienes raíces y ropa interior, con el rostro chorreante de sudor pero los ojos serenos, sabedor de que estaba sirviendo a Dios lo mejor que sabía. Savannah y yo vendíamos limonada enfrente de la tienda de ropa de Sarah Poston, y a Luke le correspondía la tarea de detener a mi abuelo en mitad de su caminata y obligarle a engullir una taza de vinagre. Luego debía representar el papel de Simón el Cirineo y ayudar a Amos a cargar el peso de la cruz de una punta a otra de la calle. Hacia la tercera hora, mi abuelo se tambaleaba de verdad. La última vez que cayó, no pudo ponerse en pie hasta que Luke llegó a su lado y le quitó la cruz de encima. Había una fina línea de sangre en el hombro de la túnica. El abuelo se incorporó, sonrió, y tras darle las gracias, prometió a Luke que le cortaría el pelo aquella misma tarde. Luego siguió andando calle abajo, encorvado y oscilando de un lado a otro.

No sabía entonces qué pensar del portentoso amor de mi abuelo hacia la Palabra de Dios, y sigo sin saberlo. En mi adolescencia, su paseo me parecía algo humillante. Savannah, empero, lo describió más tarde en poemas de rara belleza, denominándolo «el tímido Oberammergau del barbero itinerante».

Y cuando la caminata de Amos Wingo terminó por aquel día y lo sostuvimos cuando caía y lo llevamos hasta el puesto de limonada, donde le frotamos la cara con hielo y le hicimos beber un vaso de limonada, tuve la sensación de que la santidad era

la más espantosa e incurable enfermedad que existía sobre la tierra.

Cuando lo tendimos sobre la acera estaba tembloroso y delirante. La gente se apiñaba para pedirle que firmara sus Biblias, y mi padre filmaba su colapso.

Luke y yo le ayudamos a ponerse en pie, sostuvimos su peso con sus brazos en torno a nuestros hombros y lo llevamos a casa, mientras Luke repetía durante todo el camino:

—Eres maravilloso, abuelo. Eres maravilloso.

El portero que guardaba la entrada del edificio de la doctora Lowenstein observó mi llegada con ojos desconfiados. Me miraba como si supusiera que yo albergaba intenciones criminales, pero era parte de su trabajo considerar el mundo de ese modo. Hombre robusto, ataviado con una librea llamativamente anticuada, se informó de mi nombre con grave formalidad y llamó al piso de la doctora. El vestíbulo estaba repleto de muebles tapizados de cuero, y eso le confería la deprimente atmósfera de un club masculino cuyos socios hubieran estado a punto de votar en favor de la admisión de mujeres.

El portero me indicó el ascensor con un gesto de la cabeza y reanudó la lectura del *New York Post*. Aunque iba cargado con dos voluminosas bolsas de compra, me las arreglé para pulsar el botón correcto en el ascensor, que me alzó con un tenso estremecimiento de cables y empezó a subir tan lentamente como si estuviera moviéndose bajo el mar.

Bernard me esperaba en la puerta del piso.

—Buenas noches, Bernard —le saludé.

—Hola, entrenador —respondió—. ¿Qué lleva en esas bolsas?

—La cena y algunas otras cosas —le expliqué, pasando al interior. Di un vistazo a mi alrededor y lancé un silbido de admiración—. Dios mío, vaya casa. Esto parece el estadio de los Mets.

El recibidor estaba decorado con sillas tapizadas de terciopelo, jarrones de esmalte, una pequeña araña Waterford y dos lúgubres retratos del siglo XVIII. Desde allí se veía, en la sala, un piano de cola y un retrato de Herbert Woodruff tocando el violín.

—Lo odio —dijo Bernard.

—No me extraña que tu madre no te deje levantar pesas en casa —comenté.

—Anoche cambió esa regla. Ahora puedo levantar pesas siempre que no esté mi padre en casa. Pero sólo en mi dormitorio. Tengo que guardar las pesas debajo de la cama para que no las vea.

—Si él quiere —sugerí, dirigiendo la vista hacia el retrato suspendido sobre la chimenea—, podría prepararle un programa a su medida y así levantaríais pesas juntos.

Era un hombre apuesto, con una delicada estructura ósea y unos labios delgados que sugerían refinamiento o tal vez crueldad.

—¿Mi padre? —preguntó Bernard con incredulidad.

—Bueno, Bernard, vamos a movemos. Deja que lleve esta comida a la cocina y luego enséñame tu habitación; quiero que estés a punto antes de que vuelva tu madre.

La habitación de Bernard se encontraba en el extremo opuesto del apartamento y estaba decorada de forma tan cara y refinada como cualquier otra de las habitaciones por las que pasamos. No se veía en ella ninguno de los llamativos adornos que suelen hallarse en los cuartos de los adolescentes, ninguna fotografía de ídolos deportivos o estrellas de rock, ningún desorden o exceso. Abrí la bolsa que llevaba conmigo y me volví hacia Bernard.

—Muy bien, tigre. Vamos a hacer el completo. Quítate esas ropas.

—¿Por qué, entrenador? —quiso saber.

—Porque me gusta ver desnudarse a los muchachos —respondí.

—No puedo hacer eso —protestó, sumamente embarazado.

—¿Es que voy a tener que enseñarte a desnudarte, Bernard? —insistí—. Eso no entraba en el contrato.

—¿Es usted gay, entrenador? —preguntó con voz nerviosa—. Quiero decir, me parece muy bien. No me molesta en absoluto. Si lo es, quiero decir. Creo que todo el mundo debe hacer lo que más le guste.

Sin responder, desenvolví un magnífico juego de hombreras Wilson.

—¿Son para mí? —inquirió.

—No —dije yo—. Pienso regalárselas a tu madre, pero antes quería ver como te quedaban.

—¿A mi madre? ¿Para qué las quiere mi madre, entrenador? —preguntó, mientras yo le pasaba las hombreras por la cabeza y comenzaba a abrochárselas.

—Bernard, quizá sería mejor que practicáramos tu sentido del humor antes que tus pases. Concédeme un par de horas diarias e intentaré enseñarte lo que es un chiste.

—Siento haberle preguntado si era gay, entrenador. Oiga, ya me entiende. Estaba un poco confuso, los dos aquí a solas y todo eso.

—Bien, Bernard. Y ahora quítate esa ropa. Tengo que preparar una cena. Pero antes quiero enseñarte como se viste un jugador de fútbol.

Susan Lowenstein llegó con retraso. Yo estaba sentado en una butaca de su sala, contemplando Central Park mientras a mi espalda el sol comenzaba a retirarse del río Hudson. Podía oler la pierna de cordero que se asaba en el horno. Podía ver mi pálido reflejo en el cristal de la ventana panorámica y la barroca luz de las arañas que iluminaban como en un sueño las habitaciones que se extendían por detrás mío. A la luz crepuscular, la ventana se convertía simultáneamente en un espejo y un fabuloso retrato de una ciudad que oscurecía. Los enormes edificios de la parte baja se habían vuelto de zafiro y se erguían bajo una luz solar en menguante retirada, a la que empezaban a responder con su propia luz interior. La ciudad se extendía ante mí como una floresta de transfigurada arquitectura, devocional y espléndida. El sol, exhausto, atrapó a todo un edificio en sus últimos resplandores y confirió los matices de un arrecife de coral a un millar de ventanas agradecidas, para luego ir descendiendo de ventana en ventana hasta perderse finalmente a mitad de camino

mientras toda la ciudad se alzaba como una oropéndola escarlata hacia la noche cantarina. La ciudad se desprendió de los últimos reflejos del ocaso y, excediéndose en una reacción de éxtasis, se transformó en un sorprendente candelabro de luces asimétricas. Desde donde yo me hallaba, a oscuras ya, la ciudad parecía hecha de lámparas votivas de cristal, relámpagos y brasas relucientes. En la belleza de aquellas pujantes geometrías, de aquellas magníficas formas metamorfoseadas, parecía ampliar el crepúsculo y mejorarlo.

—Siento llegar tan tarde —comenzó Susan Lowenstein, nada más entrar en el apartamento—. He tenido un problema con un paciente, en el hospital. ¿Ha encontrado el mueble bar?

—Estaba esperándola.

—El cordero huele maravillosamente —comentó. Luego, contemplando su ciudad, añadió, exultante—: Ahora, dígame que éste no es uno de los panoramas más bellos que ha visto jamás. Quiero oírle despotricar contra Nueva York cuando la ciudad le muestra lo mejor que es capaz de hacer.

—Es asombroso —reconocí—. Pero es que no suelo ver esto muy a menudo.

—Yo lo veo cada noche y sigue pareciéndome completamente abrumador.

—Es un lugar magnífico para contemplar el otro lado de una puesta de sol —comenté con admiración—. Usted y su marido tienen un gusto exquisito, Lowenstein, y muchísimo dinero.

—Madre —dijo una voz a nuestra espalda. Ambos nos volvimos y vimos a Bernard, ataviado con todo el equipo de futbolista, cruzando la sala con los pies protegidos solamente por sus calcetines de deporte. En sus manos sostenía las botas nuevas. Bajo aquella extraña luz, parecía inmenso, deforme, renacido en una forma que jamás hubiera debido ser la suya.

—El entrenador Wingo me ha traído todo esto. Un equipo completo.

—Dios Mío. Eso fue lo único que logró articular la atónita Susan Lowenstein.

—¡Eh, madre! ¿Es que no te gusta? Vamos, mamá. Dime que no me queda bien. Todo es de mi talla excepto el casco, y el entrenador Wingo dice que puedo cambiarlo.

—Doctora Lowenstein —intervine—, permítame que le presente a su hijo, «Asesino» Bernard. Le llaman el Apostador del Mississippi porque siempre busca el pase largo de una sola jugada en la cuarta y uno, en el fondo de su propio terreno.

—Si tu padre te ve alguna vez vestido así, pedirá el divorcio —dijo ella—. Has de prometerme que no dejarás que te vea nunca con este equipo puesto, Bernard.

—Pero ¿a ti que te parece, mamá? ¿Qué aspecto tengo?

—Pareces deforme —respondió, riéndose.

—Muy bien, Bernard —dije yo—. Ve a vestirte para la cena. Dentro de cuarenta y cinco minutos vamos a comer como reyes. ¿Has trabajado hoy con las pesas?

—No, señor —contestó Bernard, enojado con su madre y respirando pesadamente de nuevo.

—Prueba con treinta y cinco kilos. Creo que ya estás preparado para ese peso.

—Sí, señor.

—Y cuando vengas para la cena, recuerda que mi nombre es Tom. No me gusta que me llamen «señor» mientras estoy cenando.

—Estás muy cambiado Bernard se —disculpó su madre—. No quería burlarme de ti. Lo que pasa es que necesitaré algo de tiempo para acostumbrarme a ese aspecto tan feroz.

—Conque opinas que tengo un aspecto feroz, ¿eh? —saltó Bernard, encantado.

—Hijo, estás decididamente bestial.

—Gracias, mamá —dijo Bernard, echando a correr sobre las alfombras orientales hacia su habitación.

—A veces, los cumplidos adoptan formas muy extrañas —observó ella—. Déjeme que prepare unas bebidas.

El de la cena fue un tiempo sosegado, inmaculado al principio. Bernard hablaba principalmente de fútbol, de sus equipos y jugadores favoritos. Su madre no cesaba de mirarlo como si estuviera descubriendo un hijo nuevo sentado a su mesa. Hizo varias preguntas acerca del juego, revelando una ignorancia tan asombrosa que me redujo al silencio cuando traté de contestarlas.

Advertí que madre e hijo se sentían nerviosos y parecían agradecer la presencia de un compañero de mesa que redujera la tensión existente entre ellos. Esta tensión estimulaba mi glándula del espectáculo, y no tardé en hallarme desempeñando el papel de maestro de francachelas, de bufón de la velada, con cartas en las mangas y un chiste a punto para cada intervalo de silencio. Me detestaba a mí mismo cuando asumía ese papel, pero era incapaz de evitar la actuación. Nada me ponía más irritable o neurótico que la muda hostilidad entre personas que se amaban. Así pues, me pasé la velada contando chistes y bromeando, trinchando el cordero con la pericia de un cirujano, sirviendo el vino como un *sommelier* con experiencia en el teatro de variedades, revolviendo salvajemente la ensalada. Para cuando llevé a la mesa la *crème brûlée* y el café expés, me sentía exhausto, agotado de tanta comedia. Y mientras tomábamos el postre, los viejos silencios entre madre e hijo se impusieron de nuevo y pude oír el mortífero tintineo de la plata contra los pequeños cuencos de vidrio.

—¿Por qué quiso aprender a cocinar, entrenador? —preguntó Bernard al fin.

—Tuve que aprender cuando mi esposa empezó a ir a la facultad de Medicina. Por lo tanto, me compré un buen libro de cocina y durante tres meses me dediqué a realizar actos inconfesables con magníficas piezas de carne. Hacía un pan que ni los pájaros querían tocar. Pero aprendí que si era capaz de leer, también era capaz de cocinar. Y me sorprendió descubrir que me gustaba hacerlo.

—¿Su mujer no cocina nunca? —prosiguió.

—Era una excelente cocinera, pero no tenía tiempo para ocuparse de estas cosas cuando estaba estudiando. Ni siquiera tenía tiempo para casarse. Luego se convirtió

en doctora, tuvimos hijos y la cosa no ha cambiado mucho.

—O sea que sus hijos tampoco veían mucho a su madre cuando eran pequeños, ¿eh? —preguntó, mirando hacia su madre.

—Sallie no paró mucho en casa durante algún tiempo, Bernard —me apresuré a responder—. Pero jamás se habría sentido feliz si sólo hubiera tenido la cocina y el delantal. Es una mujer brillante y ambiciosa, y le encanta la medicina. Eso hace que sea mejor madre.

—¿Cuántas comidas suele preparar usted ahora?

—Las preparo todas, Bernard —contesté—. Hace más de un año que estoy sin trabajo.

—¿Quiere decir que ni siquiera es un auténtico entrenador? —exclamó Bernard. Advertí una nota de traición en su voz—. ¿Mi madre ni siquiera me ha contratado un auténtico entrenador?

Intervino la doctora Lowenstein, con los labios apretados y controlando a duras penas su voz.

—Ya has dicho bastante, jovencito.

—¿Por qué no entrena actualmente? —quiso saber Bernard.

—Me despidieron de mi cargo —respondí, tomando un sorbo de café.

—¿Por qué? —insistió.

—Es una larga historia, Bernard, y no suelo contársela a los niños.

—Falsas pretensiones —le dijo a su madre—. Está entrenándome bajo falsas pretensiones.

—Pídele perdón a Tom inmediatamente, Bernard —le ordenó su madre.

—¿Por qué he de pedirle perdón? Se ha presentado como entrenador y ahora descubro que no lo es. Es él quien debe disculparse.

—En tal caso, te ruego que me disculpes, Bernard —proseguí, revolviendo mi postre con la cucharilla—. No sabía que te hiciera falta un entrenador con trabajo.

—Los adultos me revientan. Esto es demasiado. Espero no ser nunca adulto.

—Probablemente no lo serás, Bernard —repliqué—. Es muy posible que hayas alcanzado ya tu techo en la adolescencia.

—Por lo menos, no miento acerca de lo que soy.

—No olvidemos, Bernard, que dijiste a tus padres que estabas en el equipo de fútbol de la escuela. Y no estabas. Es una mentira pequeña, pero nos ayuda a definir nuestros términos.

—¿Por qué has de hacer siempre lo mismo, Bernard? —preguntó la doctora, al borde de las lágrimas—. ¿Por qué has de ensañarte con todos los que intentan ayudarte o aproximarse a ti?

—Soy tu hijo, madre, no uno de tus pacientes. No hace falta que te pongas en el papel de psiquiatra. ¿Por qué no pruebas sencillamente a hablar conmigo?

—No sé cómo hablar contigo, Bernard.

Yo sí, Bernard —intervine, haciendo que el muchacho se volviera furiosamente

hacia mí, respirando con fuerza, con una fina capa de sudor en su labio superior.

—¿Usted sí qué?

—Sí sé cómo hablarte —le expliqué—. Tu madre no sabe cómo, pero yo sí. Porque te comprendo, Bernard. Ahora mismo, te estás despreciando por haber estropeado esta velada, pero no has podido evitarlo. Era la única forma de hacerle daño a tu madre y tenías que hacerlo. Me parece muy bien, eso es asunto vuestro. Pero sigo siendo tu entrenador, Bernard, y mañana por la mañana nos encontraremos en el mismo campo, y esta vez quiero que acudas con todo el equipo de combate.

—¿Por qué habría de permitir que siguiera entrenándome? Usted mismo acaba de reconocer que sólo es un timo.

—Mañana averiguarás si soy un timo o no, Bernard —respondí, contemplando a aquella triste persona aún no formada—. Y yo averiguaré si también tú eres un timo o no.

—¿Qué quiere decir?

—Mañana sabré si te asusta golpear o no. Ésa es la prueba definitiva: saber si eres capaz de recibir un golpe o de dar uno bien. Mañana, Bernard, por primera vez en tu vida, vas a practicar un deporte de contacto.

¡Oh, sí! ¿Y a quién voy a golpear? ¿A los árboles? ¿A los arbustos? ¿O acaso a algún vagabundo alcohólico que pase por el parque?

—A mí —contesté—. Intentarás placarme a mí, Bernard. Y después yo trataré de placarte a ti.

—Pero usted es mucho más grande que yo.

—No tienes por qué preocuparte en absoluto, Bernard —le dije fríamente—. Ya sabes, no soy más que un timo.

—Muy justo, ¿eh?

—¿Te asusta saber que voy a placarte?

—No —respondió con aire de desafío—. En absoluto.

—¿Sabes por qué no te asusta, Bernard?

—No.

—Bien, te lo diré yo: porque nunca has jugado a fútbol, Bernard. Si hubieras jugado alguna vez, sabrías que tendrías que estar asustado. Pero también sé que quieres jugar a fútbol, Bernard. Por algún retorcido motivo, deseas eso más que ninguna otra cosa en el mundo, ¿no es así?

—Supongo que sí.

—Bernard —le dije—, y si aprendes a aguantar que te plaquee, el año que viene estarás en el equipo. Eso te, lo prometo.

—Tom, me parece que es usted demasiado grande para placar a Bernard.

—¡Vamos, mamá, Por, favor! —exclamó Bernard—. No sabes nada de fútbol.

—Ahora, ayúdame a quitar la mesa, Bernard —le ordené, poniéndome en pie— y comenzando a recoger los platos de postre—. Luego vete a la cama y procura descansar para mañana.



—No tengo por que recoger los platos —protestó—. Para eso tenemos la asistente.

—Hijo —contesté—, no vuelvas a replicarme, por favor. Y, por favor, no vuelvas a hacernos a tu madre y a mí un número como el que has hecho esta noche. Ahora, coge unos cuantos platos y mueve el culo hacia la cocina.

—Tom, Bernard está en su casa, y mañana viene la asistenta.

—Cierre la boca, Por favor, cierre la boca.

Tras dar las buenas noches a Bernard, regresé a la sala y sentí la inmensa soledad de aquel cuarto armoniosa y obsesivamente ordenado. Todo era muy caro, pero nada era personal. Incluso el retrato de Herbert sugería más una impresión idealizada del hombre que el hombre en sí. En el cuadro aparecía el violín, y aunque no se podía juzgar el tenor y la profundidad del hombre por su interpretación, sí podía sentirse el arrobo de su arte. Vi abierta la puerta corredera de vidrio que daba a la terraza y allí encontré a la doctora Lowenstein. Había dispuesto una copa de coñac para cada uno. Tomé asiento e inhalé la fragancia del Tennessee, floreció como una rosa en mi cerebro. Tomé el primo sorbo y lo sentí resbalar por mi garganta, medio seda, medio fuego.

—Bien —comenzó la doctora Lowenstein—, ¿qué le ha parecido el show de Bernard y Susan?

—¿Suelen dar estas representaciones muy a menudo?

—No —respondió—. Por lo general, procuramos ignorarnos; pero siempre está presente la tensión. Incluso nuestros cumplidos son mortales. Cada vez que tenemos que cenar los dos solos, se me forma un nudo en el estómago. Me resulta muy duro, Tom, ser odiada por el único hijo que jamás tendré.

—¿Qué ocurre cuando está Herbert en casa? —quise saber.

—Bernard teme a su padre y casi nunca monta escenas como la de esta noche —me explicó, con aire reflexivo—. Claro que Herbert no admite conversaciones durante la cena.

—Perdón, ¿cómo ha dicho?

Sonrió y bebió un largo sorbo de coñac.

—Es un secreto familiar. Una ceremonia familiar. A Herbert le gusta relajarse completamente a la hora de cenar. Para aliviar la tensión de un día de trabajo, escucha música clásica mientras cena. Al principio, solía discutir con él por esta costumbre, pero poco a poco me he ido habituando, y desde que Bernard ha entrado en esta nueva fase agresiva hasta me resulta un alivio.

—Espero que olvide que le he dicho que cerrara la boca delante de su hijo —me disculpé ante su oscura silueta—. Mientras estaba en la cocina no dejaba de pensar que, cuando yo terminara de lavar la vajilla y de secar la plata, usted me mandaría salir de su casa y que no volviera a pisarla nunca más.

—¿Por qué me ha mandado cerrar la boca?

—Acababa de recobrar cierto dominio sobre Bernard, y no quería que usted

rompiera ese hechizo tan duramente conseguido sólo porque no puede soportar ver que alguien trata con rudeza a su hijo.

—Es muy vulnerable. He visto la expresión de su rostro cuando usted le hablaba con tanta aspereza. Resulta fácil hacerle daño.

—Como a todos, doctora. Pero durante diez minutos ha estado levantada la veda contra nosotros, y le aseguro que no me ha gustado nada.

—Es tan malcriado como su padre. Creo que lo que más le ha molestado a Bernard es que en seguida se ha dado cuenta de que usted y yo somos amigos. También Herbert se molestaría si lo supiera; siempre ha tenido la costumbre de despreciar a todos los amigos que he conocido yo sola, cuando no estaba él conmigo. Solía tratarlos con menosprecio, con una grosería tal, en realidad, que finalmente dejé de invitarlos a cenar y de relacionarme socialmente con ellos. Naturalmente, Herbert ha reunido, a su alrededor un grupo de brillantes y fascinadoras amistades que también se han convertido en buenos amigos míos. Pero la lección quedó muy clara: ha de ser Herbert quien los descubra y los introduzca en el círculo interior. ¿Le parece extraño Tom?

—No —respondí—. Me parece un matrimonio.

—¿Hace usted lo mismo con Sallie?

Uní ambas manos tras la cabeza y alcé la mirada hacia las estrellas de Manhattan, opacas como botones sobre la profusión de luces de la ciudad.

—Supongo que sí —dije al fin—. La mayoría de los médicos que han venido a casa a cenar a lo largo de los años, invitados por allí, así como sus esposas, me han resultado insoportables. Si vuelvo a oír a un médico hablando del impuesto sobre la renta o de la medicina social en Inglaterra una vez más en mi vida, me daré, muerte ritualmente ante sus propios ojos. Claro que, por otra parte, yo he invitado a entrenadores amigos míos que se han pasado toda la noche dibujando jugadas en las servilletas de papel y hablando de aquel magnífico partido que hicieron cuando estaban en la escuela secundaria, y he visto los ojos de Sallie volverse vidriosos de puro aburrimiento, así que hemos terminado reuniendo un grupo de amigos que ha superado el veto mutuo. Hay un entrenador de escuela secundaria a quien Sallie adora, y hay un par de doctores que me parecían unos tipos estupendos. Por supuesto, uno de estos tipos estupendos es ahora el amante de Sallie, lo que me hace pensar que tal vez deba cambiar el sistema cuando vuelva a casa. Creo que el sistema de Herbert empieza a gustarme.

—El amante de Sallie, ¿es amigo suyo?

—Lo era. Apreciaba al hijo de perra, y aunque me porté con Sallie como si me hubiera ofendido su elección, que eligiera a ese gilipollas para tener una aventura, lo cierto es que lo entendía perfectamente. Es muy apuesto, tiene éxito y es brillante y divertido. Colecciona motocicletas inglesas y fuma en pipas de espuma de mar, dos defectos que no dejé de mencionar cuando Sallie me lo contó todo, pero no puedo ser demasiado duro con ella.

—¿Porqué no?

—Porque comprendo por qué lo prefiere a mí. Jack Cleveland es el tipo de hombre que yo podría haber sido si no hubiera perdido el rumbo. Yo tenía los dones necesarios para ser como él.

—¿Cuándo se atascó?

—Creo que la cosa empezó cuando elegí a unos padres absolutamente inadecuados. Ya sé que usted me dirá que los hijos no tienen opción alguna en este asunto, pero yo no estoy tan seguro de ello. Tengo la sensación de que yo elegí nacer en esa familia en particular. Luego se pasa uno la vida haciendo falsas suposiciones y tomando decisiones erróneas, preparándose la catástrofe. A causa de las elecciones realizadas, se encuentra uno en peligro. Después, descubre que también existe el destino, el cual trabaja afanosamente para trazarle a uno un camino y conducirlo a regiones en las que nadie debería verse obligado a entrar. Cuando se comprende todo esto, se cuentan treinta y cinco años y se ha dejado atrás lo peor. No, eso no es cierto. Lo peor, aún está por llegar, porque entonces se conocen los horrores del pasado, se sabe que hay que vivir con la memoria del propio destino y la propia historia durante el resto de la vida. Se trata de la Gran Tristeza, y uno sabe que ése es su destino.

—¿Cree que Savannah siente esa tristeza?

—A ella le sirvieron la escalera de color —contesté—. Fíjese donde está ahora. Está en un manicomio, con el cuerpo cubierto de cicatrices y ladrando a unos perros que sólo ella puede ver. Yo soy su irresponsable hermano, que intenta contarle historias que arrojen luz sobre el pasado de la poetisa y le ayuden a usted a reunir de nuevo los fragmentos de *Humpty Dumpty*. Y sin embargo, doctora, la mayor parte del tiempo, cuando pienso en el pasado, acabo llegando a esos espacios vacíos, esos agujeros negros de la memoria. No sé cómo penetrar en esas regiones oscuras. Puedo explicarle la mayor parte de los hechos que se hallan tras las dolorosas frases que grabó usted en la cinta, pero ¿y las cosas que ha olvidado? ¿Y los espacios vacíos que hay en el interior de ella? Tengo la sensación de que queda mucho por decir.

—¿Le asustaría contarme todas esas cosas, Tom? —inquirió.

Yo no podía distinguir su rostro; solamente veía los chapiteles de la ciudad irguiéndose por detrás suyo como grandes columnas de luz.

—Le contaré todo lo que quiera, doctora. Lo que estaba intentado decirle es que no sé si podré contarle lo suficiente.

—Hasta ahora, ha sido usted una gran ayuda para mí, Tom. Se lo prometo. Ya ha conseguido aclarar algunos extremos que me tenían desconcertada acerca de Savannah.

—¿Qué le ocurre a Savannah? —pregunté, inclinándome hacia ella.

—¿Con cuánta frecuencia se han visto en estos tres últimos años, Tom?

—Muy pocas veces —respondí, pero de inmediato me corregí—: Nunca.

—¿Y cómo es eso?

—Me explicó que el contacto con la familia le resultaba muy deprimente. Incluso

conmigo.

—De todos modos, me alegra mucho que esté usted aquí este verano, Tom —dijo Susan. Se puso en pie, con las resplandecientes luces de la ciudad a su espalda, y se acercó para coger mi copa.

—Permita que vaya a llenarlas de nuevo. La seguí con la mirada mientras desaparecía en el interior del apartamento y advertí que se volvía fugazmente hacia el retrato de su esposo y que en seguida desviaba la vista con idéntica rapidez. Sentí entonces por primera vez la tristeza de aquella controlada y cautelosa mujer que tan importante y necesario papel desempeñaba en mi vida durante aquel estío de melancolía. Reflexioné sobre su función de oyente, de abogada, de sanadora; la imaginé levantándose por las mañanas y vistiéndose en su habitación, sabiendo que debía salir a enfrentarse con el dolor y el sufrimiento de aquella parte de la raza humana que por casualidad o por recomendación, había recurrido a ella. No obstante, me preguntaba si alguna vez sería capaz de aplicar a su propia vida las lecciones que obtenía de sus pacientes. Su dominio de las doctrinas de Freud, ¿garantizaba acaso su propia felicidad? Yo sabía que no era así. Pero ¿por qué me conmovía tanto su rostro velado y carente de expresión cada vez que la contemplaba sin que ella lo advirtiera? Aquel adorable rostro en forma de luna parecía reflejar todas las anécdotas grotescas que había escuchado, todos los testimonios de vidas lesionadas. En su casa, su soledad parecía volverse más profunda. Se sentía mucho más cómoda en su consulta, protegida por la fortaleza de sus *pedigrees*; allí, entre desconocidos, no tenía ninguna responsabilidad con respecto a las tétricas historias que habían llevado a sus pacientes hasta el final de la cuerda. Pero en su casa, sus penas y sus fracasos la acompañaban en fantasmagóricas legiones. Su hijo y ella se acercaban como embajadores de naciones enemigas. El poder de la presencia de su marido, las consecuencias de su fama, se manifestaban por todas partes. Nada de lo que su esposa y su hijo me habían dicho de él me proporcionaba una imagen clara de Herbert Woodruff. Ambos insistían en que se trataba de un genio; ambos temían su desafecto y sus represalias, pero no eran capaces de imaginar qué forma podría adoptar su formidable desaprobación. Durante la cena, en lugar de conversar con su familia, prefería escuchar música clásica; no obstante, después de haber oído a Bernard y a su madre lanzando sus gritos de guerra, esta preferencia me resultaba comprensible. ¿Por qué me había contado la doctora Lowenstein sus sospechas de que su marido tenía una aventura amorosa con aquella imponente y desdichada mujer que yo había encontrado en su consulta?

El sexo, ese viejo nivelador y destructor, esparcía sus perversas y gloriosas semillas incluso en los hogares de la cultura y el privilegio, ¿y quién sabía qué híbridos monstruos o qué letales orquídeas podían florecer en aquellos apacibles salones? Las flores de mi propio jardín, todas de una variedad sureña atrofiada y poco original, ya eran lo bastante horribles. Había supuesto que una vez casado ya no volvería a pensar en el sexo, o, para ser más preciso, que sólo pensaría en él en

relación con mi esposa. Pero el matrimonio había representado simplemente una iniciación a un aterrador mundo de fantasía aterrador a causa de sus furiosos ardores, sus traiciones secretas, su incontrolable deseo de todas las mujeres hermosas del mundo. Me movía por este mundo consumiéndome de amor hacia mujeres desconocidas, y no podía evitarlo. En mi mente, había dormido con un millar de mujeres; en los brazos de mi esposa hacía el amor con atractivas mujeres que nunca habían pronunciado mi nombre. Vivía, amaba y sufría en un mundo que, sin tener realidad propia, existía en un desenfrenado reino situado cerca de los ojos. Macho cabrío, sátiro y bestia rugían y aullaban tras los pórticos del oído. Yo despreciaba esa parte de mi ser, y me estremecía cuando escuchaba las lujuriosas risitas de otros hombres que reconocían sentir las mismas fiebres. Para mí, joder se equiparaba con poder, y detestaba aquella parte de mí en la que residía esta imperfecta y peligrosa verdad. Anhelaba constancia, pureza, absolución, pero me llegaba a la relación sexual portando un mortífero regalo. A todas las mujeres que me habían amado, que me habían atraído hacia sus pechos, que me habían sentido en su interior —moviéndome dentro de ellas, susurrando su nombre, sollozándoles en la oscuridad—, las había traicionado transformándolas, lenta y gradualmente, de amantes en amigas. Tras comenzar como amantes, las convertía a todas en hermanas y les legaba el regalo de los ojos de Savannah. Para mi consternación, al entrar en una mujer oía la voz de mi madre, y aunque mi amante estuviera gritando «sí, sí, sí» su grito no era tan potente como el frío «no» de mi madre. Todas las noches de mi vida me llevaba a mi madre conmigo a la cama, y era incapaz de evitarlo.

Tales pensamientos me vinieron de improviso, sin ser invocados. El sexo, pensé mientras veía llegar a Susan Lowenstein a la terraza con las dos copas de coñac, es el tema central de mi conflictiva y fracasada virilidad.

Ella me tendió mi copa, se quitó los zapatos y se acomodó en una butaca de mimbre.

Permaneció un rato en silencio antes de preguntar:

—Tom, ¿recuerda que comentamos que es usted un hombre muy cerrado?

Me revolví en el asiento y consulté mi reloj.

—Por favor, Lowenstein, recuerde mi profundo desprecio hacia los psicoterapeutas. Ahora está franca de servicio.

—Lo siento. Pero, mientras llenaba las copas, estaba pensando que a medida que va contándome historias sobre su familia, poco a poco voy viendo emerger la figura de Savannah. Y la de Luke, y también la de su padre. Pero sigo sin conocer ni comprender en absoluto a su madre. Y usted, Tom, es el más desdibujado de todos. En esas historias apenas revela casi nada sobre usted mismo.

—Supongo que eso se debe a que nunca estoy seguro de quién soy yo. Nunca he sido una sola persona, sino que siempre he intentado ser algún otro, vivir la vida de otro.

Me resulta muy fácil convertirme en otra persona, demasiado fácil. Sé muy bien

lo que significa ser como Bernard, doctora. Por eso me afecta tanto verle sufrir. Me resulta fácil ser Savannah, y noto cuándo la acosan los perros. Querría apoderarme de su enfermedad y trasplantarla a mi alma. Pero no me resulta fácil ser yo mismo, porque este extraño caballero me es desconocido. Ahora, creo que esta nauseabunda revelación es suficiente para satisfacer aun al más escrupuloso terapeuta.

—¿Puede convertirse en mi, Tom? —inquirió—. ¿Sabe lo que significa ser como yo?

—No —respondí desasosegadamente, tras beber un sorbo de coñac—. No tengo idea de lo que significa ser como usted.

—Está mintiendo, Tom —aseveró ella con plena convicción—. Creo que en lo que a mí se refiere, es usted muy perceptivo.

—La veo en su consulta y dejo suelta la lengua durante una hora. De vez en cuando, tomamos unas copas juntos, y hemos salido a cenar tres veces ya. Pero no he tenido bastante tiempo para formarme una imagen clara de usted. Diría que lo tiene usted todo: es hermosa, es doctora, está casada con un célebre músico, es rica, vive como una reina... Bernard, sin duda, me ha enturbiado un poco este cuadro, pero en general, creo que se halla usted muy arriba, en el primer uno por ciento de las ruidosas masas del mundo.

—Sigue mintiendo —sentenció en la oscuridad.

—Es usted una mujer muy triste, doctora —proseguí—. No comprendo por qué, y lo lamento mucho. Si pudiera ayudarla, lo haría. Pero soy entrenador, no sacerdote ni médico.

—Ahora no miente. Y se lo agradezco. Creo que es el primer amigo que he hecho en muchísimo tiempo...

—Bien, también yo le agradezco lo que está haciendo por Savannah, se lo aseguro —respondí, sintiéndome sumamente incómodo.

—¿Se siente solo?

—Lowenstein, está usted hablando con el príncipe de la soledad, según Savannah me describió en uno de sus poemas. Esta ciudad exagera mi soledad del mismo modo en que el agua hace burbujear el Alka Seltzer.

—Desde hace algún tiempo, la soledad me está matando —anunció.

Sentí sus ojos fijos en mí.

—No sé qué decirle.

—Me siento muy atraída por usted, Tom. No, no se vaya todavía. Escúcheme, por favor.

—No siga, doctora —la interrumpí, levantándome para irme—. Ahora mismo, ni siquiera puedo pensar en esto. Hace tanto tiempo que vengo considerándome incapaz de amar que la mera idea me aterroriza. Seamos amigos, buenos amigos. Yo constituiría una lamentable adición a su vida romántica: soy un Hindenburg andante, un desastre total se mire como se mire. Estoy tratando de averiguar cómo puedo salvar un matrimonio que no tengo muchas posibilidades de salvar. No puedo ni

pensar en enamorarme de una mujer tan bella como usted y tan distinta de mí. Sería demasiado peligroso.

Ahora debo irme, pero le agradezco que me haya dicho eso. Desde que he llegado a Nueva York, necesitaba que alguien me lo dijera. Hace bien sentirse de nuevo deseable y atractivo.

—No soy muy buena en esto, ¿verdad, Tom? —comentó, sonriendo.

—No —dije yo—. Es usted insuperable, Lowenstein. Ha sido insuperable en todo.

La dejé en la terraza, contemplando de nuevo las luces de la ciudad.

Era casi verano cuando los forasteros llegaron en barco a Colleton e iniciaron su larga e inexorable persecución del delfín blanco. Mi madre estaba horneando pan, y la difusión de aquella exquisita fragancia de las hogazas y las rosas convertía nuestra casa en una redoma del más armonioso incienso estacional. Sacó el pan recién hecho del horno y lo untó con miel y mantequilla. Lo tomamos en nuestras manos, todavía humeante, y bajamos al embarcadero a comerlo, sintiendo correr por nuestros dedos la mezcla de miel y mantequilla. Naturalmente, despertamos la pertinaz atención de todas las avispas del patio, y hacía falta valor para dejarlas pasear sobre nuestras manos, atiborrándose con el pringue de nuestro pan. Las avispas transformaban nuestras manos en jardines, huertos y colmenas. Mi madre llevó al embarcadero la tapa de un bote de mayonesa llena de agua azucarada, para apaciguar a las avispas y que nos dejaran comer en paz.

Casi habíamos terminado el pan cuando vimos la embarcación, *The Amberjack*, con matrícula de Florida, avanzando por los canales del río Colleton. No había ninguna gaviota siguiendo el barco, y eso nos dijo que no se trataba de un pesquero. No tenía las líneas nítidas y lujosas de un yate, pero llevaba una tripulación visible de seis hombres cuyo color bronceado, de ámbar tostado los delataba como marinos veteranos. Aquel mismo día, más tarde, supimos que aquélla era la primera embarcación que había surcado las aguas de Carolina del Sur con la función de mantener con vida a los peces.

La tripulación de *The Amberjack* no hacía ningún secreto de su misión, y el asunto que los había llevado a aquellas aguas fue conocido en todo Colleton aquella misma tarde. El capitán Otto Blair informó a un periodista de la *Gazette* que el Acuarama de Miami había recibido una carta de un ciudadano de Colleton, que deseaba permanecer en el anonimato, anunciándoles que un delfín blanco solía frecuentar las aguas de Colleton. El capitán Blair y sus hombres pretendían capturar el delfín y llevárselo a Miami, donde se convertiría en una atracción turística y en objeto de investigaciones científicas. Los tripulantes de *The Amberjack* habían acudido a Colleton en interés de la ciencia, como biólogos marinos, atraídos por el informe de que la criatura más excepcional de los siete mares era un espectáculo cotidiano para la gente de las tierras bajas.

Es posible que supieran todo lo que hay que saber acerca de los delfines y sus hábitos, pero, en lo que respecta al carácter de la gente que habita en las regiones bajas de Carolina del Sur, andaban muy equivocados. Y los ciudadanos de Colleton iban a demostrárselo de forma completamente gratuita. Un estremecimiento colectivo de rabia sacudió invisiblemente a Colleton; la ciudad, alarmada, se puso en estado de alerta. Para nosotros, aquella conjura para robarnos a Nieve era un acto aberrante y



atroz. Sin pretenderlo, aquella gente había traído a nuestras costas el poco frecuente perfume de la solidaridad y tendría que sentir todo el peso de nuestra disconformidad.

Para ellos, el delfín blanco era una curiosidad científica; para nosotros, era una revelación de la inefable belleza y generosidad de Dios hacia nosotros, la demostración de que existía la magia, el éxtasis del arte.

El delfín blanco era algo por lo que valía la pena luchar.

*The Amberjack*, imitando los hábitos de los camareros, se hizo a la mar a primera hora de la mañana siguiente, pero aquel día no avistó al delfín y regresó sin echar las redes. Los hombres volvieron a puerto de mal talante y ávidos de oír rumores sobre las últimas apariciones de Nieve. Sólo encontraron silencio.

Después de tres días, Luke y yo nos encontramos con su embarcación y oímos hablar a la tripulación sobre los largos e infructuosos días pasados en el río, tratando de avistar al delfín blanco. Ya empezaban a sentir el elocuente peso de la censura ciudadana, y parecían muy interesados en hablar con Luke y conmigo para extraer de nosotros toda la información posible acerca del delfín. El capitán Blair nos hizo subir a bordo de *The Amberjack* y nos mostró el depósito, en la cubierta principal, donde mantenían con vida los especímenes capturados hasta llegar a los acuarios de Miami. También nos mostró la media milla de redes que pensaban utilizar para rodear al delfín: la mano de un hombre pasaba fácilmente entre sus mallas. El capitán era un hombre afable, de mediana edad, y el sol había grabado profundos surcos en su curtida tez. Con voz suave, apenas audible, nos explicó cómo debían enseñar a los delfines a alimentarse de pescado muerto después de capturarlos. Los delfines eran capaces de ayunar hasta dos semanas o más antes de dignarse a comer una presa que en su estado natural desdeñarían. En la pesca del delfín, el mayor peligro consistía en que el animal se enmarañara en las redes y acabara ahogándose. Para evitar el ahogamiento hacía falta una tripulación rápida y experta. Luego nos mostró los colchones de espuma donde depositaban los delfines una vez izados a bordo.

—¿Por qué no se limitan a echarlos en la piscina, capitán? —pregunté.

—Es lo que solemos hacer, pero a veces llevamos tiburones en esa piscina y a veces los delfines se hacen daño de tanto dar vueltas en una piscina tan pequeña. A menudo es mejor dejarlos tendidos sobre estos colchones y rociarlos continuamente con agua de mar para que no se les seque la piel. Los movemos de un lado a otro para mantener la circulación y eso es todo lo que hay.

—¿Cuánto tiempo pueden vivir fuera del agua? —quiso saber Luke.

—No lo sé exactamente, hijo —respondió el capitán—. Una vez tuve uno fuera del agua durante cinco días y llegó a Miami en perfecto estado. Son criaturas muy resistentes. ¿Cuándo visteis a Moby en estas aguas por última vez, chicos?

—¿Moby? —se extrañó Luke. Su nombre es Nieve.

—Así es como lo han bautizado en Miami, chicos. El delfín Moby. Algún tipo del departamento de publicidad tuvo esa idea.

—Es el nombre más idiota que he oído jamás —aseguró Luke.

—Traerá turistas a montones, hijo —contestó el capitán Blair.

—Hablando de eso, ayer por la mañana vieron a Nieve en el puerto de Charleston desde un barco de turistas —anunció Luke.

—¿Estás seguro, hijo? —preguntó el capitán. Uno de los tripulantes se incorporó de un salto para escuchar el resto de la conversación.

—Yo no estaba allí —respondió Luke—, pero lo han dicho por la radio.

Al día siguiente, *The Amberjack* zarpó rumbo al puerto de Charleston y comenzó a explorar los ríos Ashley y Cooper en busca de algún signo del delfín blanco. Se pasaron tres días navegando en las aguas de Wappo Creek y Elliott Cut antes de comprender que mi hermano Luke era un embustero. Por lo demás, habían enseñado a mi hermano lo que debía hacer para mantener con vida a un delfín, si alguna vez surgía la necesidad.

La hostilidad latente entre la tripulación de *The Amberjack* y los habitantes de Colleton se convirtió en guerra abierta hasta un anochecer de junio en que la embarcación trató de capturar al delfín blanco a plena vista de la ciudad. Habían avistado a Nieve en el estrecho de Colleton, en aguas demasiado profundas para lanzar las redes con alguna posibilidad de éxito, y se pasaron todo el día siguiéndolo a una discreta distancia, acechándolo con infinita paciencia hasta que comenzó a internarse por ríos y arroyos de menor profundidad.

Mientras la tripulación seguía el rastro del delfín, los camareros de la ciudad emitían constantes informes sobre la posición de *The Amberjack* con sus radios de onda corta. Cada vez que el buque cambiaba de rumbo, los ojos de la flota camaronera advertían y registraban la nueva posición, y el —éter se llenaba con las voces de los pescadores que intercambiaban mensajes de barco a barco y de barco a ciudad. Las esposas de los pescadores, atentas a sus receptores de radio, se apresuraban a difundir las noticias por teléfono. *The Amberjack* no podía hacer el menor movimiento en aguas del condado sin que su localización fuese comunicada a un regimiento de oyentes secretos.

—El *Amberjack* está entrando en Yemassee Creek —oímos un día a través de la estática de la radio que mi madre tenía sobre el fregadero de la cocina—. No dan la impresión de haber capturado a Nieve todavía.

—Miami Beach acaba de salir del Yemassee Creek y parece que se dispone a husmear por la curva de Harper, junto a la isla de las Cabras.

Toda la ciudad escuchaba atentamente esos frecuentes informes de espionaje emitidos por los camareros. El delfín blanco estuvo una semana sin dejarse ver, y cuando por fin lo hizo fue uno de los barcos de pesca el que dio la alarma a la ciudad.

—Aquí el capitán Willard Plunkett. Miami Beach ha avistado a Nieve. Van persiguiéndolo por el río Colleton y la tripulación ya está preparando las redes en cubierta. Parece que Nieve se dirige de visita a la ciudad.

No tardó en correr la voz por todo Colleton con la mercurial velocidad del rumor, y el poder prefigurado de ese rumor atrajo a toda la población a la orilla del río. La

gente conversaba en voz baja, con la mirada fija en el río. El sheriff detuvo su automóvil junto a la orilla y sintonizó en su radio los informes de los pescadores. Los ojos de la ciudad estaban clavados en la curva del río Colleton por donde debía aparecer *The Amberjack*. Esa curva quedaba a una milla del punto en que el río se unía con otras tres corrientes hermanas y florecía en un estrecho.

Esperamos la aparición de *The Amberjack* durante veinte minutos, y cuando por fin lo vimos, de todas las gargantas brotó un gemido colectivo. El barco avanzaba muy por encima de las marismas, impulsado por la marea creciente. En su cubierta de proa se erguía uno de los tripulantes con unos prismáticos enfocados al agua justo delante de la embarcación. Se mantenía completamente inmóvil y absorto, como una estatua; su perfecta concentración era un monumento a la pasión que ponía en su trabajo.

Luke, Savannah y yo mirábamos desde el puente, junto con varios centenares de conciudadanos que se habían reunido para ser testigos de la captura del único símbolo viviente de buena suerte que tenía nuestra ciudad. La gente se mostraba simplemente curiosa hasta que Nieve apareció a su vez por la última curva del río e inició su sedoso y fantástico paseo a través de la población. El sol, reflejándose en la alba aleta que cortaba la cresta de una pequeña onda, le arrancaba destellos de plata. En su recorrido por la ciudad, el delfín lograba una especie de frágil sublimidad, tan inconsciente estaba de lo vulnerable que era. Bruñado por una luz perfecta, nos impresionó una vez más con su absoluta belleza natural. Su aleta dorsal volvió a romper la superficie como un cheurán blanco, a cien metros apenas del puente, y para nuestra sorpresa la gente le dedicó una ovación espontánea que consagraba definitivamente la apoteosis del delfín blanco. La enseña de la ira de Colleton se desplegó bajo los vientos secretos y nuestro papel de observadores pasivos se transformó imperceptiblemente al mismo tiempo que un grito de guerra, desconocido para todos nosotros, se transformaba en nuestros labios. Todas las divisas y contraseñas de batalla aparecieron como feroces pintadas sobre el escudo de armas del inconsciente de la ciudad. El delfín desapareció de nuevo y en seguida volvió a surgir, describiendo un arco hacia los aplausos que saludaban su inmersión. Se trataba de una criatura misteriosa y lunar. Su color era una delicada alquimia de lirio y madreperla. El delfín argénteo, surcó las aguas preñadas de sol. A continuación alzamos la mirada y vimos a *The Amberjack* acortando distancias con Nieve mientras la tripulación cargaba las redes en una pequeña chalupa que se disponían a arriar.

La ciudad necesitaba un guerrero, y me sorprendió descubrirlo de pie a mi lado.

En el puente se había interrumpido todo tráfico, pues los conductores detenían sin más sus vehículos y se acodaban en las barandillas para contemplar la captura del delfín. Un camión cargado de tomates de una de las granjas de Reese Newbury había quedado atascado en mitad del puente y su conductor hacía sonar la bocina con vana insistencia, tratando de conseguir que los restantes automovilistas regresaran a sus coches.

Oí a Luke musitar para sí: «No. No hay derecho». Y al instante se apartó de mi lado para trepar a la plataforma del camión, desde donde comenzó a arrojar cajas de tomates al suelo, entre la gente. Creí que Luke se había vuelto loco, pero de pronto comprendí sus intenciones. Savannah y yo abrimos una caja de tomates y empezamos a distribuirlos entre la multitud apiñada ante la barandilla. El chofer del camión echó pie a tierra y le gritó a Luke que se detuviera, pero Luke no le hizo caso y siguió pasando cajas de madera hacia los brazos extendidos de amigos y vecinos. La voz del camionero fue volviéndose cada vez más histérica a medida que la gente iba sacando herramientas de sus automóviles Y comenzaba a abrir las cajas.

El coche del sheriff abandonó el aparcamiento y se dirigió hacia la carretera de Charleston, en el extremo opuesto de la ciudad.

Cuando *The Amberjack* se acercó al puente, doscientos tomates cayeron sobre cubierta en una verde andanada que hizo poner de rodillas al hombre, de los prismáticos. Los tomates eran verdes y duros y vi a otro de los tripulantes, que había estado trabajando en las redes, con la nariz chorreando sangre junto a la popa del barco. La segunda salva de tomates fue casi inmediata, y la tripulación, atónita y desconcertada, corrió a guarecerse en la seguridad de la bodega y la cabina. Una llave para neumáticos rebotó sonoramente contra un bote salvavidas, y la muchedumbre rugió su aprobación. Las cajas de tomates iban pasando de mano en mano, mientras el camionero seguía gritando a voz en cuello sin que nadie atendiera a sus súplicas.

*The Amberjack* desapareció bajo el puente y doscientas personas cruzaron al otro lado en una delirante y frenética carrera. Cuando reapareció la embarcación, volvimos a acribillarla con tomates, como arqueros en una posición elevada descargando nuestras flechas sobre una infantería mal desplegada. Savannah, que había hallado su propio ritmo y su propio estilo, tiraba con fuerza y precisión, chillando de puro placer. Luke les arrojó una caja entera de tomates que se estrelló en la cubierta de popa, cubriéndola de tomates estropeados que rodaban como canicas hacia la cerrada escotilla de la bodega.

*The Amberjack* comenzaba a quedar fuera del alcance de todos los brazos, salvo los más robustos, cuando el delfín, en un gesto instintivo de protección invirtió el sentido de su avance y volvió hacia la ciudad, pasando por la banda de estribor del buque que lo perseguía. —Regresaba hacia nuestros aplausos y nuestra defensa— lo vimos surcar las aguas bajo el puente, prestando un tinte grisáceo a las brillantes olas como en un abstracto sueño de marfil. Cuando la embarcación inició su largo y vacilante viraje en el río, aún se repartieron más cajas de tomates entre la turba. Por entonces, incluso el conductor del camión había sucumbido a la histeria de la multitud que nos poseía a los demás y esperaba, con el brazo alzado y un tomate en la mano, el inminente regreso de *The Amberjack*. El barco había comenzado ya a navegar hacia el puente cuando de pronto, se desvió bruscamente de nosotros y se alejó por el río Colleton, rumbo al norte, mientras Nieve, el único delfín blanco de nuestro planeta, se internaba en el Atlántico.

Al día siguiente, el ayuntamiento de la ciudad aprobó una resolución por la que se nombraba a Nieve ciudadano del condado de Colleton y se declaraba ilegal su extracción de las aguas del condado. Al mismo tiempo, la asamblea legislativa del estado de Carolina del Sur promulgaba una ley semejante que prohibía la captura de las especies ocaena y Tursiops en aguas del condado de Colleton. En menos de veinticuatro horas, el condado de Colleton se convirtió en el único lugar del mundo en que la captura de un delfín constituía un delito.

Aquella misma tarde, nada más atracar en el muelle de pescadores, el capitán Blair se dirigió a la oficina del sheriff Lucas y le exigía que arrestara a todos los que hubieran arrojado siquiera un solo tomate contra *The Amberjack*. Lamentablemente, el capitán Blair no fue capaz de indicarle al sheriff el nombre de ninguno de los malhechores, y éste, después de efectuar varias llamadas telefónicas, encontró cuatro testigos dispuestos a jurar ante un tribunal que no había nadie en el puente cuando *The Amberjack* pasó bajo él.

—Entonces, ¿cómo es que hay cincuenta kilos de tomates en la cubierta de mi barco? —preguntó el capitán.

En una lacónica respuesta, que fue muy bien acogida en todos los hogares de Colleton, el sheriff le explicó:

—Es la temporada del tomate, capitán. Esa condenada planta es capaz de crecer en cualquier parte.

Los hombres de Miami, empero, no tardaron en recobrar su voluntad e idearon un nuevo plan para capturar al delfín. A partir de aquel día, se mantuvieron fuera de la vista de la ciudad y no volvieron a entrar más en el brazo principal del río Colleton, limitándose a patrullar más allá de los límites jurisdiccionales del condado. Esperaban la ocasión perfecta en que Nieve abandonara las aguas del condado, y con ellas la protección de aquellas leyes recién promulgadas. Pero *The Amberjack* se vio rodeado por embarcaciones de la Comisión de Caza y Pesca de Carolina del Sur y por una pequeña flotilla de botes de recreo tripulados por mujeres y niños de la ciudad.

Cada vez que *The Amberjack* se disponía a dar caza al delfín, las minúsculas embarcaciones se situaban entre el delfín y la nave perseguidora y disminuían su velocidad. *The Amberjack*, naturalmente, trataba de sortear los botes, pero aquellas mujeres y niños de Colleton habían navegado en ellos toda su vida y no cesaban de entorpecer el avance del buque de Florida hasta que el delfín se perdía en las acogedoras marcas del estrecho de Colleton.

Todos los días, Luke, Savannah y yo tomábamos nuestro bote y recorríamos el canal interior para unirnos a la flotilla de la resistencia. Luke situaba el bote justo enfrente de la proa de *The Amberjack*, ignorando los bocinazos de advertencia, y reducía gradualmente, de forma casi imperceptible, la velocidad. Por muy hábilmente que el capitán Blair hiciera maniobrar su embarcación, nunca lograba esquivar a Luke. Savannah y yo llevábamos las cañas preparadas y tratábamos de pescar alguna caballa mientras Luke se interponía entre *The Amberjack* y el delfín blanco. Muchas

veces, los tripulantes acudían a la proa para insultarnos y amenazarnos.

—Venga, chicos, salid ahora mismo de nuestro camino o nos vamos a cabrear —nos grito un marinero.

—Sólo estamos pescando, señor —protestó Luke.

—¿Se puede saber qué pescáis? —Inquirió el hombre, exasperado.

—Hemos oído decir que hay un delfín blanco por estas aguas —contestó Luke, disminuyendo las revoluciones del motor con un delicado movimiento de muñeca.

—Conque un delfín blanco, ¿eh, listillo? Pues no parece que os vaya muy bien la pesca.

—No nos va peor que a ustedes, señor —respondió Luke muy cortésmente.

—Si estuviéramos en Florida, pasaríamos por encima de vuestro bote.

—No estamos en Florida, señor. ¿Es que aún no se ha dado cuenta? —dijo Luke.

—¡Palurdos! —gritó el hombre. Luke cerró aún más la válvula del acelerador, de forma que el bote apenas se movía. A nuestra espalda, oímos a *The Amberjack* reducir la potencia de sus grandes motores, mientras su proa se erguía amenazadora sobre nosotros.

—Nos ha llamado palurdos —dijo Luke.

—¿Palurda yo? —se enojó Savannah.

—Ha herido mis sentimientos —me lamenté.

Más lejos, el delfín blanco se internó en Langford Creek y el brillo de alabastro de su aleta desapareció tras un verde reborde de marisma. En la embocadura del arroyo esperaban otros tres botes, listos para interceptar a *The Amberjack* si éste conseguía sortear a Luke.

Al cabo de treinta días de retrasos y obstrucciones, *The Amberjack* abandonó los límites meridionales de las aguas de Colleton y regresó a su base de Miami sin el delfín blanco. El capitán Blair concedió una última y colérica entrevista a la *Gazette* en la que enumeró los múltiples obstáculos impuestos por los ciudadanos de Colleton para entorpecer la tarea de *The Amberjack*. Según sus palabras, al principio no estaba dispuesto a permitir que tales tácticas frustraran la integridad de la investigación científica; el último día, empero, su tripulación y él mismo habían sido atacados por un francotirador desde la isla de Freeman, y él, en su calidad de capitán, había tomado la decisión irrevocable de suspender la caza. Observado por la flota camaronera, *The Amberjack* dejó atrás las últimas islas de la barrera costera, maniobró entre los rompientes y finalmente viró hacia el sur, navegando hacia mar abierto.

*The Amberjack*, sin embargo, no se dirigía a Miami. Tras recorrer unas cuarenta millas rumbo al sur viró por la embocadura del río Savannah y atracó en el muelle de pescadores de Thunderbolt. Allí permaneció durante una semana para reponer vituallas y dejar que se enfriaran las pasiones en el condado de Colleton, escuchando constantemente la radio de onda corta y siguiendo los movimientos del delfín blanco gracias a los precisos informes de los camaroneros de Colleton. Después de una

semana, *The Amberjack* se hizo a la mar en mitad de la noche y viró hacia el norte tras cruzar el límite de tres millas, avanzando confiadamente sin ser visto por las jábegas camaroneras que no se alejaban de la costa. Sólo esperaban captar determinada señal por la radio.

Llevaban tres días navegando en alta mar cuando oyeron las palabras que estaban esperando.

—En Zajac Creek hay un tronco sumergido que acaba de enredarse en mis artes, pescadores. Id con cuidado si venís por aquí. Corto.

—De todos modos, no hay camarones en Zajac Creek, capitán —respondió la voz del capitán de otro pesquero—. Estás muy lejos de tu casa, capitán Henry, ¿no crees? Corto.

—Yo pesco los camarones allí donde los encuentro capitán. Corto —replicó mi padre, contemplando como Nieve conducía un cardumen de peces hacia un banco de arena.

Zajac Creek no pertenecía al condado de Colleton.

*The Amberjack* viró al oeste y se dirigió hacia el arroyo a todo gas, con su tripulación atareada preparando las redes mientras la costa de Carolina del Sur llenaba por última vez los ojos del capitán Blair. Un pesquero de Charleston fue testigo de la captura del delfín blanco a las once y media de aquella mañana, vio el pánico de Nieve y su carga contra las redes que lo envolvían, lo vio quedar atrapado y admiró la rapidez y la habilidad de los hombres que lo rodearon con sus cuerdas, —le sostuvieron la cabeza por encima del agua para que no se ahogara y lo izaron a una de sus motoras.

Cuando la noticia llegó a Colleton, *The Amberjack* se encontraba ya lejos de las aguas territoriales del condado, fuera del límite de las tres millas, siguiendo un rumbo sur que debía conducirlo a Miami en cincuenta y ocho horas. Las campanas de la iglesia doblaron en son de protesta, como articulación de nuestra furia e impotencia. Era como si el río hubiera quedado profanado, desprovisto de cualquier pretensión de magia.

«Tronco sumergido» era la consigna secreta que mi padre había convenido con el capitán Blair y la tripulación del *The Amberjack*, después de haber accedido a pescar en los límites del condado hasta que viera pasar al delfín a aguas territoriales del condado de Gibbes, más al sur. Mi padre era el habitante anónimo de Colleton que había escrito al Acuarama de Miami para informarles de la presencia de un delfín albino en nuestro condado, después del secuestro de Nieve, y una semana antes de que la *Colleton Gazette* publicara su fotografía en el momento de ser depositado en la piscina del acuario de Miami que desde entonces sería su nuevo hogar, mi padre recibió una carta de agradecimiento del capitán Blair y un cheque de mil dólares como recompensa por su ayuda.

—Lo que has hecho no tiene nombre, Henry —protestó mi madre, conteniendo a duras penas su enojo, mientras mi padre agitaba el cheque ante nosotros.

—He ganado mil pavos, Lila, y ha sido el dinero más fácil que he ganado en mi vida. Ojalá todos los delfines blancos que viera fuesen albinos: me pasaría los días comiendo chocolate y comprando bancos.

—Si en esta ciudad hubiera alguien con agallas, iría a Miami y pondría al pobre animal en libertad. Vale más que nadie de por aquí se entere de lo que has hecho, Henry. La gente todavía está rabiosa.

—¿Cómo has podido vender nuestro delfín, papá? —Preguntó Savannah.

—Mira, cariño, ese delfín va a estar en la gloria, alimentándose de pescado selecto y haciendo reír a los niños con sus gracias. Nieve ya no tendrá que preocuparse de los tiburones nunca más; se ha retirado a Miami. Tienes que tener en cuenta el lado positivo.

—Creo que has cometido un pecado que ni siquiera Dios puede perdonarte, papá —dijo ominosamente Luke.

—¿Eso crees? —bufó mi padre—. Oye, yo nunca vi que llevara tatuado un letrero que dijera «Propiedad de Colleton». Lo único que hice fue escribir al Acuarama para decirles que en Colleton teníamos un fenómeno natural que atraería grandes cantidades de turistas, y me han recompensado por estar alerta.

—Jamás lo habrían encontrado si tú no les hubieras: avisado por radio cada vez que lo veías en el río —intervine yo.

—Yo era su oficial de enlace en la zona. Mira, la temporada de pesca no es que esté yendo muy bien. Estos mil pavos son comida en la mesa y ropa para vestiros. Con esto se puede pagar todo un año de escuela para uno de vosotros.

—No comería ni un bocado comprado con ese dinero —aseguró Luke—. Y tampoco me pondría ni unos calzoncillos comprados con él.

—Hace más de cinco años que vi a Nieve por primera vez —dijo mi madre—. Una vez castigaste a Tom por matar un águila blanca, Henry. En el mundo hay muchas más águilas que delfines blancos.

—Yo no he matado al delfín, Lila. Lo he dejado en un refugio seguro donde podrá vivir libre de todo temor. Yo me veo a mí mismo como el héroe de este asunto.

—Has vendido a Nieve como esclavo —replicó mi madre.

—Lo convertirán en un delfín de circo —añadió Savannah.

—Has traicionado a tus raíces y a ti mismo —dijo Luke—. Si fueras un hombre de negocios aún lo entendería; algún despreciable Jaycee de pelo reluciente. Pero ¡un pescador, papá! ¿Cómo puede un pescador vender a Nieve por dinero?

—Vendo camarones por dinero, Luke —gritó mi padre.

—No es lo mismo —insistió Luke—. No vendes nada que no se pueda reemplazar.

—Hoy he visto veinte delfines en el río.

—Y seguro que ninguno de ellos era blanco, papá. Ninguno de ellos era especial.

—Nuestra familia ha sido la causa de que capturen a Nieve —se lamentó Savannah—. Es como ser la hija de Judas Iscariote, sólo que estoy segura de que



habría preferido a Judas.

—No tendrías que haberlo hecho, Henry —remachó mi madre—. Nos traerá mala suerte.

—Mi suerte no puede ser peor de lo que ya es —respondió mi padre—. Además, ya está hecho. Ahora nadie puede hacer nada al respecto.

—Yo puedo hacer algo —afirmó Luke.

Tres semanas más tarde, bajo la lánguida oscuridad estrellada, cuando mis padres dormían y resonaba el blando caos de los ronquidos de mi padre, Luke nos expuso su plan. No habría debido sorprendernos, pero, años después, Savannah y yo hablamos a menudo de ello y nos preguntamos cuál habría sido el momento exacto en que nuestro hermano mayor se convirtió de un muchacho apasionado e idealista en un hombre de acción. Ambos nos sentimos aterrorizados y entusiasmados por la osadía de su propuesta, pero ninguno de los dos quería tener nada que ver con ella. Luke, empero, siguió urgiéndonos en voz baja hasta que nos vimos aprisionados por la magnética originalidad de su suave elocuencia. Él ya había tomado su decisión, y se pasó la mitad de la noche tratando de alistarnos como reclutas en su primera incursión auténtica por el lado salvaje. Desde aquella noche en que le habíamos visto enfrentarse a solas con el tigre, en el establo, sabíamos que Luke era valeroso, pero entonces se nos presentaba la probabilidad de que Luke fuera también temerario.

Tres mañanas más tarde, en cuanto Luke concluyó todos los preparativos, salimos a la carretera 17, zumbando rumbo al sur, con Luke pisando a fondo el acelerador la radio a todo volumen. Ray Charles cantaba «*Hit the Road, Jack*», y nosotros cantábamos con él. Cuando cruzamos el puente Eugene Talmadge Memorial, en Savannah, íbamos bebiendo cerveza helada de nuestra nevera portátil y teníamos la radio sintonizada en el Big Ape de Jacksonville. Nos detuvimos ante la cabina del peaje, donde un hombre ya mayor entregaba los billetes, y Luke le tendió un dólar para un viaje de ida y vuelta.

—¿Qué? De compras a Savannah, ¿eh, chicos? —preguntó el hombre.

—No, señor —contestó Luke—. Vamos de camino a Florida para robar un delfín.

Durante aquel extraordinario y precipitado viaje a Florida, mis sentidos ardían como cinco resplandecientes hogueras por detrás de mis ojos. Me sentía con el poder de señalar una palmera y hacerla estallar en llamas. Estaba eléctrico, cargado, extático y presa del terror. Todas las canciones que sonaban por la radio parecían cantadas exclusivamente para mi placer. Mientras recorríamos la autopista de la costa y quemábamos el asfalto de las carreteras de Georgia, bordeadas de robles, sin que Luke cambiara de marchas salvo para reducir a la entrada de una población, me parecía estar cantando maravillosamente a pesar de que poseo una voz execrable. Luke llevaba la velocidad en la sangre, y apenas dos horas después de haber salido de la isla de Melrose cruzamos la frontera del estado de Florida sin detenernos siquiera a tomar un vaso de zumo de naranja gratuito en el puesto de bienvenida.

La ciudad de Jacksonville nos retrasó un poco, pero el río St. Johns fue una visión

grandiosa; nunca hasta entonces habíamos visto un río que fluyera hacia el norte. Cuando salimos a la autopista AIA, volvimos de nuevo a levantar ampollas en el asfalto. Los neumáticos rugían sobre el pavimento, y a nuestra izquierda se nos aparecía intermitentemente el océano. El cálido viento que penetraba en la cabina nos hacía sentir que el mar corría con nosotros hacia el sur, consciente de nuestra misión; si, consciente, aprobador de ella y partidario nuestro.

Avanzamos hacia el sur con corazones culpables de robo y sensibilidad de proscritos, alimentándonos el uno al otro con nuestra aturullada energía. Me volví y vi a Luke riéndose por algún comentario de Savannah y sentí en mi mejilla el roce de los largos cabellos de mi hermana, y el dulce olor de esos cabellos, y en mi interior brotó un amor perfecto e inefable hacia mi hermano y mi hermana, un amor tan vívido y poderoso que podía saborearlo en mi lengua y percibirlo como una calidez gloriosa que ardía en mi pecho. Inclinéme hacia ellos, besé a Savannah en el cuello y apreté el hombro de Luke con mi mano izquierda. Luke alzó su mano, estrechó la mía y para mi sorpresa, la atrajo hacia sus labios en un gesto de insuperable ternura. Después de eso, me recosté en el asiento y dejé que el olor del estado de Florida inundara mis sentidos bajo la acuosa luz del domingo.

Tras diez horas de esforzada conducción, con dos paradas para repostar, la ciudad de Miami se alzó sobre el océano cuando pasábamos ante el indicador de la pista de carreras de Miami. Los cocoteros castañeteaban bajo la cálida brisa y el aroma de los jardines abrumados de buganvillas perfumaba las anchas avenidas. Nunca hasta entonces habíamos estado en Florida, y de pronto nos encontramos recorriendo las calles de Miami en busca de algún lugar donde plantar nuestras tiendas a la sombra de los fimeros y los aguacates.

—¿Qué hacemos ahora, Luke? —quise saber—. No podemos presentarnos allí por las buenas y decir: «Hola, hemos venido a robarles el delfín blanco. ¿Quieren ir preparando sus maletas, por favor?».

—Vamos a echar un vistazo —respondió Luke—. Ya pensaremos algo entre los tres. Tengo un plan preliminar, pero hemos de estar bien preparados. Primero, examinaremos aquello. Seguro que hay algún guarda nocturno, algún yo-yo que vigila que no se cuelen niñitos por la noche para pescar a Flipper con una caña.

—¿Qué haremos con el guarda nocturno? —preguntó Savannah.

—Preferiría no tener que matarlo —contestó Luke con voz serena—. ¿Y vosotros?

—¿Te has vuelto loco, Luke? —exclamé—. ¿Es que has perdido la chaveta?

—No es más que un plan de emergencia.

—No, Luke, no lo es —protestó Savannah—. Si eso es un plan de emergencia, nosotros no queremos participar en el asunto.

—Sólo era una broma. También tienen una ballena asesina encerrada en ese lugar. Quizá mañana podamos ponerla en libertad.

—No vamos a rescatar ninguna ballena asesina, Luke —decidió Savannah—. Ya

conozco ese tono de voz tuyo, y te digo que la ballena asesina queda descartada.

—Quizá podamos poner en libertad a todos los peces de ese maldito lugar —prosiguió Luke—. Eso sí que sería una auténtica fuga.

—¿Por qué las llaman ballenas asesinas? —inquirí.

—Creo que les encanta patear culos —explicó Luke. Seguimos la carretera elevada que conducía hacia Cayo Biscayne y pasamos ante el Acuarama, a nuestra derecha. Luke metió la furgoneta en el aparcamiento y disminuyó la velocidad, observando la única luz que brillaba en la oficina de un agente de seguridad. El hombre se acercó a la ventana y miró al exterior; su rostro quedó enmarcado por un aura de luz eléctrica que borraba sus facciones y le confería un aspecto absurdo. Una verja de dos metros y medio, coronada con alambre de púas, protegía el recinto contra los intrusos. Luke aceleró el motor y salimos de estampida del aparcamiento, escupiendo gravilla hacia atrás. Supimos que andábamos cerca del zoológico cuando pasamos por un lugar de la carretera que olía como la jaula de César multiplicada por cien. Un elefante barritó en la oscuridad, y Luke le respondió berreando a su vez.

—Eso no ha sonado como un elefante, Luke —observó Savannah.

—A mí me ha parecido que lo hacía muy bien —se defendió Luke—. ¿Cómo te ha sonado a ti?

—Como una ostra tirándose un pedo a través de Crisco —contestó ella.

Luke emitió un rugido de hilaridad Y rodeando a Savannah con el brazo, la estrechó contra su pecho. Aquella noche dormimos sobre un banco en Cayo Biscayne, y ya estaba alto el sol cuando despertamos por la mañana, recogimos nuestras cosas y nos pusimos en marcha hacia el Acuarama.

Pagarnos la entrada y cruzamos el molinete de acceso. Durante la primera media hora nos limitamos a deambular por el parque, siguiendo la parábola descrita por la imponente verja Cyclone y su feo copete de alambre de púas. Luke se detuvo junto a un grupo de palmeras contiguas al aparcamiento y anunció:

—Llevaré la furgoneta en marcha atrás hasta esos árboles y abriré un agujero en la verja justo en este punto.

—¿Y si nos cogen, Luke? —pregunté.

—Sólo seremos unos alumnos de secundaria de Colleton que han venido a rescatar a Nieve por un desafío de los compañeros de clase. Actuamos como unos palurdos y fingimos que la cosa más atrevida que jamás hayamos hecho ha sido escupir pepitas de sandía sobre las sábanas que mamá tenía tendidas en el patio.

—El guarda de la entrada llevaba una pistola, Luke —le advirtió Savannah.

—Ya lo sé, cariño, pero ningún guarda va a disparar contra nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Tolitha me dio un frasco entero de cápsulas para dormir. Ya sabéis, las que ella llama sus diablillos rojos.

—¿Vamos a pedirle que diga «ah» y le echamos una cápsula en la boca? —pregunté, temiendo que el plan maestro de Luke iba a resultar un tanto difícil de

llevar a la práctica.

—Aún no he pensado cómo lo haremos, hermanito —dijo Luke—. De momento, lo único que he averiguado es dónde voy a hacer el agujero.

—¿Y cómo sacaremos a Nieve del agua? —insistí.

—Del mismo modo. Con las pastillas para dormir.

—Será fácil —observé—. Sólo tendremos que saltar al agua y matarnos a nadar hasta que capturemos un delfín que los mejores especialistas tardaron un mes en capturar, y eso que llevaban todo el material del mundo. Luego, bastará con meterle un par de cápsulas en la boca. Un plan magnífico, Luke.

—Más de un par de cápsulas, Tom. Hemos de estar bien seguros de que Nieve queda completamente tranquilizado.

—Será el primer delfín de la historia que muera de una sobredosis de drogas —comentó Savannah.

—No. Calculo que Nieve debe de pesar unos doscientos kilos. Tolitha pesa cincuenta y se toma una cápsula todas las noches, o sea que a Nieve tendremos que darle cuatro o cinco.

—Pero, Luke, ¿quién ha oído hablar jamás de un delfín que tome pastillas para dormir? —razonó Savannah—. Tom tiene razón.

—Yo no he oído nunca que los delfines tomen pastillas, desde luego —admitió Luke—. Pero he oído decir que comen pescado. Y si resulta que el pescado está relleno de somníferos, tengo la teoría de que el delfín quedará traspuesto un buen rato.

—¿Duermen los delfines, Luke? —inquirí.

—No lo sé —respondió—. Esta pequeña expedición va a enseñarnos muchas cosas acerca de los delfines, Tom.

—¿Y si no sale bien, Luke? —quiso saber Savannah.

Luke se encogió de hombros.

—No pasa nada, Savannah. Por lo menos, sabremos que hemos intentado hacer algo. Y de momento la cosa está siendo divertida, ¿no? Mientras toda la gente de Colleton se lamenta por la pérdida de su delfín, tú, yo y Tom estamos aquí en Miami organizando la fuga. Podremos contárselo a nuestros hijos. Sí conseguimos sacar a Nieve de aquí, habrá desfiles y confeti y paseos en un descapotable. Podremos jactarnos de la hazaña hasta el día en que muramos. Pero antes tenéis que verlo. Ninguno de los dos lo ha visto todavía y eso es muy importante. Vamos, yo os ayudaré. Cerrad los ojos...

Savannah y yo cerramos los ojos y escuchamos la voz de nuestro hermano.

—Muy bien. Tom y yo tenemos el delfín en el agua, y lo llevamos al sitio en que Savannah está esperándonos con la camilla. Pasamos unas cuerdas alrededor de Nieve, lo sacamos del agua con cuidado y lo atamos a la camilla. El guarda está durmiendo porque un par de horas antes hemos echado somníferos en su Pepsi. ¿Lo veis? ¿Podéis visualizarlo? Cargamos el delfín en la furgoneta y nos largamos de

aquí. Y ahora viene lo más importante; escuchadme con atención: estamos en el embarcadero de Colleton y descargamos a Nieve, le quitamos las cuerdas y lo dejamos suelto en el río donde nació y donde está su hogar. ¿Podéis verlo? ¿Lo veis bien todo, Tom y Savannah?

Su voz era hipnótica, arrobadora, y ambos abrimos los ojos al mismo tiempo y nos hicimos un gesto de asentimiento. Lo veíamos bien todo.

Reanudamos nuestro largo paseo en torno al perímetro del parque y descubrimos *The Amberjack* amarrado en su atracadero, en el extremo sur del Acuarama. Aunque no se veían señales de la tripulación, evitamos acercarnos al buque y emprendimos el regreso hacia el edificio de los delfines, cruzando un puente de madera suspendido muy por encima de un claro y profundo foso en el que enormes tiburones describían perezosamente círculos interminables. Los tiburones guardaban entre sí una distancia de unos veinte metros y quedaba muy poco espacio para que pudieran adelantarse el uno al otro, cosa que tampoco parecían inclinados a hacer. Contemplamos un pez martillo y un mako joven que en aquel momento nadaban letárgicamente bajo nosotros mientras una multitud los observaba con temerosa admiración. El movimiento de sus grandes aletas caudales era tan monótono, y tan reducida su libertad de improvisación, que parecían desprovistos de toda su feroz grandeza. Bajo la mirada de los turistas, parecían dóciles e inofensivos.

El público era numeroso y bonachón, y nos unimos a una procesión de pantalones bermudas y sandalias de goma que se dirigía al anfiteatro donde la ballena asesina, Destructor, debía actuar a mediodía. Por lo poco que habíamos podido ver, Florida nos parecía un lugar donde amistosas muchedumbres se reunían para exhibir informes brazos blancuzcos y hectáreas de lampiñas piernas hambrientas de sol. El sol había agostado la hierba hasta arrebatarse casi todo su verdor, los sistemas de riego automático no cesaban de remojar las parcelas separadas por senderos de grava y los colibríes de brillante cuello rubí zumbaban entre los lirios. Al acercarnos al anfiteatro pasamos ante un cartel que rezaba: «Visite al delfín Moby a la hora de su comida».

—Creo que lo haremos —comentó Luke. Eran muchos los turistas que hablaban del delfín blanco mientras iban llenando las hileras de asientos que rodeaban una inmensa piscina de casi diez millones de litros de capacidad. Una vez estuvimos todos sentados, un apuesto muchacho rubio de hombros cobrizos caminó hasta el extremo de una península de madera que se proyectaba sobre el agua y saludó a la multitud. La voz de una presentadora nos narró la historia de Destructor, la ballena asesina, miembro de una manada de doce ejemplares, capturada en las proximidades del estrecho, de la Reina Carlota, junto a la isla de Vancouver, y enviada a Miami en un avión especial. El Acuarama había pagado sesenta mil dólares por ella y su adiestramiento había llevado un año entero. La ballena no podía participar en el espectáculo de los delfines porque éstos son uno de los bocados preferidos de los *Orcinus orca*.

Mientras hablaba, se abrió un portón invisible bajo las profundidades de la piscina.

El muchacho bronceado tenía la vista fija en el agua, percibiendo algo que se alzaba hacia él. Su plataforma estaba situada a casi seis metros de la superficie, y la intensidad de su concentración podía juzgarse por las líneas claramente visibles que se formaron en su frente cuando se inclinó hacia delante sujetando una caballa por la punta de la cola. La mano del joven trazó un círculo en el aire, y en respuesta las aguas se agitaron de pronto con una serie de oleadas que nacían en el centro del acuario. En seguida, la ballena se sumergió hasta el fondo de la piscina, — manteniendo su velocidad y su impulso, y saltó fuera del agua como un edificio catapultado desde abajo para coger delicadamente el pescado que le era ofrecido, del mismo modo en que una muchacha aceptaría un dulce. Luego volvió a caer describiendo un largo arco que ocultó el sol por un instante. Cuando chocó, con la superficie del acuario, fue como si un árbol desarraigado hubiera caído al mar desde lo alto de un acantilado.

Al instante, una ola inmensa se estrelló en la balastrada y empapó de agua de mar a los espectadores de la fila uno a la veintitrés. Asistir a las acrobacias de Destructor era bañarse al mismo tiempo y salir con los cabellos chorreantes de agua salada que olía a esencia de ballena.

Mientras la orca recorría de nuevo la circunferencia de su piscina, impulsándose hacia su momento de multicolor belleza bajo el sol de Florida, elevándose hacia los densos aromas de cítricos y buganvillas, pudimos tener un atisbo de su relampagueante silueta de vientre blanco y de la asombrosa iridiscencia de su negra cabeza; tenía el color de un buen par de botas de montar. Su aleta dorsal se erguía como una pirámide negra en su lomo y surcaba el agua como una navaja rasgándose sobre el mar. Sus líneas eran finas y elásticas; cada tino de sus dientes, firmemente apretados, tenía el tamaño de una lámpara de mesa. Jamás había visto tal potencia contenida. Destructor saltó de nuevo e hizo sonar una campana suspendida sobre el agua. Luego, abrió la boca y permitió que el joven le cepillara los dientes con una escoba de portero. En su número, final Destructor salió disparado de la Piscina, esparciendo litros y litros de agua marina con sus resplandecientes aletas, aferró una soga entre los dientes e izó la bandera de los Estados Unidos hasta el extremo de un mástil que dominaba todo el acuario. Cada vez que la ballena llegaba al apogeo de uno de sus ágiles saltos, la multitud le dedicaba una ovación y comenzaba a prepararse para la elegante y aerodinámica zambullida que venía a continuación y que volvía a sumergirnos en una ola prodigiosa.

—¡Esto sí que es un animal! —exclamó Luke.

—¿Te imaginas que te persiguiera una ballena asesina? —dijo Savannah.

Luke se volvió hacia ella.

—Si te persigue una cosa así, Savannah, sólo puedes hacer una cosa: rendirte; tienes que resignarte a tu destino.

—Me encantaría ver una ballena como ésta en Colleton —comenté, riéndome.

—A los delincuentes deberían ejecutarlos así —dijo Luke de pronto—: se les da un traje de baño, se les cuelgan unas cuantas caballas en la cintura y se les obliga a cruzar esta piscina a nado. Los que consiguieran llegar al otro lado quedarían en libertad. Los que no, ayudarían muchísimo a reducir las facturas de alimentación del acuario.

—Muy humano, Luke —observó Savannah.

—Me refiero sólo a los delincuentes verdaderamente malos. Ya sabes: los asesinos en masa, Hitler, los que matan chiquillos. La mierda del planeta. No me refería a los peatones que no respetan los semáforos y cosas así.

—¡Qué muerte más espantosa! —exclamé, mientras la ballena saltaba a través de un círculo de fuego y apagaba las llamas con el chapoteo de su poderosa zambullida.

—¡No, hombre! Podrían hacer que fuera parte del espectáculo. Incluso podrían contratar a papá para que lo presentara. Si la ballena asesina salta y hace sonar la campana, como recompensa puede comerse un criminal.

La última y colosal caída libre de Destructor nos anegó en una oleada final y salimos con los centenares de turistas empapados que se dirigían al edificio de los delfines.

Después de la ballena asesina, los delfines parecían minúsculos e insignificantes; su espectáculo, aunque mucho más animoso y logrado que el de la ballena, quedaba como algo baladí tras la *pièce de résistance* de Destructor. Sus habilidades eran deslumbrantes, sin duda, pero no eran ballenas. De todos modos, demostraron que eran una tribu feliz y despreocupada surgiendo del agua como obuses de artillería, con saltos que elevaban sus pulidos cuerpos de color jade hasta seis metros de altura sobre la superficie. Sus morros se arrugaban en unas perpetuas sonrisas de arlequín que conferían credibilidad a su briosa actuación. Jugaron a béisbol y a los bolos, bailaron sobre sus colas de un extremo a otro del acuario, lanzaron pelotas a través de aros y arrebataron cigarrillos encendidos de la boca de su entrenador en un vano intento de obligarle a que dejara de fumar.

Encontramos a Nieve en un reducido estanque individual, apartado de la compañía de los demás delfines. Una nutrida y curiosa muchedumbre rodeaba su recinto, viéndolo nadar de un lado a otro con aspecto desorientado y levemente aburrido. Aún no había aprendido ni una sola habilidad, pero era evidente que se ganaba de sobra su manutención como objeto de curiosidad. La presentadora describió la captura del delfín blanco, consiguiendo que sonara como la aventura más arriesgada y extraordinaria desde el descubrimiento del Paso del Noroeste. A las tres en punto llegó el entrenador con un cubo lleno de pescado para dar de comer a Nieve y echó un jurel en el extremo de la piscina más alejado del delfín. Éste se volvió y, con un movimiento de asombrosa delicadeza, cruzó aceleradamente su estanque y cogió el pescado junto a la superficie. A nuestro alrededor, los turistas trataban de definir su color. Nosotros, sus liberadores, escuchábamos orgullosamente a aquellos extraños que hablaban de su alba y luminosa belleza.

El entrenador siguió arrojando pescados de uno en uno, y cada vez lo hacía en el lado de la piscina más alejado de Nieve. Pronto advertimos que eso respondía a un estudiado plan para entrenar al delfín. Cuando consiguió que Nieve cogiera el ritmo de ir cruzando la piscina de un extremo a otro, invirtió el procedimiento y fue atrayéndolo gradualmente, más y más cerca cada vez, hasta que por fin Nieve sacó la cabeza del agua y tomó el último pescado de su mano. Al entrenador no le faltaba paciencia ni habilidad, y el público le aplaudió cuando logró que el delfín saliera del agua. Verle depositar el último jurel en la boca de Nieve fue como ver a un sacerdote administrando la Eucaristía a una adolescente vestida de primera comunión.

—Tenemos que encontrar una pescadería, Tom —susurró Luke—. Entretanto, Savannah, intenta pegar la hebra con el vigilante nocturno antes de que llegue la hora de cerrar. No cierran hasta las ocho.

—Siempre había deseado hacer de perversa seductora —dijo ella.

—No has de seducir a nadie. Sólo tienes que hacerte amiga del vigilante. Y luego, pones a dormir al hijo de perra.

Compramos media docena de merluzas en Coconut Grove, y un cubo lleno de pollo Kentucky Fried Chicken. Cuando regresamos al Acuarama faltaba media hora para que cerrasen y Savannah estaba charlando con el vigilante nocturno, que acababa de comenzar su turno.

—Hermanos —comenzó Savannah—, he conocido a un hombre simpatiquísimo.

—¿Le da mucho la lata, señor? —preguntó Luke—. Acaba de salir del manicomio con un permiso de veinticuatro horas.

—¿Darme la lata? Muy pocas veces tengo la suerte de hablar con una chica tan guapa. Siempre me toca quedarme aquí cuando todos se han ido a casa.

—El señor Beavers es de Nueva York.

—¿Quiere un poco de pollo frito? —le ofreció Luke.

—Si no es abusar... —respondió el señor Beavers, eligiendo un muslo.

—¿Y una Pepsi?

—Yo sólo bebo café. Vaya, si ya es casi hora de cerrar. Lo siento, chicos, pero tendréis que iros. La única pega de este trabajo es que se hace muy aburrido.

Accionó una potente sirena, seguida inmediatamente de un aviso en cinta magnetofónica pidiendo a todos los visitantes que abandonaran el recinto del Acuarama y anunciando el horario de apertura para el día siguiente. Luego, el señor Beavers salió de su oficina y echó a andar entre el anfiteatro de la ballena asesina y el edificio de los delfines, haciendo sonar su silbato. Savannah volvió a llenar la taza con el café que el hombre acababa de preparar en la cafetera que tenía sobre su escritorio y, abriendo dos cápsulas somníferas, vertió su contenido en el café y lo agitó hasta que el polvo quedó completamente disuelto.

Luke y yo seguimos al señor Beavers en su recorrido por el parque, mientras apremiaba amablemente a los rezagados para que se fueran a su casa y regresaran al día siguiente. Al llegar ante el estanque donde Nieve nadaba nerviosamente de un



lado a otro, se detuvo a contemplarlo.

—Es una aberración de la naturaleza —comentó—, pero es una aberración muy hermosa.

Giró sobre sus talones y avistó a un adolescente que acababa de tirar al suelo el envoltorio de un caramelo.

—Mi querido jovencito —le amonestó—, lo que acabas de hacer es un delito contra el hacedor de esta verde tierra.

Se acercó al muchacho, y Luke aprovechó el momento para echar una merluza en el acuario de Nieve, pasó junto al pescado un par de veces, y finalmente lo engulló.

—¿Cuántas cápsulas has puesto en ese pescado? —pregunté en un susurro.

—Las suficientes para matarte a ti o a mí —respondió él.

El señor Beavers estaba bebiéndose el café cuando nos despedimos de él. Mientras nos dirigíamos a la furgoneta, le susurré a Savannah:

—Buen trabajo, Mata Hari.

Luke que nos seguía de cerca, propuso:

—Hace mucho calor. ¿Qué tal si vamos a bañarnos en Cayo Biscayne?

—¿A qué hora hemos de venir a buscar a Nieve? —quise saber.

—Calculo que alrededor de medianoche. Vimos salir la luna como una pálida filigrana sobre el firmamento oriental. Nadamos hasta que el sol comenzó a ponerse en un Atlántico tan distinto al océano que bañaba nuestras costas que parecía totalmente imposible que estuvieran relacionados. El océano de Florida era aguamarina y de ojos claros, mientras que yo jamás había podido verme los pies cuando el agua del mar me llegaba al pecho.

—Esta agua tiene algo extraño —afirmó Luke, expresando exactamente lo que yo sentía.

Para mí, el océano ha sido siempre femenino, pero Florida había suavizado sus aristas más duras y amansado con luminosidad sus azuladas profundidades. El misterio de Florida se acrecentó, ya en la orilla, cuando probamos por primera vez los mangos. La fruta tenía un sabor extraño pero indígena, como luz del sol transformada por un árbol a fuerza de paciencia. Éramos forasteros en un mar en el que se podía confiar, cuyas marcas eran imperceptibles y suaves, cuyas aguas, coloreadas como la colonia, eran traslúcidas y serenas a la sombra de las palmeras. La luna tendió sobre la superficie un filamento de plata que recorría un centenar de kilómetros antes de albergarse en las trenzas del cabello de Savannah. Luke se puso en pie y extrajo su reloj de pulsera del bolsillo de los tejanos.

—Si nos descubren, Tom y Savannah, dejadme hablar a mí. Yo os he metido en esto y yo soy el responsable de sacaros si hay problemas. Ahora, roguemos que el señor Beavers esté contando ovejitas.

Por la ventana de su cubículo vimos al señor Beavers con la cabeza sobre la mesa, profundamente dormido. Luke llevó la furgoneta hasta un bosquecillo de palmeras junto a la verja Cyclone y sin perder tiempo abrió un gran boquete en la malla con

unos alicates. Tras cruzar la cerca nos internamos entre las sombras hasta llegar al foso de los tiburones, a los qué oímos cortar el agua mientras recorrían el interminable circuito que era su horrible castigo por haber nacido tiburones. Estábamos corriendo por el anfiteatro cuando resonó la implosión de aliento de la ballena asesina.

—Esperad un momento —dijo Luke, cogiendo un pescado de la bolsa que llevaba por si a Nieve le apetecía un tentempié durante el viaje, hacia el norte.

—No, Luke —protesté alarmado—. No tenemos tiempo para locuras.

Pero Luke ya estaba subiendo por las escaleras del anfiteatro y a Savannah y a mí no nos quedó más remedio que seguirle. Bajo el resplandor de la luna le vimos trepar a la plataforma y vimos también la enorme aleta que surcaba el agua por debajo suyo. Luke se adelantó hasta el borde de la plataforma e imitando los ademanes del joven entrenador rubio, realizó un movimiento circular con su brazo. Destructor se sumergió hasta lo más hondo de la piscina, haciendo chapalear las castigadas aguas contra los flancos del acuario a medida que iba cobrando velocidad bajo los pies de mi hermano. Luke tomó la merluza en su mano derecha y la extendió sobre el agua, tan lejos como pudo. La ballena se alzó como un estallido y arrancó la merluza que Luke le ofrecía sin rozarle siquiera los dedos. Luego, en su señorial caída desde lo alto, la ballena se ladeó y le mostró su brillante vientre blanco. Al sumergirse de nuevo, la fabulosa oleada inundó veintitrés hileras de asientos.

—Estúpido, estúpido, estúpido —susurré, cuando Luke regresó a nuestro lado.

—Maravilloso, maravilloso, maravilloso —dijo Savannah, eufórica.

Corrimos hacia *The Amberjack* y abrimos el arcón de cubierta donde la tripulación almacenaba los enseres que sabíamos nos harían falta. Luke sacó las cuerdas y la camilla y arrojó los colchones de espuma hacia Savannah, que los cogió al vuelo y salió corriendo en dirección a la furgoneta para extenderlos limpiamente en la parte de atrás. Luke y yo nos encaminamos al edificio de los delfines a toda prisa, y Luke usó de nuevo sus alicates para entrar en la zona donde tenían a Nieve. Llegamos a su lado justo a tiempo. El animal estaba casi inmóvil en la parte menos profunda, y creo que de haber esperado una hora más, lo hubiésemos encontrado ahogado. Cuando entramos en el agua, estaba tan drogado que ni siquiera reaccionó. Lo cogimos por debajo de la cabeza y el estómago y lo llevamos a un lado de la piscina, allí donde habíamos dejado la camilla. Su piel era tan blanca que la mano con que yo sujetaba su cabeza parecía marrón. Mientras lo llevábamos flotando sobre el agua, emitió un sonido tierno y casi humano. Entonces regresó Savannah y entre los tres colocamos la camilla bajo su cuerpo, dentro del agua, y lo atamos por tres lugares.

Desanduvimos el camino y pasamos otra vez bajo las sombras de palmeras y limeros, llevando la camilla entre Luke y yo como enfermeros en campo de batalla, agachados y a toda prisa. Cruzamos el agujero de la cerca e hicimos rodar suavemente a Nieve sobre los colchones, tras desatarlo. Savannah y yo comenzamos a remojarlo con el agua que habíamos llevado de Cayo Biscayne en cubos y en la

nevera portátil. Luke cerró la portezuela trasera y, corriendo a la cabina, puso el motor en marcha y salió del aparcamiento en dirección a las luces de Miami. Creo que debió de ser durante aquellos dos primeros minutos cuando corrimos mayor peligro de ser descubiertos, pues mientras avanzábamos por la autopista casi desierta los tres hermanos Wingo de Carolina del Sur íbamos gritando, gritando, gritando.

Al poco rato habíamos abandonado Miami para siempre y Luke tenía el pie pegado al acelerador, casi tocando la plancha del suelo, y el aire cálido agitaba nuestros cabellos mientras cada kilómetro nos acercaba más a la frontera de Georgia. Al principio, la respiración de Nieve era muy áspera y rasposa, como si se rasgara un papel, y en una o dos ocasiones en que pareció que había dejado de respirar tuve que soplar por su espiráculo. El animal me respondió con otro resoplido, pero el efecto de las cápsulas no comenzó a desvanecerse hasta que nos detuvimos en una gasolinera de Daytona Beach. Allí se reanimó y se mostró muy vivaz durante todo el resto del viaje.

Después de poner gasolina, Luke llevó la furgoneta a la playa y Savannah y yo corrimos a llenar los cubos y la nevera con agua de mar, para regresar apresuradamente mientras Luke giraba sobre la arena y volvía a la carretera.

—Lo estamos consiguiendo. Lo estamos consiguiendo —nos gritó por la ventanilla de atrás—. Cinco horas más y estaremos en casa, libres.

Regábamos continuamente al delfín con agua de mar, le dábamos masaje de la cola a la cabeza para mantenerle la circulación y le hablábamos en esos términos cariñosos que los niños suelen reservar para sus perros. Nieve era elástico y dúctil, y su piel parecía satinada al tacto. Le cantamos canciones de cuna, le recitamos poemas y rimas infantiles y le explicamos en susurros que estábamos conduciéndolo a su hogar y que jamás tendría que volver a alimentarse de pescado muerto. Cuando entramos en Georgia, Savannah y yo empezamos a bailar en la plataforma y Luke tuvo que aminorar la velocidad porque temía que, en nuestra alocada danza, fuéramos a caer de la furgoneta.

Justo en las afueras de Midway, Georgia, un agente de tráfico de la autopista hizo parar a Luke por conducir a sesenta kilómetros por hora por encima del límite permitido. Luke se asomó por la ventanilla posterior de la cabina y nos dijo:

—Cubrid la cabeza de Nieve con uno de esos colchones. Yo me ocuparé de esto.

Ya había amanecido, y el agente era joven y esbelto como una hoja de cuchillo. Su actitud reflejaba la exasperante arrogancia de los bisoños. Luke, empero, bajó de la cabina de un brinco y comenzó a balbucear.

—Oficial —le oí decir, mientras Savannah, y yo cubríamos la cabeza de Nieve—, lo siento mucho. De veras que sí. Pero es que estaba tan excitado por haber tocado ese tiburón que quería llevarlo a casa para que lo viera mi papá mientras aún sigue vivo.

El policía se acercó a la furgoneta y lanzó un silbido al ver lo que transportaba.

—Es enorme —admitió el agente—. Pero eso no es motivo para ir tan deprisa,

hijo.

—No lo entiende, oficial —insistió Luke—. Es todo un récord mundial. Lo he pescado con caña y sedal. Es un tiburón blanco, de los auténticos devoradores de hombres. Lo he pescado muy cerca del espigón de la isla de Saint Simons.

—¿Con qué lo has atrapado?

—Lo he atrapado con una gamba viva, aunque parezca increíble. El año pasado, en Florida, cogieron un tiburón que llevaba una bota y una tibia humana en el estómago.

—Debo ponerte una multa, hijo.

—Ya lo supongo, señor. Estaba tan excitado que no podía ir más despacio. ¿Ha pescado alguna vez algo tan grande?

—Soy de Marietta. Una vez pesqué un róbalo de seis kilos en el lago Lanier.

—Entonces sabe exactamente cómo me siento, señor. Mire, deje que le enseñe la dentadura que tiene. Tiene unos dientes como hojas de afeitar. Mi hermano y mi hermana, los pobres, han de irlo sujetando y están medio muertos del esfuerzo. Deja que el oficial le eche un vistazo, Tom.

—No me entusiasma la idea de mirarle la boca a ningún tiburón, hijo. Sigue tu camino y procura no correr tanto. Supongo que tienes derecho a estar excitado. El róbalo que pesqué yo fue el mayor que se capturó en el lago Lanier en todo aquel día, y se lo comió mi gato antes de que pudiera enseñárselo a papá.

—Muchísimas gracias, señor. ¿Seguro que no quiere verle los dientes? ¡No vea qué bocados tira!

Antes de regresar a su automóvil, el policía se volvió hacia Savannah y yo.

—Os aseguro que preferiría ir conduciendo que ahí sentado con ese bicho.

Mi madre estaba tendiendo la colada cuando llegamos disparados por el camino de tierra y Luke describió unas cuantas vueltas triunfales sobre el césped antes de detener la furgoneta. Mi madre corrió hacia nosotros y se echó a bailar un zapateado de alegría, alzando ambos brazos en el aire. Luke llevó la furgoneta al borde del mar y volvimos a colocar el delfín sobre la camilla. Mamá se quitó los zapatos moviendo bruscamente los pies y los cuatro juntos nos internamos en la marea alta, buscando aguas más profundas. Sosteníamos a Nieve entre los brazos, esperando que se acostumbrara de nuevo al río. Lo dejamos flotar por sí mismo, pero parecía desequilibrado e inseguro. Luke le sostuvo la cabeza sobre el agua hasta que su poderosa cola me apartó de su lado para alejarse de nosotros nadando lenta e inestablemente. Durante quince minutos pareció un animal moribundo, y nos resultaba doloroso verle sufrir. A lo largo de ese tiempo permanecimos en el embarcadero rezando por él un rosario que mi madre dirigía sin necesidad de cuentas. Nieve se debatía; parecía que le costaba respirar; le fallaba la coordinación y el sentido del equilibrio. Y entonces cambió de pronto ante nuestros ojos. Recobró el instinto y se zambulló, y la grácil agilidad de aquella zambullida le devolvió su antiguo sentido del ritmo y la elegancia. Tras un largo minuto se remontó de nuevo a

la superficie, y estaba doscientos metros más lejos.

—¡Lo ha logrado! —aulló Luke, y nos estrechamos los cuatro, abrazándonos el uno al otro. Yo estaba agotado, hambriento, sudoroso, pero jamás me había sentido tan magníficamente como entonces.

Nieve reapareció una vez más y, volviendo en sentido contrario, pasó frente al embarcadero muy cerca de nosotros.

Aplaudimos, gritamos y lloramos. Y danzamos una nueva danza sobre nuestro muelle flotante, en la isla más bella del mundo y en el mejor día, el día más maravilloso, de la vida de Tom Wingo.

El día en que Benji Washington se integró en la escuela secundaria de Colleton, equipos de televisión de Charleston y Columbia registraron el instante exacto en que sus padres le abrieron la portezuela de su Chevrolet verde lima e inició su solemne andadura hacia los quinientos estudiantes blancos que contemplaban en silencio su aproximación. Aquel día, la atmósfera de la escuela era de desavenencia, peligro y tensión. Las aulas estaban electrizadas como el aire del mar antes de un huracán. En salas y pasadizos acechaba el odio. La palabra *negrata* aparecía pintada con furiosos y apresurados trazos en todas las aulas en las que el muchacho negro tenía clases, hasta que los profesores, trastornados y nerviosos, entraban en la sala y erradicaban el término con rápidos toques de borrador. En todas las aulas, Benji eligió el último asiento junto a la ventana, y se pasó buena parte del primer día mirando impasiblemente al río. Los asientos de su alrededor estaban vacíos, como zona prohibida en la que ningún estudiante blanco quería o podía internarse. En los lavabos de los muchachos donde los chicos más duros se reunían para fumar clandestinamente entre clase y clase, nacía y se propalaba toda clase de rumores. Oí jactarse a un muchacho de haberle dado un empujón al *negrata* en la cola de la cafetería; otro aseguraba que le había pinchado con un tenedor. El negro, empero, no había reaccionado ante estas provocaciones. Era como si no tuviera emociones, como si estuviera entrenado para no sentir. En las taquillas del vestíbulo principal aparecieron porras y cadenas. Se hablaba en susurros de llevarlo a solas detrás del gimnasio, y corrió el rumor de que alguien tenía una pistola. Oscar Woodhead, *tackle* izquierdo del equipo de fútbol, juró delante mío que mataría al *negrata* antes de que terminara el curso escolar. Sobre las nalgas de jactanciosos muchachos con engominados tupés se destacaba el bulto de las navajas automáticas. Nunca en mi vida había sentido tanto miedo.

Mi plan, como todos los que yo hacía, era muy sencillo: pensaba ignorar la existencia de Benji Washington, meterme sólo en mis cosas y navegar como mejor pudiera entre el corrupto electorado de aquella indignada escuela secundaria. Sabía denigrar a los *negratos* como el que más y contaba con un repertorio de un millar de chistes sobre ellos para entretener a mis contemporáneos si alguna vez se ponía en duda mi lealtad a la tribu, pero este racismo procedía más de mi apasionada necesidad de adaptarme que de ningún arraigado sistema de creencias; yo era capaz de odiar con ardor, pero sólo si me sentía perfectamente seguro de que mi odio concordaba con los sentimientos de la mayoría. No poseía ninguna clase de valentía moral, y eso me parecía muy bien. Lamentablemente, mi hermana gemela no compartía estas ocultas reservas de superficialidad.

No supe que Benji Washington estaba en mi clase de inglés de sexto grado hasta

que vi congregarse junto a la puerta aquella hosca turba que le había seguido durante todo el día. Miré a mi alrededor, buscando al profesor, pero no se le veía por ninguna parte. Me abrí paso entre la gente como un sheriff internándose entre una chusma de linchadores en una mala película del Oeste.

Vi al chico negro mirando por la ventana desde su último y solitario asiento. Oscar Woodhead estaba sentado en el alféizar, susurrándole alguna cosa. Ocupé un lugar en la primera fila y fingí escribir algo en la libreta. Oí que Oscar le decía:

—Eres un negrata feo. ¿Me oyes, chico? Eres un asqueroso negrata feo. Pero supongo que es lo lógico: todos los negratos son feos. ¿No es verdad, chico?

No vi entrar a Savannah en el aula y no me enteré de que había llegado hasta que oí su voz a mi espalda:

—Hola, Benji —le saludó con su más perfecta voz de animadora—. Me llamo Savannah Wingo. Bienvenido a la escuela de Colleton. —Y le ofreció su mano.

Washington, que sin lugar a dudas era el más sorprendido de los presentes en el aula, se la estrechó sin gran entusiasmo.

—¡Lo ha tocado! —chilló Lizzie Thompson desde el umbral.

—Si tienes algún problema, Benji, me lo dices —prosiguió Savannah—. Sí necesitas cualquier clase de ayuda, me das un grito. Esta gente no es tan mala como ahora parece. En un par de días se habrán acostumbrado a verte por aquí. ¿Está ocupado este asiento?

Oculté la cabeza entre los brazos y gemí inaudiblemente.

—No ha habido ningún asiento ocupado cerca de mí en todo el día —respondió Benji, volviendo de nuevo la vista hacia el río.

—Ahora lo hay —dijo mi hermana, dejando sus libros sobre el pupitre contiguo.

—Quiere sentarse al lado de un negrata —exclamó Oscar en voz muy alta—. No puedo creerlo.

Entonces Savannah me llamó desde el fondo del aula.

—¡Eh, Tom! Ven aquí con tus libros. ¡Yu-ju, Tom! Te estoy viendo. Soy yo, Savannah, tu hermana que te quiere. Mueve el culo de una vez y ven a mi lado.

Furioso, pero sabedor de que sería inútil discutir con Savannah ante toda la clase, obedecí sus órdenes y llevé mis libros al fondo del aula bajo la atenta mirada de los demás alumnos.

—¡Hmmmmph! —bufó Oscar despectivamente. Yo no, consentiría que una chica me hablara en ese tono.

—No creo que ninguna chica quiera hablarte en ningún tono, Oscar —replicó Savannah—, eres un estúpido y tienes más granos en la cara que camarones hay en el río.

—Pero no te molesta hablar con los negratos, ¿eh, Savannah? —gritó Oscar.

—¿Por qué no te vas a la tutoría y tratas de conseguir un coeficiente de dos cifras en las pruebas de inteligencia, cretino? —dijo ella, poniéndose en pie.

—No tiene importancia, Savannah —dijo Benji suavemente—. Ya sabía que

pasaría esto.

—Aún no te imaginas lo que va a pasar, negrata.

—¿Oscar? —exclamó Savannah, dirigiéndose hacia él con los puños cerrados.

—No eres más que una golfa amiga de los negratos. Era mi llamada a escena. Entré en la arena cautelosamente, lleno de temor y rezando por una pronta llegada del señor Thorpe, cuya tardanza en acudir desde la sala de profesores era proverbial.

—No le hables así a mi hermana, Oscar —dije débilmente, con la actitud de un eunuco recién operado.

—¿Cómo piensas impedírmelo, Wingo? —preguntó Oscar, satisfecho de tener por fin un contrincante masculino.

—Se lo diré a mi hermano Luke —contesté.

—¿Es que no eres lo bastante mayor como para resolver tus propios problemas?

—Soy más pequeño que tú, Oscar. Si luchamos nosotros, me darás una paliza y entonces vendrá Luke y te romperá la cara de todos modos. Sólo pretendo saltarme la fase en que cobro yo.

—Dile a la bocazas de tu hermana que cierre el pico —me ordenó.

—Cierra el pico, Savannah.

—Bésame el culo, Tom —dijo ella con voz dulce.

—Ya se lo he dicho, Oscar.

—No nos gusta que nuestras chicas blancas hablen con los negratos.

—Hablaré con quien me dé la gana, Oscar, cielo.

—Ya sabes que a Savannah no se le puede decir nada —traté de razonar con Oscar.

—Ven aquí, Tom —dijo Savannah.

—Estoy hablando con mi buen amigo Oscar —contesté, dirigiéndole una sonrisa a Oscar.

—Ven aquí, Tom —repitió ella.

De mala gana, me acerqué a su lado y le estreché la mano a Benji Washington.

—¡Le ha tocado la mano! —gimió Lizzie Thompson, aún junto a la puerta—. Preferiría morir antes que tocar un negrata.

—Preferirías morir antes que tener un pensamiento propio, Lizzie —le dijo Savannah. A continuación, se volvió hacia mí—. Tráete una silla y ponla al lado de Benji, Tom. Ahí es donde vas a sentarte.

—Voy a sentarme en la primera fila, Savannah. No puedes decirme dónde debo sentarme. Y no quiero problemas con todos los cuellirrojos de la escuela porque de pequeña leíste El diario de Ana Frank.

—Te he dicho que traigas una silla, Tom —me susurró limpiamente—. No estoy bromeando.

—No pienso sentarme al lado de Benji, Savannah. Ya puedes meterte conmigo tanto como quieras.

—¿Piensas entrar en el equipo de fútbol, Benji? —preguntó ella,



desentendiéndose de mí por el momento.

—Sí —contestó él.

—Como salgas al campo, te vamos a matar, chico —le amenazó Oscar.

—¿Dónde está ese maldito profesor? —inquirí, mirando hacia la puerta.

—Tú no matarás a nadie, Oscar —se burló mi hermana—. Puede que seas fuerte, pero Tom me ha dicho que en el campo de juego eres un gallina.

—¿Le has dicho eso, Wingo?

—No Oscar, claro que no —le mentí. Oscar era uno de esos gamberros corpulentos que no saben más que dedicar su violenta conducta antisocial al reino del deporte. Las escuelas sureñas estaban llenas de matones y navajeros que no eran capaces de placar ni bloquear.

—Tom te ayudará en los entrenamientos —le aseguró Savannah—. ¿Verdad, Tom?

—Estaré demasiado ocupado cuidándome de mí mismo —dije yo.

Savannah me sujetó las muñecas y me clavó profundamente las uñas, haciendo brotar la sangre en cuatro sitios distintos.

—Sí, hermano. Sí que lo harás. Y entonces ocurrió.

Oscar arrojó el guante:

—Es una puta, Wingo. Tu hermana es una puta amante de los negratos.

—Retira eso, Woodhead.

—No pienso retirarlo, Wingo. Si quieres hacer algo al respecto, te esperaré detrás del cuarto de la banda a la hora de salir.

—Ahí estará —dijo Savannah—. Y va a machacarte, Oscar.

—¡Savannah! —exclamé.

—No va a quedar de ti ni para dar de comer a un cangrejo de mar —prosiguió ella—. Eh, Lizzie, corre a avisar al hospital ahora mismo. Diles que esta tarde Oscar va a necesitar que le operen de urgencia la cara.

—Tu hermano no sabe pelear. Se nota que está cagado de miedo —replicó Oscar, juzgándome correctamente.

—Luke y él se han hecho maestros de karate este verano. Maestros de cinturón negro. Rompe tablones con el canto de la mano, Oscar. Mírale bien las manos. Están registradas oficialmente, por eso no quiere luchar contigo. Pueden meterlo en la cárcel si te toca con esas manos.

Alcé mis mortíferas manos y las estudié minuciosamente, como si estuviera examinando un par de pistolas de duelo.

—¿El karate es como el judo? —quiso saber Oscar, suspicaz.

—El judo lesiona —explicó Savannah—. El karate mata. Lo ha aprendido este verano con un maestro de karate. Un maestro oriental.

—Chinos y negratos. ¿Es que los Wingo han dejado de tratarse con los blancos? Nos veremos detrás del cuarto de la banda, Wingo. Y no te olvides de traer tus manos registradas.

Aquella tarde, cuando llegué con mis manos registradas encontré una nutrida y jovial multitud reunida tras el cuarto de la banda. Yo trataba de concentrarme en mi respiración, pensando en lo mucho que me gustaba y en cómo iba a echarla de menos después de que Oscar me matara. Cuando hice mi encogida aparición, una repentina ovación se alzó de la muchedumbre y vi a Savannah corriendo hacia mí al frente de las otras nueve animadoras. Se agruparon todas a mi alrededor y anduve hacia Oscar con diez pompones revoloteando en torno a mi cabeza, mientras las muchachas rompían a cantar el himno de victoria de la escuela de Colleton:

A luchar, a luchar, a luchar por Colleton, y que la victoria nos dé valor. Lucharemos toda la noche con todas nuestras fuerzas, lucharemos por el verde y el oro.

Los ojos de Oscar reflejaban la más brutal y fría cólera. Estaba rodeado por un grupo de hijos de camaroneros, muchachos que conocía de toda la vida y que en aquellos momentos me contemplaban, con las mangas enrolladas sobre sus bíceps, desde un traicionado y mudo círculo de solidaridad. Luke estaba parado ante Oscar. Me acerqué a Luke y los pompones se movieron conmigo como un mar de inquietos crisantemos. Había albergado la esperanza de ser masacrado en presencia únicamente de unos pocos muchachos del río, sin prever que Savannah convertiría mi asesinato en una reunión popular.

Cuando llegué a su lado, estaba hablando Luke.

—Me han dicho que has llamado puta a mi hermana, Woodhead.

—Estaba hablando con el negrata, Luke —alegó Oscar, mirando hacia mí sobre el hombro de Luke.

—No necesita tu permiso para hablar con nadie. Discúlpate ante ella, Woodhead.

—Ya sé lo que estás intentando hacer, Luke —respondió Oscar. No pude dejar de advertir la precaución y deferencia con que se dirigía a Luke—. Quieres comenzar una pelea para que el afeminado de tu hermanito no tenga que vérselas conmigo.

—No. Tom va a zurrarte él solo. Si por alguna razón le haces daño a mi hermano, entonces tendrás que pelear conmigo, y eso va a estropear toda la tarde, Woodhead. Pero antes quiero que le pidas perdón a mi hermana por haberla llamado puta.

—Siento haber dicho que eres una puta amiga de los negratos, Savannah —gritó sobre el ruido de la gente. Los pompones se aquietaron y los chicos del río emitieron unas risitas nerviosas.

—Quiero una disculpa en forma, Woodhead. Una disculpa sincera. Si no me parece suficientemente sincera te arrancaré la cabeza.

—Siento mucho haber dicho eso, Savannah —añadió Oscar con voz apesadumbrada—. Te aseguro que lo siento.

—A mí no me ha parecido demasiado sincera, Luke —dije yo. Mi voz era una cosa patética.

—Lo que pasa es que tú no quieres pelear —dijo Oscar.

—¿Quieres que luche yo con él, Tom? —preguntó Luke, con la vista clavada en

los ojos de Oscar.

—Bueno, no me importa esperar a que me toque el turno —respondí.

—La pelea es tuya, Wingo —exclamó Artie Florence, uno de los hijos de camaroneros.

—Dejadme hablar con Tom un momento —Pidió Luke—. En seguida vendrá a darte lo tuyo.

Luke me llevó aparte, rodeándome los hombros con su brazo derecho, mientras Savannah dirigía al equipo de animadoras para calentar a la multitud.

—Tom —comenzó Luke—, ¿te das cuenta de lo ridículo que eres?

—¿Quieres que escape corriendo? —pregunté con incredulidad.

—No, me refiero a tus manos. ¿Te has dado cuenta de lo rápidas que son tus manos?

—¿Qué quieres decir?

—Si no cometes ningún error, no podrá pegarte fuerte, pero es muy lento. Mantente alejado de él. Baila a su alrededor. Diviértete, pero sin acercarte. Pégale cuando veas una abertura y échate atrás a toda prisa. Pégale en los brazos siempre que puedas.

—¿En los brazos?

—Eso es. Cuando se le cansen los brazos, empezarán a pesarle. Le costará levantarlos. Cuando veas que está así, ataca tú.

—Tengo miedo, Luke.

—Todo el mundo tiene miedo cuando va a pelearse. También él tiene miedo.

—No tiene ni la mitad de miedo que yo. ¿Dónde está el jodido de Earl Warren ahora que lo necesito?

—Eres demasiado veloz para que te gane. No dejes que cargue contra ti y te derribe al suelo. Entonces te sujetaría los brazos con su peso y te desharía la cara a puñetazos.

—Oh, Dios mío. ¿Puedo darle un buen golpe a Savannah antes de que empiece la pelea? Ha sido ella la que me ha metido en este lío. ¿Por qué he de pertenecer a la única familia de Colleton que aprecia a los negratos?

—Ya se lo darás luego. De momento, límitate a pegarle a Woodhead. Y no te acerques demasiado a él; da unos puñetazos brutales.

La gente se echó hacia atrás para hacernos sitio y yo avancé sobre la hierba para enfrentarme con Oscar Woodhead. Iban a darme una paliza por culpa de la decisión de 1954 del Tribunal Supremo, por culpa de la integración, por culpa de Benji Washington y por culpa de la bocazas de mi hermana. Oscar, sonriente, se puso en guardia y se acercó a mí. Su primer golpe me cogió desprevenido. Fue un gancho de derecha que casi me dio en la mandíbula y me hizo perder el equilibrio. Siguió avanzando hacia mí, lanzando un feroz puñetazo tras otro y emitiendo una especie de gemido animal mientras me acechaba sobre el césped.

—¡Baila! —me ordenó Luke. Me eché hacia su izquierda, alejándome de su

terrible rechazazo. Un golpe pasó rozándome la cabeza. Desvié otro con el brazo. Empecé a describir círculos, poniéndome fuera de su alcance. Durante los tres minutos que siguieron no paré de moverme y esquivar, consciente de que su frustración iba en aumento. Luego, sin darme cuenta, comencé a observarlo. Siguiendo atentamente sus gestos, estudiando sus ojos, podía adivinar cuándo iba a lanzar un golpe. Él, en cambio, no tenía ni idea de cuándo iba a lanzar yo uno, pues yo aún no había hecho siquiera un amago de pegarle.

¡Quédate quieto y pelea, gallina! —me retó, jadeando.

Me quedé quieto y él cargó contra mí. Al cargar, cambió de deporte y entró en un terreno que yo entendía y dominaba mucho mejor que él. Hacía ya tres años que los delanteros de equipos rivales se abalanzaban contra mí en disciplinadas cargas. Me aparté de su camino y, para mi sorpresa, le descargué un poderoso puñetazo en el oído cuando pasó por mi lado. Su propio impulso le hizo caer, y los espectadores empezaron a gritar mientras las animadoras, dirigidas por una exultante Savannah, atacaban de nuevo el himno de combate de Colleton.

Oscar se incorporó al instante y, muy enfurecido, volvió a acosarme; sin embargo, le oía respirar pesadamente y percibía su necesidad de terminar la pelea rápidamente. Esquivé otros seis puñetazos, o más exactamente, me limité a quitarme de en medio, moviéndome en círculos y retrocediendo. Acto seguido, empecé a golpearle en los brazos, descargando duros puñetazos en sus muñecas y bíceps. De pronto me lancé hacia él y, cogido por sorpresa, retrocedió unos pasos; en seguida, descargó otra colérica e infructuosa granizada de puñetazos en dirección a mi rostro mientras yo me retiraba hacia el ruido de la multitud sin dejar de castigarle los brazos.

Entonces se serenó un poco y trató de acorralarme contra el muro de la escuela. Comenzó a elegir sus golpes con mayor cuidado, y me atizó un golpe corto justo encima del ojo que me dejó entumecida toda la mitad derecha del rostro.

—¡Baila! —gritó Luke. Amagué un movimiento a la izquierda, salté hacia la derecha y le alcancé con un rechazazo en la cara. Se bamboleó hacia atrás, con los brazos colgando.

—¡Ahora! —ordenó Luke. Avancé hacia él y comencé a propinarle una serie de izquierdazos cortos. Él trató de alzar los brazos para protegerse la cara, pero ya no podía levantarlos ni controlarlos y le bajaron hasta el pecho mientras de su nariz y sus labios empezaba a manar sangre. La persona que le pegaba era yo, pero, aunque sentía el movimiento de mi mano izquierda y la minuciosidad con que castigaba la carne de mi rival, tenía la impresión de que aquello lo estaba haciendo otro, alguien que no tenía nada que ver conmigo. Entonces apareció Luke en mi campo de visión e interrumpió la pelea.

Me dejé caer de rodillas y empecé a llorar de puro cansancio, de miedo y un penetrante dolor que sentía sobre mi ojo izquierdo.

—Lo has hecho muy bien, hermanito —me susurró Luke.

—No lo volveré a hacer nunca —le aseguré, con ojos cargados de lágrimas—.

Odio pelear. Ha sido horrible. Dile a Oscar que lo siento mucho.

—Ya se lo dirás tú luego. Tenemos que ir a entrenar. Ya te había dicho que eres muy rápido.

Savannah agitó un pompón algo raído ante mi rostro e inquirió:

—Por el amor de Dios, Tom, ¿qué pasa ahora? Has ganado la pelea.

—Conozco a Oscar desde que era un bebé.

—Y ya entonces era un capullo —dijo Savannah.

—No me ha gustado nada —insistí, repentinamente embarazado al darme cuenta de que había sesenta personas viéndome llorar.

—Los defensas no lloran —dijo Luke—. Vamos, tenemos que ir al entrenamiento.

El primer entrenamiento de la temporada terminó, como siempre que nos dirigía el entrenador Sams, con una serie de carreras de cuarenta yardas. Los defensas delanteros y los centrales fueron los primeros, rompiendo a correr desmañadamente en dirección al entrenador, que había hecho sonar su silbato desde el otro extremo del campo. A continuación se alinearon los *tackles*, y Luke pronto dejó atrás a su nutrida y abigarrada tribu.

Me alineé con los defensas posteriores y me encontré situado junto a Benji Washington.

—He oído decir que eres muy rápido —comenté—. El año pasado, yo era el corredor más veloz del equipo.

—Lo eras —respondió. Sonó el silbato y eché a correr por el campo. Había realizado una buena salida y marchaba en cabeza, con toda la confianza de un muchacho que ha sido el chico más rápido de la clase desde el primer día del primer curso, cuando Benji Washington me adelantó por la izquierda y ganó el *sprint* con una ventaja de cinco yardas.

En la siguiente carrera, corrí con toda la confianza de un muchacho que sabe que sólo es el segundo chico más rápido de la clase. Vi al entrenador Sams consultar de nuevo su cronómetro. El año anterior, ese entrenador había sido el miembro del claustro que más había vociferado y despotricado contra la integración racial; el cronómetro, sin embargo, estaba ampliando sus horizontes sociales. Benji corría las cuarenta yardas en 4,6 segundos. Mí mejor tiempo estaba en 4,9, y eso con vientos huracanados a mi favor. Al otro lado del campo volvió a sonar el silbato; volví a correr hacia el entrenador y una vez más vi a Benji rebasarme con una extraordinaria elegancia carente de esfuerzo, volando hacía el entrenador sobre las líneas del terreno de juego.

—¡Ese bicho es capaz de volar! —exclamó uno de los defensas, más con admiración que con malicia.

Hicimos diez carreras y Benji ganó diez carreras. Yo quedé segundo en las diez. Cuando el entrenador Sams tocó por última vez el silbato y el equipo echó a correr hacia los vestuarios, el tenor y el aspecto de nuestra temporada había cambiado.

Contando solamente con los veteranos del año anterior, ya íbamos a tener un buen equipo de fútbol; ahora, además, habíamos engrosado nuestras filas con el ser humano más veloz del Sur, y yo empezaba a pensar en el campeonato del estado.

Es el mes de septiembre de 1961 en la isla de Melrose, en el año más profundamente vívido de nuestras existencias. Los camarones son abundantes y el barco de mi padre llega cada anochecer al atracadero con las bodegas llenas de pescado y camarones. Es su mejor temporada desde 1956, y la vigorosa y desenfrenada alegría de mi padre rinde un homenaje sin palabras a la generosidad del mar. El precio de los camarones se mantiene a un dólar la libra, y eso hace que papá se comporte como un hombre rico cuando verifica las gimientes balanzas en el muelle de los pescadores. Por las noches, habla de convertirse en propietario de una flota de pesqueros. Le cuenta a mi madre que ha visto a Reese Newbury en el banco y que éste ha dicho ante un grupo de conocidos que Henry Wingo está casado con la mujer más guapa del condado de Colleton. Mi madre se ruboriza, halagada, y responde que sólo es una mujer de mediana edad que procura sacar el máximo partido a lo que Dios le dio.

Savannah sale de su dormitorio vestida con el uniforme de animadora para el primer partido de la temporada. No puede disimular su placer, y crea un vibrante campo de perturbación con su pálida belleza. Su inusitado atractivo se impone gradualmente cuando nos volvemos para contemplar su entrada. Nuestro aplauso reside en los márgenes de nuestro silencio, en la delicadeza de nuestra pasmada admiración. Se ha desplegado ante nosotros en una floración secreta, y de pie en la sala gira lentamente en círculo esperando nuestra aprobación; es deliciosa en los lugares en que una mujer es deliciosa, su tez es inmaculada como una fruta nueva, y sus cepillados cabellos son resplandecientes y rubios como la crin de un caballo palomino. Luke se levanta de su silla y empieza a aplaudir; yo me levanto también, imitándole, y juntos comenzamos a vitorearla. Ella alza los brazos y viene hacia nosotros, creyendo que nos burlamos, pero se detiene al advertir que estamos ensalzándola. Sus ojos se llenan de lágrimas. Es una joven soñadora, pero jamás había osado soñar que un día sería hermosa. Entre nosotros reina una perfecta economía de sentimientos. Una vez más, me abruma el amor que siento hacia mi hermano y mi hermana, y el que ellos sienten por mí. Mi madre nos contempla desde los fogones y comprende que no participa de este momento. Mi padre no comprende lo suficiente como para querer participar de él. Es el principio de una larga y misteriosa temporada en la casa de los Wingo. Habrá honor y dignidad, y nuestras cualidades humanas —o la falta de ellas serán puestas a prueba. Habrá carnicería, muerte violenta y ruina. Luego todos pensaremos que hemos sobrevivido al peor día de nuestra vida y soportado el más espeluznante argumento que el mundo podía inventar para nosotros. Será un error. Pero todo empieza con la grácil pirueta que mi hermana describe para sus hermanos. Comienza con un instante de ingenua belleza.

Dentro de tres horas vamos a disputar el primer encuentro de la temporada de fútbol y vuelve a ser septiembre en la isla de Melrose.

Mi padre fue el primero en establecer una relación entre los Tigres de Colleton y el tigre de Bengala que todas las noches rugía al lado de la casa, y alquiló el animal al Club de Hinchas de la escuela a razón de diez dólares por partido, una menguada suma que apenas cubría el precio de los cuellos de pollo que César devoraba, en una semana. Este trato, no obstante, le dio a mi padre la idea de que podía convertir a César en un negocio.

—¿Qué os parece, chicos? —preguntó antes de que saliéramos hacia el campo—. Podría alquilar a César para fiestas de cumpleaños, o para fiestas de Halloween.

—Podría sacar fotos de César comiendo un pedazo de pastel de aniversario, o de un niño cabalgando sobre César en el día de su cumpleaños. Podríamos hacerle una silla de montar.

—César no come pastel —objetó Luke.

—Pero sí que le gustan los niños. Podríamos tomar fotos de César comiéndose a un niño en el último cumpleaños de su vida. Luego, podríamos tomar fotos de la madre histérica intentado arrancar a su único hijo de las garras del tigre. Y luego podríamos tomar fotos de César devorando a la madre —propuse.

—Lo mejor que podríamos hacer sería darle a César una muerte dulce —intervino mi madre. Todo lo que tenía que ver con César la irritaba—. Apenas podemos mantener unos peces de colores, así que mucho menos un tigre.

—¡Ja! César cobra del Club de Hinchas diez dólares por partido, ¿no es verdad? Seis partidos en casa a diez dólares cada uno hacen sesenta dólares extra, completamente limpios. Súmale los veinticinco dólares que me pagan por filmar el partido y ya empieza a ser una bonita cantidad.

—¿Por qué no montas tú en César, papá? —le sugerí.

—Yo soy el hombre de las ideas —respondió papá, ofendido por mi proposición—. Además, le rompería la espalda al pobre animal. No tengo una complexión de *jockey*, precisamente. Pensándolo bien, en esta familia es Savannah la que menos pesa.

—Olvídalo, papá —dijo Savannah—. Que lo monte Tom. Yo ya montaré en el elefante.

—¿Qué elefante? —quiso saber mi madre.

—Estoy segura de que papá no tardará en comprar un elefante —explicó Savannah—. Ya sabes, para recoger fondos para los republicanos y cosas así.

—Sigo pensando que deberíamos darle una inyección a César —insistió mi madre—. Es lo más humanitario que podemos hacer.

—No mataremos a César —dijo Luke.

—Pensaré en alguna otra cosa —prometió mi padre; el negocio de los cumpleaños no es muy buena idea. Bueno, ya es hora de ir al partido. Voy a enganchar la jaula de César a la furgoneta.



—Yo iré con los chicos —anunció mi madre.

—¿Por qué?

—Porque aún me queda un poco de dignidad. No pienso ir a todos los partidos llevando un tigre a remolque. Ya se ríen bastante de nosotros tal y como están las cosas.

—Es sólo para reforzar el espíritu de la escuela, Lila —alegó mi padre—. Es para ayudar a los chicos a ganar a North Charleston.

—¿Te acuerdas del partido que jugamos contra ellos cuando estábamos en primer año, Tom? —inquirió Luke.

—¿Que si me acuerdo? —respondí—. Nos dieron una paliza de setenta y dos a cero.

—Cuando estaba a punto de acabar el partido, su banda comenzó a tocar «El vals de Tennessee» y todos sus jugadores se pusieron a bailar el vals mientras nosotros nos agrupábamos para planear la jugada.

—¿Preparado, capitán? —pregunté.

—Preparado, capitán —contestó—. Esta vez quiero ser yo quien baile el vals al terminar el partido.

—Y yo os animaré hasta que se me caiga el trasero, muchachos —prometió Savannah, descargando un puñetazo sobre el hombro de Luke—, según corresponde al papel subordinado que se concede a las mujeres en todo el mundo.

Los cuarenta componentes del equipo, totalmente equipados, recorrimos el largo pasillo que conducía de los vestuarios a la sala de conferencias. Los tacos de nuestro calzado resbalaban en el cemento, resonando como una estampida de bisontes sobre una llanura de pedernal. Bombillas suspendidas iluminaban nuestras camisetas blancas; en las paredes danzaban las enormes sombras que aquella extraña luz proyectaba mientras avanzábamos con el sobrehumano y ultraterrenal disfraz de nuestro violento deporte.

Entramos en la sala de conferencias y nos acomodamos, sin darnos prisa, en las sillas plegables. En el exterior se oía el zumbido de la multitud en el prolongado crepúsculo. La banda entonaba un popurrí de canciones militares. Luego, oímos rugir a César y dirigidos por Luke, devolvimos el rugido. Entonces comenzó a hablar el entrenador.

—Esta noche voy a averiguar y toda la ciudad va a averiguar, quiénes son mis pegadores. Hasta ahora, lo único que habéis demostrado es que sabéis poner las protecciones e invitar a las chicas al baile de después del partido, pero no sabré si sois pegadores o no hasta que os haya visto en acción. Y quiero decir auténticos pegadores. Un auténtico pegador es un cazador de cabezas que hunde la suya en el pecho del oponente y no queda contento si su oponente todavía respira después del partido. Un auténtico pegador no sabe lo que es el miedo, excepto cuando lo ve reflejado en los ojos del contrario que lleva la pelota en el momento en que va a partirlo en dos. Un auténtico pegador adora el dolor, adora los gritos, el sudor, la

pelea y el odio hacia la vida que se siente en las trincheras. Le gusta estar en el sitio en que fluye la sangre y los dientes saltan por el aire. De eso se trata el deporte, hombres. Es la guerra, pura y simple. Esta noche quiero que salgáis al campo a patear todo lo que veáis. Si algo se mueve, le pegáis. Si algo respira, le pegáis. Y si algo tiene tetas, os lo folláis.

Se oyeron algunas risas en la sala, pero no muchas. Era el cuarto año consecutivo que el entrenador Sams pronunciaba exactamente la misma arenga, e incluso el obligado chiste era el mismo. Siempre hablaba del fútbol como si se hallara en las últimas e histéricas fases de la rabia.

—Ahora, ¿tengo aquí algunos pegadores? —aulló, con las venas palpitándole en las sienes.

—Sí, señor —aullamos nosotros.

—¿Tengo algunos jodidos pegadores?

—Sí, señor.

—¿Tengo algunos malditos cazadores de cabezas?

—Sí, señor.

—¿Voy a ver sangre esta noche?

—Sí, señor.

—¿Voy a ver sus tripas colgando de vuestros cascos?

—Sí, señor.

—¿Voy a oír el chasquido de sus huesos al romperse?

—Sí, señor —gritamos los alegres pegadores.

—Vamos a rezar —dijo él. Comenzó a recitar el Padrenuestro, seguido por todo el equipo.

Al terminar, cedió el campo a Luke y abandonó la sala para esperarnos afuera.

Luke se puso en pie y paseó la vista por la sala. Las protecciones le hacían parecer enorme. Con sus casi ciento diez kilos de peso, Luke era uno de los hombres más corpulentos del condado de Colleton, y sin duda alguna el más sereno y con su tranquilidad nos serenó.

—Quiero decir a los nuevos del equipo —comenzó— que no deben preocuparse demasiado por el entrenador Sams. Le gusta usar ese lenguaje, pero no hay que tomárselo todo al pie de la letra. Y se le ha olvidado decirnos algo, se le ha olvidado decirnos algo a todos: la única razón por la que practicamos este deporte es para divertirnos. Eso es todo lo que hay. Salimos al campo a pasar un buen rato, a bloquear y a atajar y a correr lo mejor que podamos, y a trabajar en equipo. Quiero hablaros sobre un punto muy concreto del equipo. Es algo de que habríamos tenido que hablar desde que comenzó la temporada. Tenemos que hablar de Benji.

Hubo un leve murmullo de descontento y todos los presentes volvieron la cabeza buscando al muchacho negro. Benji estaba sentado aparte, en la última silla de la sala, y sostuvo las miradas de sus compañeros de equipo con la misma dignidad muda y resuelta con que recorría los pasillos de la escuela. Contempló a Luke con aire

impasible.

—Ninguno de nosotros quería que Benji viniera a nuestra escuela, pero lo hizo. Tampoco queríamos que se presentara para el equipo, pero lo hizo. En los entrenamientos, hemos ido por él de todas las formas posibles. Nos hemos lanzado en bloque contra él, le hemos pegado, hemos intentado hacerle daño... Hemos hecho todo lo posible para que renunciara a la idea. Yo también lo he hecho. Pero él lo ha aguantado todo, y ahora, Benji, quiero decirte que eres miembro de este equipo y que estoy orgulloso de que formes parte de él. Creo que es un equipo mucho mejor de lo que sería si tú no estuvieras, y estoy dispuesto a pelearme con cualquiera de los aquí presentes que opine de otro modo. Benji, ven aquí y siéntate en la primera fila.

Benji vaciló, y oí respirar de nuevo a la sala. Finalmente, se levantó y recorrió el pasillo central con los ojos de todos los muchachos clavados en él, sin apartar la vista de Luke.

—Bien. Esta noche, North Charleston va a ir por Benji. Van a llamarte negrata y todo lo que se les ocurra Benji, y nosotros no podemos hacer nada para impedirlo. Pero quiero que todos vosotros sepáis que cuando crucemos esa puerta Benji no será ningún negrata. Benji es un compañero de equipo, y para mí no hay expresión más hermosa que «compañero de equipo». Benji no es un negrata, ni lo será durante el resto, del curso. Es un tigre de Colleton, como todos nosotros. Y si ellos van por él, nosotros iremos por ellos. Así es como veo yo las cosas. Y Benji, espero que todo esto no te haya resultado embarazoso, pero creo que había que decirlo. Tenía que salir tarde o temprano. ¿Hay alguien que no esté de acuerdo conmigo?

Se oyó el ruido de la banda, la muchedumbre, el golpeteo nervioso de las botas sobre el suelo, pero ninguna voz discordante.

—Tom, ¿tienes algo que decirle al equipo? Me puse en pie, me volví hacia mis compañeros de equipo, y excitado y sin resuello exclamé:

—¡Salgamos a ganar!

Siempre llevo conmigo los recuerdos de mi época de deportista y de aquellas noches exultantes, que cambiaron toda mi vida, en las que salía a los delineados campos y medía mi vigor, mi velocidad y mi carácter con los de otros muchachos. Vivía para los aplausos y elogios de las muchedumbres congregadas, la estimulante música de las bandas, las cabriolas de las animadoras taconeando al ritmo de los tambores y entonando las apremiantes trivialidades del deporte con una mezcla de erotismo y religiosa convicción. La visión de los jugadores del equipo rival, con sus cascos negros y su grave expresión, me hizo sentir un deleitoso estremecimiento de placer en la columna vertebral. Escuché las alegres cadencias de su vigoroso calentamiento con la intensidad de un ciego vuelto hacia un alféizar lleno de pájaros. «Partidos, partidos, partidos», canté mientras mi hermano y yo dirigíamos los ejercicios gimnásticos del equipo. Sobre aquel verde campo de Colleton debía saborear la inmortalidad por primera y última vez en mi vida. Olía en el aire el salitre del río, el picante dejo de aquella extensión interminable de familiares mareas

sazonadas con una insinuación de las cosechas que maduraban en las islas costeras. Mis sentidos se intensificaron, se inflamaron, y me encontré plenamente vivo, como un ser no del todo humano contemplando los ojos de Dios durante el primer día del Edén. Por mis arterias sentía correr el aliento de Dios como si fuera luz. Grité, exhorté a mis camaradas y celebré la esbelta y afinada grandeza de ser un muchacho, bien dotado para el juego que había elegido, hasta que el silbato del árbitro cortó el aire y Luke y yo nos dirigimos al centro del terreno para el lanzamiento de la moneda. El árbitro lanzó un dólar de plata hacia lo alto. Luke pidió «cara», y cara salió. Elegimos recibir.

Aquella noche alcé mi puño en un ademán de concordancia con Benji Washington, cuando él y yo nos situamos en nuestras posiciones de zagueros y esperamos el puntapié con que los Diablos Azules de North Charleston iniciarían el encuentro. Vi a su pateador acercarse al balón; vi a su equipo dispersarse y fluir; vi la pelota girando a gran altura, entre las luces de los focos, y oí mi voz que gritaba:

—¡Tuya, Benji!

Benji atrapó el balón en la zona terminal y emprendió una veloz carrera hasta la línea de treinta y cinco yardas antes de ser golpeado —y golpeado con fuerza— por dos jugadores de North Charleston. Al instante desapareció bajo un montón de camisetas azules. El equipo de North Charleston, desquiciado, frenético, descontrolado, se levantó de un salto y comenzó a increpar a Benji. Quinientos seguidores del North Charleston se habían desplazado hacia el sur para presenciar el partido, y en las gradas de los visitantes se alzó un coro unánime: «Negrata, negrata, negrata».

—¡Vamos a matarte, negrata! —gritó su marcador, el número veintiocho, levantándose lentamente del suelo.

Todo su equipo corrió a congregarse en torno a Benji y lo siguió casi hasta el corro formando una violenta y maldiciente manada.

—¡Negrata! ¡Negrata! ¡Negrata de mierda! —le chillaban.

Seguían chillando cuando congregué al equipo para la primera jugada de la temporada. Mis compañeros estaban atribulados. Benji se encontraba conmocionado.

Mientras nos alineábamos, los jugadores que componían la línea del North Charleston bajaron uno tras otro, gritando: «¡Muerte al negrata!». Al agacharme en el centro, su marcador me aulló:

—¡Envíame a ese bicho asqueroso! Me enderecé, le apunté con el dedo y lleno de afabilidad, grité a mi vez:

—¡Jódete, chupapollas!

Sonó el silbato y el juez de línea principal nos castigó con una penalización de quince yardas por conducta antideportiva. El hombre pronunció las palabras conducta antideportiva con un arrastrado acento nasal digno de un miembro del Ku Klux Klan jubilado. No íbamos a encontrar ningún juez del Tribunal Supremo entre los árbitros de la Carolina rural.

—Oiga, árbitro —le dije, ¿por qué no impide que sigan gritándole al número cuarenta y cuatro?

—No he oído que le gritaran a nadie. En ese caso, tampoco me habrá oído a mí, decirle «jódete, chupapollas» a ese zaguero con cara de imbécil.

El silbato sonó por segunda vez y el árbitro nos descontó la mitad de la distancia hasta la línea de gol. De momento, mi habilidad como *quarterback* nos había hecho perder veinticinco yardas, y todavía no había recibido ningún tiro desde el centro.

—Cierra el pico y juega a fútbol —me ordenó el árbitro.

¡Ven si te atreves, negrata! —siguió gritando su marcador—. ¡Voy a machacarte los huevos, negrata! ¡Voy a matar a un negrata esta noche! ¡Hoy comeremos, carne de negrata!

La muchedumbre de North Charleston mantenía su grito de «negrata», cada vez con mayor intensidad. Los seguidores del Colleton permanecían silenciosos y vigilantes. Vi a los padres de Benji sentados a solas en lo alto del graderío. El rostro de su madre estaba vuelto hacia un lado, pero su padre lo miraba todo con estoicismo. Supe entonces de dónde procedía el regio e impasible porte de Benji.

Pedí tiempo muerto. Mis compañeros se apiñaron en el corro como esos perros miserables que se ven en los vertederos del condado alimentándose de basuras. En mi papel de defensa comprendí que mi equipo aún no había cuajado. Su letargo se correspondía con mi creciente furor. Habría querido comerme un poste de la portería o machacar sus rostros. En un extremo del campo, junto al circuito que bordeaba el terreno de juego, vi la jaula en que dormía César, amablemente ajeno a la malevolencia del lenguaje.

Me arrodillé y dirigí la palabra al equipo.

—Muy bien, muchachos. Soy yo, el *quarterback*. El jodido chico de oro. El viejo Tom Wingo va a daros una charla.

—¡Negrata! ¡Negrata! ¡Negrata! —El grito resonaba en las paredes de la escuela mientras los ciudadanos de Colleton contemplaban el espectáculo en un sobrecogedor silencio.

—Ahora, quiero que os dejéis ir un poco. Ya sé que esto es duro para ti, Benji. Es duro para todos. Asusta. Pero antes de demostrarles que eres el hijo de puta de culo negro más veloz que hay en el mundo, quiero dejar resuelto un asuntillo. Muchachos, estáis todos como muertos. Quiero ver un poco de vida. Venga, quiero oíros gritar.

El equipo emitió un débil grito de combate, totalmente inaceptable.

—Luke —proseguí, sujetando a mi inmenso hermano por las hombreras y dándole una palmada en un costado de su casco—. Luke, haz rugir a César.

—¿Qué?

—¡Que haga rugir a César! —repetí.

Luke abandonó el corro, avanzando hacia el equipo de North Charleston, y contempló la jaula, situada en una zona oscura. Llegó casi hasta la línea de choque, mirando hacia el extremo del campo, y sobre los alaridos de la multitud le gritó al

tigre de la familia Wingo, que harto de fútbol y de luces, se había echado a dormir entre espinas de pescado y cuellos de pollo hasta ser despertado por la tensa y potente voz del ser humano al que más quería.

—¡Ruge, César, ruge!

César se acercó a los barrotes de su jaula, no como un animal regalón, no como un juguete ni una mascota, sino como un tigre de Bengala, y saludó con un rugido de afirmación y lealtad al *tackle* derecho más corpulento del estado.

Luke le respondió con otro rugido, afectuoso y humano.

César volvió a rugir, y el sonido cruzó el terreno de juego como un aeroplano, sofocando el insignificante clamor de «negrata» e imponiéndose a la voz de la multitud. El sonido cruzó la línea de las cincuenta yardas, invadió nuestros oídos, atravesó el aparcamiento y chocó contra la pared de ladrillos del gimnasio, que nos devolvió su eco como si a nuestras espaldas hubiera nacido otro gran felino. César respondió a su propio eco mientras yo urgía a mis compañeros de equipo:

—¡Contestad ahora, gallinas, mierdosos, gilipollas! ¡Contestad a César!

Al unísono, mis compañeros le rugieron al tigre como si ellos mismos fueran tigres. Rugieron una y otra vez, y César, que no era ningún novato en el mundo de los focos y el espectáculo, que había nacido para actuar y conservaba su instinto para la arena del circo, respondió con aquella majestuosa voz feroz nacida de entre el vaho de las selvas de la India. César, cuyos padres despertaban tribus hindúes por la noche y hacían bullir la adrenalina de los elefantes, hizo llegar su mensaje al alma de mi equipo. Y entonces el público de Colleton se inflamó, recordando el espíritu del juego, y el tigre se infiltró entre sus filas y el campo tembló con su común rugido. Corrí hacia la línea de banda y a gritos, le pedí al señor Chappel, el director de la banda, que tocara «Dixie». Cuando la banda atacó los primeros compases, César se volvió loco. Vi a los jugadores de North Charleston observar fijamente al tigre de Bengala, que gruñía enfurecido y se apretaba contra los barrotes de su jaula, agitando furiosamente las zarpas con las garras completamente extendidas: verdaderamente, era todo un estudio sobre los extremos del salvajismo. Luke, irritado, vino hacia mí a paso de carga.

—¿Por qué has hecho esto, Tom? —preguntó—. Ya sabes que esta canción enloquece a César.

—Está buscando a esas condenadas focas —asentí, lleno de orgullo—. Disfruta del momento, Luke. Es el tiempo muerto más impresionante de la historia del fútbol.

Avancé hacia el equipo de North Charleston, cuyos miembros parecían hipnotizados. Sus seguidores, abrumados, habían enmudecido gradualmente.

—¡Eh, chicos! —aullé sobre la ensordecedora estridencia—. ¡Si volvéis a cabrearme, haré que suelten a ese tigre en el campo!

El árbitro tocó su silbato y nos impuso una penalización por retrasar el partido.

Entonces volvimos a formar corro y advertí que acababa de ocurrir algo mágico. En los ojos de mis compañeros vi el resplandor sagrado de la unidad, de la

solidaridad, de la fraternidad, que es lo más glorioso que puede ofrecer el reino del deporte. Es algo que vive en el corazón, Pero que se segrega por los ojos. Vi crearse esta unión, vi formarse el equipo.

Los gritos de «negrata» Y los rugidos nos envolvían. Comencé:

—La primera jugada ofensiva de los Tigres de Colleton en esta temporada va a ser la siguiente: salgo disparado, pero nadie bloquea a los que vengan a por mí. Mientras esos capullos se dedican a zurrarme el trasero y quiero que todos los miembros de este equipo excepto Benji se lancen contra ese asqueroso marcador. Yo me limitaré a correr un rato por el campo para daros tiempo a machacarlo.

—¡Negrata! ¡Negrata! —gritaba parte de la multitud. Cuando recibí el lanzamiento, inicié una breve y poco elegante carrera en dirección a una pequeña abertura hacia la banda izquierda, carrera bruscamente cortada por doscientos cincuenta kilos de cuero y carne juvenil que cayeron sobre mí al mismo tiempo y me derribaron al suelo aplastándome la cara contra la hierba y la cal de nuestra propia línea de cinco yardas. Sonó el silbato, y al levantarme vi a su marcador tendido de espaldas, agarrándose la cabeza con una mano y una rodilla con la otra. Nuestro equipo fue penalizado con otras quince yardas por dureza innecesaria, y el árbitro señaló la mitad de la distancia a la línea de gol. Yo había sido el astuto responsable de este retroceso, que nos dejaba treinta y dos yardas por detrás de nuestra línea de choque original, pero me sentía plenamente satisfecho viendo cómo retiraban del campo a su marcador, sangrando, como Luke observó alegremente, por todos los orificios de su cuerpo.

—El negrata lo pagará muy caro —amenazó uno de sus jugadores.

En nuestro corro, me arrodillé y exclamé:

—¡Buenos chicos! ¡Buenos chicos! Me gusta que hagáis caso al tío Tom. Ahora, en la próxima jugada, vamos a tratar de conseguir un *touchdown*.

—Ahí es donde entra Benji —graznó Luke.

—Aún no —dije yo—. El gran estratega todavía no piensa utilizar a Benji. Pero él será el cebo. Te enviaré directamente por el centro del campo, Benji. Les diré que vas a llevar tú el balón y les enseñaré el agujero por donde vas a colarte.

—¡Jesús! —exclamó Benji.

—Es una estupidez, Tom —alegó Luke.

—Pero no te daré el balón. Lo pasaré yo a escondidas por la banda izquierda. Necesitaré algunos bloqueadores en el fondo del campo. Ahora de pie. Todos a sus puestos.

Me acerqué a la línea, y antes de poner mis manos bajo el fragante trasero de Milledge Morris, me volví nuevamente hacia aquel monótono clamor de «negrata». Dirigiéndome a todo el equipo de North Charleston, les grité:

—¿Queréis al negrata? Pues os lo voy a mandar por ese agujero de ahí. —Señalé una zona entre el centro y la banda izquierda—. Y ninguno de vosotros tiene cojones para detenerlo.

Vi a un central y varios zagueros moviéndose unos pasos hacia el agujero que había señalado, mientras la familiar cadencia brotaba de mis labios:

—Dispuestos, catorce, treinta y cinco, dos. Salí sujetando el balón cerca del suelo y oí el entrecascar de los cascos y protecciones de los delanteros que se abrían a mis espaldas. Me agazapé y le incrusté a Benji el balón en el estómago cuando pasó a toda velocidad junto a mí; inmediatamente lo retiré con disimulo y vi a Benji correr hacia el agujero, abalanzándose hacia los brazos del Sur blanco.

Con el balón en la cadera, volví la vista atrás e hice ver que iba a detenerme para contemplar el montón de camisetas azules que habían derribado a Benji. Entonces llegué a la esquina y me lancé a todo correr siguiendo la línea de la banda y pasando ante los seguidores del North Charleston, que de pronto recordaron que en el equipo de Colleton también había jugadores blancos. En la línea de veinte, Luke se situó a mi lado y ambos seguimos corriendo con un ojo puesto sobre un defensa que tenía el don de no creer a los mentirosos. Se lanzó para interceptarme junto a la banda y yo hice un amago hacia la derecha, como si fuera a cambiar la dirección de la carrera. El defensa redujo un poco su velocidad y se enderezó, pero Luke casi lo mata con un bloqueo cruzado que lo aplastó sobre el terreno. Yo salté por encima de sus cuerpos tendidos sin cambiar siquiera de paso y salí a una zona despejada en nuestra propia línea de veinticinco yardas.

Conservo la película del partido que filmó mi padre y he contemplado un centenar de veces mi carrera de noventa y siete yardas a lo largo de la banda, y volveré a contemplarla otras cien veces antes de morir. Miro el muchacho que era yo en otro tiempo y me maravillo de su velocidad cada vez que observo su avance en las desdibujadas e irreales imágenes de la película, mientras me paso la mano por mi raleante cabellera. Trato de recobrar aquellos instantes en que corría hacia la zona terminal, penetrando en mi propio territorio, vanamente perseguido por frenéticos muchachos con camiseta azul. La multitud se apoderó de mí en la línea de cincuenta yardas; sentí en mis piernas aquellas voces humanas que en un zumbido de ensueño, me urgían a avanzar más deprisa, a alcanzar los más altos umbrales de éxtasis de aquellos días como corredor. Corría como un muchacho de Colleton que acababa de poner en pie a sus conciudadanos, y no hay nada en la tierra más feliz que un muchacho que corre, nada tan inocente e intacto. Yo era joven y dotado, y nada podía alcanzarme mientras aceleraba a lo largo de la banda, seguido por un árbitro al que dejé en el polvo. Ágil y deslumbrante, corrí bajo las luces pasando ante los ojos de mi padre, que gritaba y observaba mi avance a través de un visor de cristal; pasando ante mi hermana gemela, que saltaba y se contorsionaba junto a la banda, valorando el instante porque ella me valoraba a mí; pasando ante mi madre, cuya belleza no lograba ocultar su vergüenza por ser quien era y proceder de donde procedía. Pero en aquel momento —mítico y elegíaco— era la madre de Tom Wingo, la que había entregado al mundo, como un regalo, aquellas piernas y aquella velocidad. Crucé la línea de cuarenta y al cabo de un segundo, la de treinta, dejando atrás mi vida de



adolescente en mi carrera hacia la zona terminal. Pero cuando vuelvo a contemplar esta película, a menudo pienso que el adolescente no sabía hacia dónde estaba corriendo en realidad, que no era la zona terminal lo que estaba esperándole. En algún punto de aquella carrera de diez segundos, el muchacho se había convertido en una metáfora, y el adulto era capaz de verlo allí donde el adolescente no lo había visto. Sería bueno corriendo, siempre lo sería, y siempre correría para huir de las cosas que le afectaban, de la gente que amaba y de los amigos con poder para salvarlo. Pero ¿hacia dónde corremos cuando no hay público, ni luces, ni zona terminal? ¿Hacia dónde puede correr un hombre? se preguntaba el entrenador al examinar las películas de su propia juventud. ¿Hacia dónde puede correr un hombre cuando ya ha perdido la excusa del juego? ¿Hacia dónde puede correr y dónde puede ocultarse cuando vuelve la vista atrás y advierte que sólo está siendo perseguido por él mismo?

Llegué a la zona terminal y arrojé el balón al aire, a quince metros de altura. Me tiré por el suelo y besé la hierba. Luego, corrí a la jaula de César y golpeé los barrotes.

—¡Vitorea, amarillo hijo de perra! —le grité. Imperialmente, el tigre me ignoró.

Entonces Luke me estrechó entre sus brazos, me levantó en vilo y me hizo girar una y otra vez. Luke y yo pudimos al fin valsear.

Pusimos el balón en juego de una patada, y por la forma en que cayó nuestro equipo sobre el que llevaba la pelota comprendí que aquella era nuestra noche. En la primera jugada de los contrarios desde la línea de choque, Luke cargó contra su defensa como un ariete y le hizo retroceder cinco yardas antes de caer sobre la hierba. Cuando intentaron penetrar a la fuerza por un extremo, todo el lado derecho de la línea se lanzó a atajar. Luke devastador, les hizo perder siete yardas en el tercer fuera de juego. Todo nuestro equipo estaba inflamado, y tras cada jugada nos dábamos palmadas en los cascos y las hombreras y nos abrazábamos con entusiasmo, y alentábamos con nuestros gritos al delantero que daba el primer golpe. En aquel campo había un titánico e insaciable fuego; una sensación de reconocimiento, de logro, de destino.

El pateador lanzó un tiro de cincuenta yardas que salió de los límites más allá de la línea de cincuenta.

Entonces decidí dejar suelto a Benji. Mientras yo marcaba un *touchdown*, Benji se encontraba en el fondo del montón, donde le metían dedos en los ojos, le mordían las piernas y provocaban su enojo.

—Benji, vamos a demostrarles a estos pobres idiotas las ventajas del caso Brown contra el Consejo de Educación. Atajar abertura derecha en cuatro. A vuestros puestos.

Siempre sentía un poco de lástima por el chico al que le tocaba jugar frente a Luke. Al principio del partido era un simpático muchacho, fornido y saludable, y al terminar quedaba convertido en parapléjico durante por lo menos veinticuatro horas.

Considerando el notable tamaño de Luke y su gracia de movimientos, no parecía casual que hubiera descubierto una afinidad natural hacia los tigres.

Cuando avancé hacia la línea, el término *negrata* había desaparecido temporalmente del vocabulario de los Diablos Azules de North Charleston.

Entregué el balón a Benji Washington. Fue la primera vez que un chico blanco le pasaba el balón a uno negro en mi parte del mundo. Benji superó al *tackle* que tenía enfrente (Luke había hecho algo equivalente a comérselo vivo), esquivó a un defensa que se había lanzado hacia él, dejó atrás al extremo que intentaba retenerlo por el brazo, con una serie de impresionantes movimientos llenos de velocidad e inteligencia entró en el terreno contrario —culebreante, frenético, intocable— y cambió de pronto el sentido de su avance, invirtiendo el rumbo. Luego, sorteando al defensa derecho junto a la línea de banda, con un alarde de fuerza, compitió con todo el equipo de North Charleston en una carrera hacia su zona terminal. Tres jugadores intentaron derribarlo arrojándose a sus pies, pero los tres juzgaron erróneamente su velocidad. Mientras los demás, los muchachos de pies más lentos, le seguíamos hacia la línea de gol, Benji marcó nuestro segundo touchdown en menos de dos minutos. Percibí la ambivalencia del público de Colleton: durante unos instantes, no hubo más que un asombrado aplauso de cortesía. Aquél era un público blanco, sureño hasta la medula e impregnado de las inhumanas tradiciones de nuestro tiempo, y algo en ellos deseaba el fracaso de Benji aunque eso supusiera el fracaso de todo el equipo. Seguramente, algunos de ellos hubieran deseado incluso ver morir a Benji. Pero en algún momento de aquella carrera de siete segundos, la resistencia a la integración racial disminuyó un poquitín en Colleton. Y aquella noche, cada vez que Benji cogía el balón, el intenso amor que los sureños sienten por el deporte se impuso a la dolorosa historia que había hecho llegar a nuestro campo al ser humano más veloz del Sur norteamericano.

Cuando el equipo rodeó a Benji, apabullándolo con sus palmadas y achuchones, éste se volvió hacia Luke y observó:

—¡Dios mío! ¡Qué lentos son estos blancos!

¡Qué va! —replicó Luke—. Lo que pasa es que tenías demasiado miedo de que te cogieran.

Aquella noche aprendí qué con Benji Washington sobre el terreno yo era mucho mejor defensa de lo que jamás había sido. En el curso de aquel partido, lo envié treinta veces a cruzar la línea o a rodear sus extremos. Le vi romper el centro cinco veces, superar a los extremos veinticinco veces, esquivar a un atajador once veces. En la tercera parte, eché a correr hacia mi derecha en una jugada alternativa y fingí un pase lateral a Benji para desprenderme del extremo contrario, que se alejó excesivamente de mí. Al instante, salí disparado por el agujero, saltando sobre su atajador izquierdo, y avancé en ángulo hacia la banda hasta ser derribado por un defensa central. Mientras caía al suelo lancé el balón hacia Benji, quien lo atrapó al vuelo y, en una auténtica apoteosis de velocidad, recorrió ochenta yardas junto a la

línea de banda sin ser tocado por manos humanas.

En la cuarta parte, el equipo de North Charleston se rehizo y consiguió dos *touchdowns*, pero fueron tantos difíciles de lograr y furiosamente disputados. En ambas ocasiones marcaron tras una larga y agotadora marcha a través del campo, y en ambas ocasiones su zaguero logró atravesar la línea de una yarda tras ser rechazado en dos intentos previos. Con el reloj a punto de dar por finalizado el encuentro y un tanteo de 42-14 a nuestro favor, nuestra banda empezó a tocar «El vals de Tennessee», y cuando el equipo de North Charleston se arracimó para formar corro nos encontró bailando en la línea de choque, casco contra casco, mientras el público coreaba la letra desde las gradas.

Entonces sonó el silbato, señalando el fin del partido, y nuestra ciudad se derramó sobre nosotros. La multitud invadió el terreno de juego, y regresamos a los vestuarios apretujados y manoseados por un millar de estudiantes y seguidores. Savannah vino a mi encuentro y me besó en los labios, riéndose al ver que me ruborizaba. Luke cayó sobre mí por la espalda y me derribó sobre la hierba. Tres delanteros de North Charleston se abrieron paso entre el gentío y estrecharon la mano de Benji. Su defensa central se disculpó por haberle llamado negrata. César comenzó a rugir de nuevo, y fue imitado por la multitud. Mi padre lo filmaba todo. Mi madre saltó a los brazos de Luke, y éste la cargó como una novia hasta los vestuarios, mientras ella, rodeándole el cuello con sus brazos, no cesaba de decirle lo orgullosa que se sentía y lo magnífico que había estado él en el campo.

Ya en los vestuarios, los miembros del equipo arrojaron al entrenador Sams a la ducha completamente vestido. Oscar Woodhead y Chuck Richards alzaron a Benji en hombros y lo llevaron, casi con reverencia, hasta debajo de la ducha, donde fue bautizado en las aguas rituales de la victoria. También Luke y yo fuimos llevados en hombros. Finalmente, todo el equipo quedó empapado y chorreando sobre las baldosas, en un éxtasis triunfante, mientras los fotógrafos de prensa utilizaban repetidamente sus cámaras y nuestros padres encendían cigarrillos y comentaban el partido ante la puerta de los vestuarios.

Después de ducharme, me senté junto a mi hermano en el largo banco de madera y comencé a vestirme sin la menor prisa, sintiendo despertar en mi cuerpo el dulce dolor posterior al partido como una droga de acción retardada. Me enfundé en el polo y me costó un poco levantar el brazo izquierdo hasta el botón del cuello. Mis compañeros de equipo estaban poniéndose sus trajes, y todo el vestuario estaba impregnado con los aromas del vapor, del sudor y de la loción para después del afeitado. Jeff Galloway, el extremo izquierdo, se acercó a mí sin dejar de peinar hacia atrás sus oscuros cabellos.

—¿Piensas ir al baile, Tom? —Inquirió.

—Seguramente nos dejaremos caer por allí un ratito —asentí.

—No irás vestido de esta forma, ¿verdad? —preguntó, contemplando mi polo.

—No, mi verdadera ropa está colgada en la jaula de César, Jeff —repliqué—.

Pues claro que iré con esta ropa.

—Vosotros dos tenéis el peor gusto que he visto nunca. ¿Por qué no os espabiláis un poco y os compráis un par de camisas Gant? Sois los únicos de la escuela que no llevan Weejuns. ¡Pero, hombre! ¡Todo el equipo tiene Weejuns!

—A mí no me gustan los Weejuns —dijo Luke.

—No, apuesto a que te gustan más esas zarrapastrosas zapatillas de tenis —exclamó, riéndose, mientras yo me anudaba los cordones—. ¿Qué marca de polo llevas, Tom?

Le dio la vuelta al cuello y leyó la etiqueta.

—Belk's. —Emitió un bufido de incredulidad—. Un polo Belk's. Dios mío. Es vergonzoso. Os voy a proponer a la elección del estudiante mejor vestido. Hace dos semanas que llevas estos mismos pantalones caqui, Tom.

—No es verdad —protesté—. Tengo dos pares iguales. Los voy cambiando.

—Lamentable. Sencillamente lamentable. No está nada bien, Tom. No da la imagen en absoluto.

—¿No te gusta nuestra ropa, Jeff? —preguntó Luke.

—¿Cómo quieres que me guste? Es evidente que vosotros dos no cuidáis en lo más mínimo vuestra apariencia. Prácticamente todos nos arreglamos después del partido. No sólo jugamos bien a fútbol, sino que imponemos la moda en la escuela. Cuando cruzamos el vestíbulo juntos, todas las chicas y los capullos de la banda se dicen: «Ahí viene el equipo, hombre, ahí viene el jodido equipo. ¡Qué elegantes que van!». ¡Qué caramba! Incluso Benji sabe vestirse, y eso que sólo es...

—Un negrata. —Luke terminó la frase por él—. Ya se ha marchado, no te preocupes. Acaba de hacernos ganar el partido, pero puedes seguir llamándole negrata.

—Benji es de color —se corrigió Jeff—. Es sólo un chico de color que siempre ha sido de color, y en comparación con vosotros dos va vestido como un príncipe. ¡Un polo Belk's! ¡Hombre! Resulta embarazoso que los capitanes del equipo vayan a comprar sus cosas al almacén Belk's.

—¿Dónde compras tú la ropa, Jeff? —quiso saber Luke—. ¿En el jodido Londres de Inglaterra?

—No, hombre. Algunos de los muchachos y yo solernos ir a Charleston y nos pasamos el día comprando en Krawcheck. Tiendas para hombres. Tiendas especializadas, hombre. Berlín y en Krawcheck hay todo lo que se puede comprar en una tienda. No sé cualquiera te lo puede decir que vende de todo, hombre. Mira, en Berlín tienen tantos cinturones de piel de cocodrilo como para montar su propia granja de cocodrilos. Tendrías que venir un día y echar una ojeada a esas tiendas.

—Tenéis que empezar a cultivar vuestro gusto.

—Me alegro de no tener los mismos gustos que tú. No Jeff —dijo Luke, cerrando la puerta de su taquilla—. Ésta es nuestra ropa, conque nadie te pide que te pongas a criticarla.

Esto os lo estoy diciendo en plan de consejo amistoso.

—Oye, todo el día tengo que ver vuestra ropa o sea que tengo derecho a opinar sobre ella —exclamó él—. Ya sabéis que el entrenador Sams ha impuesto como norma de que todos deben llevar chaqueta deportiva los días de partido. ¿No les encantaría la idea de tomar una ducha, ponerse un poco de English Leather y un tener un traje de tres piezas?

—Vamos al baile, a matar a las chicas con nuestros trajes de tres piezas. Éste lo compré en Krawcheck por menos de cien pavos.

—Pues es una mierda —dijo Luke, tomando unos instantes para observar el traje azul claro de Jeff.

—¡Ja! es el mejor traje que tenían por este precio. Pero supongo que esos raídos pantalones caqui son mucho mejores.

—A mí me gustan implantadores de la moda —respondió Luke agriamente.

—Nos veremos en el baile. Aunque, bien pensado, lo más probable es que no me veáis. Estaré rodeado por doscientas chavalas que querrán poner sus manos en mi ropa. De todos modos, habéis jugado un magnífico partido —concluyó, retirándose de los vestuarios.

El baile sería en la cafetería de la escuela. Se oía el conjunto que tocaba *rock and roll*. Cerré la taquilla y la aseguré con mi candado de combinación. Luke hizo lo mismo.

—¿Te apetece ir al baile, Luke?

—¿Y a ti?

—No especialmente.

—A mí tampoco. Y menos ahora, pensando que todo el mundo va a estar mirándome y comentando: «Ahí va ese pobre diablo con su polo Belk's».

—Eso me da lo mismo —dije yo—. Pero no sé bailar.

—Yo tampoco —admitió él. El entrenador Sams asomó la cabeza y nos gritó:

—Apagad ya las luces. Ah, hola, Luke y Tom. Creía que estaríais ya en el baile. Después del partidazo que habéis hecho, es muy posible que quieran violaros.

—Ahora mismo íbamos, entrenador —respondí.

—Oye, ¿y vuestras chaquetas deportivas? —preguntó el entrenador Sams—. Os dije a todos que os vistierais para el baile. Sois mis capitanes, por el amor de Dios.

—Nos hemos olvidado, entrenador —se disculpó Luke—. Estábamos demasiado excitados por el partido.

—Hey, uh —exclamó el entrenador, dándole un puñetazo en el brazo a Luke—. Hey, uh. Vaya partido. Hey, uh.

—Hey, uh —repetimos nosotros.

—Hey, uh. Hey, uh. Hey, uh —insistió él, sonriendo de oreja a oreja—. Hey, uh. Vaya partido.

Salimos con él por la puerta de atrás del vestuario y esperamos a que accionara el interruptor que apagaba las luces del campo. Luke y Yo nos encaminamos hacia la

música.

Cuando intento recordar la voz de mi madre durante mi infancia, siempre se alza en un grave y eufónico lamento a propósito de nuestra situación económica; nuevamente oigo sus himnos y los cantos llanos de su inquebrantable convicción de estar viviendo en la más absoluta pobreza. Por entonces, yo no habría sabido decir si éramos pobres o no. Tampoco sé si mi madre era avarienta o austera. Pero sí sé que habría preferido solicitarle permiso para mamar de su pecho derecho antes que pedirle diez dólares. La cuestión del dinero hacía nacer una mujer nueva en su alma cada vez que se planteaba; también conseguía empequeñecerla ante los ojos de sus hijos. No era porque no lo tuviese; era por cómo nos hacía sentir siempre que se lo pedíamos. Y siempre sospeché que en casa había más del que ella decía. Siempre sentí el temor de que, sencillamente, quisiera más al dinero que a mí. Pero jamás llegué a saberlo con certeza.

La falta de una chaqueta deportiva empezó a obsesionarme. A la mañana siguiente del partido contra North Charleston, acudí a su lado después del desayuno y le pregunté:

—¿Puedo hablar contigo, mamá?

—Claro que sí, Tom —contestó, mientras tendía la colada en el patio de atrás. Empecé a tender la ropa yo también—. Quiero que te sientas en libertad de hablar conmigo siempre que quieras.

—¿Podría encargarme de algún trabajo de la casa?

—Ya tienes asignados los trabajos que te corresponden.

—Quiero decir, para ganar un poco de dinero extra.

—A mí no me paga nadie por trabajar en la casa, Tom —observó—. Piénsalo bien. Si tuviera que cobrar por hacer la limpieza, cocinar y cuidarme de la ropa de todos, no quedaría dinero para comprar comida, ¿no es verdad? Pero nunca se me ocurriría pedir dinero por mi trabajo. Lo hago porque quiero a mi familia.

—Yo también quiero a mi familia —me apresuré a hacer constar.

—Sabes que estamos pasando dificultades, ¿no? —prosiguió en un susurro, en uno de aquellos apartes íntimos, de conspirador, que lo hacían a uno partícipe de los más serios pensamientos de mi madre. Aunque los camarones se están dando bien, la idea de tu padre de comprar la gasolinera y el tigre nos ha dejado en muy mala situación. No me gusta tener que contarte todo esto, porque sé que luego te preocupas mucho por mí, pero lo cierto es que podemos ir a la ruina en cualquier momento. Yo ya intento decírselo a tu padre, pero si no me escucha, ¿qué más puedo hacer?

—Necesito una chaqueta deportiva.

—Eso es ridículo —sentenció, con la boca llena de pinzas de tender—. No necesitas ninguna chaqueta deportiva.

—Sí que la necesito —insistí, sintiéndome como si acabara de pedirle un yate de recreo—. El entrenador Sams quiere que los días de partido llevemos una chaqueta deportiva. Es una regla. Ayer, Luke y yo fuimos los únicos del equipo que no

llevábamos chaqueta deportiva.

—Bueno, pues es una regla ridícula y no vamos a seguirla. Ya sabes lo mal que fue la temporada de pesca el año pasado, Tom. Ya sabes lo mucho que perdió tu padre con su negocio de la gasolinera. Sabes todo eso, y aun así no te importa hacerme sentir mal por tener que negarte una chaqueta. Lo que no sabes es cuántos esfuerzos debo hacer para mantener la familia a flote. No es que no podamos permitirnos una chaqueta deportiva; es una cuestión de prioridades. Si tu padre supiera que me has pedido una chaqueta deportiva en estos momentos, se subiría por las paredes. Me parece muy egoísta por tu parte que te hayas atrevido a pedírmela. Sinceramente, me sorprendes, y puedo decirte que me has decepcionado bastante.

—Todos los demás chicos tienen chaquetas deportivas. Podríamos comprarlas en alguna tienda de ocasiones.

—Tú no eres los demás chicos. Tú eres Tom Wingo, y estás muy por encima de los demás. Puede que los otros chicos vayan mejor vestidos, pero mis hijos son los capitanes del equipo.

—¿Cómo es que Savannah siempre tiene ropa bonita mientras que Luke y yo hemos de vestirnos como si fuéramos a trabajar en el barco?

—Porque Savannah es una chica, y para las chicas es muy importante presentar siempre su mejor aspecto. No me siento en absoluto culpable de hacer sacrificios para que mi hija vaya correctamente vestida. Me sorprende que te sepa mal y que no te des cuenta de por qué es necesario que sea así.

—¿Por qué es necesario? Explícamelo, mamá.

—Si ha de casarse con un joven caballero, tiene que vestir con distinción. Los caballeros de las mejores familias jamás pensarían en cortejar a una chica que no sabe vestirse. La ropa es lo primero que miran los hombres en una mujer. Bueno, quizá no lo primero, pero sí una de las primeras cosas.

—¿Qué es lo primero que miran las chicas en un hombre, mamá?

—La ropa no, desde luego —respondió—. En un hombre, la ropa no tiene importancia hasta que entra en el mundo de los negocios o en un bufete de abogados. Las chicas se fijan en el carácter de un hombre, en sus posibilidades de futuro, en su familia y en su ambición.

—Fue eso lo que tú miraste cuando te casaste con papá.

—Entonces creía que me casaba con un hombre distinto. Era una estúpida y me vendí demasiado barata. No quiero que Savannah cometa el mismo error que yo.

—¿Crees que a las chicas no les importará cómo vaya vestido?

—Claro que no, a no ser que se trate de una chica superficial y sin seso, y a ésas no hay que tenerlas en cuenta.

—Entonces, ¿por qué han de fijarse los hombres en cómo visten las chicas?

—Porque los hombres, por su propia naturaleza, son muy distintos de las mujeres, mucho más superficiales.

—¿De veras crees que eso es cierto, mamá?

—Sé que es cierto. He vivido mucho más que tú.

—¿Me darás algo de dinero para la chaqueta?

—No te daré ni diez centavos. Quiero que aprendas a conseguir las cosas con tu trabajo, las cosas que verdaderamente deseas. Apremiarás mucho más esa chaqueta cuando hayas sudado sangre para obtenerla. Gánate la chaqueta, Tom. Te respetarás a ti mismo mucho más si no lo recibes todo en bandeja de plata.

—Nunca he recibido nada en bandeja de plata.

—Muy cierto, Tom. Y nunca lo recibirás. No de mí, por lo menos. Ya sé que piensas que soy una tacaña.

—Sí que lo pienso, mamá. No puedo evitarlo.

—No me molesta en absoluto, porque sé algo que tú no sabes. Sé que todos los chicos del equipo volverán la vista atrás y ni siquiera se acordarán de qué color era su chaqueta deportiva.

—¿Y qué?

—No conocerán el valor de las cosas. Pero tú, Tom, cuando vuelvas la vista atrás, siempre recordarás la chaqueta deportiva que no tuviste. Podrás verla, tocarla, incluso olerla.

—No te entiendo, mamá.

—Apremiarás mucho más tu chaqueta deportiva cuando por fin la consigas. Y cada vez que te pongas una te acordarás de tu mamá. Siempre recordarás que no quise comprártela, y eso hará que te preguntes por qué.

—Te lo pregunto ahora.

—Estoy enseñándote a atesorar aquello que no puedes obtener, lo que está fuera de tu alcance.

—¿Qué estupidez!

—Puede que sea una estupidez, Tom, pero estoy segura de que tu primera chaqueta deportiva te parecerá maravillosa. Esto te lo prometo.

—Mamá, es la mejor temporada de pesca desde 1956. Tenemos dinero.

—No para comprar chaquetas deportivas, Tom. Estoy ahorrando para el próximo negocio idiota de tu padre. Si no fuera por él, podrías tener todo lo que quisieras. Todos lo tendríamos.



En el apartamento de Savannah, comencé a buscar pistas que pudieran arrojar algo de luz sobre la vida secreta que había llevado antes de abrirse las venas. La ausencia de mi hermana me concedía el suficiente ocio culpable como para establecer la intimidad de un *voyeur* con su existencia cotidiana. Los signos de negligencia constituían por todas partes vívidos recordatorios de su deslizamiento hacia las fronteras interiores de la locura. Hallé correo sin abrir, entre el que figuraba un montón de cartas de mi madre, de mi padre y mías. El abrelatas no funcionaba. Tenía dos frascos de Cayena en el anaquel de la cocina, pero no romero ni mejorana. En el dormitorio encontré un par de zapatillas deportivas Nike que no había usado nunca. No había aspirinas ni dentífrico en el cuarto de baño. Cuando llegué, en la despensa sólo había una lata de atún y el frigorífico llevaba años sin ser descongelado. Savannah, siempre obsesionada con la limpieza, había dejado que se acumulara una capa de polvo en las estanterías. Era el apartamento de alguien que quería morir.

Pero el apartamento guardaba misterios que revelar si yo era bastante paciente para desentrañarlos. Me dispuse a ser paciente y estar atento a cualquier indicio que pudiera aclararme la sintaxis de su locura.

La tarde del domingo de mi sexta semana en Nueva York leí una y otra vez todos los poemas de Savannah, tanto los ya publicados como los que había encontrado en el piso. Los leí en busca de claves, de secretos superpuestos en sus lujuriantes yámbicos. Aunque conocía bien los acontecimientos centrales y los traumas de la vida de mi hermana, tenía la sensación de que me faltaba algún punto esencial de su historia, como si en aquellos tres años de separación hubiese creado una vida desesperada y provisional cuyo acceso me fuera negado.

De niña, Savannah tomó la costumbre de ocultar sus regalos. Jamás aparecían bajo el árbol en la mañana de Navidad, pero ella nos proporcionaba minuciosos mapas que debían ayudarnos a encontrar sus presentes. En cierta ocasión escondió un anillo de ópalo para mi madre, un anillo que había comprado con la ayuda de mi abuela, pero lo escondió demasiado bien en el pantano de aguas negras próximo al centro de la isla. Había colocado el anillo en el nido de un pinzón, rodeándolo de musgo y ramitas en el hueco de un árbol, pero sus instrucciones escritas eran inciertas y confusas, y nunca logró conducir a mi madre hasta aquel nido. Desde entonces, los ópalos siempre hicieron pensar a Savannah en Navidades robadas. Después de perder el anillo, Savannah volvió a ofrecer sus regalos de una forma más tradicional.

Más tarde, Savannah escribió acerca del anillo perdido y lo describió como el regalo perfecto e inmaculado. Un regalo perfecto, según ella, está siempre demasiado bien escondido, pero nunca para el poeta. En lo que debía convertirse en una clave para la comprensión de su pequeño canon de trabajo, denominó a la poetisa «la

amante de los búhos». Cuando la poetisa cerraba sus ojos, las abiertas alas del gran búho cornudo arrojaban una sombra leonada sobre la inmensa floresta verde. El búho retornaba a los nidos olvidados de los pinzones migratorios, penetraba en aquel círculo perfecto en el corazón de los cipreses y encontraba el extraviado ópalo de lechoso color, pintado con los tintes de violetas estrujadas. El búho hembra, con espolones e indomeñable instinto, tomó el anillo en su cruel pico ribeteado con la sangre de atónitos conejos y voló a través de una filigrana de sueños fabulosos, a través de un aire henchido de todas las volutas y perfumes del lenguaje, para entregar la joya perdida a la poetisa, una y otra vez, poema tras poema. Para Savannah, nunca se perdía nada todo lo transformaba en los misteriosos y todo sensuales jardines del lenguaje. Su amor por los juegos se reflejaba en su poesía, que ocultaba sus presentes tras un enrejado de palabras y componía ramilletes con sus pérdidas y pesadillas. En la obra de Savannah no había poemas oscuros, sino únicamente hermosas frutas rodeadas de flores poseedoras del don de hacer que quien las saboreara durmiera para siempre sobre espinas impregnadas de cianuro; aún sus rosas llevaban con ellas sus asesinos. Todos los poemas de Savannah tenían sus adivinanzas, sus falsas pistas, sus fintas y sus rodeos. Jamás manifestaba nada abiertamente; no podía renunciar al hábito vitalicio de ocultar sus regalos. Incluso cuando escribía acerca de su locura la presentaba de un modo atractivo, un infierno contaminado por el paraíso, un desierto sembrado de mangos y frutos del árbol del pan. Era capaz de escribir sobre un sol de mortífera luz y salir triunfante de ello, orgullosa de su bronceado. Su debilidad como poetisa era singular y profunda: podía pasear por el borde de los Alpes, su tierra natal, pero no podía desplegar las alas que la hubieran hecho remontarse hacia las más elevadas corrientes. El anillo le era siempre devuelto cuando hubiera debido anunciar su pérdida. Incluso sus aullidos eran mudos y sofocados hasta el punto de que componían una pálida armonía, como el murmullo del mar aprisionado en una caracola. Ella fingía oír música en esas caracolas, Pero yo sé que no era cierto. Oía lobos, notas negras, madrigales satánicos. Sin embargo, todo ello resultaba muy hermoso cuando lo transcribía con la ayuda de su espectral búho y sus sueños de ópalo. Cantaba a los nenúfares que flotaban, semejantes a las almas de los cisnes, en los estanques de los asilos para lunáticos. Mi hermana se había enamorado de la grandeza de la locura. Sus últimos poemas, que encontré dispersos por su apartamento, en los sitios más secretos, eran obituarios de exquisito encanto. La nostalgia de su propia muerte había vuelto grotesca su obra.

Mientras ocupé su apartamento, me cuidé de pagar el alquiler y las facturas y de recoger el correo. Con ayuda de su vecino, Eddie Detreville, pinté todo el piso de un cálido color tostado, como de lino. Ordené por materias su extensa biblioteca. Hubiera podido ser una biblioteca digna de un bibliófilo, a no ser por su execrable manera de tratar los libros. Muy rara vez abría un libro que ella no hubiera profanado subrayando con bolígrafo los párrafos que le interesaban. En cierta ocasión le había comentado que preferiría ver un museo bombardeado antes que un libro subrayado,

pero ella había calificado mi opinión de mero sentimentalismo. Savannah marcaba sus libros para que no se le escaparan las imágenes e ideas más sorprendentes; existía un fructífero intercambio entre sus lecturas y su escritura. Por otra parte, descubrí que había adquirido la atractiva costumbre de coleccionar libros sobre temas que desconocía por completo. Encontré un libro, profusamente subrayado, sobre el ciclo vital de los helechos, y otro titulado El lenguaje de signos de los indios de las llanuras. Había seis libros sobre distintos aspectos de la meteorología, tres acerca de las perversiones sexuales en el siglo XIX, uno sobre el cuidado y la alimentación de las pirañas, un Diccionario del marino y un extenso tratado sobre las mariposas de Georgia. Tiempo atrás había escrito un poema acerca de las mariposas que acudían al jardín de mi madre en la isla de Melrose, y las anotaciones que había en los márgenes del tratado me permitieron descubrir cómo había adquirido Savannah sus conocimientos sobre los más diversos lepidópteros. Mi hermana sabía utilizar sus libros, y ningún hecho era demasiado oscuro para escapar a su apasionado escrutinio. Si su poesía le reclamaba una mariquita, compraba diez libros de entomología para encontrar la mariquita absolutamente precisa. Con la invaluable información que obtenía de libros largo tiempo olvidados conseguía crear mundos llenos de misterio. Y puesto que los libros quedaban devastados tras su paso, me era posible seguir la historia de sus lecturas con sólo comprobar qué libros estaban marcados y cuáles permanecían perfectamente limpios. Me pareció que hojear su biblioteca y tomar nota de los temas que aparecían subrayados o con comentarios al margen era un sistema muy adecuado para aprender algo más sobre mi hermana. También se trataba de un abuso de confianza, pero yo intentaba salvar una distancia de tres años en los que no habíamos cruzado ni una palabra.

Comencé el verano leyendo todas las obras de los poetas amigos de Savannah y que le habían dedicado ejemplares de sus libros. A juzgar por el tono de aquellas dedicatorias, brillantes pero formales, deduje que muchos de aquellos autores admiraban la obra de Savannah pero no conocían bien a mi hermana. Casi todos eran poetas que vivían sus norteamericanas existencias en una orgullosidad, y tras leer sus libros comprendí claramente por qué. Todos eran trovadores de microscópicas epifanías. Escribían sobre cálices y granadas, pero su tema carecía de significado. Savannah jamás se había sentido tan feliz como el día en que admití que no comprendía uno de sus poemas, pues le interpretó como signo cierto de que había sido fiel a su genio. Después de leer a sus amistades, pensé que habría que inmunizar contra lo abstruso a todos los poetas modernos. Sin embargo, los versos que ella había subrayado poseían una oscura e incongruente belleza, y los anoté en mi libreta para tratar de reconstruir la vida de mi hermana a partir de sus incursiones por sus propios libros.

Sus poemas me hicieron ver que Savannah estaba despidiéndose del Sur como tema literario. Aún podían hallarse destellos del pasado de mi hermana, pero estaba comenzando a convertirse en lo que siempre había deseado ser por encima de todo:

una poetisa de Nueva York. Encontré una colección de poemas sobre el metro que proporcionaban una nívea y decorosa simetría a la pesadilla de la ciudad tras la medianoche. Había poemas del río Hudson y poemas de Brooklyn. Ya no firmaba sus poemas nada más darlos por terminados, como antes, sino que los abandonaba en anónimos montones por todo el apartamento. Sólo restaba el hechizo de su intocable, pulimentado talento para marcar indiscutiblemente la obra como suya. En los últimos años, su poesía se había hecho más fuerte, más melancólica y todavía más bella. Pero algo no del todo claro me tenía desconcertado, y habría seguido preocupándome de no haber hallado un álbum de recuerdos, azul y blanco, bajo la Biblia de su mesita de noche. En un rombo verde, en el centro de una franja blanca, figuraba la inscripción «Seth Low J.H.S.». Descorrí una oxidada cremallera y abrí por la primera página, donde había la fotografía de una muchacha de octavo curso llamada Renata Halpern. El nombre me resultaba vagamente familiar, pero no pude situarlo con exactitud. El rostro de la muchacha era bonito y mostraba una expresión cohibida, pero unas gafas lamentables desfiguraban su aspecto. Su sonrisa era institucional, nada espontánea, y de inmediato me hizo imaginar al fotógrafo, sin duda un hombre de pocas luces, incitándola a sonreír con una mueca que ponía desagradablemente al descubierto su boca llena de dientes. Sus maestras, según había anotado en la página siguiente, eran las señoras Satin, Carlson y Travers. Renata Halpern se había graduado por la escuela secundaria de Seth Low el día 24 de junio de 1960. No había formado parte del comité de su clase, pero Sidney Rosen había sido el sumamente honrado presidente del curso. Sidney había escrito en el álbum: «A Renata, con fecha de mientras vuelen las mariposas: toma el tren local, toma el expreso, y no te bajes de él hasta que te lleve al éxito». La mejor amiga de Renata, Shellvi que poseía la bendición de una caligrafía como pliegues de seda, le decía, «A Renata, con fecha de para siempre: centellea estrellita, centellea; con polvos y crema base, con rímel y pintalabios, te harás toda una belleza. Muchas felicidades para la “Reina de Corazones” de Seth Low».

Cuán maravilloso, pensé, que mi nueva amiga, Renata Halpern, hubiera sido otrora la Reina de Corazones de la escuela secundaria de Seth Low. Pero ¿en qué afectaba eso a la vida de Savannah? Mi hermana tenía un estante lleno de anuarios anticuados que había encontrado en librerías de segunda mano de toda la ciudad; le encantaba robar atisbos de intimidad de las vidas de perfectos desconocidos.

Pero aquel nombre reverberaba, y estaba seguro de haberlo visto antes.

Regresé a la sala de estar y examiné las solapas de todos los libros de sus amigos poetas. Entonces vi la pila de cartas que mi hermana había recibido en la última semana y de pronto recordé que era en esa pila donde había visto el nombre.

La Kenyon Review había enviado un ejemplar de su última edición al apartamento de Savannah, pero a nombre de Renata Halpern.

Al revisar el correo, había pensado quedarme con la revista, pero me había contenido por temor a ofender a aquella amiga de Savannah que utilizaba el

apartamento para recibir su correspondencia. Abrí el sobre marrón, y entre las páginas de la revista encontré una carta del director de la Kenyon Review dirigida a Renata.

Querida Srta. Halpern:

Deseo expresarle una vez más mi orgullo por el hecho de que haya correspondido a la Kenyon Review el honor de publicar su primer poema. Asimismo deseo reiterarle nuestro interés por cualquier obra suya que quiera usted remitirnos en el futuro. Queremos publicar todo lo posible antes de que alguno de los «peces gordos» nos robe sus escritos. Confío en que su obra esté yendo bien.

Sinceramente, Roger Murrell

P.S. Mazel tov por la publicación de su libro para niños.

Examiné el índice de la Kenyon Review y pasé a la página treinta y dos, donde aparecía un poema de Renata Halpern. Llevaba leídas ocho líneas cuando comprendí que aquel poema había sido escrito por mi hermana.

Las capas son la música plenaria que yo hago con mis manos soñadoras pero sólo el cazador conoce el cabal peligro de las pieles. Toma la piel del tigre, con sus muchos pilares, y entierra tu rostro en la reciedumbre de mil noches de Bengala cuajadas de estrellas. Este cuero es un texto perfecto de la creación, el aceite esencial de un salvajismo sagrado. La suave corteza de su hermosura se convierte en oro sobre las figuras de mujeres vanas. El armiño demuestra que algo hay en Dios de travieso cuando conjura sus lechosos sueños de plumaje de nieve, pero la capa del tigre es un himno nupcial a la eminencia de los afilados aceros.

Hija, toma las palabras de sangre, de lavanda y de tiempo.

Sácalas a la luz, esplendentes y claras. Examina con cuidado si tienen imperfecciones. Sabe que el tigre, perplejo, busca una explicación a la astucia de las bien dispuestas trampas mientras su nariz se llena con el incienso de la muerte, y observa sin temor a los extraños que con cuchillos se acercan. ¡Cuán solemne y altiva es la dama que se vestirá su capa!

Con mis propias manos compongo los pródigos abrigos y los envío, como cartas de amor de Sigmund Halpern, a esas esbeltas, amatorias mujeres que honran mi oficio cada vez que se mueven en la lujuria sin par de las pieles. He elegido para ti mi mejor obra, hija y único poema del peletero. Este presente es la escritura que he robado de la espina dorsal del visón al querer ensalzar las longitudes de tu forma cautelosa.

Mis pieles son ya los nuevos consignatarios de tu donaire. Antes de que la poetisa pueda soñar en capas, debe dominar la heráldica del pelaje y aprender a hacer arte con la sangre de hermanos y tigres.

Cuando hube terminado de leer el poema, me dije que sin duda todo podía explicarse, que existía una solución sencilla y que, con el tiempo llegaría a conocerla. Por cuanto yo podía decir, mi hermana sabía muy poca cosa acerca de los judíos y nada sobre los peleteros. Y, no obstante, estaba seguro de que era Savannah quien había escrito el poema. El tigre lo revelaba con absoluta certidumbre, por no mencionar los irreproducibles ritmos de su poesía. Abrí de nuevo el álbum de recuerdos de Renata y volví a examinar las primeras páginas. No me costó mucho encontrarlo. Profesión de la madre: sus labores; profesión del padre: peletero. Sabía que estaba tocando algo esencial en la vida de mi hermana, pero no sabía exactamente qué significaba. Ciertamente, tenía algo que ver con su feroz rechazo de su historia en Carolina del Sur. El peletero había dirigido nuevamente la voz de la poetisa hacia la isla y hacia la infancia, y sus imágenes me resultaban claras y espeluznantes. Savannah estaba aproximándose a la historia que ninguno de nosotros podía narrar, pero los rodeos restaban fuerza a su arte; su obra no era engañosa, pero sí tortuosa y oblicua. Sugería un tema, pero no lo atacaba de frente. Si quieres escribir sobre el tigre, Savannah, escribe entonces sobre el maldito tigre, pensé. No te escondas tras el oficio de un peletero, Savannah. Niégate a revestir tus poemas con pieles suntuosas y con el cuero selecto de invernales criaturas destrozadas por las mandíbulas de trampas crueles. El peletero calienta; la poetisa se cuece en sus propios y exquisitos elixires. El peletero confecciona una capa con las pieles a juego del visón y el leopardo; la poetisa resucita el visón y pone un pez culebreante en su boca, devuelve el leopardo al *veldt* y hace que sus aletas nasales se estremezcan con el olor de los babuinos en celo. Te estás ocultando bajo pieles y abrigos exquisitamente cosidos, Savannah. Haces que el terror sea cálido, le das hermosura al presentarlo entre suaves pliegues de armiño, merino y chinchilla, cuando debiera aparecer crudo y desnudo a la intemperie.

Pero te acercas, hermana; estás llegando a ello, y yo voy a tu lado.

Volví a coger la carta del director de la Kenyon Review y leí atentamente la posdata: «Mazel tov por la publicación de su libro para niños» ¿Se refería a un libro para niños de la verdadera Renata Halpern o acaso mi hermana había comenzado a escribir libros infantiles bajo el mismo seudónimo que utilizaba para publicar sus poemas? Me pasé una hora examinando cuidadosamente todas las estanterías del apartamento en busca de un libro infantil escrito por Renata Halpern, pero no logré hallar ni un solo libro para niños en toda la biblioteca, y me pregunté si verdaderamente era posible que Savannah hubiera decidido dedicarse a ese género. Lleno de frustración, estaba a punto de abandonar la búsqueda cuando recordé que la Kenyon Review solía publicar pequeñas reseñas biográficas de los autores al final de la revista. Salté rápidamente a las últimas páginas, y en la letra H hallé una breve referencia de Renata Halpern.

Renata Halpern vive en Brooklyn, Nueva York, y trabaja en la biblioteca del Brooklyn College. El poema que aparece en este número es el primero que publica.

Ha escrito un libro infantil, *Al estilo sureño*, publicado por Random House el año pasado. Actualmente está trabajando en una recopilación de sus poemas.

Cuando el dependiente de la sección de libros infantiles de la librería Scribner me entregó el libro, sentí apenas un leve estremecimiento. No había ninguna foto de la autora en la cubierta posterior, y la ilustración de la cubierta mostraba tres niñas en un embarcadero, dando de comer a las gaviotas. Por detrás de las tres niñas, a lo lejos, sobre un horizonte arbolado, se veía una casita blanca idéntica a aquella en la que me había criado. Incluso la situación del cobertizo era la misma, así como el número impar de ventanas en la fachada de la casa.

Abrí el libro, leí la primera página y supe, sin que me cupiera la menor duda, que aquella prosa la había escrito Savannah.

Tenía la absoluta certeza de haber tropezado con algo inapreciable y esencial, pero este descubrimiento lejos de esclarecer mis dudas, aumentaba mi perplejidad. La fusión de Savannah con Renata se me antojaba una nueva forma de evasión, otro modo de circunnavegar la isla en lugar de reunir los materiales necesarios para construir un lanchón de desembarco con el que asaltar la orilla. Me encaminé en derechura al apartamento de Eddie Detreville y llamé sonoramente a su puerta.

Cuando Eddie abrió, me dijo:

—La cena es a las ocho, querido. Llegas sólo con cuatro horas de adelanto. Pero pasa de todos modos.

—Muy bien, Eddie —comencé, entrando en su apartamento y dejándome caer pesadamente sobre el sofá victoriano—. Has estado ocultándome la verdad.

—Sin duda —asintió con aire sardónico—. Deja que te prepare una copa y luego me dirás qué secretos son esos que tío Eddie te está ocultando. ¿Te va bien un martini?

—¿Quién es Renata, Eddie? —pregunté, mientras preparaba el combinado en el mueble bar—. ¿Por qué no me has hablado nunca de ella?

—Tengo una excelente justificación para no haberte hablado nunca de ella —respondió con irritante ecuanimidad—. Nunca he oído hablar de ninguna Renata.

—Mientes, Eddie. Renata es una amiga de Savannah cuyo nombre utiliza ella para firmar su trabajo.

—En tal caso, te ruego que me la presentes, me gustaría mucho conocerla. Aquí está tu martini Tom. Te sugiero que tomes un buen sorbo, esperes a que el alcohol llegue a tu sangre y luego me cuentes por qué estás tan enfadado conmigo.

—Porque es imposible que no conozcas a Renata. Quiero decir, que tiene que haber venido a visitar a Savannah. Debían de pasar muchos ratos juntas, y estoy seguro de que Savannah ha tenido que hablarte de esa nueva amiga tan maravillosa. No habría tomado su nombre si no existiera una poderosa relación. Savannah y yo consideramos innecesario visitar nuestros respectivos *boudoirs*, Tom, por razones que hasta tú puedes comprender.

Abrí el álbum de recuerdos de Seth Low por la página en que aparecía la foto de

Renata y se la mostré. —¿Has visto alguna vez a esta mujer, Eddie? Quizá junto al buzón de la entrada, o esperando el ascensor...

Examinó la fotografía unos instantes, y finalmente meneó la cabeza.

—No, en mi vida la he visto. Pero es guapa. Lástima que sea una chica.

—Esta foto fue tomada hace más de veinte años. Haz un esfuerzo, Eddie. Ahora ha de parecer mucho mayor. Arrugas, tal vez canas.

—Nunca he visto a nadie que se le parezca, Tom.

—¿Qué puedes decirme de este libro? —inquirí, tendiéndole el libro infantil—. Estoy seguro de que lo ha escrito Savannah. ¿Te lo ha enseñado ella alguna vez?

—No suelo leer muchos libros para niños, Tom —dijo él—. Quizá no te hayas dado cuenta, pero tengo ya cuarenta y dos años. Esta penumbra debe de hacerme parecer más joven. Gracias a Dios que hay reóstatos.

—Entonces, ¿quieres decir que tu mejor amiga, Savannah, no te ha enseñado nunca este libro?

—Exactamente, Sherlock. Eso es lo que estoy diciendo.

—No te creo, Eddie. Sencillamente, no puedo creerte.

—Me trae sin cuidado que me creas o no. ¿Por qué habría de mentirte, Tom?

—Para proteger a mi hermana.

—¿Protegerla de qué, querido?

—Bueno, ya sabes, puede que mantuviera una relación lesbiana con Renata y tú consideres que no soy capaz de comprender tal cosa.

—Tom —comenzó—, si tu hermana tuviera una relación lesbiana yo me sentiría encantado, absolutamente encantado, y me importaría un comino que tú pudieras comprenderlo o no. Pero te ruego que me hagas el honor de creerme si te digo que no sé nada de Renata ni de este libro.

—No sé... Había supuesto que tú podrías explicarme este confuso asunto. Estoy tan acostumbrado a ver jodida a Savannah que me siento mortalmente asustado cuando algo me dice que quizá esté más jodida de lo que yo jamás había llegado a imaginar.

—Estos últimos años han sido terribles para ella. Ni siquiera quería verme muy a menudo, Tom. Francamente, no hemos tenido mucho contacto en estos últimos tiempos. Sólo cuando mi tornadizo amante se largó en busca de cuerpos más juveniles; entonces se portó como una princesa. Siempre es maravillosa cuando un amigo suyo tiene problemas.

—Igual que tú, Eddie. Volveré a las ocho. ¿Qué hay para cenar?

—En el frigorífico tengo dos langostas temblorosas y deprimidas. Me veré obligado a asesinarlas, y luego te obligaré a consumir lo que he matado.

—Bendito seas, Eddie. Siento mucho haberte gritado.

—Ha sido un toque de excitación en un día por lo demás aburrido.

De vuelta en el apartamento de Savannah, descolgué el teléfono y marqué el número de Información cuando contestó la operadora, le pedí:



—Desearía el número de teléfono de cierta familia Halpern que reside, o residía, en el dos cuatro cero tres de la calle Sesenta y Cinco, en Brooklyn.

—¿Conoce el nombre de pila?

—Lo siento, pero no lo conozco.

—Soy un antiguo compañero de escuela. Ni siquiera se si todavía viven allí.

La dirección que me ha dado corresponde al nombre de Sigmund Halpern. El número es el 2-3-2-7-3-2-1. Marqué el número. Al cuarto timbrado, respondió una mujer.

—Hola. ¿Es la señora Halpern?

—Podría serlo. Y podría no serlo —contestó suspicazmente, con un acento de Europa oriental—. ¿Quién la llama?

—Soy Sidney Rosen, señora Halpern. No sé si se acordará de mí, pero era el presidente del curso de Renata en la escuela secundaria.

—Claro que me acuerdo, Sidney. Renata sólo nos hablaba de Sidney Rosen. Te tenía mucho afecto, pero ya sabes lo tímida que era.

—Llamaba para preguntarle cómo está Renata, señora Halpern. He venido a visitar a algunos viejos compañeros y tenía curiosidad por saber qué se ha hecho de ella.

No hubo respuesta, ninguna en absoluto.

—¿Sigue ahí, señora Halpern?

Estaba sollozando, y pasaron algunos instantes antes de que pudiera articular las palabras.

—Entonces, ¿no lo sabes, Sidney?

—¿Qué he de saber, señora Halpern?

—Está muerta, Sidney. Hace dos años, Renata se tiró al metro en una estación del East Village. Llevaba algún tiempo muy deprimida. Hicimos todo lo que pudimos para ayudarla, pero fue en vano. Estamos destrozados.

—Era una chica maravillosa, señora Halpern. No sabe cuánto lo siento.

—Muchas gracias, Sidney. Ella te tenía en mucha consideración.

—Dígale al señor Halpern, por favor, que lo lamento muchísimo.

—Se lo diré. Has sido muy amable al llamarla. A ella le habría gustado mucho. Eres el único de sus compañeros de clase que ha llamado alguna vez, pero ya es suficiente.

—Adiós, señora Halpern. Le deseo buena suerte. Lo siento muchísimo. Renata era una chica muy dulce.

—Pero muy triste, Sidney. Muy, muy triste.

Colgué el auricular e inmediatamente marqué el número de Susan Lowenstein. La propia Susan atendió la llamada.

—Doctora Lowenstein —comencé—, mañana no hablaremos de mi familia.

—¿Por qué, Tom? ¿Ha ocurrido algo malo?

—Mañana tiene que contarme todo lo que sepa sobre la Reina de Corazones,

Renata Halpern.

—Hablaemos de eso —asintió.

Colgué el teléfono y volví a abrir el libro para niños. Esta vez, lo leí lentamente y tomando escrupulosas notas.

## AL ESTILO SUREÑO POR R. HALPERN

En una isla de la costa de Carolina del Sur, una madre de negra cabellera vivía sola con sus tres; hijas de cabellos castaños. La madre se llamaba Blaise McKissick y tenía esa hermosura serena que complace a los niños cuando son muy pequeños. Blaise había transmitido generosamente este don a sus tres hijas, y sus caras parecían tres variedades distintas de la misma flor.

El esposo de Blaise, Gregory, se perdió en el mar durante una tempestad a comienzos de junio. Zarpó hacia la corriente del Golfo para pescar bonitos y delfines y no regresó jamás. Al ver que no volvía a casa, Blaise avisó a los guardacostas, y sus conciudadanos se hicieron a la mar en una embarcación mucho más pequeña para buscar a su marido. Durante dos semanas, todos los barcos del condado exploraron el Atlántico, con todas sus bahías, caletas y ensenadas, con la esperanza de hallar algún rastro de Gregory McKissick o de su embarcación. Cada anochecer, las tres niñas esperaban a su madre en el embarcadero, la esperaban bajo el sol y la lluvia, y la veían surgir de las brumas que el aire formaba al enfriarse.

Tras catorce días sin indicios ni motivos de esperanza, se suspendió la búsqueda y Gregory fue dado por muerto. Se celebraron unos funerales, y Gregory McKissick, de acuerdo con la costumbre de los pescadores de la aldea, fue sepultado en un ataúd vacío bajo el roble que se alzaba al lado de la casa blanca. Toda la población asistió al entierro. En los pueblos pequeños, la gente tiene buen corazón.

Después del entierro, empero, los habitantes del pueblo, con sus mujeres y sus hijos, regresaron a sus casas y reanudaron sus vidas. La casa blanca de la isla, antaño casa de risas, quedó sumida en el silencio. Y todas las noches las niñas se quedaban mirando mientras su madre iba a visitar la tumba. Alrededor de la tumba, el aire olía como el tocador de su madre, con sus frasquitos de cristal y sus aromas misteriosos. Antes de ir a visitar a su marido, la madre siempre se sentaba ante aquel tocador. Su paso por la casa era siempre fragante y pesaroso. Pero lo que más inquietaba a sus hijas era el hecho de que hubiera dejado de hablarles a partir de la muerte de su esposo. Cuando ellas le dirigían la palabra, sonreía e intentaba responder, pero no podía.

Las niñas no tardaron en hacerse al silencio, y lloraron a su padre de igual modo. Cuando hablaban entre sí, era siempre en susurros, pues advertían que el sonido de sus voces recordaba a su madre los tiempos en que su padre aún vivía y no querían agravar su tristeza. Así fueron pasando los días, vacíos de palabras.

Las tres niñas eran tan distintas una de otra como es posible serlo. Rose McKissick era la mayor, la más bonita y la más habladora. El silencio de la casa la

afectaba más que a nadie, pero también lo hacía la muerte de su padre. Era la que durante más tiempo le había conocido y había sido su preferida, puesto que había nacido la primera. Para ella, no era fácil dejar de hablar acerca de cualquier cosa que le viniera a la mente. Quería hablar de su padre, determinar con exactitud dónde estaba el cielo y lo que él podía estar haciendo allí y si alguien creía que había tenido tiempo de hablar con Dios y de qué podían haber hablado. Pero no sabía a quién preguntárselo, y eso la asustaba. Tenía doce años y empezaban a crecerle los pechos, y habría querido comentar este hecho asombroso con su madre. Quería comprender lo que significaba. También quería preguntarle a su madre por qué era tan fácil olvidar el rostro de su padre. A Rose ya empezaba a resultarle difícil recordarlo exactamente como era. A veces, mientras dormía, podía verlo con toda claridad, riéndose y abrazándola, contándole uno de sus chistes tontos y haciéndole cosquillas en los costados. A su espalda, ella veía las nubes de tormenta que avanzaban hacia ellos, y sabía que una de aquellas nubes contenía la terrible espada de luz que debía matar a su padre. Las nubes oscuras se habían convertido en enemigas de las niñas McKissick, y, Rose vivía en una casa donde eran temidas las tormentas. Pero, para ella, lo más difícil era aprender a ser feliz en una casa de silencio.

A Lindsay McKissick nunca le había costado permanecer callada. Había recibido este don en su nacimiento y lo había cultivado sabiamente a lo largo de sus diez años de vida. Al igual que su madre, antes de hablar medía cuidadosamente sus palabras. Ni siquiera podía decirse que tuviera este hábito. Tal y como ella misma explicó, después de reflexionar durante largo rato, «ésa es la clase de niña que soy». Además, añadió: «¿quién puede hablar, al fin y al cabo, cuando está Rose delante?». Ni siquiera de bebé solía llorar a menudo. Mostraba una serenidad, que al mismo tiempo inquietaba y atraía a las personas, mayores. Los adultos siempre sospechaban que la niña los juzgaba y los consideraba ridículos; por lo general, estaban en lo cierto. A ella, los adultos le parecían excesivamente grandes y excesivamente ruidosos, y le satisfacía ser una niña y poder tomarse las cosas con calma. Sin embargo, le preocupaba pensar que se había tomado demasiada calma con su padre y que quizá había muerto sin saber cuánto le quería. Esta idea la inquietaba y contribuyó a hacer de ella, ya de por sí sosegada, una niña aún más reservada e introspectiva. Con frecuencia solía tenderse en la hamaca del patio delantero y se quedaba mirando al río. Sus ojos azules tenían un aire de fiereza y parecían arder con la furia del agua pura o las flores silvestres bajo una tempestad. Pero no había furia alguna en ellos; únicamente el amor de un padre al que nunca volvería a ver, un padre que no la conocía y que ya no la conocería nunca.

Sharon McKissick tenía ocho años de edad y sentía toda la carga de ser la menor. Creía que nadie de su familia se la tomaba jamás en serio porque era demasiado frágil y pequeña. Todos la llamaron «Baby» McKissick hasta que cumplió los seis años y les recordó que tenía un nombre propio y que éste era Sharon. Nadie se preocupó de explicarle la muerte de su padre, pues creían que era demasiado pequeña para

entenderlo. El día del funeral, su madre subió al cuarto de ella y le explicó con voz temblorosa que su padre se había ido a dormir. Al preguntarle «¿Hasta cuándo?», su madre se echó a llorar, de modo que no se atrevió a hacerle más preguntas. Se dedicó a observar cómo crecía la hierba sobre la tumba de su padre. Al principio eran sólo unos brotes que surgían de la tierra; luego, un día, lo encontró todo verde, como un bonito cobertor extendido sobre el lugar en que él dormía. Desde su ventana podía ver la tumba de su padre, y le preocupaba que pudiera sentirse solo por las noches. Cuando se alzaba viento desde el río, saltaba de la cama y se quedaba mirando la tumba a través de los cristales. Le resultaba fácil distinguirla a la luz de la luna, aunque no pareciese tener nada que ver con su padre. Trataba de imaginar a los ángeles reuniéndose en torno a la lápida, para ayudarle a sobrevivir a la soledad de las noches barridas por el viento, pero eso no le servía de nada, y se juró que, si algún día tenía una niña de ocho años, esa niña lo sabría todo acerca de la vida, la muerte y lo que pueda haber entre ambas. Ya verían todos cuando llegara a los nueve años. A los nueve años, no les quedaría más remedio que escucharla, y sin duda tenía muchas cosas que decir.

La isla se llamaba Yemassee, que era el nombre de la tribu de indios que había habitado en ella hasta que llegaron los hombres blancos y se la arrebataron.

Antes de contar a sus hijas las historias de noche antes de dormir, Gregory McKissick solía decir que todavía se oía el grito del jefe de la tribu fantasma que aún seguía vagando por los bosques.

Los indios cabalgaban a lomos mientras los búhos ululaban en los árboles, se escuchaba el chirrido de las cigarras en el bosque, los rebaños de ciervos que recorrían la isla silenciosamente.

Pero no había indios en la isla, cada primavera salían tantas puntas de flecha a la superficie cuando su padre araba los fértiles terrenos de la isla, como plegarias que alguien hubiera arrojado allí por los piratas muertos.

Cada una de las niñas poseía su propia colección de puntas de flecha, pruebas de una eminente extinción de los indios en las tierras bajas y de las tribus que no habían sobrevivido. Como fragmentos de un poema las puntas de flecha, de formas simétricas —como decía su padre habían sobrevivido igual en Carolina del Sur gracias a las palabras.

Las niñas crecieron haciéndose expertas en puntas de flecha y en las Palabras perdidas de su padre. Pero él no les había dejado ninguna punta de flecha para que lo recordaran al verla.

Y lo mismo buscaban al examinar su personal colección de puntas de flecha, Cada una de las niñas, al pensar en su padre solía creer que si encontraban una punta de flecha que llegara a ser suficientemente preciosas podrían oír nuevamente su voz que vendría en forma de halcón. Los indios habían practicado su magia en aquellas islas, lo sabían estaban seguras.

Buscarían a su padre en los verdes bosques de los ciervos o en las corrientes de

los grandes delfines y sentado a lo largo de su isla.

Aquellas niñas que retozaban, creían en la magia, Las tres la encontraron, y la encontraron a solas, cada una a su tiempo, cada una en su propio mundo. Porque eran silenciosas y despiertas.

Rose la encontró un día mientras le curaba un ala a un pájaro en su hospital de animales. Había fundado su hospital una noche en que encontró los cachorrillos de una perra sin dueño que murió atropellada por la camioneta de su padre. Rose recogió los cachorros, los alimentó con un biberón y los crió para que fueran unos dignos animales domésticos, bien educados. Cuando fueron lo bastante grandes, les buscó a todos alojamiento en buenas casas, con gente que sabía apreciar a un perro bien enseñado. Pero eso fue sólo el comienzo. No tardó en descubrir que todo el reino de la naturaleza parecía necesitar sus servicios. Constantemente había ardillas recién nacidas y pájaros que se caían de sus nidos. Los cazadores, sin respetar la época de veda, mataban zarigüeyas y mapaches hembra y condenaban a las crías a morir de hambre en sus ocultos rincones. Pero había algo que siempre conducía a Rose hacia aquellos árboles o tocones donde los huérfanos esperaban el regreso de sus padres. Se internaba en el bosque y empezaba a oír voces que la llamaban: «Un poco más adelante, Rose. Un poco a la izquierda, Rose. Junto al estanque, Rose.» Ella seguía las voces. No podía evitarlo: sabía lo que era sentirse abandonada. Descubrió que poseía el don de curar, de apaciguar el temor de las minúsculas criaturas, de aliviar a los heridos. Nada de esto le resultaba sorprendente. Lo que sí le sorprendía era su capacidad de hablar con todos ellos mientras estaban a su cuidado. En cierta ocasión vio un zorro, herido y acosado por los perros, que nadaba en el río en dirección a la isla Yemassee. La sangre del zorro teñía las aguas y dejaba tras él una estela semejante a un estandarte. Los perros estaban a punto de darle alcance cuando el zorro alzó la cabeza y vio a Rose, que miraba desde la orilla.

—Ayúdame —le rogó el zorro. Hubo un extraño murmullo en la garganta de la niña, algo que no era natural ni humano.

¡Deteneos! —ordenó Rose a los perros. Los perros se volvieron hacia ella, desconcertados.

—Este es nuestro trabajo.

—Hoy no. Volved con vuestro amo.

—Es Rose —dijo uno de los perros.

—La niña. La niña de cabellos castaños. La que nos salvó la vida cuando murió nuestra madre.

—¡Ah, Rose! —dijo el segundo perro.

—Gracias, Rose —dijo el tercero—. Cuídate del zorro. Es bueno que hayas venido.

—¿Por qué cazáis?

—Es nuestra naturaleza, Rose —le explicó el primer perro, mientras los tres giraban en redondo y emprendían el regreso hacia la orilla opuesta.

El zorro llegó a duras penas a la orilla y se desplomó a los pies de Rose. La niña lo llevó al cobertizo, lavó sus heridas y se pasó toda la noche cuidando de él. Era el quincuagésimo animal que acudía a ella. El zorro le habló de cómo era su vida. A Rose le pareció muy interesante. En la casa se sentía triste y sola, pero no así en el cobertizo.

En la casa sin palabras Lindsay escuchaba el canto de los campos. Ella se cuidaba del ganado bovino que vagaba por los encantadores pastos del lado sur de la isla. Montaba en la plataforma de carga de la camioneta de su madre e iba arrojando palas de heno a intervalos de treinta metros, cada vez que su madre se detenía. El rebaño se movía alrededor de la camioneta, —con sus blancas caras serenas y graciosas—, salvo la del gran toro, Intrépido, que la contemplaba desde cierta distancia y la estudiaba con sus oscuros y salvajes ojos. Intrépido era fuerte y peligroso, pero Lindsay sostenía su mirada. Era el señor de aquellos campos, y ella lo sabía, pero quería, hacerle entender que no debía temer nada de ella. Ella amaba al rebaño, le decía con los ojos. Eres una de ellos decían los ojos del toro. No puedo evitar ser lo que soy, respondía su mirada. Tampoco yo, decía la del toro.

Vagabundeaba a solas por los prados, jugando con los jóvenes terneros y dándoles bonitos nombres que sonaran bien a sus oídos. Estaban Petunia y Casper, Belcebú y Jerusalem Artichoke, Rumpelstiltskin y Washington, D.C. Pero siempre se mantenía a distancia de Intrépido, que una vez había estado a punto de matar a un intruso en una granja cercana a Charleston. La niña cerraba siempre el portón de su prado y luego se paseaba entre las vacas y los terneros sin ningún temor, pues era bien recibida. Cada vez que una vaca paría un ternero, ella esperaba a su lado, en el campo, susurrándole a la madre y en caso necesario ayudándola a parir. Lindsay admiraba la resignación de aquellas enormes bestias pacientes; eran buenas madres y ordenaban sus vidas con sencillez. Pero sobre todo le atraía la regia presencia de Intrépido. Al igual que su padre, se mostraba siempre silencioso. Sólo hablaban sus ojos. Hasta la noche en que la magia cambió su vida.

La niña dormía, y la lluvia cantaba sobre el tejado de zinc. Soñaba que era una ternera que avanzaba bamboleándose bajo la luz del sol en el primer día de su vida. Su madre era una vaca de hermosa cara blanca y su padre, un Intrépido más suave y más cariñoso, la contemplaba con ternura. Oyó una voz, sin que ello la sorprendiera. Lo que sí le pareció sorprendente fue su respuesta, un dulce sonido murmurante que se alzaba de su sueño como un penacho de humo. Su voz sonó en la habitación con el lenguaje secreto de los rebaños.

—Debes venir —decía una voz grave. Haces falta.

—¿Quién me llama?

—El rey del rebaño. Apresúrate.

Abrió los ojos y vio la feroz cabeza de Intrépido ante la ventana, desdibujados sus imponentes rasgos por la lluvia. Los fríos ojos del toro se encontraron con los suyos. Saltó de la cama y se acercó a la ventana. La abrió, y la lluvia era cálida sobre su

rostro. Salió por la ventana y montó sobre el lomo de Intrépido. Le rodeó el cuello con los brazos y hundió sus dedos en su pelaje. Tuvo que agarrarse con fuerza cuando el toro salió de estampida y echó a correr hacia los pastos por el camino de tierra. La niña sentía su enorme potencia en la oscuridad. Mientras cabalgaba bajo la penumbra de los robles, el musgo húmedo que colgaba de ellos la rozó como si fuera la colada secreta de los ángeles del bosque. La tierra se alejó de ella, y entre los grandes cuernos vio la curva del camino que se desviaba del pantano. La niña hincó sus talones en los flancos del toro y su carne se movió con la de él y sintió que unos cuernos florecían entre sus propios cabellos, se sintió en parte toro, en parte peligrosa y provista de pezuñas, en parte dueña de los prados del sur. Lindsay corrió con Intrépido y durante un kilómetro milagroso corrió como Intrépido. Cuando llegaron al prado, él toro disminuyó su velocidad. Finalmente, se detuvo junto a los tres palmitos gigantes que marcaban el límite oriental del prado. La vaca joven, Margarita, estaba pariendo su primer ternero, pero el parto se había adelantado y algo andaba mal. Intrépido se arrodilló; Lindsay saltó de su lomo y corrió hacia Margarita. Era un parto de nalgas y las patas del ternero surgían de su madre en un ángulo extraño. Lindsay, que percibió la desesperación de los esfuerzos del animal, asió las patas del ternero y comenzó a tirar suavemente de ellas. Durante más de una hora intentó sacar al ternero de la madre. Sus cabellos estaban mojados y sentía la muda presencia de Intrépido a su espalda. Podía oler su potencia mientras la miraba. Aunque Lindsay no sabía lo que estaba haciendo, finalmente sintió que algo encajaba en su lugar, algo se corregía. Sobre la hierba reposaba una pequeña hembra, exhausta pero viva. Margarita lamió a la ternera con su gran lengua plateada mientras seguía cayendo la lluvia. Lindsay impuso el nombre de Batlisheba a la nueva ternera y frotó su rostro con su nariz.

Intrépido se arrodilló de nuevo y Lindsay volvió a trepar a su lomo de un salto, sujetándose a su cuerno derecho como a un poste de mayo. Regresó a la casa en una cabalgata triunfal y todas las vacas la vitorearon cuando se marchó del prado, honrándola con sus leves mugidos. El gran toro permanecía en silencio mientras recorría por segunda vez el camino, pero a Lindsay no le importó. Hundió la nariz en su pelaje e inhaló su mojada robustez. Lamió el agua de lluvia de su cuello y volvió a su casa cambiada, como algo nuevo, salvaje y hermoso. Entró por la ventana, se secó cuidadosamente y no dijo nada a su familia.

El poder había venido a ella y no iba a usarlo mal. Hablar de él equivaldría a traicionarlo. Pero resultaba fácil no decir nada en una casa de silencio, una casa sin, palabras.

Al día siguiente, Lindsay anduvo hacia el prado por el mismo camino que había recorrido la noche anterior. Se veían las huellas de las grandes pezuñas de Intrépido donde habían penetrado en la tierra mojada. La niña había confeccionado un collar de flores para adornar con él el cuello de Margarita. Sin embargo, al pasar junto al pantano oyó un grito áspero y misterioso, algo que nunca se había escuchado en la



isla. Al instante, sintió reaparecer aquella extraña aura y de su garganta surgió otro sonido en respuesta. Esta vez no hubo sorpresa, sino confianza. Percibía una relación con la vida salvaje de la isla que la hacía sentirse invulnerable. Se sentía viva y abierta a todo.

De su garganta brotó un sonido espeluznante, un gruñido diabólico que la sobrecogió. Pero era una respuesta a la humosa voz que la había llamado.

—Por favor —decía la voz, y Lindsay se internó en la parte del bosque en que su padre les había prohibido entrar. Se mantuvo en terreno firme, saltando sobre el agua y evitando los sitios donde la tierra parecía blanda e incierta. A su paso, unas víboras de agua sacaron su cabeza a la superficie, como pequeños periscopios negros. No le dijeron nada; no eran parte de su magia.

En el centro del pantano oyó algo que se debatía con violencia, y tras rodear un ciprés vio al viejo jabalí, Destructor, hundido hasta los brazuelos en arenas movedizas. Su padre había perseguido a Destructor durante años sin llegar a verlo nunca. Cuanto más se debatía el jabalí, más profundamente lo absorbía la tierra hacia su interior. Era como la lucha de la ternera por nacer con vida. Los colmillos de Destructor relucían ferozmente a la luz del sol. Sus ojos eran amarillentos, y el negro pelaje de su lomo estaba erizado como un línea de pinos en una pelada cresta montañosa. Lindsay cogió una rama seca de sicomoro y tendiéndose boca abajo, se arrastró sobre la blanda tierra hasta que sintió que comenzaba a deslizarse hacia las inestables arenas. Entonces equilibró su peso y avanzó un poco más, alargando la rama hacia Destructor.

—Por favor. —El ruego le llegó de nuevo. Avanzó centímetro a centímetro hasta que la rama llegó al hocico del jabalí, que la sujetó con su salvaje dentadura. La niña empezó a retroceder.

—Ten paciencia —le ordenó—. Trata de flotar como si estuvieras en el agua.

El jabalí relajó sus músculos y el pelaje de su lomo se alisó. Se dejó flotar en el lodo asesino y sintió en sus encías la tensión de una niña de diez años. Lindsay era paciente y sólo lo arrastraba unos centímetros cada vez. Tras ella, todos los puercos salvajes de la isla se habían congregado para ser testigos de la muerte de su rey. Lindsay tiraba cuando podía y descansaba cuando era necesario. Le dolía todo el cuerpo, pero el servicio de la magia impone sus deberes. Finalmente, Destructor logró plantar una pezuña sobre un tronco caído y su poderoso cuerpo se estremeció al sentirse liberado de la atracción del fango. Un bramido de alivio anunció su salvación al bosque. En seguida avanzó cautelosamente sobre el tronco, sin dar un paso antes de haberse asegurado de la firmeza del terreno. Lucifer, el caimán de cinco metros, se acercó por el agua poco profunda y se quedó mirando al jabalí hasta verlo pisar tierra seca.

—Llegas tarde, Lucifer —gritó el jabalí.

—Habrás otras ocasiones, Destructor; La semana pasada me comí a uno de tus hijos.

—Y yo me he comido los huevos de un millar de hijos tuyos.

Entonces Destructor se volvió hacia Lindsay. Le habría bastado un leve golpe de colmillo para abrirla de pies a cabeza. Rodeada de jabalíes, la niña casi empezaba a perder su fe en la magia. Pero, antes de retirarse con su feroz tribu negra, el jabalí la consoló con estas palabras:

—Estoy en deuda contigo. Gracias por haber salvado mi vida.

Y los puercos salvajes se desvanecieron en el bosque como una sombra, y todas las serpientes de la isla temblaron y se ocultaron a su paso. Lindsay trató de hablar con el caimán, Lucifer, pero éste se hundió bajo las negras aguas, a diez metros de la niña, sin producir ni un solo rizo en la superficie. «De modo que no puedo hablar con los caimanes», pensó ella. «Tampoco se pierde gran cosa.» Pero aquello le hizo saber por primera vez que su don tenía limitaciones.

La hija menor, Sharon, era la que más disgustada se sentía por el silencio de la casa. Ella quería hablar de su padre y contar sus anécdotas preferidas acerca de él. Le habría resultado más fácil recordarlo si su madre y sus hermanas quisieran revelar qué era lo que más amaban en él. Cuando cumpliera nueve años, la escucharían. De eso estaba segura.

Sharon pertenecía a esa clase de niñas que mantienen la vista fija en el suelo o la alzan para contemplar el cielo. Lo que hubiera en medio le interesaba muy poco. Muchas veces, cuando paseaba, solía tropezar con algún árbol mientras contemplaba a los patos que volaban hacia el sur o hacia el norte por su carretera aérea. La libertad de las aves le resultaba atractiva, y consideraba un descuido por parte de Dios que no hubiera dotado de alas a Adán y Eva. Todos los atardeceres acudía al extremo del embarcadero provista de mendrugos y restos de comida para alimentar a las gaviotas. Arrojava los mendrugos tan alto como podía, para que las gaviotas los atraparan al vuelo, y en seguida se encontraba rodeada por el frenético batir de alas y los impacientes chillidos de las gaviotas. Cientos de pájaros la esperaban todas las noches. Su madre y sus hermanas la contemplaban con inquietud desde su porche con mosquiteras. A menudo desaparecía de la vista bajo un revoloteo de alas y plumas. Pero todos los pájaros hacían sentir feliz a Sharon.

Y también los bichos. Su madre tenía abejas, y Sharon era la única de las niñas dispuesta a ayudar a Blaise a recoger la miel de las colmenas. Para ella, una abeja era una criatura perfecta. No solamente podía volar, sino que tenía la maravillosa tarea de visitar flores y jardines durante todo el día hasta su regreso a casa por la noche para hacer miel y charlar con sus amigas. Pero, después de haberse fijado en las abejas, empezó a interesarse por sus vecinos. La habitación de Sharon estaba repleta de cajitas con insectos: asombrosos escarabajos, mantis religiosas, saltamontes que escupían jugo de tabaco sobre sus manos, toda una colonia de hormigas tras una pared de cristal, mariposas... Sharon admiraba la maravillosa economía de los insectos: no sabían hacer muchas cosas, pero lo que hacían lo hacían muy bien. Esta afición, empero, le había valido el desdén de sus hermanas.

—¡Eeecs! ¡Bichos! —exclamó un día Rose al entrar en su cuarto.

—Cualquiera, no importa quién, puede sentir simpatía por un perro o por una vaca —contestó Sharon—. Hay que ser muy persona para que te gusten los bichos.

Su hermana se echó a reír. La cosa sucedió mientras Sharon vagaba por el bosque en las proximidades de su casa, buscando nuevos hormigueros. Llevaba una bolsa llena de galletitas de chocolate. Cuando encontraba un hormiguero, dejaba una sola como galletita junto a la entrada y observaba con placer como descubrían las obreras aquel regalo y enviaban a una de ellas de regreso con la magnífica noticia. Al poco tiempo aparecía un alegre río de hormigas que se lanzaban sobre la galleta, la deshacían y se llevaban todas las migajas bajo tierra. Aquel día había encontrado ya dos nuevos hormigueros y estaba buscando un tercero cuando oyó una vocecita que la llamaba por su nombre.

Se volvió hacia el lugar de donde procedía la voz y vio una avispa atrapada en la enorme red plateada de una araña de jardín. La araña avanzaba hacia la avispa, deslizándose con agilidad por la telaraña como un marino se descuelga por las jarcias. La avispa volvió a gritar y se agitó desesperadamente en la telaraña, Sharon sintió, que, su lengua modulaba unas extrañas palabras. Pero no eran palabras; eran sonidos secretos, y ella misma se asustó al oírse hablar en un lenguaje que nunca había sido articulado por seres humanos sobre la faz de la tierra.

—¡Detente! La araña se detuvo, con una de sus negras patas sobre el abdomen de la avispa.

—Así es como debe ser —dijo la araña.

—Esta vez, no —respondió Sharon. Y tomando una horquilla del pelo liberó a la avispa. La telaraña, intrincada como un encaje, se desgarró por varios sitios. La avispa le cantó una canción de Amor mientras se remontaba sobre los árboles.

—Lo siento —dijo Sharon a la araña.

—No es justo —protestó la araña, malhumorada—. Este es mi trabajo.

—Sharon buscó entre las hojas y encontró un saltamontes muerto, que depositó en la parte alta de la telaraña. La red tembló como un arpa cuando la tocó.

—Siento haber roto tu telaraña, pero no podía permitir que lo hicieras. Es demasiado horrible.

—¿Has visto alguna vez cómo matan las avispas? —inquirió la araña.

—Sí —reconoció ella.

—Tampoco es agradable. Pero es como debe ser.

—Ojalá pudiera ayudarte a componer tu telaraña.

—Puedes hacerlo. Ahora puedes. Sharon sintió un estremecimiento en sus manos, un poder que nacía en ellas. La sangre de sus manos se llenó de seda. Cuando tocó la telaraña estropeada, hebras de seda empezaron a fluir por debajo de sus uñas. Al principio no sabía qué hacer, y formaba bucles cuando habría debido seguir en línea recta. Pero la araña era paciente, y pronto le hubo tejido una tela encantadora que colgaba entre dos árboles como la red de un pescador. Luego se quedó charlando con

la araña, que le habló de su solitaria tarea y de que muy cerca, bajo el tocón de un roble, vivía un lagarto que por dos veces había estado a punto de devorarla. Sharon le propuso que se trasladara más cerca de su casa, para poder verse con mayor frecuencia. La araña aceptó y, encaramándosele por el brazo, se instaló en su hombro. Mientras regresaba a casa en compañía de la araña, Sharon oyó cómo las colonias de hormigas cantaban bajo tierra, ensalzándola a ella y a sus galletitas de chocolate. Las avispas se le acercaban y le besaban los labios, haciéndole cosquillas en la nariz con sus alas. Sharon nunca se había sentido tan feliz.

Le encontró a la araña un nuevo hogar sin lagartos, entre dos matas de camelias, y juntas tejieron una telaraña aún más bella que la anterior. Luego, viendo que el sol se ponía, Sharon se despidió de ella. Ya oía los chillidos de las gaviotas al final del embarcadero.

Las gaviotas estaban esperándola, planeando en las corrientes de aire como un centenar de cometas sujetas a cordones de diversa longitud. La niña salió de casa con una bolsa de la compra llena de restos de comida que su madre le había guardado. Al echar a correr, oyó las voces de los grillos y los escarabajos ocultos en la hierba, rogándole que mirara bien dónde, pisaba. Incluso caminando a paso lento era difícil llegar al embarcadero sin poner en peligro la vida de alguna minúscula criatura.

Cuando llegó al extremo del muelle, arrojó al aire un puñado de mendrugos desmigajados. Todos los pedazos fueron atrapados antes de tocar el agua. Volvió a arrojar otro puñado de pan, y el aire volvió a llenarse de pan y de alas. No le sorprendió comprobar que entendía lo que se decían una a otra las gaviotas. Eran pájaros testarudos y pendencieros, y se quejaban de que algunos de ellos recibían más pan que otros. Muy por encima, un águila pescadora se cernía sobre el río, esperando que apareciera un pez. Un pequeño salmonete destelló en la superficie, y Sharon oyó gritar al águila «¡Ahora!» mientras se lanzaba en picado hacia el agua. En seguida volvió a remontarse con un pez temblando entre sus garras.

Había una extraña gaviota contemplándola. Arisca y de negro plumaje, era mayor que las demás gaviotas, una viajera oceánica. Permanecía suspendida sobre el río, evaluando a la niña. Ella le dirigió un saludo, pero no hubo contestación. Cuando terminó de dar de comer a las aves les deseó, buenas noches a todas. La gaviota de negro plumaje voló hasta posarse en el extremo del embarcadero, cortándole el paso a Sharon. Los ojos del animal traslucían la fatiga del prolongado viaje.

—¿Qué quieres? —preguntó la niña.

—Tu padre vive.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto —respondió la cansada gaviota.

—¿Está en peligro?

—En gran peligro.

—Regresa, gaviota. Ayúdale, por favor.

El ave agitó cansadamente sus grandes alas, se elevó hacia el cielo y echó a volar

hacia el sur. Sharon la siguió con la mirada hasta que desapareció por completo. En la hierba, los grillos seguían cantando, y Sharon entendía todas sus palabras.

Volvió a la casa y encontró a su madre en la cocina, preparando la cena. El olor de las cebollas dorándose en mantequilla llenaba toda la casa. Quería contarle a su madre lo que había dicho la gaviota, pero no sabía cómo explicar su poder. De todos modos, era feliz sabiendo que su padre estaba vivo. Ayudó a sus hermanas a poner la mesa. En la cocina sonaba la radio. Blaise tenía la radio funcionando todo el día, por si acaso daban alguna noticia de su marido. Pero nunca había noticias que fueran interesantes para ella. El precio de la carne de cerdo estaba bajando. Las lluvias habían perjudicado la cosecha de tomates. Tres hombres habían escapado del instituto penitenciario del estado en Columbia tras asesinar a un guardián. Se creía que se dirigían rumbo a Carolina del Norte.

Fue al día siguiente, bien entrada la tarde. El bosque estaba en silencio y los tres hombres examinaban la casa desde los árboles. Los tres tenían rostros que habían olvidado cómo se sonríe. Estudiaron los movimientos de las tres niñas y la mujer, sus entradas y salidas de la casa, y no vieron señales de hombre alguno. Comenzaron a avanzar sin ser vistos. Pero fueron vistos. La araña los vio acercarse desde su red situada entre las camelias. Un jabalí hembra, una hija de Destructor, advirtió sus movimientos. Una gaviota observaba todo lo que hacían. Una avispa voló entre los árboles por encima de ellos. En el cobertizo, un cachorro recién encontrado por Rose, un animalillo apenas capaz de hablar, olfateó el aire y se extrañó de lo que olía. Era el olor del mal cuando llega a un lugar silencioso. Los tres hombres avanzaron hacia la casa.

Irrumpieron en ella por tres puertas distintas; irrumpieron violentamente, sin dejar ninguna posibilidad de huida.

Rose chilló al ver sus caras y sus pistolas. Las tres niñas corrieron hacia la butaca donde su madre estaba leyendo un libro.

El hombre más bajo corrió al armero, cogió las tres escopetas de caza y echó las cajas de munición en una bolsa de papel. El hombre más gordo entró en la cocina y comenzó a echar latas de comida en una bolsa para basura. El hombre más corpulento apuntó su pistola hacia Blaise y las niñas. No podía apartar la vista de Blaise.

—¿Qué quieren? —preguntó Blaise. Las niñas oyeron el terror de su voz.

—Venga —gritó el bajo desde la puerta de la cocina—. Tenemos que movernos deprisa.

Con la mirada fija en Blaise, el hombre anunció:

—Antes de matarlas, quiero llevarme a la mujer al cuarto de atrás.

—No tenemos tiempo —protestó el gordo quejumbrosamente.

El hombre corpulento se acercó a Blaise, la sujetó con rudeza por la muñeca y la atrajo hacia sí. Rose atacó al hombre, súbita y furiosamente. Se echó sobre él, con la mano como una garra, y le arañó la mejilla, haciendo saltar la sangre. Él le pegó una bofetada y la niña cayó de rodillas al suelo. Sus ojos estaban inundados de lágrimas,

pero apoyó la cabeza en el suelo y una extraña voz brotó de su garganta en oleadas de ira y terror. Era una voz inhumana, y los hombres se rieron al oírla.

Pero el cachorrillo del cobertizo no se rió. Rose lo había llevado allí aquella misma mañana. Había sido abandonado en los peldaños de la escuela y Rose lo había encontrado y se lo había llevado a casa. El animalillo rodó por los suelos, por culpa de sus largas orejas y sus patas demasiado grandes, jadeante, llegó al embarcadero y se detuvo para recobrar el aliento. Mirando hacia el río, alzó su voz en un agudo grito de petición de ayuda. Sus gañidos cruzaron el río, pero no tuvieron respuesta. Volvió a intentarlo, otra vez en vano. Pero el zorro que Rose salvara un día de los perros oyó al cachorro. El zorro comenzó a cantar no lejos de su madriguera. El perro de un granjero, al otro lado del río, recibió el mensaje y lo hizo pasar de granja en granja hasta que llegó a la ciudad. Rose seguía gritando desde el suelo, segura de no haber sido oída por nadie.

Sin embargo, en aquel mismo instante, todos los perros de la ciudad habían comenzado a agitarse en aquel vasto y verde condado. Empezaron a excavar agujeros bajo las verjas que los encerraban, a escapar de las perreras, a saltar por las ventanas de las casas de sus dueños. Las carreteras del condado quedaron colapsadas a causa de los perros que se desplazaban por ellas. En el lugar donde los canes condenados aguardaban su ejecución, un perro callejero abrió un agujero con sus dientes en la malla de alambre y cincuenta animales a los que no les quedaba más de una semana de vida se sumaron a la feroz carrera hacia la isla. Formaban una esbelta y compacta jauría, unida por un ansia común. Un hombre malvado había maltratado a Rose, la recién llegada a la feminidad, la amiga de los perros, la que se había tomado la molestia de aprender su lenguaje. La jauría se movía velozmente. Compartía una misión.

Lindsay, al ver a su hermana tendida en el suelo, cogió un cenicero y se lo arrojó al más alto. Luego, bajó la cabeza y cargó contra sus piernas.

—¡No dejaré que le hagas daño a mi madre! —gritó. El hombre corpulento le hizo alzar la cara y la abofeteó con fuerza, enviándola a trompicones al otro extremo del cuarto, sangrando por la nariz. Pero Lindsay no se echó a llorar, como esperaban los hombres. En vez de eso, la oyeron gritar en una lengua de pura angustia, un lenguaje de asombro y furia que eran incapaces de comprender. No había ninguna delicadeza en su temblorosa voz; era un idioma de cuernos, pezuñas y colmillos. Llamaba al ganado que pastaba cerca de los antiguos arrozales y a los grandes puercos salvajes y negros que ramoneaban en el centro de la isla.

Batlisheba, la ternera que Lindsay había ayudado a venir al mundo, se había alejado mucho de su madre y se hallaba en las proximidades de la casa. El lenguaje era nuevo para la ternera, que sólo conocía algunas palabras de aquel habla secreta que contenía todos los misterios del nuevo mundo de hierba y pastos. Sabía lo suficiente, sin embargo, para comprender que algo iba muy mal en el interior de la casa blanca, y corrió con sus flacas e inseguras patas por la carretera principal, que

atravesaba el centro de la isla. Corrió velozmente hasta que salió al lindero del bosque y vio al rebaño pastando, y entonces se encaminó directamente hacia Intrépido, el toro, que pastaba a solas apartado del rebaño.

El toro la contempló, taciturno.

—¿Qué significa esto, hija? Vuelve con tu madre.

—Niña —dijo la ternera, sin aliento.

—¿Niña? ¿Qué niña? ¿Tú? —preguntó el toro, hollando la hierba con su pezuña.

—La niña de ojos azules.

—Quieres decir nuestra niña, Lindsay, la del rebaño.

—Sí. La niña del rebaño.

—¿Qué le pasa? Habla bien y deprisa.

—Ayuda.

—¿Qué ayuda, hija? ¿A quién hay que ayudar? ¿Cuándo?

—La niña dice ayuda. La niña ha dicho que necesitaba al rebaño.

Hubo un arranque de inquietud en el rebaño e Intrépido alzó la cabeza a tiempo de ver al jabalí, Destructor, avanzando rápidamente hacia la ternera. El toro se interpuso entre el jabalí y el rebaño y bajó los cuernos en señal de advertencia.

—Puerco —dijo el toro. El viejo jabalí se detuvo, temible y cruel, despreciado por las vacas. Por detrás suyo apareció su tribu, con los colmillos brillando como lanzas bajo el sol.

—¿Qué es lo que he oído? ¿Qué pasa con la niña?

—Es nuestra niña —dijo el toro—. Pertenece al rebaño.

—Es amiga de los jabalíes —insistió Destructor.

—Es amiga del ganado —replicó el toro con ferocidad.

—De los dos —intervino la ternera, Bathsheba—. Eso ha dicho la niña. Es amiga de los dos. Ha pedido ayuda.

Entonces, el lenguaje de los puercos salvajes y el del ganado se mezcló y los animales de pezuña comenzaron a avanzar con espantosa simetría hacia la casa del río. Destructor e Intrépido avanzaban a la cabeza de su formidable regimiento. Por delante suyo, se oía el aullido de los perros que confluían en el puente que conducía a la isla.

Blaise miró a su hija Lindsay, que sangraba en el suelo. Miró de reojo a los tres hombres armados y olfateó su maldad en la habitación como una flor corrompida. En el exterior, vio fluir el río tan pacíficamente como siempre había fluido.

Les dijo a los hombres: —Iré a la habitación con todos ustedes si dejan en paz a mis hijas, si no nos hacen daño.

—No tiene elección, señora —dijo el más grande, y le dio un tirón a la blusa que la desgarró por el hombro. Entonces, la hija menor, Sharon, avanzó hacia el hombre.

—Salgan de mi casa —les ordenó mientras caminaba, pero de pronto comenzó a tartamudear en un fabuloso lenguaje recién aprendido que era ininteligible para todos los seres humanos de la habitación.

La araña del jardín se movió como una danzarina en su tela resplandeciente, trepó a un alféizar y atisbó al interior de la sala. Oyó las palabras de Sharon, y se volvió para dar la alarma. Sintió temblar la tela bajo ella y vio las alas amarillas de una mariposa batiendo contra la red invisible. Descendió hacia la mariposa con los antiguos y terroríficos movimientos de las arañas, y la mariposa lanzó al aire su canto de muerte. Pero la araña la tocó con sus negras patas y con gran delicadeza la dejó en libertad. La mariposa, atónita y deslumbrada, empezó a volar.

—Da la alarma, mariposa. La niña está en peligro. La mariposa voló sobre la isla y comenzó a entonar la llamada de alerta del bosque. Oyó el grito de alarma que lanzaba la araña desde su red. Las hormigas oyeron. Las cigarras oyeron. Un millón de abejas abandonaron las colmenas y su trabajo entre las flores y volaron hacia la casa. Entre los árboles, las avispas zumbaban como bombarderos. Una gaviota oyó el aviso de la mariposa y transmitió la llamada de las aves, y el cielo de la isla se oscureció con las alas airadas de los pájaros marinos.

Los jabalíes, el ganado y los perros corrían a toda velocidad hacia la casa, y todos advirtieron que las hojas se movían de vida, que los árboles estaban cubiertos de insectos, que el suelo del bosque estaba inundado con incontables enjambres de insectos, que los pequeños seres fluían como un torrente hacia la casa. El bosque se movía; la tierra se movía.

El hombre corpulento llevó a Blaise a empujones hacia la parte interior de la vivienda. Las tres niñas le chillaron para que se detuviera. Los hombres se rieron de ellas; se rieron con ganas; se rieron hasta que oyeron el ruido de fuera. Comenzó como un zumbido grave y pavoroso que iba subiendo de tono y haciéndose cada vez más frenético. Era como el sonido del alba de la creación, cuando todas las criaturas del mundo probaban por primera vez sus nuevas voces. Todo el temor y toda la gloria del Edén estallaron en un himno de venganza en torno a la casa del río. Ciervos veloces cabalgados por los fantasmas de muchachos indios patrullaban por la orilla. El cielo estaba negro de alas. La hierba estaba cubierta de insectos de todos los colores y matices. El rebaño mugía. Los jabalíes atronaban. Los pájaros chillaban.

Los hombres de la casa quedaron paralizados. Las niñas siguieron hablando en sus nuevos lenguajes.

—Matadlos. —Tal era la traducción de lo que decían las tres—. Matadlos.

El hombre corpulento se acercó a la ventana, pistola en ristre, y miró al exterior. Miró y empezó a gritar. Fue un grito fácilmente comprensible: gritaba de miedo. Los otros dos hombres fueron a su lado y sus gritos prolongaron el primero.

—Son míos —rugió Intrépido, el toro. Jabalí.

—Dejadlos para nosotros —ordenó Destructor, el jabalí.

—Las abejas y las avispas acabarán pronto con ellos —zumbó una débil vocecilla.

—Los perros los despedazarán —dijo un sabueso.

—Las aves echarán sus despojos a los peces —chilló una vieja gaviota, volando



en círculos.

Lo que vieron los hombres desde la ventana fue todo el reino de la naturaleza saliendo a su encuentro. No vieron el silencioso ejército de hormigas que se infiltraba por las grietas de las puertas, subía por las perneras de sus pantalones, invadía sus camisas. No vieron las arañas que se lanzaban desde el techo sobre sus cabellos como paracaidistas, ni las avispas que se adherían como alfileres a la espalda de sus camisas.

Estaban transfigurados por la proximidad de su muerte. El aire resonaba con el temible lenguaje de las bestias, el batir de alas, el pisoteo de las pezuñas, el entrechocar de cuernos, el crepitar de los insectos, la cólera de las colmenas, la llegada de los perros dispersos. En los últimos instantes les fue permitido comprender, traducir, pero no reaccionar. No hay piedad en el bosque. No es ésta la ley.

La araña del jardín subió por la camisa del hombre corpulento, trepando a lo largo de su columna vertebral. Cuando llegó al cuello, escogió un sitio blando debajo de la oreja. Entonces se despidió de Sharon e instiló su veneno en la sangre del hombre corpulento. El hombre soltó un grito y mató la araña de un solo golpe, pero las avispas, al oír la señal, perforaron la carne, y las hormigas hicieron arder a los hombres. Comenzaron a tambalearse por la habitación, dándose palmadas por todo el cuerpo. Se precipitaron hacia la puerta delantera, hacia el inquietante sonido, la abrieron, y se dieron de bruces con las pezuñas y colmillos y alas y mandíbulas.

Blaise y sus hijas se sentaron en el sofá y escucharon los alaridos de los tres hombres. Blaise no permitió que sus hijas se acercaran a las ventanas. Como eran humanas, se apiadaron de los hombres. Pero ya no podían hacer nada, salvo negarse a mirar. Al cabo de un rato, cesaron los gritos. La isla volvió a quedar en silencio.

Cuando Blaise miró por la ventana, sólo vio la hierba el agua y el cielo. De los hombres no quedaba ni rastro; ni un pedacito de ropa, ni un fragmento de hueso, ni un mechón de cabellos.

Aquella noche enterraron a la araña en el cementerio destinado a las mascotas de la familia. Rezaron por su alma y para que sus telas se extendieran millares de kilómetros, conectando planetas y estrellas, y para que los ángeles durmieran en su seda y para que su tejer fuera siempre grato a Dios.

Dos días más tarde, el bote de Gregory McKissick fue arrastrado por las corrientes hasta la isla de Cumberland, en Georgia. Cuando regresó a su casa, contó la historia de las semanas transcurridas flotando a la deriva. Habría muerto, aseguró, de no haber sido por una gaviota de negro plumaje que siempre volaba sobre él y le arrojaba pescados al bote.

Tras su regreso, la casa volvió a estar completa. Las niñas se hicieron mayores y poco a poco fueron perdiendo su poder. Jamás hablaron del día en que habían venido los tres hombres. Rose siguió cuidando a los perros perdidos durante toda su vida. Lindsay nunca perdió su cariño por el ganado y los jabalíes. Sharon conservó su amor

hacia las aves y los insectos durante todos sus días. Amaban a la naturaleza y amaban a su familia. Volvieron a oír cantar a su madre. Y todos juntos vivieron vidas felices. Tal era su ley.

Siempre que me enfurezco, mi insatisfacción es descrita en clave por mi boca, que con los labios apretados compone una media luna vuelta hacia abajo. Tengo un dominio absoluto sobre el resto de la cara, pero mi boca es la renegada que divulga al mundo entero mi vergüenza y mi cólera. Los amigos que han perfeccionado el arte de leer mi boca pueden cartografiar el clima emocional de mi alma con asombrosa precisión. Por culpa de ello, jamás puedo coger por sorpresa a camaradas ni enemigos, por vital que sea el asunto a dirimir entre nosotros. Queda en sus manos la decisión de retirarse o avanzar contra mí. Enfurecido, mi boca es una cosa horrible.

Pero, aun sin estar enojado, no era rival para la impenetrable compostura de Susan Lowenstein. Ella podía responder a mi ira con una retirada estratégica hacia las nieves de su impecable educación. Cada vez que la atacaba, ella retrocedía hacia las vastas y confiadas extensiones de su inteligencia. Era capaz de marchitarme con sus ojos castaños, que hacían el papel de rosetones destinados a iluminar los recuerdos de alguna prehistórica era glacial. Cuando yo perdía el dominio, aquellos ojos me hacían sentir como una aberración de la naturaleza, un huracán a punto de desencadenarse sobre una ciudad costera preparada y bien protegida. Cuando estaba sereno, sentía que podía enfrentarme a la doctora Lowenstein de igual a igual; excitado, sabía que ella podía hacerme quedar como un perfecto gilipollas sureño. Mi boca se torció en una mueca de exquisito descontento cuando llegué ante la doctora Lowenstein y arrojé el libro infantil sobre la mesita de café, hacia la terapeuta.

—Muy bien, Lowenstein —comencé, tomando asiento—, vamos a prescindir de cortesías, como eso de «¿Ha pasado un buen fin de semana?» y a ir directamente al grano. ¿Quién coño es Renata y qué tiene que ver con mi hermana?

—¿Ha pasado un buen fin de semana, Tom? —preguntó ella.

—Voy a denunciarla a las autoridades competentes Lowenstein, y haré que le retiren la licencia. No tiene ningún derecho a ocultarme nada acerca de mi hermana.

—Ya —comentó.

—Escúpalo de una vez, doctora. Dígamelo claramente, y tal vez pueda salvar su amenazada carrera.

—Tom —dijo ella—, ya debe de saber lo mucho que me gusta usted en circunstancias normales. Pero cuando se siente amenazado o inseguro, lo encuentro bastante repulsivo.

—Me siento amenazado e inseguro las veinticuatro horas del día, doctora. Pero eso no hace al caso. Solamente quiero saber quién es Renata. Ella es la clave, ¿no es cierto? Si consigo entender lo de Renata, podré entender por qué me he pasado todo el verano en Nueva York. Usted lo sabía desde el primer momento, ¿verdad? Estaba enterada desde el principio, y no ha querido decirme nada.

—Es Savannah quien no ha querido que supiera nada Tom —dijo la doctora Lowenstein—. Yo me he limitado a acceder a sus deseos.

—Pero saberlo me ayudaría a comprender qué le ocurre a Savannah, ¿no es así, Susan? ¿Puede negarlo?

—Puede que le ayudara a comprender, Tom. No estoy segura.

—En tal caso, me debe una explicación, Lowenstein.

—La misma Savannah podrá explicárselo todo cuando sea oportuno. Me hizo prometer expresamente que no le hablaría de Renata.

—Pero eso fue antes de que yo supiera que Renata tenía alguna relación con mi hermana. Y debo añadir, doctora Lowenstein, que se trata de una relación bastante curiosa. Savannah está editando sus libros y poemas con el nombre de Renata.

—¿Quién le ha hablado del libro para niños, Tom?

Ignoré su pregunta y proseguí:

—Llamé a casa de Renata, en Brooklyn, y descubrí que se había tirado al metro hace dos años. La madre de Renata lo calificó de suicidio. Eso permite sacar diversas conclusiones. O bien Renata fingió suicidarse y disfruta torturando a su simpática mamá de Brooklyn, o bien está pasando algo muy extraño en la cabeza de mi hermana.

—¿Ha leído ese libro, Tom?

—Claro que lo he leído.

—¿Y qué opina?

—¿Qué diablos cree que opino? —estallé—. Se refiere a mi jodida familia.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque no soy idiota. Porque sé leer y porque hay un millar de detalles en esa historia que únicamente Savannah puede conocer. Y entiendo muy bien que haya utilizado un seudónimo para firmar ese libro, Susan: si mi madre lo leyera alguna vez, le partiría la cabeza. Savannah no tendría necesidad de suicidarse; mi madre le arrancararía el páncreas con los dientes. Ahora, ¿quién es Renata? Quiero saber qué relación tiene con Savannah. ¿Son amantes? Puede decírmelo tranquilamente. Savannah ya ha tenido otros líos con mujeres. He conocido a sus amantes y he compartido pan integral con ellas y les he servido emparedados de brotes de soya y las he alimentado con sopa de patata. Siempre se ha sentido atraída por los hombres y mujeres más extravagantes del continente. No me importa con quién ha estado jodiendo, pero exijo una explicación. Hace semanas que no me deja ver a Savannah. ¿Por qué? Tiene que haber algún motivo. ¿Ha sido Renata quien ha puesto en ese estado a Savannah? Si es así, la encontraré y le partiré la cara.

—Conque sería capaz de pegarle a una mujer —dijo ella. Sorprendente.

—Si le hubiera hecho daño a mi hermana, le sacaría las malditas tripas a puñetazos.

—Renata era amiga de Savannah. Eso es todo lo que voy a decirle.

—Y una mierda. Mire, no merezco que me trate así. He hecho todo lo que me ha

pedido. Le he contado todo lo que puedo recordar acerca de mi familia, y...

—Está mintiendo, Tom —me interrumpió con voz serena.

—¿Por qué dice que estoy mintiendo?

—No me ha contado todas las historias. No me ha contado las que importan de verdad. Me ha explicado la historia de su familia como le gustaría recordarla y preservarla. El abuelo era todo un carácter y la abuela, toda una excéntrica. Papá era un poco raro y nos pegaba cuando estaba borracho, pero mamá era una princesa y nos mantenía a todos unidos con su amor.

—No he llegado al fin de la historia, Susan —protesté—. Estoy tratando de situarlo todo en su contexto. El primer día que nos vimos me entregó un puñado de grabaciones en las que Savannah no paraba de aullar un galimatías. Parte de ellas carecen de sentido para mí. Estoy intentando ponerlo todo en orden, pero no puedo hablarle del final si no conoce los comienzos.

—Ha mentido incluso acerca de los comienzos.

—¿Cómo lo sabe? Si de algo estoy perfectamente seguro es de que conozco lo ocurrido a mi familia mucho mejor que usted.

—Quizá sólo conozca mejor una determinada versión, y eso es todo. Se trata de una versión instructiva, no lo niego, y me ha sido útil. Pero las cosas que omite, Tom, son exactamente igual de importantes que las que incluye. Hábleme menos de los Huck Finn que estaban hechos usted y su hermano y hábleme un poco más de la chica que se pasaba la vida poniendo la mesa. Es esa chica la que me interesa, Tom.

—Está hablando —dije—. Savannah habla y usted no permite que la vea.

—Ya sabe que Savannah ha decidido no verle, Tom Pero sus historias de la infancia le han resultado sumamente útiles. Le han ayudado a recordar cosas que tenía reprimidas desde hace mucho tiempo.

—Ella no ha oído ni una sola de las historias que he estado contándole.

Sí que las ha oído, Tom. Las he grabado todas y le hago escuchar fragmentos cuando voy al hospital.

—¡Watergate! —aullé, poniéndome en pie. Comencé a pasear nerviosamente por la habitación—. Que alguien llame al juez Sirica. Quiero que borre esas cintas, Lowenstein, o que las use para encender su barbacoa la próxima vez que ase carne en su terraza.

—Suelo grabar las sesiones muy a menudo, Tom. No tiene nada de particular, y me dijo que haría todo lo que estuviera en su mano para ayudar a su hermana. Sencillamente, le he tomado la palabra. Así que, por favor, siéntese otra vez y no siga tratando de intimidarme.

—No estoy tratando de intimidarla. Estoy a punto de darle una paliza.

—Siéntese, Tom —insistió la doctora—, y zanjemos nuestras diferencias serenamente.

Me dejé caer pesadamente en la mullida butaca y estudié una vez más la imperturbable compostura de Susan Lowenstein.

—Lo que más me preocupa en relación con mi próxima visita a Savannah, Tom, es ese quejumbroso ego de macho.

—Soy un macho completamente derrotado, doctora —repliqué con irritación—. No tiene por qué preocuparse. La vida y las circunstancias me han neutralizado.

—Ni por asomo. Aún no he conocido a varón alguno que no estuviera completamente dominado por la necesidad de mostrar su hombría a toda costa. Y usted es uno de los peores que he conocido.

—No sabe nada acerca de los hombres.

Se echó a reír y respondió:

—Dígame lo que sabe usted. Tenemos diez minutos.

—Me parece un comentario muy impertinente. No es tan fácil ser hombre como usted parece creer.

—Ya he oído antes esta triste canción, Tom. La mitad de mis pacientes masculinos tratan de ganarse mi simpatía tarareando los compases de ese trágico lamento. Mi marido utiliza esa misma gastada estrategia, sin saber que la oigo cincuenta veces por semana. Ahora empezará a hablarme de la vieja agonía del mando, ¿no es cierto, Tom? Eso de se esta muy solo en las alturas, pequeña, y de la espantosa responsabilidad de cabeza de familia. Ya lo he oído antes.

—Lowenstein —comencé—, el hecho de ser hombre sólo tiene una dificultad. Se trata de algo que las mujeres modernas no comprenden. Desde luego, ni Savannah ni sus amigas feministas radicales lo entienden. Todas sus amigas solían gritarnos a Luke y a mí cuando veníamos a Nueva York a visitar a Savannah. Creo que mi hermana pensaba que a sus pobres hermanos cuellirrojos les iba bien recibir unas cuantas lecciones sobre los males de ir provisto de pene en este mundo de hoy. ¡Feministas radicales! Dios me libre. A causa de Savannah, he recibido más gritos de las feministas radicales que cualquier otro varón sureño actualmente vivo. Están convencidas de que pueden gritarte todo lo que quieran durante cuarenta y ocho horas, y encima esperan que les quedes tan agradecido por sus lecciones como para meter gustosamente el pijo dentro de la batidora y apretar tú mismo el botón.

—La primera vez que nos vimos, Tom, me dijo que era usted feminista.

—Y soy feminista —Insistí—. Soy uno de esos machos ineptos e indolentes que han aprendido a hacer un *soufflé* y a preparar una perfecta salsa bearnesa mientras su esposa se dedica a rajar cadáveres y a consolar enfermos de cáncer. Cuando se lo digo a mis amigos varones, se ríen y me cuentan el último chiste verde, esto sabiendo que un hombre de nuestra absurda época que se declara feminista es una de las más ridículas figuras. Cuando se lo digo a las mujeres del Sur, la mayoría me miran con el mayor desprecio y me cuentan lo mucho que disfrutaban siendo mujeres y dejando que les abran la portezuela del coche. Cuando se lo digo a las feministas, responden peor que nadie. Las feministas lo toman como el gesto paternalista y farisaico de un hirsuto espía del otro bando. Pero soy un jodido feminista Lowenstein. Soy Tom Wingo, blanco, pacifista, feminista, ecologista, liberal y agnóstico, y a causa de todas

estas cosas no soy capaz de tomarme a mí mismo en serio, y tampoco a los demás. Incluso estoy pensando en solicitar un título vitalicio de cuellirrojo para así recobrar cierta medida de amor propio.

—Me parece que todavía es un cuellirrojo, Tom. pese todas sus protestas.

—Se equivoca. Un cuellirrojo es íntegro.

—Iba a decirme algo a propósito de ser hombre, ¿no? ¿De qué se trataba? —quiso saber la doctora Lowenstein.

—Se reirá usted de mí —me lamenté.

—Seguramente —admitió.

—El hecho de ser hombre sólo presenta una dificultad, doctora. Sólo una. No nos enseñan a amar. Eso constituye un secreto que nos mantienen oculto. Nos pasamos la vida entera tratando de conseguir que alguien nos enseñe, pero nunca llegamos a conseguirlo. Las únicas personas a las que podemos amar son los demás hombres, porque comprendemos la soledad que engendra esta carencia.

Cuando una mujer nos ama, quedamos abrumados, aterrorizados, impotentes y subyugados por su amor. Si las mujeres no nos comprenden es porque nunca podemos devolverles ese amor en su plena medida. No tenemos nada que darles. Nunca se nos concedió ese don.

—Cuando los hombres hablan de la angustia de ser hombre —observó ella—, nunca logran dejar de lado el tema recurrente de la autocompasión.

—Y cuando las mujeres hablan acerca de lo que representa ser mujer, nunca logran dejar de lado el tema recurrente de echar la culpa a los hombres.

—No es fácil ser mujer en esta sociedad.

—¡Buuu! Déjeme decirle algo, Lowenstein. Ser hombre es asqueroso. Estoy tan harto de tener que mostrarme fuerte, responsable, juicioso y señorial, que si alguna vez tengo que volver a fingir que soy una de esas cosas vomitaré.

—No he observado muchos indicios de que sea ninguna de esas cosas, Tom —dijo la impasible doctora Lowenstein—. La mayor parte del tiempo no sé qué es usted, qué representa ni qué defiende. Hay veces en que me parece usted uno de los hombres más dulces que he conocido jamás. Pero hay otras veces, siempre impredecibles, en que se vuelve amargo y se le ve acorralado. Ahora me dice que no es capaz de sentir amor. En otras ocasiones, asegura amar a todo el que tiene delante. Ha declarado su amor hacia su hermana una y otra vez, pero se enoja conmigo cuando trato de hacer todo lo que está en mi mano para ayudarla. No puedo confiar plenamente en usted Tom, porque no sé quién es en realidad. No sé cómo reaccionará si le hablo de Savannah. Por eso, Tom, me parece que lo que estoy pidiéndole es que empiece a portarse como un hombre. Quiero que se muestre fuerte, juicioso, responsable y sereno. Lo necesito, y también Savannah.

—He comenzado esta discusión, doctora —siseé—, con una simple pregunta acerca de la relación que existe entre Renata y mi hermana. Me parecía una pregunta justa. Por algún giro de la retórica, usted ha conseguido ponerme a la defensiva y, de

paso, me ha hecho quedar como un cretino.

—Ha comenzado esta discusión irrumpiendo violentamente aquí y arrojando ese libro sobre la mesa. Me ha levantado la voz, y no cobro para que la gente me levante la voz en mi propia consulta.

Me cubrí los ojos, sintiendo su tranquila y crítica mirada fija en mis manos. Bajé las manos y sostuve la mirada. Su belleza, oscura, sensual e inquietante, me agitó como siempre lo hacía.

—Me gustaría ver a Savannah, doctora. No tiene derecho a mantenernos alejados, ningún derecho.

—Soy su médico Tom, y les mantendría separados durante el resto de sus vidas si creyera que con eso la ayudaba. Y lo creo muy posible.

—¿A qué se refiere?

—Savannah opina, y estoy empezando a comprender sus razones, que quizá tenga que romper toda relación con su familia si es que quiere sobrevivir.

—Es lo peor que podría hacer, doctora —protesté.

—No estoy muy segura.

—Somos gemelos, doctora —observé agriamente—. Usted sólo es su jodida psiquiatra. Ahora, dígame, ¿quién es Renata? Me gustaría saberlo, y creo que me he ganado ese derecho.

—Renata era una amiga de Savannah, una amiga muy especial —comenzó la doctora Lowenstein—. Era muy frágil, muy sensible y muy colérica. Era lesbiana, feminista radical y judía. Temo que no apreciaba mucho a los hombres...

—¡Jesús! —gemí—. A juzgar por cómo la presenta, debía de ser como la mitad de las gilipollas con que Savannah se relaciona en esta ciudad.

—Cállese, Tom, o no continuaré.

—Disculpe. Ha sido un comentario inoportuno.

—Savannah sufrió un episodio psicótico hace poco más de dos años, y Renata la estuvo cuidando hasta que se recobró. Se habían conocido en un taller de poesía de la New School en el que Savannah daba clases. Cuando Savannah sufrió el ataque, Renata no quiso que fuera a un hospital mental y le juró que se haría cargo de ella hasta que estuviera bien. Por entonces, el estado de Savannah era muy parecido al que vio usted en el hospital en su última visita, Tom. Pero Renata la ayudó a superar lo peor. Según Savannah, Renata se portó como un ángel de la guarda. Tres semanas después de que Savannah hubiera regresado a su apartamento, Renata se arrojó bajo las ruedas del metro.

¿Por qué? —Inquirí.

—¿Quién sabe por qué? Por el mismo motivo por el que la gente intenta suicidarse. La vida se vuelve insoportable y sólo parece quedar una salida. Al igual que Savannah, Renata tenía diversos intentos de suicidio en su historial. Tras su muerte, Savannah entró en una larga recaída. Comenzó a andar por la ciudad sin saber adónde iba, desorientada y fuera de sí. Despertaba en portales desconocidos tras



haber pasado toda la noche en la calle. No conservaba ningún recuerdo de esos prolongados estados de fuga. Se recobraba ligeramente, volvía a su apartamento y trataba de escribir, pero no le salía nada. Trataba de recordar su infancia, Tom, y no encontraba ningún recuerdo. Su niñez sólo le causaba pesadillas. Una vez soñó que habían llegado tres hombres a la isla. Sabía que aquél era un sueño importante, esencial; sabía que había ocurrido algo parecido, pero no recordaba suficientes detalles. La historia de las tres niñas salió directamente de ese sueño.

Fue entonces cuando Savannah decidió firmar su libro con el nombre de Renata, como un homenaje a su memoria, y lo envió a un agente distinto al habitual para ver si conseguía que lo publicaran. Y entonces tuvo la que ella creyó la mejor idea de su vida, la que iba a ser su salvación.

—Me asusta escuchar lo que va a seguir —dije yo.

—Decidió convertirse en Renata Halpern, Tom —me comunicó Susan Lowenstein, inclinándose ligeramente hacia mí.

—¿Cómo ha dicho?

—Decidió convertirse en Renata —repitió.

—Explíquese, doctora. No termino de entenderla.

—La primera vez que Savannah vino a verme como paciente, Tom, me dijo que se llamaba Renata Halpern.

—¿Sabía usted que en realidad era Savannah Wingo? —pregunté.

—No. ¿Cómo habría podido saberlo?

—Tiene sus libros en la sala de espera.

—También tengo los de Saul Bellow, y no podría reconocerle si entrara en mi despacho y me dijera que se llama George Bates.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé—. Siento náuseas en el alma. Por favor, ¿cuándo supo usted que Savannah era Renata, o que Renata era Savannah, o que Savannah era Saul Bellow, o lo que fuere que averiguo por fin?

—Es difícil fingirse judío sin que yo me dé cuenta del engaño.

—¿Le dijo que era judía?

—Se presentó como Renata Halpern. Al hablar de sus padres, me dijo que ambos eran supervivientes del holocausto. Recordaba incluso los números que les habían tatuado en el brazo. Según ella, su padre trabajaba como peletero en el distrito de los sastres.

—No entiendo nada de eso. ¿Acaso sus pacientes no suelen venir en busca de ayuda? Quiero decir, ¿por qué habría de acudir a usted fingiendo ser otra persona? ¿Por qué habría de rechazar una ayuda basada en su propia historia y preferir que la ayudaran en relación con una historia inventada por ella?

—Creo que deseaba someter a prueba su nueva identidad para ver si había llegado a dominarla a la perfección. También creo que tenía serios problemas, con cualquier identidad con que se presentara. Estaba desmoronándose por completo, Tom, y en realidad no tenía mucha importancia quién dijera ser. Como Renata o como

Savannah, estaba desesperada. El hecho de que dijera llamarse Renata sólo era un aspecto más del problema.

—¿Cuándo le dijo que no era Renata?

—Le hice una serie de preguntas acerca de su pasado que no fue capaz de contestar. Le pregunté a qué *shul* asistía y no supo qué era un *shul*. Le pregunté el nombre de su templo y el del rabino de su infancia. Me aseguró que su madre sólo preparaba alimentos *kosher*, pero no supo a qué me refería cuando le pregunte si alguna vez había comido alimentos que fueran *trayf*. Apenas conocía unas pocas palabras de *yiddish*, aunque afirmaba que sus padres procedían de un *shtetl* de Galitzia. Finalmente, tuve que decirle que no creía en su historia y que necesitaba saber la verdad para poder ayudarla. También le dije que, en mi opinión, no tenía aspecto de judía.

—Es una racista, Lowenstein —observé—. Lo supe desde él primer momento en que le puse la vista encima.

—El rostro de su hermana es típicamente *shiksa* —respondió, sonriente.

—¿Se trata de un insulto imperdonable?

—No, es sencillamente un hecho innegable.

—¿Cómo reaccionó Savannah cuando se vio descubierta?

—Se levantó y salió de la consulta sin despedirse. No acudió a la siguiente visita, pero telefoneó para cancelarla. La siguiente vez que nos vimos me explicó que antes se había llamado Savannah Wingo, pero que había decidido asumir una nueva identidad, trasladarse a la Costa Oeste y vivir el resto de sus días como Renata Halpern. No quería volver a tener trato con ningún miembro de su familia; nunca más. Me dijo que le resultaba demasiado doloroso ver a cualquiera de ellos. Ya no podía seguir soportando sus recuerdos, y estaba perdiendo rápidamente los pocos que le quedaban. Se negaba a seguir rodeada de tanto dolor. Llevaba demasiado tiempo sin encontrar consuelo. Consideraba que con la identidad de Renata Halpern tendría la oportunidad de llevar una vida razonable. Como Savannah. Wingo, creía que antes de un año habría muerto.

—¡Dios mío! —exclamé. Cerré los ojos y traté de pensar en nosotros cuando éramos unos niños rubios y esbeltos bajo el sol de Carolina. Ante mí apareció una visión del río: las aves de las marismas pescaban en el estuario y los tres hermanos nadábamos en las verdes aguas del río, quietas como una balsa de aceite en plena marea alta. Siendo aún muy pequeños elaboramos un ritual que jamás revelamos a ningún alma viviente. Cada vez que nos sentíamos dolidos, tristes o desdichados, cada vez que nuestros padres nos castigaban o nos pegaban, nos dirigíamos los tres al extremo del muelle flotante, nos zambullíamos en el agua entibiada por el sol, nadábamos unos tres metros hacia el centro del canal y nos asíamos de las manos para formar un círculo. Flotábamos así juntos, con las manos unidas en un círculo perfecto e indestructible. Yo sujetaba la mano de Savannah y ella la de Luke. Los tres nos tocábamos, enlazados en un anillo de carne, sangre y agua. Después, Luke nos

daba la señal y los tres respirábamos hondo y nos sumergíamos hasta el fondo del río, todavía con las manos firmemente cogidas. Permanecíamos en el fondo hasta que alguno de los tres apretaba las manos de los otros, y entonces ascendíamos juntos y rompíamos la superficie en una explosión de luz y aliento. Pero en el fondo yo abría los ojos a la sal y las sombras y veía las borrosas figuras de mi hermano y mi hermana flotando como embriones junto a mí. Sentía una deslumbradora unión entre nosotros, un triángulo de elevado amor desprovisto de palabras, cuando ascendíamos hacia la luz y el terror de nuestras vidas. Zambulléndonos conocíamos la seguridad y el silencio de aquel mundo sin padre ni madre; sólo cuando nuestros pulmones nos traicionaban, emprendíamos el ascenso hacia la ruina. Los lugares seguros únicamente podían ser visitados; solamente podían concedernos una momentánea intuición de santuario. Siempre acababa llegando el momento de regresar a nuestra vida real para enfrentarnos con los dolores y pesares propios de nuestro hogar junto al río.

En aquel preciso instante, en la consulta de la doctora Lowenstein, anhelaba el asilo de las lentas corrientes, los lugares profundos, el lecho de los ríos. Me habría gustado coger a mi hermana, abrazarla contra mi pecho y sumergirme hasta el fondo de un mar de azur para tenerla siempre a mi lado. Sería un hombre nuevo, capaz de atacar y destruir todo lo que viniera a hacerle daño. Cuando pensaba o soñaba en Savannah, siempre podía llevar conmigo una amplia selección del más perfecto y cortante armamento destinado a defenderla; pero en la vida real ni siquiera era capaz de proteger de sus propias guerras interiores las delicadas venas de sus muñecas.

—Le dije a Savannah que trataría de ayudarla en todo, lo que pudiera —prosiguió la doctora Lowenstein—. Pero, para ello, tenía que saber de que estaba huyendo. No me parecía que Renata Halpern tuviera la menor posibilidad si antes no quedaban resueltos los problemas de Savannah Wingo.

—¿Está usted diciendo que ayudaría a alguien a convertirse en otra persona? —pregunté—. Pero, por favor, ¿dónde está la ética de este asunto? Y si la ética no tiene nada que ver, ¿en qué estadísticas terapéuticas se basa? ¿Cómo diablos puede estar segura de que es lo mejor para Savannah? ¿Y si se equivoca, Lowenstein?

—Nunca he conocido otro caso como éste, o sea que no puedo basarme en ningún precedente recogido por la literatura profesional. Y tampoco accedí a ayudar a Savannah a convertirse en Renata Halpern. Solamente le dije que intentaría ayudarla a convertirse en la persona más plenamente integrada que pudiera llegar a ser. Las elecciones difíciles le correspondían exclusivamente a ella; yo sólo la ayudaría a hacer que dieran buen resultado.

—No tiene derecho a hacer eso con Savannah, doctora Lowenstein. No tiene derecho a ayudarla a convertirse en una persona que nunca más volverá a ver a su familia. No puedo admitir una terapia destinada a convertir a mi hermana sureña en una escritora judía. Lo que está usted haciendo no es terapia; es magia negra, brujería, todas las artes ocultas combinadas. Si Savannah quiere convertirse en Renata

Halpern, se trata sencillamente de una manifestación más de su locura.

—No sé; podría ser una manifestación de su cordura.

De pronto me sentí exhausto, agotado hasta el núcleo mismo de mi ser, y apoyé la cabeza en el respaldo de la butaca, cerré los ojos e intenté ordenar mis pensamientos. Me esforcé en encontrar argumentos razonables con que oponerme a Susan Lowenstein, pero me sentía demasiado eclipsado y alienado para ser razonable. Finalmente, reuní las fuerzas suficientes para decir:

—Este es el motivo por el que odio el siglo en que he nacido, Lowenstein. ¿Por qué he tenido que nacer en el siglo de Sigmund Freud? Desprecio su charlatanería, a sus fanáticos seguidores, sus secretos encantamientos de la psique, sus nebulosas e indemostrables teorías, sus interminables categorizaciones de todas las cosas humanas. Me gustaría hacer una declaración, y lo digo tras largas reflexiones y deliberaciones. Que se joda Sigmund Freud. Que se joda su madre, su padre, sus hijos y sus abuelos. Que se joda su perro, su gato, su periquito y todos los animales del zoo de Viena. Que se joda sus libros, sus ideas, sus teorías, sus ensoñaciones, sus obscenas fantasías y el diván que utilizaba. Que se joda este siglo año por año, día por día, hora por hora. Puede coger todo lo que existe en este miserable aborto de tiempo de cien años de duración y arrojarlo por el fragante retrete de Sigmund Freud. Por último, pero igualmente importante, jódase, Lowenstein. Que se joda Savannah, que se joda Renata Halpern y que se joda cualquier otra persona en la que mi hermana pueda querer convertirse más adelante. En cuanto sea capaz de moverme, saldré de su bien decorada consulta, embalaré mis escasas pertenencias y ordenaré a uno de esos indescriptibles y escrupulosos taxistas que me lleve al aeropuerto La Guardia. El viejo Tom se vuelve a casa, donde su esposa está enamorada de un especialista del corazón. Y eso, aun siendo terrible, me resulta comprensible, mientras que no puedo decir lo mismo de nada, que tenga que ver con Savannah o con Renata.

¿Ha terminado ya, Tom? —preguntó ella.

—No. En cuanto se me ocurra algo verdaderamente insultante, le soltaré otra granizada.

—Puede que me haya equivocado al no querer contárselo todo desde el primer momento. La decisión fue mía. Comprenda, Tom, me habían precavido acerca de usted. Savannah le conoce muy bien. Se da cuenta de que, aunque pretende ayudarla, se avergüenza profundamente de sus problemas, los teme y haría casi cualquier cosa con tal de librarse de ellos, de negarlos, de arrojarlos a la oscuridad. Por otra parte, también sabe que tiene usted un arraigado sentido de la familia y del deber. Mi tarea consistía en equilibrar esas dos fuerzas opuestas. Si hubiese podido hacer mi trabajo sin usted, bien sabe Dios que lo habría hecho. He estado temiendo que llegara este momento, temiendo su ira y su hipocresía.

—¿Y cómo quiere que reaccione? —inquirí—. ¿Qué diría si yo hubiera hecho lo mismo con Bernard? ¿Y si hubiera cogido a su patológicamente desdichado hijo, y en

vez de entrenarlo, le hubiera enseñado la forma de liberarse de su miserable vida familiar? Cámbiate el nombre, Bernard. Ven conmigo a Carolina del Sur. Ingresarás en el equipo de fútbol y te buscaremos una familia simpática que te permita empezar otra vez de cero.

—No es lo mismo, y usted lo sabe. Mi hijo no ha intentado suicidarse.

—Dele tiempo, Lowenstein —repliqué—. Dele un poco de tiempo.

—¡Hijo de puta! —estalló.

No la vi coger un voluminoso diccionario de encima de la mesita de café y lanzarlo hacia mí con notable puntería.

Me dio de lleno en la nariz, rebotó sobre mi regazo y quedó abierto en el suelo, precisamente por la página 764. Desconcertado, bajé la vista y leí la voz «desplazamiento pesado». Casi al instante, vi que mi sangre estaba manchando el artículo referente al matemático ruso Nikolai Ivanovich Lobachevski. Me llevé la mano a la nariz, y la sangre me chorreó entre los dedos.

¡Oh, Dios mío! —exclamó ella, horrorizada por lo impulsivo de su acción. Me ofreció su pañuelo—. ¿Le duele?

—Sí —respondí—. Es una verdadera agonía.

—Aquí tengo un frasquito de Valium —anunció, abriendo su bolso.

Comencé a reír estentóreamente, pero me detuve al ver que eso me hacía sangrar más.

—¿Piensa cortar la hemorragia metiéndome un par de Valiums por los agujeros de la nariz? Creo que el mundo salió ganando cuando decidió usted no dedicarse a la medicina, doctora.

—Quizá le ayude a tranquilizarse.

—No estoy agitado, Lowenstein —objeté—. Estoy sangrando. Usted me ha lesionado. Ya verá qué demanda judicial va a salir de esto.

—Me ha llevado a los límites de mi paciencia —explicó—. Nunca en mi vida había tenido un arrebató de violencia.

—Pues ya ha tenido uno. Ha sido un buen tiro.

—Sigue sangrando.

—Eso es porque casi me arranca la nariz de cuajo —contesté, apoyando la cabeza en el respaldo de la butaca—. Si me deja unos instantes a solas, sin hacer ruido al cerrar la puerta, terminaré de desangrarme tranquilamente.

—Creo que debería ver a un doctor.

—Estoy con una doctora.

—Usted ya me entiende.

—¿Por qué no se acerca al hospital mental y me trae un catatónico, para que pueda aplicármelo contra la nariz una o dos horas? Mire, doctora, tranquilícese. No es la primera vez que me sangra la nariz. Saldré de ésta.

—Lo siento muchísimo, Tom. Es muy embarazoso para mí —se disculpó.

—Jamás podré perdonárselo —repliqué, y lo absurdo de la escena me llevó de

nuevo al borde de la risa—. ¡Vaya día, por Dios! Un diccionario me deja fuera de combate y descubro que mi hermana está preparándose para ser una judía de Brooklyn. ¡Jesús!

—Cuando deje de sangrar, Tom, permítame que le invite a almorzar.

—Le saldrá caro, Lowenstein —le advertí—. Hoy no pienso conformarme con un perrito caliente en Nathan's o una pizza de queso. Ya sé adónde vamos a ir: al Lutéce, La Cte Basque o el Four Seasons. Todo lo que pida llegará flameando a la mesa. Le costará dinero, Lowenstein, mucho dinero.

—Durante el almuerzo, Tom, quiero que hablemos seria y razonablemente —dijo la doctora Lowenstein—. He de explicarle otras cosas acerca de Savannah, de Renata y de mí...

No pudo continuar. Mis carcajadas la hicieron callar en seco.

Cuando crucé las puertas del Lutéce, sentí que me movía en mi propio y medio soñado estado de fuga, a causa del vértigo provocado por la hemorragia nasal y por la resolución del misterio de Renata. Madame Soltner saludó a Susan por su nombre y ambas se entretuvieron un minuto entero charlando en francés coloquial, mientras yo me maravillaba una vez más de la facilidad con que Susan dominaba los hábitos y las fluidas cortesías de su brillante y civilizada vida. Poseía un aplomo espontáneo y habitualmente correcto, como una espléndida criatura experta en todas las artes plenarias que se pueden cultivar con acceso a los círculos más indicados y abundancia de dinero limpio. Era la primera persona que conocía en Nueva York que no quedaba atomizada y ridiculizada por la rugiente y todopoderosa autoridad de la ciudad. Indígena de las avenidas, sus ademanes eran económicos y seguros. Su confianza se me antojaba un don exorbitante, pero también es cierto que en Nueva York yo sólo me había relacionado con inmigrantes. Susan Lowenstein era la primera residente de la grandiosa isla que conocía personalmente, mi primera nativa de Manhattan. Había averiguado que bajo los frescos jardines de su exterior subyacían estratos de pasión, como bien lo atestiguaba mi palpitante nariz.

Madame Soltner nos condujo personalmente a una buena mesa, limitándose a dirigir una sola mirada de preocupación al pañuelo de papel que me había embutido en la ventana izquierda de la nariz. Consideré que, con toda probabilidad, había acompañado hasta el apacible interior del Lutéce a muy pocos clientes aquejados de una hemorragia nasal. Disculpándome, me encaminé al aseo de caballeros para quitarme el desagradable *kleenex*, y tras comprobar que ya no sangraba me lavé la cara y regresé al salón comedor. Mi nariz se había hinchado como un espeso grumo de hojaldre. No estaba muy guapo, pero sí hambriento.

Un camarero que parecía haber sido almidonado con arrogancia tomó nota de las bebidas que queríamos tomar, Me incliné sobre la inmaculada mantelería y susurré:

—Cuando lleguen las bebidas, ¿me disculpará si meto la nariz en mi copa durante uno o dos minutos? El alcohol desinfectará la herida.

Encendió un cigarrillo y exhaló una bocanada de humo hacia mí.

—Menos mal que se lo toma a broma. Todavía me parece increíble que haya podido arrojarle un libro. A veces, Tom, es usted muy exasperante.

—A veces soy un perfecto idiota. Hice un comentario imperdonable acerca de Bernard y me merecía plenamente que me aplastara la nariz con un diccionario. Soy yo quien debe disculparse.

—Mi incapacidad de ser una buena madre para Bernard es un tormento constante para mí, Tom —dijo ella.

—Usted no es una mala madre. Bernard es un adolescente. Los adolescentes, por definición, no son aptos para vivir en la sociedad humana. Su papel consiste en portarse como gilipollas y en amargar la vida a sus padres.

El camarero nos trajo los menús y comencé a estudiar el mío minuciosamente, pero con cierta inquietud. Era la primera vez que comía a menos de un tiro de piedra de un chef de categoría internacional, y no quería desperdiciar mi oportunidad con una elección irreflexiva y carente de imaginación. Interrogué cuidadosamente a Susan Lowenstein acerca de todas las comidas que había tomado en el Lutèce y le advertí que me estropearía el almuerzo si yo elegía un plato simplemente magnífico para luego verlo eclipsado por su elección de una ambrosía sobrenatural. Finalmente, la doctora se ofreció a elegir todo mi almuerzo, y me recosté en el asiento mientras ella le indicaba al camarero que me sirviera como entrante una *mousse* de pato salpicada con bayas de enebro. Para el primer plato se decidió por una *soupe de poisson au crabe*, con un guiño que me garantizaba su excelencia. Seguidamente enumeró una serie de platos, según ella impecables, cuya sola mención me hizo sentir un vértigo de felicidad. Percibiendo de nuevo mis vacilaciones, mi indecisión ante la oferta, ordenó al camarero que le encargara al chef Soltner la preparación de un *nible de lapin*.

—¡Conejo! —exclamé, sorprendido—. Todas las revistas de gastronomía describen este lugar como un templo de la *haute cuisine*, Lowenstein. ¿Acaso pretende humillarme haciendo que me sirvan un vulgar conejo?

—Será el mejor plato que jamás haya probado —me aseguró, con todo su aplomo—. Confíe en mí.

—¿Le importa si le digo al camarero que soy el crítico gastronómico del *New York Times*? —inquirí—. Me gustaría presionar un poco a André para que se esforzara seriamente por superarse, allí en su cocina.

—Preferiría que no lo hiciera, Tom. Déjeme elegir el vino y si no le molesta, hablaremos un poco de Savannah.

—¿Podría pedirle al camarero que retirara de la mesa todos los objetos susceptibles de ser utilizados como arma arrojadiza? O, si no, ¿me permite que me ponga una careta de *catcher*?

—¿Su familia y sus amigos no le han dicho nunca que a veces sus bromas resultan algo excesivas?

—Sí, dicen que son repugnantes. Le prometo no hacerme el gracioso durante el resto de la comida, doctora.

Llegó el vino a la mesa, un Cliáteau Margaux. La *mousse* de pato se materializó simultáneamente. Saboreé el vino y lo hallé tan robusto y atrayente que, al separar la copa de mis labios, sentí mi boca cantar de placer. El sabor se prolongaba como un acorde sobre la lengua; mi boca era como un campo de flores. La *mousse* me hizo sentir feliz de estar vivo.

—¡Dios mío, Lowenstein, esta *mousse* es fabulosa! —exclamé—. Ya siento los batallones de calorías marchando hacia mi torrente circulatorio. Ojalá mi trabajo consistiera en ganar peso en este restaurante.

—Savannah ha reprimido una gran parte de su infancia, Tom —comenzó la doctora Lowenstein.

—¿Qué tiene eso que ver con la *mousse* de pato? —repliqué.

—Ha borrado períodos enteros de su vida. Ella los llama intervalos en blanco. Al parecer, coinciden con los momentos en que sus alucinaciones se descontrolan; al parecer, existen fuera del tiempo, del espacio y de la razón.

—Siempre le ha costado acordarse de las cosas —comenté.

—Me dijo que siempre había tenido este problema durante su crecimiento, pero que se trataba de un problema inmencionable. Un terrible secreto. Dijo que, por su culpa, siempre se había sentido distinta, sola e insegura. Se convirtió en prisionera del tiempo perdido, de los días olvidados. De un tiempo a esta parte, le inquietaba ver que su poesía se resentía. Tenía la sensación de que su locura estaba dominándola, cayendo sobre ella como una fuerza abrumadora. Lo que más temía era caer en uno de esos períodos desprovistos de memoria y no regresar ya nunca más a su ser.

El rostro de Susan Lowenstein se suavizó casi imperceptiblemente mientras me hablaba, transformación producida por la pasión que sentía por su oficio. Fue una de las contadas ocasiones en que pude percibir el celo que aplicaba a su profesión, el espíritu que invocaba en su papel de residente temporal entre las almas heridas y maltratadas. Con voz vibrante, la doctora rememoró aquellos primeros meses en que Savannah acudía a su consulta para hablar de su vida, de su juventud, de su obra. Pero siempre aparecían increíbles espacios vacíos, dispersiones de la memoria e *impasses* que la reducían una y otra vez a la frustración, confinándola en callejones sin salida. En el subconsciente de Savannah operaba alguna fuerza que censuraba por completo su juventud. Cuando se volvía hacia su niñez no hallaba sino fragmentos inconexos, y siempre relacionados con una vaga y enervante sensación de terror. Había veces en que, cuando conjuraba alguna imagen solitaria de aquella niñez —el lánguido vuelo de un ave de las marismas, la puesta en marcha del motor del pesquero, la voz de su madre en la cocina—, se sumía en un reino de oscuridad, en la intemporalidad, en una vida que no era la suya. Durante los dos años que llevaba en esta situación, y mediante un poderoso esfuerzo de voluntad, se había entrenado para concentrarse únicamente en su vida en Nueva York. Su ciclo de poemas «Considerando Manhattan» fue escrito en un febril período de tres meses, cuando notó que recobraba sus poderes, sintió el antiguo y apreciado peso del idioma y se vio



una vez más en el centro del mundo, enviando sus cantos de amor y sus réquiems.

Fue la redacción del libro para niños lo que vertiginosamente la llevó de vuelta hacia los ingravidos armónicos de su locura. Cuando la narración llegó a ella en forma de pesadilla, se limitó a transcribirla, exactamente tal y como la había soñado, en un estallido de ininterrumpida creatividad que duró ocho horas. Mientras la escribía, se dio cuenta de que estaba narrando uno de los intervalos perdidos de su vida. Advirtió que en su relato faltaban algunos elementos, elementos mucho más poderosos que los que aparecían. Los tres hombres despertaban en ella un eco particularmente cruel, y su llegada a la casa hacía sonar algo en su interior, desde muy lejos, como el doblar de la campana de una iglesia secularizada transportado por el viento. Savannah estudió la narración como si fuera un olvidado texto sagrado que encerrase inescrutables alusiones a los misterios de su propia vida. Leyó el relato una y otra vez, convencida de que constituía una parábola o esbozo de algo que tenía implicaciones mucho más graves. Estaba segura de que le había ocurrido algo importante, pero sólo logró identificar uno de los elementos que faltaban en el relato que había escrito: la estatua del Niño Jesús de Praga que su padre trajera al regresar de la segunda guerra mundial y que ocupaba una mesita junto a la puerta principal. No sabía qué papel había desempeñado la estatuilla en su historia, pero tenía la certeza de que había de formar parte de ella. Tras el suicidio de Renata, aquella estatua intervino de forma horrible en las alucinaciones que la acosaban incesantemente durante sus períodos de sufrimiento. El Niño Jesús de Praga se sumó al coro de voces que brotaba de su interior, uniéndose a los perros negros del suicidio y a los ángeles de la negación. Una vez más, estas apariciones entonaron la marchita letanía que mi hermana venía oyendo desde la niñez, hicieron befa de su inutilidad, la agasajaron con himnos y cánticos asesinos y exigieron su muerte. Savannah empezó a ver los perros colgados de ganchos para carne sobre las paredes de su apartamento con sus cuerpos retorcidos le pedían a agónicamente. Cientos de perros crucificados gritos, con voces sibilantes y entremezcladas, que pusiera fin a su vida. «No son reales. No son reales», se repetía Savannah, pero su voz quedaba ahogada por los demoníacos aullidos de los acusadores canes empalados. Para escapar a los perros, se alzaba de su asiento en la sala y se dirigía al cuarto de baño. Allí encontraba los ángeles menstruantes colgados de la ducha y del techo, con los cuellos rotos y expresando con gemidos su exquisito sufrimiento. Sus voces, dulces y delicadas, la urgían a reunirse con ellos en el hogar en el lugar seguro abierto a amplios panoramas, en los corredores del sueño interminable, en la larga noche de silencio sin voces, donde los ángeles eran íntegros, inmaculados y amables. Sus brazos se alzaban hacia ella en un gesto de solidaridad y posesión. Las cuencas de sus ojos eran agujeros negros rebosantes de pus. Por encima de ellos, Savannah veía los piecitos del Niño Jesús de Praga, ahorcado en el techo, con el rostro magullado y desfigurado, que le hablaba con la voz de su madre y le pedía que mantuviera su silencio. Cada vez que sacaba las hojas de afeitar y empezaba a contarlas, percibía el placer de los

perros debatiéndose en los ganchos, el éxtasis de los ángeles desfigurados con sus voces aflautadas y penetrantes. Todas las noches, Savannah contaba hojas de afeitar y escuchaba los clamores de aquella mancillada nación que promulgaba las leyes de la tempestad y murmuraba las completas del suicidio.

—Solamente vi a Savannah durante un par de meses antes de su intento de suicidio, Tom —me explicó Susan Lowenstein—. No supe advertir que existía el peligro de que atentara contra su vida. La terapia era muy estimulante, pero un terapeuta no debe dejarse llevar por la euforia. Hay que mantener la calma y el desapego, adoptar una actitud profesional. Pero Savannah era una poetisa que me hablaba y me deslumbraba con sus palabras e imágenes. Cometí un error, Tom. Quise ser conocida como la terapeuta que había conseguido que la poetisa escribiera de nuevo. Cometí un terrible pecado de arrogancia.

—No fue arrogancia, Susan —objeté, hundiendo el cuchillo en el conejo de mi plato—. Sencillamente, la cosa se complicó demasiado para usted, del mismo modo en que se ha complicado demasiado para mí.

—No comprendo.

—Fijémonos en mi experiencia —propuse—. Me avisan de que mi hermana se ha abierto las venas aquí, en la alegre isla de Manhattan. Acudo a toda prisa para representar mi papel ritual de salvador, un Jesucristo del siglo xx. Se trata de un papel, por cierto, que puedo representar perfectamente dormido, desfilando con la banda o con las manos atadas a la espalda, porque hace que me sienta necesario, que me sienta superior. El gemelo de oro monta en su corcel y se lanza al rescate de su adorable hermana, poetisa, demente, suicida frustrada.

—¿Y si le hubiera dicho desde el primer día que Savannah estaba pensando en desaparecer de Nueva York para ir a vivir a una ciudad desconocida bajo la identidad de Renata Halpern? —preguntó ella.

—Me habría partido de risa —admití.

—Eso es exactamente lo que habría hecho —asintió—. El primer día que nos vimos, no hizo ningún esfuerzo para ocultar su desprecio por la psiquiatría.

—Crecí en una población afortunada, doctora —respondí—. Ni siquiera sabíamos qué era un psiquiatra.

—Ah, sí —exclamó—. Una población muy afortunada. A juzgar por sus descripciones de Colleton, diría que toda la ciudad sufría una especie de psicosis colectiva.

—Bien, ahora ya no sufre nada. —Concentré mi atención en el conejo, y tras una pausa proseguí—. Todavía no me ha explicado por qué Savannah no puede contarle las mismas historias que yo.

—He intentado explicárselo, Tom, pero no me ha escuchado o no ha querido creerme. Hay grandes espacios vacíos en su memoria, vastas zonas de represión que a veces llegan a cubrir años enteros. La propia Savannah me dijo una vez que usted podría contarme todas las historias. Desde su llegada, Tom, no ha dejado de insistir

en la extraña intimidad que siempre ha tenido con Savannah, por ser gemelos. Al principio no le hice caso, pues creía que usted era parte de sus problemas, pero ahora pienso de otro modo.

—Gracias.

—Mientras crecían, usted desempeñó una función muy importante para Savannah, Tom. Luke y usted la protegían del mundo; de su propio mundo, sobre todo. Aunque ella siempre fue distinta a los demás, sus hermanos le daban una apariencia de normalidad. Ambos contribuyeron a guiarla a través de una infancia muy difícil. Y usted, Tom, representó el papel más crítico. Savannah inició el proceso de suprimir recuerdos, de eliminar recuerdos asesinos, a una edad muy temprana. Yo lo llamaría represión, pero ya sé lo mucho que le molesta la terminología freudiana. Así pues, ella le asignó su tarea casi desde el principio: usted se convirtió en la memoria de Savannah, su ventana hacia el pasado. Cuando ella superaba uno de sus períodos oscuros, era usted quien le decía siempre qué había ocurrido, dónde había estado y qué había dicho.

—Si carecía de memoria —objeté—, ¿cómo pudo convertirse en poetisa?

—Porque es un genio, y porque su poesía procede del dolor de ser humano y del dolor de sobrevivir como mujer en nuestra sociedad.

—¿Cuándo cree usted que empezó a delegar en mí las funciones de su memoria?

—Savannah recuerda su primera infancia mucho mejor que usted, Tom. Recuerda la brutalidad de su madre cuando los dos eran muy pequeños.

—¡Tonterías! Mamá no era perfecta, pero tampoco brutal. Debe de estar confundiendo a mamá y a papá. —Comencé a masticar lentamente.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo estaba allí, Lowenstein —repliqué, cortante—. Soy lo que podría llamar un testigo ocular.

—Pero fíjese en que, cuando comenzó a referirme esta crónica, empezó con su nacimiento en mitad de un temporal, un acontecimiento que en absoluto puede recordar. Lo que ha hecho ha sido recitar un mito familiar tal y como le fue contado, Tom, lo cual me parece muy natural. A continuación, se saltó seis años y pasó directamente a hablarme de su primer curso en la escuela de Atlanta. ¿Qué ocurrió durante aquellos seis años?

—Éramos unos chiquillos. Vomitábamos, cagábamos, bebíamos la leche de mamá, crecíamos. ¿Cómo quiere que me acuerde de todo eso?

—Savannah lo recuerda. Lo recuerda demasiado bien.

—Tonterías, doctora, nada más que tonterías —protesté. Sin embargo, a pesar de mis esfuerzos, únicamente pude recordar una sola imagen de aquella época de mi vida: la luna alzándose por el este, conjurada por mi madre.

—Quizá lo sean, Tom, pero esta veterana psiquiatra les encuentra ciertos visos de realidad.

—Por favor, Lowenstein, no me venga ahora con psiquiatrías. Cuando abandone

esta ciudad, quiero mantener intacto mi profundo desprecio hacia su profesión.

—No tengo nada que objetar a su odio hacia la terapia psiquiátrica, Tom —respondió tranquilamente. A estas alturas, la cosa ya ha quedado perfectamente clara y no me molesta lo más mínimo. De hecho, estoy empezando a encontrarle la mar de encantador y estúpido acerca de esta cuestión.

—Mire, ya lo discutiremos luego —dije yo, esbozando ademán que abarcaba toda la sala—. Estamos en el Lutéce, Susan. Siempre había deseado comer en el Lutéce. El New York Times lo describe como un paraíso gastronómico. Me gusta acomodarme en los paraísos gastronómicos y ensalzar la comida. Este vino es el líquido más deleitoso que jamás haya humedecido mi boca. El ambiente, con su sobria elegancia, es maravilloso. Por supuesto, yo habría preferido una elegancia ostentosa, porque mi pasado es de cuellirrojo y aún no he evolucionado lo bastante como para apreciar plenamente la sobriedad. Pero es hermoso, muy hermoso. Ahora bien, cuando uno come en el Lutéce por primera y última vez en su vida, lo que quiere es hablar de arte, de poesía, de cocina y tal vez un poco de filosofía. Si empieza a hablarme de Savannah, y de sus ángeles que rezuman pus por los ojos, se rompe el encantamiento. ¿Comprende a qué me refiero? Estamos en un paraíso gastronómico, me duele la nariz y necesito tiempo para asimilar todo esto. Vea, hasta hace apenas tres horas yo creía que Savannah sólo era la excéntrica de Savannah. La cosa me resulta muy, muy difícil de aceptar, Lowenstein. Considérelo desde mi punto de vista. Esta mañana me ha presentado a mi hermana gemela, a la que había tratado bastante a fondo durante treinta y seis años. Sólo que aquí tenemos una sorpresita para Tommy: tu hermana no es en realidad tu hermana, Tom, sino Renata Halpern. Pero espera, Tom, cateto sureño, que eso no es todo. Además, tiene la intención de trasladarse a otra ciudad para no volver a verte en toda su vida. Así, cuando me enfado un poco porque me han ocultado el asunto, su profesional y sumamente cualificada terapeuta me arroja un diccionario en plena cara y pierdo medio litro de sangre. Este almuerzo es su acto de contrición por haber derramado mi preciosa sangre, y ahora quiero que cambiemos de tema y llevemos la conversación a la última película o a la selección mensual del Club del Libro.

—Hablemos de su libro para niños —propuso ella.

—¡Ah! La piedra de Rosetta. Savannah ha tratado de escribir sobre el mal, pero no lo ha logrado. Lo ha convertido en algo bello. Lo ha hermoñado, y con ello se ha traicionado a sí misma y a su talento.

—Es un cuento, Tom. Sólo es ficción.

—No debería ser ficción. Debería haberlo presentado como un frío hecho. Savannah es suficientemente buena para escribir esa historia de una forma capaz de estremecer al mundo entero. No merecía ser hermoñada y presentada como un cuento para leer a los niños a la hora de acostarlos. Habría tenido que hacer caer de rodillas a las personas adultas, temblando de rabia y de piedad. Savannah no ha respetado la integridad de la historia; es un crimen que la haya presentado como una

obra de arte con un final feliz. Habría que llorar después de leerla. Mañana le contaré yo esta historia, y no habrá arañas parlanchinas, perros simpáticos, terneras que transmiten balbuceantes mensajes al rey de los toros ni nada de toda esa mierda.

—A un artista no se le debe exigir que diga la verdad, Tom.

—¡Y tanto que sí!

—Ya sabe qué quiero decir. Los artistas dicen la verdad a su manera.

—O mienten a su manera. Y le prometo que Savannah ha mentido en esta historia.

—Tal vez haya dicho toda la verdad que ha podido decir.

—Tonterías, mi buena doctora. Siempre he sabido que un día u otro acabaría escribiendo sobre ese asunto. Mi madre, lo sé, ha vivido con el constante temor de que Savannah lo pusiera por escrito. Pero ninguno de nosotros ha hablado nunca en voz alta de lo que ocurrió aquel día en la isla. Cuando empecé a leer el libro, creí que por fin se había decidido a sacarlo a la luz, pero en seguida vi el punto en que perdía el coraje: fue cuando las niñas recibían un poder mágico. No hubo magia que nos protegiera a nosotros.

—Tom —dijo la doctora Lowenstein—, en ese libro hay bastante verdad como para llevar a su hermana al borde del suicidio.

—Tiene razón —asentí—. Pero ¿querrá decirle algo de mi parte? Dígale que, si decide convertirse en Renata Halpern, iré a visitarla a San Francisco, a Hong Kong o adonde vaya a vivir, sin decirle a nadie que somos hermanos. Me presentaré como un amigo sureño que la conoció en un recital de poesía o en la inauguración de una exposición. —Para mí, lo peor sería que desapareciera para siempre. No podría soportarlo; sencillamente, me sería imposible soportarlo, y nadie puede entender por qué mejor que Savannah. Quiero que viva. Quiero que sea feliz. Puedo quererla aunque no la vea. Puedo quererla haga lo que haga.

—Se lo diré, Tom. Y voy a prometerle una cosa: si sigue ayudándome, le devolveré a su hermana. Está luchando por salvarse, está luchando con todas sus fuerzas.

Susan Lowenstein extendió el brazo sobre la mesa y cogió mi mano entre las suyas. Luego, se la llevó a los labios y la mordió suavemente en el dorso, y eso es lo que mejor recuerdo de mi almuerzo en el Lutice.

Por la noche, el mismo día del almuerzo en el Lutéce, telefoneé a Charleston, a casa de mi madre. Solamente necesité dos tragos de bourbon para estar en condiciones de marcar la lúgubre combinación de números que convocaría su voz en el presente y me enviaría dando tumbos hacia el pasado. Ya al teléfono, mi madre sólo necesitó su ingenio y uno o dos minutos para reunir todo y emprender la seria tarea de estropearme la vida.

La doctora Lowenstein me había prestado los historiales clínicos de diversos psicóticos, y había pasado la tarde leyéndolos. Todos eran seres de alma dolorida y atormentada, cruelmente lastimados durante su infancia, que habían erigido complejas empalizadas para defenderse contra las insoportables invasiones de sus vidas respectivas. Ante mí se extendía un mercado de dolor y alucinaciones. Todos ellos habían sido lo bastante afortunados como para nacer en el cálido seno de familias monstruosas. El texto y los comentarios de los psiquiatras que describían cada caso estaban ennoblecidos por un claro espíritu de autocomplacencia. Los doctores aparecían como sublimes y milagrosos personajes, capaces de coger aquellas almas fragmentadas y dejarlas de nuevo en condiciones de dedicarse a cuidar del césped en sus viviendas suburbanas. En conjunto, era una literatura de triunfo y afirmación, una orgía de autoensalzamiento que suscitó mi malhumor. Aun así, entendí el mensaje que Lowenstein había intentado transmitirme: por espantoso que me resultara el estado de Savannah, aún quedaban motivos de esperanza. Si Savannah tenía suerte, si Lowenstein era buena en su oficio y si por fin se ponían todas las cartas sobre la mesa, mi hermana quizá pudiera salir con bien de aquello y dejar tras de sí la siniestra demonología que torturaba su vida.

Tomé otro trago de bourbon mientras en Charleston sonaba el teléfono.

—¿Diga?

—Hola, mamá —comencé—. Soy Tom.

—Oh, Tom, querido. ¿Cómo está Savannah?

—Savannah está la mar de bien, mamá. Creo que todo se arreglará.

—Precisamente he estado leyendo que se han producido unos adelantos asombrosos en el tratamiento de las enfermedades mentales. He recortado unos cuantos artículos para que se los hagas llegar a la psiquiatra de Savannah.

—Así lo haré, mamá.

—Y quiero que te quedes a su lado y te asegures de que los lee con atención. ¿Puedo llamar ya a Savannah?

—Me parece que pronto, mamá. No estoy seguro.

—Bueno, ¿y qué has estado haciendo tú ahí durante todo el verano? Francamente, me parece que tienes demasiado olvidada a tu familia.

—Sí, mamá, seguro que tienes razón. Pero pronto volveré a casa... Mamá, te he llamado sobre todo para decirte que pienso contarle a la psiquiatra lo que ocurrió aquel día en la isla.

—Aquel día no ocurrió nada —dijo mi madre con voz clara y serena—. Hicimos una promesa, Tom, y espero que la mantengas.

—Fue una promesa estúpida, mamá. Estoy seguro de que ésa es una de las cosas que tienen perturbada a Savannah, y creo que puede servirle de ayuda, y también a su psiquiatra, que lo cuente todo. Todo es historia pasada. Confidencialmente, desde luego.

—No quiero oírte hablar más de este asunto.

—Mamá, cuando he telefoneado ya sabía que intentarías hacerme sentir culpable. No tenía por qué llamarte y contarte todo esto; habría podido decírselo a la doctora Lowenstein sin más. Pero creo que nos hará bien a todos, incluso a ti, airear de una vez esta historia.

—¡No! —chilló—. No debes hablar de aquel día. Estuvo a punto de arruinar nuestras vidas.

—Arruinó nuestras vidas, mamá; o una parte al menos. Ni siquiera he sido capaz de decir en voz alta lo que ocurrió aquel día. Sallie no sabe nada del asunto. Luke nunca lo mencionó. Savannah ni siquiera lo recuerda. Pero eso se mantiene en nuestro interior, feo y repugnante, y ya empieza a ser hora de que lo escupamos.

—Te prohíbo que lo hagas.

—Voy a hacerlo, mamá. Hubo un silencio, y comprendí que estaba haciendo acopio de fuerzas.

—Tom —empezó. Percibí en su voz la antigua y conocida amenaza, y me preparé para el ataque que sin duda seguiría—, hijo mío, lamento mucho tener que ser yo quien te diga esto, pero Sallie tiene una aventura bastante indiscreta con otro médico del hospital. Todo Charleston lo sabe.

—Mamá, sé muy bien que te ha encantado poder darme esta noticia y te agradezco mucho el jugoso chismecito, pero ya estaba enterado por la propia Sallie. ¿Qué quieres que te diga? Somos una pareja moderna. Nos gustan las bañeras con agua caliente, la comida china, las películas extranjeras y follar con desconocidos. Eso es asunto de Sallie, mamá, no tuyo.

—Y lo que tienes intención de revelar es asunto mío —replicó mi madre—. Si le hablas de eso a Savannah, tarde o temprano lo pondrá por escrito.

—Así que es eso lo que te preocupa, ¿eh?

—No. Lo que me preocupa es que pueda abrir nuevas y horribles heridas, Tom. Me he olvidado completamente de lo que sucedió. Nunca pienso en ello. Y tú me prometiste que nunca hablarías de aquel día.

—No puede hacer ningún daño.

—Me haría muchísimo daño. Podría perder todo lo que tengo. Podría perder a mi marido si llegara a enterarse. Yo en tu lugar, Tom, procuraría tener más orgullo. Si

hablas de eso, tendrás que contar lo que te ocurrió a ti.

—Lo contaré, mamá. Bien, ha sido un placer charlar contigo. ¿Cómo están las niñas? ¿Las has visto últimamente?

—Yo diría que están bien, todo lo bien que pueden estar tres adorables niñas que han sido abandonadas por sus padres. ¿Quieres que hable con Sallie y le diga cuánto me disgusta su comportamiento?

—¡Dios mío, no! Por favor, mamá, no lo hagas. Sería lo peor que podrías hacer. Deja que la aventura siga su curso. De un par de años a esta parte, no me he portado como el mejor de los maridos.

—Eres la viva imagen de tu padre.

—Ya lo sé, mamá, y la traducción de tu comentario es que soy un inútil de mierda. Te agradecería muchísimo que no le dijeras nada a Sallie.

—Bueno —dijo ella—, en tal caso, quizá podamos llegar a un acuerdo: si tú no dices nada, yo tampoco diré nada.

—Mamá, esto lo hago para ayudar a Savannah. Ya sé que no me crees, ya sé que piensas que únicamente lo hago para fastidiarte, pero no es verdad.

—En lo que se refiere a mis hijos, ya no sé qué pensar. Mis hijos me han hecho daño tantas veces que ya no puedo fiarme de ellos cuando se muestran amables conmigo. No dejo de preguntarme qué pretenderán en realidad y cómo van a traicionarme. De haber sabido lo que iba a ser de vosotros, os habría ahogado en vuestras cunas.

—Y quizá hubiera sido un acto de piedad, en vista de cómo fue nuestra infancia —contesté, sintiendo la palpitación de la sangre en mis sienes y tratando, sin conseguirlo, de contener la lengua—. Mamá, esta conversación está yendo demasiado lejos, conque más vale que nos detengamos antes de que empiece a saltar de verdad la sangre. Sólo he llamado porque creía que te debía alguna clase de explicación. Han pasado casi veinte años, y lo que ocurrió no se nos puede achacar a ninguno de nosotros. Fue obra de Dios.

—Yo diría que del diablo, querido. Y te aconsejo que sigas como si jamás hubiera ocurrido. Sería lo mejor para Savannah; ya sabes lo morbosa que es. Y estoy segura de que también sería lo mejor para ti y para mí.

—¿De dónde has sacado esa teoría, mamá? —inquirí—. ¿De dónde has sacado la idea de que una cosa no puede afectarte si finges que no ha ocurrido nunca?

—Es puro sentido común. Yo en tu lugar, Tom, no me obsesionaría tanto con el pasado y pensaría más en el futuro. Eso es lo que yo haría. Yo no vuelvo nunca la vista atrás. ¿Sabías que en estos dos últimos años no he pensado ni una sola vez en tu padre?

—Estuviste casada con él durante más de treinta años, mamá —observé—. Supongo que al menos aparecerá en tus pesadillas como una especie de Drácula o algo así.

—Ni una sola vez —insistió—. Cuando me despido de algo de mi pasado, cierro



la puerta y no vuelvo a pensar más en ello.

—¿Y Luke, mamá?

—¿Cómo?

—¿Piensas alguna vez en Luke? —repetí, arrepintiéndome de mis palabras y de su desnuda crueldad en cuanto salieron de mi boca para recorrer los cables hasta llegar a Charleston.

—Eres malvado, Tom —respondió mi madre con voz entrecortada antes de colgar suavemente el auricular.

Pensé en volver a llamarla, pero había demasiada historia sin digerir chisporroteando entre nosotros. Congraciarme de nuevo con mi madre sería un arduo proceso y me exigiría un tacto y una delicadeza que no podía mostrar por teléfono. Hacía mucho tiempo que mi madre y yo no nos acercábamos como amigos; hacía años que ella no podía pronunciar una sola palabra sin que yo la interpretara como parte de una astuta estrategia para dejarme indefenso antes de uno de sus suaves y perfumados ataques a mi alma. Pero en mi odio hacia ella había cierto honor inquieto, cierta adoración incluso. Por mi incapacidad de comprenderla, estaba condenado a enfrentarme con todas las mujeres del mundo como desconocidas y rivales; por no comprender su feroz y traicionero amor hacia mí, jamás podría aceptar el amor de una mujer sin sentir al mismo tiempo un profundo temor. Para mí, el amor siempre vendría disfrazado de belleza, desfigurado por la dulzura. El mundo puede hacer cosas peores que convertirte en enemigo de tu madre, pero no muchas.

Descolgué de nuevo el aparato y marqué otro número. El timbre sonó cuatro veces y oí la voz de Sallie al otro extremo de la línea.

—Hola, Sallie —dije—. Soy Tom.

—Hola, Tom —respondió con voz fraternal—. Hoy mismo hemos recibido carta tuya, y las niñas se han sentado a la mesa de la cocina para escribirte.

—Magnífico. Sallie, mi madre acaba de amenazarme con llamarte para comunicarte su más enérgica condena moral. De un modo u otro, se ha enterado de lo tuyo con el doctor.

—No se lo habrás dicho tú, ¿verdad, Tom?

¡Oh, Dios mío! Es lo único que faltaba.

—No, claro que no he sido yo.

—¿Le has dicho que se trataba de una maliciosa calumnia y que estabas seguro de que mi virtud era impecable?

—No —respondí—. Ojalá se me hubiera ocurrido a tiempo. He reaccionado como si fuésemos un par de ligones ya maduros que se dedican a follar como locos por toda la ciudad. Le he dicho que ya estaba enterado de todo.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—El hecho de que su hijo haya quedado reducido a la condición de un cornudo sonriente parece haberle producido una especie de éxtasis. Pero en seguida ha amenazado con llamarte para hacerte objeto de juicios morales, y he pensado que

debería advertirte. Según ella, todo Charleston está al corriente de tu romance.

Sallie no dijo nada.

—¿Has tomado ya alguna decisión? —pregunté, apoyando la cabeza en el respaldo de la butaca favorita de mi hermana. Quiero decir, una decisión sobre nosotros. Sobre ti. Sobre él. Sobre el fin del maldito mundo tal y como yo lo conozco.

—Déjalo, Tom, por favor.

—¿Se lo ha contado ya a su esposa, Sallie? —proseguí—. Ese será el gran momento, cuando se lo diga a su esposa.

—Tiene pensado decírselo la semana que viene.

—Entonces, debo volver a casa.

—Temo que no sea lo más indicado, Tom.

—Entonces, puedes irte de casa y alojarte en el hotel Francis Marion. Mira, Sallie, quiero que te quedes conmigo. Quiero que seas mi mujer. Quiero cortejarte y follar en la playa, en la mesa de la cocina, en las capotas de los automóviles, colgando del puente del río Cooper. Bailaré zapateados. Te cubriré el cuerpo de nata y la iré lamiendo lentamente. Haré todo lo que quieras, te lo prometo. He pensado en muchas cosas desde que estoy aquí, y he llegado a la conclusión de que te quiero y que voy a luchar por conservarte.

—No sé, Tom —dijo ella.

¡No sabes! —grité.

—Tom, todo eso suena maravillosamente. Pero me gustaría que pudieras decírmelo sin tantas bromas y agudezas. ¿Sabes una cosa? Creo que jamás me has dicho que me quieres sin convertirlo de algún modo en una broma.

—Eso no es cierto, Sallie, y tú lo sabes. Te he dicho que te quería por la noche con gran timidez y avergonzado. Lo he dicho en innumerables ocasiones.

—Jack me lo dice sin cesar, Tom. Nunca es tímido y nunca está avergonzado. Lo dice con sencillez, con dulzura, con sinceridad.

—Es muy difícil hablar por teléfono. Dales un abrazo a las niñas de mi parte.

—Llama mañana temprano, para que puedan hablar contigo.

—Lo haré. Cuídate, Sallie. Y, por favor, no te apresures a tomar una decisión. Piénsalo todo muy bien.

—Apenas pienso en otra cosa, Tom.

—Adiós, Sallie. Después de colgar el teléfono, dije «Te quiero, Sallie». Lo dije con sencillez, con dulzura y con sinceridad, en la penumbra de aquella habitación vacía, sin bromas, sin agudezas.

La noche de nuestra graduación, mi madre nos entregó dos grandes cajas a Luke y a mí mientras nos vestíamos para la ceremonia. A Savannah le dio un pequeño presente con un elegante envoltorio.

—Si fuéramos ricos, habría tres Cadillacs aparcados en el patio —dijo mi madre, y su voz era lacrimosa y nostálgica—. Y sólo tendría que daros las tres llaves.

—Hablando de ser ricos, el otro día tuve una idea estupenda... —comenzó mi padre, pero se cortó en seco ante la fulminante mirada que le dedicó mi madre.

Savannah fue la primera en desenvolver su regalo y extrajo una estilográfica chapada en oro, que sostuvo a la luz.

—Para que escribas tu primer libro —explicó mi madre—. En la ciudad de Nueva York.

Savannah estrechó ferozmente a mi madre y exclamó:

—Muchas gracias, mamá. Es preciosa.

—Y carísima, pero estaba rebajada. Me pareció que escribirías poemas más bonitos si usabas una estilográfica bonita.

—Escribiré poemas magníficos con ella, mamá. Te lo prometo —aseguró Savannah.

—Escribe uno sobre tu papaíto —intervino mi padre—. Un poema verdaderamente grandioso exige un tema verdaderamente grandioso. Como yo.

¡Qué idea más absurda, Henry! —opinó mi madre.

—Estoy segura de que escribiré montones de poemas sobre ti —dijo Savannah, sonriéndonos a todos.

—Abrid vuestros regalos —ordenó mi madre, dirigiéndose a Luke y a mí.

Luke y yo, ambos a una, abrimos nuestro respectivo paquete. Yo terminé primero y vi la chaqueta deportiva de color azul marino que mi madre había confeccionado. Luke sacó de su caja una chaqueta idéntica, aunque mucho más grande. Nos las probamos, y vimos que nos sentaban perfectamente. Durante varios meses, mi madre se había afanado ante su máquina de coser, mientras estábamos en la escuela, preparándose para aquel momento. Pasé al dormitorio de mi madre y me contemplé en su espejo de cuerpo entero. Por primera vez en mi vida, yo mismo me encontré apuesto.

Mamá se materializó a mi espalda, irreal, silenciosa como el movimiento de las nubes, y susurró:

—Te dije una vez que siempre recordarías tu primera chaqueta deportiva.

—¿Qué tal estoy?

—Si fuera más joven, te tiraría los tejos.

—¡Mamá! —protesté, ruborizándome—. No digas esas cosas.

—Es la pura verdad. Eres más guapo que tu padre en el mejor día de su vida.

—Te estoy oyendo, Lila —gritó mi padre desde la sala—, y eso que has dicho es una asquerosa mentira.

La ceremonia de graduación tuvo lugar en el gimnasio y los alumnos de último año desfilaron por la puerta principal de dos en fondo a los acordes de «Pompa y circunstancia». Cuando anunciaron que el discurso de despedida correría a cargo de Savannah, mi madre, mi abuelo y mi abuela se pusieron en pie y aplaudieron sonoramente mientras subía al estrado para pronunciar su alocución.

Mi padre, de pie junto al estrado, filmó todo el discurso para la posteridad. Savannah comenzó con la frase: «Nos hemos criado con la música de los ríos, con naturalidad y sin artificios, y junto a sus aguas hemos visto transcurrir los días de nuestra infancia, seducidos por los encantos de la más adorable población de las tierras bajas de Carolina». Fue un discurso impresionista, inflamado con una serie de imágenes indelebles que nos eran comunes a todos. Allí la poetisa se presentó en público por vez primera, engallándose con la majestad de las palabras, que ella utilizaba como un pavo real se abanica con el espléndido plumaje de su cola, por la pura alegría de la ostentación. Savannah tenía un gran talento para los últimos actos y los gestos de despedida; aquel día dijo adiós al mundo que dejábamos atrás, y lo hizo a su manera: inimitable, inolvidablemente.

El inspector de enseñanza secundaria, Morgan Randel, nos entregó nuestros diplomas, uno a uno, y nos deseó suerte en la vida. El sudoroso público nos aplaudió discretamente a todos, pero cuando le llegó el turno de recoger su diploma de manos del señor Randel a Benji Washington, en las gradas comenzó a oírse un murmullo de descontento. Los alumnos del último curso, empero, no murmuraron, sino que se levantaron de sus asientos y dedicaron a Benji una atronadora ovación mientras recogía solemnemente su diploma y, con aquella insoportablemente solitaria dignidad, cruzaba el escenario para regresar a su lugar. El muchacho quedó sorprendido y algo embarazado por el imprevisto alboroto; al volverme, vi a su madre hundir la cara en el hombro de su marido, en un gesto de sensible alivio al ver llegar a su fin la larga prueba de su hijo. Mientras vitoreaba a Benji Washington, pensé que era a la historia a lo que estábamos aplaudiendo; a la historia, a la evolución y a un coraje tan sobrehumano que jamás habría de encontrarle parangón, jamás habría de sentir nuevamente su llama que tan brillantemente ardía subyugada a un ideal. Los vítores fueron en aumento conforme Benji se acercaba a su asiento, y pensé en cuántos Benji Washington habría aquella noche en el Sur; negros hijos e hijas de señorial figura que habían medido sus fuerzas en un amargo entorno de muchachos blancos enseñados desde su nacimiento a amar a Jesús y odiar a los negratos con todo su corazón.

La música sonó de nuevo y desfilaron hacia el calor de junio. Yo transpiraba profusamente, pues había insistido en llevar mi nueva chaqueta deportiva bajo la toga de la graduación.

Es medianoche, después de la ceremonia, y estamos sentados en el puente de madera que une nuestra isla y nuestras vidas al continente americano. La luna, un pálido disco niquelado en la superficie, ríe sobre la marea ascendente. Encima de nuestras cabezas, las estrellas se hallan en mitad de su perfecto tránsito a través de la noche y las constelaciones renacen a nuestros pies en el luminoso espejo de las mareas. A ambos lados de nosotros, la marisma acepta la aproximación de las mareas con un placer vegetativo, un viejo aroma de avidez y renovación. En las tierras bajas, el olor de las marismas resulta ofensivo para los forasteros, pero para los nativos constituye la fragante esencia del planeta. Las ventanas de nuestras narices se estremecen con el incienso del hogar, el pungente sahumerio del país natal. Los palmitos cierran filas al extremo de cada península y el arroyo se divide en arroyuelos más pequeños, como las venas florecen en sus capilares. Una raya nada justo por debajo de la superficie como un pájaro en una pesadilla. Desde la isla se alza el viento, un mensajero que difunde el olor de la salvia lunar, de las madre selvas y los jazmines. En un instante, el aroma de la noche cambia, se retira, se hace más intenso y al momento se retira de nuevo. Es punzante como una vinagreta, singular como el ron de laurel.

Savannah está sentada entre sus dos hermanos, resplandeciente en la economía de sus frágiles líneas. Mi brazo rodea los hombros de mi hermana y mi mano se posa en el robusto cuello de Luke, a duras penas abarcándolo. Luke bebe un sorbo, de Wild Turkey y nos pasa la botella. Luke no ha comprado esta marca de bourbon porque sea cara, sino porque le hace pensar en cacerías de pavos y en las frías mañanas de invierno.

—Ya ha terminado —dijo Savannah—. ¿Y qué significaba?

—Sólo era una cosa que debíamos hacer antes de que nos dejaran marchar —sugirió Luke.

Ablandado por el bourbon, opiné:

—No ha sido tan malo. Seguro que más adelante lo recordaremos como la mejor época de nuestra vida.

—Ha sido horrible —me contradijo Savannah.

—Oh, vamos, has de mirar el lado bueno. Siempre te quedas con lo malo —protesté, pasándole la botella a Savannah—. Ya puede estar el cielo perfectamente azul, que tú empiezas a hablar de huracanes.

—Soy realista —alegó, dándome un codazo en el estómago—. Y tú sólo eres un pobre cateto. Eres la única persona que conozco que se lo ha pasado bien en la escuela.

—Supongo que eso me convierte en un ser despreciable, ¿no?

—Nunca confiaré en nadie que se lo haya pasado bien en la escuela —prosiguió Savannah, ignorando mi comentario—. Ni siquiera confiaré nunca en nadie que haya podido soportar la escuela secundaria. Me negaré incluso a hablar con cualquiera que tenga aspecto de haber jugado a fútbol en la escuela.

—Yo he jugado a fútbol en la escuela —observé, dolido por su brusco rechazo.

—Ya he presentado mis alegatos —respondió ella, echando la cabeza hacia atrás y riéndose de buena gana.

—No comprendo este odio hacia la escuela secundaria, Savannah —comenté—. A ti te ha ido muy bien, has sido la encargada de pronunciar el discurso de despedida, has sido animadora del equipo, has sido secretaria del último curso y te han elegido como la alumna con la personalidad más interesante.

¡Personalidad más interesante! —gritó hacia las marismas, eufórica por el Borbón—. ¡Y vaya competencia había por el título! Yo era una de las contadas personas de esa escuela que tenía un ápice de personalidad.

—Yo tengo una magnífica personalidad —argüí.

—Tú sabes lanzar pases de *touchdown* —respondió Savannah—, pero no es que ilumines el mundo con tu personalidad, precisamente.

—Es verdad, Tom —se burló Luke—. No tienes ni una mierda de personalidad.

—¿Qué es ese bulto que tienes a la izquierda, Savannah? —pregunté, apretándole el cuello a Luke—. Es demasiado grande para ser una persona y demasiado lerdo para ser un hipopótamo. Venga, decidme ahora que no ha sido una respuesta ingeniosa. Decidme que no estáis ante una personalidad de categoría internacional.

—Me gustaría ser un hipopótamo —comentó Luke—. Lo único que hacen es pasarse el día sentados en el río y follar de vez en cuando.

—¿Por qué no intentas averiguar quién eres yendo a la universidad, Tom? —sugirió ella—. ¿Por qué no dedicas algún tiempo a averiguar quién se encierra en tu alma, por debajo de las hombreras?

—Ya sé exactamente quién soy. Soy Tom Wingo, nacido en el Sur y hecho en el Sur, y soy un tipo corriente que piensa llevar una vida corriente. Me casaré con una mujer corriente y tendré hijos corrientes, aunque esté relacionado con una familia de locos y tenga un hermano a quien no le molestaría ser un hipopótamo.

—Eres tan superficial que te casarás con la primera chica de grandes tetas que se cruce en tu camino.

—A mí me parece una buena idea —observó Luke, tomando un sorbo de bourbon.

—¿Y tú, Luke? —inquirió Savannah—. ¿Qué te espera a ti?

—¿Dónde?

—En la vida —dijo Savannah—. Es la noche de nuestra graduación y tenemos la obligación de hablar de nuestro futuro, hacer planes y trazar nuestro destino.

—Yo seré capitán de un pesquero de camarones, como papá —respondió Luke. Cuando termine el verano, papá irá al banco y me ayudará a financiar mi propio barco.

—Sí, papá tiene mucho crédito en el banco —me burlé—. Apuesto a que no le financian ni una caña de pescar y un esparavel.

—Sí, tiene que saldar algunas deudas antes de que vayamos al banco, claro —

admitió Luke.

—Podrías ser algo más, Luke —dijo Savannah—. Podrías ser mucho más. Les has hecho caso y te has creído todo lo que decían de ti.

—¿Por qué no llamas a los entrenadores de Clenison o Carolina y les dices que has decidido jugar a fútbol con ellos, Luke? —le propuse—. Esos tipos se derretirían dentro del suéter si quisieras jugar para ellos.

—Ya sabes que no sirvo para estudiar en la universidad —contestó Luke—. No habría podido aprobar los estudios secundarios si vosotros no hubierais hecho trampas en mi favor. No necesito ir a la universidad para que me recuerden que soy estúpido.

—No eres ningún estúpido, Luke —saltó Savannah—. Esa es la mentira que te han contado y que tú te has tragado enterita.

—Te agradezco que digas eso, Savannah, pero no se puede negar la realidad. Dios se olvidó de completar la musculatura con un poco de cerebro. He terminado el curso en el penúltimo lugar. Sólo Viryn Grant ha sacado peores notas que yo.

—Antes de que terminaran las clases estuve trabajando en la tutoría, ayudando al señor Lopatka a escribir las notas en los expedientes, y un día que salió a almorzar miré cuáles eran nuestros coeficientes de inteligencia.

—¿En serio? —exclamé—. Esa información es alto secreto.

—Bueno, pues yo los vi. Y resultó muy interesante, sobre todo con respecto a Luke. ¿Sabías que tu CI es más alto que el de Tom, Luke?

—¿Qué? —salté, sumamente ofendido.

—¡Yuppiiii! —aulló Luke, haciendo saltar de su nido oculto entre las hierbas a una gallineta—. Pásale el bourbon a Tom. Esto va a estropearle el día de la graduación.

—¿Por qué habría de estropearle la graduación? —replicó Savannah—. Todo el mundo sabe que un CI no significa nada.

—¿Cuál era el tuyo, Savannah? —quise saber.

—El mío era de ciento cuarenta, lo cual me sitúa en la categoría de los genios —respondió ella—. Supongo que esto no será ninguna sorpresa para mi amante hermano.

—¿Y el mío? —preguntó Luke. La nota de triunfo que advertí en su voz me resultó insoportable.

—El tuyo era de ciento diecinueve, Luke. Tom tenía ciento quince.

—Somos gemelos, Savannah —protesté a gritos—. Soy tu maldito gemelo. Exijo un recuento.

—Siempre me había parecido que Tom era un poco lento —comentó Luke, sonriente.

—¡Bésame el culo, Luke! —exclamé, furioso y preocupado—. Creía que los gemelos tenían automáticamente el mismo.

—Ni siquiera unos gemelos idénticos tienen el mismo, Tom —dijo Savannah,

disfrutando de la situación—. A ti te ha tocado la pajita más corta.

—Figúrate, soy más listo que tú, Tom —añadió Luke—. Brindo por eso.

—Pero yo le saco más provecho a lo que tengo —objeté, despechado.

—Claro que sí, hermanito. Te las has arreglado muy bien con esa birria de CI que tienes —replicó Luke. Savannah y él estaban tendidos de espaldas sobre el puente, partiéndose de risa.

—Bueno, de todos modos, tampoco necesito un cerebro de categoría internacional —observé, cogiendo la botella—. He decidido que seré entrenador de fútbol.

—Entonces no necesitarás ninguna clase de cerebro —dijo Savannah—. Es una lástima, Tom.

—¿Por qué dices eso?

—Me gustaría contratar un equipo de asesinos y matar a todos los entrenadores del mundo. Iríamos de un lado a otro torturando a todos los hombres y mujeres de más de veintiún años que encontráramos vestidos con chándal y llevando un silbato.

—¿Cómo los torturarías? —se interesó Luke.

—En primer lugar, les obligaría a escuchar música clásica. Luego, les haría tomar lecciones de ballet durante una semana. Después... Veamos, les haría leer las obras completas de Jane Austen. Y, para acabar de redondearlo, los sometería a una operación de cambio de sexo sin anestesia.

—¡Cuánta violencia, Savannah! —exclamé—. ¡Qué extraños pensamientos se alojan en tu linda cabeza!

—Si Tom quiere ser entrenador, deja que sea entrenador —intervino Luke—. ¿Por qué no ha de poder ser lo que quiera?

—Porque podría ser muchísimo más —insistió Savannah, volviéndose hacia mí—. Está vendiéndose al Sur por un precio muy barato. Lo siento, Tom. Eres víctima de la enfermedad sureña, muchacho, y no existe vacuna que pueda salvarte el culo.

—Supongo que tú serás algo especial en la jodida ciudad de Nueva York —dije yo.

—Seré algo sorprendente —dijo ella con toda sencillez.

—Mamá sigue empeñada en que debes aceptar esa beca del Converse College —comentó Luke—. Se lo oí hace unos días, mientras hablaba con Tolitha.

—Preferiría morir antes que quedarme en el Sur un día más de lo estrictamente necesario. ¿Sabes qué es lo que pretende mamá? Que me case con un médico o un abogado que conozca en la universidad, que me avecine en alguna asquerosa población de Carolina del Sur y que tenga cuatro o cinco hijos. Si son niños, querrá que los eduque para médicos o abogados, y si son niñas querrá que las eduque para que se casen con médicos o abogados. Hasta sus sueños me huelen a muerte. Pero no pienso aceptar ese programa. —Seré lo que yo decida ser. En Colleton, todo el mundo espera que seas de una forma determinada, y toda la ciudad hace lo necesario para que nadie se desvíe demasiado de esa idea central. Todas las chicas son bonitas y



vivarachas y todos los chicos son unos machotes. No. estoy harta de tener que ocultar lo que soy en realidad, lo que llevo dentro. Me iré a Nueva York, donde pueda averiguar sin temor todo lo que debo saber acerca de mí misma.

—¿Qué es lo que temes? —quiso saber Luke. Una zumaya, asustadiza como una polilla, alzó el vuelo sobre las marismas.

—Temo que si me quedo aquí demasiado tiempo acabaré como Mr. Fruit, loca o débil mental, mendigando bocadillos en las puertas traseras de bares y restaurantes. Quiero vivir en un lugar en el que, si me vuelvo chiflada por algún tiempo, eso pase inadvertido. Esta ciudad ya me tiene loca debido a los esfuerzos que hace por fingir que soy como todo el mundo. Y siempre he sabido que soy distinta. He nacido en el Sur, pero no he sido sureña ni un solo día de mi vida. Y eso casi me ha matado. Tom y Luke. Estoy enferma, enferma de la cabeza, desde niña. Veo cosas. Oigo voces. Tengo pesadillas horribles. Y cada vez que se lo he dicho a mamá, me ha contestado: «Tómate un par de aspirinas y prescinde del postre después de cenar». Me ha costado un esfuerzo tremendo llegar hasta aquí.

—¿Por qué no nos lo has dicho antes? —preguntó Luke. ella.

—¿Y qué habríais podido hacer vosotros? —replicó.

—Te habríamos aconsejado que tomaras tres aspirinas y prescindieras del postre después de cenar —contesté yo.

—¿Sabéis lo que veo en el agua, por debajo nuestro? —dijo Savannah, contemplando, con fijeza la marea iluminada por la luna—. Hay centenares de perros ahogados, con sus ojos abiertos clavados en mí.

Bajé la vista hacia el agua y solamente vi agua.

—Vaya. Quizá sí que te conviene trasladarte a Nueva York —comenté.

—Cierra el pico, Tom —exclamó Luke, mirando a Savannah con aire protector—. Ahí abajo no hay ningún perro, dulzura. Es sólo tu mente, que te está gastando jugarretas.

—A veces veo al Niño Jesús de Praga. Ya sabéis, la imagen que papá se trajo de Alemania. Le rezuma pus de los ojos y me hace gestos para que le siga. A veces, veo a mamá y papá colgando desnudos de ganchos de matadero, gruñéndose el uno al otro, ladrando como perros y enseñándose los colmillos.

—Eso de tener un CI de ciento cuarenta resulta duro, ¿eh, Savannah?

—Cierra el pico, Tom —repitió Luke, con más firmeza esta vez.

Cerré el pico.

El silencio nos envolvió a los tres, un silencio embarazoso e incómodo.

—Dios mío, esto sí que es fuerte. Alcánzame el bourbon, Luke. Cuando pase la botella por tu lado, Savannah, te recomiendo que te bebas la mitad. De hecho, si yo oyera voces y viera esas cosas, me pasaría el día borracho. Ya sabes, un traguito por la mañana, al despertar, y luego un traguito detrás de otro hasta caer redondo por la noche.

—¿Por qué no te haces médico en vez de entrenador, Tom? —dijo Luke—.

Nuestra hermana tiene problemas, está intentando decirnos algo importante, y lo único que se te ocurre es quedarte ahí sentado haciendo chistes. Tenemos que tratar de ayudarla, no reírnos de ella.

—No podéis hacer nada, Luke —dijo ella—. Ya hace mucho tiempo que lo soporto yo sola. Intenté que mamá me llevara a un psiquiatra, en Charleston, pero se enteró de que cobraban cuarenta dólares por hora.

—¡Cuarenta dólares por hora! —exclamé, con un silbido—. Tendrían que hacerme una paja y regalarme una caja de puros para que pagara cuarenta pavos a la hora. ¡Qué diablos! Puede que me haga psiquiatra, al fin y al cabo. Supongamos que trabaje diez horas diarias, seis días a la semana. Trabajaría cincuenta semanas, al año, ayudando a personas que ven a sus mamás colgando de ganchos de matadero. Eso quiere decir que ganaría... ¡Dios mío!, ciento veinte mil dólares brutos al año. No sabía que uno podía hacerse rico ayudando a los chalados.

—Estás borracho, Tom —observó Luke—. Te lo diré una vez más: si no puedes tener la lengua quieta, te tiraré al arroyo, a ver si así te serenás.

—¿Crees de veras que podrías echarme al agua? —pregunté, riéndome a carcajadas—. Estás hablándole a todo un hombre. Todo un hombre. Estás hablando con un jodido jugador de fútbol universitario, Luke, no con uno de esos críos de secundaria que, aún tienen vello en las mejillas.

—Discúlpame, preciosa —dijo Luke, pellizcando cariñosamente a Savannah en la mejilla—. He de enseñarle a mi hermanito pequeño a mostrar algo de respeto hacia sus mayores.

—No le hagas daño, Luke. Lo único que pasa es que no sabe beber.

—¿Qué no se beber? —aullé a todo pulmón. Me lo estaba pasando en grande, y le di otro tiento a la botella—. Puedo beber con cualquier hombre de este condado hasta dejarlo tirado debajo de la mesa. Y haz el favor de sentarte, Luke. No quiero ponerte en evidencia delante de una mujer.

Luke se irguió y yo me alcé, tambaleante, para hacerle frente. Me sentía envuelto en un aura de invencibilidad alcohólica, pero al avanzar a su encuentro iba oscilando visiblemente. Lanzándome de plancha, traté de sujetarlo con una llave de cabeza y de pronto me hallé mirando la Osa Mayor cuando Luke me levantó en vilo y, volteándome en el aire, me arrojó al arroyo. Emergí tosiendo y escupiendo agua, para oír la risa de Savannah, que resonaba sobre las marismas.

—Realmente, los jugadores de fútbol universitario sois la coña —observó Luke mientras yo luchaba contra la marea para nadar hacia el puente.

—Más te valdrá que no se haya estropeado mi chaqueta nueva, Luke, o vamos a liarnos a trompazos todos los días de este verano.

—No habrías debido ponerte la chaqueta con este calor —respondió Luke, saltando al arroyo conmigo. Luchamos en el agua, y me zambulló varias veces la cabeza antes de que me diera por vencido.

—Venga, Savannah —gritó Luke. Quítate los zapatos y volvamos nadando a casa,

como hacíamos de pequeños.

Me quité los zapatos, los pantalones y la chaqueta deportiva y se los pasé a Savannah. Ella se despojó de su vestido de algodón y quedó en bragas y sostenes, bella como una estatua bajo la luz de la luna.

A continuación, levantó la botella de bourbon tan alto como pudo y gritó:

—¡Hagamos los últimos brindis por nuestro futuro! Primero, brindaré por Tom. ¿Qué le pides a la vida, *quarterback*?

Flotando de espaldas, contemplé el rostro bañado en la luna de mi hermana y respondí:

—Voy a ser un buen ciudadano medio.

—Bebamos, pues, por la medianía —dijo ella, y tomó un sorbo—. Y ahora, Luke, vamos a brindar por ti.

—Soy pescador de camarones. Mi vida seguirá siendo estable.

—Un brindis por la estabilidad —dijo Savannah.

—¿Y tú, Nueva York? —pregunté—. Deja que brindemos por ti.

—Voy a escribir poesía y a desenfrenarme. No sólo pienso ser turbulenta, sino decididamente pecaminosa. Me desnudaré y desfilaré en pelotas por la Quinta Avenida. Tendré relaciones sexuales con hombres, mujeres y animales. Me compraré un loro y le enseñaré a decir palabrotas. Además, lo filmaré todo, igual que papá, y lo enviaré a casa en calidad de películas familiares.

—Pásame la botella —dijo Luke, nadando hacia el puente. Cogió la botella de manos de Savannah y bebió un largo sorbo mientras derivaba hacia mí, arrastrado por la marea—. ¡Por el desenfreno! —gritó, y tras beber de nuevo, me tendió la botella sosteniéndola sobre las aguas.

—¡Savannah Wingo, la mujer más condenadamente desenfrenada que jamás haya cruzado el túnel Holland! —grité yo.

—¡Adiós, Colleton! —rugió ella, vuelta hacia el Atlántico—. Adiós, Sur. Adiós, fútbol. Adiós, cuellirrojos. Adiós, mamá. Adiós, papá. Y ¡hola, Nueva York, Gran Manzana!

Mientras yo daba fin a la botella, Savannah ejecutó una perfecta zambullida de cabeza y se sumergió en el agua sin apenas alterar la superficie.

Y dejamos que las suaves mareas nos llevaran a casa.

Aquél debía ser mi mejor verano en la isla, y lo aproveché para irme preparando poco a poco para la despedida. Con sorpresa, descubrí que no sabía vivir sin la familia reunida a mi alrededor. Muy pocas veces en mi vida había dormido lejos de los sonidos nocturnos de mi familia.

Aún no me sentía dispuesto a abandonar la única vida que había conocido o que estaba predestinado a conocer hasta aquel momento. Pero no existía cura para el crecimiento, y en mi interior comenzaba a brotar el terror de la partida, insinuándose hasta en los mismos ritmos de mis desvaídos gestos de despedida. Trataba de articular las palabras secretas que el corazón me dictaba a gritos con muda e informe pasión.

Un banquete de luz y pesadumbre que había durado dieciocho años estaba tocando a su fin, y no podía soportarlo ni era capaz de expresar lo que sentía. La familia es uno de los productos solubles de la naturaleza: se disuelve en el tiempo como la sal en el agua de lluvia. Estamos de nuevo en verano, y el calor y el silencio son dos reyes que se disputan el dominio de las riberas. Leemos en el periódico que las hormigas de fuego han cruzado el río Savannah y han establecido una colonia en Carolina del Sur. No lejos de la isla de Kiawah, Luke enganchó y logró pescar su primer tarpón tras una hora de lucha. El enorme pez saltaba y danzaba sobre las olas, poderoso como un caballo; cuando por fin conseguimos izarlo al bote, Luke le dio un beso y volvió a dejarlo en libertad, en un gesto de admiración y gratitud. Savannah se pasó el estío pintando acuarelas y escribiendo poemas a la manera de Dylan Thomas. Los días terminaban silenciosamente y las luciérnagas alborotaban el crepúsculo con sus códigos de luz errante.

Yo intentaba clasificar los fragmentos de sabiduría que había adquirido en mi niñez isleña y los ordenaba como un archipiélago inexplorado al que pudiera regresar a voluntad. Contaba el dilatado transcurrir de los días como las cuentas de un rosario que fuera disolviéndose en mis manos. Todas las mañanas me levantaba temprano y veía salir a mi padre hacia el barco de pesca. Por las noches, las luciérnagas flotaban en la oscuridad componiendo un movedizo zodiaco accidental. Tensos y cohibidos, nos tratábamos con gran cuidado en el verde florecer de junio.

En los ojos de mi madre interpretamos un oscuro texto que tradujimos como temor a la madurez, como falta de propósito en la vida. No sabía cómo enfrentarse al mundo si no era madre. Nuestra nueva libertad la había despojado de su sentido de la identidad. Nos inquietaba dejarla ante la perspectiva de una vida a solas con mi padre. Ella se mostraba enojada con nosotros y consideraba nuestro crecimiento como una acción traicionera que escapaba a toda posibilidad de perdón. Ni una sola vez en todo el verano nos permitió ir a trabajar con nuestro padre en el pesquero. Nos exigía una plena dedicación, como hijos durante aquel último verano destinado al recuerdo. Iba a cumplir treinta y siete años en el momento en que su vida de madre llegaba a su fin y no soportaba la idea de reinar en una casa desprovista de las risas y el llanto de sus hijos. Así pues, le dedicamos casi todo nuestro tiempo mientras los camarones llenaban de nuevo los arroyos, y los airones del ganado, como pilares de sal fresca, formaban pequeñas columnatas en los campos del centro de la isla. Todo era como siempre había sido, pero todo estaba a punto de cambiar profunda e irrevocablemente. Estábamos aproximándonos al instante en que todas las liturgias de la costumbre se desmembrarían en un singular encuentro que trastocaría nuestras vidas.

El diecinueve de julio, mi madre cumplió treinta y siete años y lo celebramos con una fiesta. Savannah le preparó una tarta de chocolate, y Luke y yo fuimos en bote a la ciudad y le compramos el frasco de Chanel Número 5 más grande que encontramos en la tienda de vestidos de Sarali Poston. La señora Poston nos aseguró que

únicamente las mujeres que eran *trés elegante* usaban Chanel. Aunque su habilidad como vendedora superaba con mucho a su dominio del francés, compramos el perfume y contemplamos como envolvía el regalo en un papel lavanda claro.

La noche de su cumpleaños, mi madre tuvo que soplar tres veces para apagar todas las velas, y ante las cariñosas burlas de su familia, expresó el temor de estar sufriendo una temible enfermedad pulmonar debida a su avanzada edad. Bajo la dorada luz de las velas, el rostro de mi madre resplandecía con una inusitada belleza. Cuando me sonrió, me sentí purificado en la gruta secreta de su más alto afecto. Aquella noche me besó, y pude oler el Chanel que endulzaba una venilla de su cuello. Estrechado por sus brazos, quise llorar con todo el abandono y la ternura que un muchacho puede aplicar a la tarea de amar a su madre. Quise decirle que lo comprendía todo y que no tenía reproches que hacerle a ella ni a mi padre por la vida que habíamos llevado en la isla. Pero permanecí en silencio, con mi cabeza sobre su hombro, oliendo la dulzura de sus cabellos.

Aquella noche, Luke nos sorprendió a todos rompiendo a sollozar cuando nos oyó hablar a Savannah y a mí de irnos de la isla a finales de agosto. Al igual que mi madre, se negaba a admitir que nuestras vidas iban a cambiar para siempre y que nuestra infancia era ya irrecuperable, como un fragmento de música perdido en el continuo del tiempo, inefable y sin palabras. Luke temblaba mientras lloraba, en un suave adagio de sufrimiento, pero su pesar estaba revestido de fuerza. Viendo llorar a Luke se podía aprender algo sobre la melancolía de los reyes, sobre la solemnidad del león que, lleno de cicatrices, ha sido desterrado de su orgullo. Anhelaba abrazar a mi hermano y sentir su cara junto a la mía, pero no pude hacerlo. Fue Savannah quien acogió a Luke entre sus brazos y le juró que nada iba a cambiar. Luke pertenecía a la isla; Savannah y yo simplemente habíamos nacido en ella, y jamás habíamos sido parte de la isla de Melrose de una forma verdaderamente vital y esencial. Por lo menos, tal era el mito que nos sostenía y que alimentaba nuestros alegres sueños de viajar más allá de los confines y los eclipses de la vida familiar.

—¿A qué viene esta llorera? —Preguntó mi padre.

—Luke está triste porque nos vamos y le abandonamos —explicó Savannah.

—¡Por el amor de Dios, hijo, domínate! —exclamó mi padre—. Ahora eres un camaronero, Luke, y los camaroneros no son de los que lloran por nada.

—Cállate, Henry —le ordenó mi madre—, y deja en paz al chico.

—Desde luego, he criado una familia bien sensible —respondió mi padre, nuevamente aislado—. No hay nada que odie más que una familia sensible.

Aquella noche nos tendimos de espaldas sobre el muelle flotante y sentimos que todo el río se llenaba con la grandeza de la plenitud a medida que se acercaba a las aguas de cabecera del mar. Con la menguada claridad de la luna nueva podíamos distinguir todas las estrellas que Dios quiso que fueran visibles para el ojo humano desnudo en nuestra parte del mundo. La Vía Láctea era un blanco río de luz que cruzaba el firmamento sobre mí, y yo podía alzar la mano ante mi cara y aniquilar

con la palma la mitad de ese río de estrellas. La marea estaba bajando, y los cangrejos marinos, surgidos de sus cavernas de lodo, agitaban sus grandes y audaces pinzas en misteriosa armonía. Los machos movían sus pinzas al compás de las mareas, las estrellas y los vientos, y con sus brazos marfileños nos indicaban que el mundo era como siempre había tenido que ser. Millares de ellos explicaban a Dios por señas que las mareas se habían retirado, que la constelación del Pegaso brillaba con la intensidad adecuada, que las marsopas cantaban a la caza en las veloces aguas, que la luna había sido fiel a su pacto. Su movimiento era una danza, era confianza, era una ceremonia de afirmación divina. Como un cangrejo más, alcé mi brazo y lo agité en un saludo al militante Orión, que avanzaba sin prisas con todos los arreos de combate. Su cinturón se hallaba a millones de kilómetros de mis ojos, y aun así me parecía más próximo que las luces de mi casa.

El tres de agosto volví a dormir en el muelle, con viento del sudeste. A mediodía, la marca había llegado a su máximo, pero cuando empezó a remitir los vientos le impidieron retirarse y se desencadenó una lucha titánica. El vendaval hizo estragos en los huertos y entre las matas de habichuelas. Después del almuerzo, Luke nos invitó a Savannah y a mí a acompañarle al extremo sur de la isla, donde pensaba pasar la tarde abonando un bosquecillo de pacanas que llevaban dos años sin dar fruto. Le respondí jovialmente que me importaba un pimiento que las pacanas de la isla de Melrose siguieran sin dar ni un solo fruto en los próximos cincuenta años, porque no estaba dispuesto a recorrer la isla con aquel tiempo. Savannah y yo nos quedamos en casa con nuestra madre mientras Luke salía y tomaba el camino que cruzaba los pantanos, con el viento a su espalda.

Sintonizamos en la radio una emisora de Georgia y los tres cantamos a coro, intentando vanamente armonizar, cada vez que transmitían una canción que nos gustaba. Una de ellas fue la canción favorita de mi madre de aquel verano, y cantamos la letra a todo pulmón, fingiendo entonarla ante sendos micrófonos invisibles para el deleite de entusiasmadas muchedumbres. Cuando terminó la canción nos aplaudimos mutuamente y saludamos por turno con profundas reverencias y lanzamos besos a nuestros exaltados admiradores.

Estábamos charlando animadamente cuando el noticiero interrumpió nuestro recital. Las noticias nacionales cedieron el paso a las locales sin solución de continuidad. El gobernador de Georgia había solicitado fondos al gobierno federal para terminar con la erosión de la playa de Tybee, y tres presos se habían fugado de la prisión de Reidsville, en el corazón de Georgia. Se les consideraba peligrosos y se creía que iban armados y en dirección a Florida. Durante la evasión habían matado a uno de los guardianes de la granja prisión. La Sociedad Histórica de Savannah había publicado una nota de protesta ante la concesión de un permiso para edificar un hotel en el barrio antiguo. En un bar de River Street habían detenido a un hombre por vender licor a un menor. La alegre voz de mi madre se fundía con las noticias de la radio.

Empezó a caer un chaparrón en el mismo instante en que el hombre del tiempo anunciaba una probabilidad de lluvia del cuarenta por ciento para la zona de Savannah durante aquella tarde.

Terminadas las noticias, la radio comenzó a emitir el sonido de las Shirelles, y mi madre, con un chillido de placer, comenzó a bailar el shao de Carolina con Savannah. Al igual que la mayoría de los deportistas escolares de mi generación, yo había aprendido a esquivar un bloqueo mucho antes que a bailar, y contemplé sus sensuales movimientos con admiración y vergüenza al mismo tiempo. Cierta timidez innata me había impedido pedir a mi madre o a mi hermana que me enseñaran a bailar; el mero hecho de pensar en tomarlas de la mano me resultaba embarazoso. Mi madre llevaba la danza, y hacía girar a Savannah por la sala de estar con gracia y autoridad.

Lo que ignorábamos los tres es que nuestra casa estaba siendo vigilada. En su feliz inocencia, mi madre bailaba con mi hermana mientras yo cantaba junto con las Shirelles y batía palmas al ritmo de la música. Había truenos sobre el río, pero la nuestra era una casa de música y baile en la que el suave repiqueteo de la lluvia sonaba sobre el tejado. Pero estábamos a punto de aprender que el miedo es un arte oscuro que exige un maestro perfecto, íbamos a inscribir con sangre nuestros nombres en las indiferentes páginas del libro de las horas. Nuestros maestros perfectos habían llegado ya. Y todo comenzó con música.

Sonó una llamada en la puerta delantera y los tres intercambiamos miradas de extrañeza, pues no habíamos oído llegar ningún automóvil. Me encogí de hombros y fui a abrir la puerta.

Nada más abrir, sentí el frío acero de la pistola sobre mi sien. Alcé la vista hacia el hombre. No llevaba barba, pero reconocí su rostro al instante. A través del ventanal del tiempo recordé la crueldad y el magnetismo de aquellos pálidos ojos azules.

¡Callanwolde! —exclamé, y a mis espaldas oí gritar a mi madre.

Los otros dos hombres irrumpieron por la puerta de atrás cuando la radio mencionaba de nuevo a los tres hombres armados que se habían evadido de la prisión de Reidsville y, según se creía, iban camino de Florida. Esta vez mencionaron sus nombres. Otis Miller, a quien otrora llamamos Callanwolde. Floyd Merlin. Randy Thompson. Me sentí abrumado por la impotencia, por el miedo, por una cobardía tan profunda que me hizo caer de rodillas y proferir un inarticulado aullido de inmolación.

—Nunca te he olvidado, Lila —dijo el gigante—. Durante todos estos años de cárcel, en quien pensaba era en ti. Tenía este recuerdo tuyo.

Nos mostró los manchados fragmentos de la carta que mi madre había escrito en Atlanta a mi abuelo durante la guerra de Corea, la carta que jamás fue entregada en la isla.

El gordo había cogido a Savannah por el cuello y la empujaba hacia la puerta de su dormitorio. Savannah se debatía y chillaba, pero él la agarró violentamente por los cabellos y la obligó a cruzar el umbral.

—Ya es hora de que nos divirtamos un poco —comentó con un guiño a sus compañeros, antes de cerrar— la puerta tras de sí.

—La mujer es mía —advirtió Callanwolde, mirando a mi madre con un ansia primitiva y tan concupiscente que parecía envenenar la atmósfera de la habitación.

—Tom —rogó mi madre—, ayúdame, por favor.

—No puedo mamá —susurré, pero de pronto me lancé hacia el armero donde estaban las escopetas, en la pared más alejada.

Callanwolde me interceptó y me derribó a bofetadas. Luego, acercándose a mi madre con la pistola apuntando hacia ella, pronunció unas palabras que no alcancé a comprender.

—El chico es tuyo, Randy. Yo creo que está bastante bien.

—Carne fresca —dijo Randy—. No hay nada que me guste más que la carne fresca.

—Tom —insistió mi madre—, tienes que ayudarme.

—No puedo, mamá —repetí, cerrando los ojos mientras Randy me ponía un cuchillo en la yugular y Callanwolde empujaba a mi madre hacia la puerta y la derribaba sobre el lecho en el que fui concebido.

Randy me desgarró la camisa por detrás y me ordenó que me desabrochara el cinturón. Le obedecí, sin saber qué pretendía, y mis pantalones cayeron al suelo. Yo era de la Carolina rural, y no sabía que se pudiera violar a un muchacho. Pero mi maestro había llegado a casa.

—Guapo. Muy guapo. ¿Cómo te llamas, bonito? Dile a Randy cómo te llamas.

Apretó la hoja contra mi garganta, mientras yo oía resonar por la casa los gritos de mi madre y de mi hermana. Su aliento despedía un hedor acre y metálico. Sentí el contacto de sus labios sobre mi nuca, y su mano libre comenzó a acariciarme los genitales.

—Dime cómo te llamas, niño bonito, antes de que te corte el jodido cuello —susurró.

—Tom —respondí con una voz que no reconocí como mía.

—¿Has follado alguna vez con un hombre, Tommy? —quiso saber Randy. Savannah sollozaba en el dormitorio—. No, claro que no, Tommy. Yo seré el primero, Tommy. Te follaré bien, Tommy, antes de cortarte la garganta.

—Por favor —supliqué antes de que me sujetara la laringe con su mano izquierda, apretándome con tanta fuerza que creí que iba a perder el conocimiento. Noté la frialdad de la hoja en la cintura, al cortarme la ropa interior. Acto seguido, me agarró por los cabellos y me obligó a ponerme de rodillas. No supe qué estaba haciendo hasta que sentí el contacto de su polla sobre mi culo.

—No —le rogué.

Tiró violentamente de mis cabellos e hincó el cuchillo en mi trasero hasta hacerme sangrar. Entonces susurró—. Te follaré mientras estás desangrándote, Tommy. A mí me da lo mismo.



Cuando me penetró, traté de gritar, pero no pude. No pude dar voz ni expresión a tanta degradación, a una vergüenza tan profunda. Su miembro era enorme y, al introducirlo por la fuerza, me hirió. Sentí un líquido que me corría por el muslo y creí que había eyaculado, pero era mi propia sangre lo que me bajaba por las piernas. El hombre se retorció y penetró más profundamente en mi interior, mientras yo oía los gritos de mi madre y mi hermana que clamaban mi nombre y suplicaban mi intervención.

—Tom, Tom —chillaba Savannah, con voz agotada—. Me hace daño, Tom.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Randy empezó a moverse rítmicamente y me susurró:

—Dime que te gusta, Tommy. Dime lo mucho que te gusta.

—No —repliqué, también susurrando.

—Entonces, te cortaré la garganta ahora mismo, Tommy. Me correré dentro de tu culo mientras tú te desangras. Dime que te gusta mucho, Tommy.

—Me gusta mucho.

—Dilo con cariño, Tommy.

—Me gusta mucho —repetí cariñosamente. Habiendo llegado así a la plenitud de la humillación y la impotencia, noté un mudo cambio en mi corriente sanguínea mientras el hombre gruñía y se retorcía dentro de mi cuerpo, sin advertir aquel sutil estremecimiento de rabia asesina que me agitó por un instante. Alcé la vista, tratando de despejar el terror de mi cabeza. Mis ojos recorrieron la sala y se posaron en el espejo biselado que colgaba sobre la repisa de la chimenea. Enmarcado en aquel espejo divisé el rostro de mi hermano Luke que atisbaba por la ventana del sur. Meneé la cabeza y compuse la palabra «no» con los labios. Sabía que todos los rifles estaban en la casa y que nuestra única oportunidad era que Luke corriese en busca de ayuda. Cuando volví a mirar, Luke ya no estaba allí.

—Háblame, Tommy —volvió a susurrarme Randy—. Dime cosas dulces, cariño.

Entonces lo oí, sobre el sonido del viento. Reconocí el ruido por haberlo oído en el pasado, pero no supe identificarlo con exactitud. Era como el chillido de una liebre al remontarse sobre los campos, ensartada en las garras de un halcón. El viento soplaba furiosamente entre los árboles, y las ramas azotaban el tejado de la casa. Oí de nuevo el sonido, y de nuevo fui incapaz de situarlo o de decir de dónde procedía. Me pregunté si aquellos hombres también lo oirían. Gemí sonoramente, para ocultar el ruido.

—Me gusta que gimas, Tommy —dijo Randy Thompson—. Me gusta mucho.

—Por favor, por favor —exclamó mi madre en la habitación.

Volví a oír el ruido bajo la lluvia y esta vez lo reconocí. Era el chirrido de una rueda al girar sobre un eje no engrasado. Era un sonido de finales del verano, de aquellos alborotados y embriagadores días en que Luke y yo comenzamos nuestra inexorable preparación para nuestra última temporada de fútbol. Era el sonido de principios de agosto, cuando Luke y yo nos poníamos las protecciones y las botas

claveteadas y dábamos comienzo al personalísimo proceso de endurecer nuestro cuerpo de cara a los partidos de septiembre. Él y yo nos situábamos tras la jaula del tigre y, ambos a una, la empujábamos por la carretera de un lado a otro hasta caer rendidos de agotamiento. En aquellas sesiones de duro entrenamiento nos esforzábamos hasta los límites últimos de la resistencia humana a fin de hacernos más fuertes que todos los demás muchachos que debían cargar contra nosotros desde la disputada línea de choque. Día tras día nos entregábamos a un esfuerzo sin concesiones para afinar nuestro cuerpo mediante una cruel disciplina inventada por nosotros mismos. Empujábamos la jaula por la carretera hasta sentir que las rodillas, incapaces de seguir aguantando, cedían bajo el peso de nuestro propio cuerpo. Durante la primera semana apenas podíamos mover la jaula unos pocos metros sin detenernos a descansar. Cuando comenzaron los entrenamientos del equipo, podíamos empujarla casi medio kilómetro antes de desplomarnos sobre la carretera, mareados por el sol de agosto.

Lo que oía en aquellos momentos era la lucha de Luke para llevar la jaula hasta la casa por sí solo, a pesar de que las ruedas se hundían profundamente en la tierra mojada; lo que delataba sus movimientos era el chirrido del eje de la rueda izquierda.

Grité desesperadamente cuando el hombre eyaculó dentro de mí, mezclando su semen con mi sangre. Al separarse de mí, apretando con más fuerza el cuchillo sobre mi garganta, preguntó:

—Ahora, dime: ¿cómo prefieres morir, Tommy? ¿Qué te asusta más, el cuchillo o la pistola?

Me hizo retroceder hasta la pared y apoyó la pistola en mi cabeza y la hoja del cuchillo sobre mi entrepierna.

A continuación, subió el cuchillo hasta mis testículos y él mismo se respondió:

—El cuchillo, ¿eh, Tommy? Ya me lo parecía. Voy a cortarte los cojones, Tommy, te los pondré en la mano. ¿Qué te parece la cosa, Tommy? Voy a cortarte en pedacitos, poco a poco. Acabo de darte por el culo, Tommy. Ahora eres mío. Te encontrarán con mi leche en el culo, Tommy.

Cerré los ojos y extendí ambos brazos sobre la pared. Su rostro estaba casi tocando el mío; cuando me besó, y mientras sentía los movimientos de su lengua dentro de mi boca, mi mano derecha fue a posarse sobre un pedazo de frío mármol. Sus ojos siguieron abiertos mientras me besaba, pero poco a poco mis dedos se cerraron en torno al cuello de la estatua del Niño Jesús de Praga que mi padre había robado después de la guerra en la iglesia del padre Kraus, en Alemania.

Savannah y mi madre sollozaban en sus dormitorios. De nuevo oí gritar a mi madre.

—¡Tom! —chilló, y su voz me partió el corazón. De nuevo oí el rechinar de la rueda, seguido de un ligero choque contra la puerta de atrás.

En seguida, alguien llamó a la puerta, como si algún vecino hubiera venido a visitarnos.

—No te muevas, Tommy. No digas ni una palabra o eres hombre muerto —me susurró Randy Thompson.

Callanwolde salió apresuradamente del cuarto de mi madre, abrochándose el pantalón. Mi madre estaba tendida sobre su cama, desnuda, cubriéndose el rostro con un brazo. El violador de mi hermana se reunió al instante con Callanwolde. Apareció en ropa interior, y sus calzoncillos contenían una erección que se desvanecía por momentos. Los tres hombres tomaron posiciones en la sala y apuntaron sus armas hacia la puerta.

—¡Escapa, Luke, escapa! —gritó mi madre desde el dormitorio.

Callanwolde abrió rápidamente la puerta, al tiempo que se abría la jaula del tigre.

El hombre que acababa de violar y sodomizar a mi madre se halló cara a cara con un tigre de Bengala.

Randy Thompson, que me había violado, quedó transfigurado, con los ojos fijos en la puerta de la jaula, al ver a César, que salía de la semioscuridad y, con un rugido, avanzaba hacia la claridad de la sala.

Vi al tigre saltar desde la penumbra y oí un disparo al mismo tiempo que el aullido de Callanwolde. El hombre se tambaleó hacia atrás, sin dejar de aullar, con la cabeza atrapada entre las mandíbulas del tigre. Randy Thompson alzó su pistola y yo sujeté la estatua de mármol con ambas manos, aferrándola como si se tratara de un Louisville Slugger santificado. Mientras César arrancaba el rostro del hombre que había violado a mi madre, fragmentos del cerebro de Randy Thompson salpicaron el extremo más alejado de la pared de la sala. Casi le había decapitado con la furia de mi golpe, sintiendo aún el sabor de su lengua en mi boca. Monté a horcajadas sobre él y, haciendo caso omiso del tigre, del tercer hombre y del griterío, seguí machacando la cara de Randy Thompson hasta que no conservó ningún parecido con una cara humana. Con fría intencionalidad le hundí en el cerebro los pedazos de su propio cráneo.

Floyd Merlin chillaba y disparaba su pistola al mismo tiempo, con inciertos disparos al azar. César sangraba por una herida cercana a los omóplatos. Callanwolde gemía lentamente bajo el peso del tigre, hasta que César dio un zarpazo que le destrozó el cuello, dejando al descubierto las vértebras cervicales. Floyd Merlin comenzó a retroceder, todavía chillando y disparando. En la casa reinaba un pandemónium, y el olor de la muerte, el dulzón olor del cerebro y la radio, en la que sonaba una canción de Jerry Lee Lewis, hicieron comprender a Floyd Merlin, justo antes de morir, que se habían equivocado al elegir como presa la casa de los Wingo. Sin dejar de retroceder, disparó la última bala hacia el tigre y vio cómo me erguía con la estatua en las manos. Me desplazé rápidamente hacia la izquierda para cortar la retirada. Savannah se había dirigido a su armario para cargar su escopeta de caza, con mortíferas intenciones, y salió rugiendo de su habitación convertida en la mujer más peligrosa del planeta. La chica que Floyd Merlin había violado apoyó el cañón de la escopeta sobre su entrepierna y apretó el gatillo. El disparo lo partió por la mitad, y

su sangre y sus vísceras casi me cegaron mientras Luke pasaba a toda prisa junto a mí para coger una silla del comedor, que comenzó a blandir hacia el rostro de César.

—Quietos todos —ordenó Luke—. Tengo que meter a César en la jaula.

—Si César no vuelve a su jaula, lo deshago a tiros —dijo Savannah, con lágrimas en las mejillas.

El tigre se volvió, sangrando, y dio unos bamboleantes pasos hacia Luke. Sus mandíbulas estaban ensangrentadas, y era evidente que se sentía confuso y dolorido. Le dio un zarpazo a la silla que arrancó una de las patas delanteras, pero Luke siguió empujándolo hacia la puerta.

—Eso es. Buen chico. Vuelve a la jaula, César. Lo has hecho muy bien, César.

—César está muriéndose, Luke —dijo mi madre.

—No, mamá. No digas eso. Por favor, no digas eso. Nos ha salvado, y ahora debemos salvarlo a él.

En su retirada hacia la puerta, el tigre dejó huellas de sangre en el suelo, como súbitas y grotescas rosas estampadas sobre la madera. Tras volver una sola vez la cabeza, regresó a duras penas a la seguridad de su jaula. Luke bajó el portón de la jaula y echó el candado.

Entonces mi familia se vino abajo, se desmoronó y gimió como un grupo de ángeles heridos, mientras el viento azotaba con fuerza nuestra casa y la música de la radio seguía sonando, sin el menor atisbo de compasión. Lloramos todos, con los despojos de nuestros atacantes esparcidos sobre nuestras caras y nuestras manos, sobre las paredes, los muebles y el suelo. La estatua del Niño Jesús yacía a mi lado, cubierta de sangre. En menos de un minuto habíamos matado a los tres hombres que habían traído el caos y la ruina a nuestro hogar, estableciendo su incumbencia en el descuidado orden de la pesadilla. En nuestros sueños, se alzarían del polvo de nuestro terror y volverían a violarnos un millar de veces. Con grandeza inmortal, recompondrían sus cuerpos destrozados e irrumpirían en nuestras habitaciones como conquistadores, merodeadores y canes perversos, y una y otra vez volveríamos a oler su aliento mezclado con el nuestro y sentiríamos cómo nos arrancaban la ropa del cuerpo. La violación es un crimen contra el sueño y la memoria; su imagen queda impresa como un negativo irreversible en la cámara oscura de los sueños. Durante el resto de nuestras vidas, aquellos tres hombres muertos y masacrados nos enseñarían incesantemente la permanencia, la terrible constancia que acompaña siempre a las heridas del espíritu. Aunque nuestros cuerpos se curarían, nuestras almas habían sufrido lesiones que no admitían compensación. La violencia hunde profundas raíces en el corazón; carece de estaciones; sus hojas son perennes, y sus frutos siempre están maduros.

Todo mi cuerpo se estremecía de llanto, y al llevarme las manos a la cara para cubrirme los ojos, sin darme cuenta me teñía con la sangre de Randy Thompson. Sentía su esperma deslizarse por mis piernas. Antes de morir, me había dicho algo muy cierto: una parte de mí le pertenecería siempre. Había hipotecado una porción de

mi adolescencia, había robado mi pura sanción de un mundo administrado por un Dios que me amaba y que había creado el cielo y el infierno en un acto de divina y escrupulosa alegría. Randy Thompson había contaminado mi imagen del universo, me había instruido con sumo talento acerca de lo vano de aferrarse a la fe en el Edén.

Durante quince minutos permanecimos tendidos en el suelo de aquel matadero en que se había convertido nuestra casa y nuestro santuario cotidiano. Luke fue el primero en hablar.

—Voy a llamar al sheriff, mamá.

¡Ni se te ocurra! —la oí replicar con voz enfurecida—. Somos Wingo, y tenemos demasiado orgullo para contarle a nadie lo que ha ocurrido aquí.

—Pero es que hemos de hacerlo, mamá. Tenemos tres hombres muertos en la sala. Hemos de explicárselo a alguien —insistió Luke.

—Esos no son hombres —dijo ella—. Son animales. Son bestias.

Escupió sobre el cadáver del hombre que había violado a Savannah.

—Hemos de llevar a Tom al médico, mamá. Está herido.

—¿Dónde te han herido, Tom? —preguntó mi madre.

Pero su voz, desencarnada, figurativa y con una calidad de desapasionamiento, sonaba como si estuviera dirigiéndose a un extraño.

—Ese hombre ha violado a Tom, mamá. Está sangrando.

Ella se echó a reír, con una risa de enajenada y fuera de lugar, y replicó:

—Un hombre no puede ser violado por otro hombre, Luke.

—Bueno, pues ese tipo no lo sabía. He visto lo que le hacía a Tom —respondió Luke.

—No quiero seguir viendo estos cuerpos en casa. Quiero que vosotros dos os los llevéis a lo más profundo del bosque y los enterréis de forma que nunca puedan encontrarlos. Savannah y yo limpiaremos la casa con una manguera. Quiero que no quede ni rastro de estos animales cuando llegue vuestro padre, por la noche. Vamos, Savannah, domínate. Ya ha pasado todo. Piensa en cosas agradables, como ir a comprar un vestido nuevo. Y haz el favor de vestirte. Estás desnuda delante de tus hermanos. Tom, vístete tú también. En seguida. Quiero que saquéis de aquí estos cadáveres. Deja ya de llorar, Savannah. Lo digo en serio. ¿Dónde está tu compostura? Piensa en algo bonito... Un romántico paseo por el Mississippi en un barco fluvial. Suena la música. Corre el vino, y una fresca brisa te acaricia la cara. Un adinerado caballero aparece bajo la luz de la luna y te pide que le concedas un vals. Has visto su fotografía en las revistas de sociedad y sabes que proviene de una de las familias más ricas de Nueva Orleans. Cría caballos purasangre y se alimenta exclusivamente de ostras crudas y champaña...

—Estás desvariando, mamá —observó Luke con voz suave—. Déjame llamar al sheriff; él sabrá qué hay que hacer. Tengo que llamar al veterinario para ver si se puede hacer algo por César.

—No llamarás a nadie —gritó ella con ferocidad—. Todo esto no ha ocurrido.

—¿Lo entiendes? ¿Lo entendéis todo? Esto no ha ocurrido. Si vuestro padre supiera que he tenido relaciones sexuales con otro hombre, no volvería a tocarme jamás. Si se corriera la voz de que Savannah no es virgen, ningún joven decente querría casarse con ella.

—¡Santo Dios! —exclamé, incrédulo, contemplando los cuerpos desnudos de mi madre y de mi hermana gemela—. Dios mío, por favor, dime que esto es broma.

—Vístete, Tom; ahora mismo —me ordenó mi madre—. Tenemos mucho trabajo por hacer.

—Hemos de decírselo a alguien, mamá —suplicó Luke—. Tenéis que ir todos al médico. Tenemos que ayudar a César. Nos ha salvado la vida, mamá. Esos hombres iban a mataros.

—Debemos pensar en la posición de nuestra familia en esta ciudad. No podemos hacerles una cosa así a Amos y Tolitha. No podemos hacérsela a nosotros mismos. Me niego a salir a la calle mientras todo el mundo se pregunta si verdaderamente escribí una carta a ese monstruo mientras estaba en la cárcel. Utilizarán esa carta contra mí. Dirán que recibí lo que merecía. Pero no lo toleraré. Me niego a seguirles el juego.

—Mamá —intervine—, me han roto el culo.

—No consiento que se hable así en mi casa. No quiero que mis propios hijos utilicen un lenguaje vulgar. Os he educado para que seáis ciudadanos decentes y refinados.

Luke y yo llevamos los restos de los tres hombres hasta la furgoneta y los depositamos sobre la plataforma en un tétrico montón. Mi madre me había entregado un Kotex, que me embutí bajo la ropa interior para contener la hemorragia. Cuando salimos de la casa, Savannah y ella estaban arrojando cubos de agua jabonosa al suelo de madera. Mi madre había encendido una hoguera en el patio trasero para quemar dos alfombras pequeñas y una poltrona que habían quedado irreparablemente manchadas de sangre. Mientras nos gritaba sus órdenes, parecía extraña, vulnerable y alienada. César, gravemente dañado y no permitía que Luke se acercara a la jaula para cuidarle las heridas. Savannah seguía llorando, y no había dicho una palabra desde que terminara su trágica prueba.

Enterramos los despojos en una fosa poco honda en lo más profundo del bosque, cerca de un árbol cubierto de enredaderas. Sabíamos que cuando llegara el siguiente verano las enredaderas cubrirían sus tumbas, y las verdes raíces se enroscarían en sus costillares. Me sentía embarazado en presencia de mi hermano, avergonzado de que hubiera visto lo que había visto, de modo que trabajamos en medio de un exhausto silencio. A medida que iba disipándose la conmoción provocada por los acontecimientos de la tarde, mí cuerpo se llenaba de una fatiga tan abrumadora que me producía efectos sedantes. Me senté junto a la fosa y, frágil y agotado, empecé a temblar. Luke tuvo que levantarme en vilo y llevarme a la furgoneta.

—Siento mucho que te hayan hecho daño, Tom —no dijo—. Siento mucho no

haber llegado antes. Si no fuera porque me había olvidado algo, no habría vuelto a casa tan temprano. Y ahora ni siquiera recuerdo qué había olvidado. Vi sus huellas en la carretera.

—Mamá está loca, Luke.

—No, no es verdad. Está asustada, nada más. Hemos de seguirle la corriente.

—Lo presenta todo como si hubiera sido culpa nuestra o algo así. Nadie nos echaría la culpa. La gente nos tendría lástima si lo supiera; nos ayudaría.

—Mamá no soporta que la gente le tenga lástima, Tom. Ya lo sabes. Y nunca querría aceptar ayuda de nadie, por ningún motivo. Tenemos que ayudarnos nosotros mismos, y ayudar a Savannah.

—No es justo —protesté—. ¿Por qué esta condenada y estúpida familia no es capaz de hacer nada a derechas?

—No lo sé. Somos extraños.

—Han violado a toda la familia y hemos matado a los tres tipos que lo han hecho. Más muertos que la mierda, Luke, con las tripas extendidas por toda la casa, y quiere que finjamos que no ha sucedido nada.

—Es extraño —repitió.

—Es de locos. Es de chalados. Es demencial. Y como papá y mamá están locos, eso quiere decir que vamos a estar completamente jodidos durante toda nuestra vida, y que nuestros hijos estarán jodidos, y así es como van a ser las cosas hasta el día del juicio final. Savannah está enferma, Luke. ¿Cómo crees que va a afectarla todo esto? Ve perros colgados de ganchos de matadero, y eso sólo por vivir todos los días con mamá y papá. ¿Qué le pasará ahora a Savannah?

—Hará lo que deba hacer, como nosotros.

—¿Y yo? ¿Qué va a pasar conmigo? —pregunté, rompiendo a llorar de nuevo—. No se puede vivir un día como este sin pagar un precio. Hace sólo dos horas, Luke, tenía un cuchillo en el cuello y un tipo me estaba violando. Estaba seguro de que iba a morir. Estaba seguro de que iba a degollarme como a un cerdo en plena sala de estar. Me besó, Luke, y pensaba matarme. ¿Te imaginas matando a una persona a la que acabas de besar?

—No, no puedo imaginármelo.

—No podemos dejar que mamá se salga con la suya. No es justo.

—Ya lo hemos hecho, Tom. Acabamos de enterrar las pruebas. Ahora tendríamos que dar muchas explicaciones.

—La gente lo entendería, Luke. Hemos sufrido una conmoción.

—Dentro de un mes, ni siquiera te acordarás de todo esto.

—Luke, lo recordaré aunque viva quinientos años.

—Vale más que no volvamos a mencionarlo. Ha ocurrido, y eso es todo. Tengo que encontrar una forma de ayudar a César.

Cuando regresamos a casa encontramos a César moribundo en su jaula. Su respiración era jadeante, y su enorme cuerpo amarillo y negro estaba tendido contra

los barrotes. Cuando Luke le acarició la cabeza, César no hizo ningún gesto de protesta. Luke frotó el hocico del tigre con su cabeza y acarició el deslumbrante pelaje del lomo.

—Has sido bueno, César —le susurró Luke—. Has sido muy bueno, y no teníamos ningún derecho a mantenerte encerrado en esta pequeña jaula de mierda. Pero finalmente has podido ser un tigre, César. Vaya que sí. Has demostrado ser todo un tigre, muchacho. Eres fantástico, César, y siempre te echaré de menos. Eras el tigre más fantástico que jamás haya vivido, te lo juro.

Luke apoyó el rifle en la cabeza de César y, con el rostro bañado en lágrimas, le atravesó el cerebro de un balazo.

Mientras yo miraba en silencio, incapaz de consolar a mi hermano, supe que jamás volvería a ver a un muchacho de Carolina del Sur llorando por la muerte de un tigre de Bengala.

Por la noche, cuando mi padre llegó a casa procedente del muelle de los camareros, ya habíamos enterrado a César, borrado cualquier rastro de la carnicería de aquella tarde y eliminado todos los signos de aquel singular asunto que había trastocado nuestras vidas. Yo monté en el tractor y borré las huellas de aquellos tres hombres marcadas en la mojada tierra de la carretera de la isla. Encontramos el coche que habían robado en Georgia y, en su asiento delantero, un mapa con la isla de Melrose señalada con un círculo hecho con bolígrafo. Luke y yo empujamos el coche desde el puente y lo vimos hundirse en los cinco metros de profundidad del canal. La casa resplandecía con el furioso deseo de nuestra madre de eliminar de nuestro hogar cualquier vestigio de la presencia de aquellos individuos. Sus rodillas sangraban por los esfuerzos realizados con el estropajo sobre el suelo de roble. La estatua del Niño Jesús de Praga reposaba en un baño de amoníaco teñido de sangre. Savannah se pasó más de una hora bajo la ducha, lavándose obsesivamente, tratando de limpiar su piel de la presencia del extraño. Bajo la dirección de mi madre, Luke y yo pusimos en orden los muebles. Nada debía quedar igual que por la mañana. Lavamos ventanas y cortinas, y limpiamos las manchas de sangre que se habían secado en la tapicería y en los raídos bordes de las alfombras.

Mi madre estaba tomando una copa, esperando a mi padre, cuando éste llegó a casa por la noche y anunció que sólo había capturado cuarenta libras de camarones. La casa olía a amoníaco y a productos de limpieza, pero mi padre olía, como siempre, a pescado y camarones, y no se dio cuenta. En el mundo sólo existía un olor para mi padre, que dejó un cubo de pescado en la cocina para que Luke y yo lo limpiáramos mientras él se duchaba.

Mi madre preparó cuidadosamente el pescado, y durante la cena la conversación de mis padres fue tan apagada que me costó reprimir una obsesiva necesidad de ponerme a gritar y derribar la mesa. Savannah se quedó en su dormitorio, y mi madre anunció, sin darle importancia, que le parecía que la chica había cogido una gripe. Mi padre no advirtió nada fuera de lo corriente: estaba agotado tras la larga jornada a



bordo, enfrentándose a un desacostumbrado viento del sudeste. Tuve que recurrir a todas mis reservas de disciplina para no contárselo todo. Creo que la violación no me afectó tan profundamente como mi adherencia a aquellas leyes de oscuridad y secreto que mi madre había promulgado. Durante la hora que tardamos en consumir nuestra cena aprendí que el silencio podía ser la más elocuente forma de mentir. Jamás pude volver a comer lenguado sin pensar en la sangre de Randy Thompson sobre mis manos, o en su lengua dentro de mi boca.

Antes de que mi padre llegara a casa, mi madre nos había reunido en la sala para arrancarnos la promesa de que jamás contaríamos a nadie lo que había sucedido aquel día. Con voz al mismo tiempo apagada e intransigente, nos anunció que dejaría de ser nuestra madre si alguna vez rompíamos la promesa. Nos juró que jamás volvería a dirigirnos la palabra si revelábamos el menor detalle de lo ocurrido aquel día.

Le daba igual que comprendiéramos o no sus razones. Conocedora de la naturaleza de las pequeñas ciudades, sabía cómo compadecían y despreciaban a las mujeres violadas, y no deseaba verse incluida entre ellas. Jamás rompimos nuestra promesa, ninguno de los tres. Ni siquiera volvimos a mencionar el asunto entre nosotros. Era un pacto secreto y vinculante, establecido por una familia rural que se caracterizaba por su estupidez y por los protocolos de negación con que acogía los desastres. Honramos en silencio nuestras vergüenzas privadas, y así las convertimos en impronunciables.

Solamente Savannah rompió el acuerdo, pero lo hizo con una terrible y muda majestuosidad: tres días más tarde, se cortó las venas por primera vez.

Mi madre había criado una hija que podía permanecer en silencio, pero no mentir.

Cuando terminé de contar la historia, miré de nuevo a Susan Lowenstein. Al principio, ninguno de los dos dijimos nada. Finalmente, pregunté:

—¿Comprende ahora por qué me sentí furioso al leer el libro infantil de Savannah? No puedo creer que no recuerde aquel día, y no quiero que lo deforme hermoseándolo.

—Toda su familia habría podido morir.

—Quizá no habría sido lo peor.

—Lo que acaba de explicarme es lo peor que jamás he oído que le ocurriera a una familia.

—También yo lo creía así —concedí—, pero estaba equivocado. Aquello fue sólo el precalentamiento.

—No sé que quiere decir, Tom. ¿Se refiere a Savannah y su enfermedad?

—No, Lowenstein —respondí—. Todavía no le he hablado del traslado de la ciudad. No le he hablado de Luke.

Un entrenador ocupa un lugar muy destacado en la vida de un adolescente. Este es el único componente noble de mi discutiblemente inútil vocación. Si son afortunados, los buenos entrenadores pueden llegar a ser los padres perfectos e inobtenibles en que suelen soñar los muchachos y que rara vez encuentran en sus propios hogares. Los buenos entrenadores moldean, exhortan, urgen. Hay algo hermoso en contemplar el proceso del deporte. He pasado casi todos los otoños de mi vida haciendo evolucionar a multitudes de adolescentes sobre superficies de hierba marcada. Bajo el sol de finales de agosto, he escuchado los cantos de la calistenia, he observado la torpeza inicial de los muchachos demasiado crecidos para su edad y he dirigido la violencia de bloquear trineos y atajar en grupo. Puedo medir mi vida por los equipos que he llevado al campo y recuerdo los nombres de todos los jugadores a los que he entrenado alguna vez. Pacientemente, he esperado cada año ese momento en que logro fundir todas las capacidades y debilidades de los muchachos puestos a mi cuidado. He observado esta síntesis milagrosa. Cuando se produce, recorro con la vista mi terreno de juego, miro a mis muchachos y, en un arrebatado de omnipotencia creativa, siento deseos de gritarle al sol: «¡Por Dios, he creado un equipo!».

El adolescente es precioso porque se yergue en el umbral de su generación y está siempre temeroso. El entrenador sabe que la inocencia es siempre sagrada, pero el miedo no. Por medio del deporte, el entrenador puede ofrecerle al muchacho un camino secreto para introducirse a hurtadillas en el misterio de la virilidad.

Pasé aquel verano enseñándole a Bernard Woodruff todos los secretos. Durante aquellas sesiones de dos horas en Central Park le enseñé todo lo que yo sabía sobre el deporte del fútbol. Atajándome, aprendió a atajar, y aprendió a hacerlo bien. Bernard no era un deportista muy dotado, pero sí uno al que no le importaba hacer daño. Durante los entrenamientos me hizo daño muchas veces, y yo a él muchas más. Un muchacho de apenas sesenta kilos necesitó auténtico coraje para lanzar su cuerpo contra un adulto bien desarrollado. Jugábamos ante un público formado por los grandes edificios de la ciudad que se alzaban a nuestro alrededor.

Pero nuestra temporada terminó bruscamente el día en que enseñaba a Bernard el arte de atravesar un bloqueo.

En el parque, le pedí a Bernard que adoptara la postura de cuatro puntos de un defensa delantero y me situé frente a él.

—Ese árbol que tienes detrás es el *quarterback*, Bernard —le expliqué—. Si consigo tocar el árbol, me lo he cargado.

Me miró. Él iba completamente equipado, pero nuestra diferencia de peso era de casi treinta kilos a mi favor.

—Aguanta firme. Mantén el equilibrio y no dejes que me acerque a tu

*quarterback*.

—Yo quiero jugar de *quarterback* —dijo él.

—Estoy enseñándote a apreciar a tus delanteros respondí.

Cargué a través de la línea, le di un golpe en el casco con la palma de la mano y le hice caer al suelo. Toqué el árbol y anuncié:

—Acabo de hacer que el *quarterback* se enfade muchísimo.

—El que se ha enfadado muchísimo es el delantero —dijo—. Volvamos a intentarlo.

Esta vez me hundió el casco en el pecho cuando se incorporó para recibirme. Traté de pasar por su izquierda, pero siguió conteniéndome y retrocediendo ligeramente, controlando su centro de gravedad mediante leves flexiones de las rodillas, con los pies en constante movimiento. Cuando intenté dejarlo atrás, saliendo a la carretera, me sorprendió lanzándose en plancha hacia mí y barriendo mis pies del suelo. Caí pesadamente sobre el césped, con un golpe que me dejó sin aliento.

—Acabo de hacer feliz al *quarterback*, ¿eh, entrenador Wingo? —comentó Bernard con aire de triunfo.

—Lo que has hecho es cargarte al entrenador —jadeé poniéndome trabajosamente en pie—. Y me parece que estoy haciéndome demasiado viejo para estos trotes. Lo has hecho estupendamente, Bernard. Te has ganado el derecho a jugar de *quarterback*.

—Le he dado una buena entrenador ¿Por qué cojea?

Estoy dando unos pasos para comprobar si me hice daño —respondí, y para probar mi rodilla izquierda.

—Los buenos no se preocupan por pequeñas lesiones —se burló.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Me lo dijo usted —contestó—. Eche una carrerita y verá como se le pasa entrenador. Es lo que me recomendó cuando me torcí el tobillo.

—Empiezas a irritarme, Bernard —mascullé.

—Entonces, veamos si consigue tocar ese árbol, entrenador —sugirió, sonriéndome con insoportable arrogancia.

Volví a situarme frente a él, al otro lado de la línea y con los rostros a una distancia de no más de treinta centímetros, le dije:

—Esta vez intentaré matarte, Bernard. También en esa ocasión logró establecer contacto, pero volví a desequilibrarlo de una palmada en el casco. Sin embargo, se recuperó a tiempo y cortó mi avance hacia el árbol. Me dejé caer sobre él y lo sentí vacilar bajo mi peso. Estaba a punto de rodearlo cuando, de pronto, se lanzó hacia mis tobillos. Cogido por sorpresa, volví a medir el suelo, mientras Bernard, debajo mío, trataba en vano de contener la risa. Nos quedamos en el suelo sin levantarnos, peleándonos amistosamente.

—Creo que te has convertido en todo un futbolista, pequeño bastardo —comenté.

—Eso parece —dijo una voz de hombre a mis espaldas.

—¡Papá! —exclamó Bernard.

Me volví y vi a Herbert Woodruff, que contemplaba nuestra improvisada sesión de lucha con algo menos que una absoluta complacencia. Sus brazos estaban tan escrupulosamente cruzados sobre el pecho como dos hojas de una navaja múltiple del ejército suizo. El hombre poseía el porte y la esbelta elegancia de un bailarín de flamenco, en armonía con su oscura apostura. Su rostro reflejaba una fría reserva.

—De modo que así es como tu madre te permite desperdiciar el verano —comenzó secamente, dirigiéndose a su hijo—. Tienes un aspecto ridículo.

Bernard estaba apabullado y ni siquiera intentó contestar a su padre, que parecía decidido a hacer caso omiso de mi presencia.

—El profesor Greenberg acaba de llamarme y me ha comunicado que esta semana ya has faltado, a dos clases. Sabes que sólo te aceptó como alumno por especial consideración hacia mí.

—Tiene muy mal genio —alegó Bernard.

—Es estricto —le corrigió su padre. Los grandes maestros siempre son muy exigentes. Lo que te falta de talento, Bernard, has de compensarlo con dedicación.

—Hola —intervine, interrumpiéndole. Me llamo Tom Wingo, señor Woodruff. Soy el entrenador de Bernard.

Le tendí mi mano, sólo para oírle decir:

—No suelo estrechar la mano a nadie. —Alzó sus largas y hermosas manos a la luz y añadió—: Mis manos son mi vida. Soy violinista.

—¿Prefiere que nos frotemos la nariz, quizá? —pregunté alegremente, intentando desviar su atención de Bernard.

Sin hacerme caso, se volvió de nuevo hacia su hijo.

—La doncella me ha dicho que te encontraría aquí. Ahora, sube a tu habitación y practica durante tres horas. Pero antes quiero que llames al profesor Greenberg para disculparte.

—Todavía no ha terminado el entrenamiento —objetó Bernard.

—Sí que ha terminado, Bernard —replicó él—. Y para siempre. Esta es otra de las pequeñas intrigas que urdes con tu madre.

—Ya está bien por hoy, Bernard —dije yo—. Corre a casa y haz prácticas de violín como te ha dicho tu padre; tal vez encontremos una solución.

Bernard salió corriendo hacia el oeste de Central Park y yo me quedé a solas con Herbert Woodruff sobre el césped del parque.

—Es un futbolista la mar de bueno, señor Woodruff —observé, mientras ambos contemplábamos cómo Bernard cruzaba la calle por entre el denso tráfico.

Herbert Woodruff se volvió hacia mí y replicó:

—¿Y a quién le importa una mierda?

—A Bernard, para empezar —contesté, conteniendo a duras penas mi irritación—. Su esposa me pidió que entrenara a Bernard este verano.

—Sin comentarlo antes conmigo. Pero supongo que, a estas alturas, ya se habrá

dado cuenta de ello, señor... ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—Wingo. Tom Wingo.

—Mi esposa suele hablar de usted con frecuencia —dijo él—. Usted es su amigo sureño, ¿verdad?

—Le vi en el Festival Spoleto, en Charleston. Estuvo usted magnífico.

—Sí —asintió—. Gracias. ¿Conoce la Chacona de Bach, señor Wingo?

—No sé gran cosa de música; me avergüenza tener que admitirlo.

—Es una lástima —comentó—. Cuando yo tenía diez años, podía interpretar la Chacona a la perfección. Bernard no la ha añadido a su repertorio este año, y su interpretación, en el mejor de los casos, resulta chapucera.

—¿Qué tal jugaba usted a fútbol a los diez años?

—Siempre he detestado los deportes y la gente con ellos relacionada, señor Wingo —respondió—. Bernard lo sabe bien. El fútbol probablemente le parece extraño, comparado con las salas de concierto en las que se ha criado.

—No creo que el fútbol le cause ningún daño permanente.

—Podría dañar permanentemente su deseo de ser violinista.

—Susan me dijo que se había disgustado usted mucho cuando supo que estaba entrenando a Bernard.

—Mi esposa es muy sentimental en todo lo que a él se refiere —explicó—. Yo no lo soy. Mi adolescencia también fue difícil, pero mis padres no me consintieron en absoluto. Ambos creían que la más alta expresión del amor es la disciplina. Si Bernard necesita una actividad física, siempre tiene la Chacona.

Recogí el balón que había quedado sobre la hierba y pregunté:

—¿Por qué no viene aquí con Bernard de vez en cuando y se pasan un rato el balón antes de cenar?

—Su sentido del humor es maravilloso, señor Wingo.

—Estoy hablando en serio, señor Woodruff —insistí—. Para Bernard, el fútbol sólo es una afición pasajera en estos momentos, pero estoy seguro de que le gustaría mucho que usted le dedicara un poco de atención. Quizá incluso serviría para acelerar el proceso que le haga perder definitivamente su interés por el deporte.

—Ya he tomado mis medidas para acelerar este proceso —contestó—. He decidido enviarlo a un campamento musical en los Adirondacks para lo que queda del verano.

Mi esposa no debería haberle consentido que desviara usted su interés de la música.

—No es asunto mío, señor —objeté—, pero no es así como enfocaría yo el asunto.

—Tiene usted toda la razón, señor Wingo —respondió con irritada dignidad—. No es en absoluto asunto suyo.

—Si lo envía a ese campamento —proseguí—, jamás llegará a ser el violinista que usted desea.

—Soy su padre, y le aseguro que será el violinista que yo deseo —afirmó, girando en redondo y emprendiendo el regreso hacia su apartamento.

—Soy su entrenador —dije yo, hablándole a su espalda—, y le aseguro que ha creado usted un futbolista, señor.

Cuando llegué al apartamento de mi hermana estaba sonando el teléfono. No me sorprendió oír la voz de Bernard por el auricular.

—Ha tirado mi equipo —se lamentó.

—No deberías haber faltado a tus clases de violín. Permaneció unos instantes en silencio. Finalmente, preguntó:

—¿Ha oído alguna vez a mi padre tocar el violín, entrenador?

—Desde luego —respondí—. Y tu madre me llevará a un concierto suyo la semana que viene.

—Es uno de los quince mejores del mundo —prosiguió—. Al menos, eso es lo que dice Greenberg.

Me hizo sonreír.

—No te preocupes por la carta. Pero me gustaría que hicieras una cosa por mí, Bernard.

—¿Qué?

—Me gustaría oírte tocar el violín.

—Desde luego —respondió, abriendo el cierre del estuche—. ¿Qué le gustaría oír?

—¿Podría ser la Chacona? —sugerí.

Estaba tocando la Chacona cuando su tren entró en la estación, y la tocaba con una belleza y una pasión que me asombraron. —Cuando hubo terminado, le dije:

—Si yo pudiera tocar así el violín, Bernard, no volvería a coger un balón de fútbol.

—¿Qué tiene de malo hacer las dos cosas?

—Nada —respondí—. Escíbeme. Me gustaría tener noticias tuyas el año que viene.

—Lo haré, entrenador —me prometió, mientras guardaba de nuevo el violín.

Le entregué un paquete de Macy's.

—¿Qué es esto? —inquirió.

—Un balón nuevo —le expliqué—. Tendrás que hincharlo— cuando llegues al campamento. Luego, búscate un compañero para jugar. Y, Bernard, esfuérate en ser un chico agradable. Haz amigos. Sé cortés con tus profesores. No seas irreflexivo.

—Mi padre le odia, entrenador Wingo —me hizo saber.

—Pero a ti te quiere. Adiós, Bernard.

—Gracias por todo, entrenador —dijo Bernard Woodruff.

Nos despedimos con un abrazo en el andén. Cuando volví al apartamento, recibí una llamada de Herbert Woodruff para invitarme a cenar en su casa tras el concierto del sábado. No comprendí por qué Herbert quería invitar a cenar con él y sus

amistades a una persona a la que odiaba, pero yo era de Carolina del Sur y jamás, llegaría a comprender cómo funcionaba la gran ciudad.

Cuando llegué, minutos antes de que comenzara el concierto, Susan Lowenstein ya estaba en su asiento. Iba enfundada en un elegante traje de noche de color negro, y cuando ocupé mi lugar se inclinó hacia mí para besarme. El vestido negro confería un toque de sensualidad a la recatada belleza de Susan.

—Tom, me gustaría presentarle a unos amigos nuestros, Madison y Christine Kingsley —comenzó.

Me volví y estreché las manos de uno de los dramaturgos más famosos del país y de su esposa.

—¿Conoce a otros personajes célebres, Susan? —le susurré al oído—. Tiene que presentármelos a todos, para que pueda presumir de amistades cuando regrese a Carolina del Sur.

—Viven en la tercera planta de nuestro mismo edificio —me explicó—. Madison y Herbert habían sido compañeros en la escuela preparatoria. Y hablando de Herbert, me ha dicho antes que esta tarde ha interrumpido su entrenamiento.

—No parecía muy complacido —comenté.

—Tenga cuidado con Herbert esta noche, Tom —me advirtió, dándome un apretón en el brazo—. Puede ser encantador o intratable, pero siempre es imprevisible.

—Lo tendré en cuenta —asentí—. ¿No le ha extrañado que me invitara, Lowenstein?

Se volvió hacia mí, con su negra cabellera suelta como una cascada sobre sus blancos hombros. Su tez poseía el lustre de una cáscara de huevo, como la más pálida porcelana china. En la oficina, disimulaba su belleza con una vestimenta seria y profesional, pero aquella noche no había nada de elíptico en su esplendor. Puesto sobre el cuerpo de una mujer hermosa, el negro hace que todos los demás colores parezcan fatuos. Sus ojos conservaban aquella ambigua melancolía a la que ya me había acostumbrado, pero en esa ocasión me contemplaban bajo las suaves luces de una sala de conciertos donde se ponía de relieve toda la amplitud de su generosa feminidad. Su perfume me embriagaba de deseo, y me dio un poco de vergüenza descubrir en mí la más deliciosa sensación de lascivia hacia la psiquiatra de mi hermana.

—Sí —me contestó ella—. Verdaderamente, me ha sorprendido mucho. Supongo que le ha caído usted bien.

Tras el telón se oían los voluntariosos soliloquios de los instrumentos al ser afinados. Cuando se alzó el telón, entre aplausos, un immaculado y señorial Herbert Woodruff reconoció la presencia del público e hizo una señal a sus músicos para que se pusieran en pie y saludaran con una reverencia preliminar.

Había olvidado casi por completo la existencia de la angustiada flautista rubia que había conocido en la oficina de Susan hasta que la vi ponerse en pie con el resto del

conjunto para agradecer la ovación del público. Recordé que era la mujer más hermosa que había conocido, que se llamaba Monique, que le había mentado diciéndole que yo era abogado y que Susan estaba segura de que era amante de Herbert Woodruff. La mujer tomó asiento y la vi alzar la flauta hasta su boca con un plateante ademán de gracia. Sus labios eran carnosos. Respiró hondo y, al exhalar, hizo nacer la música en una feliz aurora boreal de sonido. Con sus dedos, su aliento y sus labios, Monique conjuró en la sala un Vivaldi recién creado, y Herbert Woodruff, con un súbito y apasionado movimiento de brazo, le respondió en la lengua de Vivaldi y juntos conformaron una erótica relación entre la flauta y el violín. Herbert extraía música de su violín como si estuviera desplegando seda sobre la mesa de un modisto. Su barbilla reposaba sobre las femeninas formas de la caja del violín, y la música parecía resonar en sus músculos y en su sangre. Había una fuerza lúdica en sus brazos y sus muñecas. Y durante la interpretación se combinaba en él el bailarín y el atleta. La música se entrelazaba y se fundía; formulaba preguntas en frases de leche y miel, y al instante las contestaba en tormenta. El conjunto de cámara convertía la sala de conciertos en un lugar al que habrían debido acudir a nacer flores y mariposas. Durante dos horas escuchamos la conversación de los bien fabricados instrumentos, y gracias a Herbert Woodruff aprendimos mucho acerca de la amplitud sin rasgos y la energía de un hombre de genio. Todos los gestos que hacía con su violín eran estipulaciones de un orden sagrado. El suyo era un sacerdocio de la técnica, que lograba conmover al público con el arrobamiento de su ardor y su comedimiento. Nunca en toda mi vida me había sentido tan celoso de otro hombre. En cierta ocasión había conseguido arrojar un balón a cincuenta yardas, pero este solitario talento jamás me había parecido tan insignificante y mezquino como en aquellos momentos. Mientras una última sonata de Bach reverberaba en la sala de conciertos como un estallido de oscura y floreciente luz, pensé que no había un solo miembro de mi familia capaz de leer ni una nota de música.

Nos pusimos en pie y ovacionamos a Herbert Woodruff y a los tres músicos que con su habilidad ponían de relieve, por contraste, la trascendencia de su talento. Cuando aplaudía, comprendí que no era la falta de genio lo que me agobiaría durante toda mi vida, sino la plena conciencia de que no lo tenía.

Mi inclusión en el círculo íntimo que se reunía para cenar en el apartamento de Herbert Woodruff tenía algo de inadecuado y perturbador. Susan y yo fuimos en un taxi, en compañía de los Kingsley, y hasta el momento de llegar no me di cuenta de lo reducida y selecta que iba a ser la concurrencia. Susan parecía distraída y pasó la mayor parte del tiempo en la cocina, dando instrucciones al servicio. Yo preparé unas bebidas para Christine y Madison, y estaba hablándoles de la vida en Carolina del Sur cuando entró Herbert, con Monique cogida de su brazo. Su vigoroso organismo resplandecía con la satisfacción de la interpretación, y la adrenalina del escenario aún seguía fluyendo por sus fulgurantes venas. Yo había visto a menudo esa misma sobreexcitación en el alegre cansancio de un deportista que acaba de jugar el mejor



partido de su vida.

Como él, Herbert trataba de aferrarse al momento irrepetible, y un brillo de éxtasis animaba sus ojos.

Me dirigió una sonrisa asombrosamente encantadora y comenzó:

—Es un placer tenerle con nosotros, joven sureño.

—Ha estado usted magnífico —respondí.

—Nunca habíamos tocado tan bien juntos —intervino Monique.

Herbert hizo las presentaciones.

—Ya nos conocemos —dijo Monique, y por su tono comprendí, no sin alivio, que no había que insistir en el tema.

—¿Puedo prepararles algo de beber? —pregunté.

—Para mí un escocés con hielo —dijo Herbert—, y una copa de vino blanco para la deliciosa Monique. Y ahora, Tom, mientras prepara las bebidas, deseo tocar algo exclusivamente para usted. ¿Qué le gustaría oír? No quiero retirar aún el Stradivarius.

Mientras servía el escocés, respondí:

—No sé gran cosa de música clásica, Herbert. Lo que usted prefiera.

—Nuestro amigo Tom es un entrenador de fútbol de Carolina del Sur, Monique —comentó Herbert, ajustándose el instrumento bajo la barbilla.

—Tenía entendido que era abogado —dijo Monique.

—No lograba entender por qué Bernard era un violinista cada vez peor —prosiguió Herbert—, hasta que averigüé que Tom estaba entrenándole en el viril arte del fútbol.

Madison Kingsley observó:

—No imaginaba que Bernard supiera ni siquiera qué aspecto tiene un balón de fútbol.

—A mí me parece muy bien que Bernard se interese finalmente por algo —añadió Christine Kingsley.

Percibí en el ambiente cierta tensión centrada en mi persona, pero sonreí, le tendí a Monique su copa de vino blanco y deposité el escocés de Herbert sobre la mesita de café. El sureño siempre comete el error de creer que es capaz de resucitar las viejas cortesías fáciles y de ese modo hacerse invisible en una fiesta estropeada o amenazada por su presencia. Y era una amenaza lo que empezaba a percibir en la mirada de Herbert, que no se apartaba de mí. Comprendí de repente que había errado al aceptar su invitación, pero ya era demasiado tarde para hacer nada que no fuera sumergirme cordialmente en las amenidades subsiguientes al concierto. Yo poseía camaleónicos poderes, o así me lo parecía, de sublime y humilde mimesis para pasar inadvertido. Me complacía considerarme como un oyente heroico, un gran apreciador del ingenio de los demás, y estaba dotado de la instintiva sabiduría del sureño para conocer cuál es su lugar. Era capaz de percatarme al instante, en una fracción de segundo, de cuándo las aguas se hacían demasiado profundas para mí.

Por debajo de estas aprensiones se extendía todo un reino de grandiosas

sensaciones. Una rara expansividad había hecho irrupción en mi conciencia. Llevaba demasiadas noches a solas en el apartamento de Savannah. La soledad, administrada en forzosas dosis semanales, se me hacía abrumadora. El simple rumor de las voces humanas en aquella habitación, cómodas y susurrantes, se infiltraba en mis venas y suavizaba los suspendidos cadáveres de soledad que la gran ciudad colgaba siempre junto a mi corazón. Y además, sentía la curiosidad del profano por ver la celebridad desempeñándose en privado, sobre su ensalada recién aliñada. Quería formar parte de la velada, y esperaba ganarme a aquella gente envolviéndola en las nada refractarias hidalguías de mi experiencia.

Entonces, Herbert Woodruff comenzó a tocar «Dixie» con su Stradivarius. Jamás se había interpretado «Dixie» con tal maestría ni con tan irónica intención. Para realzar el efecto de la sátira, Herbert exageró también sus ademanes. Cuando terminó, me observó con una sonrisa pícaro y en aquel momento me di cuenta de que Susan había salido de la cocina y estaba con nosotros en la sala.

—Bueno, Tom —dijo Herbert al fin—, ¿qué le parece?

—Que no hay duda de que Beethoven escribió canciones muy bonitas —respondí.

Entre las risas que siguieron, Susan nos hizo pasar al comedor, pidiéndonos que lleváramos allí nuestras bebidas. Vacío su vaso de escocés y se sirvió otro ante Herbert antes de acompañarnos. Ya en el comedor, se instaló a la cabecera de la mesa, con Monique a su izquierda y Christine Kingsley a la derecha. La comida estaba hábilmente dispuesta sobre una vajilla de porcelana de Limoges; parecía seleccionada por su color, y resultaba más apetecible a la vista que sabrosa. El vino empero, era de Burdeos e hizo sonar la nota justa en mi lengua. Para mi infinito alivio, la velada había recobrado parte del equilibrio perdido. Herbert parecía haberse olvidado de mí y entabló una conversación personal con Monique en el extremo de la mesa.

Luego, Nueva York comenzó a hacer lo que mejor hacía Nueva York, y la charla entre Herbert y Madison Kingsley se volvió chispeante y animada.

Su conversación era ágil e irreverente. Todas sus palabras parecían bien escogidas, cargadas de espontaneidad y a la vez de intención, mordaces y oportunas. Me reí, quizá un poco demasiado fuerte, de las burlonas y despectivas referencias de Madison a otros dramaturgos la mitad de famosos que él. Las mujeres intervenían fugazmente, por lo general con brillantes comentarios o breves acotaciones a los temas principales que ambos hombres iban introduciendo. A despecho de mis mejores intenciones, me sorprendí memorizando, o tratando de memorizar, largos fragmentos de la conversación entre músico y dramaturgo. Cuando Herbert se refirió a un concierto de beneficencia con Yehudi Menuhin, todos los presentes escucharon en silencio su descripción de cada una de las modulaciones; y sutilezas de aquel encuentro. Cuando hablaba de su arte, Herbert era un hombre serio. Al terminar, Madison Kingsley mencionó los problemas técnicos que estaba planteándole su última obra. Ambos hombres disfrutaban con la charla, que imperceptiblemente fue

volviéndose competitiva. Los dos sabían llevar bien el aura de su éxito, y tenían una clara conciencia de que ellos eran quienes debían hablar, deslumbrar y divertir. Eran hombres de peso y distinción, y yo me limitaba a disfrutar de mi papel de satélite y observador a medida que transcurría la cena. En un momento dado, mis ojos se encontraron con los de Susan, y su guiño me hizo sonreír. Por consiguiente, cuando Herbert Woodruff volvió a mostrar su anterior malignidad, me cogió desprevenido.

Madison Kingsley nos había resumido el argumento de su nueva obra, *El clima de la estación seca*, que trataba del antisemitismo en Viena, en los albores de la última guerra mundial. Estaba explicándonos los problemas con que se encontraba para poner en escena la vida de un hombre bueno que, por otra parte, era un nazi convencido, y se hallaba en mitad de una frase cuando Herbert le interrumpió para dirigirme una pregunta:

—¿Hay mucho antisemitismo allí en Charleston, donde usted vive?

—Muchísimo —admití—, pero los esnobs de Charleston por lo general no hacen discriminaciones, Herbert: odian prácticamente a todo el mundo por igual.

—Yo nunca podría vivir en el Sur —intervino Monique—. No comprendo como hay gente que lo soporta.

—Uno llega a acostumbrarse cuando ha nacido allí —dije yo.

—Yo aún no me he acostumbrado a Nueva York —comentó Christine Kingsley—, y nunca he vivido en ninguna otra parte.

Pero Herbert aún no había terminado conmigo e insistió.

—¿Qué hace usted al respecto, Tom? Quiero decir, cuando surge el antisemitismo, cuando yergue su fea cabeza. ¿Cómo reacciona cuando un amigo suyo hace algún comentario dando a entender que detesta a los judíos?

—Herbert —dijo Susan, posando el tenedor en su plato—, quiero que dejes de meterte con Tom.

—Es una pregunta válida —opinó Madison—. Es el tipo de cuestión que estoy tratando de resolver en mi nueva obra. El protagonista, Horst Workman, a pesar de ser nazi, no es antisemita. ¿Cómo reacciona usted, Tom?

Antes de que pudiera contestar, habló Monique:

—Cuando me encuentro ante cualquier muestra de racismo, yo siempre salgo de la habitación.

—Pero ahora hablamos de Tom —dijo Herbert—. ¿Qué es lo que hace Tom Wingo? ¿Qué hace nuestro invitado, el entrenador de fútbol de una escuela secundaria de Carolina del Sur?

—A veces hago como Monique —respondí, mirando nerviosamente a Susan—. O, si no, salto sobre ellos. Ya sabe, procuro cogerlos por sorpresa. Luego los arrojo al suelo, y antes de que ninguno de los restantes antisemitas allí reunidos pueda acudir en su ayuda, les arranco la nuez de un mordisco y la escupo al otro lado del cuarto. Soy muy duró con los antisemitas.

—Magnífica respuesta, Tom —dijo Christine amablemente—. Te lo tienes bien

merecido, Herbert.

—Muy ingenioso, Tom —aprobó Herbert, batiendo palmas en un burlón aplauso—. Y, ahora que ha terminado el espectáculo, díganos qué hace en realidad. Me interesa verdaderamente saberlo.

—Y a mí me interesa que te calles, querido —dijo Susan.

Herbert se había echado hacia delante, con los codos apoyados sobre la mesa en una postura que me hacía pensar en una mantis religiosa. Sus ojos mostraban la refulgente concentración de un predador. Yo no acababa de ver nada claro, pero tenía la vaga sensación de haberme introducido en una antigua y melancólica danza entre Susan y Herbert. La forma en que éste pretendía llevar la conversación era insaciable. Estaba seguro de que todos los comensales habían visto a Herbert realizar aquel mismo ritual en anteriores ocasiones. El aire en torno a la mesa estaba cargado de una violenta tensión, e intenté idear un modo de retirarme cordialmente de la refriega. Advertí la insinuación de una ligera sonrisa en los labios de Monique, que se había dado cuenta de mi incomodidad. Traté de hallar alguna clase de lógica en las *dramatis Personae*. ¿A qué hombre se le ocurriría invitar a cenar al hombre que había cometido el pecado imperdonable de entrenar a su hijo y qué esposa lo consentiría?

Aunque nuevo en el baile, supe con certeza que Herbert iba a enseñarme todos los pasos.

—¿Se le ha comido la lengua el gato, Tom? —preguntó al fin Monique, para romper el silencio.

—Debo irme ya, Susan —anuncié, levantándome de la mesa.

—No, Tom, por favor —dijo Herbert—. Se lo está tomando como una cuestión personal. Usted es entrenador de fútbol; considérelolo como un deporte de sobremesa. El deporte de los maliciosos e inteligentes neoyorquinos. Nunca habíamos tenido un entrenador a la mesa, ni un sureño, y es natural que queramos saber qué es lo que le hace palpitar. Mi esposa es judía, Tom. Sin duda ya lo suponía. ¿No le parece encantador que pretenda conservar la escasa identidad judía que otrora pudo tener aferrándose a su no muy eufónico apellido de soltera? Como ya le he dicho a Susan, sospecho que es usted antisemita. No tendría nada de extraño. Estoy seguro de que el Sur está lleno de ellos.

—¿De dónde es usted, Herbert? —inquirí, volviendo a tomar asiento.

—De Filadelfia, Tom —respondió. Le agradezco su interés.

—Creo que esta conversación ya ha durado bastante, Herbert —intervino Christine.

—Oh Christine, por favor. Hemos de darle material nuevo a Madison o quedará pasado de moda replicó Herbert, riéndose.

No soy antisemita, Herbert —dije yo—, pero no soporto a los nacidos en Filadelfia.

—Muy bien, entrenador Tom —exclamó, al parecer verdaderamente complacido por mi respuesta—. Empiezo a creer que había subestimado a nuestro joven sureño.

Pero volvamos de nuevo a la dolorosa pregunta que tan hábilmente ha logrado esquivar. ¿Qué hace cuando oye un comentario antisemita en el Sur?

—No hago nada —contesté al fin—. Igual que no hago nada cuando me encuentro entre individuos con prejuicios contra los blancos del Sur. Me quedo sentado y escucho.

—Yo pienso del Sur lo mismo que de la Alemania nazi, Tom —me explicó Herbert—. Para mí, el Sur es el mal. Eso es lo que lo hace interesante para mí. De paso, quiero decirle que participé en la marcha de Selma. Sé bien cómo es el Sur. Puse mi vida en primera línea para que el Sur cambiara.

Sonreí y le contesté:

—Y nosotros los sureños, blancos y de color, le estaremos eternamente agradecidos, señor Woodruff.

—Propongo que cambiemos de tema —sugirió Susan, con voz cada vez más chillona y desesperada.

—Pero ¿por qué querida? —preguntó Herbert—. Es un tema excelente, muy superior a las trivialidades que suelen tratarse en la mayoría de las veladas de Nueva York. ¿No estáis de acuerdo? Y te lo debemos a ti, Susan. Tú has sido quien ha descubierto a Tom y lo ha incorporado a nuestras vidas. Es un hombre que proporciona tensión y una auténtica hostilidad; auténticos sentimientos, tal y como diría mi mujer, la psiquiatra. Todos estamos experimentando auténticos sentimientos, y se lo debemos a nuestro amigo Tom. Reconozcámoslo: la fiesta resultaba un poco aburrida antes de conseguir que Tom se nos abriese. ¿Quién sabe qué abismos de mediocridad podremos sondear esta noche?

—Madison, por favor, haz algo para impedir esto —le rogó Christine.

—Son mayorcitos, cariño —respondió Madison. Su expresión, que reflejaba algo de la lascivia secreta del *voyeur*, me hizo comprender que no era la primera vez que alentaba escenas como aquélla—. Pueden detenerse cuando quieran.

—¿Por qué tienes tanta curiosidad? —le preguntó Monique a Herbert sin siquiera mirar en mi dirección.

—¿Porque el pequeño Tom me resulta fascinante? —respondió Herbert, que comenzaba a marchitarme la hostilidad de su mirada—. Mi esposa casi no sabe hablar de otra cosa, y constantemente me transmite sus homilías y sus rasgos de ingenio casero que le hacen parecer una especie de Mark Twain contemporáneo. Además, me gusta su estilo, su orgullo inquebrantable.

—No le prestes atención Tom —dijo Susan, en aquel mortífero ambiente débilmente iluminado por las velas—. Tom es un invitado, Herbert, y no quiero que sigas metiéndote con él. Me prometiste que no lo harías.

—Tienes razón, querida —admitió Herbert—. ¡Cuánta irresponsabilidad por mi parte! Tom está en Nueva York porque su hermana, la célebre poetisa feminista y cuellirroja, intentó suicidarse hace poco mientras se hallaba bajo los indulgentes cuidados de mi esposa. Perdóneme que haya revelado esta información Tom —dijo

Susan con aire apenado—. A veces se cometen errores. A veces se da por sentado que se puede confiar en el propio marido.

—Susan —repliqué—, a la luz de toda esta velada, la cosa no pasa de ser una nimiedad.

—No seas melodramática, querida —la reconvino Herbert, volviéndose hacia ella—. Todos sabemos lo orgullosa que te sientes de los psicópatas balbucientes que componen tu literaria clientela. Mi mujer es la psiquiatra favorita de los artistas más distinguidos de Nueva York, Tom. Menciona constantemente sus nombres, y luego finge que ha sido sin querer. Es una costumbre encantadora.

—Susan es una magnífica psiquiatra —aseguró Monique—. Y hablo por propia experiencia.

—No hace falta que me defiendas de Herbert, Monique —saltó Susan—. Herbert es uno de esos cónyuges que esperan encontrarse en una situación de grupo para atacar y humillar a su esposa. Es un caso mucho más corriente de lo que se suele creer; en las sesiones de terapia, lo oigo constantemente. Y, Tom, le ruego que nos disculpe por el comportamiento de Herbert. Es usted mi amigo, y a ojos de Herbert no existe mayor pecado. Además, su hijo también le quiere.

—No puedo creer que seáis verdaderamente amigos —observó Monique, sacudiendo el dedo en un gesto de rechazo.

—¡Cierra tu jodida boca, Monique! Estalló Susan, poniéndose bruscamente en pie.

—¿Qué? —dijo una atónita Monique—. Sólo estaba expresando una opinión.

—¡Que cierres tu maldita boca! —repitió Susan, todavía gritando—. Y, Herbert, si vuelves a decirle una palabra más a Tom, romperé todos los platos de la mesa sobre tu fea cabecita.

—Vamos, vamos —dijo Herbert, sonriendo—. La gente va a pensar que tenemos problemas matrimoniales. No les demos una impresión equivocada.

—Y, Monique —siguió chillando la ofendida doctora Lowenstein—, quita de una vez la mano de la polla de mi marido. Eso es. Retírala discretamente. Finge que no estabas haciéndole una paja por debajo de la mesa mientras él insultaba a mi amigo. Te he visto hacer este nauseabundo numerito como veinte veces, y estoy empezando a hartarme. Por eso trato de sentarme tan lejos de él como puedo. Porque puedo soportar el hecho de que jodáis en privado, pero-verte manosearlo en público me resulta excesivo.

Monique se levantó de la silla, primero mirando a Susan y luego a Herbert. A continuación, salió tambaleándose del comedor y desapareció hacia el salón. Me pareció evidente que Herbert había perdido el control de la cena. Cuando volvió la vista hacia mí, comenté:

—Han cambiado las tomas, gran hombre. Haciendo caso omiso de mi observación, miró a Susan y comenzó:

—Ve a pedirle disculpas a Monique ahora mismo, Susan. ¿Cómo te atreves a

humillar a un...?

—Vamos, dílo de una vez —aulló Susan—. Un huésped de nuestro maldito hogar feliz. Acabo de ser testigo de cómo humillabas a Tom en nuestro hogar. He visto cómo lo hacías con todas las amistades que he traído a esta casa. Ni Christine ni Madison ni yo hemos tenido el coraje de impedírtelo porque temíamos que volvieras tu malevolencia contra nosotros. Ve tú, si quieres, a disculparte ante esa puta barata.

—Creo que es a ti a quien corresponde hacerlo, Susan —respondió él.

—¿Les gusta la fiestecita? —pregunté, dirigiéndome a Christine y Madison, que tenían la vista fija en sus respectivos platos.

—No puedes levantarte de la mesa, ¿verdad, Herbert? —se burló Susan—. Diles por qué, Herbert. Porque todavía te dura la erección del masaje que te daba por debajo de la mesa. Levántate, Herbert. Que lo vea todo el mundo. Estoy segura de que Monique sabe manejar maravillosamente una flauta, o cualquier cosa con una forma aun remotamente parecida. Todos los presentes sabemos que sois amantes desde hace dos años, todos menos Tom. Somos un grupito muy íntimo y solidario. Tan solidario que Christine y Madison os acogieron en su casa de Barbados el invierno pasado.

—No sabíamos que ella también vendría, Susan —intervino Madison.

—Ya hablaremos de eso más tarde —dijo Herbert.

Susan replicó:

—Hablaremos cuando des por terminado tu romance con la flautista.

De todos modos, en cuestión de amistades debes reconocer que mi gusto es muy superior al tuyo.

—Con una pequeña diferencia, Herbert —objetó Susan—. Tom y yo no hemos follado.

—Hasta tú tienes demasiada clase para eso.

¡Dios mío, Herbert! —gimió Madison Kingsley.

—Venga, Madison, haz el favor de callarte —dijo Herbert—. Y no pongas esa cara de dignidad ofendida. Ya nos has visto discutir otras veces. —Luego, volviéndose hacia Susan, prosiguió—: Lo que a ti te fascina es ser la esposa de Herbert Woodruff. La fama es tu única debilidad, querida. Ve, Tom, he analizado bien el carácter de mi esposa. Solamente se siente atraída por la gente rica y famosa. Usted no es nada. Pero su hermana... Ah, sí, su hermana le proporciona cierto valor. Pero, se lo repito, usted no es nada. Ahora, Susan, ve inmediatamente a pedirle perdón a Monique.

—No hasta que te disculpes tú ante Tom —replicó ella.

—No tengo nada más que decirle a tu amiguito.

Rompí el breve silencio que se creó entre ellos, anunciando:

—Si quiere, Susan, puedo hacer que su marido se disculpe ante los dos.

—¿Aún sigue ahí, Tom? —preguntó Herbert—. Qué lástima. ¿Y cómo piensa conseguir que me disculpe?

—Bien —respondí—, estaba repasando las —posibilidades, Herbert. En primer lugar, había pensado echarlo a patadas escalera abajo, pero he rechazado la idea. Lo único que demostraría es que soy el bárbaro por el que usted me tiene. Darle una paliza me resultaría satisfactorio personalmente, pero es un acto socialmente mal visto. Así pues, he ingeniado otro plan que, en mi opinión, demuestra más cultura y mucho más ingenio.

—Herbert no se ha disculpado nunca ante nadie, por ningún motivo —me dijo Christine.

Me acerqué al aparador, situado en un extremo del comedor y me serví una generosa copa de coñac.

—Para seguir adelante con esto necesito estar un poco más bebido.

El coñac entró fácilmente. Lo sentí fluir por mis venas. Acto seguido, salí del comedor y me dirigí a la sala. Pasé rápidamente ante el piano de cola y abrí los cierres del estuche donde Herbert Woodruff guardaba su Stradivarius. «Bien —pensé—, estoy lo bastante borracho.»

—Herbert —grité—, el joven sureño se ha apoderado de tu violín. Ven corriendo.

Cuando acudieron los invitados, ya había salido a la terraza y estaba sosteniendo el violín sobre la balaustrada, ocho pisos por encima de Central Park West.

—Es un Stradivarius, Tom —me advirtió Madison Kingsley.

—Sí, me parece que lo he oído comentar unas cincuenta o sesenta veces durante la velada —respondí jovialmente—. Un bonito trasto, ¿eh?

—Este violín vale trescientos mil dólares, Wingo —dijo Herbert, y me pareció advertir una leve ronquera en su voz.

—No si lo suelto, Herb —dije yo—. Si lo suelto, no valdrá ni un níquel.

—¿Ha perdido la cabeza, Tom? —preguntó Susan.

—En varias ocasiones —admití—, pero no ahora. Pídele perdón a tu mujer, Herbert. La amo, y es muy posible que sea la mejor amiga que jamás he tenido.

—Sólo está faroleando, Tom —dijo él, con voz que había recobrado parte de su anterior vigor.

—Puede ser —respondí—. Pero es un farol muy fuerte, ¿verdad, gilipollas?

Arrojé el violín al aire y lo atrapé al vuelo, sacando medio cuerpo fuera del balcón.

—Está asegurado —añadió Herbert.

—Quizá lo esté, Herb, pero si lo dejo caer no volverás a tener un Stradivarius en tu vida.

—Es una obra de arte, Tom —intervino Christine.

—Presenta excusas a tu mujer, cretino —le ordené.

—Lo siento mucho, Susan —masculló Herbert—. Ahora, devuélvame el violín.

—Todavía no, tigre. Discúlpate ante tus simpáticos amigos por haber llevado tu amante a Barbados.

—Lamento mucho haber hecho eso, Christine y Madison —dijo él.



—Con sinceridad, Herb —proseguí, implacable con toda sinceridad. Si no eliminas la ironía de tu voz, tu bonito violín rebotará entre los taxis como una pelota de playa.

—Lamento mucho haber hecho eso, Christine y Madison —repitió, esta vez sin ironía.

—Aceptamos tu disculpa y la agradecemos —respondió Christine.

—Así está mejor, Herbert —aprobé—. La sinceridad te sienta bien. Ahora me toca a mí, Herbert. Quiero que te disculpes por la imperdonable violación de la etiqueta que has cometido esta noche en la mesa. Aunque me sabe muy mal que no permitas a tu esposa tener amigos, eso es cosa vuestra. Pero no tenías ningún derecho a tratarme como lo has hecho, chupapollas apestoso. Ninguno en absoluto.

Miró a Susan, me miró a mí y dijo:

—Le pido disculpas, Tom.

—Aún no eres bastante humilde, Herbert —me lamenté tristemente—. Intenta soportar la humillación con un poco más de elegancia. Otro breve momento de humildad y me iré de tu casa para no volver. Si no, los vagabundos usarán las astillas de tu violín para escarbarse los dientes.

—Lo siento, Tom. Estoy muy avergonzado —dijo al fin. Luego, volviéndose hacia Susan, añadió—: Y lo diría igualmente aunque no estuviera amenazándome.

—Buen chico, Herb —aprobé, devolviéndole el violín—. Me sabría muy mal haberla ofendido con todo esto, Susan.

Me encaminé hacia la puerta y llamé el ascensor omitiendo los corteses formalismos de la despedida.

Ya en Central Park West, acababa de alzar la mano para detener un taxi cuando oí a mi espalda la voz de Susan Lowenstein.

—Por eso estaba siempre triste, Susan —observé cuando llegó a mi lado—. Y yo que creía que lo tenía usted todo.

—¿Has hecho alguna vez el amor con una psiquiatra? —me preguntó.

—No. ¿Has hecho alguna vez el amor con un entrenador?

—No —dijo ella—. Pero mañana por la mañana pienso tener una respuesta distinta.

Y besé a Susan Lowenstein, tan hermosa de negro, de pie en plena calle al comienzo de la noche más maravillosa que jamás había pasado en Manhattan.

Cuando despertamos, el domingo por la mañana, hicimos el amor de nuevo; estábamos bien juntos, y el sol me acariciaba la espalda mientras nos movíamos sobre el lecho de mi hermana. Luego, el uno en brazos del otro, volvimos a dormirnos hasta las diez.

Yo fui el primero en levantarme, y acercándome a la ventana de la salita les grité a las calles:

—¡Adoro esta ciudad, adoro Nueva York! ¡Maldita sea, la adoro!

Nadie alzó la vista, así que me dirigí a la cocina para prepararle a Susan

Lowenstein una tortilla perfecta.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión acerca de Nueva York, Tom? —me preguntó Susan a gritos desde el dormitorio.

—Tu perverso y pecaminoso cuerpo —contesté, también aullando—. Tu delicioso y espléndido cuerpo, y la forma en que lo mueves, me han hecho ver el error de mis ideas. Hasta ahora, nunca me había enamorado en Nueva York. Esa es la diferencia. Me siento magníficamente, y nada de lo que pueda ocurrir hoy conseguirá estropearme el día.

Vino a la cocina y nos besamos mientras el tocino se doraba en la sartén.

—Besas bien —me susurró.

—Cuando hayas saboreado mi tortilla perfecta, Lowenstein —repliqué—, ya no podrás abandonarme nunca. Me seguirás a todas partes, suplicándome que eche huevos batidos en una sartén caliente.

—¿Te ha gustado hacer el amor conmigo, Tom? —quiso saber.

—Debes recordar, Lowenstein, que soy católico. Me gusta el sexo, pero sólo si es a oscuras y no hay que hablar del asunto al terminar. Ha sido tan condenadamente fantástico que me sentiré culpable durante todo el día.

—¿Ha sido fantástico? —preguntó.

—¿Por qué te cuesta tanto creerlo, Susan?

—Porque es conmigo con quien te has acostado —explicó—, y en este aspecto estoy acostumbrada a recibir quejas de todos los hombres que han pasado por mí vida. Además, soy una neurótica y necesito que me den muchas seguridades en lo tocante al sexo.

Entonces sonó el teléfono en la salita y exclamé:

¡Ah! ¿Quién sabe que género de horror me aguarda cuando conteste a esta llamada?

—¿Vas a contestarla? —Inquirió, tomando un tenedor para dar la vuelta al tocino.

Descolgué el auricular y estuve a punto de caer de rodillas cuando reconocí la voz de mi madre.

—Oh, Dios —gruñí—. Eres tú, mamá.

—Estoy en Nueva York —anunció mi madre—. Ahora mismo tomo un taxi y voy para ahí. Quiero tener una charla contigo.

—¡No! —grité—. Por el amor de Dios, mamá, el apartamento está hecho unos zorros y ni siquiera me he vestido todavía.

—Soy tu madre —insistió—. Me da igual que estés vestido o no.

—¿A qué has venido a Nueva York?

—Quiero hablar con la psiquiatra de Savannah —respondió.

—¡Oh, Jesús! Quieres hablar con la psiquiatra de Savannah —repetí.

—Dile que aún he de ponerme las bragas —susurró Susan desde la puerta de la cocina.

—Mamá, hoy es domingo. Todos los psiquiatras se han ido a sus casas de campo

a pasar el fin de semana. No queda ni un solo psiquiatra en la ciudad.

—Mil perdones, señor —objetó Susan—. Da la casualidad de que yo soy psiquiatra.

—Quiero hablar contigo, Tom —dijo mi madre—. No he estado nunca en el apartamento de Savannah y me gustaría mucho conocerlo.

—Concédeme al menos treinta minutos para poner un poco de orden, mamá —le rogué.

—No hace falta que te molestes por mí.

Sonaron unos golpes en la puerta del apartamento.

—Adiós, mamá. Hasta dentro de media hora. Susan abrió la puerta y vi a Eddie Detreville en el dintel, con una bolsa de croasáns recién hechos.

—Hola, Sallie —comenzó—. Soy Eddie Detreville, el vecino de al lado. Tom y Savannah me han hablado mucho de ti.

—Hola, Eddie —respondió ella—. Soy Susan.

Mientras colgaba el auricular, oí decir a Eddie:

—No hay nada que deteste más que la heterosexualidad de pacotilla, Tom.

Cuando mi madre entró en el apartamento, me dio un beso en la mejilla y observó:

—Huele a perfume de mujer. Cerré la puerta y le expliqué:

—El vecino de al lado es homosexual, mamá. Ha estado aquí hace un momento para pedirme una taza de azúcar.

—¿Y qué tiene eso que ver con el perfume? —preguntó con suspicacia.

—Ya sabes cómo son los homosexuales, mamá —contesté—. Siempre revoloteando, regándose con perfume y comprando perros afganos.

—Ya sé que mi visita a Nueva York te ha sentado como un tiro —dijo ella, pasando al interior del apartamento.

—*Au contraire*, mamá —Protesté, aliviado al ver que olvidaba la cuestión del perfume. Desde que he recibido la fabulosa noticia no he parado de bailar. ¿Quieres que te prepare una tortilla perfecta?

—Ya he desayunado en el St. Regis.

—Tu marido, ¿está también aquí? —pregunté desde la cocina—. ¿O se ha ido a comprar Indonesia o algo por el estilo?

—Ha supuesto que no querrías verlo —respondió—. Se ha quedado en el hotel.

—He aquí un hombre intuitivo —comenté, sirviéndole una taza de café—. Es capaz de leer directamente en mi alma.

—¿Durante cuánto tiempo vas a estar castigándolo por lo que sabes que es culpa mía? —preguntó. Acto seguido, añadió—: Este café está muy bueno.

—Probablemente le perdonaré cuando esté en su lecho de muerte, mamá. En el lecho de muerte, perdono a todo el mundo.

—¿Incluso a mí?

—A ti hace mucho que te perdoné.

—Desde luego que no —replicó—. Me has tratado abominablemente. Sigues tan enojado conmigo que apenas puedes mirarme a los ojos.

—No estoy enojado sólo contigo, mamá —dije en voz baja—. Estoy enojado con todo el mundo. Siento un furor titánico, incontenible, demoledor, contra todo lo que existe en el planeta.

—No habría debido tener hijos —repuso ella—. Lo haces todo por ellos, sacrificas toda tu vida por su bienestar, y finalmente se vuelven contra ti. Habría debido hacer que me anudaran las trompas cuando tenía doce años. Eso es lo que aconsejaría a cualquier chica.

—Cada vez que nos vemos, mamá, me miras como si desearas que algún médico te practicara un aborto retroactivo —me lamenté, cubriéndome el rostro con las palmas—. Oh, bueno, mamá, basta ya de charla intrascendente. ¿Qué monstruosa razón te ha traído a Nueva York? ¿A qué infierno piensas someterme esta vez?

—¿Oyes lo que estás diciendo, Tom? ¿Quién te ha enseñado a ser tan cruel?

—Fuiste tú, mamá —respondí—. Y también me enseñaste que, aunque alguien haya destruido toda tu vida, aún puedes sentir un amor inquebrantable hacia esa persona.

—Bonito consuelo para un corazón de madre. Todo lo que dices tiene la intención de herirme.

—Mi única defensa contra ti, mamá, la única arma que llevo a la refriega, es una amarga sinceridad.

—Supongo que a ti no te importa que ame a mis hijos más que a nada en el mundo, ¿verdad, Tom?

—Te creo, mamá —dije yo—. Si no lo creyera de todo corazón, te estrangularía con mis manos desnudas.

—Y acabas de decir que me quieres exclamó.

—Vuelves a poner en mi boca palabras que no he pronunciado —objeté. He dicho que te perdonaba. No he hablado de querer. En tu ajada bolsa de emociones, quizá signifique lo mismo, pero no para mí.

—¿Cómo puedes decirme cosas tan crueles, Tom? —se quejó, y había lágrimas en sus ojos.

—Tienes razón —admití—. Esto último ha sido una crueldad injustificada, y te ruego que me perdones. Pero ambos hemos de reconocer que compartimos una larga historia en común, y esta historia me indica que probablemente ocultas algo horrible en la manga.

—¿Te molesta que fume? —preguntó, sacando un paquete de Vantage de su bolso.

—Claro que no —contesté—. No me importa coger un cáncer de pulmón, si viene de mi propia madre.

—¿No me das fuego? —dijo a continuación.

—Madre —respondí cansadamente—, estamos en vísperas de la liberación total

de las mujeres. Sería una torpeza por mi parte encenderte el cigarrillo sabiendo, como bien sé, que ni siquiera crees que las mujeres deben tener el derecho de voto.

—Eso es falso —protestó—. Pero es cierto que en otros aspectos soy algo anticuada. Sencillamente, me gusta ser mujer. Me gusta que me abran las puertas y que un caballero me sostenga la silla cuando voy a sentarme. No soy de las que van quemando sujetadores ni creo en la Enmienda de la Igualdad de Derechos. Siempre he sostenido que las mujeres son de todo punto superiores a los hombres, y jamás querría hacer nada que pudiera hacer pensar a los hombres que son mis iguales. Ahora, por favor, enciéndeme el cigarrillo.

Prendí un fósforo, y al acercarlo a su cigarrillo ella me tocó en la muñeca.

—Háblame de Savannah.

—Está preciosa con la camisa de fuerza.

—Si deseas convertirte en humorista, Tom, y te aseguro que me alegraría ver que te interesas por algún trabajo, del tipo que sea, si es lo que deseas, deja que alquile para ti un teatro o un club nocturno y no trates de ensayar tus chistes conmigo.

—Savannah está muy mal, mamá —le anuncié—. Desde que estoy aquí, sólo he podido verla una vez. Le he contado a la doctora Lowenstein los detalles de la historia de Savannah, poniéndola al corriente de las téticas anécdotas de nuestra épica infancia.

—Y, por supuesto, has juzgado necesario hablarle de aquel día en la isla —concluyó.

—Sí, lo he juzgado necesario —admití—. Me parece que se trata de una historia curiosamente significativa.

¿Crees que se le puede confiar esa información a la doctora Lowenstein?

—Por lo general, cada vez que le cuento algún oscuro secreto a la doctora Lowenstein lo veo misteriosamente publicado en el *New York Times* del día siguiente. Claro que se puede confiar en ella, mamá. Es una profesional.

—Tengo demasiado orgullo para revelar un episodio tan vergonzoso al primer desconocido —dijo mi madre.

—Yo, en cambio, soy de lo más obsequioso. Me gusta contárselo todo a los extraños. «Hola, soy Tom. Wingo. Un preso fugado me dio por el culo, pero en seguida lo maté con una estatua del Niño Jesús.» Resulta perfecto para romper el hielo.

Mi madre me contempló desapasionadamente, y por fin preguntó:

—¿Le has hablado a la doctora Lowenstein de tus problemas personales, Tom? Eres muy bueno para revelar los secretos de la familia, pero me gustaría saber cuánto revelas de los tuyos propios.

—No hay nada que revelar, mamá —respondí—. Cualquiera puede darse cuenta de que soy un infeliz desecho humano. Los detalles sólo conseguirían aburrirles.

—¿Le has contado que Sallie y yo tuvimos que internarte en la décima planta de la facultad de Medicina, el año pasado?

—No, no se lo he dicho —mentí—. Prefiero que la doctora Lowenstein siga creyendo que mi odio hacia su profesión se debe a mis amplias lecturas y no a una experiencia personal.

—Considero que debería saber que las historias que estás contándole proceden de una persona que estuvo internada en una clínica mental —dijo mi madre.

—Yo prefiero describirlo como el departamento de Psiquiatría de una facultad de Medicina, mamá —objeté, cerrando los ojos—. Así es mucho más aceptable para mi propia estima. Mira, mamá, ya sé que te resultó muy embarazoso que tuviera que pasarme una semana en la décima planta, pero más embarazoso fue para mí. Estaba deprimido. ¿Qué más puedo decirte? Todavía sigo deprimido, pero estoy mejorando. A pesar de Sallie y de su amiguito, el médico, este verano ha sido bueno. He hecho el inventario de mi vida y de la vida de mi familia, y eso es un raro privilegio en los tristes tiempos que corren. En contadas ocasiones, incluso empieza a gustarme a mí mismo de nuevo.

—Pienso decirle a la doctora Lowenstein que lo de la violación es mentira, y todo lo que hayas podido decirle —me anunció mi madre—. Y también le diré que tuvieron que aplicarte descargas eléctricas en el cerebro para hacerte ir derecho.

—Tuve que sufrir tratamiento de electrochoque en dos ocasiones, madre. Tardé mucho tiempo en recobrar la memoria.

—Le diré a la doctora Lowenstein que eso te embarulló los recuerdos y que has empezado a inventarte historias —prosiguió mi madre, apagando su cigarrillo.

—Mamá —comencé, encendiendo su segundo cigarrillo—, todos los días violan a alguien en los Estados Unidos. No fue culpa nuestra. Simplemente, nos tocó la vez. Todos los días violan a miles de mujeres en los Estados Unidos. Los hombres que lo hacen son enfermos. Es espeluznante el número de jovencitos que son violados en las cárceles. Es una experiencia traumática y horrorosa, y te afecta para siempre. Pero no sirve de nada fingir que no ha ocurrido.

—Yo no fui violada —aseguró mi madre.

—¿Qué? —exclamé.

—Tú no viste lo que sucedió en la habitación —insistió, echándose a llorar—. No me violó. No tienes pruebas.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas necesito, mamá? La razón de que no pueda creer que estuvierais comentando las películas de Bogart es muy sencilla. Cuando saliste de la habitación, desnuda, me pareció que la cosa estaba muy clara.

El llanto de mi madre se hizo más fuerte, y le tendí un pañuelo.

—Les dimos una lección, ¿eh, Tom? —dijo entre lágrimas.

—Vaya si se la dimos, mamá —asentí—. Una lección para cagarse.

—Lo que me hizo en la habitación fue horrible —prosiguió sollozando.

—La última vez que vi a ese tipo con vida estaba olfateando la halitosis de un tigre —observé—. Creo que le estropeó el día. Y aquella misma noche, las enredaderas echaron raíces en sus ojos.

—Es raro cómo suceden las cosas, Tom —reflexionó—. Si tu padre no hubiera comprado la gasolinera, ahora mismo estaríamos muertos. Ser dueños de un tigre fue nuestra salvación.

—Luke habría encontrado otra solución, mamá. Luke siempre encontraba una solución.

—No siempre —objetó. Hizo una pausa—. ¿Podré ver a Savannah?

—De momento, no quiere ver a nadie de la familia, mamá —le expliqué—. Está pensando si debe volver a vernos o dejarnos para siempre.

—¿Sabes que hace tres años que no nos hablamos? —preguntó mi madre.

—Tampoco ha hablado conmigo. Ni con papá. Han ocurrido cosas malas en nuestra familia, mamá.

—Lo que nos hace exactamente iguales a cualquier otra familia de la tierra —se defendió ella.

—Savannah asegura que la nuestra es una de las familias más jodidas en toda la historia de las familias.

—No podemos considerar a Savannah como un juez neutral —dijo mi madre—. Está internada en una clínica mental.

—Creo que eso da más fuerza a sus argumentos. ¿Por qué has venido a Nueva York, mamá?

—Porque deseo que vosotros dos empecéis a quererme de nuevo, Tom —respondió, quebrándosele la voz.

Esperé a que recuperara el dominio de la misma.— Parecía frágil y dolorida. Me resultaba difícil creer que pudiera adorar a alguien de quien desconfiaba tan completamente.

—No puedo hacer nada para cambiar el pasado —jadeó—. Cambiaría hasta el último minuto si pudiera, pero no está en mi mano. Sin embargo, no veo por qué razón hemos de pasar el resto de nuestras vidas como enemigos. He descubierto que no puedo soportar el desprecio de mis propios hijos. Quiero recobrar vuestra buena voluntad. Quiero tu cariño, Tom. Creo que lo merezco.

—Estaba enfadado contigo, mamá —dije yo—, pero nunca he dejado de quererte. Tú me has enseñado que hasta los monstruos son también personas. Esto lo he dicho en broma, mamá.

—Pues es una broma que no tiene gracia —protestó, sorbiendo sus lágrimas.

—Quiero que volvamos a ser amigos, mamá. Lo digo en serio. Probablemente lo necesite yo más que tú. Ya sé que todo lo que digo te parece irritante, y procuraré no decirte más cosas crueles. Te lo aseguro. Desde este momento, intentaré con todas mis fuerzas recobrar mi papel de hijo maravilloso.

—¿Querrás cenar con nosotros esta noche? —preguntó mi madre—. Significaría muchísimo para mí.

—¿Con nosotros has dicho?

¡Dios mío, mamá, me pides demasiado! ¿Por qué no puedo volver a quererte y

mantener al mismo tiempo mi perpetuo desprecio hacia tu marido? Seguro que es algo frecuente en los Estados Unidos. Soy un hijastro, y me corresponde la función de odiar a mi padrastro. Es un concepto literario que adquiriré por el camino, no sé exactamente dónde. Hamlet, la Cenicienta... ya sabes, toda esa gente.

—Por favor, Tom —Insistió—. Te lo pido como un favor. Quiero que seas amigo de mi marido.

—Está bien, mamá —concedí—. Será un placer cenar con vosotros.

—Te he echado mucho de menos, Tom —dijo ella, levantándose para marchar.

—Yo también te he echado de menos, mamá. Nos fundimos en un largo abrazo, y habría sido difícil decir cuál de los dos vertía más lágrimas de desesperación por el peso de los años perdidos sin tocarnos.

—No vuelvas a portarte como una gilipollas, mamá. Se rió entre las lágrimas y respondió:

—Tengo todo el derecho de portarme como una gilipollas. Soy tu madre.

—Hemos perdido unos buenos años, mamá.

—Trataremos de compensarlo —dijo ella—. Me pesa mucho lo de Luke, Tom. Ya sé que es por eso por lo que me odiabas, pero te aseguro que no he dejado de llorar por Luke ni un solo día.

—Luke nos dio motivos para llorar, mamá.

—Sallie quiere que la llames, Tom —recordó—. Hablé con ella justo antes de salir de casa.

—Piensa dejarme, mamá. Estoy preparándome para vivir sin Sallie desde que he llegado a Nueva York.

—No creo que lo haga, Tom —me contradijo—. Me parece que la ha plantado.

—¿Por qué no coge el teléfono y me llama ella misma?

—No lo sé, Tom —contestó—. Quizá no se atreva.

Me ha dicho que en tus cartas y en tus llamadas estás empezando a parecerte otra vez al Tom de antes.

—El Tom de antes —repetí—. Odio al Tom de antes.

Y también odio al Tom de ahora.

—Pues yo amo al Tom de antes —dijo mi madre—. Y el Tom de ahora va a cenar conmigo y con mi marido y sólo por eso también le amo.

—Ten paciencia conmigo, mamá —le rogué—. Muchas de las cosas que digas todavía me parecerán irritantes.

—Si prometemos querernos el uno al otro, Tom, el resto vendrá por sí solo. Y muy pronto.

—Quiero que tu marido me alimente muy bien, mamá. Quiero que esta reconciliación le cueste una gran suma de dinero. Quiero que al ver la cuenta le suba la presión sanguínea y disminuya su esperanza de vida.

—Tenemos reservas en el Four Seasons —me anunció—. He reservado una mesa para tres.



—¡Malvada! —exclamé—. Sabías que me rendiría ante tu perverso encanto.

Me reuní con mi madre en el bar del hotel St. Regis. Estaba sentada ante una mesa, sola. De pronto, alzó la vista, y al volverme vi a su marido entrando en el bar. Me puse en pie para saludarle.

—Hola, Tom. Te agradezco mucho que hayas venido.

—Me he portado como un perfecto idiota —reconocí—. Lo siento.

Y estreché la mano de mi padrastro, Reese Newbury.

A finales de agosto de 1962 comencé a entrenarme con el equipo de fútbol de primer año de la Universidad de Carolina del Sur, convirtiéndome así en el primer miembro de mi familia matriculado en una universidad. En las crónicas familiares, incluso estos pequeños progresos adquieren dimensiones monumentales. El día en que llegué a la universidad, Luke pescaba camarones en aguas de Colleton con su nueva embarcación, a la que había bautizado Miss Savannah, y ya conseguía mejores capturas que mi padre. Savannah no se iría a Nueva York hasta noviembre, en contra de los deseos de mis padres, quienes pretendían que se quedara en Colleton hasta que «hubiera sentado cabeza». El pacto de silencio se había mantenido, y di comienzo a los entrenamientos con el culpable conocimiento de que probablemente era el único muchacho del equipo lo bastante afortunado como para haber sido violado por un preso evadido. En las duchas me sentía receloso, temiendo que mi desnudez pudiera revelar algún estigma vergonzoso a mis compañeros de equipo. Me prometí solemnemente que iniciaría de nuevo mi vida, que recobraría el atolondrado entusiasmo que había perdido en el asalto a mi casa y que destacaría en todos los aspectos de la vida universitaria. Pero mi suerte ya había cambiado, y la universidad me enseñó que yo era uno de los jornaleros de la vida, que anhelan la excelencia pero que no poseen el talento necesario para alcanzarla.

En el curso de la primera semana de entrenamientos, el entrenador me hizo saber que carecía de condiciones para ser un *quarterback* en el fútbol universitario y me alineó en la posición de marcador defensivo, desde la cual debía hacer realidad los sueños de un deportista. Estuve tres años devolviendo chutes en el segundo equipo, y en mi último curso intercepté cuatro pases y fui elegido, el segundo equipo de la liga general; no obstante, lancé un solo pase ni ensayé una sola jugada ofensiva desde la línea de choque. El umbral de mis talentos era modesto, y mis deseos excedían con mucho a mis posibilidades. Llegué a ser conocido por mi dureza, y con los años los entrenadores se encariñaron conmigo. Cuando algún corredor atravesaba la línea de defensa, yo hacía que se acordara de mí. Placaba a los contrarios con una dureza y una ferocidad deliberadas que no eran incompatibles con mi escaso talento. Solamente yo sabía que esta ferocidad era fruto del miedo. Jamás llegué a perder mi temor visceral hacia el juego, pero esto constituía un secreto que nunca compartí con el mundo. Supe convertir el miedo en un arma, y ello me ayudó a definirme durante mis cuatro años de aprendizaje bajo su apática jurisdicción. Jugaba asustado, pero sin deshonrarme. Era precisamente a causa del miedo por lo que amaba tanto el deporte, y me amaba a mí mismo porque convertía este temor en un acto de arrojo, de adoración incluso.

Hasta que ingresé en la universidad no tenía ni idea de lo rústico e ingenuo que

parecía a la demás gente. Los componentes del equipo de primer año procedían de todos los puntos de los Estados Unidos, y la primera vez que oí hablar a cuatro muchachos de la ciudad de Nueva York sentí algo muy semejante a la estupefacción. Jamás había supuesto que aquella seguridad, aplomo y confianza, pudieran darse tan naturalmente en muchachos de mi edad. ¡Los encontraba tan exóticos como a los turcos! y su ágil e ingeniosa conversación me parecía una especie de lenguaje ajeno y pernicioso.

Quedé tan abrumado por la novedad del campus, por la magnitud del cambio de joven isleño a joven universitario, que a lo largo del primer año apenas hice amistades. Siempre alerta y vigilante, me atenía a mi propio juicio, lo observaba todo e intentaba adquirir soltura imitando a aquellos gloriosos y confiados muchachos de ciudad sureños a los que yo tan desmedidamente admiraba. Los alumnos de Charleston, nuevos o veteranos, se movían como reyes, y yo trataba de emular la elegancia de sus modales, el refinamiento que con tanta naturalidad demostraban, su hábil y civilizado ingenio. Mi compañero de cuarto era un muchacho de Charleston llamado Boisfeuillet Gailliard, o simplemente Bo, como él prefería que le llamaran. Todo en él delataba la buena educación y los privilegios heredados. A mí, su nombre me sonaba como un plato de cocina francesa, y uno de sus antepasados hugonotes había sido gobernador de la colonia antes de la gran rebelión contra el rey Jorge. Yo estaba encantado con la buena fortuna que me había concedido tal compañero de habitación, y mi madre tuvo un momento próximo al éxtasis cuando se enteró de que un Wingo había unido su destino, siquiera temporalmente, con un Gailliard de Carolina del Sur. Ahora me doy cuenta de que Bo quedó consternado al ver que le adjudicaban un compañero tan poco distinguido, pero su buena crianza desarrollada cabe las columnatas de las costumbres sureñas jamás le habría permitido que me manifestara en modo alguno su decepción. De hecho, tras la sorpresa inicial, incluso pareció tomarme bajo sus alas como una especie de proyecto de recuperación social. Solamente estableció una norma: nunca, bajo ningún concepto, debía tomar prestada su ropa. Su armarlo estaba lleno a rebosar de trajes maravillosos y chaquetas deportivas. Aunque mi escaso vestuario pareció desconcertarle, no se permitió el menor comentario y apenas dejó traslucir una leve sorpresa cuando, lleno de orgullo, le enseñé la chaqueta azul que me había confeccionado mi madre. Bo se alegró cuando supo que yo jugaba al fútbol y me preguntó si podría conseguirle algunas entradas gratuitas para el partido contra Clenlson, para mandárselas a su familia. Le respondí que lo haría con mucho gusto, y durante los cuatro años siguientes seguí suministrando entradas gratuitas a su familia aun mucho después de que hubiéramos dejado de compartir la habitación. Entonces no lo sabía, pero con Boisfeuillet Gailliard había conocido por vez primera a esa especie indígena de la cultura sureña, el político nato. Ya la primera semana me aseguró que sería gobernador del estado a los cuarenta años, y no me sorprendió en absoluto verle jurar el cargo dos años antes de lo por él había anunciado. También me pidió que estuviera atento en el campus,

por si veía alguna chica que pudiera considerarse buena candidata a primera dama del estado. Le prometí que tendría los ojos bien abiertos. Nunca había conocido a nadie como Bo Gailliard. Yo era un muchacho campesino y todavía no había desarrollado la capacidad de advertir de lejos a los gilipollas.

Fue Bo quien me hizo desear el ingreso en alguna asociación estudiantil, y durante la semana de las elecciones le seguí de una casa de fraternidad a otra, viéndole desaparecer de mi lado nada más entrar entre ruidosas salas llenas de humo y atestadas de bien trajeados Griegos, todos los cuales me parecían las personas más agradables jamás tratadas por mí. Todas las fraternidades y todos sus miembros me atraían por igual, pero Bo me convenció de que la SAE era la mejor y la única que debía tomar en consideración. A pesar de ello, fui a cenar a todas las casas en que invitaban a los de primer año, me reí de todos los chistes, participé en todas las conversaciones que pude y ofrecí mis puntos de vista sobre lo divino y lo humano.

Cuando llegó el momento de rellenar mi tarjeta de solicitud, y después de mucho pensarlo, anoté los nombres de las cinco fraternidades más —populares de la universidad. Estas debían dar a conocer sus resoluciones a las cinco de la tarde, y ya había una gran multitud de chicos y chicas esperando ante la estafeta de correos cuando fueron entregadas. Algunos chicos y chicas gritaban de alegría al comprobar que se les invitaba a ingresar en la asociación, masculina o femenina, que habían elegido. La festiva atmósfera de alegría me hacía esperar sin aliento ante el casillero que me correspondía.

A las siete de la tarde aún seguía esperando ante mi casilla vacía, preguntándome si alguien no habría cometido un terrible error. A las ocho, Bo me encontró en la ya oscurecida estafeta, nervioso y preocupado, pero todavía esperando. —He recibido cinco invitaciones, pero soy miembro de la SAE hasta donde me alcanza la memoria. Ven, te invito a una cerveza para celebrarlo.

—Creo que no, Bo —dije yo—. ¿Sabes si han de repartir más invitaciones mañana?

—¡Qué va, hombre! —respondió, riéndose—. Los muchachos se volverían locos si los hicieran esperar hasta mañana.

—No he recibido ninguna invitación —le anuncié.

—No te habrá extrañado mucho, ¿verdad Tom? —preguntó, no sin amabilidad.

—Pues sí. Me extraña muchísimo.

—Habría debido advertírtelo, Tom, pero no quería herir tus sentimientos. Eras la guasa de la clase. Todo el mundo hablaba de ti.

—¿Por qué? —quise saber.

—Has llevado la misma chaqueta a todas las fiestas, todas las reuniones y todas las actividades de la universidad. Cuando alguien se enteró de que te la había hecho tu madre, fue una locura. A las chicas de algunas asociaciones les pareció la cosa más adorable que jamás habían oído, pero eso no te convierte en material de primera para los Griegos. ¿Dónde se ha visto a un miembro de una fraternidad yendo por ahí con

una chaqueta hecha en casa?

Quizá quede muy bien en un cuadro de Norman Rockwell, pero no encaja en absoluto con la imagen de ninguna de las fraternidades del campus. ¿Tampoco te han invitado los Dekes?

—Me parece que no.

—Si ni los Dekes te han querido, Tom, es que no tienes ninguna posibilidad. Pero en el campus hay un montón de tipos verdaderamente buenos a quienes las fraternidades no les interesan en absoluto.

—Ojalá hubiera sido tan vivo como ellos.

—Vamos, te invito a una cerveza.

—Tengo que llamar a casa. Anduve hacia la hilera de teléfonos públicos situada junto a la entrada de la estafeta y me senté en la oscuridad de la cabina para poner en orden mis doloridos pensamientos antes de llamar a casa. Me sentía abrumado de vergüenza y tristeza. Traté de analizar mi comportamiento en la vertiginosa serie de fiestas a que había asistido. ¿Acaso me había reído demasiado fuerte, o mi gramática era incorrecta, o parecía demasiado anhelante de agradar? Siempre había dado por sentado que le caía bien a la gente; eso era algo que nunca me había inquietado, pero en aquellos momentos lo hacía, y muchísimo. Si al menos pudiera hablar con algunos miembros de las fraternidades y explicarles la historia de la chaqueta deportiva, sin duda lo entenderían y modificarían su decisión. Pero hasta yo era capaz de comprender la inutilidad de tan lamentable gesto. Simplemente, no había sabido percibir la naturaleza del medio en el que intentaba ingresar. Había tratado de pertenecer a una fraternidad y había topado con la Liga de Colleton bloqueándome el paso. El ejemplo de mi madre no me había servido para advertir lo peligroso de tener excesivas pretensiones.

Llamé a casa y contestó Savannah.

—Hola, Savannah, ¿cómo estás? Soy Tom.

—Hola, universitario —me saludó, con la voz todavía débil y ronca a causa de la ordalía—. Estoy bastante bien, Tom. Estoy mejor cada día. No te preocupes, saldré adelante.

—¿Está mamá por ahí?

—En la cocina.

—No me han querido en ninguna fraternidad, Savannah.

—¿Te importa, Tom?

—Sí. Me importa mucho, no puedo evitarlo. Me caía bien todo el mundo Savannah. Me Parecía la gente más simpática que jamás he conocido.

—Son unos cretinos, Tom. Sí no te han invitado, es que son unos cretinos —dijo ella, bajando la voz para no ser oída por mi madre.

—Debo de haber cometido algún error. Aún no me lo explico. En cambio, han invitado a mucha gente que, en mi opinión, no tenía ninguna posibilidad. La universidad es extraña, Savannah.

—Lo siento, Tom. ¿Quieres que vaya este fin de semana? Las cicatrices de las muñecas ya están del todo curadas.

—No. Sólo quiero que sepas que te echo mucho de menos, Savannah, y también a Luke. Sin ti no soy igual de bueno. El mundo no es igual de bueno.

—No estás sin mí, recuérdalo siempre. Ahora se pone mamá.

—No se si se lo diré a mamá, Savannah.

—Lo entiendo. Te quiero, Tom. Estudia mucho.

—Tom —comenzó mi madre—, hoy era el gran día. Debes de estar excitadísimo.

—Bueno, mamá —respondí—. He estado pensando mucho desde la última vez que estuve en casa, y de momento he decidido no solicitar mí ingreso en ninguna fraternidad. Creo que prefiero esperar uno o dos años.

—No creo que haya sido una buena idea —dijo ella—. Recuerda: los muchachos que conozcas en la fraternidad son los que luego te echarán una mano en los negocios cuando termines los estudios.

—De eso se trata. Las fraternidades te roban mucho tiempo de estudio. He asistido a tantas fiestas que empiezo a quedarme atrasado en las tareas académicas.

—Una consideración muy madura. No es que apruebe tu decisión, y sigo pensando que es mejor ingresar en alguna fraternidad ya en el primer año, pero si se resienten tus estudios...

—Sí. La semana pasada suspendí un par de pruebas, y el entrenador me llamó para hablar de eso conmigo.

—Ya sabes que si pierdes la beca no podremos pagarte los estudios, Tom.

—Lo sé, mamá, y por eso creo que es mejor dejar la fraternidad para más adelante. De momento, pienso que los estudios han de tener prioridad sobre la vida social.

—Bien, ya eres un hombre y estas decisiones debes tomarlas tú mismo. Savannah está mucho mejor, Tom, pero quiero que le escribas una carta, a ver si la convences de que no se vaya a Nueva York. Las calles de la ciudad son demasiado peligrosas para una chica sureña.

—No más peligrosas que la isla, mamá —repliqué. Fue lo más cerca que estuve de mencionarle la violación a mi madre.

—Háblame de tus clases, Tom —me pidió, cambiando de tema.

Cuando colgué el auricular, me quedé uno o dos minutos sentado en la cabina, preguntándome cómo iba a enfrentarme de nuevo con aquellos muchachos que tan mayoritariamente habían votado mi exclusión. Pensé en trasladarme a otra universidad más pequeña, más cercana a casa. Calculé a qué hora debería regresar al dormitorio para no tener que enfrentarme a la compasión de mis compañeros de clase, que sin duda sabían que no había recibido ni una sola invitación.

No vi a la chica que pasó por detrás de mí para meterse en la cabina contigua a la mía, pero la oí echar una moneda por la ranura y preguntarle a la operadora si podía hacer una llamada a cobro revertido. Antes de que dejara mi cabina, oí un gemido tan

angustioso que quedé paralizado incapaz de moverme porque no quería que la chica supiera que alguien había sido testigo de aquel momento de desolación.

—Oh, mamá —exclamó entre sollozos—, no me han querido en ninguna parte. Ni una sola fraternidad me ha invitado a ingresar.

Se echó a llorar incontinentemente, y yo eché la cabeza hacia atrás y escuché sus sollozos.

—No les gusto, mamá. No me quieren. No, mamá, no lo entiendes. No me he portado mal con nadie. He sido siempre simpática, mamá, la mar de simpática. Ya sabes cómo soy. ¡Oh, mamá, qué mal me siento!

Durante diez minutos siguió hablando, llorando y escuchando a su madre, que intentaba consolarla. Cuando terminó, reclinó la cabeza sobre el teléfono y continuó llorando. Yo me asomé y le propuse. A mí me ha ocurrido lo mismo. ¿Te apetece una Coca-Cola?

Alzó la cabeza, sorprendida, y, con lágrimas en las mejillas, respondió:

—No sabía que hubiera nadie aquí.

—Acabo de llamar a mi madre para decirle lo mismo, sólo que al final le he mentado. Me ha faltado valor para decirle, que no me han querido en ninguna fraternidad.

—¿No has, podido ingresar? —preguntó, mirándome a la cara—. ¡Con lo guapo que eres!

Me ruboricé, totalmente sorprendido por su franqueza.

—¿Y esa Coca-Cola? —balbucí.

—Me gustaría. Pero antes he de lavarme la cara.

—Me llamo Tom Wingo —dije.

—Yo me llamo Sallie Pierson —contestó entre lágrimas—. Me alegra muchísimo haberte conocido.

Y así fue como conocí a mi esposa.

Iniciamos nuestra vida en común en un momento de derrota y autocompasión que dejó en ambos una huella imborrable. El rechazo sufrido me sirvió de lección y me dio a conocer el lugar que me correspondía en el orden de las cosas. Fue la última vez que osé hacer algo que exigiera audacia o imaginación. Me volví indeciso, suspicaz y retraído. Aprendí a refrenar la lengua, a marcar el camino recorrido y a avizorar el futuro con ojos cautelosos. Finalmente, quedé despojado de aquel optimismo, de aquella irreflexiva aceptación del mundo y de todo lo que éste pudiera reservarme que siempre habían sido mi mayor fuerza y la llave de mi liberación. A pesar de mi infancia, a pesar de la violación, el mundo fue un lugar maravilloso hasta que la SAE decidió no contarme entre sus miembros.

Sallie Pierson estaba hecha de otro material. Era hija de dos obreros textiles de Pelzer, Carolina del Sur, y su rechazo sólo fue otra catástrofe social más en la larga serie que había debido sufrir desde su primera infancia. El hecho de que una familia de pescadores de camarones le pareciese exótica y acomodada daba la exacta medida

de su inocencia social. Se había matriculado en la universidad gracias a una beca que la fábrica en que trabajaban sus padres concedía cada año al hijo de empleado con el mejor promedio académico. En la escuela secundaria no había obtenido ni una sola B, y sólo dos durante sus estudios universitarios. Cuando Sallie Pierson estudiaba, en su mente oía la música de los telares y veía la imagen de sus padres, desfigurados por los años de agotador trabajo para que su única hija pudiera disfrutar de las oportunidades que a ellos les habían sido negadas. La noche en que nos conocimos, me dijo que quería doctorarse en medicina y tener tres hijos. Había planeado de antemano toda su vida como una campaña militar. La segunda vez que nos vimos, me dijo que, aunque no pretendía asustarme, había decidido casarse conmigo. No me asustó.

Nunca había conocido a una chica como Sallie Pierson.

Todas las tardes nos encontrábamos en la biblioteca y estudiábamos juntos. Se tomaba la universidad muy en serio, y me contagió esa seriedad. Cada anochecer, de siete a diez, excepto los sábados, trabajábamos en las mismas mesas situadas detrás de la sección de literatura. Ella me permitía que le escribiera una nota amorosa por día, pero eso era todo. En la escuela secundaria había aprendido que la dedicación a los estudios conlleva sus propias recompensas, y sabía que las obtendríamos si nos aplicábamos con diligencia. Nunca me enviaba recados amorosos, pero sí largas listas de cosas que esperaba de ambos.

Querido Tom:

Serás Phi Beta Kappa, aparecerás en el Quien es quien en las facultades y universidades de los Estados Unidos, serás capitán del equipo de fútbol y Primero en tu clase en el departamento de inglés.

Te quiere, Sallie.

Querida Sallie (le respondí en una nota que hice rodar a su mesa):

¿Qué significa Phi Beta Kappa?

Te quiere, Tom.

Querido Tom:

Es la única fraternidad en la que puedes ingresar, campesino. Y ahora, a estudiar. Basta de notas; Te quiere, Sallie.

Al igual que Savannah, Sallie era consciente del poder de las cosas escritas. Cuando, dos años más tarde, ambos ingresamos en la Phi Beta Kappa en la misma noche, apenas pude contener mi asombro. Para mi sorpresa, descubrí que yo era el único de mi clase de primero que había, no ya leído, sino incluso oído hablar alguna vez de William Faulkner. Me dedicaba apasionadamente a mis clases de inglés, y apenas podía creer en la buena suerte de llevar una vida que me imponía como obligación la tarea de leer los mejores libros jamás escritos. Así inicié mi largo romance con el departamento de inglés de la Universidad de Carolina del Sur, cuyos miembros estaban convencidos de que ningún futbolista era capaz de escribir una frase corriente en inglés sin atentar gravemente contra el idioma. Ignoraban que me



había criado en compañía de una hermana que iba a convertirse en la mejor poetisa del Sur estadounidense, y que todas las noches estudiaba tres horas con una muchacha que en su lista de objetivos había inscrito una sola frase: redactar y pronunciar el discurso de despedida.

Mi madre no quedó satisfecha ni mucho menos cuando averiguó que estaba saliendo con una muchacha procedente de una población fabril, e hizo todo lo posible para desalentarme. Así pues, me envió numerosas cartas en las que describía la clase de mujer que debía buscar como esposa. Le leí estas cartas a Sallie, y ella se mostró de acuerdo con mi madre.

—La infancia en una población industrial ya no se borra nunca, Tom —me advirtió Sallie—. Jamás podré ofrecerte lo mismo que algunas de esas otras chicas.

—Tampoco yo puedo limpiar de camarones mi cubierta —respondí.

—Me gustan los camarones.

—Y a mí me gusta el algodón.

—Se lo vamos a demostrar, Tom —exclamó ella, besándome—. Tom y Sallie se lo van a demostrar a todo el mundo. No podremos tenerlo todo, y habrá cosas de las que siempre careceremos, pero nuestros hijos lo tendrán todo. A nuestros hijos no les faltará nada.

Toda mi vida había estado esperando oír estas palabras, y en aquel momento comprendí que había encontrado la mujer adecuada para mí.

En el terreno de juego, me pasé tres años luchando contra mi propia sensación de incompetencia. —Me hallaba rodeado de excelentes deportistas que a diario me demostraban las deficiencias que aportaba yo al juego. Pero cuando no había competiciones; prácticamente vivía en la sala de pesas, aplicándome a desarrollar mi musculatura con deliberada intensidad. Cuando entré en la universidad pesaba setenta y cinco kilos; cuando la dejé, cuatro años más tarde, noventa y cinco. En mi primer año, trabajaba en el banco de pesas con cincuenta y cinco kilos; en el último, trabajaba con ciento cuarenta y cinco. Al principio era bloqueador, y en el segundo y tercer años fui defensa zaguero de tercera línea, hasta que Everett Cooper, el encargado habitual de devolver el chut inicial, se lesionó en el partido contra Cleinson en mi tercer y penúltimo año de universidad.

Cuando Cleinson puntuó, oí al entrenador Bass gritar mi nombre.

Y mis años en la universidad se volvieron dorados. Cuando me dirigía hacia atrás para recibir el chut, en las gradas no había nadie que conociera mi nombre salvo Sallie, Luke y mis padres.

El pateador de Cleinson se acercó al balón y vi el espantoso movimiento de cascos naranja al otro extremo del campo y oí el rugido de sesenta mil gargantas cuando el balón se elevó hacia la pura luz de Carolina y recorrió sesenta yardas por el aire, hasta que lo atrapé en la zona terminal y llevé al hijo de puta donde se suponía que debía ir. «El nombre, señoras y caballeros, es Tom Wingo», grité, sujetando el balón bajo mi brazo izquierdo y arrancando a correr por la banda izquierda del

campo. Me alcanzaron en la línea de veinticinco, pero me desasí del *tackle* con un brusco giro y, cruzando a través, del terreno, esquivé a otro jugador de Cleinson que intentaba hacerme un placaje. Amagué hacia un defensa zaguero y salté sobre dos de mis compañeros de equipo que acababan de derribar a dos muchachos de Cleinson. Seguí avanzando diagonalmente por el campo, esperando a que se me uniera el bloqueador que necesitaba y viera la abertura por la que estaba rezando al cielo. Cuando por fin vi esa abertura, salté como una centella hacia campo libre. En el mismo instante, sentí que alguien se lanzaba sobre mí por la espalda; trastabillé, pero me equilibré con la mano izquierda, me mantuve en pie y vi al pateador contrario en su línea de treinta yardas, el último jugador de Cleinson que aún tenía alguna posibilidad de impedirme llegar a su zona terminal.

Pero había sesenta mil espectadores que no sabían mi nombre y cuatro personas a las que amaba cuyas voces me urgían a seguir adelante en aquel estadio llamado Valle de la Muerte, y no tenía la más mínima intención de dejarme detener por un pateador. Agaché la cabeza, mi casco le golpeó en los números del pecho, y el tipo se derritió como nieve bajo la furiosa mirada del Señor, aplastado por el único muchacho del campo que conocía el nombre de Byron o un solo verso de su poesía. Dos jugadores de Cleinson me agarraron en la línea de cinco, y los arrastré conmigo hasta que caímos los tres por el suelo, ya en la zona terminal, al final de una carrera que debía cambiar mi vida para siempre.

El tanteo era de trece a seis y quedaba todavía una parte por jugar cuando el locutor pronunció estas dulces palabras: «La carrera del número cuarenta y tres, Tom Wingo, ha cubierto ciento tres yardas y establece un nuevo récord en la liga de la costa atlántica».

Regresé junto a la banda, donde me rodearon los entrenadores y mis compañeros de equipo. De pie junto al banquillo, comencé a agitar los brazos como un loco hacia el lugar, en lo más alto de los graderíos, donde sabía que Sallie, Luke y mis padres me aplaudían con entusiasmo.

George Lanier transformó el tiro adicional, dejándonos seis puntos por detrás de los Tigres de Cleinson al iniciar el juego en la última parte.

Faltando apenas dos minutos de partido, detuvimos a los de Cleinson en su línea de veinte yardas. Y entonces oí a uno de los auxiliares gritarle al entrenador Bass:

—¡Que la recoja Wingo esta vez!

—¡Wingo! —aulló el entrenador Bass. Corrí a su lado—. Wingo —repitió, ajustándome el casco—, hazlo otra vez. Aquel día yo me había vuelto de oro, y el entrenador Bass acababa de pronunciar las palabras de un encantamiento mágico. Mientras me situaba en nuestra línea de treinta y cinco yardas, haciendo caso omiso del extraordinario griterío del público, traté de recordar en qué momento de mi vida había oído ya esa frase. Y en el instante en que su delantero centro le arrojaba el balón al pateador me vino a la memoria aquel remoto crepúsculo en que, contando yo tres años, mi madre nos había llevado al embarcadero y había hecho surgir la luna

sobre los árboles de nuestra isla y mi hermana había exclamado con una vocecilla extasiada: «¡Oh, mamá, hazlo otra vez!».

—¡Hazlo otra vez! —me dije, contemplando, muy por encima del campo, la torre espiral que iniciaba su largo descenso hacia los brazos de un muchacho que por un solo día en su vida se había vuelto de oro.

Atrapé el balón y miré hacia el otro extremo del campo.

Y di el maravilloso primer paso de aquella carrera que iba a convertirme en el más célebre jugador de fútbol de Carolina del Sur durante un año que estimaré mientras viva. Recogí el balón en nuestra línea de cuarenta yardas y eché a correr hacia la banda derecha, mientras lo único que veía por delante era un movedizo jardín anaranjado que se abalanzaba hacia mí. Tres jugadores de Cleinson se acercaban por mi izquierda para atajarme cuando me detuve en seco y comencé a correr en sentido contrario, hacia nuestra propia línea de gol, con la intención de llegar al otro lado del campo. Un delantero de Cleinson casi me atrapó en las diecisiete yardas, pero cayó fulminado por el implacable bloqueo de uno de nuestros defensas, Jim Landon. Me volví de nuevo hacia el campo contrario, con dos de sus jugadores siguiéndome zancada por zancada. Cuando dirigí la mirada hacia el frente, vi ante mis ojos algo asombroso. Nuestro bloqueo se había deshecho por completo tras el puntapié inicial, pero mis compañeros de equipo, que seguían la jugada, me habían visto invertir el sentido de la carrera con once jugadores de Cleinson pisándome los talones. Lo que ahora veía ante mí era un pasillo de bloqueadores que se extendía a lo largo de cincuenta yardas sobre el terreno de juego. Cada vez que un jugador de Cleinson estaba a punto de atraparme, un jugador de Carolina del Sur se interponía entre el contrario y yo y lo hacía caer al suelo. Era como correr por el interior de una columnata. Era un día magnífico, y yo disfrutaba la sensación de ser el muchacho más veloz, más primoroso y elegante que jamás había respirado el fresco aire de Cleinson. Cuando llegué a su línea de treinta yardas, corriendo más velozmente de lo que nunca: había creído que fuera capaz, no quedaba un solo jugador de Cleinson de pie en el campo. Cuando crucé la línea de gol caí de rodillas y di gracias al Dios que me había creado veloz por el privilegio de poder sentirme rey del mundo a causa de un glorioso e irreplicable día de mi joven vida.

Después de que George Lanier consiguiera el punto adicional y detuviéramos la arrancada de Cleinson en nuestra línea de veintitrés yardas y el silbato del árbitro señalara el fin del encuentro, creí que iba a morir arrollado por la multitud de seguidores de Carolina que se lanzaron al campo. Y, de ser así, habría muerto feliz. Un fotógrafo captó el preciso instante en que Sallie me encontró entre la muchedumbre, saltó a mis brazos y me besó en la boca sin dejar por ello de gritar al mismo tiempo, Al día siguiente aquella foto apareció en la portada de todos los suplementos deportivos del estado, incluso en los de Pelzer.

A medianoche, cuando salí del restaurante Yesterday's, en Five Points, donde mis padres nos habían invitado a cenar, me sentí disminuido al ver que terminaba aquel

maravilloso día.

Una semana más tarde, a lo largo y a lo ancho del estado de Carolina del Sur se vieron pegatinas para automóviles que proclamaban: «Pásasela a Wingo, Cleinson». Herman Weems, del periódico Columbia State, publicó un artículo el domingo siguiente donde me describía como un erudito deportista y la mayor arma secreta en la historia futbolística de Carolina del Sur. El artículo también reproducía unas palabras del entrenador Bass: «En realidad, no es que sea tan buen futbolista... pero en Cleinson jamás me creerán por mucho que se lo repita.»

En el último párrafo, Herman añadía que yo estaba saliendo con una chica que tenía las mejores calificaciones académicas de nuestra clase y, encima, era bonita como una artista de cine. Esta parte del artículo fue la que más le gustó a Sallie.

A las pocas semanas fui abordado por un grupo de miembros de la SAE, entre los que figuraba Bo Gafiliard, que deseaban saber si me interesaría ingresar en la fraternidad. Yo rechacé cortésmente la oferta, como hice también con las invitaciones de otras siete fraternidades que me llegaron a lo largo del curso. Nunca la palabra no había poseído tal etérea belleza para mí. Por su parte, las Tri Delts enviaron un grupo formado por algunas de las chicas más guapas y populares de la facultad para alistar a Sallie en su asociación. Con una frase que me encantó, Sallie respondió que podían besarle su pueblerino culo.

Jamás volveré a conocer un día de tan completo arrobó. Durante el resto de mi carrera en Carolina jugué bien a fútbol, pero aprendí que la naturaleza es extraordinariamente parca en sus distribuciones de oro. Si hubiera poseído un notable talento, habría tenido muchos días como aquél, pero sabía que podía considerarme afortunado por haber vivido siquiera uno. En el punto más bajo de mi carrera universitaria, conocí a la chica que amaría durante el resto de mi vida; en el más alto, llegué a la cima de mi capacidad deportiva y supe, sólo por un segundo lo que significaba ser famoso. No significaba gran cosa, y me gusto descubrirlo.

Después de graduarnos, Sallie y yo nos casamos en Pelzer, con Luke como padrino mío y Savannah dama de honor de la novia. Pasamos la luna de miel en isla de Melrose, en la casita de dos habitaciones que había construido en una hectárea de terreno que papá me regaló en una punta de tierra próxima al puente. Savannah se quedó una semana con papá y mamá, y Luke, se instaló en su barco de pesca mientras yo le enseñaba a Sallie todo lo que sabía sobre la vida en las tierras bajas.

Por las noches, cuando yacía en brazos de Sallie, ella solía susurrarme:

—Cuando haya acabado los estudios en la facultad de Medicina, Tom, haremos unos niños preciosos. De momento, nuestro trabajo consiste en aprender a disfrutarlo.

Los dos juntos, durante aquel largo verano, repetimos el más dulce capítulo de la historia del mundo, aprisionados recíprocamente entre los suaves brazos del otro. Con ternura, elucidamos todos los secretos y misterios que nuestros cuerpos tímidamente ocultaban. Hicimos el amor como si estuviéramos componiendo entre ambos un largo poema con lenguas de rico fuego.

Al terminar la luna de miel, comencé a trabajar en el barco de Luke. Sallie y yo nos levantábamos antes del alba y nos reuníamos con Luke en los muelles de los pescadores. Luke seguía a la embarcación de mi padre, mientras yo me aseguraba de que los portones de madera se abrían limpiamente sobre los costados sin enmarañar los cables. Cuando llenábamos la bodega de camarones, después de congelarlos, yo limpiaba la cubierta y Luke dirigía el Miss Savannah de regreso a la ciudad. Luke pagaba diez centavos por cada libra de camarones que, llevábamos a las básculas, y cuando comencé mi vida de maestro y entrenador en la escuela secundaria de Colleton tenía dinero ahorrado en el banco.

A finales de agosto, la Saturday Review publicó el primer poema de Savannah en una edición especial dedicada a los jóvenes poetas. La revista salió a la calle el mismo día en que Luke recibió por correo la notificación de que su clasificación militar había sido cambiada a 1-A. Savannah había escrito un poema contra la guerra en el preciso momento en que esa misma guerra se hacía sentir en la conciencia de nuestra familia.

Al siguiente atardecer, en casa, Luke preguntó:

—¿Qué pensáis de este asunto del Vietnam?

—Sallie me hizo dejar el ROTC en cuanto la guerra comenzó a calentarse en serio —respondí, tendiéndole una taza de café solo.

—Los maridos muertos son muy malos padres —explicó Sallie. Tom no tiene nada que ver con la guerra.

—A mí no me permitirán quedar al margen —prosiguió Luke. Ayer mismo llamé al viejo Knoz Dobbins, de la junta de reclutamiento, y me dijo que no van a seguir concediendo prórrogas a los pescadores. Parece que hay demasiados pescadores en el río.

—Y han encontrado un método infalible para reducir su número —observé, enfurecido.

—¿Sabes si a ti también van a reclutarte, Tom? —preguntó mi hermano.

—No reclutan a los maestros rurales de Carolina del Sur, Luke —le contesté—. Solamente les pagan un sueldo de miseria y esperan que no se les ocurra buscarse un empleo en serio.

—¿Has conocido alguna vez a alguien del Vietnam? —prosiguió.

—Una vez conocí a un tipo que tenía un restaurante chino en Columbia.

—Ese hombre era de la China, Tom —protestó Sallie—. No es lo mismo.

—A mí me parece lo mismo —respondí.

—Mamá dice que debo ir porque nos han educado para amar a los Estados Unidos —comentó Luke.

—Y amamos los Estados Unidos —dije yo—. ¿Qué tiene eso que ver con este asunto?

—Yo le he contestado que no amaba los Estados Unidos —explicó Luke—. Le he dicho que amaba el condado de Colleton. Por lo que a mí me importa, que vengan los

vietnamitas y se queden con el resto del país. ¡Qué situación más jodida! Tendré que vender el barco.

—No lo vendas, Luke. Tom se ocupará de él mientras tú no estés —dijo Sallie—. El verano que viene, en cuanto terminen las clases, puede salir de pesca en tu lugar y así, al menos, se irán pagando los plazos.

—Tom va a la universidad para no tener que ser patrón de un barco, Sallie —protestó Luke.

—No —le contradije—. Tom va a la universidad para poder decidir si quiere ser patrón de un barco o no. Lo que yo quería era tener la posibilidad de elegir, Luke, y para mí sería un honor mantener tu barco en funcionamiento hasta que regreses.

—Te lo agradezco mucho, Tom —respondió con sencillez—. Me gustaría saber que el barco sigue aquí, esperándome.

—No vayas, Luke —le rogó Sallie—. Diles que eres objeto de conciencia. Diles lo que sea.

—Me meterían en la cárcel, Sallie —dijo él— Preferiría morir antes que ir a la cárcel.

Cuando nuestra vida en Colleton comenzaba a desplegarse en los aletargados fragmentos que componen la vida de un maestro sureño, Luke fue alejado de nosotros para hacerle desempeñar su pequeño papel en la única guerra que los Estados Unidos fueron capaces de ofrecer a nuestra generación. Mientras yo daba clase en las aulas o entrenaba al equipo en el mismo terreno en que Luke y yo habíamos sido copitanes y mientras Savannah participaba en todas las manifestaciones pacifistas de la Costa Este, Luke se encontraba patrullando los ríos del Vietnam, habiéndose enrolado como voluntario en el cuerpo más selecto y misterioso de la Marina: los SEAL.

En la Marina no eran estúpidos, y no quisieron desaprovechar al muchacho más fuerte y sensato que se había presentado voluntario en aquella difícil hora de examen de conciencia para los Estados Unidos. Mientras yo dirigía las prácticas de bloqueo de mis jugadores y Savannah escribía los poemas que debían componer su primer volumen, Luke aprendía técnicas de demolición subacuática y de lucha antiguerrillera, cómo saltar en paracaídas desde un aparato en vuelo rasante y cómo matar silenciosamente tras las líneas enemigas. Todo ello constituía un perturbador añadido a las vidas típicamente norteamericanas que llevábamos nosotros, una compleja armonía que sería llamada a obrar cuando el mundo comenzara a girar descontroladamente y las estrellas se alinearan en fabulosas y bestiales formas y conspirasen para arrastrar a los miembros de mi familia hacia los remansos de nuestro apacible río y trocearnos para carnada.

“SEAL —me escribió Savannah cuando supo en qué cuerpo se había alistado Luke—. Mal presagio, Tom, muy mal presagio. Es una palabra mala, y está llena de connotaciones peligrosas en la mitología de la familia Wingo.

¿Recuerdas lo que me escribiste a propósito del partido contra Cleinson, aquel en que conseguiste los dos únicos *touchdowns* de toda tu carrera universitaria? Aquel día tuviste una palabra mágica a favor tuyo. La palabra era tigre, jugabas contra los Tigres de Cleinson, y la palabra tigre ha sido siempre vehículo de fortuna para nosotros. Pero SEAL, Tom... ¿Recuerdas lo que le ocurrió a la foca del circo? ¿Recuerdas lo que hacen los tigres con las focas?

Todo me hace pensar que Luke va como una foca a casa de tigres, y eso me aterroriza, Tom. Los poetas consideran las palabras como símbolos y signos. Perdóname, pero no creo que Luke sobreviva a la guerra.”

Seguí la guerra de Luke a través de sus cartas, dirigidas al despacho del entrenador de la escuela de Colleton. Las cartas que enviaba a mis padres, a mis abuelos y a Savannah eran distintas, eran cartas joviales —y rebosantes de bonitas mentiras. En ellas describía los crepúsculos sobre el mar de la China, las comidas que tomaba en Saigón, los animales que divisaba en los linderos de La selva, los chistes que contaban sus amigos. En las que me escribía a mí, daba la impresión de ser un hombre a punto de ahogarse. Me hablaba de operaciones militares para volar puentes de Vietnam del Norte, de incursiones nocturnas contra las posiciones enemigas y misiones de rescate para liberar a prisioneros norteamericanos y de emboscadas en angostas sendas de aprovisionamiento. Una vez nadó más de seis kilómetros río arriba para degollar a un jefe de aldea que pertenecía al Vietcong. Fue el único superviviente de una patrulla que había intentado cortar la retirada a una columna del ejército regular norvietnamita. Su mejor amigo había muerto en sus brazos después de pisar una mina. Y fue Luke quien lo mató, no la mina— el amigo le había suplicado que le inyectara una dosis letal de morfina, asegurando, que prefería morir antes que vivir como un vegetal sin piernas ni cojones. Habría muerto de todos modos, pero murió más deprisa porque mi hermano te quería. De noche no sueño en absoluto Tom —Me escribió—. Es cuando estoy despierto, con los ojos abiertos, cuando me acosan las pesadillas. Matar gente sólo tiene una cosa de malo: te acostumbras deprisa. ¿No es terrible?

Cada vez que mataba a alguien, Luke me lo contaba con una prosa desprovista de adornos y carente de emociones, y me pedía que prendiera una vela por el reposo del alma del muerto cada vez que pasara por la catedral de Savannah. Los tres habíamos sido bautizados en la catedral, y para Luke era su lugar de oración preferido. Bastante antes de que él regresara, yo ya tenía que encender treinta y cinco cirios bajo la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y, envuelto en un aura de trémula luz, recitar ante ella la oración de los muertos por aquel pelotón de hombres desconocidos. Ante el resto de la familia, él seguía sosteniendo la ficción de que no participaba en ningún combate. Sus cartas a mis padres parecían estar escritas por un agente de viajes que tratara de seducir a unos turistas recalcitrantes para que visitaran una exótica localidad oriental. Recogió orquídeas de la selva, las prensó entre las

páginas de la Biblia que mi abuelo le entregara al despedirse y envió el libro a mi madre como regalo de Navidad. Cuando mi madre la abrió, aquella Biblia olía como un jardín enterrado, y a intervalos de cien páginas aparecieron las orquídeas secas, con corolas como cabezas de tímidos dragones. Fue la primera Navidad que Luke pasaba fuera de la isla, y mi madre lloró por ello.

—Flores secas —observó mi padre, Luke se ha vuelto verdaderamente tacaño, allí en Vietnam.

—Mi pobre hijito —exclamó mi madre, entre sollozos—. Gracias a Dios que no corre peligro.

En Colleton, di comienzo a una vida profesoral de constante regularidad. Todos los días enseñaba literatura y composición a mis alumnos de inglés durante cinco horas, instruyéndolos en la traicionera arquitectura de la gramática inglesa y obligándolos a internarse en las espesuras de Silas Marner y Julio César. Como castigo por haberme graduado en inglés en la universidad en mi primer año en Colleton el director me puso a cargo del segundo año. Los estudiantes de segundo, efervescentes de hormonas y acosados por cambios fisiológicos que apenas comprendían, se pasaban el tiempo con la mandíbula colgando, en estado semicomatoso, mientras yo recitaba los placeres de la voz activa, los peligros de «aquello contra lo cual» o la perfidia de Casio. En aquel inseguro primer año como profesor utilizaba con exceso palabras como perfidia. Me parecía más a un diccionario que a un profesor, y mis alumnos del condado de Colleton tuvieron que sufrir a causa de mi incompetencia.

A la hora de almorzar, solía ir a la sala de profesores. Allí, mientras comía, corregía los lamentables trabajos de mis estudiantes, que parecían expertos en el arte de borrar del lenguaje cualquier vestigio de gracia o belleza. Terminadas las clases, me enfundaba en mis ropas de entrenador, me colgaba el silbato al cuello y empezaba a entrenar al equipo juvenil hasta las seis de la tarde. Llegaba a casa a las siete, y en seguida comenzaba a preparar la cena. Sallie venía más tarde, agotada por los largos desplazamientos: estudiaba en la facultad de Medicina de Carolina del Sur, en Charleston. Por entonces vivíamos en una casita de alquiler a una calle de distancia de la de mis abuelos. Luke quería que viviésemos en su casa de la isla, pero Sallie, juzgando correctamente el carácter de mi madre, decidió que en la isla de Melrose sólo había lugar para una mujer. Nuestra vivienda era pequeña, pero estaba situada al borde de un arroyo, y con la marea alta podíamos nadar desde el embarcadero. Por las mañanas, antes de irme al trabajo, instalaba una trampa para cangrejos, y a fines de septiembre, cuando hacían su aparición, me dedicaba a pescar róbalos. Estuve de vigilante en un baile de estudiantes en el comedor de la escuela, después de un partido de fútbol, la misma noche en que mi hermana asistía a un mitin contra la guerra en Central Park y mi hermano ayudaba a minar la desembocadura de un río en Vietnam del Norte.

Durante las vacaciones de Pascua, mi padre y yo pusimos el Miss Savannah en el



dique seco. Raspamos el casco para eliminar la pintura vieja y los percebes adheridos y luego le dimos una mano de pintura a la devastada madera. Ordené las redes que necesitaría en el verano y, con la ayuda de mi padre, trabajé en el motor hasta conseguir que cuando lo sacamos al canal para probarlo ronroneara como un gato.

Aquel verano salí al río como capitán de un pesquero por primera vez en mi vida, verdadero novato en aquella fraternidad endurecida y esmaltada por el sol.

Mi embarcación estaba amarrada junto a la de mi padre, de modo que para llegar al Miss Savannah debía cruzar su cubierta.

—Buenos días, capitán —solía decir mi padre.

—Buenos sean, capitán —le contestaba yo.

—Me juego una cerveza a que hoy llevo más camarones que usted a las básculas —bromeaba.

—No me gusta robarle la cerveza a un anciano.

—Demasiado barco para usted, capitán —opinaba papá, mirando hacia el Miss Savannah.

Todas las mañanas del verano repetí aquellos inconscientes rituales de mi infancia, de cuando contemplaba a mi locuaz padre, que no cesaba de hablar sobre sus proyectos para ganar un millón de pavos mientras fijaba el rumbo para interceptar los extensos cardúmenes de camarones que florecían en los arroyos. La única diferencia consistía en que era yo quien llevaba el timón, quien conducía la nave de duramen de pino por canales que conocía como el dibujo de la uña de mi pulgar, quien interpretaba los informes de las balizas que destellaban a lo largo de un millar de millas de canales interiores y quien mantenía una inquieta vigilancia sobre el sonar siempre que pescaba en aguas para mí desconocidas. Todas las mañanas zarpaba siguiendo al barco de mi padre y pescábamos el uno en la estela del otro.

Al amanecer ya habíamos acordado nuestras posiciones, y entonces reducía las vueltas del motor de 1,500 a 900 y escuchaba la música del malacate mientras Ike Brown, a quien había contratado, daba comienzo a la tarea de preparar las redes y echarlas al agua. Cuando las redes se abrían bajo la superficie, las sentía frenar el barco hasta casi detenerlo, e inmediatamente pasaba a la adecuada velocidad de arrastre de un nudo y medio.

En el curso de aquel primer verano capturé treinta mil libras de camarones, pagué un buen sueldo a Ike, me reservé otro mejor para mí y respondí a todos los plazos del barco de mi hermano. Para el veinte de agosto, cuando comenzaba el entrenamiento estival del equipo, Ike Brown ya estaba preparado para hacer de patrón y llevó a bordo a su hijo Irvin. Más adelante, Luke, a su regreso del extranjero, avaló a Ike ante el banco para la adquisición de su propio barco, al que éste bautizó Mister Luke. A la hora de elegir el nombre de una embarcación, siempre entra en juego cierto sentido del honor y de los sentimientos.

Cuando volví a convertirme en entrenador de fútbol, aquel agosto, Savannah ya había ofrecido su primer recital de poesía y Luke estaba a punto de dar por terminada

su carrera militar para volver al río al que pertenecía. Imperceptiblemente, todas las redes se desplazaban hacia su lugar por los silenciosos canales que rodeaban a la familia del pescador de camarones.

Había anochecido en el mar de la China y los aparatos estaban regresando al portaaviones tras sus incursiones sobre Vietnam del Norte cuando el centro de control de radio recibió un mensaje urgente de un piloto que estaba a punto de efectuar un aterrizaje de emergencia sobre un arrozal a menos de un kilómetro de la costa. La comunicación por radio quedó interrumpida, pero no antes de que el piloto hubiera dado las coordenadas exactas. Tras celebrar un breve consejo en el puente del portaaviones, se llegó a la decisión de enviar un equipo a tierra para intentar rescatar al piloto derribado.

El elegido para llevar a cabo esta misión fue el teniente Christopher Blackstock. Cuando su comandante le pidió que escogiera a los restantes miembros de su equipo, el teniente respondió con una sola palabra: «Wingo».

A oscuras, fue arriado un bote salvavidas de color negro y los dos hombres remaron bajo la luna llena para cubrir los cinco kilómetros de agitadas aguas que los separaban de la playa.

La luna era un inconveniente, pero llegaron a la orilla sin problemas, ocultaron el bote en un bosquecillo de cocoteros, calcularon su posición y comenzaron a abrirse camino tierra adentro.

Tardaron una hora en hallar el avión, atascado en mitad de un campo de arroz que reflejaba la luna en un millar de charcos de agua dulce. Luke me contó luego que un arrozal era el más hermoso matrimonio de agua y cultivos que jamás había visto. El arrozal les inspiró admiración y temor al mismo tiempo, mientras Luke y el teniente Blackstock se arrastraban boca abajo a lo largo de uno de los caballones que dividían el campo en simétricos estanques que rielaban bajo el trémulo resplandor de la luna. El reactor había perdido un ala y yacía de costado, refulgente, entre las altas plantas de arroz que acariciaban su fuselaje. El arroz se movía a impulsos del viento e hizo pensar a Luke en las marismas saladas de Carolina, aunque su olor era más delicado y sensual.

—Aquello sí que era arroz auténtico, Tom, no esa mierda de «Uncle Ben». Te aseguro que en aquella parte del mundo había unos cuantos granjeros de primera.

—¿Esperabais encontrar al piloto con vida? —pregunté.

—No, no después de haber visto el avión.

—¿Por qué no os largasteis a toda prisa hacia el bote?

A un año de distancia, otra vez en Colleton, Luke rió y respondió:

—Eramos SEAL, Tom.

—¡Idiotas! —exclamé.

—Blackstock era el mejor soldado que he conocido, Tom explicó Luke. Habría ido a rastras hasta Hanoi si él me lo hubiera pedido.

Cuando llegaron al lado del aparato derribado, Blackstock le pidió a Luke con un

gesto que le cubriera y, encaramándose por el ala intacta, examinó el interior de la vacía carlinga. Casi a medio kilómetro, se produjo un movimiento junto a una línea de árboles y Blackstock se lanzó de cabeza hacia la blanda tierra inundada al tiempo que las primeras ráfagas de los AK-47 perforaban el fuselaje del avión. Luke vio a cinco soldados norvietnamitas que corrían hacia ellos, veloces y agazapados entre los altos tallos de arroz; esperó a que el viento volviera a doblar las plantas y, cuando lo hizo, apuntó cuidadosamente el subfusil, disparó y vio caer pesadamente a los cinco con un gran chapoteo. Y entonces fue como si todo Vietnam del Norte se alzara para impedirles regresar a la costa.

Los dos hombres se arrojaron por un terraplén y echaron a correr hacia el sur por una zona de tierra firme que bordeaba los cultivos, mientras a su espalda fuego de mortero destrozaba los restos del avión. No lejos de ellos, alguien gritaba órdenes en vietnamita desde la negrura. El reactor seguía siendo el blanco de casi todos los disparos, de modo que se alejaron de él tanto como pudieron antes de dar media vuelta y arrastrarse sobre uno de los rectos y vulnerables caballones que dividían el arrozal en concordantes diseños. Oían a los soldados que avanzaban hacia el borde del campo, concentrando su potencia de fuego en el avión. A cien metros de distancia explotó una granada de mano.

—Creo que sólo son un centenar, Luke —susurró Blackstock al oído de mi hermano.

—Por un momento había llegado a pensar que nos superaban en número —le respondió Luke, también en un susurro.

—Los pobres diablos no saben que somos SEAL.

—No parece que les preocupe mucho, señor.

—Vayamos hacia los árboles —decidió Blackstock—. Una vez allí, tendrán que buscarnos en la oscuridad.

Sin embargo, mientras se movían a rastras hacia la sombra indistinta del bosque, los norvietnamitas rodearon el aparato y descubrieron que los norteamericanos habían escapado a la emboscada. Luke oyó el rumor de hombres corriendo y chapoteando entre los arrozales, buscándolos desesperadamente. Pero el arrozal era muy extenso, y su cuadrícula de agua con largos senderos perpendiculares excluía cualquier posibilidad de una búsqueda disciplinada. Cuando un pelotón de soldados norvietnamitas surgió apresuradamente de la oscuridad en el istmo de tierra en que se ocultaban, precipitándose en derechura hacia ellos, Luke y Blackstock se lanzaron instintivamente a los lados y, tendidos en el agua, esperaron hasta que los hombres de negro estuvieron casi encima suyo. Mataron a siete de ellos en cosa de tres segundos y huyeron a toda prisa, corriendo a través del agua y de los altos tallos de arroz mientras las balas silbaban a su alrededor. Al llegar al lindero del bosque, Blackstock se abalanzó hacia la protección de la jungla. Luke oyó resonar entre los árboles un solo disparo de AK-47, a Blackstock abrir fuego con un subfusil hacia el sitio donde había sonado la detonación y casi al instante caer a éste. Luke salió del arrozal

disparando ráfagas en todas direcciones. Se agazapó y disparó hasta quedarse sin munición. Entonces cogió el arma de Blackstock y siguió disparando. Cuando hubo vaciado el segundo subfusil, comenzó a arrojar granadas a derecha e izquierda. Era ineficaz, reconoció más tarde, pero quería darle al enemigo algo que ocupara su atención.

Desarmado, alzó el cuerpo de Blackstock de encima del norvietnamita que lo había matado, se lo echó a los hombros y emprendió la marcha hacia el océano Pacífico tenazmente perseguido por un importante contingente de fuerzas enemigas. Ya en el interior del bosque, andaba y escuchaba. Cada vez que oía a sus perseguidores trataba a quedarse inmóvil hasta que dejaba de oírlos. Planeó su retirada como una larga cacería de ciervos, utilizando todos los conocimientos que había adquirido gracias a su relación de toda la vida con los de Virginia. Para el ciervo un movimiento podía significar la muerte o la salvación; todo dependía de la sagacidad de la decisión que el animal tomaba cuando el olor de los cazadores se difundía en el bosque. Durante toda una hora, Luke permaneció oculto entre las raíces de un árbol caído que daba unos extraños frutos que nunca antes había visto. Escuchó los rumores de voces, las pisadas, los tiros de fusil cerca de él y a kilómetros de distancia. Y nuevamente cargó a Blackstock sobre sus hombros y siguió transportando al jefe de la misión hacia el sonido de las olas que rompían en la playa. Tardó tres horas en recorrer menos de un kilómetro, y en ningún momento se dejó llevar por el pánico. Escuchaba con atención, y antes de moverse se aseguraba de que no hubiera nadie cerca de él que pudiera oír su avance. Se encontraba en país enemigo, pensó, y sus adversarios contaban con la enorme ventaja que les confería su conocimiento del terreno. Pero, por otra parte, el territorio no era muy distinto del de las regiones costeras de Carolina del Sur, y Luke había aprendido un par de cosas desde su infancia. Además, era de noche y nadie podía seguir su rastro en la oscuridad.

Luke llegó al borde del océano a las cuatro de la madrugada. Vio pasar una patrulla enemiga hacia el norte, con los fusiles dispuestos para disparar. Dejó que se alejaran un kilómetro a lo largo de la playa y a continuación anduvo en línea recta hacia el Pacífico sin mirar a los lados. Sabía que si alguien veía su audaz salida podía considerarse hombre muerto; pero si esperaba la luz del día no le quedaría ninguna posibilidad. Llegó a la orilla, lanzó a Blackstock sobre una ola y se zambulló detrás de él. Tardó quince minutos en atravesar las rompientes y el mar abierto, pero una vez allí supo que por fin se hallaba en su elemento y que en todo Vietnam del Norte no había nadie capaz de dominar a Luke Wingo en el agua salada.

Cuando se vio en mar abierto, estudió las constelaciones y trató de orientarse. Recorrió tres millas a nado, remolcando al teniente Christopher Blackstock, antes de ser rescatado a las once de la mañana siguiente por una lancha patrullera norteamericana, después de permanecer seis horas y media en el agua.

Poco después, fue convocado ante el almirante de la flota del Pacífico para dar

cuenta de su misión. Luke informó que el piloto no estaba entre los restos del avión y que el teniente Blackstock había confirmado el hecho visualmente. Ignoraban si el piloto estaba muerto o prisionero, o si había saltado en paracaídas antes de estrellarse. Luego habían topado con una importante resistencia enemiga y se habían visto envueltos en un tiroteo cuando intentaban regresar a la playa. El teniente Blackstock había caído bajo el fuego enemigo, y Luke, obedeciendo las órdenes recibidas, había regresado al escenario aproximado de la misión.

—Marinero —le preguntó el almirante—, ¿por qué devolvió al buque el cuerpo del teniente Blackstock si sabía que estaba muerto?

—Lo aprendimos durante el entrenamiento, almirante —dijo Luke.

—¿Qué aprendieron?

—Los SEAL nunca dejan atrás a sus muertos —respondió Luke.

Cuando Luke volvió a Colleton al expirar su período de servicio, nos sentamos en aquel mismo puente de madera en que habíamos celebrado nuestra graduación en la escuela secundaria. Luke había sido condecorado con una Estrella de plata y dos Estrellas de Bronce.

—¿Aprendiste a odiar a los norvietnamitas, Luke? —le pregunté, pasándole la botella de Wild Turkey—. ¿Odiabas al Vietcong?

—No —contestó—. Los admiraba, Tom. Aquellos tipos eran buenos granjeros, y buenos pescadores también.

—Pero mataron a tus amigos. Mataron a Blackstock.

—Cuando estaba en el arrozal, Tom —me explicó Luke—, pensé que seguramente era el primer hombre blanco que pisaba aquel campo. Y había ido armado con un subfusil. Cuando trataron de matarme, estaban en su derecho. Mi presencia allí no tenía justificación.

—Entonces, ¿por qué luchabas?

—Luchaba porque sucede que vivo en un país donde te meten en la cárcel si dices que te niegas a luchar. Estaba ganándome el derecho a regresar a Colleton —respondió—. Y no pienso dejar esta isla nunca más. Me he ganado el derecho a permanecer aquí durante el resto de mi vida.

—Los norteamericanos somos afortunados —observé—. No tenemos que preocuparnos por una guerra en nuestro propio territorio.

—No sé, Tom —dijo él—. El mundo está muy jodido.

—Aquí en Colleton nunca pasa nada.

—Eso es lo que más me gusta de Colleton —asintió—. Es como si el mundo despertara por primera vez. Es como haber nacido en el Edén.

Si bien es cierto que el matrimonio de mis padres podría servir como un manual de campo sobre el arte de las alianzas desafortunadas, yo suponía que la simple fuerza del hábito bastaba para hacerlo indestructible. A medida que fui envejeciendo y comencé a criar a mis propias hijas, empecé a advertir el constante proceso de erosión de cualquier respeto que mi madre pudo haber sentido otrora hacia mi padre. Con sus hijos ya crecidos, mi madre dedicó sus formidables energías a otros proyectos ajenos a la casa. Al crecer, habíamos cometido el crimen de desdibujar aquellas distinciones por las que mi madre se definía a sí misma; al mismo tiempo, las mantuvimos en la estrechez de aquella imperfecta autodefinición. Mi madre había esperado durante toda su vida el momento de poner plenamente a prueba su instinto para el poder y la intriga en el crisol de la vida en una población rural, y cuando llegó ese momento, supo estar a la altura. Solamente con su belleza, Lila Wingo habría podido perturbar los licenciosos sueños de un rey; con su belleza y su astucia, habría podido inspirar a anarquistas y regicidas para que le ofrecieran las cabezas de una docena de monarcas, adornadas con perejil y rosas, sobre azules bandejas de Wedgwood.

Con el tiempo, sus hijos nos preguntamos muchas veces si mi madre había planeado durante años su espectacular ruptura con el pasado o bien si había actuado en un improvisado arranque de genio, aprovechando la oportunidad que le ofrecían los acontecimientos del momento. Desde mucho antes veníamos sospechando que era una mujer brillante, pero Savannah fue la única que no se sorprendió al constatar que también podía ser audaz y carente de escrúpulos. Mi madre nunca presentaba excusas ni ofrecía explicaciones: hacía aquello para lo que había nacido, y jamás se dejaba llevar por súbitos arrebatos de sinceridad o introspección.

Con un impresionante dominio de la táctica, se reveló como una terrorista electa de la belleza, reina de incruentos autos de fe, y de pasada devoró vivo a Henry Wingo. Pero el precio que pagó no fue nimio.

En la hora de su mayor triunfo, cuando por fin recibió la gloria, honores y riqueza, cuando nos demostró a todos que habíamos subestimado su valor y su importancia, mi padre fue a la cárcel en un último y desmesurado gesto destinado a conquistar su admiración, y la cabeza de su hijo primogénito le fue servida a mi madre en bandeja. Estaba destinada a conocer el polvo, y no el dulce sabor, de las plegarias atendidas.

Un día de 1971, mientras pescaba con Luke por el lado de Coosaw Flats que daba al océano, rumbo este una cuarta al sureste, recibí la llamada de mi madre. Capitán Wingo. Capitán Luke Wingo. Adelante, capitán. Cambio. Hola, mamá. Cambio.

—Dile a Tom que está a punto de convertirse en padre. Felicidades. Cambio.

—¡Ahora mismo voy, mamá! ¡Cambio! —grité al micrófono de la radio.

—Y eso significa también que estoy a punto de convertirme en abuela. Cambio —añadió mi madre.

—Felicidades, abuela. Cambió.

—No le veo la gracia, hijo. Cambio.

—Felicidades, Tom. Cambio —dijo mi Padre por la radio.

—Felicidades, Tom —me desearon los capitanes de otros diez pesqueros mientras recogía nerviosamente las redes y Luke hacía virar el barco hacia Colleton, Cuando pasamos ante el hospital, situado al borde del río, al sur de la ciudad, Luke acercó la embarcación a la orilla y yo me eché de cabeza al agua. Nadé hasta la ribera, salí a tierra firme y eché a correr hacia el pabellón de maternidad dejando tras de mí un rastro de agua salada. Una enfermera me proporcionó una toalla y una bata de hospital, y permanecí junto a Sallie, sosteniendo su mano, hasta que el doctor Keyserling anunció que había llegado el momento y se llevaron a mi esposa a la sala de partos.

Aquella noche, a las 11:25, nació Jennifer Lynn Wingo, con un peso de tres kilos y doscientos treinta gramos. Todos los pescadores del río enviaron flores, y todos los maestros de la escuela secundaria vinieron a conocer a la recién nacida. Mi abuelo le llevó una Biblia blanca a la mañana siguiente e inscribió su árbol genealógico en las páginas centrales.

En el extremo opuesto de la sala, mi madre se encontró con una Isabel Newbury enferma y asustada, que había ingresado en el hospital aquel mismo día para ser sometida a diversas pruebas tras haber evacuado sangre en sus deposiciones. La señora Newbury estaba aterrada y era incapaz de ingerir la comida del hospital, de modo que mi madre tomó la costumbre de llevarle platos preparados cada vez que iba a visitar a Sallie y a la pequeña. Para confirmar el diagnóstico previo de cáncer intestinal hubo que trasladarla a Charleston. Fue mi madre quien la acompañó hasta allí en su automóvil cuando tenían que realizarle los análisis, y fue mi madre quien prestó apoyo y consuelo a la señora Newbury durante el terrible período de la cirugía.

De todas mis hijas, mi madre siempre prefirió a Jennifer, no porque hubiera sido la primera en nacer, sino porque su nacimiento fue la causa directa de la profunda e imprevista amistad de mi madre con Isabel Newbury.

Nadie podría asegurar con certeza cuándo llegaron a nuestro condado los silenciosos grupitos de topógrafos, con sus cintas y sus teodolitos, e iniciaron el minucioso estudio de sus límites y sus perímetros. La mayoría de población, empero, está de acuerdo en que sucedió durante el mismo verano en que el Departamento de carreteras del Estado retiró el permiso de conducir a mi abuelo, Amos Wingo. Amos había sido siempre un conductor heroicamente incapaz, incluso en sus años mozos, pero a medida que iba envejeciendo y menguaban sus facultades llegó a convertirse en una amenaza para cualquier ser viviente que osara pisar una superficie asfaltada en las tierras bajas. A causa de una vanidad poco frecuente en él, se negaba a utilizar sus

gafas, y no creía que se le pudiera hacer responsable si cruzaba unos semáforos en rojo que él no veía.

—Los ponen demasiado altos —comentó a propósito de los semáforos—. Cuando conduzco, no voy mirando a los pájaros. Tengo la vista fija en la carretera y la mente en el Señor.

—La semana pasada casi atropellas a Mr. Fruit —señalé—. Me dijeron que tuvo que echarse de cabeza a la cuneta para que no le mataras, abuelo.

—Yo no vi a ningún Mr. Fruit —respondió, Amos, obstinado—. —Además, siempre ha sido un hombre demasiado esmirriado para dirigir el tráfico. Este trabajo debería ser sólo para hombres corpulentos. Ahora que, empieza a hacerse viejo, Mr. Fruit tendría que especializarse. Creo que sólo deberían permitirle que encabezara los desfiles.

—El agente Sasser dice que te vio en la carretera de Charleston circulando por el carril contrario —añadí.

—¡Sasser! —estalló mi abuelo, echando chispas—. Yo ya conducía automóviles con motor de explosión antes de que ese jovencuelo hubiera nacido. Le expliqué claramente que iba mirando un campo completamente lleno de garrapateros y que estaba admirando el mundo que Dios creó para que el hombre lo admirara. Además, no venía nadie de frente, conque ¿a qué se debe tanto alboroto?

—Tendría que decidirme de una vez y meterlo en un asilo —intervino mi abuela—. Un día matará a alguien con ese coche.

—Tengo la constitución de un hombre con la mitad de mi edad —alegó mi abuelo, ofendido.

—Estamos hablando de materia gris, Amos —replicó mi abuela—. Es como vivir con Matusalén, Tom. Nunca se acuerda de dónde ha puesto la dentadura antes de acostarse. El otro día la encontré en el frigorífico.

—Quieren que les entregues el permiso de conducir voluntariamente, abuelo —le anuncié.

Empieza a haber demasiado gobierno en Colleton —observó él—. Nunca había oído una cosa así.

—¿Me das el permiso, abuelo? —pregunté—. Si no, vendrá Sasser a llevárselo.

—Antes debo pensármelo —respondió—. Lo discutiré con el Señor.

—¿Te das cuenta, Tom? —dijo Tolitha—. Voy a tener que meterlo en un asilo.

Tras un concienzudo examen del asunto, y para sorpresa de nadie, Jesús permitió que mi abuelo conservara su permiso de conducir a condición de que llevara siempre las gafas puestas. Para Amos, el Señor lo era todo: guardia de tráfico, mediador y optometrista.

Dos días después, mi abuelo atropelló a Mr. Fruit en la misma esquina. Mi abuelo, con las gafas puestas, había vuelto la cabeza para observar al equipo de topógrafos que estaba efectuando mediciones en el solar adyacente a la calle Baitery y la calle de las Mareas. Amos no vio la luz roja ni oyó el frenético silbato de Mr.



Fruit, y sólo apretó el freno cuando oyó chocar el cuerpo de Mr. Fruit con la capota de su Ford 1950. Mr. Fruit únicamente sufrió algunas contusiones y magulladuras sin importancia, pero la policía del estado no quedó en absoluto complacida por la inconsciencia de mi abuelo cuando se sentaba al volante de un automóvil. El agente Sasser le pidió a Amos el permiso de conducir y allí mismo lo cortó en pedazos con las tijeras de una navaja suiza.

—Yo ya conducía antes de que usted naciera, joven Sasser —se quejó mi abuelo.

—Y me gustaría vivir hasta tener sus años, señor Wingo —respondió Sasser—. Pero si no deja usted de conducir, no va a quedar nadie vivo en el condado. Enfrentese a la realidad, señor Wingo: está usted decrépito y es un peligro para la sociedad.

—¡Decrépito! —exclamó mi abuelo con indignación, mientras Mr. Fruit gemía de pavor y se acercaba la ambulancia con su sirena a toda potencia.

—Estoy haciéndole un favor, señor Wingo —dijo Sasser—. Y protejo el bienestar público.

—¡Decrépito! —repitió mi abuelo—. Echemos un pulso, Sasser, y veamos quién es el decrépito. ¡Qué juzguen todos los presentes!

—No, señor —rehusó Sasser—. Me voy al hospital para ver cómo está Mr. Fruit.

Mi madre, que se dirigía a la farmacia de Long a comprar algunos medicamentos que los médicos habían recetado a la gravemente enferma Isabel Newbury, presencié todo el enfrentamiento entre mi abuelo y el agente Sasser desde el umbral de la tienda de Wooworth, donde se había refugiado nada más oír el grito de Mr. Fruit y ver el Ford de Amos frenando con un chirrido. No le gustaba en absoluto hallarse presente cuando un Wingo se ponía públicamente en ridículo. —Más adelante nos enteramos de que, aquel día, ella era la única persona en la calle de las Mareas que sabía por qué había equipos de topografía pululando por todo el condado de Colleton.

A la semana siguiente, el abuelo Wingo envió una carta a la Colleton Gazene en la que se quejaba del despotismo con que le había tratado el agente Sasser, expresaba el enojo que le había causado la pública destrucción de su permiso de conducir con una navaja suiza y manifestaba su intención de demostrar a Sasser y a todo Colleton que él no estaba «decrépito». En su escrito anunciaba que iba a recorrer en esquí acuático los sesenta y cinco kilómetros del canal interior entre Savannah, Georgia, y la ciudad de Colleton, y desafiaba al «joven cachorro» Sasser a que hiciera lo mismo. Si lograba completar con éxito el recorrido, exigía una disculpa pública del Departamento de Carreteras y la inmediata devolución de su permiso de conducir.

Mi abuela comenzó a informarse sobre la disponibilidad de espacio en los diversos asilos del estado, pero Luke y yo nos tomamos un fin de semana libre para poner el Boston Whaler en condiciones para el viaje. Mi abuelo era un hombre sencillo, pero sus gloriosas ideas le habían impedido siempre ser aburrido. Fue Amos quien llevó los primeros esquís acuáticos a nuestro condado, y, a los cincuenta años, fue el primer habitante de Carolina del Sur que esquió con los pies desnudos. Durante

diez años ostentó el récord estatal de salto con esquís, hasta que se lo arrebató un individuo de Cypress Gardens inscrito fraudulentamente en el Festival Acuático. Pero cuando Amos publicó su desafío en la prensa, hacía ya diez años que no esquiaba.

—¿Piensas ponerles ruedas a los esquís, abuelo? —inquirió un burlón Luke mientras cargaba en la lancha un par de esquís Head nuevecitos, cuando la preparábamos para remolcarla hasta Savannah.

—Eso fue lo que hizo pensar a la gente que ya empezaba a ir cuesta abajo —respondió Amos—. No habría debido poner aquella rueda en la cruz.

—Puedo llevarte yo en coche a los sitios, Amos —intervino mi abuela—. No hay ninguna necesidad de que demuestres al mundo lo idiota que eres. Todos saben que eres un pésimo conductor, pero hay muchos que aún ignoran que estás mal de la cabeza.

—Sólo he de concentrarme más en el volante, Tolitha, —alegó mi abuelo—. Ya sé que a veces cometo errores, pero es que iba distraído escuchando las palabras del Señor.

—Lo de venir esquiando desde Savannah, ¿también te lo ha dicho el Señor? —quiso saber mi abuela.

—¿De dónde crees que he sacado la idea, si no?

—Sólo lo preguntaba, Amos —lo apaciguó Tolitha—. Cuidad bien de vuestro abuelo, chicos.

—No te preocupes, Tolitha —dije yo.

—He apostado cien pavos a tu favor, papá —anunció mi padre, dándole a Amos una palmada en la espalda.

—Ya sabes que no apruebo las apuestas —reconvino Amos a su hijo.

—¿Con quién has apostado, papá? —se interesó Luke.

—Con ese cabroncete de Sasser —contestó mi padre, risueño—. Dice que te esperará en el muelle con un permiso de conducir nuevo, papá, porque está seguro de que ni siquiera vas a llegar a Stancil Creek.

—Stancil Creek está justo al lado de la frontera del estado, a cosa de kilómetro y medio de Savannah —comentó el abuelo.

—Habrías tenido que ir a ver al doctor Keyserling para que te hiciera un chequeo —opinó mi abuela. Luego, volviéndose hacia los demás, nos explicó—: No se ha hecho un reconocimiento físico en toda su vida.

—Lo conseguirás, Amos —le oí decir a Sallie—. Estoy segura. Lo conseguirás.

—Toca este brazo, Sallie —dijo orgullosamente mi abuelo, tensando el bíceps—. El Señor no ha creado a los varones Wingo muy inteligentes, pero los ha hecho fuertes y los ha bendecido con un excelente gusto en materia de mujeres.

—Ojalá me hubiera concedido a mí mejor gusto en materia de hombres —se lamentó Tolitha—. Estás poniéndote en ridículo otra vez, Amos. Lila está demasiado avergonzada para dejarse ver.

—¡Qué va! Está cuidando a Isabel Newbury —dijo mi padre—. Desde que Isabel

enfermó, se está portando como una santa. Apenas la veo en casa.

Luke sacó de su cartera cinco billetes de veinte dólares y se los entregó a mi padre.

—Ahí van cien pavos, papá —comenzó—. Cien pavos que están diciendo que Amos Wingo va a esquiar todo el camino desde Savannah hasta Colleton. Apuéstalos con quien puedas.

—Anoche me telefoneó vuestra hermana desde Nueva York, chicos —anunció el abuelo—. Dice que si lo logro escribirá un poema sobre mí.

—Vas a parecer un tonto en traje de baño, Amos —vaticinó Tolitha, mientras subíamos a la furgoneta.

—No cuando tenga el permiso nuevo en mis manos, Tolitha —respondió él—. Cuando lo tenga, me acicalaré bien y te llevaré a dar un largo paseo.

—Habrá que avisar a Mr. Fruit —concluyó Tolitha.

Estos son los momentos de sorpresa y consagración que me mantienen para siempre ligado y en deuda con los recuerdos que conservo de una vida sureña. Temo a una vida vacía, a la futilidad, al aburrimiento y a la desesperanza de una vida desprovista de acción. Lo que causa un escalofrío primigenio en los nervios y los poros abiertos de mi alma es la muerte en vida de las clases medias. Si capturo un pez antes de que amanezca, me uno de nuevo con el grave zumbido del planeta. Si enciendo el televisor porque no soy capaz de soportar una velada a solas conmigo mismo o con mi familia, estoy admitiendo mi ciudadanía entre los muertos vivientes. Mi quintaesencia, lo más ferozmente vivo que hay en mí, es lo que tengo de sureño. Son recuerdos profundamente sureños los que rodean la estrella polar de cualquier autenticidad que yo pueda aportar como hombre. Pertenecía a una familia que, a causa de su intensidad, sentía una atracción fatal hacia los gestos extraordinarios. Nuestra reacción ante los más nimios acontecimientos era siempre desmesurada. La extravagancia y la floridez eran el plumaje de cola, el airoso gallardete que se erguía y flameaba cada vez que un Wingo se veía eclipsado por el fulgor de las luminarias de un mundo hostil. En tanto que familia, éramos instintivos, no reflexivos. Jamás pudimos superar en astucia a nuestros adversarios, pero los sorprendíamos con la imaginación que aplicábamos a nuestras reacciones. Como mejor funcionábamos era como conocedores del riesgo y el peligro. No podíamos ser plenamente felices si no nos encontrábamos enzarzados en nuestra guerra privada con el mundo. Incluso en los poemas de mi hermana se percibía siempre la tensión del riesgo inminente. En todos sus poemas había resonancias que indicaban que habían sido compuestos con hielo quebradizo y avalanchas de roca. Poseían movimiento, peso, refulgencia y maestría. Su poesía se movía por las corrientes del tiempo, indómitas y turbulentas, como un anciano en las aguas del río Savannah con la intención de recorrer sesenta y cinco kilómetros sobre un par de esquís para demostrar que aún seguía siendo un hombre.

—Va a hacer más frío del que pensábamos, abuelo —le grité, lanzando el cabo de

arrastre por la popa del bote—. Se ha nublado el día y parece que va a llover. Podemos dejarlo para otra ocasión.

—Estarán todos esperando en el muelle comunal —dijo Amos, aferrando firmemente la barra del extremo del cabo con ambas manos.

—Muy bien —asentí—. Vamos a tener marea alta todo el camino, o sea que no debemos preocuparnos demasiado por los bancos de arena. Iremos en línea recta siempre que sea posible, y tan deprisa como pueda ir la lancha.

—¿Os parece que debería ir haciendo *slaloms* hasta Colleton? —inquirió.

—Vas a necesitar los dos esquís antes de llegar allí.

—Pero podría hacerles una demostración cuando hayamos llegado.

—Nada de eso, abuelo. Y, recuerda, voy a ir lanzándote naranjas por el camino.

—Nunca he oído hablar de nadie que comiera naranjas mientras hace un poco de esquí acuático.

—Tú no vas a hacer un poco de esquí acuático, abuelo —le grité, por encima del ruido del motor—. Vas a recorrer sesenta y cinco kilómetros, y necesitarás tomar algún líquido. Fíjate bien cuando te tire las naranjas. Si te da una en la cabeza, tendremos que enterrarte en el mar.

—No sé, lo veo un poco extraño.

—Haz caso al entrenador —le aconsejé, haciéndole una señal con los pulgares hacia arriba—. ¿Preparado, viejo?

—No me llames «viejo» —gruñó.

—Si aún estás en pie cuando lleguemos a Colleton, no te llamaré viejo —grité, mientras él disponía los esquís apuntando hacia el cielo.

—¿Cómo me llamarás entonces, Tom?

—¡Te llamaré un viejo de la ostia! —aullé, al tiempo que Luke accionaba el acelerador y salíamos hacia el sur bordeando los muelles, donde se había congregado una pequeña multitud para presenciar el comienzo del viaje de mi abuelo. Los espectadores le vitorearon cuando se irguió limpiamente sobre las aguas y, apartándose de la estela del bote, se acercó a ellos y los roció con una lámina de agua al efectuar un asombroso giro hacia la lancha.

—¡Nada de trucos! —le grité, mientras él saltaba sobre los pronunciados bordes de la estela y, manteniendo tenso el cabo, se deslizaba velozmente por la superficie hasta llegar casi a nuestra altura.

—¡Todavía me tengo! —respondió, también a gritos, sobre el ruido del motor.

No comenzó a tomarse en serio la importante cuestión de regularizar su ritmo hasta que viramos hacia Stancil Creek y entramos en aguas de Carolina del Sur. A partir de ahí, se situó detrás de la lancha y dejó que ésta hiciera la mayor parte del esfuerzo. Yo no apartaba la vista del abuelo, y Luke controlaba las balizas del canal mientras pasábamos ante las pequeñas islas de umbrías orillas cubiertas de árboles y el color del agua cambiaba de un jade claro a un gris metálico. Se notaba la presencia del sol buscando una abertura entre las masas de cúmulos, pero también se veían

nubarrones de tormenta, ominosos, con forma de colmena, oscureciendo el firmamento hacia el norte.

Por detrás nuestro, mi abuelo se mantenía erguido sobre sus esquís, con brazos y piernas delgados y funcionales como un juego de lápices del número dos. No había nada de fofo en Amos, y su cuerpo poseía la sorprendente fuerza que suele asociarse con el alambre en espiral. Sus antebrazos y sus tríceps se contraían en un gráfico bajorrelieve contra la tensión del cabo de arrastre. Su rostro, su cuello y sus brazos eran oscuros; sus hombros, tímidos y blancuzcos. A medida que se iba cubriendo el cielo y descendía la temperatura, sus carnes comenzaron a presentar una tonalidad levemente azulada, como los matices de azul en los huevos de los pájaros silvestres. Al cabo de quince kilómetros, estaba macilento, tembloroso y envejecido. Pero se mantenía en pie, y era maravilloso.

—Parece un muerto recalentado —me gritó Luke. Prueba a pasarle una naranja.

Cogí una naranja de Indian River, le abrí un agujero en medio centímetro con ayuda de una navaja de bolsillo y me dirigí a la popa del bote. Sostuve la fruta en alto para que la viera, y él me hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Lancé la naranja hacia arriba, pero calculé mal la altura y le pasó muy por encima de la cabeza. Amos trató de saltar para atraparla y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—No saltes, abuelo, —le aconsejé—. Espera a que la naranja venga hacia ti.

Perdí tres naranjas antes de juzgar correctamente su distancia y su velocidad, pero la cuarta pasó muy cerca de él y logró cogerla con facilidad. Luke alzó los brazos en un gesto de victoria y Amos vació la naranja de zumo y de pulpa antes de arrojarla al agua sobre su hombro como si de un llamativo pañuelo se tratara. La naranja pareció prestarle nuevos ánimos, pues le vi saltar varias veces sobre nuestra estela y sentarse en los esquís sosteniendo el cabo con una sola mano antes de que consiguiéramos calmarlo de nuevo.

—Veinticinco kilómetros —anunció Luke cuando pasamos ante la boya luminosa que señalaba nuestra entrada en el estrecho de Hanahan.

Hay ocasiones en que es posible comprobar de qué materia está hecha la propia familia, y aquella era una de ellas. En los ojos de Amos se reflejaba claramente el coraje y la resolución concedidos tras una destilación suprema al banco genético de los Wingo, y me sentí orgulloso de ser el hijo de su hijo. Después de cubrir la mitad del recorrido, se estremecía constantemente y sus ojos, hundidos en las cuencas, estaban opacos como una gelatina echada a perder. Pero sus esquís seguían cortando el agua como cuchillos que rayaran una inmaculada superficie de esmalte. Estaba tembloroso y exhausto, pero de pie y avanzando hacia Colleton.

No cayó hasta que llegamos al estrecho de Colleton, con aguas enturbiadas por el inminente temporal y relámpagos que rasgaban las nubes hacia el norte.

—¡Se ha caído! —advertí a Luke.

—Anda a su lado, Tom —dijo Luke, haciendo girar el bote en un amplio círculo y

dejando el motor en punto muerto para que el impulso nos llevara junto a Amos.

Salté al agua, cerca de él, sosteniendo sobre mi cabeza una naranja recién abierta de modo que no entrara agua salada por el agujero que acababa de perforar.

—¿Qué tal te va, abuelo? —le pregunté, tras nadar hasta él.

—Sasser tenía razón —respondió Amos, con voz apenas audible—. Tengo calambres.

—¿Dónde tienes los calambres, abuelo? —quise saber—. No te preocupes. No todos los esquiadores pueden llevar a su lado un masajista particular.

—Todo yo soy un calambre —se quejó—. Me están doliendo músculos que nunca había notado. Hasta tengo calambre en los dientes, y ni siquiera son míos.

—Cómete esta naranja, échate de espaldas y te daré un buen masaje.

—Es inútil —objetó—. Estoy vencido.

Luke había llevado el bote a nuestro lado, y podía oír el zumbido del motor cuando empecé a masajear el cuello y los brazos de mi abuelo.

—Dice que abandona, Luke.

—No, no puede ser —contestó Luke.

—Estoy vencido, Luke —dijo Amos.

—Entonces, abuelo, tienes un gran problema —le gritó Luke desde la borda.

¿Qué quieres decir, Luke? —preguntó mi abuelo, gimiendo suavemente mientras mis manos trataban de ablandar los contraídos músculos de sus brazos.

—Que estamos a quince kilómetros de Colleton, y que es más fácil llegar esquiando que a nado —dijo Luke. A continuación, sostuvo en alto su propio permiso de conducir y añadió—: Un poco más abajo te está esperando un permiso como éste, abuelo. Y quiero ver la expresión del joven Sasser cuando lleguemos al final del trayecto.

—¡Trabájame las piernas, Tom! —gritó Amos—. Y tú, Luke, échame una de esas estupendas naranjas. Os juro, que nunca me había dado cuenta de que una naranja pudiera saber tan bien.

—Quítate los esquís, abuelo —le pedí—. Voy a darte masaje en los pies.

—Siempre he tenido unos pies muy bonitos —observó, medio delirante.

—Y también fuertes, abuelo —le susurré—. Lo bastante fuertes para aguantar quince kilómetros. Piensa en la subida de Jesús al Calvario —le sugirió Luke—. Imagínate que se hubiera dado por vencido, abuelo. ¿Dónde estaría ahora el mundo? Pero él supo tener fuerza cuando debía tenerla. Pídele a él que te ayude.

—Él no subió al Calvario haciendo esquí acuático, chicos —objetó el abuelo, entre jadeos—. Los tiempos han cambiado.

—Pero lo habría hecho si hubiera sido necesario —arguyó Luke—. Habría hecho cualquier cosa con tal de redimir a la humanidad. No se rindió. Esa es la cuestión: jamás se habría rendido.

—Vuelve a darme masaje en el cuello, Tom —dijo mi abuelo, con los ojos cerrados y la naranja en la boca—. No sabes cómo duele, hijo.

—Relájate, abuelo —le indiqué, desplazándome un poco para trabajarle el cuello y las sienes—. Déjate flotar con el chaleco salvavidas y relaja todos los músculos.

—Los Viernes Santos siempre has aguantado las tres horas —prosiguió Luke—. En tu vida te has rendido. Mañana podrás llevar a toda la familia de paseo en el Ford.

—Limítate a hablar por ti mismo, Luke —protesté, hundiendo mis dedos en los hombros del abuelo—. Tírame la cantimplora, que le daré un poco de agua al abuelo.

Amos siguió flotando en mis brazos como un hombre dormido, hasta que oyó decir a Luke:

—Será mejor que subas a la lancha, abuelo. Acabas de convertir a Sasser en el hombre más feliz de Carolina del Sur.

—Arrójame ese cabo, hijo —ordenó, abriendo los ojos de repente—. No quiero seguir oyendo más tonterías a mis propios nietos.

—De aquí en adelante vamos a tener aguas turbulentas, abuelo —le advertí.

—Mejor; así disfrutaré más mientras me paseáis por la ciudad.

Trepé de nuevo al bote y volví a soltar el cabo de arrastre, palmo a palmo, hasta verlo completamente tenso. Parecía unido al ombligo de Amos. Cuando vi erguirse sus esquís a ambos lados del cabo grité «¡Ahora!» y Luke accionó el acelerador, haciendo saltar al bote sobre las alborotadas aguas. Esta vez, Amos se alzó como un moribundo, un hombre exhausto, estremecido y completamente pálido por efecto del agua y el cansancio. Luchaba contra el cabo, contra el oleaje, contra la tormenta y contra sí mismo. En aquel momento, la tempestad se desencadenó sobre nosotros con todo su furor y comenzó a llover con tal fuerza que Amos se disolvió en una serie de contornos ilusorios, como la silueta de un hombre en un negativo mal enfocado. Relámpagos incesantes acuchillaban las islas y el trueno mellaba el río con una asombrosa voz de negación. La lluvia me inundaba los ojos y Luke pilotaba a ciegas, pero con un conocimiento perfecto de las profundidades y las mareas. La borrosa figura de mi abuelo combatía contra el tiempo y la tormenta.

—¿No estaremos matándolo? —le pregunté a Luke, a gritos.

—Lo que lo mataría sería no llegar —aulló Luke.

¡Ha vuelto a caer! —exclamé. Amos había tomado mal una ola, y la siguiente le hizo perder el equilibrio.

Luke volvió atrás por segunda vez y yo me sumergí en las turbulencias junto a mi abuelo luchando contra el río y del agua, para darle otra vez masaje en brazos, y cuello. Cuando mis dedos tocaron la exhausta musculatura de sus hombros y axilas, mi abuelo no pudo contener un grito de dolor. El color de su tez era inquietante, como el de un pez vela insidiosamente destruido por el arte del taxidermista. Su cuerpo estaba yerto y agotado, y su mente divagaba cuando empecé a trabajarle los pies y las piernas.

—Creo que deberíamos subirlo a la lancha —le grité a Luke, que se mantenía junto, a nosotros.

—No —exclamó mi abuelo en un susurro que fue como un rugido—. ¿Cuánto

falta?

—Unos diez kilómetros, abuelo —respondió Luke.

—¿Qué aspecto tengo? —quiso saber.

—Estás hecho polvo —dije yo.

—No le hagas caso a Tom. Estás estupendamente —me contradijo Luke.

—El entrenador soy yo —hice notar.

—Y yo te enseñé a esquiar, hijo —añadió Amos, flotando de espaldas sobre las aguas, sostenido por su chaleco salvavidas.

—Y recuerdo que me enseñaste a no esquiar nunca con un tiempo como éste —observé, apretando con ambas manos sus nudosos muslos.

—Entonces, te enseñé bien. —Se echó a reír—. Sí, hijo, te enseñé muy bien.

—Pues sube a la lancha —le ordené—. Has hecho todo lo que has podido, abuelo. Nadie podrá decir que no lo intentaste.

—El Señor quiere que siga —dijo Amos.

—Escucha los truenos, abuelo —insistí—. Están diciendo que no.

—Están diciendo «no te detengas ahora, Amos» —replicó—. Eso es lo que yo oigo.

—A Tom nunca se le han dado bien los idiomas extranjeros, abuelo —gritó Luke, ayudándome a subir por la borda mientras el abuelo se ponía otra vez los esquís.

—No me gusta nada, Luke —le advertí.

—Dentro de diez kilómetros te va a encantar —me contestó.

Bajo nuestra mirada, Amos asió el extremo del cabo, a la deriva sobre el río, y se preparó para la última etapa del viaje.

Luke apretó de nuevo el acelerador y de nuevo mi abuelo luchó contra la lluvia para erguirse sobre el cabrilleante oleaje. Tuvo que luchar con denuedo, pero finalmente se irguió, más allá de todos los umbrales del deseo o la pasión: estaba inflamado con el apetito de la consumación. La vieja avidez del deporte y la competición vitalizaba su alma, y ni las aguas del cielo ni las del Atlántico, aunque azotaran su cuerpo hasta hacerle perder la sensibilidad, eran capaces de apagar esta llama.

Tres kilómetros antes de llegar a la ciudad comenzamos a ver los coches que se alineaban en la cuneta de la carretera del río y atestaban el embarcadero, esperando nuestra llegada. Cuando vieron que Amos se mantenía sobre sus esquís, las riberas estallaron en una sinfonía de bocinas de automóvil y los ciudadanos de Colleton celebraron el triunfo de mi abuelo haciendo destellar los faros. Amos correspondió a los bocinazos y los destellos con un gallardo saludo, y cuando rebasamos la última curva del río comenzó a pavonearse de nuevo haciendo unos cuantos trucos y mostrando algo de su antiguo estilo. Cuando pasamos bordeando la calle de las Mareas, el ruido de las bocinas se hizo ensordecedor y competía incluso con los truenos. El puente estaba abarrotado de gente con paraguas, y cuando el abuelo pasó saludando y fanfarroneando bajo el enrejado del puente levadizo todos prorrumpieron



en vítores. Luke enfiló hacia el muelle comunal, donde se había congregado otra multitud, accionó el acelerador a fondo Y de pronto, hizo un viraje de ciento ochenta grados. Mi abuelo siguió avanzando hacia la orilla a una velocidad suicida, soltó el cabo de arrastre mientras la lancha que nos llevaba a Luke y a mí se alejaba en dirección contraria, y flotó mágicamente, como si caminara sobre el agua, hasta llegar al muelle comunal, donde mi padre lo cogió en brazos.

Luke dio la vuelta al bote y pudimos ser testigos del memorable momento en que Amos Wingo, ante una multitud entusiasmada, recogía su nuevo permiso de conducir de manos de un cortés e impresionado agente Sasser.

Nos perdimos, en cambio, el no tan agradable momento en que Amos se desplomó sobre el asfalto del aparcamiento y mi padre tuvo que llevarlo a toda prisa a la sala de urgencias del hospital, donde el doctor Keyserling lo retuvo un día entero tras diagnosticarle agotamiento y un exceso de exposición a los elementos.

Un año más tarde, Tolitha envió a Amos a comprar medio kilo de levadura y un frasco de salsa para la carne. Casi había llegado a la salida del establecimiento, con el frasco de salsa en la mano, cuando se detuvo repentinamente, emitió un gritito y se derrumbó sobre una pila de latas de verdura con tocino. Amos Wingo murió antes de tocar el suelo, aunque el agente Sasser se esforzó en vano por revivirlo practicándole la respiración boca a boca. Luego se dijo que Sasser lloraba como un chiquillo cuando la ambulancia se llevó el cuerpo de mi abuelo al hospital. En todo caso, no fue el único que lloró en Colleton aquella noche: toda la ciudad comprendió que se había perdido algo exquisito e insustituible. No hay nada que afecte tanto a una pequeña población como la pérdida de sus mejores y más característicos ciudadanos; no hay nada que afecte tanto a una familia sureña como la muerte del hombre que le confería equilibrio y fragilidad en un mundo extraviado entre valores corruptos. Su fe había sido siempre una espléndida forma de locura, y su relación amorosa con el mundo era un elocuente himno de alabanza al cordero que le había creado. Ya no habría más cartas a la Colleton Gazette con transcripciones literales de las jugosas charlas entre Amos y el Señor. En adelante, estos diálogos tendrían lugar cara a cara, mientras Amos le cortaba el pelo al Señor en una mansión endulzada con el gorjear de los ángeles. Tales fueron las palabras del predicador Turner Ball que resonaron en la iglesia de blancos tablones el día que enterraron a mi abuelo.

El Sur murió para mí aquel día, o por lo menos perdía su parte más resonante y eminente. Perdí aquella magia despreocupada que suelo relacionar con la incongruencia bien ganada. Recuerdo al abuelo atrapando moscas y mosquitos para meterlos en botes y liberarlos más tarde en el patio, porque era incapaz de matar a ninguna criatura del Señor.

—También son parte de la colonia —me dijo aquel día—. Son parte del designio.

Su muerte me obligó a reconocer la sabiduría secreta que surge naturalmente de la vida contemplativa. La suya fue una vida de despegue de todo lo que es material y temporal. En mi adolescencia, el ardor sin paliativos con que se aplicaba a la

adoración me resultaba embarazoso; en mi edad adulta, envidiaría siempre la sencillez y la grandeza de su visión de lo que representaba ser un hombre completo y dedicado. Toda su vida constituyó una sumisión y una entrega a una fe inmaculada. Cuando lloré en su funeral, no fue por lo que yo había perdido; un hombre como Amos se lleva siempre en el alma, es el recuerdo de una rosa inmortal en el jardín del humano ego. No, lloré porque mis hijas no llegarían a conocerle y porque sabía que yo no poseía el suficiente dominio de ningún lenguaje para describirles la soledad perfecta y la perfecta caridad de un hombre que creía y practicaba hasta la última palabra del libro que había ido vendiendo de puerta en puerta por todo el Sur de los Estados Unidos. La única palabra que describe la bondad es bondad, y no es bastante.

Entre las exclamaciones de «¡Aleluya!» y «¡Alabado sea el Señor!», seis hombres que portaban cruces de madera recién construidas comenzaron a repicar con ellas sobre los tablones del suelo de la iglesia, en un gesto de homenaje a mi abuelo. Golpeaban con las cruces al unísono creando un estático e insondable tatuaje, la música oscura de los crucifixionistas. Mi padre se puso en pie, con Tolitha colgada de su brazo, y acompañó a su madre por el pasillo central para que viera a Amos por última vez. En el ataúd abierto, con sus cabellos peinados hacia atrás en un copete sobre la frente y con una leve sonrisa de confusión en el rostro (rúbrica indeleble del enterrador, Winthrop Ogletree), Amos ofrecía el aspecto de un desgastado niño cantor. Una Biblia blanca estaba abierta por la página en que Jesús anunciaba, en letras rojas: «Yo soy la resurrección y la vida». El organista atacó «Bendito sea el lazo que une», y la congregación empezó a cantar las palabras del himno mientras Tolitha se inclinaba para besar por última vez los labios de mi abuelo.

Fuimos andando de la Iglesia al cementerio. Yo estrechaba la mano de Sallie y Luke iba al lado de mi madre. Savannah ayudaba a mi padre a sostener a Tolitha. Todos los habitantes de la ciudad, negros y blancos, nos seguían en solemne y procesional silencio. Los hombres de las cruces las arrastraban por el centro de la calle. El cortejo iba precedido por Mr. Fruit, que, con lágrimas en las mejillas, hacía sonar su silbato. El agente Sasser fue uno de los que portaban el féretro.

Le dimos sepultura bajo la menguada claridad de un día nublado. Después de que introdujeran a Amos en su tumba, mientras la gente comenzaba a retirarse, Luke, Savannah y yo nos quedamos junto a la fosa para rellenarla de tierra nosotros mismos. Tardamos una hora en hacerlo. Cuando terminamos, nos sentamos bajo el roble de agua que arrojaba su sombra sobre la parcela de la familia Wingo y empezamos a llorar y a referir historias acerca de Amos y del papel que había desempeñado en nuestra infancia. Nuestro abuelo, durmiendo sin sueños bajo nuestros pies, nos hablaba desde la rumorosa colmena de la memoria. Existe un arte de las despedidas, pero todavía éramos demasiado jóvenes para haberlo dominado. Nos limitamos a contar anécdotas del hombre que nos había cortado el pelo desde nuestra niñez y que había moldeado su vida en un salmo incorruptible al Dios que le había creado.

Finalmente, Savannah comentó: —Con el debido respeto, sigo diciendo que el abuelo estaba loco.

—¿A eso le llamas el debido respeto? —preguntó Luke.

—Recuerda, Luke, que el abuelo solía hablar con Jesús a diario —alegó Savannah—. Eso no es en absoluto lo que los psiquiatras catalogan como un comportamiento normal.

—¡Pero, bueno! —exclamó Luke, enojado—. Tú hablas a diario con perros y con ángeles. Me parece mucho más normal hablar con Jesús.

—Eso ha sido una crueldad, Luke —dijo Savannah, bajando sus húmedos ojos hacia el suelo—. No quiero que te tomes a broma mis problemas. Estoy pasando una época muy difícil. Creo que siempre voy a pasarlo mal.

—No lo ha dicho con mala intención, Savannah —intervine.

—No habría debido venir aquí —prosiguió ella—. Estar con mi familia es malo para mí. Es peligroso.

—¿Por qué es peligroso? —quise saber—. ¿Es por eso por lo que te vemos tan pocas veces, Savannah?

—La dinámica de esta familia es horrenda —respondió—. Algún día os llegará la hora de pagar el precio, como lo estoy pagando yo.

—¿De qué estás hablando, Savannah? —inquirió Luke—. Estábamos hablando tranquilamente del abuelo y has tenido que estropearlo todo con tus chorradas psiquiátricas de siempre.

—Tú serás el siguiente, Luke —dijo ella—. Se nota en todo lo que haces.

—¿El siguiente para qué? —preguntó Luke.

—Ninguno de los dos se ha enfrentado nunca con lo que realmente ocurrió durante nuestra infancia, y, dado que ambos sois unos machos sureños, existen muchas probabilidades de que no os enfrentéis nunca.

—Te pido perdón por ser un macho sureño, Savannah —dijo Luke—. ¿Qué te gustaría que fuese? ¿Un esquimal? ¿Quizá un pescador de perlas japonés?

—Quiero que mires a tu alrededor y veas qué está ocurriendo, Luke —respondió ella con tono tranquilo—. Ni Tom ni tú sois conscientes de lo que está ocurriendo en este mismo instante.

—Tendrás que disculparnos, Savannah. —Mi enfado estaba creciendo a la par que el de Luke—. Sólo somos unos machos sureños.

—¿Por qué odias a las mujeres, Luke? ¿Por qué no sales nunca con chicas? ¿Por qué no has tenido en tu vida una relación seria con una mujer? ¿Te has planteado alguna vez estas preguntas?

—No odio a las mujeres —respondió, y había auténtico dolor en su voz—. Es sólo que no las entiendo, cariño. Nunca sé qué piensan ni por qué lo piensan.

—¿Y tú, Tom? —insistió—. ¿Qué opinión tienes de las mujeres?

—¿Yo? Las odio a muerte. Creo que las mujeres son la hez de la tierra. Por eso me he casado con una de ellas y he tenido tres hijas. Ha sido el odio lo que me ha

impulsado a hacerlo.

—Comprendo que estés tan a la defensiva —observó, con un absoluto dominio de sí misma.

—No estoy a la defensiva —protesté—. Luke y yo reaccionamos ante tu insufrible piedad, Savannah. Cada vez que nos vemos, hemos de aguantar sermones sobre cómo estamos desperdiciando nuestros días aquí en el Sur mientras tú te realizas en Nueva York y llevas una existencia fructífera y enriquecedora entre las mejores mentes de nuestro tiempo.

—Eso no es cierto —replicó—. Lo que ocurre es que puedo ver las cosas con más perspectiva, porque sólo vengo a casa cada dos años o así. Por eso veo en seguida cosas que a vosotros os pasan por alto, precisamente porque las tenéis ante vuestros ojos. ¿Alguno de vosotros ha hablado con mamá últimamente?

—Claro —contestó Luke—. Todos los días.

—¿Sabes lo que está pensando? —prosiguió Savannah, haciendo caso omiso del tono irónico de Luke ¿Tienes la menor idea de lo que piensa hacer?

—Cuando no duerme, se pasa todo el tiempo cuidando a esa pobre zorra de Isabel Newbury —dijo Luke—. por lo general, cuando vuelve a casa está tan cansada que se mete directamente en la cama.

—Sallie parece desdichada, Tom —me anunció Savannah, volviéndose hacia mí sin un instante de respiro— parece agotada.

—Es madre y es doctora, Savannah —respondí.

Cualquiera de las dos cosas resulta cansada, y mucho más las dos a la vez. Sobre todo cuando el padre da clases en la escuela y es entrenador de tres deportes.

—Bien, por lo menos no tendrá que ser un ama de casa toda su vida.

—¿Qué mierda tienes contra las amas de casa? —quise saber.

—Me crió una de ellas —respondió Savannah—, y estuvo a punto de arruinarme la vida.

—A mí, de niño, me pegaba un pescador de camarones —observó Luke—. Pero nunca he echado la culpa a los camarones.

—Mamá quiere divorciarse de papá —nos anunció Savannah—. Me lo dijo anoche.

—¿Qué es esto, un boletín de noticias? —preguntó Luke—. ¿Cuántas veces nos lo ha dicho antes?

—No muchas —dije yo—. No creo que lo haya dicho más de sesenta y ocho millones de veces.

—¿Cuántas veces nos ha metido en el coche —insistió Luke—, nos ha sacado de la isla y nos ha jurado que no volvería a dormir ni una noche más en casa de Henry Wingo?

—No muchas —repetí—. Eso sólo ocurrió veinte o treinta veces cuando éramos niños.

—¿Y adónde podía ir? —inquirió Savannah—. ¿Cómo iba a vestirnos y

alimentarnos? ¿Cómo podía sobrevivir sin un hombre? Mamá estaba atrapada por el Sur, y eso la hizo algo dura. Pero creo que esta vez lo dice en serio. Piensa presentar una solicitud de divorcio la semana que viene. Ya ha contratado un abogado y está preparando los papeles.

—¿Se lo ha dicho ya a papá? —pregunté.

—No —respondió Savannah.

—Lo primero es lo primero, Tom —dijo Luke.

—¿No os parece extraño que mamá haya tomado esta importante decisión sin que ninguno de vosotros se haya enterado? ¿No os dice eso algo acerca de la forma en que se comunica la familia?

—Savannah —comenzó Luke—, ¿por qué vienes siempre a Carolina del Sur con ganas de decirnos a Tom y a mí cómo hemos de vivir nuestras vidas? Ni él ni yo te hemos sugerido nunca lo que has de hacer con tu vida, pero tú siempre tienes mil cosas que decir acerca de lo que hacemos nosotros. Estábamos aquí, despidiéndonos del abuelo, y tú has tenido que convertirlo en una sesión de terapia de grupo. Si mamá quiere divorciarse de papá, eso es cosa de ellos, y nos corresponderá a Tom y a mí ayudarlos a los dos de la mejor forma que podamos. Tú estarás en Nueva York y telefonarás de vez en cuando para quejarte de lo mal que lo hacemos.

—Odio la comunicación, Savannah, —añadí—, últimamente, cada vez que nos comunicamos contigo terminamos peleándonos. Cada vez que me comunico con algún miembro de mi familia, termino averiguando más de lo que quiero saber... o mucho menos.

—¿No te importa que mamá se divorcie de papá? —preguntó ella.

—Sí, me importa mucho —admití—. Ahora que papá ya no me pega y no tiene ningún poder sobre mí, me resulta sencillamente patético. Crecí odiándole a muerte, porque siempre tenía miedo cuando estaba en su casa y porque es difícil perdonar a quien te ha robado tu infancia, pero ya le he perdonado, Savannah. Y, también he perdonado a mamá.

—Yo no puedo perdonar a ninguno de los dos —dijo ella—. Me han hecho demasiado daño. Tengo que enfrentarme con sus errores todos los días.

—No lo hicieron con mala intención —le aseguró Luke, pasándole un brazo sobre los hombros y atrayéndola hacia su pecho—. Sólo eran unos gilipollas, y ni siquiera supieron ser unos gilipollas como Dios manda. No hicieron más que intentos chapuceros de serlo.

—Mirad, chicos, no pretendía atosigaros tanto —se disculpó Savannah—, pero siempre temo que esta ciudad termine por rebajaros a su nivel.

—No es pecado querer a Colleton —dijo Luke—. El único pecado auténtico es no quererla bastante. Eso es lo que solía decir el abuelo.

—Y mira dónde ha acabado —objetó Savannah, señalando su tumba con la cabeza.

—El cielo no es mal sitio para acabar —replicó Luke.

—¡Venga, Luke! —exclamó ella—. Tú no crees en el cielo.

—Sí que creo. Estoy en él, Savannah. Esa es la mayor diferencia entre nosotros dos: Colleton es todo lo que siempre he deseado y todo lo que necesito.

—Pero aquí no hay excitación, no hay deslumbramiento ni hervor de multitudes, no hay ningún estímulo —Protestó ella.

—¿Qué has pensado en el funeral del abuelo cuando aquellos seis diáconos han comenzado a repicar con sus cruces contra el suelo mientras tú recitabas la elegía? —Pregunté yo.

—He pensado que eran unos chiflados.

—Pero ha sido estimulante, ¿no? —insistió Luke.

—No, no ha sido más que una chifladura. Y me ha hecho sentir deseos de alejarme de esta ciudad tan deprisa como mis piernas pudieran llevarme.

—Estaban explicándole a todo el mundo lo mucho que apreciaban al abuelo, Savannah —dijo Luke—. Así expresaban el amor que sentían por él.

—Tal vez podría servir de tema para una buena poesía —aventuró ella, pensando en voz alta—. Podría llamarse «El repique de las cruces».

—¿Has terminado ya tu poema sobre el viaje del abuelo en esquí acuático? —pregunté.

—Casi —respondió—. Aún falta un poco más de trabajo.

—¿Por qué tardas tanto? —se extrañó Luke.

—No se puede meter prisa al arte —dijo Savannah.

—Claro —asentí—. Eres un estúpido, Luke. No se puede meter prisa al arte.

Savannah hizo caso omiso de ambos, se puso en pie y observó:

—Debemos despedirnos del abuelo.

—Allí es donde nos enterrarán a nosotros —anunció Luke, dirigiéndose a un rincón cubierto de césped—. Esta parcela es para mí, y esas para vosotros dos. Todavía queda sitio para nuestras esposas e hijos.

—Lo encuentro muy morboso y deprimente, Luke —dijo Savannah.

—A mí me gusta saber dónde iré a parar cuando estire la pata —arguyó Luke.

—Yo quiero que me quemen y que esparzan mis cenizas sobre la tumba de John Keats, en Roma explicó Savannah.

—Una modesta solicitud —observé.

—Nada de eso, hermanita —replicó Luke amigablemente. Yo mismo te traeré a Colleton y plantaré tu trasero aquí donde estamos, para tenerte vigilada.

—¡Qué grotesco! —exclamó ella.

—Volvamos a la casa —sugerí—. Imagino que la mayoría de las mentes enfebrecidas ya se habrán retirado a estas horas.

—Adiós, abuelo —se despidió Savannah con voz dulce, enviando un beso hacia la tierra recién removida—. De no haber sido por ti y Tolitha, no sé qué nos habría ocurrido a los tres.

—Si no estás en el cielo, abuelo —dijo Luke cuando salíamos del cementerio—,

entonces todo es una farsa.

Vivía en un condado sin nieve ni rododendros. Dedicué mi juventud a entrenar muchachos torpes y muchachos ágiles. Contaba el paso de las estaciones según la cadencia invalidante de deporte: en otoño había la música de los puntapiés y los balones que se elevaban en espiral hacia las nubes; en invierno, el chirrido de la goma sobre madera pulimentada cuando muchachos de gran estatura saltaban hacia el aro para encestar, y el chasquido de los bates de fresno Hillerich y Bradsby al golpear las pelotas de béisbol a finales de la primavera. Entrenar no era una pasión descaminada; en sus mejores momentos, era el arte de dar sentido a la vida de un adolescente. Yo no podía considerarme el mejor de los entrenadores, pero tampoco era dañino. No aparecía de forma prominente en las pesadillas de ningún muchacho. Ni una sola vez logré derrotar a los impresionantemente disciplinados equipos de fútbol del gran John McKissick de Summerville: él fue un creador de dinastías, mientras que yo sólo era un entrenador de pretensiones y alcances limitados. Ni despreciaba las victorias ni era adicto a ellas. Había jugado en equipos que habían ganado y que habían perdido, y aunque vencer era mejor, le faltaba esa quebradiza sublimidad, esa leve sabiduría que se adquiere en un partido en el que uno ha puesto todo su corazón pero no ha sido suficiente. Enseñaba a mis muchachos que perder dignamente era un talento, pero ganar dignamente era la materia de que estaba hecha la auténtica virilidad. Perder, les explicaba, era bueno para su sentido de la proporción.

Me esforzaba por bien vivir en aquel condado sin nieve ni rododendros. Me aficioné a observar a los pájaros, me convertí en coleccionista de mariposas, tendí mis redes cada año cuando llegaban los sábados y acumulé discos de Bach y de música playera de Carolina. Llegué a ser uno de esos norteamericanos anónimos que intentan mantener una mente ágil e inquisitiva al tiempo que se someten a todos los rituales humillantes de la clase media. Aprovechando las tarifas especiales para maestros de escuela, me suscribí a cinco revistas: *The New Yorker*, *Gourmet*, *Newsweek*, *The Atlantic* y *The News*. Consideraba que mi selección de revistas reflejaba un individuo culto y liberal con gran diversidad de intereses; ni una sola vez se me ocurrió pensar que aquellas elecciones, tan cuidadosamente meditadas, revelaban el hecho irrefutable de que yo era al mismo tiempo un chiste y un estereotipo de mi época. Savannah me enviaba cajas de libros comprados en Barnes & Noble. Estaba convencida de que, al permanecer en el Sur, yo había vendido mi mente, y tenía una fe de carbonero en los libros: podían regalarse como si fueran cupones Green Stamps, y como éstos, eran intercambiables por una amplia gama de artículos útiles. Sé que Savannah se preocupaba por mí y por mi fatídica atracción hacia lo convencional y lo seguro, y creo que, en cuanto a mí se refiere, estaba en un error: mi enfermedad era mucho más extraña. Llegué a mi vida adulta lleno de nostalgia por la infancia perdida. Anhelaba educar a mis hijos en un Sur que me había sido robado por mis padres. Lo que más quería era una vida de vigorosa calidad. Poseía ciertos conocimientos que transmitir a mis hijos, y no tenían nada que ver con

las grandes ciudades. Lo que Savannah no comprendía es que yo sentía la ardiente necesidad de ser una persona decente y nada más. Cuando me llegara la hora, quería que Sallie dijera, mientras me besaba por última vez: «Elegí al hombre adecuado». Este era el fuego que me sostenía, la única idea que enarbolaba como primer principio de mi vida adulta. El hecho de que fracasara, creo, tuvo menos que ver conmigo que con la cruda realidad de las circunstancias. Cuando elegí regresar a Colleton, no podía suponer —y me habría echado a reír si alguien me lo hubiera dicho— que Colleton iba a dejar de existir como población de Carolina del Sur. Aún tenía mucho que aprender acerca de mi siglo. Y nada de ello iba a gustarme.

Tres semanas después del funeral de mi abuelo, al regresar a casa tras una sesión de entrenamiento, vi la furgoneta de mi padre aparcada ante la puerta. La furgoneta llevaba adherida una pegatina con el símbolo de la paz acompañado de las siguientes palabras: «Esta es la huella de la gallina norteamericana». Mi padre, cuando entré en la casa, estaba sentado en la salita, hablando con Sallie y sosteniendo a Jennifer sobre sus rodillas mientras mi mujer le cambiaba los pañales a Lucy en el sofá.

—Hola, papá —le saludé—. ¿Te preparo una copa?

—Claro, hijo. Cualquier cosa que tengas por ahí me irá bien.

Sallie vino a la cocina mientras yo preparaba las bebidas.

—¿Te preparo una copa a ti también, Sallie, o prefieres esperar a que estén acostadas estas tigresas?

—Ha debido de ocurrir algo —me susurró Sallie—. Hace sólo un momento, tu padre estaba llorando.

—¿Llorando? ¿Mi padre? —repetí en voz baja—. No es posible. Solamente los seres humanos son capaces de llorar cuando se sienten emocionalmente perturbados. Mi padre nació sin emociones, como quien nace sin meñique.

—Sé amable con él, Tom —me rogó—. Sé muy amable, por favor. Yo me llevo a las niñas a casa de Tolitha. Quiere hablar contigo a solas.

—Vayámonos a alguna parte, Sallie —sugerí—. Será más fácil para nosotros.

—Necesita hablar contigo —respondió ella, saliendo en busca de las niñas.

Cuando volví a la sala, encontré a mi padre sentado y con la cabeza apoyada en el respaldo de la butaca. Respiraba pesadamente y me pareció más preocupado de lo que nunca le había visto. Daba la impresión de estar atado a la silla eléctrica. Le temblaban las manos, y tenía los nudillos amoratados.

—¿Cómo va el equipo? —preguntó cuando le tendí su bebida.

—Lo están haciendo muy bien, papá —contesté—. Creo que tenemos muchas posibilidades de ganar a Georgetown.

—¿Puedo hablar contigo, hijo?

—Desde luego, papá.

—Tu madre se fue de casa hace un par de días —comenzó, articulando penosamente las palabras—. Al principio, no quise darle importancia a la cosa. Ya sabes: tenemos nuestros más y nuestros menos, como todas las parejas, pero son



enfados que no duran mucho. Pero hoy ha venido el sheriff a traerme los papeles. Tu madre ha pedido el divorcio.

—Lo siento, papá.

—¿Te había dicho algo del asunto? —inquirió—. ¿Sabías lo que estaba pensando?

—Savannah me comentó algo al respecto durante el entierro del abuelo —admití—, pero no le di demasiada importancia, papá.

—¿Por qué no me dijiste nada, hijo? —se lamentó, con voz dolida—. Habría podido regalarle un ramo de flores o llevarla a cenar a un buen restaurante de Charleston.

—Pensé que no era asunto mío —contesté—. Me pareció que era una cosa a resolver entre vosotros dos.

—¡Que no era asunto tuyo! —estalló—. Soy tu padre y ella es tu madre. Si no es un jodido asunto tuyo, ¿de quién lo es, entonces? ¿Qué mierda voy a hacer si me deja, Tom? ¿Puedes contestarme a esto? ¿De qué sirve mi maldita vida, si no tengo a tu madre? ¿Por qué diablos te crees que he trabajado tan duramente toda mi vida? Quería darle todas las cosas en que siempre ha soñado. Es cierto que no siempre ha ido todo como yo esperaba, pero he hecho lo que he podido.

—Has hecho lo que has podido —asentí—. Nadie puede negarlo.

—Si alguna de las veces hubiera dado con un filón, nunca me habría abandonado —prosiguió—. No tienes idea de lo mucho que le gusta el dinero a tu madre.

—Algo de idea sí tengo, papá.

—Por eso estoy seguro de que volverá. No sabe lo que significa ganarse la vida, y es demasiado vieja para empezar a aprenderlo a estas alturas.

—Mamá es una mujer de mucho talento —objeté—. Si te ha dejado papá, puedes estar seguro de que tiene algún plan.

—Puede tener tantos planes como quiera —replicó—, pero le falta la pasta en efectivo para ponerlos en práctica. Ayúdame, por favor. ¿Por qué ha tenido que hacerlo?

Hundió el rostro entre sus enormes manazas y se echó a llorar con tal abandono que las lágrimas se deslizaban por entre sus dedos y rodaban por el dorso de sus manos y sus muñecas. Se desmoronó como si se hubiera roto alguna de las válvulas de su corazón. No era pesadumbre lo que tenía ante mis ojos; era la agonía de un hombre sabedor de que le había llegado la hora de saldar las deudas de su ruda tiranía. Tenía que responder de un reinado de treinta años de moderado terror, y se, enfrentaba a esa tarea sin ninguna capacidad de contrición.

—La he tratado como a una reina —aseguró—. Ese ha sido mi problema. He sido siempre demasiado suave con ella. Le he dado todo lo que ha querido. Le he consentido que tuviera ínfulas y fingiera ser algo que no ha sido nunca. En vez de imponer la disciplina en mí barco, he cedido siempre en todo.

—Le dabas palizas, papá —dije yo—, como nos las dabas a nosotros.

Quiso responder, pero fue incapaz de hablar. Grandes sollozos surgieron de él como oleadas rompiendo sobre una playa en peligro de desaparecer. Por un instante estuve a punto de compadecerle, hasta que recordé mis dieciocho años de aprendizaje en su gremio de tempestades. «Llora por mi madre, papá», sentí ganas de decirle. «Llora por mi hermana y mi hermano. Derrama una lágrima por nosotros papá.» No había suficientes lágrimas en su cuerpo para lavar sus irreflexivos crímenes en tanto que esposo y padre. Me sentía incapaz de conceder una amnistía al hombre que en mi niñez jamás me había tocado si no era para derribarme al suelo de un revés. Pero, cuando por fin recobró el habla, me dejó atónito al decirme:

—Nunca le puse la mano encima a tu madre y nunca, ni una sola vez, he tocado a mis hijos.

—¿Qué? —le grité, haciendo que de nuevo se echara a llorar incontrolablemente.

Cuando se hubo sosegado, me arrodillé junto a la butaca y le susurré:

—Esto es lo que más me enloquece de mi familia, papá. No me importa que nos pegaras, de veras que no. Es algo que pertenece al pasado, y ninguno de nosotros puede hacer nada al respecto. Lo que no puedo soportar es que cada vez que menciono un simple hecho de la historia de nuestra familia mamá o tú me digáis que no sucedió. Tienes que saber papá, y te lo digo como un hijo que te quiere, que te has portado como un perro con mamá y como un perro con tus hijos. No siempre. No todos los días. No todos los meses. Pero nunca sabíamos qué te haría estallar. Nunca sabíamos cuándo te enfurecerías y comenzarías, tú, el pescador más fuerte del río, a darnos de golpes por toda la casa. De modo que aprendimos a guardar silencio, papá. Aprendimos a andar de puntillas cuando estabas cerca. Aprendimos a tener miedo sin hacer el menor ruido. Y mamá era leal contigo, papá. Jamás nos permitió que le dijéramos a nadie que nos pegabas. De hecho, la mayoría de las veces hacía lo mismo que tú y se limitaba a decirnos que las cosas no habían ocurrido tal y como nosotros las recordábamos.

—Eres un embustero, Tom —replicó de pronto—. Eres un maldito embustero y has dejado que tu madre te llenara de odio contra mí. He sido demasiado bueno. He sido demasiado bueno, y de ahí me vienen todos los problemas.

Así su brazo derecho, le desabroché el puño de la camisa y subí la manga hasta el codo. Le hice girar el brazo, poniéndole la palma de la mano hacia arriba, y seguí con el dedo una cerúlea cicatriz en forma de garra que resaltaba sobre su antebrazo. Contemplé ese brazo con gran ternura. Muchos años de descomunales esfuerzos habían transformado sus brazos en objetos de lírica belleza, con venas que sobresalían como las raíces de un gran árbol sobre una ribera erosionada. Mi padre había adquirido la costumbre de usar sombrero y camisas de manga larga cuando estaba a bordo porque sabía que mi madre admiraba la pálida blancura de los hombres que no trabajaban con sus manos. Las de mi padre eran ásperas y casi siempre las tenía manchadas de grasa. Se podía coger una cuchilla de afeitar y cortarle los callos de la base de su pulgar y seguir hundiéndola más de medio

centímetro antes de hacer brotar la sangre. Aquellas manos me habían golpeado, pero también habían trabajado para mí, y yo era maestro gracias a ellas.

—¿Cómo te hiciste esto, papá? —le pregunté—. Tu hijo el embustero, tu hijo que te quiere, desea saber cómo te hiciste la herida que dejó esta cicatriz en el brazo.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —Se encogió de hombros—. Soy pescador. Tengo cicatrices por todo el cuerpo.

—Lo siento, papá —protesté—. Esta respuesta no es aceptable.

—¿Qué pretendes hacerme, Tom?

—No podrás cambiar tu forma de ser si te niegas a admitir cómo has sido hasta ahora, papá. Piénsalo. ¿Dónde te hiciste esto? Te daré una pista. Savannah y yo estamos sentados a la mesa del comedor. Es nuestro décimo aniversario. Hay un pastel sobre la mesa. No, disculpa. Hay dos pasteles. Mamá siempre procuraba que cada uno tuviera su propio pastel.

—No sé de qué me estás hablando —aseguró—. Habría debido ir a ver a Luke. Estás tratando de hacerme creer que soy una mala persona.

—Sólo te he preguntado cómo te hiciste esa herida, papá. Me has llamado embustero, y quiero demostrarte que recuerdo perfectamente cómo te la hiciste. He llegado a tener pesadillas sobre esta cicatriz.

—Pues no lo recuerdo, aunque me maten. No es ningún crimen no acordarse de algo —respondió a gritos.

—A veces sí que es un crimen, papá —dije yo—. Y ahora, quiero que me cuentes todo lo que ocurrió aquella noche. Es muy importante, papá. Se trata sólo, de una noche entre diez mil, pero te ayudará a hacerte una pequeña idea de por qué mamá quiere divorciarse de ti.

—No te he pedido ninguna idea —gimió—. Sólo te he pedido ayuda.

—Y eso es lo que estoy dándote —le aseguré, y di comienzo a la historia mientras mi padre sollozaba con el rostro entre sus inmensas manos.

La cosa empezó como siempre, sin aviso previo ni tiempo para refugiarse. Mi padre se había levantado de la mesa antes de terminar la cena y había conectado el televisor para ver el Ed Sullivan Show. Estábamos en las postrimerías de una mala temporada de pesca, y eso siempre le volvía peligroso e impredecible. Durante la cena no había dicho palabra, y al retirarse a la sala se había llevado consigo una botella de bourbon. Sin embargo, nada en su porte implicaba una amenaza. Hasta su silencio habría podido ser benigno y atribuible al cansancio físico antes que a una secreta acumulación de ira. Mi madre encendió diez velitas en cada uno de los dos pasteles, mientras Savannah aplaudía, contenta, y comentaba:

—Ya estamos en cifras dobles, Tom. De ahora en adelante tendremos dos números hasta que cumplamos cien años.

—¡Ven a la mesa, Henry! —gritó mi madre. ¡Los chicos van a apagar las velas!

¿Se habían peleado la noche anterior? ¿Existía entre ambos una disputa sin resolver? No lo sé, y tampoco tiene importancia.

—¿Me has oído, Henry? —repitió mi madre, dirigiéndose hacia la sala—. Es hora de cantarles «Cumpleaños feliz» a los niños.

Mí padre no se movió de su asiento ni dio la más leve muestra de haber oído la voz de mi madre.

—Déjalo estar, mamá —le rogué tras las llamas de diez velitas.

—Levántate y ven a celebrar el cumpleaños de tus hijos —le ordenó mi madre, al tiempo que se le acercaba y apagaba el televisor.

Desde donde yo estaba no podía ver sus ojos, pero advertí, que sus hombros se ponían rígidos. Se llevó el vaso a los labios y apuró su contenido.

—No vuelvas a hacer eso nunca más, Lila —le advirtió—. Estaba mirando ese programa.

—Vas a conseguir que tus hijos crean que no los quieres ni siquiera lo bastante como para desearles un feliz cumpleaños.

—Si no vuelves a conectar el televisor ahora mismo, haré que te arrepientas de haber nacido —replicó, con voz desprovista de afecto o emoción.

—No importa, mamá —dijo Savannah—. Enciende la tele, por favor.

—No pienso hacerlo —se plantó mi madre—. Tu padre podrá ver tanta televisión como quiera en cuanto hayamos cortado el pastel.

Y entonces, con todas las máquinas de su intrincada discordia palpitando, sintiendo de corazón sus vibraciones en un torrente sanguíneo con diez años de edad, contemplé con mirada impotente cómo mi padre se erguía en la muda esterilidad de su vida derrotada, y con ojos de león, empujaba violentamente a mi madre hacia el televisor. Tirándole del cabello, la obligó a ponerse de rodillas mientras sus hijos chillaban, bajo la memorable luz de las velitas de aniversario.

—Enciende el televisor, Lila —le ordenó—. Y no vuelvas a decirme nunca más qué debo hacer en mi propia casa. Esta casa es mía, y tú vives aquí porque yo te dejo.

—No —dijo ella.

Le golpeó el rostro contra la pantalla del televisor, que para mi sorpresa, no se rompió bajo el impacto.

—No —dijo de nuevo, sangrando por la nariz.

—¡Hazlo, mamá! —exclamé.

Savannah corrió hacia el televisor, dando un rodeo en torno a mis padres, y nuevamente la voz de Ed Sullivan llenó la habitación.

—Lo ha encendido ella —jadeó mi madre—, no yo.

Mi padre extendió el brazo y volvió a apagar el aparato. En el silencio que siguió alentaba una terrible pena contenida.

—Te he dicho que lo enciendas, Lila —insistió—. Estás dando un mal ejemplo a los chicos. Tienen que aprender que una mujer ha de respetar a su marido, al menos en su propia casa.

Savannah conectó de nuevo el televisor, pero esta vez graduó el mando a un volumen excesivo y Ed Sullivan entró en casa gritando. Mi padre le atizó un revés a

mi hermana. Savannah cayó sobre la mesita de café y se acurrucó en posición fetal sobre la alfombra.

Mi madre corrió al lado de Savannah y ambas se echaron a llorar, abrazándose mutuamente, mientras mi padre se les acercaba lenta e inexorablemente. Su sombra se cernía ya sobre ellas cuando seis rápidos disparos de un revólver calibre 38 hicieron saltar el televisor en un espectacular estallido de vidrios y madera.

Me volví y vi a Luke de pie junto a la puerta de nuestro dormitorio, recargando con absoluta serenidad su arma todavía humeante.

—El televisor está estropeado —anunció Luke. Ahora ya puedes cantarles «Cumpleaños feliz» a tus hijos.

Mi padre echó a andar pausadamente hacia Luke, con un mortecino brillo animal en sus pálidos y bestiales ojos.

Se acercó a Luke como archienemigo, pegador de sus hijos, golpeador de su esposa, con la lucidez de una hirviente cólera que buscaba una presa. Pero Luke había recargado la pistola y, tras cerrar la recámara con un gesto preciso, apuntó al corazón de mi padre.

—¿Qué es lo que te hace actuar de esta manera? —inquirió Luke—. ¿Por qué una persona tan fuerte como tú se mete con su mujer o con una niña? ¿Por qué eres tan malvado?

Mi padre siguió moviéndose hacia Luke, que comenzó a retirarse en dirección a la cocina sin dejar de apuntarle al pecho con su arma. El ruido que me llenaba los oídos era la única voz fundida de mi madre y mi hermana, y la mía propia en un aullido de mortífero terror sostenido.

Cuando mi padre asió la muñeca de Luke y le arrancó la pistola de la mano, le propinó al mismo tiempo un puñetazo en la cara. Luke cayó de rodillas, pero mi padre lo alzo sujetándolo por los cabellos y volvió a golpear a su semiinconsciente hijo.

De pronto me encontré sobre la espalda de mi con su oreja izquierda entre mis dientes. Profirió un juramento y me sentí volar hacia el mostrador de la cocina, hasta chocar contra los fogones. Caí rodando al suelo y alcé la vista a tiempo de ver a mi madre clavándole las uñas en el rostro. Me metí entre ellos, intenté separarlos y oí los puñetazos que llovían sobre la cara de mi madre. Le pegué en el estómago y en el pecho, recibí un poderoso bofetón en la cabeza, quedé deslumbrado por las voces, el ruido y la potente luz, y al levantar la cabeza vi surgir ante mí el cuchillo de cocina con que mi madre iba a cortar los pasteles de cumpleaños. Un chorro de sangre me inundó la cara y me cegó por completo; no sabía si era mi padre o mi madre quien había recibido la puñalada. Savannah chillaba a todo pulmón, y yo chillaba, y mi madre nos chillaba que saliéramos en seguida de la casa; pero no podía limpiarme los ojos, no era capaz de orientarme porque me cegaba la sangre de uno de mis progenitores, y me restregaba en vano los párpados.

Luke me arrastró hacia la puerta, y por entre una niebla rojiza vi a mi padre que

se dirigía tambaleándose hacia su dormitorio con una herida sangrante en el antebrazo. Mi madre sujetaba el cuchillo ensangrentado entre sus manos y le gritaba a mi padre que estaba dispuesta a hundírselo en su propio corazón si alguna vez volvía a poner la mano encima de cualquiera de nosotros. Luke nos empujó a Savannah y a mí hacia la puerta delantera y nos mandó correr hacia la furgoneta.

—Si veis que papá sale de la casa, corred en seguida hacia el bosque —nos ordenó, regresando en busca de mi madre.

Juntos, Savannah y yo avanzamos a trompicones hacia la furgoneta, mientras nuestras voces se elevaban al unísono en un inarticulado gemido de angustia. Más adelante me enteré de que Savannah creía que me habían clavado el cuchillo de cocina en la cara. La sangre de mi padre bañaba todo mi rostro como una máscara grotesca y cruel. Mis manos parecían esponjas de quirófano.

A la luz procedente de la casa, vi a Luke salir con mi madre por la puerta principal. Por detrás de ellos, gimiendo y oscilando con una espeluznante falta de estabilidad, mi padre apareció en el umbral justo cuando mi madre subía a la cabina de la furgoneta. Luke se encaramó de un salto a la caja mientras mi madre buscaba las llaves en el bolso.

—¡Date prisa, mamá! —exclamó Luke—. ¡Ya viene!

Mi padre se abalanzó hacia nosotros sobre la hierba del patio, perdiendo un chorro de sangre a cada paso que daba, pero aun así avanzando con malévola terquedad mientras mi madre manipulaba torpemente su juego de llaves.

—¡Ya casi está aquí, mamá! —gritó Savannah en el mismo instante en que el motor giraba y tosía y por fin se ponía en marcha para alejarnos a toda prisa del patio y de aquel hombre bamboleante y ensangrentado.

Mientras conducía velozmente por la pista de tierra que llevaba hasta el puente, mi madre nos juró:

—No volveremos nunca, hijos. Eso os lo prometo. No volveremos nunca con él. ¿Qué madre sería yo si dejara crecer a mis hijos junto a un hombre como ése?

Permanecimos dos días con Tolitha y Amos, y finalmente volvimos a nuestra vida en la isla. Antes de emprender el regreso, mi madre nos reunió a los tres y nos dijo que jamás debíamos contarle a nadie lo que había ocurrido aquella noche. Nos dijo que la mayor virtud que existía era la lealtad familiar, y que únicamente los mejores, las personas más excelentes, poseían esta virtud. La noche del retorno, mis padres se mostraron desacostumbradamente cariñosos el uno con el otro. Pasaron casi seis meses antes de que volviera a pegar a mi madre o nos pusiera la mano encima a sus hijos.

—Hasta hoy —le dije a mi lloroso padre—, siempre he creído que si hubieras llegado a la furgoneta, nos habrías matado a los cuatro.

—No es verdad —protestó lastimeramente—. Ni una sola palabra de lo que has dicho es verdad. ¿Cómo puedes decir una cosa así de tu propio padre?

—Me resulta bastante fácil hacerlo, papá.

—No recuerdo nada de eso —alegó—. Si ocurrió, debía de estar borracho. No debía de saber qué estaba haciendo. Tenía que estar borracho perdido. He de reconocer que no aguanto demasiado bien la bebida.

—Savannah tampoco se acuerda, papá —comenté—. Se lo pregunté en una ocasión. Y Luke no quiere hablar del asunto.

—Entonces quizá sea tu imaginación, que te ha gastado una jugarreta —decidí—. Sí, eso es. Siempre te ha gustado inventar historias acerca de la gente. Apuesto a que ésta la has cocinado con tu madre para contársela al juez ¿verdad?

—¿Cómo te hiciste la herida, papá? —insistí.

—Ya te he dicho que soy pescador —respondió—. Mi trabajo es peligroso. Pudo ser el malacate, o aquella vez que se rompieron los cables...

—Fue un cuchillo de cocina —le aseguré con voz tranquila—. ¿Y el televisor, papá? ¿No te acuerdas de haber comprado un televisor nuevo? Dado que éramos una estúpida familia sureña que preferiría pasar hambre a vivir veinticuatro horas sin televisor, compramos un aparato nuevo sin pérdida de tiempo. De hecho, creo que ya estaba en casa cuando regresamos nosotros. Y no había ningún rastro de sangre, de violencia o de desorden. Como siempre, seguimos adelante fingiendo que no había ocurrido nada.

—Bueno, quizá ahora debiéramos hacer lo mismo, hijo —sugirió—. Fingir que no ha pasado nada, aunque ya sé que nada de lo que yo diga conseguiré hacer que me creas.

—Pero es que ahora ha pasado algo —objeté—. Por primera vez vas a tener que reconocer la clase de hombre que has sido, porque mamá te ha dejado. No podemos fingir que esto no ha ocurrido, ¿verdad? Esta familia ha llegado por fin a una situación que no podemos fingir que no existe.

—¿Por qué me odias tanto? —preguntó, y volvieron a brotar las lágrimas.

—Es fácil odiar a un hombre que te pegaba cuando eras un chiquillo, papá —respondí suavemente—. Pero sólo te odio cuando me veo obligado a recordar esas cosas.

—Si yo hice lo que has dicho, Tom, lo siento muchísimo —se disculpó, alzando la cabeza—. Te aseguro que no me acuerdo de nada. No sé qué hacer para compensártelo.

—Podrías comenzar entregándome una gran suma de dinero, a poder ser en billetes de veinte.

Volvió la vista hacia mí, desconcertado, y tuve que explicarle:

—Sólo trataba de bromear, querido padre. Ahora, ¿qué te gustaría que hiciera por ti? ¿Qué puedo hacer para ayudarte? Una cosa que sé con toda certeza es que no puedes evitar ser un estúpido sureño. Te viene de nacimiento.

—¿Podrías hablar con ella y averiguar qué es lo que quiere? Dile que si vuelve, estoy dispuesto a hacer lo que sea. Todo lo que desee, lo tendrá. Palabra.

—¿Y si no quiere volver? —pregunté.

—¿Qué voy a hacer yo entonces? —se lamentó—. ¿Qué sería yo sin tu madre?

—Seguirías siendo el mejor pescador de camarones que navega por estas aguas —respondí—. Seguirías siendo el propietario de la isla más hermosa del mundo.

—Pero habría perdido a la mujer más bella del mundo.

—Eso es indudable. Pero ya llevas mucho tiempo haciendo todo lo posible por perderla. ¿Dónde está? Iré a hablar con ella.

—Está donde siempre —contestó—. Está cuidando a esa perra Newbury. Nunca llegaré a entender por qué tu madre es tan jodidamente amable con la única mujer de esta ciudad que siempre la ha tratado como a una mierda.

—Pues yo lo entiendo perfectamente —repliqué—. Mamá se ha pasado la vida esperando a que Isabel Newbury la necesitara.

—Pero yo también la necesito —gimió.

—¿Se lo has dicho alguna vez, papá? —quise saber.

—No hacía falta —dijo él—. Me casé con ella.

—Ah, ya veo. Una torpeza por mi parte, preguntar una cosa tan obvia.

Empezó a llorar de nuevo mientras yo lo contemplaba sin intervenir, pensando que tal vez la pena fuese la única emoción que podía ocasionar la redención de Henry Wingo. Además, había en mí una parte fría que consideraba que mi familia se merecía hasta la última de aquellas lágrimas, y que les había costado mucho brotar.

Cuando recobró la compostura, preguntó:

—¿Sabías que Tolitha abandonó a tu abuelo cuando yo era pequeño?

—Sí —admití.

—Nunca tuve la oportunidad de aprender cómo ha de tratar un marido a su esposa —prosiguió—. Creía que Tolitha había dejado a Amos porque mi padre era demasiado débil. A mí, la verdad, nunca me dio la impresión de que fuera muy hombre. Y no quería que a mí me ocurriera lo mismo.

—Mi madre no dejó a mi padre cuando yo era pequeño —repliqué, inclinándome hacia él—. Por eso aprendí cómo se trata a una esposa viendo cómo tratabas tú a mamá. Aprendí que es normal que un hombre pegue a su mujer, papá. Aprendí que es normal que un hombre pegue a sus hijos y abuse de su familia cada vez que le viene en gana, porque es el más fuerte de todos y su familia no puede defenderse y no tiene adónde ir. Observándote a ti, papá, aprendí todo lo que se puede saber acerca de cómo ser un hombre, y quiero agradecértelo. Porque gracias a ello decidí que prefería ser un hombre como tu padre. Quiero ser débil, delicado y amable con todos los seres vivos del planeta. Y, papá, preferiría morir antes que convertirme en un hombre como el que tú me enseñaste a ser.

—Te crees que eres mejor que yo —protestó—. Tu madre también se ha creído siempre que es mejor que yo, y eso que, en comparación con sus padres, hasta los montañeses más rústicos parecen aristócratas.

—Yo no creo ser mejor que tú —le contradije—. Creo que soy más amable que tú, papá.



—Habría debido ir a hablar con Luke —se quejó—. No habría debido venir aquí. Luke jamás habría dicho unas cosas tan terribles de su propio padre.

—Y tampoco habría aceptado ir a hablar con mamá —añadí.

—¿De veras lo harás? —preguntó, esperanzado.

—Sí —contesté—. Veo la posibilidad de que aprendas una lección por primera vez en tu vida. ¿Quién habría supuesto que el viejo gorila de la montaña se echaría a llorar cuando su esposa lo dejara? Y, aunque mamá termine dejándote, sigo viendo una posibilidad de que todo esto te convierta en un buen padre. No me importaría tener por fin un padre.

—No me gusta tener que pedir nada a nadie —observó.

—Por eso resulta tan difícil darte algo, papá.

¡Oye! —exclamó—. No olvides que fui yo quien te hizo el don de la vida. Solté un rugido de risa.

—Muchísimas gracias —reliqué.

Me detuve en el porche de la mansión Newbury, contemplando la luz lunar que encendía las marismas como en un sueño de oro transmutado. El propio Reese Newbury me abrió la puerta, y la luz de la luna causó un efecto muy distinto en su rostro, cuyos contornos se habían ablandado mucho desde la última vez que estuve ante el umbral de su casa. Las bolsas que se le habían formado bajo los ojos tenían la apariencia del equipaje vaciado, pero los ojos en sí emitían el mismo destello crudo de un dominio fuera de lo común. En aquel cuerpo pálido y fermentado, los ojos seguían siendo la fuente de un tremendo poder.

—Necesito hablar con mi madre, señor Newbury —comencé.

Bizqueó bajo la luz de porches y lunas antes de reconocermé.

—Se ha portado como un ángel, Tom. No sé qué habríamos hecho sin ella. Tu madre es una mujer increíble, hijo. Espero no decirte nada nuevo.

—Sí, señor, siempre lo he sabido —asentí—. ¿Podría decirle que estoy aquí?

—Pasa, por favor. Pasa —me invitó, y le seguí al silencioso vestíbulo de la casa—. Está con Isabel —susurró, después de cerrar la puerta—. Apenas se aparta de su lado, ni siquiera para comer. El médico dice que ya no le queda mucho tiempo. El cáncer se ha extendido por todo...

No pudo seguir, pues se le atragantaron las palabras que iba a pronunciar. Mientras se esforzaba por recobrar su dominio, oí grandes relojes que desgranaban los instantes con un golpeteo metálico y cortaban con sus largas hojas la seda del tiempo. Entretanto permanecíamos de pie en la penumbra, los relojes tocaron las nueve, y el fúnebre tañido de todos los relojes de todas las habitaciones de la casa repudió la hora en el idioma sin palabras de las campanas. Me pregunté si era sólo en las casas de los moribundos donde uno se volvía tan agudamente consciente de la presencia de los relojes.

—¿Por qué no subes arriba, a mi estudio? —me propuso—. Ahí podrás hablar con tu madre en privado.

—Ya sé dónde está —asentí, siguiéndole hacia al alfombrada escalinata.

Sentado en su estudio, me pregunté si no me habría conducido deliberadamente a aquella habitación. Pero, por otra parte, supuse que Reese Newbury había realizado tantos actos execrables a lo largo de su vida que probablemente ni siquiera se acordaba de haber abofeteado a un niño de doce años que se había peleado con su hijo. La habitación seguía cubierta con las mismas hileras estériles agujas que marcaban las tierras de su propiedad.

Mi madre entró en el estudio y susurró:

—Isabel dice que le gustaría verte, Tom. Le complace mucho que hayas venido a su casa. ¿Verdad que es muy amable?

Por qué Isabel Newbury se sentía complacida era un misterio para mí, pero mi madre parecía gozosa por el simple hecho de que Isabel estuviera enterada de que yo habitaba en el mismo planeta que ella. Mi madre me tomó de la mano y me condujo por un silencioso y oscuro corredor.

—Es por aquí —me informó, olvidando que en cierta ocasión yo había ayudado a subir una tortuga de cien kilos a aquel mismo dormitorio.

Sin embargo, cualquier malquerencia que pudiera sentir hacia Isabel Newbury se desvaneció cuando vi su cruelmente demacrada figura recostada en el lecho sobre una pila de almohadas. Yo podía odiar a alguien durante toda mi vida, y aun así rezaría para que no muriera de aquel modo. Su cuerpo se había rendido a una perlada marchitez. Resplandecía de fiebre. La habitación estaba impregnada de un mortuorio olor a moscatel, una combinación de medicinas, flores y colonia destilada hasta convertirse en una fragancia de vino agriado.

—Tu madre ha sido la única, Tom —comenzó—. Todos los demás tienen miedo de verme.

—No tienes razón, Isabel —protestó mi madre—. Yo sólo hago lo que haría cualquier amiga. Y recibes más tarjetas y flores de las que nadie podría imaginar.

—Me porté mal contigo y con tu familia, Tom —prosiguió, formando lentamente las palabras—. Le he pedido perdón a tu madre más de cien veces.

—Ya te he dicho que no tienes nada de que disculparte, Isabel —se apresuró a intervenir mi madre—. Siempre te he tenido por una buena amiga mía. Lo que pasa es que hemos estado las dos muy ocupadas con nuestras familias y no hemos tenido tiempo de tratarnos mucho.

—Acepto sus disculpas, señora Newbury —dije yo—, y se las agradezco.

¡Tom! ¡Qué descortesía! —exclamó mi madre.

—Y yo te agradezco que las aceptes —dijo la señora Newbury—. Llevo dos semanas aquí, en la cama, pensando en mi vida pasada. Hay cosas en ella que no alcanzo a entender por qué las hice. No sé quién era la persona que las hacía; no parece tener nada que ver conmigo. Es una lástima que haga falta morir para saber todo esto.

—¿Quién dice que vas a morirte, Isabel? —preguntó mi madre—. Sigo creyendo que superarás todo esto y podrás hacer un largo viaje por mar en compañía de Reese.

—El único viaje que voy a hacer será hasta la funeraria de Ogletree —respondió ella.

—No hables así, Isabel —dijo mi madre, ocultando el rostro entre las manos—. No hables de rendirte. Quiero verte luchar contra la enfermedad.

—La muerte no es más que la última fase de la vida. Todos hemos de pasar por ella, Lila —observó la señora Newbury—. Desde luego, no es precisamente mi fase favorita; eso te lo concedo.

—¿Cómo está Todd, señora Newbury? —pregunté.

—¿Todd? —repitió—. Todd está igual que siempre: egoísta y consentido. Se casó

con una chica estupenda, una Lee de Virginia, y se pasa todo el tiempo libre amedrentándola. Desde que estoy enferma, sólo ha venido a verme dos veces. Pero telefonea una vez al mes, tanto si es oportuno como si no.

—Estuvo aquí el último fin de semana, Tom —añadió mi madre—. Se notaba claramente que la enfermedad de su madre le parte el corazón. Te quiere muchísimo, Isabel, pero es igual que la mayoría de los hombres: no sabe cómo expresarlo.

—Lo expresa con gran elocuencia —dijo ella—. No viene a verme.

—Estás cansándote demasiado —dijo mi madre—. Despídete de Tom y te arreglaré la cama para que duermas.

—¿Querías traerme un poco más de agua helada, Lila querida? —Señaló la jarra que había sobre la mesita de noche—. Tengo mucha sed.

—Ahora mismo —asintió mi madre.

Cuando sonaron las pisadas de mi madre en la escalera, Isabel Newbury volvió hacia mí sus exhaustos y moribundos ojos y pronunció las palabras que iban a cambiar mi vida para siempre.

—Mi marido está enamorado de tu madre, Tom —me anunció—, y a mí me parece muy bien.

—¿Cómo? —susurré, atónito.

—Reese necesita a alguien que se cuide de él. Por si solo, no sería capaz de sobrevivir —explicó, tan llanamente como si estuviera comentando un cambio de clima—. Tu madre ha sido muy amable conmigo —añadió—. He llegado a quererla mucho.

—¡Vaya! ¿No es magnífico? —respondí—. ¿Ha pensado por un momento en mi padre?

—Lila me lo ha contado todo acerca de tu padre. Supongo que tú debes de odiarlo tanto como ella.

—No, señora —protesté—. Y me gusta un millón de veces más que Reese Newbury.

—Ha sido todo platónico —prosiguió—. Te lo aseguro. Probablemente, tu madre ni siquiera se ha dado cuenta.

—Señora Newbury, ¿cómo puede meter en la cama de su esposo una mujer que no quiso para su jodido libro de cocina?

—No me gustan las groserías —replicó, con voz débil y nerviosa.

—¿Osa llamarme grosero, señora Newbury? ¿Usted, que hace de alcahueta para su esposo desde su mismo lecho de muerte?

—Me limito a cuidar de mis asuntos —contestó—. Creía que ya imaginabas algo. No pretendía darte una sorpresa.

—Sí, detesto las sorpresas. ¿Sabe algo mi madre?

—No. Sólo lo he discutido con Reese. Lo discutimos todo.

—Pues dígle a Reese que si quiere casarse con mi madre tendrá que pasar por encima de mi cadáver —estallé—. En este mundo puedo soportar muchas cosas, pero

ser el hijastro de Reese Newbury no es una de ellas. Y tampoco ser el hermanastro de Todd Newbury. ¿Qué diablos le ocurre? Se ha cagado en mi familia desde que tengo memoria. ¿Se trata del gambito definitivo? ¿Un gesto final de desprecio?

Ambos oímos la llegada de mi madre, y la señora Newbury se llevó un dedo a los labios. Mi madre entró en el dormitorio y le sirvió un vaso de agua con hielo.

—¿Habéis tenido una agradable conversación mientras yo no estaba? —preguntó mi madre—. Le he hablado mucho de ti a Isabel, Tom. Dice que nunca ha conocido a una madre que esté más orgullosa de sus hijos, y supongo que tiene razón. Mis hijos han sido siempre toda mi vida.

—Gracias por la visita, Tom —dijo la señora Newbury, estrechándome la mano—. Vuelve pronto, por favor.

—Espero que no tarde en recuperarse, señora Newbury —respondí formalmente—. Si hay algo que pueda hacer por usted, dígamelo, por favor. Buenas noches, señora.

Mi madre y yo nos sentamos frente a frente en el estudio, mientras yo sopesaba las infinitas posibilidades que tenía de hacer el idiota. Si mi madre y Reese Newbury estaban enviándose mutuamente postales de San Valentín sobre el yacente cuerpo de la esposa agonizante, la cosa no era asunto mío; y mucho menos cuando la susodicha esposa parecía encantada con su generoso y modesto papel de casamentera.

—¿Por qué no está en el hospital, mamá? —pregunté, evitando por el momento las cuestiones delicadas—. Cualquiera puede ver que está muriéndose.

—Quiere morir en la casa en que murieron todos sus antepasados —me explicó—. Ha tomado la decisión de morir en su propio lecho.

—¿Qué clase de cáncer tiene?

—Se ha extendido por todo su cuerpo —respondió—. Comenzó con un cáncer en el recto.

—¡Por favor, mamá! —exclamé—. Ni siquiera Dios tiene un sentido del humor tan bueno.

—Eso es lo más cruel que he oído decir nunca —replicó mi madre, levantándose para comprobar que no hubiera nadie escuchando tras la puerta—. Isabel Newbury y yo somos muy amigas, Tom, y no te consiento que le faltes al respeto. La pobre está muy dolida porque sus mejores amistades prácticamente la han abandonado en su enfermedad. Oh, sí, es cierto que vienen una o dos veces al mes y le hacen compañía una hora, pero ella se da cuenta de la prisa que tienen por irse.

—Lo que es verdaderamente asombroso, mamá —observé—, es que Lila Wingo, una de sus peores enemigas, esté cuidándola todos los días y casi todas las noches.

—Siempre he dicho que lo pasado, pasado está. No soy rencorosa. Todo esto está siendo muy duro para el pobre Reese. Está muy perturbado.

—Espléndido —aprobé—. Me alegra que esté perturbado. Siempre he creído que se puede juzgar la humanidad de una persona por su capacidad para odiar a Reese Newbury.

—Es un hombre muy incomprendido —se defendió ella.

—Yo creo que se le comprende muy bien —objeté—. Ahora, si se le presenta un cáncer rectal, sabremos que el Señor tiene realmente un plan divino para cada uno de nosotros.

—¡No te consiento que sigas hablando mal de los Newbury, Tom! —exclamó, encolerizada—. Y te lo digo en serio. En estos momentos, son los mejores amigos que tengo en Colleton. Ya sé que esto te parecerá extraño, pero están mostrándose casi patéticamente agradecidos por la poca ayuda que está en mi mano prestarles. Sabes bien que yo nunca he querido aceptar gratitud por el mero hecho de cumplir con mi deber de vecina; siempre he dado libremente lo que he podido sin exigir nada a cambio. Pero desde que comencé a ayudarlos, me he ido dando cuenta de lo solos que están Reese e Isabel. Te lo aseguro. No tienen auténticos amigos, tal y como tú y yo entendemos esta palabra. Sólo conocen gente que quiere frecuentar su compañía para beneficiarse de su dinero y de su posición social. Desde luego, siendo como son una pareja con mucho mundo, son capaces de advertir a un hipócrita a un kilómetro de distancia.

—Seguro que sí. Los espejos deben de volverlos locos —comenté—. Mamá, he venido aquí porque, papá ha estado en casa hace un rato.

—Ya sé que has venido por eso —dijo ella—. Esperaba tu visita, Tom.

—Dice que está muy arrepentido y que hará lo que sea si vuelves a casa —proseguí, sintiéndome incómodo al utilizar el torpe fraseo de mi padre.

—He desperdiciado demasiados años de mi vida al lado de tu padre —contestó—. ¿Te das cuenta de que ni siquiera estaba enamorada de él cuando nos casamos?

—Hoy le han llegado los papeles del divorcio, mamá —añadí—. Creo que ha sido eso lo que le ha convencido de que esta vez era en serio.

—Reese e Isabel me han permitido utilizar una casita que tienen en la calle Lanier. Ni siquiera quieren cobrarme el alquiler. ¿No es un detalle encantador?

—Hablando de papá —insistí—, ¿qué quieres que le diga, mamá?

—Dile —comenzó, irguiéndose en toda su estatura—, dile que lamento haberle conocido y que lamento haber concebido hijos suyos y que el día en que me libre de él para siempre será el día más feliz de mi vida.

Esperé unos instantes y pregunté:

—¿Estás segura de que no quieres expresarlo de un modo un poco más duro?

—¿Qué derecho tienes a censurar mis decisiones? —inquirió—. Muchas veces me has pedido que me divorcie de tu padre. ¿Qué te ha hecho cambiar ahora de opinión?

—Ahora me resulta patético, mamá —expliqué—. No puedo evitarlo. Cada vez que lo veo, hace sonar los más profundos acordes de piedad en mi corazón. Sigue envuelto en esa insuperable aura de fracaso de la que jamás ha conseguido desprenderse. Ya ni siquiera lo veo como mi padre; es más como una especie de pariente tullido y desfigurado al que visito una o dos veces al año, durante las

vacaciones.

—Entonces, ¿crees que no debería dejarlo?

—Creo que deberías hacer exactamente lo que quieras hacer —contesté, mirándola a los ojos—. Creo que debes buscar ante todo tu propia felicidad, mamá.

—¿Lo dices en serio?

—Probablemente no, pero me parece que son las palabras que me corresponde pronunciar.

—Entonces, ¿puedo contar con todo tu apoyo?

—Los dos podéis contar con todo mi apoyo —respondí.

—Entonces, ¿querrás testificar en mi favor ante el tribunal?

—No. No testificaré en favor de ninguno de los dos.

—¿Y a eso le llamas un apoyo total? —preguntó, con la mitad de la cara oscurecida por la sombra de la lámpara.

—Mamá —contesté—, quiero que oigas una cosa. Esta familia ya me ha hecho bastante daño. Ya ha sido bastante doloroso teneros a papá y a ti como padres. Pero ahora soy un adulto y, si no te importa, me gustaría ver que ponéis fin a vuestro matrimonio sin que el divorcio dé lugar a un nuevo derramamiento de mi sangre. Papá y tú sois bastante mayores como para conseguir el divorcio sin necesidad de involucrar a vuestros hijos. Te agradecería que lo hicieras así.

—¿No querrás declarar ante el tribunal que me pegaba cuando tú eras un niño? —Insistió.

—No. Diré que no me acuerdo de aquellos tiempos.

—Entiendo que no quieras acordarte —replicó, llena de ira—, porque normalmente me pegaba cuando yo me inmiscuía para tratar de protegeros a ti o a Luke.

—Mamá, ya sé que todo eso es cierto —admití—. Lo que estoy intentando decirte es que quiero que nos protejas por última vez. Vernos obligados a testificar en favor o en contra de uno de vosotros sería muy malo para nosotros.

—Bien, de todas formas no te necesito para nada —dijo ella—. Savannah ya me ha asegurado que declarará ante el tribunal si hace falta. Dice que soy una de las mujeres más explotadas y maltratadas que jamás ha conocido, y que hará lo que sea para ayudarme a emprender una nueva vida.

—Siento no poder ayudarte, mamá, pero alguien ha de estar ahí para ayudar a papá a recoger los pedazos cuando te hayas ido.

—Igual que yo tenía que recoger los pedazos cuando tú eras un niño y él te pegaba en la cara.

—Mamá —protesté—, ¿por qué me echas la culpa de que Henry Wingo sea mi padre? ¿Por qué has de echarme eso en cara?

—Sólo te echaré en cara una cosa —respondió—. Siempre te echaré en cara que la única vez que pedí tu ayuda te negaste a concedérmela. Por primera vez en mi vida tengo una oportunidad de ser feliz, y tú no quieres ayudarme a alcanzar esa felicidad.

—La señora Newbury acaba de decirme que el señor Newbury está enamorado de ti, mamá —anuncié, cerrando los ojos.

—Suele delirar a menudo, Tom —alegó mi madre. Dice cosas raras, locuras, todo tipo de insensateces. Pero eso es por el cáncer. Reese y yo nos reímos cuando empieza a hablarnos en ese tono. No le hacemos el menor caso.

—Lo que hagas, sea lo que sea, es asunto tuyo, y cualquier cosa que sirva para hacerte feliz me parece bien. Te lo prometo. Pero me gustaría que tú me prometieras que no destruirás a papá para conseguirlo.

—Sólo quiero lo que merezco —contestó—. Lo que me he ganado durante mi matrimonio.

—Eso es lo que me temía. Mamá, mientras hemos estado aquí hablando, le he echado algún vistazo al mapa que cuelga sobre tu cabeza. Lo vi hace años, cuando me trajiste aquí para que pidiera perdón después de mi pelea con Todd Newbury. Todd me dijo que las agujas verdes marcan las propiedades de Reese Newbury, y las rojas marcan las propiedades que piensa adquirir. Ahora están circulando toda clase de rumores acerca de que el gobierno federal va a venir a Colleton con un grandioso proyecto. Aparecen especuladores de terrenos por todas partes. Hay gente que podría ganar muchísimo dinero.

—No sé de qué estás hablando, Tom —dijo fríamente.

—A juzgar por todas esas agujas verdes, parece que Reese ha conseguido comprar la mayor parte del condado de Colleton —observé.

—Todo el mundo sabe que es el mayor terrateniente de Colleton —asintió, con un curioso y mal situado orgullo.

—Dile a Reese que me parece una falta de tacto que haya puesto una aguja verde en nuestra isla antes de ser su dueño, mamá —dije yo, señalando el mapa—. Y me resulta inquietante que hables de desprenderte de nuestra isla antes de que sea legalmente tuya, mamá. Porque si te haces con ella, mamá, eso significará que Reese Newbury ha tenido que robarla para ti. Y ambos sabemos, mamá, que en esta ciudad tiene el poder de hacerlo. Hay más sapos a su alrededor que en cualquier charca del campo, y la mitad de ellos son los jueces de esta ciudad.

—La isla no me importa en absoluto —replicó mi madre—. Estuve a punto de morir de soledad cuando vivía en ella, y me alegraré de no volver allí nunca más.

—Lo único que papá sabía hacer bien era abusar de su fuerza. No quiero que cometas el mismo error —le advertí.

—El único error que he cometido en esta vida es el de haber sido demasiado amable con todo el mundo —sentenció.

—Es curioso —respondí—. Papá me ha dicho lo mismo.

—En mi caso —añadió—, sucede que es verdad.

—Mamá —dije yo, levantándome para irme—, por si te sirve de algo, te diré que en mi opinión estás haciendo lo conveniente. Papá nunca fue el hombre adecuado para ti.



—Creo que habría podido ser la primera dama —contestó, sin que viniera a cuento.

—¿Qué?

—Sencillamente, creo que tengo todas las cualidades necesarias para desempeñar dignamente el papel de primera dama de nuestra nación. Creo que como esposa de un presidente, o tal vez de un gobernador, habría representado una gran ayuda. Tengo un enorme talento de anfitriona que sólo yo conozco, y disfruto en compañía de las personas que cuentan. A veces pienso en todo lo que habría podido llegar a ser si no hubiera conocido a tu padre en Atlanta.

—Quiero permanecer neutral en este asunto, mamá —insistí, comenzando a dirigirme hacia la puerta—. Ya sé que seguramente los dos os lo vais a tomar a mal, pero así es como pienso actuar.

—Eres un perdedor, Tom —dijo mi madre con tristeza después de darme un beso de despedida—. Eres un perdedor como tu padre. Durante muchos años me he engañado a mí misma, diciéndome que tú eras el más parecido a mí. Tenías un gran potencial.

—¿Quién es ahora el que más se parece a ti? —quise saber.

—Luke —respondió—. Está dispuesto a luchar por lo que quiere. Es un luchador nato, como su madre.

Concluido el asunto que me había llevado allí, me volví hacia la puerta, pero mi madre todavía añadió:

—Por favor, Tom, no repitas a nadie lo que te ha dicho Isabel. Las palabras de un moribundo no deberían tenerse en cuenta.

—No diré nada, mamá —le prometí desde la puerta. Ya en el recibidor principal, besé a mi madre y, sujetándola por los hombros, me eché un paso atrás para estudiarla con detención. Su belleza me conmovía profundamente. Hacia que me enorgulleciera de ser su hijo, pero también suscitaba en mí preocupación por su futuro.

—Mira esto —dijo ella, llevándome a la sala de estar—. En esta sala —susurró—, hay ocho piezas dignas de figurar en un museo. ¡Ocho!

—Debe de resultar difícil que uno se sienta a sus anchas aquí, ¿verdad? —respondí.

—Me preocupa tu padre —observó de pronto—. Tengo miedo de que me haga daño si llevo adelante el divorcio.

—No te hará ningún daño, mamá —la tranquilicé—. Te lo prometo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque Luke y yo lo mataríamos si te pusiera un dedo encima —contesté—. No has de preocuparte por eso nunca más, mamá. Luke y yo ya no somos unos niños.

Pero mi madre había dejado de escucharme. Sus ojos, enfrascados en un lento inventario de todos los objetos de la sala, refulgían de placer.

—¿Quieres tratar de adivinar cuáles son las piezas dignas de figurar en un museo, Tom? —preguntó, mientras yo abandonaba la mansión de los Newbury.

Isabel Newbury falleció mientras dormía, tras un período de intensos sufrimientos. En su funeral, mi madre ocupó un lugar entre los miembros de la familia.

Mi padre rehusó la solicitud de divorcio con la justificación, completamente nueva, de que él era católico y la Iglesia católica no creía en el divorcio. Por desgracia, el estado soberano de Carolina del Sur sí creía. La víspera del juicio llegó Savannah de Nueva York para preparar su papel de testigo estelar de mi madre.

Savannah no dejó de llorar durante su declaración, al igual que Lila y Henry Wingo. El juez Cavender era un antiguo compañero de negocios de Reese Newbury. En el juicio hubo tristeza, pero no sorpresas. Mis padres se cruzaban por los pasillos del tribunal sin intercambiar el menor signo de reconocimiento. Ya habían iniciado el frío proceso de convertirse en extraños cuando el otro aparecía ante sus ojos. Su historia era como un niño hallado asesinado en la nieve. El juicio fue un velorio, una abstracción, y los emblemas de su desamor fueron los tres hijos que contemplaban doloridos cómo se deshacía un matrimonio que, todos estábamos de acuerdo, había sido horrible. Los puños y la ira de Henry Wingo no eran nada ante el fluente desprecio que la ley aplicaba a los maridos que maltrataban a sus esposas. En el estrado de los testigos, mi padre gimió, mintió y trató de halagar al juez. Se mostró muy humano, y su actuación me desgarró las entrañas. Mi madre estuvo encantadora, serena y gentil, pero su voz tenía algo de artificial y falta de convicción. Parecía dedicar sus frases a un oyente secreto situado en la ventana, en lugar de dirigir sus declaraciones a los abogados o al juez Cavender.

Una vez oídos todos los testimonios, el juez concedió el divorcio de inmediato. A continuación, procedió al reparto de los bienes. Henry Wingo conservaba el pesquero, la casa y todos los muebles, todo el dinero asentado en cuentas de ahorro y corrientes, todos los vehículos de motor y el material agrícola, así como todos los activos líquidos de cualquier clase. No debía pagar ni un céntimo de pensión ni responder de cualesquiera deudas que mi madre hubiera podido contraer tras abandonar la casa de mi padre. Y justo cuando parecía que iba a dejar a mi madre en la indigencia, el juez dio lectura al último y más sorprendente párrafo de la sentencia.

A mi madre se le adjudicaba la única y exclusiva propiedad de la isla de Melrose. Un año más tarde, mi madre contrajo matrimonio con Reese Newbury en una ceremonia particular oficiada por el gobernador de Carolina del Sur. Aquella misma semana, mi madre asistió a su primera sesión como respetable miembro de la Liga de Colleton.

La mañana en que ella se casó por segunda vez, mi padre sacó el barco más allá del límite de tres millas y viró hacia el sur, rumbo a Florida. Durante seis meses no supimos nada de él, hasta que Luke recibió una postal suya desde Cayo West. En ella nos anunciaba que estaba capturando toneladas de camarones y que por fin había hallado una forma de ganar dinero en serio. No mencionaba para nada a mi madre ni decía cuándo le veríamos de nuevo. Estaba en alta mar, al oeste de Jamaica, cuando

agentes del gobierno federal dieron a conocer por fin sus proyectos para el condado de Colleton.

En Columbia, en el curso de una rueda de prensa que se celebró en la mansión del gobernador y a la cual asistieron Reese Newbury y mi madre, la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos anunció que sus nuevas plantas de producción iban a ser diseñadas, construidas y dirigidas por la Y. G. Mcwshaw Company de Baltimore, Maryland, y que estarían situadas en el condado de Colleton, Carolina del Sur. Se había decidido adquirir todo el condado para levantar dichas instalaciones, que de ahí en adelante se denominarían Proyecto del Río Colleton. La finalidad de las nuevas industrias sería la producción de materias destinadas tanto a la fabricación de armas nucleares como la del combustible indispensable para el funcionamiento de las centrales de energía nuclear. El Congreso de los Estados Unidos había aprobado la concesión de 875 millones de dólares para iniciar las obras.

Un portavoz de la comisión explicó que aquel lugar había sido elegido tras un estudio exhaustivo de más de trescientas ubicaciones posibles en la totalidad de la superficie continental de los Estados Unidos. Asimismo, subrayó que el establecimiento de las instalaciones y de la necesaria zona de seguridad exigiría el traslado de tres mil cuatrocientas familias en el curso de los dieciocho meses siguientes. Las agencias agrícolas federales y del estado ya habían comenzado a organizarse para prestar asistencia a las familias que se vieran obligadas a mudarse. El traslado de la población de Colleton era el primer caso en la historia de la república en que una comunidad legalmente constituida era absorbida por el gobierno federal. Las plantas industriales entrarían en funcionamiento en un plazo de tres años, y la bonita Colleton, además de convertirse en el primer productor mundial de plutonio, pasaría a producir más bombas de hidrógeno que cualquier otro lugar del mundo a excepción de la Unión Soviética.

—No me importa entregar mi ciudad natal para salvar a mi país de los rusos comunistas —declaró Reese Newbury ante las cámaras de la televisión.

El gobierno anunció a bombo y platillo que ese proyecto era el más costoso y de mayor envergadura que jamás había emprendido el gobierno federal al sur de la línea Mason-Dixon. Inyectaría miles de millones de dólares en la economía de Carolina del Sur y crearía puestos de trabajo desde Charleston hasta Savannah. Por derecho de dominio eminente, el gobierno de los Estados Unidos reclamaba todas las tierras del condado de Colleton, que, como no dejaron de hacer notar, era el más pobre y el que menos habitantes tenía de todo el estado. El gobierno tenía intención de enviar al condado agentes que determinaran el valor de las tierras y las adquirieran a sus legítimos propietarios por el justo precio de mercado. Asimismo, el gobierno nombró un tribunal especial de apelación para solventar cualquier desacuerdo entre los peritos y los propietarios, y prometió trasladar a sus expensas las casas de quienes así lo solicitaran hasta cualquier finca situada no más lejos de trescientos kilómetros de Colleton.

Puesto que a Colleton se le reconocía por lo general cierta importancia histórica, el gobierno deseaba mantener intacta la población en la medida de lo posible, y había comenzado ya a desbrozar unas mil seiscientas hectáreas de terreno al sur del condado de Charleston. En ellas se alzaría Nueva Colleton, y sus tierras se distribuirían gratuitamente entre los desahuciados ciudadanos de la «vieja» Colleton. Los periódicos de todo el estado comenzaron a referirse a Colleton en pasado. Sus editoriales aplaudían la decisión gubernamental de instalar tan vasto complejo en Carolina del Sur, y elogiaban a los habitantes de Colleton por su sacrificio en bien de la defensa nacional. Todos los políticos del estado expresaron su más ferviente apoyo al proyecto. Fueron unos días de adornadas mentiras y biliosos lugares comunes. El alcalde de Colleton estaba completamente a favor del Proyecto del Río Colleton, así como el consejo municipal y todos los funcionarios gubernamentales del condado. Reese Newbury les había advertido acerca de las intenciones del gobierno antes de que se hicieran públicas, y todos ellos habían invertido su capital en la adquisición de las tierras aún disponibles en el condado.

Hubo reuniones ciudadanas con acaloradas disputas entre funcionarios municipales y ciudadanos particulares, pero la demoledora maquinaria del gobierno se había puesto ya en marcha y ni siquiera conseguimos retrasar su avance de coloso por nuestro condado. Los naturales de Colleton escribieron cartas de protesta a los periódicos y a sus representantes en el congreso. Pero todos aquellos que ostentaban algún cargo de responsabilidad veían, más allá de la pérdida temporal de una bonita y atrasada población, la época en que el condado de Colleton sería la sede de una, variopinta multitud de científicos y obreros especializados. Tan sólo ocho mil doscientas personas perderían su hogar al trasladarse, y el gobierno prometía mostrarse solícito y generoso en su ayuda a los habitantes de Colleton. No hubo votaciones, referéndum ni encuestas privadas entre los ciudadanos. Despertamos una mañana para enterarnos de que nuestra ciudad iba a desvanecerse sin dejar rastro en las dunas de la memoria. No había forma de oponerse a la decisión, pues se nos negaba el derecho a recurrir contra ella si rehusábamos aceptar la premisa básica del gobierno, es decir, que Colleton debía ser trasladado en el sacrosanto nombre del progreso.

El gobierno convocó una reunión, solamente una, para explicar a los habitantes de Colleton cómo se organizaría la diáspora. Esta reunión tuvo lugar en el gimnasio de la escuela secundaria, bajo el agobiante calor de agosto. Las aceras quedaron atestadas de gente que no había podido entrar, y se instalaron altavoces para que todo el mundo pudiera escuchar. Un agente federal que trabajaba para la Comisión de Energía Atómica iba a pronunciar un discurso y luego contestaría todas las preguntas. Se llamaba Patrick Flaherty y era un hombre esbelto, elegante y de pulcros modales. Tenía todo el aspecto de ser intocable y puntilloso. Hablaba con voz átona y desprovista de acento. En el reino de la ley, representaba al gobierno, a la ciencia, a los extraños que no cesaban de acudir al condado en un flujo incontenible, y a todos

los eslóganes desfigurados y las palabras torcidas que utilizaban para disimular el hecho de que iban a dar muerte a nuestra ciudad.

Patrick Flaherty era un ejemplar perfecto del norteamericano moderno. Cuando empezó su discurso, le escuché atónito y anestesiado por su heroico e impecable dominio de todos los estereotipos del idioma. Su lengua era un refugio de banalidades. Todos los gestos que hacía y todas las palabras que pronunciaba resultaban untuosos de condescendencia. Era la quintaesencia del funcionario: todas sus íes llevaban punto y todas sus frases estaban marcadas por una portentosa vacuidad. Limpio, flexible y desprovisto de cualquier vestigio de compasión, Patrick Flaherty se alzaba ante nosotros como una ofensa a la vista, en nuestro siglo de por sí aberrante y alucinado. Su voz inundaba el gimnasio con toda una lotería de estadísticas. Era una voz metálica e inanimada, y todas sus palabras parecían empolvadas con brillantes y mortíferas motas de sílice. Le escuchamos en silencio mientras nos explicaba cómo iban a trasladar nuestra ciudad, casa por casa y ladrillo por ladrillo.

Finalmente, como conclusión, añadió:

—Quiero decirles que, en mi opinión, los habitantes de Colleton son las personas más afortunadas de los Estados Unidos. Se les ha presentado la oportunidad de demostrar su patriotismo ante el mundo entero, y lo hacen sabiendo que los Estados Unidos estarán más seguros a causa de su sacrificio. Los Estados Unidos necesitan plutonio, necesitan submarinos nucleares y necesitan misiles MIRV, porque los Estados Unidos aman la paz. La palabra «plutonio» podría deletrearse P-A-Z. Sabemos que a muchos de ustedes les entristece tener que abandonar su hogar, y, créanme, todos cuantos participamos en el proyecto compartimos el dolor de esta buena gente. Les aseguro que cuando lo pienso, se me hace un nudo en el estómago. Pero sabemos que, con todo lo que aman a Colleton, todavía aman más a los Estados Unidos. Y, buena gente, si ahora creen que aman a Colleton, esperen a ver lo que les tenemos preparado en Nueva Colleton. Un cuartel de bomberos, un tribunal, una comisaría de policía, escuelas, parques, y todo por estrenar. Les prometemos que, cuando hayamos terminado, Nueva Colleton va a ser una de las poblaciones más hermosas de los Estados Unidos. Si están encariñados con su vieja casa ancestral, será un placer para nosotros trasladarla a Nueva Colleton piedra por piedra y de forma totalmente gratuita. Estamos aquí para hacer que se sientan felices porque cuando los Estados Unidos necesitaron ayuda ustedes respaldaron a los Estados Unidos diciendo «sí» al programa de átomos para la Paz, dirigido por la Comisión de Energía Atómica. Creo que deberían ponerse todos en pie y dedicarse ustedes mismos una entusiasta ovación.

No se movió nadie. No se oyó ningún sonido en el gimnasio, salvo el solitario aplauso de Patrick Flaherty.

Inquieto por el silencio, Flaherty preguntó si alguno de los habitantes de Colleton deseaba dirigir la palabra a sus conciudadanos.

Mi hermano Luke se puso en pie a mi lado y recorrió toda la longitud del gimnasio con los ojos de la ciudad fijos en él. A su paso, iba creando un campo de perturbación. Se movía con elástica intensidad y su rostro reflejaba la oscura y barnizada expresividad de una herida en el espíritu. Cuando se detuvo ante el micrófono, no hizo nada para reconocer la presencia de los políticos que quedaron a su espalda. Tampoco dio muestras de reconocer a su madre, sentada en el estrado entre los restantes invitados de honor. Desplegó cuidadosamente tres hojas de papel amarillo y comenzó a hablar.

—Cuando combatía en Asia, me enviaron una vez de permiso al Japón. Allí pude visitar dos ciudades llamadas Hiroshima y Nagasaki. Hablé con gente lo bastante afortunada como para haber visto el programa de átomos para la Paz en plena acción. Hablé con personas que habían estado presentes en aquellas ciudades cuando les arrojaron dos bombas en 1945. Un hombre me enseñó una foto de un perro hambriento devorando a una niña entre las ruinas. Vi mujeres con cicatrices espantosas. Estuve en un museo, en Hiroshima, donde sentí náuseas de ser norteamericano. El plutonio no tiene nada que ver con la paz. Es una palabra en clave para designar el Apocalipsis, la Bestia de Sión. Terminará haciendo con todo el mundo lo que ahora hace solamente con Colleton. Pronto convertirán nuestra hermosa ciudad en un lugar dedicado a la destrucción del universo, y todavía no he oído a un solo hombre o mujer de esta ciudad decir «no». Constantemente me pregunto: «¿Dónde están los leones? ¿Dónde se han dormido?».

“Desde que el gobierno federal anunció que iba a robar mi ciudad, he estado haciendo lo que cualquier sureño haría: he recurrido a la Biblia en busca de fuerza y de consuelo. He tratado de encontrar en la Biblia algún mensaje que me confortara en estos momentos de inquietud. He leído la historia de Sodoma y Gomorra para ver si podía hallar algún paralelismo entre Colleton y esas dos perversas ciudades, pero debo decir que no ha sido así. Colleton es una ciudad de jardines, de botes de recreo y de campanadas en la iglesia todos los domingos. No es perversa en ningún aspecto que yo sea capaz de advertir. La única falta que podría reprocharle es que ha originado unas personas que no la aman lo suficiente, unas personas capaces de vender su ciudad a unos extraños por treinta monedas de plata. Así pues, seguí leyendo la Biblia con la esperanza de hallar un mensaje del Señor que me proporcionara socorro contra la ira de los filisteos. Porque si no intento salvar a la única ciudad del mundo que amo verdaderamente, entonces quiero que Dios me convierta en estatua de sal por no haber mirado atrás. Preferiría ser una inerte estatua de sal en Colleton que un judas Iscariote, cubierto de oro y de la sangre de su ciudad natal, en cualquier otro lugar del mundo.

A medida que Luke pronunciaba su discurso, la conciencia sin voz de la ciudad comenzó a alzarse de entre los muertos. Se oía un rumor de insurgencia arremolinándose entre la murmurante multitud. La voz de mi hermano había hecho resonar campanadas de solidaridad en el pecho de todos los hombres, mujeres y niños

capaces de conmoverse ante una apasionada apelación al amor del hogar. La misma suavidad de aquella voz se convertía en una acusación contra el letargo que había cubierto la ciudad como un polvillo imperceptible. Cuando invocó el nombre del Iscariote, pudo sentirse el endurecimiento, la agitación y la alborozada lucidez que surgen de los fuegos de la disensión.

—No logré hallar en la Biblia aquello que buscaba hasta que volví a comenzar por el principio. Entonces oí que Dios me hablaba con una voz que yo era capaz de entender y obedecer. Muchos de vosotros creéis en la interpretación literal de la Biblia. También yo creo en la interpretación literal de la Palabra de Dios. Pero todos sabemos que en la Biblia el Señor nos habla de dos formas distintas, y hay que distinguir entre ambas. Hay libros de revelación y libros de profecía. Los libros de revelación son aquellos que nos refieren acontecimientos históricos como el nacimiento de Jesús, su crucifixión y su muerte en la cruz. El libro de la Revelación en sí es una obra profética en la que el evangelista predice el juicio final y la llegada de los cuatro jinetes del Apocalipsis. Ninguna de estas cosas ha ocurrido todavía, pero sabemos que han de ocurrir porque así está escrito bajo el nombre del Señor.

“Mientras estaba leyendo la historia de la creación, se me apareció la respuesta como en una visión. El Génesis no es un libro de revelación, sino un libro de profecía. Creo que nos habla de lo que ocurrirá en el futuro, no de lo que ocurrió en el pasado. ¿Acaso es tan difícil para los que hemos crecido junto al río Colleton y conocemos la belleza de las estaciones y las marismas; es tan difícil digo, imaginar que aún estamos en el Paraíso, que todavía no hemos sido expulsados del jardín del Edén? ¿Que Adán y Eva todavía no han nacido y que vosotros y yo, sin suponerlo siquiera, estamos viviendo en el Paraíso?

“Sabéis que a Jesús, en la Biblia, le gusta expresarse en parábolas. ¿No es posible que el libro del Génesis sea sencillamente una parábola más, que sea la forma en que Dios nos advierte de los peligros del mundo por medio de una narración? Y si por un momento podéis pensar, como yo, que tal vez el Génesis sea una parábola, entonces reflexionad sobre esto: cuando Eva se yergue para tocar el fruto prohibido y pierde el Paraíso y es expulsada de la perfecta felicidad del Edén, ¿no puede ser que Dios nos esté hablando a los que vivimos hoy en Colleton? ¿Cuál es el fruto que destruirá nuestra perfecta morada? ¿Qué es lo que va a expulsarnos del Paraíso, hacia tierras desconocidas? ¿Qué es lo que nos arrancará de todo lo que hemos conocido y amado y agradecido a Dios todos los días de nuestras vidas?

“He leído el Génesis, vecinos y amigos míos, y creo que ahora conozco la respuesta. He rezado a Dios para pedirle sabiduría y creo que él me ha concedido esta sabiduría.

“El Génesis es una parábola; es la voz de Dios que se extiende a través de los siglos para precaver a la gente de Colleton y a toda la gente del mundo contra aquello que puede destruir para siempre nuestro Paraíso.

—Lo que Eva tocó no fue una manzana. —Hizo una pausa—. Creo que el fruto

prohibido es el plutonio.

A mi espalda, en lo alto de las gradas, Lucy Emerson, la cajera del banco, se incorporó de un salto y gritó:

—¡Amén, hermano! Y el público emitió un rugido de solidaridad. Patrick Flaherty se acercó al estrado y trató de quitarle el micrófono a Luke. La respuesta de Luke resonó por los altavoces:

—Vuelva a sentarse, hombre de ciencia. Todavía no he terminado.

La muchedumbre había comenzado a mostrarse inquieta, como carente de peso bajo la luz del sol y alterada por la fuerza de la palabra hablada.

Luke reanudó su discurso:

—Creo que en Colleton tenemos lo que todos los demás están buscando. Creo que es una ciudad por la que vale la pena luchar. Creo, incluso, que es una ciudad por la que vale la pena morir. Me asombra, hermanos, que hayamos admitido entre nosotros a unos extraños que han prometido destruir nuestra ciudad, llevarse nuestras casas, desenterrar a nuestros muertos. Creía que éramos sureños y que era nuestro amor hacia la tierra lo que nos distinguía de los demás norteamericanos, pero entonces recordé que han sido sureños y ciudadanos de Colleton quienes han traído a los extraños a nuestra ciudad y han vendido Colleton por un puñado de monedas.

Volvió el rostro hacia mi madre, hacia los políticos y hombres de negocios que ocupaban la plataforma, y, haciendo un gesto de desdén con la mano, prosiguió:

—Son los nuevos sureños, cuya alma y corazón están en venta, que pueden ser comprados con el dinero de los extraños. Por mí, pueden irse a vivir a Nueva Colleton o pueden irse de cabeza al infierno. No son mis hermanos. No son parte del Sur que yo amo.

“Tengo una sola propuesta que hacer. Os hablo movido por la desesperación, pues ya han comenzado a talar los árboles de la isla en que nací. Recordemos quiénes somos: los descendientes de hombres que en otro tiempo estremecieron al mundo porque no quisieron renunciar a sus derechos en favor del gobierno federal. Nuestros antepasados murieron en Bull Run, en Antietam y en Chancellorsville. Creo que lucharon por una causa equivocada, y no desearía que ningún hombre fuese mi esclavo, pero tampoco quiero ser yo esclavo de ningún hombre y no estoy dispuesto a consentir que ningún hombre me expulse de la tierra que Dios me concedió cuando nací. Ahora me dicen que Luke Wingo tendrá que hacer su equipaje y salir del condado de Colleton antes de un año o será castigado por la ley.

Se detuvo un instante y, con voz fría y serena, declaró:

—Os prometo una cosa: Luke Wingo no se irá. Os prometo que tendrán que venir a buscarme y expulsarme de esta tierra por la fuerza. Y Luke Wingo os promete también que no va a resultarles fácil.

“He hablado con casi todos vosotros y sé que a la mayoría no os gusta en absoluto. Pero están jugando con vuestros sentimientos y os dicen que es un deber patriótico cruzar el puente hacia tierras extrañas como perros con el rabo entre las



patas. Saben que sois sureños y por eso creen que sois estúpidos, y verdaderamente seréis estúpidos si os vais sin pelear. Os han dicho que las bombas, los submarinos y los misiles que salgan de aquí servirán para matar rusos. No hay una sola persona en este gimnasio que haya visto nunca un ruso. ¿Qué haríais si un maldito ruso se presentara en vuestra casa esta noche y os dijera: «Vamos a trasladar a todos los habitantes de esta ciudad sesenta kilómetros río arriba, a derruir vuestras escuelas e iglesias, a dividir vuestras familias y a profanar las tumbas de vuestros seres queridos»? El condado quedaría sembrado de rusos muertos, y vosotros lo sabéis tan bien como yo. Para enviarme a Nueva Colleton, tanto daría que me enviaran a Rusia. No conozco ninguna Nueva Colleton.

¡Dinos qué hemos de hacer, Luke! —gritó una voz.

¡Dínoslo, Luke! —rugieron otros.

—No sé qué hacer —respondió él a las voces—. Pero tengo algunas sugerencias. No sé si darán resultado o no, pero podemos intentarlo. Mañana mismo podemos presentar una petición para que todos los funcionarios electos de este condado sean destituidos. ¡Expulsemos a esos codiciosos cabrones! Luego, podemos promulgar una ley que prohíba nuevas construcciones federales en todo el condado. Ellos, desde luego, tendrán sus leyes para contrarrestar nuestras medidas, y caerán sobre nosotros con todo el peso de la ley estatal y federal.

«Si persisten, me gustaría sugerir que el condado de Colleton proclame un Acta de Secesión del estado de Carolina del Sur. A la luz de la historia, ningún estado debería entender los impulsos secesionistas mejor que Carolina del Sur. Hagámonos cargo de nuestro propio destino y declaremos al condado de Colleton zona perpetuamente libre de la producción de plutonio. Si es necesario, proclamemos que Colleton es un estado soberano. Concedamos al gobierno federal un plazo de treinta días para que reconsidere su actitud y desista de llevar adelante el Proyecto de Río Colleton y de expulsar a la gente de sus tierras. Gritémosles las palabras de Thomas Jefferson en la Declaración de Independencia; gritémosles estas palabras cuando llamen a nuestras puertas: “Cuando cualquier forma de gobierno se vuelve contraria a estos fines (la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad), el pueblo tiene derecho a modificarla o a abolirla y a instituir un nuevo gobierno”. Si se niegan a escucharnos, creo que deberíamos declararnos en estado de guerra. Nos derrotarían fácilmente, sin duda, pero podríamos abandonar nuestros hogares con algún sentido del honor. Dentro de cien años se cantarían canciones celebrando nuestro valor. Les enseñaríamos la fuerza de decir que no.

»Si los agentes del gobierno federal siguen acudiendo a vuestros hogares y persisten en expulsar bajo amenazas a los ciudadanos de Colleton, entonces yo os digo a vosotros, amigos y vecinos míos de toda la vida: luchad contra ellos, luchad contra ellos.

»Cuando llamen a vuestra puerta, poneos un brazalete verde para que sepan de qué lado estáis. Este será el uniforme de nuestro descontento. Pedidles cortésmente

que abandonen vuestra propiedad. Si se niegan, apuntadles a la cara con una pistola y pedídselo de nuevo. Si siguen negándose, metedles una bala en el pie.

»Leí en cierta ocasión que cuando surgió por primera vez el concepto de derecho consuetudinario, en Inglaterra, ni siquiera el rey podía cruzar el umbral de la casa del más miserable campesino sin contar con su permiso. Lo que ahora reclamo en nombre de todos es que el rey no cruce nuestras puertas. El hijo de puta no ha sido invitado».

El sheriff Lucas se acercó a Luke por la espalda y le cerró unas esposas en torno a su muñeca. Luego, con sus dos ayudantes, lo empujó rudamente hacia la puerta y la reunión se suspendió sin que se oyera un solo sonido por parte de las mil personas que abarrotaban el gimnasio. En aquel silencio había mala sangre y sedición, pero no, en cantidad suficiente.

A Luke le tomaron las huellas digitales y fue oficialmente acusado de proferir amenazas terroristas contra los funcionarios federales y estatales. También se le acusó de promover actos sediciosos contra el estado de Carolina del Sur. Luke respondió que no reconocía la autoridad del gobierno federal ni la del estado, y que se consideraba su prisionero de guerra en las actuales hostilidades entre Colleton y los Estados Unidos; dio su nombre, su graduación y su número de identificación, y amparándose en las cláusulas de la Convención de Ginebra sobre prisioneros de guerra rehusó responder a cualquier otra pregunta.

Al día siguiente, el Charleston News and Courier publicó un irónico comentario anunciando que el sheriff de Colleton había tenido que disolver la primera reunión secesionista que se celebraba en Carolina del Sur en los últimos cien años. En los comercios de la calle de las Mareas no circuló ninguna solicitud de destitución de los funcionarios electos ni se vieron brazaletes verdes en señal de oposición al Proyecto de Río Colleton. Tan solo un hombre se había tomado verdaderamente a pecho las palabras de Luke, y ese hombre estaba ya recluido en una celda con vistas al río.

La guerra de Luke acababa de empezar.

A la tarde siguiente acompañé a mi madre, no de muy buen grado, a visitar a Luke en la cárcel. Cogidos del brazo, anduvimos hacia la ciudad mientras empezaban a florecer pálidas luces en las ventanas de los comedores. Las mansiones que otrora me parecieran eternas se me antojaban ya tan frágiles y efímeras como cartas de amor escritas sobre la nieve junto a una farola callejera había aparcado un *bulldozer* que de algún modo articulaba el destino de Colleton en su corcovado y rechoncho silencio. Parecía en parte insecto y en parte samurai, y de sus encías sangraba la tierra de mi ciudad. Mientras mi madre y yo avanzábamos sin decir palabra, sentía los blandos lienzos de mi familia desplegarse en mis manos. Las calles estaban endulzadas por la lluvia y percibíamos los efluvios de los jardines que ardían con largos gallardetes de glicinas y disciplinados medallones de rosas, y no pude menos que pensar. «¿Qué les sucederá a estos jardines?». Me afligía una inefable sensación de pérdida. Me apenaba no poder decirle a mi madre ni una sola palabra amable. De haber sido lo

bastante hombre, la habría estrechado entre mis brazos para decirle que la entendía perfectamente. Pero cuando se trata con Tom Wingo, hay que dar por sentado que siempre hallará la forma de envilecer y degradar cualesquiera virtudes que una confiada hombría pudiera ofrecer. Mi virilidad se revestía de un brillo espúreo, como la reluciente artillería de un condado que se rendía sin combatir.

Antes de entrar en la cárcel, mi madre me apretó la mano y me rogó:

—Por favor, Tom, préstame ahora tu ayuda. Ya sé que estás enojado conmigo, pero me asusta pensar en lo que puede hacer Luke. Lo conozco mejor que nadie, Tom. Luke se ha pasado la vida buscando una causa por la que valiera la pena morir, y temo que haya llegado a la conclusión de que ya la ha encontrado. Si no logramos detenerlo ahora, sé que lo perderemos.

La sala estaba dividida en ocho partes iguales, una de las cuales constituía la celda de Luke. Cuando el sheriff nos acompañó hasta la reja para que pudiéramos hablar con él, Luke estaba mirando el río. La luna le revolvió los cabellos, y el juego de luz y sombra de los barrotes convertía su rostro en algo tan regularmente distribuido como una octava de un piano. La luz se albergaba en la musculatura de su cuello y sus hombros, y contemplándolo supe que jamás vería un cuerpo masculino de mayor belleza. Sus músculos eran largos y bien dibujados, y recubrían su osamenta con perfecta articulación y simetría. En torno a él se percibía un aura de fría materialidad. Se podía oler su furia o leerla en el *graffiti* de sus hombros en tensión. No se volvió para saludarnos.

—Hola, Luke —comenzó mi madre, con incertidumbre.

—Hola, mamá —respondió sin apartar la vista del refulgente río.

—Estás muy enfadado conmigo, ¿verdad, Luke? —dijo ella, tratando de quitarle importancia a la cosa.

—Pues sí, mamá. ¿Cuánto hace que lo sabías? ¿Cuándo te dio Newbury la gran noticia? ¿Cuándo se te ocurrió la idea de robar lo único que ha poseído papá en toda su vida?

—Me gané el derecho de ser propietaria de la isla —afirmó mi madre—. Ese pedazo de tierra me ha costado sangre.

—Lo has robado, lisa y llanamente. No esperes que tus hijos te aplaudan por lo que has hecho.

—No puedes hacer nada al respecto. La isla se ha ido. Colleton se ha ido. Todos debemos empezar de nuevo.

—¿Cómo se puede empezar de nuevo, mamá? —preguntó mirando al río—. ¿Cómo se puede empezar de nuevo cuando no se puede volver la vista atrás? ¿Qué le sucede a un hombre cuando mira a su espalda para ver lo que es y de dónde viene, y lo único que encuentra es un cartel de «Prohibido el paso»?

—¿Quién te escribió el discurso? —quiso saber mi madre—. Me refiero al que pronunciaste anoche.

—Lo escribí yo —contestó—. No hay nadie más que piense lo mismo.

—Gracias a Dios que los demás tienen sentido común. Pero ¿quién te ayudó a escribirlo? Puedes decírmelo.

—Mamá, desde que nací has estado convencida de que soy estúpido. No he logrado entenderlo nunca. Incluso llegaste a convencerme a mí también. Siempre me he sentido torpe, en la escuela y cuando estaba con Tom y Savannah, pero lo que en realidad ocurre es que veo las cosas de un modo distinto al de la mayoría de la gente. Tengo un ángulo de visión diferente. La mayor parte de la gente aplica su inteligencia a un centenar de cosas, mientras que yo sólo soy inteligente en cuatro o cinco. En algo sí tienes razón: lo de que el Génesis es un libro de profecía no lo he inventado yo. Se lo oí decir a Amos en un sermón que dio en su iglesia antes de morir. Un sermón muy bueno, por cierto.

—¿Pretendes decirme que Amos creía que el fruto prohibido era el plutonio? —inquirió mi madre con voz agria.

—No, eso tuve que cambiarlo —admitió Luke—. Amos creía que el fruto prohibido era el aire acondicionado, pero eso no encajaba con lo que yo quería decir.

—En este asunto, el gobierno es el mejor juez —prosiguió mi madre, suavizando el tono—. Necesita estas instalaciones para la defensa nacional.

—¿Desde cuándo el gobierno es el mejor juez, mamá? —preguntó Luke con voz cansada y decepcionada—. El mejor juez, ¿en qué? Lo mismo me dijiste cuando me enviaron al Vietnam. Exactamente lo mismo. Conque allí me fui, a matar campesinos mamá, nada más que campesinos, tan pobres que daban ganas de llorar. Maté sus búfalos, sus hijos y sus mujeres; maté todo lo que se movía delante mío. Incluso llegué a matar algún soldado, mamá, pero no muchos. Y todo lo hice porque mi gobierno era el mejor juez. Ahora te respondo mamá, que el gobierno no sabe una mierda. El gobierno es malvado, todos los gobiernos. Y esto lo he averiguado yo solo. Si alimentan a los pobres, es porque temen que esos pobres se subleven y les corten la garganta. Tanto hablar de Rusia... ¿Sabes qué pienso de Rusia? Que es una mierda. Y los Estados Unidos también son una mierda. El gobierno de Vietnam que yo ayudaba a defender era una mierda, y los norvietnamitas son una mierda. ¿Sabes por qué fui a luchar al Vietnam, mamá? Porque si me negaba me metían en la cárcel. Bonita elección, ¿verdad? Por el mismo motivo pago mis impuestos: porque si no lo hago, me meten en la cárcel. Y ahora, si quiero volver al sitio en que nací, mi maravilloso gobierno me amenaza con meterme en la cárcel. Ayer mismo cité en público la Declaración de Independencia y mi fabuloso gobierno me ha encerrado en la cárcel.

—No puedes luchar contra la ley, hijo mío.

—¿Quién dice que no puedo? Luché contra el Vietcong. Dime por qué no habría de poder luchar contra la ley.

—Luke, estás hablando como si creyeras que puedes hacer al mundo exactamente como tú lo deseas —objetó mi madre, apoyando la cabeza en los barrotes de la celda—. Eres tan rígido, tan terco, tan...

—¿Tan estúpido, mamá? —le interrumpió él, acercándose a los barrotes para

mirarle a la cara—. Vamos, dilo. Ya sé que lo piensas.

—No, no es ésa la palabra que estaba buscando Luke —dijo ella—. Quería decir tan puro. Pero tu pureza jamás te lleva a la sabiduría; sólo hace que te enamores de causas perdidas.

—No considero que ésta sea una causa perdida. Me limito a decir que no. Tengo derecho a decir que no. Soy un jodido norteamericano. Fui a una guerra para poder decir que no. Me he ganado este sencillo derecho. Mi país libró una guerra de mierda en un país de mierda y yo dije «sí» a eso. Pero la causa por la que nos dijeron que estábamos luchando era la defensa del derecho de la gente a elegir su forma de vivir. Nos lo dijeron una y otra vez. Naturalmente, nos mentían. Pero yo quise crérmelo. No fui a combatir pensando que al regresar, mi propio gobierno iba a expulsarme de mi casa. Si lo hubiera sabido, habría luchado al lado del Vietcong. Savannah y Tom dijeron «no» a la guerra, y yo luché para que pudieran decirlo. Porque, mamá, tienes toda la razón: soy un estúpido. Me creí todo lo que me explicaron acerca de los Estados Unidos. No hay nadie que ame este país más que yo. Nadie. Sólo que no me refiero a todo el país. Me importan una mierda Idaho o Dakota del Sur. Nunca he estado en esos sitios. Mi hogar es mi condado, lo que puedo ver desde esta ventana, Son sólo unos cien kilómetros cuadrados del planeta Tierra, pero eso es lo que yo amo y por eso fui a la guerra.

—Y, por eso mismo tendrás que irte, Luke —añadió mi madre—. ¿Te has enterado de lo del pobre señor Fruits? No ha querido dejar entrar a los agentes en su granja del río Kiawah. Parece que se tomó en serio tu discursito de anoche. El viejo Jones ha hecho lo mismo, y, eso que vive en un remolque. El juez ya ha ordenado que los detengan.

—Mamá, cuando salga de aquí no pienso irme de mi casa —le aseguró Luke con aire fiero.

—Estás hablando por hablar, Luke —dijo ella—. Si tratas de quedarte en la isla, vendrán y te llevarán, como van a hacer con Fruits y Jones.

—Yo no soy el pobre Fruits ni el viejo Jones.

—Te eduqué para que fueras un ciudadano respetuoso de la ley.

—El lugar donde me eduqué ya no existe —replicó él—. Tu marido y los malditos políticos han montado una conspiración para arrebatarme mi hogar.

—Reese no ha montado ninguna conspiración; y me sabe mal oírte hablar así de mi marido.

—Lleva años comprando tierras, mamá, y obligando a los granjeros pobres a abandonar el condado. Hace tiempo que sabía lo que iba a ocurrir. Hace diez años que el número de habitantes del condado disminuye constantemente porque él no deja de expulsar a la gente de sus tierras. Y se casó contigo para conseguir el único terreno grande que no podía comprar.

Mi madre introdujo la mano por entre los barrotes y abofeteó enérgicamente a Luke.

—Se casó conmigo porque adora hasta el suelo que piso —replicó, enfurecida—. Y aunque mis hijos no se hayan dado cuenta todavía, soy absolutamente digna de esa adoración.

—Lo eres, mamá —asintió Luke con voz queda—. Siempre he tenido la certeza. Siempre he creído que eras maravillosa y siempre he lamentado que papá y tú fueseis tan desdichados juntos. Me alegra ver que por fin eres feliz y comprendo que sólo has hecho lo que tenías que hacer. Pero quiero que entiendas que yo también debo hacer las cosas a mi manera. He reflexionado mucho sobre esto. Desde que lo anunciaron, no he pensado en otra cosa.

—¿Qué te parece que puedes hacer, Luke? —preguntó mi madre.

—Me parece que puedo detenerlos.

—Estás majara, Luke —dije yo, pronunciando mis primeras palabras desde que había entrado—. He hecho un trato con el sheriff: dice que te dejará libre si aceptas presentarte en el hospital mental del estado para ser sometido a observación durante dos semanas. Creo que deberías hacerlo.

—¿Por qué, Tom? —se extrañó él.

—Porque sólo dices locuras, Luke —respondí—. No puedes hacer nada para impedir este expolio. Es un hecho consumado. La cosa está decidida, y deberías pensar en empezar una nueva vida.

—Todo el mundo me dice que no puedo hacer nada —protestó—. A los seres humanos les encanta acurrucarse a llorar como cachorrillos.

—¿Qué piensas hacer?

—Presentar una pequeña protesta —contestó. La luz de la luna confería un aspecto algodonoso a sus cabellos.

—No servirá de nada —vaticiné.

—Tienes razón, Tom —reconoció, sonriente ¿Y qué?

—Entonces, ¿por qué lo haces? —insistí con desesperación.

—Para poder vivir conmigo mismo. ¿Por qué no te unes a mí, Tom? Los dos juntos podríamos darles algo serio en que pensar. Nadie conoce estos bosques y estas aguas mejor que nosotros. Entre los dos, haríamos quedar al Vietcong como una pandilla de novatos.

—Tengo una familia —repliqué, encolerizado—. ¿Es que no lo sabías? Mi situación no es la misma que la tuya.

—Tienes razón —repitió—. Tu situación es distinta.

—No me gusta el tono con que lo dices.

—Eso no cambia nada —respondió—. ¿Sabes una cosa, Tom? Yo creía que tú eras el que prometía más de los tres. Pero en un momento dado pasaste de ser algo a no ser gran cosa. Y tienes muchas posibilidades de convertirte en nada, en la nada más absoluta. Un hombre sólo lleva en su interior unos cuantos «síes», y termina gastándolos todos.

—¡Te estoy diciendo que no ahora! —vociferé.

—No, hermanito —protestó—. Estás diciéndoles «sí» a ellos.

—No puedes enfrentarte al gobierno, Luke —alegó mi madre.

Luke volvió hacia ella sus luminosos y tristes ojos. Eran como los de una pantera obediente.

—Ya lo sé, mamá —asintió—. Pero creo que puedo ser un adversario digno.

Y un digno adversario fue Luke Wingo. No hablo ahora como testigo, sino como un preocupado recolector de hilos y retazos. Durante el único año que hizo falta para disolver mi ciudad y mi familia, escuché atentamente y consolidé bien las brumas del rumor y las insinuaciones, y mantuve siempre al día el inventario de la catástrofe. Graciosa era la ciudad junto al meandro del río que fue desmantelada en el plazo de un año. Hermosa era Colleton en su última primavera, cuando dejaba caer las azaleas como una muchacha que arroja puñados de arroz en una boda desgraciada. Con deslumbradora exuberancia, Colleton maduraba en un cendal de jardines amenos, y toda la ciudad se dolía bajo un baldaquín de promisorias fragancias. Garzas azuladas, ágiles aun en su etérea inmovilidad, remontaban el vuelo entre la vegetación de las marismas. Una familia de nutrias retozaba sobre el cabrilleo de las olas en el pecio embarrancado junto al puente, y todos los árboles muertos que bordeaban el río estaban invadidos de tímidas bandadas de grajos. Las águilas pescadoras llevaban temblorosas truchas a los polluelos que esperaban en sus nidos parecidos a sombreros sobre los altos postes de teléfono. En los canales danzaban las marsopas. Los camarones acudían a desovar a los arroyos.

Pero no había ninguna flota pesquera esperándolos, ni una sola red que interceptara su avance, en incontables miles de millones, hacia las ondulantes extensiones pantanosas.

Por razones de seguridad, las aguas de Colleton habían sido declaradas zona de prohibida para todo tipo de pescadores. Fue en aquella primavera cuando comenzó el traslado de la ciudad.

Vi cómo se llevaban las grandes mansiones de la calle de las Mareas. Cientos de hombres con gatos hidráulicos, con poleas e inmensos planos inclinados, arrancaron las enormes viviendas de sus cimientos y, con todo el misterio y la astucia de la física, las obligaron a deslizarse hacia las descomunales barcazas que esperaban en el río. Aseguradas con cables de acero, las casas comenzaron a remontar el río en dirección a Charleston. Vi la casa de mi madre flotar sobre la marea, semejante a la tarta nupcial de un rey bueno, mientras ella y Reese Newbury, de pie, saludaban a los curiosos de la orilla. Se sirvieron champaña en fino cristal, alzaron sus copas hacia la ciudad Y tras apurarlas, las arrojaron a las cobrizas aguas. El puente se abrió a su paso y mi madre, su nueva casa y su marido flotaron milagrosamente entre los pilares, en un río que de pronto se había poblado con una armada de mansiones de blancas columnatas. En el curso de las semanas que siguieron no se podía mirar hacia el río sin divisar algún edificio conocido moviéndose con extraña dignidad por encima de las marismas, navegando desde un pasado majestuoso.

También las carreteras se llenaron con el tráfico de grandes camiones que



transportaban otras viviendas a sus diversos destinos en Carolina del Sur. Un día me sorprendió ver pasar una casa junto a mí, y hasta después de algunos instantes no caí en la cuenta de que había sido testigo del primer viaje de la casa de mi abuela. El chapitel de la iglesia bautista, semejante a un gran misil yacente, siguió el mismo camino pocos minutos más tarde. Yo iba tomando fotografías con mi Minolta y se las enviaba a Savannah, que escribió un largo poema sobre la destrucción de su ciudad natal. A través del objetivo de mi cámara, les vi trasladar la iglesia episcopal de una sola pieza: se movía sobre el crepúsculo con una gracia tal que parecía ir volando. Fotografié a los sudorosos obreros que desenterraban las cajas de los muertos y los deportaban, enfundados en bolsas de plástico, hacia nuevos cementerios carentes de césped al borde de la autopista interestatal entre Charleston y Columbia. Los edificios que no podían ser trasladados ni vendidos eran derribados y se vendían como escombros. Cazadores provistos de un permiso especial eliminaban a los perros vagabundos. Los gatos eran capturados con trampas y ahogados en el muelle comunal. Por todas partes proliferaban silvestres e inútiles tomateras. En los campos, junto a cabañas abandonadas, las sandías y los melones se pudrían en las matas. Dinamitaron la escuela y el juzgado. Derribaron todos los comercios de la calle de las Mareas. Para el primero de septiembre, la ciudad de Colleton estaba tan extinta como Pompeya o Herculano.

Por las tierras expropiadas, el gobierno desembolsó un total de 98.967.000 dólares. Mi madre cobró 2.225.000 dólares por la isla de Melrose.

Precavida ante los matizados sentimientos de su dividida familia, mi madre extendió cuatro cheques de cien mil dólares cada uno. Savannah y yo aceptamos nuestros cheques con gratitud: ella quedó liberada de su despreciado papel de artista famélica, y yo pude cancelar los créditos solicitados para pagar los estudios de medicina de Sallie y comprar nuestra casa en la isla de Sullivan. Mi padre no había vuelto a ser visto desde el día en que mi madre se casó con Reese Newbury, de modo que ésta ingresó el cheque en una cuenta de ahorro hasta que mi padre acudiera a recoger su parte.

Luke le pegó fuego al cheque ante los ojos de mi madre, y cuando ella se echó a llorar le recordó que él era Luke Wingo, un chico del río nacido en Colleton, y que ella misma le había educado bajo el supuesto de que un chico del río no podía ser comprado a ningún precio.

En junio, el capataz de las obras envió un equipo de demolición a la isla de Melrose para que derribaran la casa en que yo había nacido. El equipo estaba compuesto por doce hombres, tres camiones y dos *bulldozers*. Cuando uno de los hombres aplicó una pata de cabra a la puerta delantera, alguien disparó desde el bosque un balazo que arrancó astillas del marco de la puerta apenas a cinco centímetros de su cabeza. Acto seguido, una rociada de balas de rifle cayó sobre el patio. Tres disparos reventaron sendos neumáticos en los tres camiones, y los obreros echaron a correr por la carretera de la isla de regreso a la ciudad.

Cuando se hubieron perdido de vista Luke salió de entre los, árboles y utilizando los cócteles Molotov que había ocultado en el granero, incendió los tres camiones y los dos *bulldozers* que los extraños habían enviado para derribar su casa.

La cosa se había puesto seria. Los obreros regresaron al día siguiente, escoltados por un batallón de la Guardia Nacional que peinó los alrededores de la casa antes de dar la señal para el comienzo de las tareas de demolición. Desde la copa de un árbol, al otro lado del río, Luke les vio arrasar la casa donde habíamos crecido. Más tarde me explicó que había sido como ver morir a toda su familia ante sus propios ojos.

Así pues, mi ciudad se convirtió en una ruina por decreto, pero, a diferencia de los viriles y eternos restos de antiguas civilizaciones, en Colleton no quedó ningún indicio subterráneo de su existencia anterior. Arrancaron de la tierra hasta el recuerdo de la ciudad. Los terrenos donde se había levantado Colleton fueron arados como un campo de labor para plantar, bajo los auspicios del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, pinos blancos. Todos los días, seis mil obreros afluían en coches y camiones provistos de calcomanías especiales a los puentes que conducían a los terrenos en obras. El primero de octubre se prohibió definitivamente la entrada en el condado de Colleton a todos los ciudadanos ajenos a la Comisión de Energía Atómica. El Consejo de Aviación Civil prohibió todos los vuelos sobre las zonas restringidas. En los cuatro núcleos de construcción repartidos por el condado, las obras avanzaban a buen ritmo.

El gobernador de Carolina del Sur anunció que todos los habitantes de Colleton habían sido satisfactoriamente instalados en otros pueblos y ciudades del estado y que el Proyecto del Río Colleton alcanzaría el pleno funcionamiento en tres años.

Nosotros, los ciudadanos de Colleton, nos retiramos como corderos, dóciles y expulsados a innominables ciudades recién creadas que no nos ofrecían el sostén de las oscuras resonancias de la memoria. Andábamos sobre la tierra de Carolina sin la sabiduría y el sufrimiento acumulado de nuestros antepasados para instruirnos en tiempos de peligro o locura. Lanzados a la deriva, flotábamos sin rumbo por los suburbios de las ciudades. No nos fuimos como una tribu derrotada, sino como una tribu ataviada con los negros velos y vestiduras de la extinción. De uno en uno y por parejas, abandonamos aquel archipiélago de islas verdecidas que había logrado escapar a las peores transformaciones y calamidades de nuestro tiempo. Como ciudad, habíamos cometido el error de ser pequeños, y en los Estados Unidos no existe delito más imperdonable.

En silencio, hicimos lo que nos ordenaban hacer. Nos elogiaron por nuestra abnegación. Nos hundieron con su generosidad. Nos dispersaron y nos enviaron a vivir entre desconocidos. Nos arrastramos de rodillas por aquellos puentes, gimiendo de gratitud ante cualquier migaja de alabanza que nos arrojaban a tierra para que la recogiéramos con nuestra lengua. Eramos estadounidenses, éramos sureños y, Dios nos ayude, éramos heroica e irrevocablemente estúpidos y dóciles. Es posible que los mansos hereden la tierra, pero no heredarán Colleton.

Sólo uno de nosotros se quedó atrás para presentar una pequeña protesta. Luke vendió su barco a un pescador de camarones de San Agustín y comenzó a prepararse una base de operaciones desde la cual intentaría entorpecer el avance de los constructores. Había planeado una pequeña acción de retaguardia que resultara urticante para la Newshaw Company y sus obreros, pero los primeros triunfos inflamaron sus sueños de insurrección. Sus misiones contra el proyecto se hicieron más y más audaces. Cuanto más osaba, más conseguía. Los éxitos iniciales le hicieron plantear una peligrosa ecuación. Durante el primer mes de la fase de construcción del proyecto, el jefe de seguridad advirtió que faltaban cuatro toneladas de dinamita en la zona principal de construcción, junto al límite occidental del condado. La dinamita, según creía, había sido sustraída poco a poco, en sucesivas y repetidas incursiones. En la zona de aparcamiento no asfaltada que había junto a la construcción principal se hallaron los automóviles de sesenta obreros con los neumáticos reventados. Diez *bulldozers* fueron destruidos por el fuego en el transcurso de una sola noche. La caravana del ingeniero jefe fue dinamitada. Cuatro perros policía fueron muertos a tiros mientras patrullaban por el perímetro de la obra.

En el bosque había alguien, alguien armado y peligroso y los obreros comenzaban a ponerse nerviosos cada vez que debían cruzar los puentes para ir a su trabajo.

Fue durante ese tiempo cuando mi padre hizo su reaparición triunfal en una de esas oscuras poblaciones portuarias de Carolina del Sur. Mientras pescaba camarones en Cayo Oeste, fue abordado por un individuo bien trajeado que lucía un reloj Accutron y un anillo con un diamante, quien le preguntó si estaba interesado en ganar dinero a espuestas. Tres días más tarde, mi padre zarpaba rumbo a Jamaica, donde estaba citado con un socio del hombre del diamante en un bar de postín de Montego Bay. Mi padre no dejó de advertir que este segundo individuo también ostentaba un diamante del tamaño de una Judía en su meñique izquierdo. Henry Wingo llevaba toda la vida esperando conocer a unos tipos con suficiente dinero y mal gusto como para cubrirse las manos con joyas propias de mujeres. Nunca llegó a conocer sus apellidos: confiaba plenamente en su sentido de la elegancia.

—Tenían clase —me dijo más tarde mi padre—. Auténtica clase.

Dos jamaquinos llenaron las bodegas de su pesquero con setecientos kilos de marihuana de la mejor calidad, a sabiendas de mi padre, más catorce kilos de heroína pura, de los que nadie le dijo nada. Uno de los jamaquinos trabajaba como ayudante de camarero en un hotel, pero cargaba alijos de marihuana cuando se le presentaba la ocasión. Él, otro jamaquino, Victor Paramore, se ganaba la vida haciendo de confidente para el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, y fue el primer testigo que citaron a declarar cuando se vio la causa de mi padre en un tribunal de Charleston. Cuando mi padre desembarcó en un punto situado entre las islas de Kiawali y Seabrook, la mayoría de los agentes de narcóticos de nuestra parte del mundo estaban esperándole para darle la bienvenida. Para Henry Wingo, aquél resultó el último intento de dominar los matices del capitalismo de empresa.

Cuando mi padre apareció ante el tribunal, no quiso presentar ninguna defensa ni aceptó ser representado por ningún abogado. Lo que había hecho estaba mal, declaró ante el juez, y no pensaba excusarse por un acto en su opinión inexcusable. Merecía ser castigado con todo el peso de la ley porque su delito había significado la deshonra para él mismo y para su familia. Fue condenado a diez años de cárcel y a satisfacer una multa de diez mil dólares.

La multa fue pagada por mi madre con el dinero que había apartado para mi padre del que le dieron por la venta de la isla. En menos de un año, tuve que ver a mi hermano y a mi padre como presidiarios.

Las agentes del gobierno perseguían a un nativo que en el transcurso de una sola vida se había apropiado de todos los secretos que los ríos eran capaces de articular. Inspeccionó la vasta extensión del territorio que había hecho el voto de defender. Recorrió todo el condado, ora a pie, ora en un pequeño bote. Estudió el tráfico del río y de los puentes, y el número de vagones de tren que aportaban sus cargamentos de carbón cruzando los dos viaductos del norte del condado. Estableció dos casas seguras, una en Savannah y otra en Brunswick, Georgia. Después de cada golpe, se alejaba de Colleton durante tres semanas mientras los hombres que intentaban darle caza se cansaban de seguir viejos rastros. Por todas las islas costeras, en pozos abandonados o enterrándolos bajo los cimientos de casas abandonadas, ocultó contrabando, armas y comida.

Sus primeras acciones no fueron más que vandalismo, pero de un orden superior. A lo largo de los años había ido adquiriendo buenos hábitos, que aplicó a su misión; estudiaba su trabajo hasta lograr dominarlo cada vez mejor. Examinaba sus errores y sus pequeñas victorias, recopilando datos para futuras operaciones. Corregía sus técnicas y las perfeccionaba. La soledad, la dependencia de sus propias fuerzas y la feroz necesidad de concentración le volvieron precavido y formidable. En lo profundo del bosque, junto a los grandes pantanos, cazaba venados de cola blanca con arco y flechas, maravillándose de su capacidad para permanecer inmóvil mientras esperaba en los árboles sobre cebos de sal. Se sentía verde y mágico, y su corazón se regocijaba por los árboles, por los ciervos y las islas. Al cazar, sentía la estupefacción de alguien que hubiera retrocedido un millar de años, que se hubiera retirado a aquellos reinos nítidos e intemporales en los que las tribus yemassee acechaban a los venados de idéntica forma. Luke se sentía agradecido a los animales que lo alimentaban y comprendía por qué los hombres primitivos adoraban al ciervo como a un dios y lo pintaban en las paredes de las cavernas en un acto de éxtasis y oración. Jamás se había sentido tan asombrosamente vivo, tan auténtico y necesario. Constantemente tenía visiones, pero éstas poseían la flexible intensidad de los sueños. Dormía en las horas diurnas y cantaba mientras dormía. Aviones y helicópteros no cesaban de buscarlo mientras él descansaba. Soñaba en cosas deslumbrantes y milagrosas, y al despertar bajo la luz de las estrellas le hacía feliz comprobar que sus sueños no se desvanecían, sino que mantenían su forma en frescos pintados con luz y

sangre a lo ancho del firmamento. Ardía en fervor revolucionario. En su cerebro se multiplicaban las ideas, surgiendo entre sus cabellos como flores silvestres.

En algunos aspectos, se sentía el último hombre cuerdo del país. Cada vez que le acosaban las dudas acerca de su misión, recitaba para sí las estadísticas de Hiroshima y Nagasaki. Si lograba impedir la producción de un millar de armas nucleares, podría considerarse, en teoría, artífice de la salvación de cien millones de vidas humanas. Comenzó a escuchar los apasionados consejos de una única voz en su interior que le hablaba en tono urgente y comprometido. Esta voz le imponía normas de comportamiento, establecía objetivos a largo plazo y le ordenaba acciones guerrilleras. Luke creía que se trataba de la voz de su conciencia y la escuchaba en una especie de trance mientras vagaba libremente en su estado de independencia del estado, descubriendo con placer que no le costaba mucho convertirse en una especie de bandido generoso. Robaba suministros, alguna que otra lancha rápida, rifles y municiones. La suya era una defensa sin paliativos de una tierra amada y amenazada. No fue culpa suya que su visión se ampliara hasta incluir no sólo Colleton, sino la totalidad de un planeta maravilloso.

A menudo se internaba en la misma Colleton, devastada e irreal, y paseaba por sus calles destruidas recitando en voz alta los nombres de todas las familias que antaño habían vivido en aquella tierra cubierta de vegetación. Vagaba por el desgarrado erial del cementerio y sentía las minúsculas heridas de la tierra arrasada en las que habían yacido los cuerpos de sus conciudadanos. Caminaba por la calle de las Mareas para siempre silenciada al comercio y al murmullo de los vecinos, para siempre despojada de los oscuros y gloriosos aromas del café y de las corteses escaramuzas del tránsito. Allí, Luke notaba bajo sus pies la presencia vital de la ciudad; sentía sus esfuerzos por resurgir de la tierra, saludable y florecida con el aura boyante de la resurrección. Soñando otra vez, creyó que podía oír los gritos de la ciudad que recitaba las largas elegías de su agravio, entonaba un himno de subversión y pérdida, exigía restitución con voz ronca de tanto repetir las poderosas letanías de la extinción. A la luz de la luna, se encaminó hacia la casa de nuestra abuela y le enfureció descubrir que no era capaz de identificar aquel cuarto de hectárea junto al río. Todos los rasgos distintivos habían sido eliminados, y no estuvo seguro de hallarse en el lugar correcto hasta que vio el roble de agua donde Savannah, él y yo habíamos grabado nuestros nombres un domingo de Pascua. El devastado pedazo de tierra donde vivieron Amos y Tolitha estaba invadido por enredaderas y garranchuelos. Cuando regresaba hacia el muelle flotante tropezó con algo oculto entre las hierbas. Sabiendo de qué se trataba aun antes de agacharse, recogió la cruz de mi abuelo y, como acto de homenaje, la llevó a la calle de las Mareas y recorrió esa calle de un extremo a otro, en feliz rememoración del abuelo. Sintió el peso de la cruz sobre su hombro, sintió la verdad del grano íntegro de aquella madera hundírsele en la carne, marcarle, herirle, recordándole así la grandeza de su misión.

Mientras recorría la calle con la cruz a la espalda, todas las voces del aire

comenzaron a resonar con rugidos de aliento para el chico del río, para su conciudadano, para su campeón, y le vitorearon cuando juró que no consentiría que se saliesen con la suya, que no se había resignado a la muerte de la ciudad que más quería. Se juró a sí mismo, y a aquellas excitadas y amigas voces, al río y a la población asesinada, que daría a conocer su mensaje, que infundiría a aquel suelo violado la nueva vida de las ciudades, que resucitaría a Colleton como un Lázaro de aquella tierra asolada.

—Sabrán quién soy —aulló Luke—. Aprenderán mi nombre. Aprenderán a respetarme. Y les obligaré a reconstruir esta ciudad exactamente como era.

Se detuvo, y las voces le abandonaron. Dejó la cruz en el polvo y sintió en todo su ser las melodías de la liberación. Comenzó a danzar calle abajo, entre gritos y cabriolas. De pronto, se detenía y decía:

—Aquí. Aquí mismo pondré la sastrería del señor Danner. Y al lado, el colmado del señor Schein, y justo al lado la tienda de vestidos de Sarah Poston, y la floristería de Bitty Wall, y la quincallería de Woolworth.

Sentía temblar la tierra a su paso y sentía las ansias de renacer de aquellos antiguos y orgullosos comercios. Oía los vítores de todos sus conciudadanos, reunidos en los terrados de las otrora visibles tiendas. En su mente, recreó toda la calle exactamente tal y como la recordaba. Aquella noche, cuando se fue de la calle de las Mareas, volvió la vista atrás y vio todos los comercios iluminados y los adornos de Navidad colgados de lado a lado de las calles y al muchacho que colocaba las letras en la marquesina del Teatro Breeze y al señor Luther barriendo la acera ante su tienda y al sheriff Lucas saliendo del restaurante Harry's después de comer, aflojándose el cinturón y eructando.

Por fin se había convertido, pensó, en un hombre esencial, un hombre renacido, un hombre ardiente.

Volvió la mirada, con orgullo, hacia la ciudad que había creado.

Oyó algo a su espalda. Giró en redondo y sacó la pistola de su funda.

Entonces, lo oyó de nuevo. Era un silbato. Vio la silueta de un hombre que avanzaba hacia él por la orilla del río, dando muestras de inexpresable alegría.

Mr. Fruit.

En marzo dio carácter oficial a su pequeña escaramuza, convirtiéndola en una auténtica guerra de guerrillas mediante una acción puramente simbólica para él, pero no para el estado. A las tres de la madrugada del día catorce de marzo, cuatro bombas de fabricación casera pero sumamente potentes hicieron saltar los cuatro puentes que unían las fronteras septentrional y oriental de Colleton con el resto del continente. Una hora más tarde, otras dos bombas volaron los dos viaductos ferroviarios por los que llegaban al condado los trenes de carga de la Southern Railway.

Uno de estos trenes, que transportaba al lugar de las obras un enorme cargamento de carbón procedente de Charleston, surgió rugiendo de la noche veinte minutos después de que el puente hubiera sido destruido. El tren entró en el largo viaducto a

toda velocidad y surcó el aire durante sesenta metros antes de desplomarse espectacularmente hacia las oscuras aguas del río Little Carolina. El maquinista y tres ayudantes fallecieron instantáneamente en lo que fue la primera acción sangrienta de lo que los periódicos no tardaron en llamar «la guerra de secesión de Colleton».

Luke envió una carta a quince periódicos del estado de Carolina del Sur anunciando que quedaba prohibida la producción de plutonio en todo el territorio comprendido en un radio de setenta kilómetros a partir de Colleton, una superficie que incluía treinta islas costeras y casi diecinueve mil hectáreas de continente. También pedía perdón a los familiares de los cuatro ferroviarios que habían fallecido en el accidente del tren y aseguraba que sería capaz de hacer cualquier cosa si con ello podía devolverles la vida. Su tarea consistía en defender la vida humana, no en destruirla ni arrebatarla. Esta carta era una versión resumida del discurso que había pronunciado ante los habitantes de Colleton la noche en que Patrick Flaherty les explicó lo que iban a hacer con su ciudad. Además, añadía un manifiesto en el que declaraba que el territorio hasta entonces denominado condado de Colleton pasaba a convertirse en un estado soberano del que él era gobernador, alto comisario, comandante en jefe de las fuerzas armadas y, hasta que consiguiera reclutar nuevos habitantes, el único ciudadano. El gobierno federal había decretado que la tierra pertenecía al pueblo de los Estados Unidos, y Luke se mostraba de acuerdo, pero lo que estaba en tela de juicio era la forma de gobierno. El nuevo estado, con una extensión de una vigésima parte de la superficie de Rhode Island, mantenía el nombre de Colleton. El gobierno federal disponía de un plazo de treinta días para suspender y cancelar el Proyecto del Río Colleton y para devolver todas las tierras que había robado, expropiándolas, al pueblo de Colleton. Si el gobierno rehusaba suspender el proyecto, el estado de Colleton procedería a segregarse formalmente de la Unión y declarararía la guerra. Todos los obreros de la construcción serían considerados integrantes de un ejército invasor y por consiguiente, quedaban expuestos a ser blanco de disparos hostiles.

A continuación, Luke pedía voluntarios para formar un grupo de irregulares que defendiera las fronteras de Colleton contra las incursiones de los agentes federales. Los posibles voluntarios deberían entrar en el nuevo estado a solas, llevando brazaletes de identificación de color verde, y establecer puestos avanzados y de escucha a lo largo y a lo ancho del territorio liberado. Cuando hubiera un número suficiente de ellos dispersos por bosques y pantanos, Luke establecería contacto y comenzarían a operar como un pequeño ejército. Entre tanto, todos los hombres o mujeres deberían actuar en solitario, realizando ataques guerrilleros para cortar el suministro de materiales e impedir la construcción de las instalaciones.

La carta fue noticia de primera página en todo el estado. Se publicó una fotografía en la que aparecíamos Luke y yo sosteniendo en alto una enorme copa, de cuando ganamos el campeonato de fútbol del estado en nuestro último año en la escuela, y una segunda foto de Savannah sacada de la solapa de La hija del camaronero. La

Guardia Nacional recibió el encargo de proteger todos los puentes de acceso al condado, y se iniciaron de inmediato los trabajos de reparación de los puentes y viaductos destruidos. Se intensificaron las medidas de seguridad, y se emitió una orden de busca y captura de Luke. Creo que tras la publicación de la carta, fui visitado por todos los polizontes y agentes de la ley de Carolina del Sur. Luke era descrito como armado, peligroso y probablemente loco. Los principales periódicos publicaron editoriales histéricos, y el News and Courier citó las siguientes palabras del senador Ernest Hollings: «Es posible que el chico esté loco, pero lo cierto es que ya no quedan muchos puentes que lleven a Colleton». La organización local de la fraternidad KA de la Universidad de Carolina del Sur celebró una «fiesta del brazalete verde» con el propósito de recoger fondos para los niños minusválidos. En el Columbia State apareció una carta al director que se refería a Luke Wingo como «el último de los grandes sureños».

Tres semanas después de la publicación de la carta de Luke, tuvo lugar el arresto de un viejo trampero llamado Lucius Tuttle, de setenta años de edad, en la zona adyacente a las obras de construcción del Proyecto del Río Colleton. El News and Courier informó del incidente, pero sin mencionar que el hombre había sido detenido por llevar un brazalete verde y que se había resistido al arresto, teniendo a raya con su rifle a veinte agentes de policía hasta que se quedó sin munición. Diez mujeres, todas ellas pertenecientes al grupo de Mujeres en Acción por la Paz, se tendieron ante las ruedas de un autobús que transportaba a los obreros de la construcción a su lugar de trabajo. Todas lucían brazaletes verdes, y mientras eran conducidas a la cárcel, iban gritando «¡Nucleares no!».

En los círculos más conservadores del estado se tenía a Luke por un loco asesino. Sin embargo, también había algunas personas —no muchas, desde luego— que lo consideraban el ecologista definitivo, el único hombre en toda la historia de la república que había ofrecido una respuesta razonablemente cuerda a los desmanes de la era nuclear. En cuanto la opinión del público acerca de Luke comenzó a cambiar, el gobierno federal decidió que había llegado el momento de terminar como fuera con su guerra particular contra el estado. Como guerrillero, había demostrado ser formidable y astuto; como símbolo, podía poner en peligro todo el Proyecto del Río Colleton. Luke se había convertido en un riesgo, en un explícito problema de relaciones públicas. Al volar los seis puentes había manifestado poseer, además de su genio para los disturbios, un refinado sentido táctico. El condado de Colleton comenzó a llenarse de agentes del FBI, y un equipo de las Fuerzas Especiales de Fort Bragg, Carolina del Norte, entrenado en tácticas de lucha antiguerrillera, empezó a peinar las islas durante la noche. Luke medía el tiempo que le quedaba por el prestigio de los que enviaban contra él. Pronto empezó a advertir el creciente número de vuelos de reconocimiento sobre las marismas. La Guardia Costera multiplicó sus patrullas por el río. Para él, esta dedicación constituía un acto de homenaje. Apreciaba la calidad de los hombres enviados para capturarlo y llevarlo ante la



justicia, Pero, aunque reconocía la extraordinaria habilidad que aplicaban al problema de su detención, él se había lanzado a la campaña llevándoles toda una vida de ventaja por su conocimiento y su dominio del terreno.

Aprendí a reconocer a los agentes del FBI desde una distancia de cien metros o más, y estas identificaciones eran siempre certeras. Su aspecto era tan característico como el de una serpiente de cascabel. Todos ellos habían visto demasiadas películas y leído demasiados libros que ensalzaban sus fabulosos poderes detectivescos. Todos creían en la halagadora bazofia que el FBI suministraba liberalmente a sus propios agentes. Siempre he detestado a los hombres de mandíbula prominente y firme apretón de manos que parecen estar imitando el estilo de los actores de serie. Todos los agentes del FBI me causaban la impresión de haber comprado los mismos trajes grises en la misma sección de caballeros de los mismos almacenes baratos. Sus insignias eran la parte más atractiva de su atavío. En el curso del primer año que Luke se pasó en los bosques de Colleton, fui entrevistado al menos por una docena de ellos, con escaso placer por mi parte. Cuando hablaba con individuos que quizá un día mataran a mi hermano, podía mostrarme sumamente desagradable. El FBI me consideraba hostil, opinión que contribuía a animarme en mis días bajos.

Paso casi un año antes de que asignaran el caso de Luke a J. William Covington. Se presentó durante unos entrenamientos de primavera, mientras yo trataba de establecer una nueva táctica de ataque que nos permitiera aprovechar al máximo las posibilidades de un *quarterback* que corría como un ciervo pero que era igual de timorato. Bob Marks, el ayudante que acababa de contratar, recién salido de The Citadel, vio a Covington sentado al volante de su Chevrolet del gobierno cuando estábamos realizando las carreras de velocidad que señalaban el final del entrenamiento.

—Más pasma, Tom —me advirtió.

—El año que viene, creo que pagaré los impuestos —comenté, acercándome al automóvil.

Salió de su coche en cuanto vio que me dirigía hacia él. J. William era un ejemplar típico de su especie. Aun bailando desnudo en un campo de lirios se le reconocería inmediatamente como un agente del FBI.

—Disculpe, señor —comencé—. Nuestro reglamento prohíbe a los Haré Krishna distribuir sus folletos en el campo de fútbol. El aeropuerto queda a unos veinticinco kilómetros de aquí.

Se echó —a reír, y me sorprendió constatar que su risa parecía auténtica.

—Ya me habían dicho que tenía un gran sentido del humor replicó, ofreciéndome su mano.

—No es cierto —respondí—. Le han dicho que era un insolente.

—En su ficha se le describe como un obstruccionista —admitió—. Me llamo J. William Covington, Cov para los amigos.

—¿Cómo le llaman sus enemigos?

—Covington.

—Mucho gusto, Covington. Ahora, para proseguir mi carrera de obstruccionista, le diré todo lo que sé. No sé dónde se oculta Luke. No he tenido ninguna noticia de mi hermano. No me ha escrito, telefoneado ni enviado telegramas. No le proporciono alimentos, cobijo ni otro tipo de ayuda. Y, no, no pienso colaborar para nada en su investigación.

—Me gustaría ayudar a Luke a salir del atolladero, Tom —dijo Covington—. Me gusta lo que oigo decir de él. Creo que puedo hacer un trato con la oficina del fiscal para conseguirle una condena de tres a cinco años, nada más.

—¿Y los cuatro muertos del tren? —pregunté.

—Está claro que su hermano no sabía que iba a pasar ese tren —respondió—. Cuando su familia vivía en Colleton, ningún tren utilizaba el viaducto por las noches. Evidentemente, se trata de un caso de homicidio involuntario.

—Podrían condenarlo a más de cinco años por volar los puentes —objeté—. ¿Por qué cree que el fiscal querrá aceptar un trato?

—Porque puedo convencerle de que si acepta el trato quizá salve todos los puentes que aún quedan al sur del condado.

—¿Por qué me está contando todo esto? No veo en qué puedo serle útil.

—Porque he leído muy atentamente el expediente de Luke, Tom —respondió—. Y creo que hay tres personas capaces de encontrar a Luke si de veras lo desean. Una de ellas es su padre, que como sabe, no está disponible por el momento.

—No está disponible —repetí—. Me gusta su forma de utilizar el lenguaje, Covington.

—Las otras dos son usted y su hermana. Es una poetisa excelente; soy un gran admirador suyo.

—Le encantará saberlo.

—¿Puedo contar con su ayuda?

—No, Cov, no puede contar con mi ayuda —contesté—. No me ha oído bien. Ya le he dicho que no pienso colaborar para nada en su investigación.

—La Mewshaw Company ofrece una recompensa de veinticinco mil dólares a quien sea capaz de neutralizar a su hermano —prosiguió Covington—. ¿Hace falta que le traduzca el significado de «neutralizar»? Están empezando a llevar al condado gente más que capaz de enfrentarse a su hermano. Ahora mismo, hay allí dos «boinas verdes» dedicados a darle caza, y los dos poseen la Medalla de Honor del Congreso. Quizá no lo encuentren mañana ni pasado... Tom, pero le aseguro que tarde o temprano alguien acabará matando a Luke. Me gustaría impedirlo. Admiro mucho a su hermano y me gustaría salvarle la vida, Tom. Pero no puedo hacerlo si usted no me ayuda.

—De momento, señor Covington, es usted la primera persona del FBI que no me resulta insoportable. Sin embargo, eso me pone muy nervioso. ¿Por qué decidió ser agente del FBI? Y, por el amor de Dios, ¿por qué se hace llamar J. William?

—Mi primer nombre es Jasper, y preferiría morir antes que oírme llamar de esta manera. La idea de ser J. William se le ocurrió a mi esposa, ya que trabajo para una organización fundada por un tal J. Edgar. Creyó que tal vez añadiría así ciertas posibilidades subliminales a la hora de los ascensos. Ingresé en el FBI porque como deportista no valgo nada, y al igual que la mayoría de los malos deportistas tuve que sufrir una dolorosa experiencia en la escuela secundaria y graves dudas acerca de mi virilidad. Los agentes del FBI no sentimos dudas acerca de nuestra virilidad.

—Tiene buenas respuestas, Jasper —admití—. A diferencia de sus compañeros, da usted algún indicio de ser una cosa vagamente humana.

—He estudiado su expediente con mucha atención. Sabía que sólo sobre la base de la mutua confianza aceptaría colaborar conmigo.

—No he dicho que confiara en usted, Jasper —objeté—. Y le repito que no pienso colaborar en nada.

—Eso no es verdad, porque soy la única persona del mundo que tiene más interés en salvar la vida de su hermano que en matarlo.

Examiné el rostro de J. William Covington. Era un rostro agradable, sensible, caballeresco, un rostro de los que suelen inspirar en mí una titánica desconfianza. Sostuvo mi mirada sin parpadear, otro punto en contra suya. Sus ojos eran claros y serenos.

—Creo que puedo localizar a mi hermano, Jasper —dije al fin—, pero quiero ese trato por escrito.

—Tendrá el trato por escrito y mi palabra de que todo el mundo lo respetará.

—Está bien. Lo haré, pero nunca confiaré en usted ni lo tendré por amigo. Además, no me gusta su traje.

—Tampoco a mí me interesa conocer el nombre de su sastre —replicó, señalando mi camiseta y mis pantalones caqui.

Cuando terminaron las clases, Savannah voló a Charleston y nos pasamos varios días reuniendo suministros y planeando la expedición a nuestro condado perdido. Por las noches, Sallie, Savannah y yo estudiábamos las cartas náuticas del condado, una proyección Mercator a escala 1:80.000 de la latitud de 320. Los ríos y arroyos estaban cubiertos de minúsculos y precisos numerales que indicaban su profundidad media en pies durante la marea baja. Nuestros dedos se movían por entre marismas y canales, por la larga y llana geografía de nuestra niñez. Tratamos de ponernos en el lugar de Luke y ver el mundo tal y como él lo estaba viendo. Yo suponía que Luke se ocultaba en el pantano del río Savannah al sur del condado, y que realizaba sus breves incursiones de sabotaje y abastecimiento bajo el manto de la noche, para regresar de inmediato al pantano impenetrable antes de que amaneciera.

Savannah no coincidía conmigo. En su opinión, Luke debía de tener un solo refugio en el condado, un refugio que le servía de base de operaciones y que estaba situado en algún lugar que los tres conocíamos. Me recordó que Luke era hombre de costumbres fijas, y observó que no creía que pudiera emprender una guerra para

liberar Colleton si no era capaz de vivir allí.

—Como guerrillera, serías un fracaso —le dije. También le dije que estaban buscando a Luke con sabuesos por todas las islas, y que me parecía muy improbable que los perros no hubieran descubierto su campamento, si es que existía.

—Entonces, tiene que ser algún sitio del que nadie haya oído hablar, Tom —respondió Savannah—. Un sitio que sólo Luke conozca.

—Conocen todos los sitios que Luke pueda conocer, Savannah. Puedes comprar este mismo mapa en cualquier puerto de los Estados Unidos. Si no otra cosa, éste es un país bien cartografiado.

—Si está tan bien cartografiado, ¿cómo es que no encuentran a Luke?

—Se ha cuidado de esconderse bien —respondí, examinando el mapa.

—¿Qué sitio era ése del que me hablaste en la facultad, Tom? —inquirió Sallie. Tu padre iba allí de pesca, o algo por el estilo.

—¡La isla de los Rascones! —gritamos al unísono Savannah y yo.

Cuando mi padre era joven, salió una vez a cazar rascones en las vastas marismas que bordean el río Upper Estill. Aprovechando la marea alta, uno de sus amigos conducía el bote de remos por entre las hierbas de la marisma para hacer salir a las aves de sus escondrijos en la frondosa vegetación. Habían cazado una docena de ellas cuando vieron un bosquecillo de pequeños árboles que se erguían sobre la marisma. Comenzaron a remar hacia aquel islote que no figuraba en ningún mapa, pero cambió el flujo de la marea y nada más echar pie a tierra se dieron cuenta de que tendrían que esperar a la siguiente pleamar antes de poder regresar al canal principal. Se encontraban a unos veinte kilómetros del lugar habitado más cercano, y casualmente acababan de descubrir uno de esos santuarios secretos que infunden a los adolescentes una sensación de arrobo y pertenencia: unas diez áreas de tierra no cartografiada, un puñado de palmitos y un roble larguirucho. Habían ido a parar a una isla frustrada, abandonada a su suerte en una interminable extensión de marismas saladas, prácticamente invisible desde tierra o desde el río. Mientras esperaban, limpiaron los rascones y los empaparon de agua de mar. A continuación, montaron su tienda, encendieron fuego y saltearon unas cuantas cebollas en tres cucharadas de manteca, enharinaron las aves y las frieron hasta verlas tan oscuras como el chocolate. Entonces añadieron agua a la sartén y las dejaron hervir a fuego lento hasta que quedaron bien tiernas. Mientras se cocían los rascones, recogieron almejas de los bancos de lodo que la bajamar dejaba al descubierto y se las comieron crudas. Los dos muchachos, seguros de encontrarse en un lugar donde ningún hombre había estado antes, se proclamaron dueños de la isla y grabaron sus nombres en el tronco del roble. Antes de irse, con la siguiente marea alta, bautizaron su descubrimiento con el nombre de «isla de los Rascones».

Una vez, cuando mi abuela dejó a Amos para irse a vivir a Atlanta, mi padre se escapó de casa y sus amigos lo encontraron en la isla de los Rascones, llorando por su madre perdida. Cada primavera, cuando las cobias y los sábalos entraban en los ríos

para desovar, mi padre solía pasar una semana en su isla, pescando, capturando cangrejos y acampando bajo las estrellas. La primera vez que llevó a sus tres hijos en su escapada anual de pesca, yo tenía siete años. Para entonces ya había construido allí una pequeña choza para guarecerse de la lluvia. Recuerdo que aquella primera temporada pesqué una cobia de doce kilos usando una anguila viva como cebo, y que tendimos redes en el río para capturar sábalos. Durante una semana nos alimentamos de filetes de cobia asados a la parrilla, sobre las brasas, y de pálidos sacos de huevas de sábalo recubiertos con gruesas lonchas de tocino. Cada vez que pensaba en el retiro de mi padre, me venían a la mente abundantes banquetes de pescado y marisco y las risas de mi padre mientras pilotaba su bote por las frondosas marismas y las mareas nos elevaban hacia aquella minúscula porción de tierra que nos aislaba del resto del planeta. Estas peregrinaciones anuales a la isla de los Rascones no se interrumpieron hasta que mi padre descubrió que su campamento había sido utilizado por otros pescadores. Cuando su existencia dejó de ser un secreto, la isla perdió su aureola de magia y, por consiguiente, todo su valor. Al permitir la incursión de aquellos desconocidos, la isla de los Rascones había traicionado a su descubridor. En la lista de pormenores de la filosofía de mi padre, un lugar sólo podía ser inviolable una vez. Nunca volvió a visitar la isla, y sus hijos, percibiendo algo auténtico en la desilusión que sentía, tampoco.

Pero Savannah y yo sabíamos que era posible vivir toda una vida en el condado de Colleton, pasar todo el tiempo libre pescando en los más oscuros arroyos y afluentes, y no llegar siquiera a imaginar que existiese aquella migaja de isla en forma de corazón incrustada como un zafiro en el centro mismo de la mayor marisma salada al norte del condado de Glynn, en Georgia. Aparte de nosotros dos, las únicas personas que compartían esta información eran mi padre, mi hermano y aquellos pescadores anónimos cuyas huellas inocentes habían mancillado la exclusividad del refugio secreto de mi padre.

Sobre el mapa, en una faja de marismas de casi cincuenta kilómetros de longitud, marqué con una X el punto en que creía que podía estar situada la isla de los Rascones. Sabía que llamarla una isla era utilizar incorrectamente el término; se trataba tan sólo de un menguante fragmento de tierra, lentamente engullido por la marisma.

La noche anterior a nuestra partida hacia Colleton, acosté a las tres niñas y les leí un cuento antes de que se durmieran. Sallie se fue al hospital, donde le correspondía el turno de noche, y Savannah y yo nos preparamos sendas bebidas y salimos al porche delantero. Al otro lado del puerto, las luces de Charleston se difuminaban en resplandecientes halos entre la leve neblina. Aquella noche mi madre había cenado con nosotros y la tensión había resultado insoportable. En su opinión, los verdaderos culpables de las acciones de Luke éramos nosotros y nuestro padre. Nos anunció que Reese se había ofrecido a contratar los mejores abogados de Carolina del Sur para la defensa de Luke, y se irritó cuando Savannah le dio a entender que tal vez Luke no

prestara su aprobación a esta idea. Mi madre era incapaz de advertir que Reese Newbury era un maestro en el abstruso arte de humillar a la gente por medio de la amabilidad. El hecho de que nuestra madre estuviera llorando cuando se fue de casa no nos produjo ningún placer.

—Creo que, pase lo que pase con Luke, la auténtica figura trágica en todo este asunto será mamá —comentó Savannah. Ambos teníamos la mirada vuelta hacia Fort Sumter.

—Lo tiene bien merecido —repliqué—. No ha obrado de buena fe.

—Tú no sabes lo difícil que resulta ser mujer —dijo secamente Savannah—. Después de la vida que ha llevado, cualquier cosa que haga me parecerá bien.

—Entonces, ¿por qué cuando estás con ella la tratas como si la odiaras a muerte, Savannah? ¿Por qué no eres capaz de dirigirle una palabra amable o demostrarle un poco de auténtico cariño siquiera por un instante?

—Porque es mi madre, y es una ley natural y un signo de salud mental el que una mujer sea lo bastante fuerte como para odiar a su madre —respondió—. Mi analista dice que es una fase muy importante que debo superar.

—Tu analista —repetí—. ¿Cuántos psiquiatras, analistas y terapeutas has ido a ver desde que dejaste Carolina del Sur?

—Intento tener mi propia vida, Tom —contestó, afectada—. No tienes ningún derecho a criticar mi terapia.

—¿Ha existido alguna vez alguien que haya vivido en Nueva York y no haya visitado a un psiquiatra? Quiero decir que supongo que habrá habido algún pobre diablo que habrá tenido que cambiar de avión en La Guardia y no le habrá quedado tiempo para llegarse al Upper East Side para una sesión de cincuenta minutos.

—Tú necesitas un psiquiatra más que ninguna otra persona que conozca —estalló—. Me gustaría que pudieras oírte hablar. No sabes la ira que hay en tus palabras.

—No sé cómo relacionarme con alguien a quien quiero y que conoce todas las respuestas. Mamá conoce todas las respuestas, tú conoces todas las respuestas, y ya empieza a parecerme una enfermedad endémica en todas las mujeres de esta familia. ¿No te has sentido nunca agobiada por las dudas?

—Sí —respondió—. Tengo muchas dudas acerca de ti, Tom. Tengo graves dudas acerca de las decisiones que has tomado en tu vida. No veo que tu vida tenga ningún sentido. No veo en ella ambición, no veo deseos de cambiar ni de correr riesgos. Te veo flotando a la deriva, ligeramente despegado de tu mujer y tus hijas, ligeramente despegado de tu trabajo, sin saber qué deseas ni adónde quieres llegar.

—Eso es lo que me convierte en un norteamericano normal, Savannah. No tiene nada de extraño.

—Tengo una esposa con más sueños y ambiciones que yo. Estoy consumiendo mi vida en una ciudad dormitorio, haciendo cada día el crucigrama del periódico y mirando las noticias de las siete mientras mi hermano come pescado crudo y libra una guerra de resistencia contra el ejército de ocupación que nos ha robado el único hogar

que hemos conocido. Me digo a mí mismo que yo no soy un fanático ni un saboteador, me digo que soy un buen ciudadano, me digo que tengo deberes y responsabilidades; pero Luke me ha demostrado algo: no soy un hombre de principios, no soy un hombre de fe y no soy un hombre de acción; tengo el alma de un colaboracionista, y en ese alma ha instalado sus cuarteles un gobierno de Vichy. Me he convertido exactamente en la clase de hombre que detesto más que a nada en el mundo: tengo un bonito jardín y jamás me han impuesto una multa por exceso de velocidad.

—Yo considero a Luke como un equivalente actual de Don Quijote —dijo Savannah—. Quiero escribir un largo poema sobre todo esto.

—Estoy seguro de que él se considera exactamente de la misma manera. Lo que no sé es de qué le ha servido, a él o a los demás. Cuatro hombres han muerto por culpa de Luke, y por mucho que trate de racionalizarlo, el asesinato no me atrae en absoluto.

—Luke no asesino a aquellos hombres —protestó ella—. Fue un accidente.

—¿Serías capaz de explicárselo a las mujeres y los hijos de las víctimas? —la reté.

—Eres un sentimental, Tom.

—Imagino que sus esposas e hijos también deben de serlo.

—Luke no es un asesino —insistió Savannah.

—Entonces, ¿qué diablos es, Savannah?

—Es un artista y un hombre absolutamente libre —respondió—. Dos cosas que tú jamás podrás comprender.

Habíamos esperado a tener una noche serena y una luna que nos ayudara a navegar. En el club náutico de Charleston, Sallie nos dio sendos besos a Savannah y a mí cuando nos embarcamos hacia Colleton.

—Traed a Luke de vuelta —nos rogó—. Decidle que hay mucha gente que le quiere y que las niñas necesitan un tío.

—Así lo haré, Sallie —respondí, abrazándola—. No sé cuándo volveremos.

—Tenéis todo el verano. Mi madre vendrá mañana para ayudarme con las niñas: El mes que viene, Lila se las llevará a la isla de Pawley, mientras yo me mato a trabajar salvando vidas y haciendo el bien a la humanidad.

—Reza por nosotros, Sallie —le pidió Savannah mientras yo ponía el motor en marcha y dirigía la lancha hacia el río Ashley—. Y reza también por Luke.

—Pensaba que no creías en Dios —observé, mientras pasábamos lentamente ante la base de la Guardia Costera, al extremo de la península de Charleston.

—Y no creo —respondió Savannah—, pero creo en Luke, y él cree en Dios, y también yo creo en Dios cuando me hace mucha falta.

—Una fe de circunstancias.

¡Tú me entiendes, compadre! —exclamó alegremente. ¿No es magnífico, Tom? Volvemos a estar en una aventura juntos. Es como aquella vez que fuimos a Miami a

rescatar al delfín blanco. Encontraremos a Luke. Lo sé. Lo siento en los huesos. Mira al cielo, Tom.

Seguí la dirección que señalaba con su dedo y observé: —Orión, el cazador.

—No. Tengo que enseñarte a pensar como un poeta, Tom. Es el reflejo de Luke, que se oculta en las tierras bajas.

—Savannah, si sigues refiriéndote a Luke como tema de tus futuras poesías, es posible que acabe vomitando. No estamos en un poema. Este viaje puede ser la última posibilidad de salvar a nuestro hermano.

—Es una odisea —replicó en son de burla.

—La vida y el arte son cosas distintas, Savannah —insistí, mientras salíamos a Charleston Harbor.

—Te equivocas. En esto, te has equivocado siempre.

Nuestro bote pasó ante las luces de Mount Pleasant, las sombras solitarias de Fort Sumter, las luces de mi casa en la isla de Sullivan; pasó ante los faros y el murmullo apagado de la lancha del práctico detenida junto a un carguero de Panamá. Mientras lo pilotaba a través de las rompientes, con la isla de James a estribor, la luz de la luna se reflejaba en las espiguillas de avena silvestre que se estremecían sobre las dunas aisladas por la marca. Las olas, incrustadas de fósforo y de plancton, rozaban la proa con sus blandas alas. El mar parpadeaba y el aire parecía tan extraño como si fuera de leche. Las marismas desprendían el crudo aroma del nacimiento y nosotros nos internábamos en el mar sin vientos en una noche sin advertencias para pequeñas embarcaciones en quinientos kilómetros a la redonda. Abandonamos la lasitud de las islas de la barrera y entramos en el ojo suave de un Atlántico moteado de estrellas, con la luna yaciendo sobre las aguas en una estola de reluciente armiño. Encaré el bote directamente hacia la corriente del Golfo, hacia las islas Bermudas, rumbo este, hacia el África, hasta que dejé de ver a mi espalda las luces de Carolina del Sur. Entonces viré al sur y fijé el rumbo hacia mi condado natal, mientras rezaba para que fuera capaz de librar a mi hermano de la tiranía de una visión absoluta. Rogué a Dios que me permitiera enseñarle el arte del compromiso y la genuflexión ante las autoridades superiores. Rogué a Dios que me permitiera enseñarle a no ser Luke, que me permitiera domesticarlo y hacerlo más parecido a mí.

Mientras la embarcación avanzaba hacia Colleton, Savannah y yo íbamos cogidos de la mano y el viento alzaba los cabellos de mi hermana como si fuera un velo. Dos horas estuve observando las estrellas y la brújula, hasta que vi la destellante baliza verde que señalaba la bocana del canal de acceso al estrecho de Colleton y entramos como intrusos en las aguas prohibidas en que habíamos alentado por primera vez durante el huracán de 1444. Pasaba muy poco de la medianoche, con marea menguante, cuando anclamos a sotavento, de la isla de Kenesaw y nos dispusimos a esperar que la marea cambiara de nuevo. Habíamos calculado que para acercarnos a la isla de los Rascones necesitaríamos algo menos de media braza de aguas crecientes. Cuando por fin cambió la marea, notamos que el bote tensaba la estacha



del ancla. Eran las tres de la madrugada. Hice arrancar el motor y comencé a navegar lentamente por algunos de los arroyos menos conocidos del condado. En el completo silencio que nos envolvía, el zumbido del bote parecía una intolerable intromisión. Necesitamos toda una hora para llegar hasta el borde de la vasta franja de marismas saladas que en su centro secreto ocultaba la isla de los Rascones. Por tres veces me introduje en angostos arroyuelos que conducían a callejones sin salida, y finalmente tuve que regresar al río para orientarme antes de acometer un nuevo intento. Después, aún seguimos otras dos engañosas cintas de agua que se perdían en la gran marisma, sin mejores resultados. Mientras nos movíamos entre las marismas, la vegetación formaba impenetrables muros de hierba a ambos lados y nos impedía ver adónde nos dirigíamos. Justo en el momento de mayor desesperación, cuando la marea alta iba a alcanzar su máximo nivel y hacia el este comenzaba a apuntar el día, fuimos a dar a un arroyo que me pareció que ya habíamos explorado antes, y casi al instante estuvimos a punto de embarrancar en la isla que buscábamos.

Mientras yo sacaba el motor fuera del agua, Savannah se encaramó a la proa y echó pie a tierra de un salto, Estaba asegurando el motor en su lugar cuando, desde la oscuridad, me llegó la voz de Savannah:

—Ha estado aquí, Tom.

—¡Dios mío, ha estado aquí! Tenemos que esconder la lancha, Savannah. No podemos dejar que la vean desde el aire.

—Luke nos lo ha puesto fácil —respondió ella. Bajo el roble doblegado por el viento y el denso bosquecillo de palmitos, Savannah se encontraba en el centro de la base de operaciones de Luke. Nuestro hermano había colgado de los árboles redes de camuflaje, y bajo las redes había plantado una gran tienda de campaña. Encontramos cajas de dinamita cubiertas con lona impermeable y bidones de gasolina. Tenía también rifles, cajas de munición y una gran cantidad de latas de sopa de cangrejo manufacturadas por la Blue Channel Corporation. Tenía un pequeño bote de vela y una pequeña lancha con un motor de ocho caballos. Savannah halló treinta y un bidones de cinco litros llenos de agua dulce.

Luke había reparado la minúscula cabaña construida por mi padre, dotándola de un techo nuevo y sustituyendo los tablones del suelo que estaban podridos. Su saco de dormir estaba en un rincón, y en el centro del cuarto había una mesa y una silla de madera. Sobre la mesa, junto a un servicio para una sola persona, había una botella mediada de Wild Turkey. Al lado del plato vimos un ejemplar de *La hija del camaronero* dedicado a Luke.

—Luke siempre ha tenido buen gusto en cuestión de literatura —observó Savannah.

—Me sorprende que no esté leyendo el Libro Rojo del presidente Mao.

—No le hace falta leerlo —respondió ella—. Lo está viviendo.

Descargamos el bote a toda prisa y lo arrastramos al interior de la tienda camuflada. La aurora se acercaba por las marismas en rizados pliegues de oro. La

marea, que seguía subiendo, no tardó en borrar la profunda cicatriz dejada en la blanda tierra por la quilla del bote, Extendimos nuestros sacos de dormir junto al de Luke y coloqué la cafetera cargada sobre un fogón Coleman cuando el sol ya había salido del todo. Hace algún tiempo que no viene por aquí —comenté.

—¿Dónde habrías ido a buscarlo si no hubiera estado aquí? —quiso saber Savannah.

—No lo sé —respondí—. Tenía la sensación de que éste era el lugar. Colleton es un sitio muy poco indicado para emprender una guerra de guerrillas. Resulta demasiado fácil quedar atrapado en una de estas islas.

—Parece que él se las arregla muy bien.

—Ese agente del FBI, Covington, me dijo que la semana pasada ya creían que lo tenían cogido. Lo acorralaron cerca de la ciudad abandonada con un centenar de hombres y seis sabuesos que trataban de sacarlo del bosque.

—¿Cómo pudo escapar?

—Ya era de noche. Al parecer, ni siquiera se tira un pedo hasta que se ha puesto el sol. Covington cree que fueron demasiado lentos. Cree que Luke logró llegar a la marisma, se arrastró hasta el río y se dejó llevar por la marea. Tenían lanchas en el río, pero consiguió esquivarlas.

—Bien por él. Siempre me han encantado las películas en las que gana el bueno.

—En este caso hay cierta discusión acerca de quién es el bueno —repliqué—. Cuando vio que se le acercaban demasiado, hizo estallar un cartucho de dinamita en plena oscuridad. Asustó a los perros y puso muy nerviosos a sus perseguidores.

—¿Hizo daño a alguien? —Convirtió un chopo en mondadientes, pero milagrosamente no hubo ningún herido.

—¿Qué le dirás a Luke, cuando venga, Tom? —preguntó cogiendo la taza de café que yo le ofrecía—. Sabiendo que él cree en lo que está haciendo, sabiendo que él cree que sus acciones son morales y correctas, que esto es lo único que significa algo para él, ¿qué vas a decirle para conseguir que abandone la lucha?

—Pienso explicarle muy detalladamente lo tristes que tú y yo nos sentiremos en su funeral. Pienso hablarle de la esposa que aún no conoce y de los hijos que nunca tendrá y de la vida a la que renunciará si persiste en esta locura absurda.

—Luke no ha tenido nunca novia —objetó Savannah—. No creo que toda esta charla sobre una esposa, un buen fuego en el hogar, un par de zapatillas y unos chiquillos rubios vaya a hacerle cambiar de idea. Para algunos de nosotros, Tom, una vida de clase media en los Estados Unidos equivale a una sentencia de muerte.

—¿Quieres decir que mi vida es una sentencia de muerte, Savannah?

—Lo sería para mí, Tom. Y creo que quizá lo fuese para Luke. Mira, no pretendo herir tus sentimientos...

—¡Gracias a Dios, Savannah! —le interrumpí—. Ni siquiera puedo imaginar qué brutalidades dirías si de veras quisieras herir mis sentimientos. Pero nosotros, los norteamericanos que soportamos nuestras aburguesadas sentencias de muerte y

somos lerdos e insensibles, logramos sobrevivir y no somos heridos fácilmente.

—Quisquilloso, quisquilloso.

—Me reservo el derecho a mostrarme quisquilloso cuando alguien me califica de muerto viviente.

—No es culpa mía que te sientas desgraciado por la vida que llevas —se defendió.

—Lo que me resulta insoportable es tu condescendencia, Savannah, ese aire de superioridad que asumes cada vez que hablamos de las distintas decisiones que cada uno de nosotros ha tomado; es la enfermedad de Nueva York que has contraído mientras felicitabas a los otros emigrantes de pequeñas ciudades que han encaminado alegremente sus pasos hacia Manhattan.

—Tengo que ser sincera contigo —adujo—. Los mejores sureños que he conocido, los de mayor talento están todos en la ciudad de Nueva York. No se puede vivir en el Sur, porque exige que renuncies a demasiado de lo que verdaderamente eres.

—No quiero seguir hablando de esto.

—Ya lo supongo —asintió—. Este tema debe de resultarte muy doloroso.

—En absoluto —protesté—. Se trata, se solamente, de que no puedo soportar tu aureola de autoencomio. Te veo demasiado llena de pretensiones, e incluso un poco malvada.

—¿Por qué malvada?

—Disfrutas diciéndome que he echado a perder mi vida.

—No disfruto lo más mínimo, Tom —dijo en voz baja—. Me duele mucho tener que decírtelo, pero querría que Luke y tú tuvierais lo mejor del mundo, que estuvierais abiertos a todo, que no os dejarais robar el alma para quedar convertidos en los sureños típicos.

—¿Ves ese sol, Savannah? —pregunté, señalando hacia las marismas—. Es un sol de Carolina, y nos ha curtido a los tres, y por mucho tiempo que vivas en Nueva York, eso no se borrará nunca.

—Estábamos hablando de otra cosa —objetó Savannah—. Lo que me preocupa es que el Sur acabe por desangrarnos de todo lo que hay de individual en vosotros. Tengo miedo de que Luke acabe muriendo porque se ha dejado seducir por su visión del Sur como una especie de paraíso fatal.

—Cuando venga Luke, Savannah, debes ayudarme a convencerle para que vuelva con nosotros. No te dejes persuadir por sus puntos de vista. Sabe exponer bien sus argumentos, y es endiabladamente romántico. Luke es un espléndido fanático. Resplandece con su romántica luz interior, y te mira de una forma extraña y no quiere atender a razones. La poetisa que hay en ti se sentirá encantada por el guerrillero que hay en Luke.

—He venido aquí para ayudarte, Tom —me aseguró—. Quiero que Luke vuelva a casa.

—Te dirá que ya está en su casa.

—Y será difícil discutirse, ¿no crees, Tom? —replicó Savarinah cogiendo la cafetera.

—Lo será, desde luego —admití.

—No volveré a representar mi papel de crítica neoyorquina. Te lo prometo.

—Y yo dejaré de hacerme el cuellirrojo. También te lo prometo.

Nos estrechamos las manos y dimos comienzo a la prolongada tarea de esperar la aparición de Luke.

Durante una semana, Savannah y yo vivimos en soledad en el centro de la extensa marisma salada. Pasamos el tiempo renovando esos frágiles y tenues lazos que constituyen a un tiempo la dificultad y la gloria de hacer frente al mundo como una pareja de gemelos. De día nos ocultábamos en el interior de la cabaña y pasábamos las horas relatando incansablemente las historias de nuestra vida familiar. Narramos todas las historias que pudimos recordar de nuestra primera infancia y tratamos de sopesar los puntos débiles y fuertes con que habíamos accedido a la edad adulta tras ser criados por Henry y Lila Wingo. Nuestra vida en la casa junto al río había sido peligrosa y nociva, pero ambos la encontrábamos en cierto modo magnífica. Sin duda había producido unos niños extraordinarios y un tanto extraños. La casa había sido un semillero de locura, poesía, coraje y una inefable lealtad. Nuestra niñez había sido áspera, pero también implacablemente interesante. Aunque podíamos lanzar apasionadas acusaciones contra nuestros progenitores, esta particularidad inmunizaba nuestras almas contra los asaltos del tedio y el aburrimiento. Para sorpresa de ambos, Savannah y yo coincidimos en que habíamos tenido los peores padres posibles, pero ninguno de los dos habría querido que fuese de otro modo. En la isla de los Rascones, mientras esperábamos a Luke, creo que comenzamos a perdonar a nuestros padres por haber sido exactamente lo único que podían ser.

Iniciábamos nuestras charlas con recuerdos de traiciones y brutalidades, y las terminábamos afirmando una y otra vez nuestro torturado pero auténtico amor hacia Henry y Lila. Por fin habíamos llegado a la edad de perdonarles que no hubieran nacido perfectos.

De noche, Savannah y yo nos turnábamos para arrojar el esparavel a la marea creciente. Solía quedarme a contemplar cómo lanzaba la red, viendo el amplio movimiento de su sombra circular que se curvaba en un arco perfecto, y oyendo el chapoteo de los plomos contra las oscuras aguas como el salto de un gran pez invisible. Los camarones danzaban junto a la superficie por bullentes millares. Capturamos más camarones de los que jamás podríamos comer. Yo preparaba comidas fabulosas y nos deleitábamos infinitamente consumiéndolas a placer. Pesqué un róbalo de cinco kilos y lo rellené de camarones y carne de cangrejo, para asarlo luego sobre las brasas. Para desayunar, salteaba camarones en manteca, preparaba una salsa con whisky barato y vertía los camarones y la salsa sobre un fondo de granos de maíz a medio moler.

Antes de acostarnos, nos sentábamos bajo las estrellas y bebíamos vino francés mientras Savannah recitaba de memoria todos sus poemas. La mayoría de ellos eran cantos de amor a las tierras bajas, y mi hermana hacía honor al lenguaje con palabras que flotaban sobre la marisma como distraídas mariposas de alas plateadas, alimentándose de un secreto néctar nacido del tiempo y las estrellas y los vientos del Atlántico. Cuando escribía sus poemas sobre las Carolinas, Savannah infundía una instantánea autoridad a sus palabras al utilizar el nombre correcto de cada cosa. Sus poemas estaban llenos de sietecolores y picogordos, no simplemente de pájaros. Había extraído de estas tierras un incalculable tesoro de nombres exactos que utilizaba en su tarea. Ensalzaba a las polillas colibrí por el feliz ingenio de su mimetismo, derramaba afecto sobre los sinsontes por su virtuosismo, era capaz de dar nombre a cualquier variedad imaginable de vida marina que una red para camarones pudiera arrancar del fondo de un canal y conocía treinta variedades distintas de rosas y claveles. Su conocimiento de las tierras bajas era innato y espectacular. Se había desarrollado en ella espontáneamente, del mismo modo como se aclaran en verano, los cabellos de un barquero. En sus poemas, arrojaba rosas a las ardientes mareas de nuestra historia común. Cuando no tenía rosas que lanzar, exponía los perturbados ángeles de pesadilla que entonaban el cántico de las cuchillas y las venas, vulnerables y azuladas, de sus pálidas muñecas. Como sucede con todas las buenas poetisas de nuestro siglo, eran sus propios lamentos y heridas lo que sostenía la imperecedera belleza de su arte. Sentada en la oscuridad, recitaba algunos de sus poemas con lágrimas en los ojos.

—No recites los que te ponen triste, Savannah —le rogué, abrazándola.

—Son los únicos que tienen algún valor.

—Deberías escribir poesías sobre un tema absolutamente maravilloso, capaz de proporcionar alegría y felicidad a todo el mundo —le aconsejé—. Deberías escribir poesías acerca de mí.

—Ahora estoy escribiendo unos poemas sobre Nueva York —respondió.

—Como tema, es muy manido.

—No te hagas el cuellirrojo —me advirtió—. Lo has prometido. ¿Es por lo mucho que amo a Nueva York por lo que tú la odias tanto?

—No lo sé, Savannah —dije yo, escuchando las cigarras, que se hablaban de una isla a otra—. Crecí en una población de seis mil habitantes, y ni siquiera era la persona más interesante de esa población. ¡Qué mierda! Ni siquiera he sido la persona más interesante de mi propia familia. No estoy preparado para una ciudad con ocho millones de habitantes. Estando en Nueva York, me he metido en cabinas telefónicas y he hablado con operadoras que tenían una personalidad más interesante que la mía. No me gustan las ciudades que me rugen «¡No vales una mierda, Wingo!» cuando sólo he salido a comprarme un bocadillo. Allí hay demasiado de demasiadas cosas. Puedo adaptarme a todo, me parece, salvo a lo titánico y lo colosal. Eso no me convierte en una mala persona.

—Pero es la respuesta predecible de un provinciano —observó—, y eso es lo que me preocupa. Tú nunca habías sido predecible.

Error, querida hermana. Debes recordar nuestras raíces mutuamente compartidas. Nuestro padre es un estereotipo sureño. Nuestra madre es un estereotipo sureño destilado hasta el extremo del genio o la caricatura. Luke es un estereotipo sureño. ¡Qué diablos! Si incluso ha emprendido una guerra de secesión contra la Unión. Yo soy un perfecto estereotipo. No hay ideas en el Sur, sólo barbacoas. Tengo los pies clavados a la roja arcilla, pero puedo comer tanta carne a la parrilla como quiera. Tú tienes alas, Savannah, y uno de los mayores placeres de mi vida ha sido verte emprender el vuelo.

—Pero ¿y el precio, Tom?

—Piensa en el precio que habrías tenido que pagar si te hubieras quedado en Colleton —repliqué.

—Estaría muerta —asintió—. El Sur mata a las mujeres como yo.

—Por eso os enviamos a todas a Manhattan. Para ahorrar gastos de funeraria.

—El primer poema del ciclo de Nueva York se llama «Estudio: Sheridan Square» —anunció, y de nuevo su voz empezó a lanzar anapestos a la noche.

Durante el día, nos manteníamos ocultos y Savannah trabajaba obsesivamente en su diario. Anotaba todos los relatos que le refería acerca de nuestra infancia, y fue entonces cuando por vez primera cobré conciencia de los enormes e insalvables huecos en sus recuerdos de nuestra vida en-Colleton. La represión era un agobio y a la vez uno de sus grandes temas. Su demencia era un censor implacable: no se contentaba únicamente con arruinar la calidad de su vida cotidiana en Nueva York, sino que también eclipsaba el pasado y lo sustituía por el sofocado ruido blanco del olvido. Sus diarios preservaban los detalles de su vida. En ellos sólo anotaba realidades incuestionables. Eran sus miradores hacia el pasado. Escribir en sus diarios no era sino una de las técnicas que Savannah había ingeniado para salvar su vida.

Cada Navidad, desde que salí de la escuela, Savannah me enviaba un hermoso diario encuadernado en piel idéntico a los que ella utilizaba, y me alentaba a registrar todos los detalles de mi vida cotidiana. Los pulcros tomos marrones llenaban un estante sobre mi escritorio, notables únicamente porque jamás había anotado nada en ellos ni escrito un solo pensamiento ni por azar. En el libro de mi vida, por razones que no me resultaban claras, jamás había roto el voto de silencio. Poseía un acusador estante de diarios que no revelaban nada en absoluto sobre mi existencia interior. Aunque tenía cierto talento para la autocrítica, creía descubrir la más imperdonable vanagloria en la historia de mis propias deficiencias: saber que podía pasarme el día entero clasificando jovialmente mis defectos no anulaba el hecho de que nunca podría suprimir aquella especial sensación de autocomplacencia con que me aplicaría a la tarea. Solía decirme que sólo escribiría en mis diarios cuando tuviera algo original e interesante que decir. No deseaba ser simplemente el biógrafo de mi fracaso. Quería decir algo. Aquellos volúmenes en blanco constituían una elocuente metáfora de mi

vida como hombre vivía con el terrible conocimiento de que algún día sería un anciano que aún esperaría el comienzo de mi vida real. Ya entonces me compadecía de aquel anciano.

Durante nuestra sexta noche en la isla nos bañamos en el arroyo a medianoche, cuando subía la marea. Nadarnos hacia la marisma y enjabonarnos nuestros cuerpos desnudos, sintiendo la marea moverse entre nuestros cabellos.

El agua, gobernada por la luna, estaba resplandeciente. Nos preguntamos en voz alta cuánto tiempo podríamos seguir esperando a Luke antes de tener que regresar a Charleston en busca de vituallas. Nos secamos en la cabaña y nos servimos sendos vasos de coñac antes de echarnos a dormir. Savannah roció de insecticida el interior de la choza y yo le tendí el frasco de repelente contra insectos tras haber untado mi propio cuerpo. Los mosquitos habían impedido que aquellos días se convirtieran en unas perfectas vacaciones. A lo largo de aquella semana, entregamos a los mosquitos suficiente sangre como para satisfacer a una pequeña agrupación de la Cruz Roja. Savannah observó que el mundo sería más agradable si los mosquitos fuesen tan sabrosos como los camarones y pudieran capturarse con una red arrastrada por un barco. Cuando nos fuimos a dormir, comenzaba a levantarse una fresca brisa del oeste.

Desperté con el cañón de un rifle en la garganta. Una linterna tan fina como un lápiz me deslumbró cuando empezaba a salir del saco de dormir.

Y entonces oí la risa de Luke.

—El Che Guevara, supongo —dije.

—¡Luke! —gritó Savannah, y ambos se buscaron a tientas en la oscuridad.

Sus sombras se fundieron bajo la escasa luz de la luna y comenzaron a describir círculos sobre el suelo de madera, empujando ruidosamente la silla contra la pared.

—Me alegro muchísimo de no haberos matado —exclamó Luke. Me habéis dado una buena sorpresa.

—Estamos encantados de que no nos hayas matado, Luke —dijo Savannah.

—¡Matarnos! ¡Dios mío! ¿Por qué habrías de pensar siquiera en matarnos? —pregunté yo.

—Si encuentran este sitio, hermanito —respondió—, se ha acabado mi tiempo en el gran reloj. Estaba convencido de que ni siquiera vosotros, criaturas, os acordaríais de esta islita.

—Hemos venido a convencerte de que vuelvas con nosotros, Luke —le anunció Savannah.

—Ni siquiera tú tienes tanta labia, dulzura —respondió Luke.

Salimos al exterior, a la luz de las estrellas, y nos quedamos mirándole mientras él arrastraba su kayak hasta la protección de la tienda. Savannah fue a buscar la botella de Wild Turkey y le sirvió un vaso lleno. Nos acomodamos en el reducido porche, aspirando los aromas que el viento arrastraba desde las marismas. Durante diez minutos ninguno de nosotros pronunció ni una sola palabra, pues todos tratábamos de

ordenar nuestros argumentos y nuestras respectivas declaraciones de mutuo amor. Quería decir las palabras capaces de salvar la vida de mi hermano, pero ignoraba cuáles eran esas palabras. Mi lengua yacía como una losa dentro de mi boca. Mi cabeza estaba repleta de ferocidades, aserciones y exigencias absolutas que giraban totalmente descontroladas en órbitas de colisión. Todos los preludios de silencio eran eléctricos y peligrosos.

—Tienes buen aspecto, Luke —dijo Savannah finalmente—. Parece que la revolución te sienta bien.

Luke se rió y contestó:

—Como revolucionario, no soy gran cosa. En estos momentos estáis hablando con la totalidad de las fuerzas de la revolución. Debería dedicarme un poco más al reclutamiento.

—¿Qué estás tratando de demostrar, Luke? —inquirí.

—No lo sé, Tom. Quizá intento demostrar que aún queda un ser humano sobre la tierra que no es un cordero. Así es como empezó la cosa, de todos modos. Estaba tan condenadamente enfadado con mamá, con toda la ciudad y con el gobierno que me dejé arrastrar por la dinámica del asunto y no vi ninguna forma de salirme. Y cuando volé los puentes y murieron aquellos tipos del tren ya no hubo forma de volver atrás. Ahora me paso casi todo el tiempo ocultándome de ellos.

—¿Has pensado en rendirte? —quiso saber Savannah.

—No —dijo él—. Han de saber que su proyecto ha despertado alguna oposición leal. No lamento nada de lo que he hecho, excepto la muerte de aquellos hombres. Ojalá hubiera podido ser más eficaz.

—Han enviado gente para darte caza por todas estas islas, Luke —le advertí.

—Los he visto.

—Me han dicho que son expertos —proseguí—. Ahí en los bosques hay dos «boinas verdes» que disfrutan comiendo niños para desayunar, y han venido a buscarte.

—No conocen el terreno —explicó Luke—. Eso les complica bastante las cosas. He pensado en darles caza y eliminarlos, pero no tengo nada contra ellos.

—¿Que no tienes nada contra unos hombres que han sido contratados para matarte? —se extrañó Savannah.

—Es, su trabajo, nada más. Igual que el mío era pescar camarones. ¿Cómo les va a mamá y papá?

—Papá está fabricando placas de matrícula para pagar su deuda con la sociedad —contesté—. Mamá se siente un poco violenta cuando va a la estafeta de correos y ve la pared llena de fotos de su hijo mayor con las palabras «Se busca», pero ahora es una Newbury y lleva el culo envuelto en seda y su aliento siempre parece oler a caviar.

—Los dos están preocupadísimos por ti, Luke —dijo Savannah—. Quieren que te rindas y vuelvas con nosotros.



—Cuando empecé esto, lo tenía todo absolutamente claro. Creía que era lo adecuado, la única respuesta razonable que podía darles. Hice lo que salía espontáneamente de mí. Me resulta difícil pensar que me porté como un perfecto idiota. ¿Sabéis que dispongo de suficiente dinamita robada para volar la mitad de Charleston? Pero ni siquiera puedo acercarme a las obras lo suficiente para hacer volar la fiambrrera de un obrero. Las tres últimas veces que lo he intentado han estado a punto de atraparme. Hace apenas un mes, volé una perrera llena de perros policía.

—¡Jesús! —exclamé—. Se acabaron las contemplaciones, ¿eh, Luke?

—Los perros son una grave amenaza, Tom. Me persiguen con perros.

—Tienes a todos los ecologistas a tu favor —le anunció Savannah—. No están de acuerdo con tus tácticas, pero admiten que ha sido tu protesta lo que les ha impulsado a actuar.

—Todos los miembros del Sierra Club y la Audubon Society llevan brazaletes verdes en sus reuniones —añadí.

—Frivolidades —replicó—. He reflexionado a fondo acerca de todo este asunto. Ya sé que vosotros creéis que no he abierto un libro en mi vida, pero he estudiado cuidadosamente estas cuestiones. Cada vez que el gran capital se enfrenta a la ecología, el gran capital vence. Es una ley norteamericana, como el derecho de libre reunión. Alguien va a ganar millones de dólares fabricando plutonio en este condado, y eso es lo único que cuenta. Y alguien va a ganar millones de dólares convirtiendo el plutonio en armamento nuclear. No soporto pensar en esas armas. Me resulta imposible. Para mí, todos esos políticos, y los generales, y los soldados, y los civiles que fabrican las armas, no son seres humanos. Me da igual que los demás estén de acuerdo conmigo o no. Así es como estoy hecho. Y me refiero a la única parte de mi ser que significa algo para mí. Que nos quiten Colleton es una cosa. Podría comprenderlo, en serio. Si crearan seis mil puestos de trabajo y se dedicaran a criar ostras o a cultivar tomates o gardenias, estaría dispuesto a sacrificarme, os lo aseguro. Si fuera una siderúrgica o una factoría química no me gustaría demasiado, pero podría aceptarlo. Ahora bien, que arrasen la ciudad de Colleton para fabricar plutonio... Lo siento, pero por ahí no paso.

—La mayoría de la gente cree que estás loco —dije—. Piensan que eres un loco asesino.

—Tengo unos terribles dolores de cabeza, Tom —respondió—. Es lo único que anda mal conmigo.

—Yo también tengo migrañas —admití—, pero no he matado a cuatro personas.

—No era esa mi intención —se defendió—. Aquel tren no estaba previsto.

—Aun así, te buscan por asesinato.

—Construyen bombas de hidrógeno y me acusan a mi de asesinato —Observó, tomando un largo sorbo de bourbon—. El mundo está jodido.

—No es tarea tuya impedir que el mundo construya bombas de hidrógeno —alegó Savannah.

—Entonces, ¿de quién es, Savannah?

—Tu punto de vista es excesivamente simplista —protesté.

—Enséñame a ser más complejo —me, pidió—. Lo que estoy haciendo no tiene mucho sentido, Tom, pero lo que hacéis tú y todos los demás no tiene ningún sentido en absoluto.

—¿De dónde te viene esta sorprendente sensibilidad moral? —inquirí—. ¿Por qué no la aplicaste durante la guerra del Vietnam, cuando participabas alegremente en operaciones de castigo y te enfadabas con Savannah y conmigo porque participábamos en las manifestaciones pacifistas?

—Nos dijeron que combatíamos para que los vietnamitas pudieran ser libres. Me pareció que era una buena causa. No veía nada malo en eso. Lo que no sabía es que estaba luchando para que ellos pudieran robarme la casa a mi regreso.

—¿Por qué no te limitas a protestar pacíficamente contra la puesta en marcha del Proyecto del Río Colleton? —preguntó Savannah.

—Me pareció que así me harían más caso —Savannah explicó—. Me pareció que sería más efectivo. Además creía que sería lo bastante bueno como para expulsar del condado a todos esos hijos de puta. Ahora veo que los subestimé y que sobre valoré mis propias fuerzas. Ni siquiera he conseguido retrasar un poco el proyecto.

—Con la voladura de los puentes lo retrasaste muchísimo —dije yo—. Eso te lo aseguro, hijo mío. Has obligado a cambiar de recorrido a una enorme cantidad de camiones.

—No me entiendes —objetó—. Yo creía que podía obligarles a cancelar por completo el proyecto.

—¿Cómo? —preguntó Savannah.

—Porque lo veía —respondió—. Podía visualizar todo el asunto. A lo largo de mi vida, cuando podía ver una cosa en mi mente siempre lograba que ocurriera. Cuando fuimos en busca del delfín blanco, ya había realizado mentalmente ese viaje al menos cien veces. De todo lo que pasó en Miami, no hubo nada que me sorprendiera.

—A mí me sorprendió todo, de principio a fin —dijo Savannah—. No podía creer que fuera yo quien viajaba por aquella carretera, sentada encima de un delfín blanco.

—Creía que podría asustar a los obreros lo bastante como para que no quisieran volver nunca más a Colleton —prosiguió Luke.

—Y lo hiciste, Luke —le aseguré—. Están aterrorizados, pero tienen familias que alimentar.

—Cuando estoy aquí solo lo veo todo más claro. —Sonrió—. Soy capaz de convencerme de cualquier cosa. ¿Os acordáis de cuando mamá nos leía el Diario de Ana Frank, cuando éramos pequeños?

—No habría debido leernos ese libro —comenté—. Savannah y yo nos pasamos años soñando en nazis que echaban abajo la puerta de casa.

—¿Os acordáis de cuando Savannah nos hizo ir a ver a la señora Regenstein, después de leer el libro?

—De eso no me acuerdo en absoluto, Luke —dijo Savannah.

—Tampoco yo —añadí—. Eramos muy pequeños cuando mamá nos leyó ese libro.

—La señora Regenstein era una refugiada de Alemania que vivía en casa de Aaron Goldberg. Había perdido a toda su familia en un campo de concentración.

—Nos enseñó un dibujo que llevaba tatuado —dije yo, empezando a recordar.

—No era un dibujo, Tom —me corrigió Luke—. Nos enseñó el número que le habían tatuado en el antebrazo cuando estuvo en el campo de concentración.

—¿A qué viene eso, Luke? —quise saber.

—No sé si viene al caso, pero fue entonces cuando descubrí por primera vez la grandeza de Savannah.

—¡Cuéntamelo todo, Luke! —le pidió Savannah, dándole un achuchón—. Me encantan las historias en que aparezco como una figura de grandeza.

—¿No tendrás por casualidad bolsas para vómitos en tu campamento rebelde? —pregunté.

—Después de que mamá nos leyera la historia de Ana Frank, Savannah se pasó tres días preparando un escondrijo en el granero. Llevó agua, comida, de todo. Incluso puso un pequeño tablón de anuncios, para que algún chiquillo pudiera colgar fotografías de revistas igual que hizo Ana Frank.

—¡Qué ridículo! —exclamé.

—Sí —asintió Luke—, pero fue un gesto, Tom. Fue algo. La mayoría de los europeos no hizo nada por los judíos. Nosotros teníamos una hermana de ocho años que preparó un refugio en el granero por si la cosa ocurría de nuevo. Pero no es eso lo que quería contaros.

—Estoy segura de que hice algo atrozmente heroico —dijo Savannah, disfrutando intensamente.

—No, pero hiciste algo hermoso —respondió Luke—. Nos hiciste ir contigo a visitar a la señora Regenstein. Yo le tenía miedo, porque hablaba con un acento muy marcado, y no quería ir. Pero tú nos obligaste a acompañarte, Savannah. Tom y yo estábamos detrás tuyo cuando la señora Regenstein abrió la puerta. Al vemos, nos saludó: Guten Morgen, Kinder. Llevaba unas gafas de cristales muy gruesos y era muy delgada. ¿Recuerdas lo que le dijiste entonces, Savannah?

—Ni siquiera me acuerdo de la visita, Luke.

—Le dijiste: «Nosotros la esconderemos». Le dijiste: «No se preocupe por si vienen los nazis a Colleton, señora Regenstein, porque mis hermanos y yo estamos aquí y nosotros la esconderemos. Hemos preparado un escondite muy cómodo en el granero y le llevaremos comida y revistas».

—¿Y qué hizo entonces la señora Regenstein, Luke? —preguntó Savannah.

—Se deshizo en llanto, Savannah. Se echó a llorar como nunca había visto llorar a nadie. Tú creíste que habías hecho algo muy malo y empezaste a pedirle perdón. La señora Goldberg salió a ver qué pasaba y por fin consiguió calmarla. Luego, la señora

Goldberg nos dio galletas y un vaso de leche a cada uno. Desde aquel día quedó enamorada de nosotros.

¡Sabía que había sido una niña estupenda! —exclamó Savannah—. Gracias por contarnos esta historia, Luke.

—Yo podría contarte otras treinta en las que quedaste como una gilipollas, Savannah —dije yo.

—¿Quién le ha invitado a esta isla? —preguntó Savannah, apuntándome con el dedo.

—Yo no, desde luego —respondió Luke.

—Te traemos una propuesta, Luke —anuncié—. Las fuerzas del mal están dispuestas a pactar.

—No me lo digas —comentó tristemente—. Si me siento a la mesa de la paz, me dejarán quedar con todo el estado de Carolina del Sur.

—No creo que estemos muy alejados —respondí—. Han enviado a un tipo llamado Covington.

Durante dos días, en un mundo refrescado con la presencia de Luke, un mundo barnizado con el argentino resplandor de las fragantes mañanas con olor a palma, dejamos que Luke nos refiriera la historia de su modesta rebelión contra el estado. Una sensación de injusticia le había llevado a patrullar armado y vengativo, por su expoliada tierra natal. La imposibilidad de cambiar ni un ápice la situación había convertido su compromiso en una adicción. Habiendo fracasado tan rotundamente, no podía retirarse de su propia llamada a las armas: se había convertido en la primera víctima de su incontenible bravata. Al principio, creía que había regresado a Colleton porque era la única persona de principios de nuestra ciudad; pero en la prolongada soledad de su guerra privada había llegado a comprender que era su pendenciera vanidad lo que había convertido una sencilla decisión política en una desafiante cuestión de honor. No sabía cómo desentenderse de la lucha, y había momentos en que seguía creyendo que estaba obrando de la única manera posible para un hombre de su carácter. Luke no creía haber actuado mal; consideraba únicamente que había actuado a solas y que éste era el error más deplorable.

Cuando narraba su historia—, su voz era como una página musical. Nos contó sus lentos vagabundeos por el territorio arrasado, sus encuentros con guardias armados, sus desapariciones hacia las dos casas seguras de Georgia después de una incursión con éxito, sus pacientes robos de dinamita y los peligros con que debía enfrentarse cada vez que salía a navegar por el río. Del Vietcong había aprendido a llegar a un entendimiento con la oscuridad y la eficacia de la paciencia cuando se debía luchar contra un enemigo numéricamente superior. Nos habló de su larga inspección de los cuatro puentes que había volado en el límite septentrional del condado; le parecía increíble que pudieran estar tan mal protegidos y que resultara tan fácil instalar en ellos poderosas bombas preparadas para estallar simultáneamente a las dos de la madrugada y aun así estar de regreso en la isla de los Rascones antes de la salida del

sol. Las medidas de seguridad en los puentes que conducían al condado se habían reforzado considerablemente, nos dijo, pero la muerte de los ferroviarios había modificado el carácter de su protesta. Una vez derramada la primera sangre, su guerra contra el dominio del estado perdía toda resonancia moral. Si tenía que matar, deseaba que al menos no fueran muertes en vano.

—Habría debido pegar un tiro a cada uno de los tres ingenieros de la Mewshaw Company que dirigen el proyecto. En un momento u otro, los tuve a los tres en la mira de mi rifle y pensé en acabar con ellos. Pero entonces pensaba en cómo iban a sentirse sus esposas y sus hijos cuando les dijeran que a papá le habían metido un balazo en el ojo, y ya no podía hacerlo. Me encontré librando la guerra de guerrillas más estúpida y ridícula de que jamás he oído hablar. Ni siquiera podía conseguir el apoyo de la población indígena, porque no existe población indígena. Donde había casas, ahora hay cicatrices en la tierra. Así pues, hice volar unos cuantos tractores y camiones y les metí el miedo en el cuerpo a unos cuantos guardias de la Pinkerton. Mi única victoria, si se la puede llamar así, es que todavía no me han capturado. Pero, Dios mío, os aseguro que lo han intentado de todas las maneras.

No se sentía derrotado, pero sí reducido a una posición de jaque ahogado. Las metáforas que lo habían sostenido en los primeros días del conflicto habían perdido todo su frescor y su fuerza. En la soledad, había descubierto que su disensión carecía de fundamento filosófico. Había acudido a las islas con pasión, pero sin un sistema coherente de creencias. Sus ideas eran contradictorias, románticas, quejicosas e intemperantes. No era capaz de imponer un sentido a su época ni de encontrar su sitio en ella. Había intentado comportarse como un hombre de honor, un hombre que no podía ser comprado ni vendido, y despertó una mañana para descubrir que habían puesto precio a su cabeza. En lo más profundo de su conciencia, no alcanzaba a comprender por qué no se le unían todos los norteamericanos una vez enterados de la naturaleza de su enfrentamiento con el gobierno. Creía comprender el alma norteamericana y descubrió que ni siquiera era capaz de sondear las profundidades de la suya. Jamás había sabido que la venta de la propia tierra y de los derechos de nacimiento a cambio de un puñado de dinero era el deporte de los reyes en los Estados Unidos. Nuestros padres nos habían educado en la creencia de que los sureños tenían a su tierra en la más alta estima. Era la tierra y nuestra veneración de la tierra lo que nos hacía distintos y definía nuestra fabulosa separación de los restantes norteamericanos. Luke pensaba que había cometido un error aun sin decirlo explícitamente, había creído en la sublimidad del espíritu sureño.

—Al principio, cuando vine aquí, me consideraba el último sureño —explicó—. Pero últimamente estoy empezando a considerarme el último imbécil sureño.

—Tenemos un banco genético como el Loch Ness, Luke —intervino Savannah—. Antes de que termine esto, todos habremos de ver nuestros monstruos en la superficie.

—Si ya no crees en lo que estás haciendo —pregunté—, ¿por qué diablos sigues

aquí jugando a guerrilleros?

—Porque, por muy equivocado que esté, Tom, no estoy ni mucho menos tan equivocado como ellos. Y mi presencia aquí sirve para recordarles que el robo de una ciudad puede resultar peligroso para la salud del ladrón. Incluso he pensado atacar el campamento de la construcción a plena luz del día. Primero mataría a los guardias armados, y luego intentaría cargarme a veinte o treinta de los obreros. Sé muy bien cómo se libra esta clase de guerra, pero me falta coraje para hacerlo.

—Si hubieras matado a toda esa gente, esto estaría lleno de marines —observé.

—Actuando en solitario, me falta valor para matar personas inocentes —prosiguió—. Sólo era capaz de matar inocentes en Vietnam, cuando me respaldaba el país más poderoso de la tierra. Y no tardé en darme cuenta de que si no se está dispuesto a matar inocentes no se puede ganar. Ni siquiera se enteran de que existes.

—Nunca se te han dado bien los pactos, Luke —comenté.

—¡Pactos! —exclamó—. ¿De qué pactos me hablas? No nos dijeron que construirían sus instalaciones en un extremo del condado y que nosotros podríamos seguir viviendo donde habíamos vivido siempre. Nos —dijeron: «¡Venga, mamones, largo de aquí!»—. Y sé muy bien por qué lo han hecho así, Tom. Si tienen un accidente en esta planta, todo lo que vive río abajo, todos los camarones, pulpos y cangrejos, van a desprender luz en la oscuridad durante doscientos años. Un pequeño error y exterminarán a todas las formas de vida marina en un radio de ochenta kilómetros. Son capaces de convertir toda esta marisma en un desierto sin vida.

—¿Cuándo te convertiste en extremista, Luke? —quiso saber Savannah—. ¿Fue en el Vietnam?

—Yo no soy ningún jodido extremista, Savannah —protestó con feroz convicción—. Odio a los extremistas de la clase que sean, tanto si se denominan a sí mismos liberales como si se llaman conservadores. Me importa un comino la política, y odio a todo tipo de políticos y manifestantes.

—Ahí te equivocas, Luke, cariño —dijo Savannah—. Eres el mejor manifestante que jamás he visto.

Nos habló de sus frecuentes visitas a la isla de Melrose, en las que merodeaba por el patio cubierto de hierbas en el que antaño se alzaban la casa y el granero. Una noche durmió en el lugar en que había estado nuestro dormitorio, y había recogido miel de los panales abandonados que el equipo de demolición dejó tras de sí después de destruir la casa. Había recogido azaleas, rosas y dalias del jardín de nuestra madre, y las había depositado sobre la tumba no marcada del tigre. En el extremo sur de la isla, había abatido con sus flechas un jabalí que hozaba en busca de pacanas.

Durante la segunda noche nos habló de su regreso al lugar donde se alzaba la ciudad y de cómo había sido testigo de su extraordinaria resurrección de entre el polvo. Con temor y maravilla, nos habló de la creciente frecuencia de los monólogos que sostenía consigo mismo. Estas meditaciones solitarias le asustaban, pero también suscitaban en él una renovada sensación de propósito y lucidez. Recordó sus

dificultades para hallar el lugar donde había estado el hogar de nuestros abuelos, y cómo había tropezado en la oscuridad con la cruz de Amos y la había llevado de un extremo a otro de la calle de las Mareas bajo la extraña claridad de una luna penumbrosa. Luego conjuró la aparición de todos los comercios de la ciudad y contempló su lucha por renacer ante él. Y entonces se volvió y vio a Mr. Fruit bajando por el centro de la calle, salvaje y marginado, realizando como siempre su exótica y lunática danza en el cruce de calles en que había pasado toda su vida. Mr. Fruit hacía sonar su silbato y, dirigía un tráfico espectral con toda la grandeza y la muda sencillez de su arte. Pero cuando se materializó Mr. Fruit, la ciudad resurgida se desvaneció en un alterado espejismo de polvo y pesadilla.

—La ciudad estuvo allí por unos instantes —dijo Luke, con pasmada admiración—. No sabría explicarlo. Por un instante pude oler a pintura fresca y a café y oír las voces de los tenderos y el sonido de sus escobas sobre la acera. Era todo muy hermoso y muy real.

Savannah asió la mano de Luke y la besó suavemente antes de contestar.

—No necesitas explicármelo, Luke. Me he pasado la vida viendo cosas así.

—Pero yo no estoy loco —protestó Luke. Lo tenía todo delante de mis ojos. Vi los comercios. Había anuncios de rebajas en los escaparates. Incluso oí al guacamayo de la zapatería diciendo «buenos días». Funcionaban los semáforos. Tenéis que creerme, no era un sueño.

—Ya sé que no era un sueño —asintió Savannah—. No era más que una bonita alucinación. Soy la Reina de las Alucinaciones. Lo sé todo acerca de ellas.

—Quieres decir que estoy loco —dijo Luke—. Pero siempre has sido tú la que estaba loca, Savannah.

—No, Luke —objetó—. Yo sólo he sido la única que lo sabía.

—Pero lo mío fue una experiencia religiosa —insistió Luke—. Me sentí como tocado por el Señor, como si Él me permitiera ver lo que sería el futuro si me mantenía fiel a mi misión.

—Llevas demasiado tiempo solo en los bosques —opiné.

—Pero no soñé a Mr. Fruit.

—Esa es la parte más extraña de tu alucinación —admitió Savannah.

—No. Estaba allí. Cuando trasladaron la ciudad, se olvidaron de Mr. Fruit. Debió de asustarse mucho cuando empezaron a derribar las casas. Se escondió en el bosque, y sobrevivió como pudo. Cuando lo encontré en su esquina, dirigiendo como siempre el tráfico, estaba medio muerto de hambre y vestido con harapos. ¿Cómo se le puede explicar a una persona como Mr. Fruit la fabricación del plutonio y el derecho de dominio eminente? Estaba a punto de morir de desnutrición, de modo que lo llevé a una misión católica de Savannah, aunque me costó muchísimo sacarlo de su esquina y meterlo en la barca. Luego lo enviaron al hospital mental del estado, en Milledgeville. Intenté explicarles que lo único que necesitaba era una nueva esquina donde dirigir el tráfico a su gusto, pero no quisieron escucharme. Hace falta haber

nacido en Colleton para entender a Mr. Fruit. Nadie quiso escucharme. No logré hacerles entender la importancia de Mr. Fruit en el plan general de las cosas.

—También tú necesitas ayuda —dijo Savannah—. Igual que Mr. Fruit. Como él, eres una víctima del traslado de la ciudad.

—Mi visión de la ciudad fue un momento de lucidez, Savannah —alegó Luke—. Cuando te sientas a escribir un poema, tienes que ser capaz de ver el poema oculto en algún lugar de la página en blanco. Yo vi nuestra ciudad sobre una parcela de oscura tierra. Estoy hablando de imaginación, no de locura.

—Debes volver con nosotros —dijo Savannah—. Ya es hora de que inicies tu vida.

Luke ocultó el rostro entre sus enormes manos. Su pesadumbre tenía algo de bestial y primitivo. Su cara era regia y leonina, pero con los dulces y asustadizos ojos de un corzo.

—Ese agente del FBI, Covington... ¿Confías en él, Tom?

—Tanto como puedo confiar en una persona que pretende capturar a mi hermano —respondí.

—¿Y te dijo que me condenarían a tres años de cárcel?

—Dijo que te pondrían una condena de tres a cinco años —respondí— ese es el trato que me ofreció. Tal vez pueda instalarme en la celda de papá. También él quiere que te entregues —dijo Savannah—. Está muy preocupado. Igual que mamá.

—Tal vez dentro de cinco años podamos celebrar una reunión familiar —comentó Luke.

—Celebrémosla en Auschwitz —propuso Savannah.

—Dile a Covington que me entregaré en el puente de Charleston, Tom —dijo Luke—. Me gustaría rendirme a un oficial de la Guardia Nacional. Me gustaría rendirme como un soldado.

—¿Por qué no vienes con nosotros esta noche? Podría telefonar a Covington desde mi casa.

—Me gustaría pasar un par de noches por aquí, a solas —respondió Luke—. Me gustaría despedirme de Colleton. El viernes me presentaré en el puente de Charleston.

—Ya llega la marea, Savannah —le advertí—. Tendremos que irnos en seguida.

—Déjame quedar contigo, Luke —le rogó ella, preocupada—. Me da miedo dejarte aquí solo.

—Sé cuidar de mí mismo, hermanita —contestó Luke. Estaré bien. Tom tiene razón. Si no aprovecháis la marea antes de una hora, no podréis iros esta noche.

Luke me ayudó a arrastrar el bote hasta el agua. Luego abrazó a Savannah y la estrechó un largo rato, mientras ella sollozaba sobre su pecho.

A continuación, se volvió hacia mí.

Nada más tocarme, me desmoroné.

—Ya ha pasado todo, Tom —me consoló, asiéndome de los hombros—. Dentro de tres años nos reiremos como locos de este asunto. Ha resultado todo una mierda,



pero aún podemos convertirlo en algo maravilloso. Ya verás, compraré un barco grandioso y capturaremos más camarones que ningún otro pescador de la Costa Este. Nos haremos famosos y vaciaremos los bares de marineros y beberemos nuestro licor sin agua.

Savannah y yo subimos a bordo y Luke empujó el bote hacia la marea. Savannah le mandaba besos con la mano. Lo dejamos inflamado en la pálida luz de una espléndida luna; lo dejamos y nos internamos en los graciosos bulevares de la gran marisma salada, abandonando nuestro condado natal por última vez en nuestras vidas. Mientras pilotaba el bote por el angosto canal, musité una breve plegaria dirigida al río. Era una plegaria de gratitud. Aunque Dios me había agobiado con unos padres extraños y heridos, también me había concedido, para compensar, la compañía de un hermano y una hermana extraordinarios. Sin ellos, jamás habría podido realizar el viaje. Ni habría querido hacerlo.

De camino a su cita en el puente de Charleston, Luke hizo una última visita sentimental a la isla en que nos habíamos criado, en una casita blanca a orillas del río Colleton. Estaba de pie sobre los cimientos de esa casa cuando uno de los «boinas verdes» contratados para darle caza en el condado de Colleton lo mató de un solo disparo de rifle. J. William Covington me dio la noticia el sábado, en mi casa de la isla de Sullivan, después de que Luke no se presentara en el puente de Charleston para rendirse al coronel Bryson Keileher.

Después del funeral, Savannah y yo nos llevamos el cuerpo de Luke mucho más allá del límite de las tres millas y lo sepultamos en el mar, en aquella corriente del Golfo que tanto amaba. Cuando lanzamos por la borda el ataúd lastrado, Savannah leyó un poema que había compuesto como postrera despedida para Luke. El poema se titulaba «*El príncipe de las mareas*».

Cuando hubo terminado regresamos a Charleston, sabiendo que nos quedaba el resto de nuestras vidas para aprender a vivir sin Luke. Nos quedaban años para aprender a desmoronarnos, y para hacerlo hermosamente.

## EPÍLOGO

Quedan algunas cosas por decir. Tardé un buen rato en contarle la historia de Luke a Susan Lowenstein, y tuve que esforzarme para ir pronunciando las palabras. Pero me resultó más fácil contársela a una mujer a la que amaba y que cada día me susurraba que me amaba. Ella había despertado en mí algo que llevaba demasiado tiempo amodorrado: no sólo volvía a sentir pasión de nuevo, sino que también sentía renacer la esperanza y desvanecerse todos los avisos de temporal en las zonas de peligro de la memoria.

Había pasado el verano escribiendo canciones de amor para mis hijas y cartas de amor para mi esposa. Añoraba muchísimo a las niñas y la simple mención de sus nombres me resultaba dolorosa. Pero ellas no podían expulsarme de sus vidas, y era a Sallie a quien creía haber perdido para siempre. Mis cartas a Sallie eran variaciones sobre un mismo tema: nadie comprendía mejor que yo el motivo de que hubiera debido buscar el amor fuera de nuestro hogar. En mi pesar y mi amargura, había convertido a mi propia esposa en una extraña, una intrusa y, lo más cruel de todo, una viuda recluida en una casa llena de la más pura aflicción. El chico de la isla, Tom Wingo, se había aislado de todos aquellos que le amaban y se había lanzado a la deriva por las rutas marinas de una prolongada atrición desprovista de sueños. Le dije a Sallie que su aventura con el doctor Cleveland me había enseñado que aún era capaz de sentir dolor en los mismos lugares asolados por la muerte de mi hermano. Había interrumpido mi largo deslizamiento hacia la autocompasión y el luchador que había en mí comenzaba a agitarse para salir de nuevo a la luz. Ahora sabía que la liberación a menudo exige el preludio de un beso de judas; que hay ocasiones en que la traición puede constituir un acto de amor. Yo había arrojado a Sallie de mi corazón y Jack Cleveland la había acogido en el suyo. No me gustaba, pero lo comprendía perfectamente, y así se lo dije a Sallie. Las cartas que ella me mandaba eran las de una mujer dolorida y confusa. Necesitaba tiempo, me dijo, y yo le concedí tiempo y aguardé su decisión. Ni una sola vez se me ocurrió pensar que la decisión iba a estar en mis manos, ni que sentiría otra cosa que no fuera la mayor alegría al despedirme de Nueva York.

En las dos últimas semanas de agosto, Susan Lowenstein alquiló una cabaña en la costa de Maine y allí le referí la muerte de Luke mientras contemplaba los asaltos de un Atlántico mucho más frío e indómito contra los ásperos e indiferentes acantilados. Se lo conté todo, incluso el hecho de que no podía conceder ningún valor a una vida en la que no figurase mi hermano. En aquella tierra purificada todos los inviernos por vastas sábanas de nieve, ensalcé el espíritu de mi hermano, y me dolí de su muerte en la verde belleza salvaje de un verano de Maine. Allí recité las estrofas, sombrías y sobrias de mi lealtad y mi pesar. Era incapaz de calcular el precio de amar a una

familia tan profundamente y con tal furia fría.

Cuando le hablé del entierro de Luke en el mar, Susan Lowenstein me estrechó entre sus brazos y acarició mis cabellos y enjugó mis lágrimas. No escuchó mi relato como psiquiatra de Savannah, sino como amante, compañera y amiga. Durante dos semanas hicimos el amor como si ambos lleváramos toda una vida esperando a arrojarnos en brazos del otro. Todos los días dábamos largos paseos junto al mar, recogiendo moras y flores silvestres y buscando almejas en la arena, hasta que ella se volvía hacia mí, deslizaba sus uñas por mi espalda y susurraba:

—Volvamos a la casa a hacer el amor y a decirnos todo lo del mundo.

Era un placer decirle todo lo del mundo a Susan Lowenstein.

En nuestra última noche en Maine, nos acurrucamos el uno junto al otro con una manta sobre los hombros. La luna revestía el océano con una lámina de plata y el firmamento estaba sereno y estrellado.

—¿No empiezas a tener ganas de volver a la ciudad, Tom? —preguntó, besándome en la mejilla—. Yo ya estoy cansada de tranquilidad, silencio, belleza, buena comida y avasalladora sexualidad.

Me reí y le contesté:

—Si seguimos juntos, Lowenstein, ¿tendré que hacerme judío?

—Claro que no —protestó—. Herbert no es judío.

—No es que me importe —añadí—. En mi familia, lo hace todo el mundo. No olvides a Renata.

—¿No crees que estos días han sido un hermoso ejemplo de lo que podría ser nuestra vida en común, un anticipo de futuros deleites?

Tardé un poco en responder. Las imágenes de mi esposa y mis hijas florecieron en la oscuridad, tan nítidas como luciérnagas.

—Antes de conocerte, dormía un profundo sueño. Estaba muerto y ni siquiera lo sabía. ¿Crees que debería llamarte Susan, Lowenstein?

—No —contestó—. Me encanta tu forma de decir «Lowenstein», sobre todo cuando estamos haciendo el amor. Vuelvo a sentirme bella, Tom. Me siento absolutamente espléndida.

Esperé unos instantes y, al fin, dije:

—Cuando volvamos, debo ver a Savannah.

—Ya es hora —asintió ella—. Para los dos.

—Tengo que decirle unas cuantas cosas —proseguí—. Tengo cosas que decir a todo el mundo.

—Temo lo que va a suceder cuando te llame Sallie para pedirte que regreses a su lado.

—¿Cómo sabes que querrá que regrese a su lado?

—He probado la mercancía —susurró—. Volvamos a casa a quitarnos las ropas y decirnos todo lo del mundo.

—Lowenstein —comenté, mientras me volvía hacia ella para besarla—, aún te

queda mucho por aprender sobre la vida al aire libre—. Y empecé a desabrocharle la blusa.

Savannah pareció sorprenderse al verme cuando un ordenanza la condujo a la sala de visitantes. Al besarme, me dio la impresión de que se sentía incómoda, pero me abrazó con fuerza por un instante y observó:

—Te han dejado entrar.

—Lowenstein ha decidido concederte un permiso de salida —le expliqué—. En caso de que se te ocurra hacer un salto a la luna con medio tirabuzón atrás desde el edificio del Empire State, toda la responsabilidad recaerá sobre mi cabeza.

—Intentaré contenerme —dijo ella, y casi sonrió. La llevé al Museo de Arte Moderno, donde presentaban una exposición de fotografías de Alfred Stieglitz y otra con las pinturas de Georgia O’Keeffe. Durante la primera hora que pasamos juntos apenas hablamos, pero paseamos por los corredores el uno junto al otro. Demasiado tiempo y demasiada sangre veraneaban en las marismas de nuestro común pasado. Las piraterías de un destino inexorable nos habían robado años enteros, y ninguno de los dos deseaba apresurarse a hablar.

Su primera pregunta me cogió con la guardia baja.

—¿Sabes lo de Renata Halpern? —Inquirió mientras examinábamos una fotografía de una escena callejera neoyorquina.

—Ajá —asentí.

—En su momento, me pareció razonable —prosiguió—. No estaba en muy buenas condiciones.

—Necesitabas una escapatoria. Cualquiera puede comprenderlo. Sobre todo, yo.

—¿Crees que lo comprendes? —Había una nota de ira en su voz—. Tú te quedaste en el Sur.

—¿Sabes qué es el Sur para mí?

—No —respondió mi hermana, pero estaba mintiendo.

—Es alimento espiritual, Savannah. No puedo evitarlo. Así es como estoy hecho.

—Es un lugar cruel, mezquino y atrasado. La vida en el Sur es una sentencia de muerte.

Aparté la mirada del retrato de una joven y hermosa Georgia O’Keeffe y respondí.

—Ya sé lo que sientes, Savannah. Hemos tenido esta conversación un millar de veces.

Me sujetó la mano y la estrechó con fuerza.

—Te has vendido muy barato. Podrías haber sido mucho más que un simple maestro y entrenador.

Le devolví el apretón.

—Escúchame bien, Savannah. No existe en el idioma una palabra que yo respete más que maestro. Ninguna. Mi corazón canta cuando un muchacho se dirige a mí como su maestro, y siempre ha sido así. Haberme convertido en maestro es una honra

para mí y para toda la familia del hombre.

Savannah me miró y preguntó:

—Entonces, ¿por qué no eres feliz, Tom?

—Por el mismo motivo que tú tampoco lo eres. Pasamos a la sala de Monet y nos acomodamos en un banco situado en el centro de la galería, para estudiar los grandes lienzos llenos de lirios y estanques. Aquél era el lugar preferido de Savannah entre todos los del mundo, y allí era donde acudía a solazar su espíritu.

—Lowenstein te dejará volver a casa muy pronto —le anuncié.

—Creo que ya estoy preparada —admitió.

—Sí vuelves a sentir la necesidad de escapar, Savannah, deja que te ayude a hacerlo.

—Puede que aún deba permanecer lejos de todos vosotros durante bastante tiempo —me advirtió.

—Hagas lo que hagas, siempre podré quererte, pero no podría soportar ni la idea de vivir en un mundo sin ti.

—A veces creo que el mundo estaría mejor sin mí. —La tristeza de su voz me conmovió en lo más hondo de mi ser.

—No hemos vuelto a pronunciar entre nosotros el nombre de Luke desde que murió —observé, cogiendo su mano.

Ella reclinó la cabeza sobre mi hombro y, en un tono exhausto y temeroso, me suplicó:

—Todavía no, Tom. Por favor.

—Ya es hora —insistí—. Queríamos tanto a Luke que olvidamos lo mucho que nos queremos tú y yo.

—Algo se rompió en mi interior —dijo con voz sofocada—. Algo que no tiene arreglo.

—Yo sé qué puedes arreglarlo —aseguré, señalando las oníricas e intemporales flores de Monet que flotaban en las frescas aguas de Giverny. Savannah alzó la vista hacia el enorme cuadro expuesto en su lugar favorito de Manhattan y yo proseguí—: Tu arte puede arreglarlo. Puedes escribir bellos poemas sobre nuestro hermano. Eres la única que puede devolvernos a Luke.

Comenzó a llorar, pero percibí claramente su alivio.

—Pero si está muerto, Tom.

—Eso es porque no has escrito nada sobre él desde que —murió. Haz con Luke lo que Monet hizo con las flores. Utiliza tu arte. Devuélvenoslo. Haz que todo el mundo ame a Luke Wingo.

Aquel mismo día, entrada la tarde, recibí la llamada telefónica de Sallie, la llamada que Susan Lowenstein había llegado a temer, la llamada que yo había llegado a temer. Comenzó a hablarme, pero le falló la voz.

—¿Ocurre algo malo, Sallie?

—Estaba liado con otras dos mujeres, Tom —me explicó—. Yo iba a dejarte para

hacer que se viniera a vivir conmigo y con las niñas, y mientras tanto él estaba follando con otras dos mujeres.

—Eso es la colección de motos inglesas —dictaminé—. Las pipas de espuma de mar constituyen una manía inofensiva, pero cuando un hombre empieza a coleccionar motos es señal de que hay algo torcido en su ego masculino.

—Yo lo amaba, Tom. No quiero mentirte.

—Tu gusto en materia de hombres siempre ha sido un tanto dudoso.

—Me siento utilizada, violada, asqueada. No sabía cómo se lleva una aventura. La cosa era nueva para mí y estoy segura de que me he portado como una perfecta estúpida.

—Lo has hecho muy bien, Sallie —le aseguré—. No hay nadie que sepa hacerlo correctamente.

—Cuando le hablé de las otras mujeres se portó horriblemente. Me dijo cosas horribles.

—¿Quieres que le dé una paliza?

—No —contestó—, claro que no. ¿Por qué?

—Me gustaría darle una paliza. Te dejaría mirar.

—Dijo que ni se le ocurriría pensar seriamente en casarse conmigo porque ya era demasiado vieja —prosiguió—. Una de sus amiguitas tiene diecinueve años.

—La profundidad no ha sido nunca uno de sus mayores problemas.

—¿Qué será de nosotros, Tom? —inquirió—. ¿Qué vamos a hacer ahora? Tus cartas han sido muy hermosas, pero yo en tu lugar jamás podría perdonarme.

—Tengo que hablarte de Lowenstein, Sallie.

Esperaba a que Lowenstein saliera de su oficina. Estaba buscando las palabras más adecuadas cuando la vi bajar los peldaños del edificio. Ella me vio al otro lado de la calle, apoyado en una farola. Su belleza me conmovió, como siempre lo hacía, pero era su dulzura lo que me rompía el corazón mientras la veía venir hacia mí. Cuando traté de hablar, saltaron las lágrimas. Nadie había inventado una forma adecuada para decirle adiós a Lowenstein. Ella se dio cuenta y empezó a gritar, cruzando la calle a la carrera.

—No, no, Tom. No. No es justo. Arrojé el portafolios sobre la acera y me eché los brazos al cuello. El portafolios se abrió y los papeles que contenía comenzaron a revolotear por la calle, perdiéndose bajo una hilera de coches. Me secó una lágrima del rostro y enjugó otra con un beso.

—Sabíamos que este día tenía que llegar. Habíamos hablado de eso. Una de las cosas que más me atraen en ti, Tom, es que eres de la clase de hombres que siempre acaban regresando a su familia. Pero ¡maldita sea, maldita sea Sallie por haberte querido antes que yo!

Sus palabras se me clavaron como cuchillos y empecé a llorar con más fuerza, apoyando mi cabeza sobre su hombro. Ella me acarició los cabellos y comentó:

—Tendré que buscarme un buen muchacho judío. Los gentiles me estáis matando.

Y, entre lágrimas, Lowenstein y yo nos echamos a reír.

Estaba sentada en una silla de su apartamento, mirando por la ventana hacia la calle Bleecker. Su pelo estaba descolorido, y su rostro abotargado y pálido. No se volvió cuando entré en la habitación. Yo había hecho las maletas la noche anterior, y reposaban junto a la puerta de la cocina. Había comprado una mata de gardenias en una floristería de la Octava Avenida. Arranqué una flor, me acerqué a ella y la prendí en sus cabellos.

Y entonces le repetí la vieja pregunta:

—¿Cómo fue tu vida familiar, Savannah?

—Hiroshima —respondió.

—¿Y cómo ha sido tu vida desde que dejaste esa maravillosa familia?

—Nagasaki. —Seguía sin mirarme.

—Dime el nombre del poema que escribiste en honor de tu familia.

—«La Historia de Auschwitz» —contestó, y me pareció que había estado a punto de sonreír.

—Ahora viene la pregunta más importante. —Me incliné sobre ella y olí la gardenia que había puesto entre sus cabellos—. ¿A quién quieres más que a nadie en el mundo?

Atrajo mi cara hacia su cara cubierta de lágrimas y, en un susurro respondió:

—Quiero a mi hermano, Tom Wingo. Mi fabuloso y maldito gemelo. Siento mucho todo lo que ha pasado, Tom.

—No importa, Savannah. Volvemos a estar juntos. Tenemos muchísimo tiempo para tratar de reconstruir las ruinas.

—Abrazame, Tom. Abrazame fuerte.

Cuando estuve dispuesto para abandonar el apartamento, saqué las maletas al vestíbulo, donde me esperaba Eddie Detreville para ayudarme a cargar el equipaje. Abracé a Eddie, le di un beso en la mejilla y le dije que había conocido a muy pocas personas tan generosas y tiernas como él. A continuación, me volví para despedirme de mi hermana. Ella me miró sin levantarse de su asiento y, tras estudiarme detenidamente, preguntó:

—¿Crees que tú y yo somos de los que sobreviven, Tom?

—Yo creo serlo. En cuanto a ti, no estoy seguro.

—Supervivencia. Así que éste es el don que te otorgó nuestra familia, ¿no?

La besé, la abracé y me dirigí hacia la puerta. Recogí el equipaje y me volví hacia ella.

—Así es. Pero a ti la familia te ha dado algo mucho más grande.

—¡Ja! —exclamó con amargura—. ¿Qué me ha dado?

—El genio —respondí—. A ti te ha dado el genio.

Aquella noche, Susan Lowenstein me llevó al Windows on the World, donde tomamos nuestra cena de despedida muy por encima de la ciudad. El sol ya se había puesto cuando llegamos y solamente quedaba una insinuación de rubí filtrándose en

delgadas tiras por entre las nubes que se agolpaban sobre el horizonte. Por debajo nuestro la ciudad se extendía como un silencioso mantel de fuego y cristal. Nueva York no era nunca la misma ciudad, no importa las veces que se la viera o desde qué ángulos. Nada en este mundo de Dios era tan hermoso como la isla de Manhattan vista desde lo alto después de anochecer.

Con una copa de vino en la mano, pregunté:

—¿Qué te apetece comer esta noche, Lowenstein?

Ella me contempló unos instantes en silencio y por fin respondió:

—Pienso pedir una cena absolutamente detestable. No quiero unos platos maravillosos en la noche que te despides de mí para siempre.

—Vuelvo a Carolina del Sur, Lowenstein. —Extendí el brazo y cogí su mano—. Allí está mi lugar.

—Tu lugar podría estar en cualquier parte que tú quisieras —replicó, desviando la vista hacia la ciudad—. Eres tú quien ha decidido que no esté aquí.

—¿Por qué haces tan difícil que nos separemos como buenos amigos?

—Porque quiero que te quedes conmigo, Tom. Creo que me amas y estoy segura de que te amo y creo que tenemos una posibilidad de hacernos mutuamente felices durante lo que nos quede de vida.

—No me siento capaz de hacer feliz a nadie durante el resto de su vida —observé.

—Todo lo que dices son excusas para dejarme —protestó, recogiendo bruscamente el menú y enfrascándose en su lectura para evitar que nuestras miradas se cruzaran. Tras una pausa, preguntó—: ¿Qué es lo peor que hay en el menú? Eso es lo que quiero pedir.

—Alguien me recomendó el ano de cerdo a la tártara.

—No intentes hacerme reír esta noche —replicó, con la cara oculta por el menú—. Esta es la noche en que me dejas por otra mujer.

—La otra mujer resulta ser mi esposa.

—¿Por qué dejaste que las cosas llegaran tan lejos entre nosotros, si sabías que a fin de cuentas volverías con Sallie?

—No lo sabía —le aseguré—. Pensaba que quizá podríamos permanecer siempre juntos.

—¿Qué te lo impide?

—Mi carácter ha salido a la superficie —respondí—. Me falta valor para dejar a mi esposa y mis hijas y comenzar una nueva vida a tu lado. Soy incapaz de hacerlo, eso es todo. Tendrás que perdonarme, Lowenstein. Una parte de mí te desea más que nada en el mundo, pero la otra parte se siente aterrorizada ante la posibilidad de un cambio radical en mi vida, y ésta es la más fuerte.

—Pero tú me quieres, Tom.

—No sabía que se pudiera estar enamorado de dos mujeres a la vez.

—Y, aun así, eliges a Sallie.



—Elijo hacer honor a mi propia historia —contesté—. Si fuera más valiente, quizá obraría de otro modo.

—¿Qué puedo hacer para conseguir que te quedes? —inquirió apasionadamente—. Dímelo, por favor. No sé suplicar, pero intentaré aprender las palabras necesarias. Ayúdame a encontrarlas, por favor.

Cerré los ojos, tomé sus manos entre las mías y respondí:

—Haz que haya nacido en la ciudad de Nueva York. Borra mi pasado. Borra todo lo que he conocido y amado.

—Haz que nunca haya conocido a Sallie y no hayamos tenido ninguna hija juntos. Haz que no ame a Sallie.

Con una sonrisa, comentó:

—Pensaba que tal vez te quedarías si lograba hacer que te sintieras lo bastante culpable, si te hacía responsable de mi vida.

—Vosotros, los psiquiatras, sois una casta de desvergonzados.

—Si las cosas no funcionan bien entre tú y Sallie... —comenzó a decir, pero se interrumpió a mitad de la frase.

—Entonces me encontrarás aullando como un perro ante tu puerta en Central Park West. Me resulta extraño, Lowenstein, que en este mismo instante pueda amarte más de lo que nunca recuerdo haber amado a Sallie.

—Entonces, quédate conmigo, Tom.

—Debo tratar de sacar algo bello de las ruinas, Lowenstein —dije yo, mirándole a los ojos—. No sé si lo conseguiré, pero debo intentarlo. Eso mismo le he dicho a Savarinah esta tarde, cuando nos hemos despedido.

—Hablando de ruinas, hoy me ha llamado Herbert —me anunció, despidiendo con un gesto a un camarero que se acercaba a anotar nuestro pedido—. Me ha rogado que le conceda otra oportunidad. Incluso ha llegado a asegurarme que ha roto sus relaciones con Monique.

—¿No tendrías por casualidad el teléfono de Monique?

—Eso no tiene gracia, ni siquiera como muestra de tu bufonesco sentido del humor.

—La atmósfera parece tan densa como el titanio. He pensado que convendría aligerarla un poco.

—No quiero aligerar la atmósfera —protestó—. Me siento completamente desdichada y tengo derecho a chapotear en mi desdicha.

—Me gusta la idea de un Herbert suplicante, Lowenstein —comenté—. Debe de quedar muy propio.

—No sabe hacerlo muy bien —admitió—. Le he hablado de nuestras relaciones. Le resulta impensable que pueda tener nada que ver con una persona como tú.

¡El hijo de puta! Háblale de mis elephantinos genitales —repliqué, ligeramente irritado—. O de mi perversa utilización del truco de la cesta china durante el coito.

—Le he dicho que nos lo pasamos de maravilla en la cama —reconoció, mirando

distraídamente hacia la ciudad—. Le he dicho que hacemos saltar chispas.

—Que hacemos saltar chispas —repetí—. Tal como lo expones, parece que seamos dos personajes de esas historietas neoyorquinas.

—Es terrible lo mucho que disfruto haciéndole sufrir. ¿Le has hablado a Sallie de nosotros, Tom?

—Sí.

—Entonces me has utilizado, Tom.

—Sí —admití—, pero no antes de que empezara a amarte.

—Si te gustara lo bastante...

—No, Lowenstein. Te adoro. Has transformado mi vida. Vuelvo a sentirme como un hombre completo, atractivo y sensual. Me has obligado a plantar cara a todo, y me has hecho pensar que lo hacía para ayudar a mi hermana.

—O sea que así es como termina la historia.

—Eso creo, Lowenstein.

—Entonces, hagamos que nuestra última noche sea perfecta —propuso, besándome la mano primero y besando poco a poco cada uno de mis dedos acto seguido mientras el edificio oscilaba perceptiblemente bajo los impulsos de un fuerte viento del norte.

Después de cenar fuimos al Rainbow Room, en el Rockefeller Center, y brindamos con champaña. La besé, con toda la ciudad a nuestros pies, mientras el Atlántico enviaba sus mareas hacia el Hudson y mi hermana, de nuevo en casa, dormía en su apartamento de la calle Grove. Luego nos registramos en el hotel Plaza y pasamos la noche despiertos, hablando, haciendo el amor y otra vez hablando. Dado que no teníamos que hacer planes para el futuro, sólo nos quedaban ocho horas en el mundo. Pero yo había manifestado mi rechazo. Había dicho que no.

Cuando nos despedimos en el aeropuerto La Guardia, la besé una sola vez y eché a andar apresuradamente hacia la puerta de embarque sin volver la vista atrás. Pero ella pronunció mi nombre, y al volverme le oí decir:

—Tom, ¿recuerdas el sueño que te conté, en el que los dos danzábamos entre los copos de una tormenta de nieve?

—Nunca lo olvidaré. Susan había comenzado a sollozar, y dejarla se convirtió en una cosa mortal cuando dijo:

—Prométeme esto, entrenador. Cuando vuelvas a Carolina del Sur, sueña uno para mí. Sueña uno para Lowenstein.

Un año después de mi verano en Nueva York, viajé yo solo a Atlanta para recoger a mi padre el día de su salida de la penitenciaría federal. Quería darle algo de tiempo para que se rehiciera antes de tener que enfrentarse al abundante y culpable amor de una familia herida que no sabía cómo darle la bienvenida al hogar. Ninguno de nosotros sabía qué iba a ser de su vida después de haber perdido tanto tiempo y tanto vigor. Estaba más delgado, y sus facciones se habían vuelto cetrinas y algo más flácidas. Cuando recogió sus pertenencias personales y el funcionario firmó la orden

de libertad, yo me encontraba a su lado. El hombre aseguró que iban a echarlo de menos y que la cárcel necesitaba más presos como Henry Wingo.

—Es lo único que he hecho bien en mi vida —comentó mi padre—. He sido un magnífico presidiario.

Fuimos al estadio, a ver un partido de los Braves, y pasamos la noche en el Hyatt Regency. Al día siguiente nos pusimos en marcha temprano y nos dirigimos a Charleston por carreteras secundarias, conduciendo lentamente, tomándonos tiempo para empezar a conocernos de nuevo, tratando de hallar las palabras adecuadas y seguras, evitando dolorosamente los temas inconvenientes.

Mi padre parecía más viejo, pero lo mismo me ocurría a mí. En su rostro, veía el rostro de Luke. En mi rostro, que él examinaba con timidez, seguramente veía el rostro de mi madre. Mi cara le hacía daño, pero eso no estaba en nuestras manos evitarlo. Charlamos sobre deportes y sobre entrenamientos, sobre las largas y nítidas temporadas de fútbol, de baloncesto y de béisbol que habían marcado todos los años de nuestra vida y que constituían el único lenguaje de amor que aquel padre y aquel hijo estaban autorizados a intercambiar.

—Los Braves están a sólo cuatro partidos del primer lugar de la tabla, papá —le dije cuando cruzábamos el río Savannah.

—Niekro habrá de ponerse muy serio si es que quieren tener alguna posibilidad. Cuando está inspirado, no hay nadie en las ligas principales que sea capaz de tocar su *knuckleball* —respondió papá. Pero, más allá de su respuesta, pude oír el lamento inarticulado y conmovedor del torpe intento de un padre que trata de reunir toda la fuerza del amor que puede sentir por un hijo. Lo oí, y fue suficiente—. ¿Qué tal equipo tienes este año? —quiso saber.

—Creo que algunos van a llevarse una sorpresa —contesté—. Quizá puedas ayudarme a entrenar a los delanteros.

—Sí, me gustaría. Cuando nos detuvimos en el patio trasero de la isla de Sullivan, Savannah había llegado de Nueva York. Mis hijas salieron en tropel de la casa y se acercaron cautelosamente a su abuelo.

—Con cuidado, chicas —les advertí—, no sea que os pegue.

—No es verdad, niñas. Yo no le pego a nadie. Venid aquí y dadle un beso a vuestro abuelo —dijo con voz cansada y derrotada, y lamenté haber dicho aquello.

Sallie salió a la puerta, esbelta y pelióscura, bronceada y seria. Corrió hacia mi padre, lo estrechó entre sus brazos y las lágrimas corrieron por sus mejillas cuando él la hizo girar y girar, hundiendo el rostro en el hombro de mi esposa.

—¡Bienvenido a casa, papá! —exclamó.

Entonces salió Savannah de la casa. Y hubo algo que no puedo explicar pero que estoy seguro de haber sentido, y el lugar donde lo sentí fue en lo más hondo de mi ser, en un punto intocado que tembló con algo instintivo y arraigado en el origen de la especie, un algo innombrable, aunque estaba seguro de que si podía sentirlo también había de poder darle nombre. No fueron las lágrimas de Savannah ni las lágrimas de

mi padre las causantes de esta resonancia, esta violenta música interior hecha de sangre, de fiereza y de identidad. Fueron la belleza y el miedo del parentesco, los inefables lazos familiares, los que suscitaron en mi interior un terror llameante y un anonadado amor. Allí estaba mi padre, la fuente de todas aquellas vidas, la fuente de todos aquellos años, llorando con total abandono y sin vergüenza. Las lágrimas eran agua, agua salada, y más allá de ellas yo veía el océano, lo olía, saboreaba mis propias lágrimas, y todo el dolor y el mar en mí contenidos brotaron a la luz del sol y mis hijas lloraron de agua salada, de pesca y embarcaciones, de lágrimas y temporales. Y mi gemela, mi hermosa y lastimada hermana, con sus cicatrizadas muñecas en torno al cuello de mi padre y sus ojos oscurecidos por toda una vida de visiones; dueña de un lenguaje lo bastante poderoso como para representar con claridad estas visiones, para convertir la pesadilla y el horror en un lirismo pasmoso que se imprimía al fuego en la conciencia de su época, para convertir la pesadumbre en una belleza dadora de vida. Y mi esposa, que por su matrimonio había ingresado en esta familia y había debido encontrar en sí tolerancia para una numerosa casta de demonios familiares, que lo había hecho porque me amaba, a pesar de que yo fuera incapaz de responder al amor de una mujer, de que jamás pudiera hacerla sentirse amada, querida o deseada aunque eso fuera lo que yo más anhelaba darle y mis hijas, mis tres hijas, a las que podía amar con un amor perfecto que no parecía tener nada que ver conmigo por lo mucho que deseaba que no se asemejaran a mí en ningún aspecto por que su niñez fuera distinta a la mía, que jamás conocieran mis golpes, que nunca temblaran ante la presencia de su padre deseaba que ellas trataran de recrear mi propia infancia como en mis sueños anhelaba que hubiera sido. Por medio de ellas, trataba de cambiar el mundo.

Entrada ya la tarde, subimos a la rubia con una nevera portátil llena de cervezas y una canasta de picnic y arrancamos en dirección a Charleston. Salimos de la carretera en el muelle de pescadores de Shem Creek y paré el motor ante el único barco pesquero que aún seguía atracado.

—¿Sabes cómo funcionan estos cacharros? —le pregunté a mi padre, señalando hacia el barco.

—¡Qué va! —respondió— Pero estoy seguro de que aprendería en seguida.

—Está matriculado a nombre del capitán Henry Wingo —anuncié— Es un regalo de bienvenida de mamá.

—No puedo aceptarlo —objetó.

—En tus cartas, decías que querías volver al río. Mamá ha querido tener un detalle. Me parece un hermoso gesto.

—Es un buen barco —admitió mi padre. ¿Están pescando mucho esta temporada?

—Los buenos pescadores, sí. Falta todavía un mes para que comiencen los entrenamientos de fútbol, papá. Trabajaré para ti hasta que puedas contratar a otro.

—Te pagaré seis centavos por libra —dijo él.

—Y una mierda, so tacaño. Me pagarás diez centavos.

—Con una sonrisa, añadió: como han subido los precios.

—Dale las gracias a tu madre.

—A ella le gustaría verte.

—No sé si podrá ser —respondió.

—Tienes todo el tiempo del mundo, papá. Ahora, quiero que nos lleves a navegar por el río Wando.

Entramos en el canal principal del puerto de Charleston una hora antes del crepúsculo, mientras el tañido de las campanas de la iglesia de St. Michael resonaba nítidamente a través de la temblorosa luz y el aire húmedo y perfumado de la ciudad vieja. Mi padre pilotó el pesquero bajo las enormes vértebras de hierro de los dos puentes sobre el río Cooper y nos cruzamos con un mercante blanco repleto de carga que acababa de zarpar de los muelles comerciales de North Charleston y se dirigía hacia el mar. Todos nosotros lo saludamos con la mano, y el invisible capitán nos respondió haciendo sonar su sirena.

En seguida, viramos a estribor por el río Wando, con las cartas de navegación. Remontamos la corriente durante cosa de una milla, hasta llegar ante una vasta marisma en el suave meandro del río. No había ninguna casa a la vista.

—Ya casi es la hora, Tom —me advirtió Sallie, entrando en la timonera.

—La hora, ¿para qué? —inquirió mi padre.

—Una sorpresa de bienvenida para Savannah y para ti —contestó ella, consultando su reloj.

—¡Dinos qué es, mamá! —clamaron las niñas.

—No. Si os lo digo, no será una sorpresa. Nadamos en las tibias y opacas aguas, zambulléndonos a gran profundidad desde la proa del barco. Después de nadar, cenamos lo que había en la canasta de picnic y brindamos con champaña por el regreso de mi padre. Savannah se acercó a él y vi a ambos dirigirse hacia la borda con las manos unidas.

Traté de pensar en algo que decir, unas palabras de resumen, pero no se me ocurrió nada. Me había enseñado a mí mismo a escuchar los sonidos negros del corazón y había aprendido unas cuantas cosas que iban a serme útiles. Había llegado a aquel instante con mi familia a salvo en torno a mí y rece para que siguieran siempre a salvo y para sentirme satisfecho con lo que tenía. El Sur me ha hecho y el Sur me rompe, Señor, pero te suplico que me permitas conservar lo que tengo. Soy maestro y entrenador, Dios mío. Eso es todo, y es suficiente. Pero los sonidos negros, Señor, los sonidos negros. Cuando doblan en mi interior, se adueña de mí la capacidad de homenaje y maravilla. Los oigo y siento anhelos de convertir mis sueños en música. Cuando vienen, siento un ángel que arde como una rosa en mi mirada, y de las claras profundidades submarinas del éxtasis secreto brotan cánticos de la más meticulosa alabanza.

Con una radiante escolta de un millar de marsopas, cantando en el río del tiempo, el delfín blanco viene a mí por las noches y me trae carismáticos saludos del Príncipe

dé las Mareas y entona nuestro nombre: Wingo, Wingo, Wingo. Es suficiente, Señor, es suficiente.

—Ya es la hora, Tom —me anunció Sallie, irguiéndose para darme un beso en los labios.

Toda la familia se congregó en la proa para ver cómo el día llegaba a su fin.

El sol, rojo e inmenso, comenzó a hundirse en el horizonte occidental al mismo tiempo que, al otro lado del río, surgía la luna con sus gloriosos matices dorados, alzándose sobre los árboles como una oropéndola de plumas bermejas.

Daba la impresión de que el sol y la luna se saludaban mutuamente, moviéndose en yuxtaposición y concordancia para crear una soberbia danza de luz entre los robles y las palmeras.

Mi padre lo contempló en silencio y creí que se echaría a llorar de nuevo. Había regresado al mar tras pasar por la cárcel, y su corazón era un corazón de las tierras bajas. Las niñas chillaban y señalaban hacia el sol, se volvían para admirar la luna ascendente y saludaban a gritos, ora al sol, ora a la luna.

—Mañana se darán bien los camarones —dijo mi padre.

Savannah vino a mi lado y me rodeó la cintura con el brazo. Empezamos a pasear hacia la popa.

—Una sorpresa magnífica, Tom.

—He supuesto que te gustaría —asentí.

—Susan te manda su cariño —dijo Savannah—. Ahora está saliendo con un abogado.

—Ya me lo ha contado por carta. Tienes buen aspecto Savannah.

—Saldré adelante, Tom —me aseguró. Luego, dirigiendo de nuevo su mirada hacia el sol y la luna, añadió—: Plenitud, Tom. Todo regresa. Todo es un círculo.

Se dio la vuelta y con la vista fija en la luna, que ya estaba más alta y empezaba a platear, se alzó de puntillas, levantó los brazos al aire y exclamó, con voz frágil pero desafiante:

—¡Oh, mamá, hazlo otra vez!

Con estas palabras de Savannah debería concluir todo, pero no es así.

Todas las noches, cuando ha terminado el entrenamiento y regreso a mi casa por las calles de Charleston, conduzco mi Volkswagen descapotable con el toldo plegado. Ya ha oscurecido y el aire tiene el frescor del otoño y el viento alborota mis cabellos. En lo más alto del puente, con las estrellas luciendo sobre el puerto, miro hacia el norte y deseo que todo hombre o mujer pudiera disponer de dos vidas.

A mi espalda, la ciudad de Charleston riela tenuemente con los fríos elixires de su belleza incalculable, y ante mí está el hogar donde me esperan mi esposa y mis hijas. Es en sus ojos donde percibo mi auténtica vida, mi destino. Pero lo que ahora me sostiene es la vida secreta, y cuando llego a lo alto del puente lo digo en un susurro, lo digo como una plegaria, como un remordimiento, como una alabanza. No sabría explicar por qué lo hago ni qué significa, pero todas las noches, cuando conduzco

hacia mi hogar sureño y mi vida sureña, musito estas palabras:  
—Lowenstein, Lowenstein.



Donald Patrick Conroy (Atlanta, 1945 - Carolina del Sur, 2016) fue un aclamado autor de *best-sellers* estadounidense. La mayor parte de sus obras tienen un fuerte tinte autobiográfico.

Se graduó en el colegio militar The Citadel, y sus experiencias allí sirvieron de base para dos de sus obras más conocidas, la novela *The Lords of Discipline* y el libro de memorias *My Losing Season*.

Conroy deja un legado de obras centradas en familias disfuncionales y marcada por la oscura influencia de su padre, el coronel Donald Conroy, quien durante años abusó de él, de sus hermanos y de su madre. Su figura fue representada por el actor Robert Duvall en la adaptación cinematográfica de *El gran Santini* (*The Great Santini*, 1976) y planea sobre el resto de su bibliografía.

En 1986, Conroy publicó la que es posiblemente su novela más aclamada y conocida, *El príncipe de las mareas* (*The Prince of Tides*). Una vez más, la novela fue llevada al cine bajo el mismo nombre en 1991, protagonizada por Nick Nolte y Barbra Streisand.



# Notas

[1] El autor se refiere a la versión de la Biblia traducida al inglés por iniciativa del rey Jacobo I de Inglaterra, también conocida como «versión autorizada» en los países protestantes. (*N. del T.*) <<

[2] 1. Siglas de *National Association for the Advancement of Colored People*, una asociación destinada a promover el progreso de la gente de color en los Estados Unidos. (N. del T) <<